

CRÓNICAS DEL MAGO NEGRO III

EL GRAN | LORD



TRUDI CANAVAN

Sonea ha prosperado notablemente en el gremio de los magos: ha adquirido grandes conocimientos, Regin ha terminado por dejarla en paz y los otros aprendices por fin la respetan. Pero no logra sacarse de la cabeza lo que presenci3 en la c3mara subterr3nea del Gran Lord Akkarin ni la grave amenaza que se cierne sobre el gremio, y hace bien en no bajar la guardia, porque cuando su buen amigo Cery se ve involucrado en las intrigas de un curioso extranjero, Sonea deber3 tomar partido ante los decisivos acontecimientos que se avecinan.



Trudi Canavan

El Gran Lord

Crónicas del Mago Negro - III

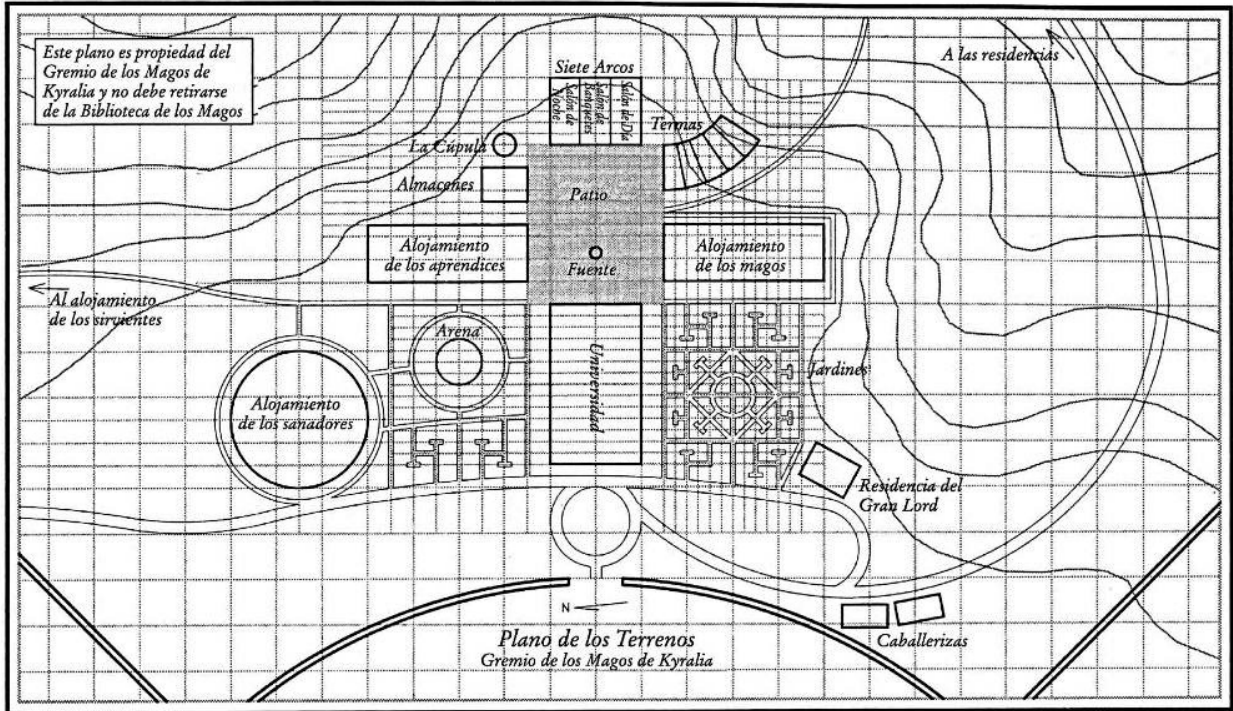
ePub r2.0

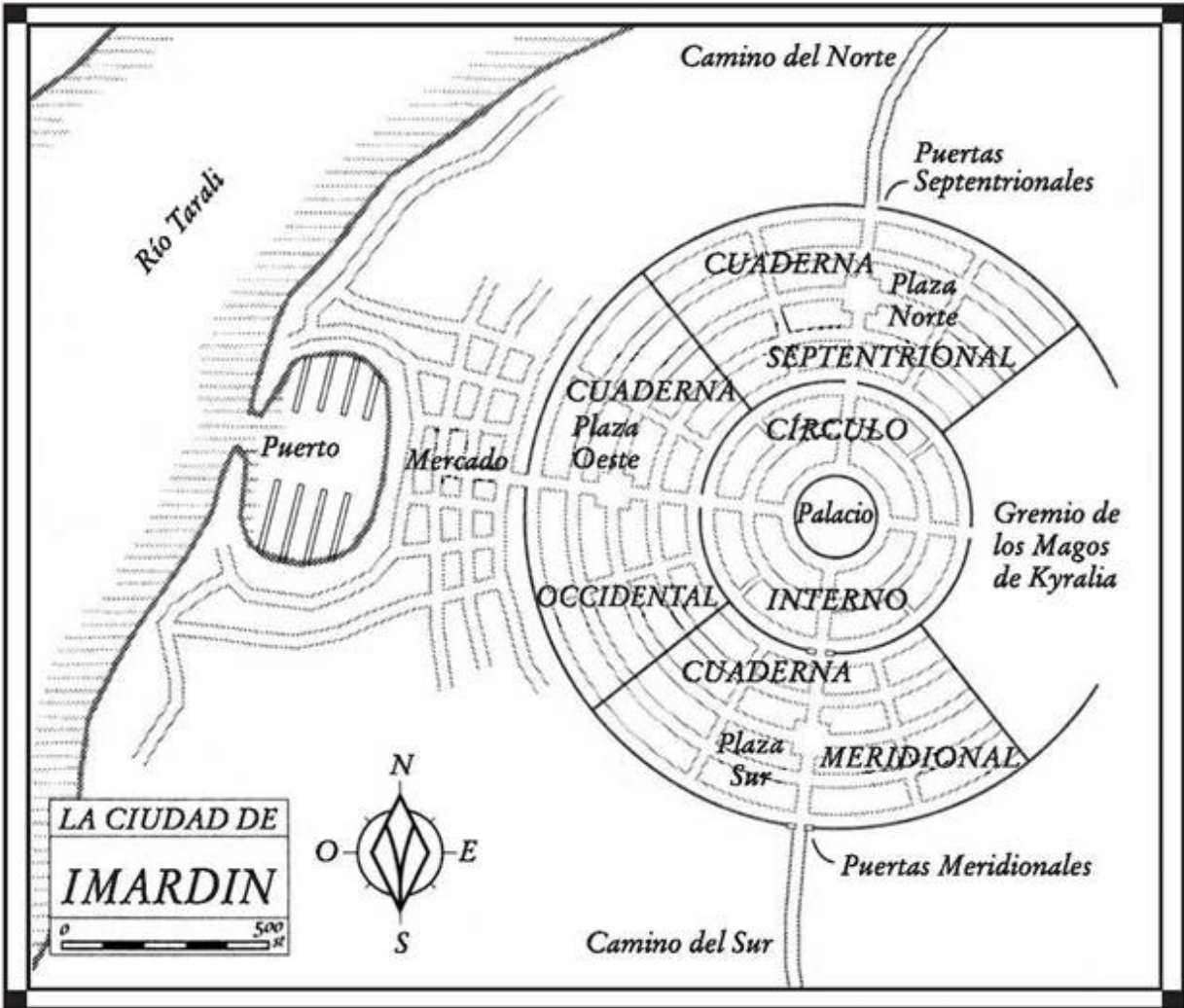
Titivillus 21.09.2017

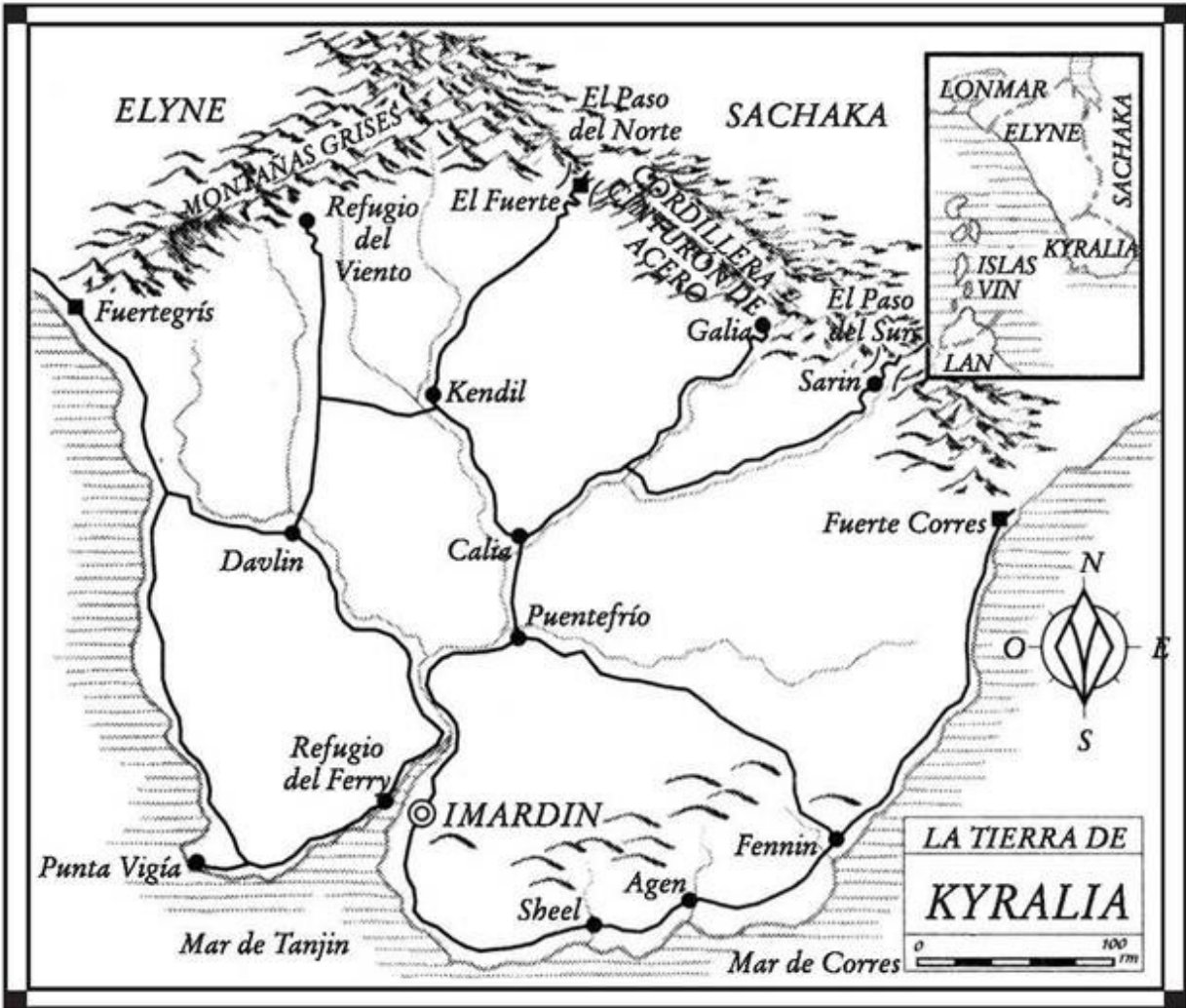
Título original: *The High Lord*
Trudi Canavan, 2003
Traducción: Carlos Abreu Fetter

Editor digital: Titivillus
Primer editor: libra
ePub base r1.2

*Este libro está dedicado a mis amigos Yvonne y Paul.
Gracias por vuestra ayuda, sinceridad y paciencia,
así como por leer esta novela una, y otra, y otra vez...*







Primera Parte

1. El mensaje

En la antigua poesía kyaliana a la luna se la conoce como el Ojo. Cuando el Ojo está completamente abierto, su vigilia ahuyenta el mal, o lleva a la locura a aquellos que no obran bien bajo su mirada. Cuando está cerrado, y solo un fino arco blanco revela su letargo, el Ojo permite que las acciones ocultas, tanto nobles como perversas, pasen inadvertidas.

Cery alzó la vista hacia la luna, y una sonrisa socarrona se dibujó en sus labios. Esa fase del Ojo, en que quedaba reducido a una sutil curva, era la preferida de los amantes secretos, pero él no avanzaba a toda prisa entre las sombras de la ciudad para acudir a un encuentro amoroso. Sus intenciones eran más oscuras.

Sin embargo, no le resultaba fácil determinar si sus acciones serían nobles o perversas. Los hombres a quienes buscaba merecían lo que les iba a ocurrir, pero Cery sospechaba que la misión tenía un propósito más profundo que el de reducir el número de asesinatos que la ciudad estaba sufriendo en los últimos años. No lo sabía todo sobre aquel desagradable asunto —de eso estaba convencido—, pero con toda seguridad sabía más que nadie en la ciudad. Mientras caminaba, repasó mentalmente lo que sí sabía. Había averiguado que aquellos asesinatos no los cometía un solo hombre, sino varios. También había descubierto que todos ellos pertenecían a la misma raza: eran sachakanos. Y se había enterado de algo aún más importante: eran magos.

Hasta donde Cery sabía, no había sachakanos en el Gremio.

Si los ladrones tenían conocimiento de esto, se guardaban mucho de demostrarlo. Pensó en una reunión de ladrones a la que había asistido hacía

dos años. Los líderes de las bandas de las barriadas, que formaban una débil alianza, se habían reído de la oferta de Cery de salir a la caza del asesino. Los que le preguntaban con sorna por qué no lo había pillado después de tanto tiempo, daban por sentado que solo había un asesino, o quizá querían hacerle creer que eso era todo lo que sabían.

Cada vez que Cery se encargaba de uno de los asesinos, otro lo relevaba en sus siniestras tareas. Por desgracia, eso daba a los ladrones la impresión de que Cery no estaba obteniendo resultados. A él no le quedaba otro remedio que eludir sus preguntas y confiar en que el éxito en sus negocios clandestinos compensara sus supuestos fracasos.

La figura de un hombre corpulento emergió del rectángulo oscuro de un portal. La luz de una farola distante reveló un rostro adusto y conocido. Gol hizo un leve gesto de asentimiento y acto seguido echó a andar detrás de Cery.

Llegaron a un cruce de cinco caminos, y se dirigieron a un edificio en forma de cuña. Cuando traspasaron las puertas, que estaban abiertas, Cery percibió un olor denso a sudor, bol y comida. Era la última hora de la tarde, y la casa de bol estaba llena. Cery se sentó frente a la barra, donde Gol pidió dos jarras de bol y un plato de crotas saladas.

Gol se comió la mitad de las alubias antes de hablar.

—Al fondo. El destello de un anillo. ¿Qué me dices, hijo?

Cery y Gol fingían ser padre e hijo cuando querían ocultar su verdadera identidad, lo que, últimamente, ocurría casi siempre que estaban en un lugar público. Cery era solo unos años más joven que Gol, pero debido a su baja estatura y a su cara aniñada, solían tomarlo por un adolescente. Aguardó unos minutos y dirigió la vista despacio hacia el fondo de la casa de bol.

Aunque la sala estaba atestada, le resultó fácil localizar al hombre que Gol le había señalado. Su característico rostro ancho y moreno de sachakano destacaba entre los pálidos kyalianos. Observaba a la multitud atentamente. Al fijarse en los dedos del hombre, Cery vio un destello rojo en un anillo de plata deslustrada. Apartó la mirada.

—¿Qué opinas? —murmuró Gol.

Cery levantó su jarra y fingió tomar un buen trago de bol.

—Demasiado lío para nosotros, papá. Que se encargue otro.

Por toda respuesta, Gol soltó un gruñido, apuró su jarra y la dejó sobre la barra. Cery lo siguió al exterior. Cuando se hallaban a unas calles de la casa de bol, se llevó la mano al bolsillo del abrigo, sacó tres monedas de cobre y las depositó en la descomunal mano de Gol. El hombretón suspiró y se alejó caminando.

Cery esbozó una sonrisa irónica, luego se agachó y abrió la reja de una pared cercana. A quienes no lo conocían bien, les parecía que Gol no se inmutaba en ninguna situación, pero Cery sabía qué significaba ese suspiro. Gol estaba asustado, y no sin razón. Todo hombre, mujer y niño de las barriadas corría peligro mientras aquellos asesinos anduviesen sueltos.

Cery se deslizó por la abertura y entró en el pasadizo que había debajo. Las tres monedas que había dado a Gol servirían para pagar a tres golfillos que debían entregar un mensaje; tenían que ser tres para que el mensaje no se perdiese o llegase demasiado tarde. Los destinatarios eran artesanos, y estos transmitirían a su vez la información a través de un miembro de la Guardia de la Ciudad, un chico mensajero o un animal adiestrado para ello. Ninguno de los hombres y mujeres que formaban parte de la ruta del mensaje conocía el significado de los objetos o contraseñas que se pasaban unos a otros. Solo el receptor final entendería su importancia.

Y cuando eso ocurriera, la caza comenzaría de nuevo.

Tras salir del aula, Sonea se abrió paso trabajosamente por el bullicioso corredor principal de la universidad. Por lo general, no prestaba mucha atención a las travesuras de los demás aprendices, pero aquel día era especial.

«Hoy hace un año del desafío —pensó—. Todo un año desde que me enfrenté a Regin en la Arena, y han cambiado muchas cosas».

La mayoría de los aprendices, en parejas o en grupos, caminaban hacia la escalera trasera y el refectorio. Unas cuantas jóvenes se habían quedado frente a la puerta de un aula, cuchicheando con aire conspirador. Al fondo del corredor, un profesor salió de una clase, seguido por dos aprendices cargados con unas cajas grandes.

Sonea observó el rostro de los pocos aprendices que repararon en su presencia. Ninguno de ellos la miró con rabia o desprecio. Algunos alumnos

de los primeros años se fijaban en el incal que llevaba en la manga, el símbolo que la distinguía como la aprendiz predilecta del Gran Lord, y enseguida apartaban la vista.

Cuando llegó al final del corredor, empezó a bajar por la elegante escalinata del vestíbulo, creada por medio de la magia. Sus botas tintineaban con suavidad contra los escalones. El sonido de otros pasos resonó en el vestíbulo. Al alzar la mirada, Sonea vio que tres aprendices subían en dirección hacia ella, y un escalofrío le recorrió la espalda.

El que iba en medio era Regin. Lo flanqueaban sus dos mejores amigos, Kano y Alend. Ella continuó bajando, sin inmutarse. En cuanto Regin la vio, la sonrisa se le borró de la cara. Sus miradas se encontraron, pero ambos las desviaron al cruzarse.

Sonea echó un vistazo hacia atrás y exhaló un leve suspiro de alivio. Desde el desafío, todos sus encuentros con Regin habían sido así. Él adoptaba la actitud de un perdedor generoso y digno, y ella le seguía el juego. Refregarle su derrota por las narices le habría producido una gran satisfacción, pero estaba segura de que, si lo hacía, a Regin se le ocurrirían formas anónimas y sutiles de vengarse. Más valía que se ignorasen el uno al otro.

Sin embargo, al vencer a Regin en público no solo había conseguido que él dejara de acosarla. Al parecer eso le había valido el respeto de los demás aprendices y de casi todos los profesores. Ya no era solo una chica de las barriadas cuyos poderes se habían manifestado por primera vez en un ataque contra el Gremio, durante la Purga anual de vagabundos y maleantes de la ciudad. Al evocar ese día, sonrió avergonzada. «Yo estaba tan sorprendida por haber utilizado la magia como ellos».

Tampoco la recordaban ya como una «descarriada» que había cerrado un trato con los ladrones para evitar que la capturasen. «Creía que el Gremio quería matarme. Al fin y al cabo, nunca habían adiestrado a nadie que no procediera de las Casas. De todos modos, de poco les sirvió a los ladrones. Nunca conseguí controlar mis poderes lo suficiente para serles útil».

Aunque todavía estaba resentida por ello, ya no la veían como a la intrusa que había provocado la caída de lord Fergun. «No debería haber encerrado a Cery ni amenazado con matarlo para obligarme a participar en sus intrigas.

Pretendía convencer al Gremio de que es peligroso que las personas de clase baja practiquen la magia, y en cambio demostró que lo peligroso es que la practiquen algunos magos».

Cuando pensó en los aprendices del corredor, Sonea sonrió. Por la curiosidad que mostraban, supuso que lo primero que recordaban de ella era la facilidad con que había salido vencedora del desafío. Se preguntaban cuán poderosa llegaría a ser. Ella sospechaba que algunos profesores le tenían un poco de miedo.

Al llegar al pie de la escalinata, Sonea cruzó el vestíbulo hacia los portones de la Universidad, que estaban abiertos. Se detuvo en el umbral para contemplar el edificio gris de dos plantas que se alzaba al borde del jardín, y su sonrisa se desvaneció.

«Ya hace un año del desafío, pero hay cosas que no han cambiado».

A pesar de que se había ganado el respeto de los aprendices, aún no había hecho buenos amigos. No es que Sonea o su tutor los intimidaran a todos. Varios aprendices se habían esforzado por darle conversación después del desafío, pero aunque ella les dirigía la palabra con naturalidad durante las clases o el descanso de enmedio, siempre declinaba sus invitaciones para unirse a ellos fuera del aula.

Suspiró y comenzó a bajar la escalera de la universidad. Toda amistad nueva sería un arma más que el Gran Lord podría utilizar en su contra. Si alguna vez se le presentaba la oportunidad de revelar al Gremio los crímenes cometidos por él, todos sus seres queridos correrían peligro. No tenía sentido ofrecer a Akkarin un abanico de víctimas donde elegir.

Sonea recordó aquella noche, hacía dos años y medio, en que había entrado a hurtadillas en el Gremio con su amigo Cery. Aunque creía que el Gremio la quería muerta, le parecía que el riesgo valía la pena. Como no había sido capaz de controlar sus poderes, no resultaba útil a los ladrones, y Cery había albergado la esperanza de que aprendiese observando a los magos.

Esa noche, después de ver muchas cosas que la fascinaron, Sonea se había acercado a un edificio gris apartado del resto. Al echar una ojeada a una habitación subterránea a través de una rejilla de ventilación, había visto a un mago con una túnica negra ejecutar una magia extraña...

El mago, recordó, empuñó la daga reluciente y alzó la vista hacia el sirviente.

«La pelea me ha debilitado. Necesito tu fuerza», dijo.

El sirviente cayó sobre una rodilla y le ofreció su brazo. El mago pasó el filo por la piel del hombre, y puso una mano sobre la herida...

... entonces Sonea notó una sensación extraña, como un aleteo de insectos en sus oídos.

Se estremeció al recordarlo. Aquella noche no había entendido lo que había presenciado, y posteriormente habían sucedido tantas cosas que había intentado olvidar. Sus poderes se habían vuelto tan peligrosos que los ladrones la habían entregado al Gremio, y ella había descubierto que los magos no tenían intención de matarla; decidieron dejar que se uniese a ellos. Después lord Fergun había capturado a Cery y había hecho chantaje a Sonea para que colaborase con él. Sin embargo, los planes del guerrero habían fracasado cuando encontraron a Cery recluido en una habitación subterránea de la universidad, y Sonea se había sometido voluntariamente a una lectura de la verdad por parte del administrador Lorlen para demostrar que Fergun la había manipulado. Fue durante aquella sesión cuando la imagen de aquel mago vestido de negro en aquella estancia subterránea había vuelto a su memoria con toda nitidez.

Lorlen había reconocido en el mago a su amigo Akkarin, el Gran Lord del Gremio. También había reconocido el ritual prohibido de la magia negra.

Al leer la mente de Lorlen, Sonea había llegado a formarse una idea del poder que poseía un mago negro. Por medio del arte prohibido, Akkarin habría superado los límites naturales de su fuerza. Si el Gran Lord tenía ya de por sí fama de poderoso, como mago negro habría multiplicado hasta tal punto su poder que Lorlen dudaba que todos los miembros del Gremio juntos pudiesen derrotarlo.

Por tanto, había descartado por completo un enfrentamiento directo con el Gran Lord. El delito debía permanecer en secreto hasta que se encontrase un medio más seguro de ocuparse de Akkarin. Solo a Rothen, el mago que había de ser el tutor de Sonea, le estaba permitido conocer la verdad, ya que era probable que durante su instrucción leyese el recuerdo que ella guardaba de Akkarin y descubriese por sí mismo el secreto.

Al pensar en Rothen, Sonea sintió una punzada de tristeza seguida de una ira apagada. Él había sido más que un tutor y un maestro; había sido como un padre. El acoso de Regin le habría resultado insoportable sin su apoyo. Como consecuencia, Rothen había sufrido los efectos de los rumores maliciosos propagados por Regin de que él había aceptado la tutela de la joven a cambio de sus favores.

Después, justo cuando parecía que los chismorreos y las sospechas se habían disipado, la situación había dado un vuelco. Akkarin había acudido a los aposentos de Rothen para decirle que había descubierto que estaban enterados de su secreto. Había leído la mente a Lorlen, y quería leer la de ellos. Consciente de que Akkarin era demasiado poderoso para enfrentarse a él, no osaron resistirse. Ella recordaba que, después, Akkarin había empezado a pasearse de un lado a otro de la habitación.

«Ambos me desenmascararíais si pudiérais —dijo—. Reclamaré la tutela de Sonea... La chica certificará tu silencio. Mientras sea mía, nadie sabrá por ti que practico la magia negra —sus ojos se clavaron en los de Sonea—. Y el bienestar de Rothen será mi garantía de que tú cooperarás».

Sonea echó a andar por el sendero que conducía a la residencia del Gran Lord. Aquel episodio se había producido hacía tanto tiempo que era como si le hubiese sucedido a otra persona, o a un personaje de alguna historia que le habían contado. Ahora que llevaba año y medio siendo la predilecta de Akkarin, no le parecía tan terrible como había temido que sería. Él no la había utilizado como fuente suplementaria de energía, ni había intentado involucrarla en sus prácticas malignas. Salvo por las cenas de gala a las que ambos asistían cada primerdía, apenas lo veía. Nunca hablaban más que de la instrucción de Sonea en la universidad.

«Excepto aquella noche», pensó.

Aflojó el paso al recordarlo. Hacía muchos meses, cuando ella regresaba de sus clases, había oído un estrépito y gritos procedentes de debajo de la residencia. Tras bajar la escalera hasta la habitación subterránea, había visto a Akkarin matar a un hombre valiéndose de la magia negra. El Gran Lord le había asegurado que la víctima era un asesino sachakano enviado para acabar con él.

«—¿Por qué le matasteis? —preguntó ella—. ¿Por qué no entregarlo al

Gremio?

»—Porque, como sin duda habrás imaginado, él y los de su especie saben muchas cosas sobre mí que preferiría que el Gremio ignorara... Debes de estar preguntándote quién es esta gente, quién me quiere muerto, y cuáles son sus motivaciones. Solo puedo contarte esto: los sachakanos aún odian al Gremio, pero también nos temen. De vez en cuando envían a alguien, para probarme».

Sonea sabía tanto sobre los vecinos de Kyralia como cualquier otro aprendiz de tercer año. Todos los alumnos estudiaban la guerra entre el Imperio sachakano y los magos de Kyralia. Se les enseñaba que los kyralianos habían salido vencedores del conflicto al instaurar el Gremio y compartir sus conocimientos de magia. Siete siglos después, el Imperio sachakano prácticamente había desaparecido, y buena parte de Sachaka era un erial.

Cuando Sonea pensaba en ello, no le costaba entender por qué los sachakanos seguían odiando al Gremio. Seguramente ese era también el motivo por el que Sachaka no era miembro de las Tierras Aliadas. A diferencia de Kyralia, Elyne, Vin, Lonmar y Lan, Sachaka no había suscrito el acuerdo que obligaba a todos los magos a someterse al entrenamiento y la vigilancia del Gremio. Era posible que hubiese magos en Sachaka, aunque ella dudaba que tuviesen una buena formación.

Si, a pesar de todo, constituían una amenaza, sin duda el Gremio lo sabía. Sonea frunció el entrecejo. Quizá algunos magos sí que lo sabían. Tal vez fuera un secreto que solo estaba al alcance de los magos superiores y del rey. El monarca no querría que el pueblo se inquietase por la existencia de magos sachakanos... a menos que estos se convirtieran en una amenaza grave, claro está.

¿Suponían esos asesinos una amenaza importante? Sonea sacudió la cabeza. Que enviasen ocasionalmente a algún sicario a matar al Gran Lord no era motivo de preocupación mientras él se deshiciese de ellos con facilidad.

Sonea se paró en seco. Quizá Akkarin podía deshacerse de ellos porque se fortalecía con magia negra. El corazón le dio un vuelco. Eso implicaría que los asesinos eran atterradoramente poderosos. Akkarin había dado a entender que sabían que él practicaba la magia negra. No lo atacarían sin estar seguros

de que tenían alguna posibilidad de matarlo. ¿Significaba eso que ellos también practicaban la magia negra?

Sintió un escalofrío. «Y todas las noches duermo en la misma casa que el hombre al que intentan matar».

Tal vez por eso a Lorlen aún no se le había ocurrido una manera de librarse de Akkarin. Posiblemente sabía que el Gran Lord tenía una buena razón para servirse de la magia negra. Quizá no pretendía en absoluto desbancar a Akkarin.

«No —pensó—. Si las intenciones de Akkarin fueran nobles, yo no sería su rehén. Si hubiera sido capaz de demostrar la pureza de sus motivos, lo habría intentado, para no tener a dos magos y una aprendiz buscando constantemente la manera de derrotarlo.

»Y si mi seguridad le importa de verdad, ¿por qué me obliga a quedarme en la residencia, donde los asesinos podrían atacar en cualquier momento?».

Estaba segura de que a Lorlen le preocupaba su seguridad. Si supiese que los motivos de Akkarin eran honorables, se lo diría. No querría que la situación en que ella se encontraba le pareciese peor de lo que era en realidad.

De pronto, recordó el anillo en el dedo de Lorlen. Desde hacía más de un año, en la ciudad corrían rumores sobre un asesino que llevaba un anillo de plata con una gema roja. Como el que llevaba Lorlen.

Pero tenía que tratarse de una coincidencia. Sonea conocía un poco la mente de Lorlen y era incapaz de imaginar que este pudiese matar a alguien.

Cuando llegó frente a la puerta de la residencia, se detuvo y respiró hondo. ¿Y si el hombre a quien Akkarin había matado no era un asesino? ¿Y si era un diplomático sachakano que había descubierto su delito, y Akkarin lo había citado en la residencia para asesinarlo... y luego había descubierto que el hombre era un mago?

«Basta. Déjalo ya».

Sacudió la cabeza para ahuyentar aquellas elucubraciones estériles. Llevaba meses estudiando esas posibilidades, dando vueltas y más vueltas a lo que había visto y a lo que le habían contado. Todas las semanas contemplaba a Akkarin al otro lado de la mesa del comedor y habría deseado tener valor suficiente para preguntarle por qué había aprendido magia negra, pero se quedaba callada. Si no podía estar segura de que la respuesta sería

sincera, ¿para qué molestarse en formular la pregunta?

Alargó el brazo y rozó el pomo de la puerta con los dedos. Como siempre, esta se abrió hacia dentro sin que apenas la hubiera tocado. Sonea pasó al interior.

La figura alta y oscura se levantó de uno de los sillones de la sala de invitados. Ella sintió un temor familiar, pero lo obvió. Un globo de luz solitario flotaba sobre la cabeza de él, proyectando sombras sobre sus ojos. La comisura de sus labios se curvó hacia arriba en una sonrisa sardónica.

—Buenas tardes, Sonea.

—Gran Lord —saludó ella, con una reverencia.

La pálida mano de él señaló el inicio de la escalera. Sonea se dirigía hacia allí y comenzó a subir. El globo de luz ascendía por el centro del hueco de la escalera mientras él la seguía. Al llegar al segundo nivel, ella echó a andar por el pasillo y entró en una sala en la que había varios muebles, entre ellos una mesa grande. El aire estaba impregnado de un olor delicioso que obligó a su estómago a empezar a hacer unos ruidos suaves.

Takan, el sirviente de Akkarin, se inclinó ante Sonea cuando esta se sentó; acto seguido, se retiró.

—¿Qué has estudiado hoy, Sonea? —preguntó Akkarin.

—Arquitectura —respondió ella—. Técnicas de construcción.

Akkarin arqueó ligeramente una ceja.

—¿El labrado de la piedra por medio de la magia?

—Sí.

Tenía un aire pensativo. Takan regresó a la sala con una bandeja grande en la que llevaba varios cuencos pequeños; los depositó sobre la mesa antes de marcharse a paso ligero. Sonea esperó a que Akkarin comenzara a servirse de los cuencos antes de llenar su propio plato de comida.

—¿Te ha resultado fácil o complicado?

Sonea meditó unos instantes.

—Complicado al principio, y después más fácil. Es... bastante similar a la sanación.

Akkarin la miró con más interés.

—En efecto. ¿Y en qué se diferencia?

Ella reflexionó.

—La piedra no posee la barrera natural de resistencia que tiene el cuerpo. Está desprovista de piel.

—Es cierto, pero se crea algo parecido a una barrera cuando... —La voz de Akkarin se apagó.

Al alzar la mirada, Sonea lo vio con el entrecejo fruncido y con la mirada fija en la pared, tras ella. A continuación, el Gran Lord la miró a los ojos y, más tranquilo, bajó la vista a la mesa.

—Tengo una reunión esta noche —dijo, echando la silla hacia atrás—. Disfruta el resto de la cena, Sonea.

Sorprendida, ella lo observó dirigirse a grandes zancadas a la puerta y luego contempló su plato medio lleno. De vez en cuando, Sonea se presentaba a la cena semanal y se encontraba a Takan esperándola en la sala de invitados para darle la buena noticia de que el Gran Lord no asistiría. Sin embargo, solo en dos ocasiones se había marchado Akkarin a media cena. La chica se encogió de hombros y siguió comiendo.

Cuando estaba a punto de terminar su plato, Takan apareció de nuevo. Apiló los cuencos y los platos en la bandeja. Al mirarlo, Sonea reparó en la pequeña arruga que tenía entre las cejas.

«Parece preocupado», pensó.

Al recordar sus elucubraciones previas, sintió que un escalofrío le subía por la espalda. ¿Temía Takan que otro asesino se colase en la residencia en busca de Akkarin?

De pronto le entraron unas ganas incontenibles de regresar a la universidad. Se levantó y miró al criado.

—No te molestes en traerme el postre, Takan.

Un cambio sutil se operó en el semblante del hombre. Ella leyó en su rostro cierta desilusión y no pudo por menos de sentirse culpable. Takan no era solo el sirviente fiel de Akkarin, sino también un consumado cocinero. ¿Había preparado, tal vez, un plato del que estaba especialmente orgulloso, y le contrariaba que los dos se marchasen sin haberlo probado?

—¿Es un plato que... estará bueno todavía tras unas horas? —titubeó ella.

Sus miradas se encontraron por unos instantes, y Sonea advirtió en sus ojos un destello de inteligencia aguda que su actitud deferente no alcanzaba a

disimular del todo. No era la primera vez.

—Así es, milady. ¿Se lo llevo a su habitación cuando vuelva usted?

—Sí —asintió ella—. Gracias.

Takan hizo otra reverencia.

Sonea salió de la sala, recorrió el pasillo a paso rápido y comenzó a bajar la escalera. Se preguntó de nuevo qué papel desempeñaba Takan en los secretos de Akkarin. Había visto al Gran Lord absorber energía de Takan, y no obstante era obvio que el sirviente no había muerto ni sufrido daño alguno por ello. Además, la noche del intento de asesinato, Akkarin le había contado que Takan era de Sachaka. Eso daba pie a otra pregunta: si los sachakanos detestaban al Gremio, ¿por qué era uno de ellos sirviente del Gran Lord?

¿Y por qué Takan llamaba a veces a Akkarin «amo» en vez de «milord»?

Lorlen estaba dictando un pedido de material de construcción cuando llegó un mensajero. Tras coger el papel de manos del hombre, Lorlen lo leyó y asintió con la cabeza.

—Di al caballero mayor que me prepare un carruaje.

—Sí, milord —el mensajero se inclinó ante él y se marchó a toda prisa de la habitación.

—¿Va a visitar de nuevo al capitán Barran? —preguntó Osen.

Lorlen dedicó una sonrisa sombría a su ayudante.

—Me temo que sí —miró la pluma que Osen sujetaba sobre una hoja de papel y sacudió la cabeza—. He perdido el hilo de mis pensamientos —añadió—. Ya terminaremos eso mañana.

Osen secó la plumilla.

—Espero que Barran haya encontrado al asesino esta vez —salió del despacho detrás de Lorlen—. Buenas noches, administrador.

—Buenas noches, Osen.

Mientras su ayudante se alejaba por el pasillo de la universidad en dirección al alojamiento de los magos, Lorlen pensó en el muchacho. Osen se había percatado enseguida de que Lorlen visitaba con regularidad el cuartel de la Guardia. Era un joven muy observador, y Lorlen no cometió el error de empezar a inventarse excusas complicadas. En ocasiones, revelar la medida

justa de la verdad era mejor que mentir descaradamente.

Había explicado a Osen que Akkarin le había pedido que supervisara la búsqueda del asesino por parte de los guardias.

—¿Por qué usted? —había preguntado Osen.

Lorlen ya se lo esperaba.

—Bueno, en algo tenía que ocupar mi tiempo libre —había respondido en broma—. Barran es un amigo de la familia. Yo ya estaba al corriente de estos asesinatos a través de él, así que la comunicación entre nosotros simplemente ha adquirido un carácter oficial. Podría enviar a otra persona, pero no quiero oír las últimas noticias de boca de un tercero.

—¿Puedo preguntar si hay alguna razón especial para que el Gremio se interese por el asunto? —había dicho Osen, tanteando el terreno.

—Puedes preguntar —había contestado Lorlen con una sonrisa—. Pero quizá yo no responda. ¿Crees tú que hay una razón?

—Me han contado que en la ciudad algunas personas opinan que hay magia de por medio.

—Y por eso el Gremio debe dar la impresión de estar pendiente del asunto. La gente no ha de creer que nos desentendemos de sus problemas. Por otro lado, no conviene demostrar un interés excesivo, pues entonces pensarán que hay algo de cierto en esos rumores.

Osen había prometido no comentar a nadie las visitas de Lorlen a la Guardia. Si los demás miembros del Gremio llegasen a enterarse de que Lorlen estaba pendiente de los progresos del capitán Barran, ellos también se preguntarían si la magia tenía algo que ver con el caso.

El propio Lorlen aún no estaba seguro de si la magia tenía o no algo que ver. Más de un año antes se había producido un incidente en que un testigo moribundo había asegurado que el asesino lo había agredido con magia. Las quemaduras que presentaba parecían provocadas por un azote de calor, pero desde entonces Barran no había encontrado pruebas que confirmasen que el asesino —o los asesinos— hubiesen utilizado magia.

Barran había accedido a guardar discreción absoluta respecto a la posibilidad de que el asesino fuese un mago rebelde. Lorlen le había explicado que si se corría la voz, el rey y las Casas llevarían a cabo una batida como la que se había organizado para capturar a Sonea. Aquella

experiencia les había enseñado que la presencia de magos por toda la ciudad solo serviría para poner al rebelde sobre aviso e impulsarlo a esconderse.

Lorlen se dirigió tranquilamente al vestíbulo. Vio que un carruaje salía de las caballerizas y se acercaba por el camino a la escalera exterior de la universidad. Cuando el vehículo se detuvo, Lorlen descendió hasta él, dijo al cochero adónde iba y subió al carruaje.

«Bien, ¿qué es lo que sabemos?», se preguntó.

Durante semanas, a veces durante meses, los asesinatos se cometían según el mismo método ritualizado, que en ocasiones recordaba prácticas de magia negra. Después, durante algunos meses, no se producían muertes, hasta que una nueva serie de asesinatos captaba la atención de la Guardia. Se trataba también de crímenes ritualizados, pero llevados a cabo con un método ligeramente distinto a los anteriores.

Barran había clasificado las posibles razones del cambio de método en dos categorías. O el asesino actuaba solo y modificaba constantemente sus hábitos, o cada serie de asesinatos era obra de un hombre diferente. Un hombre solo podía alterar sus costumbres para evitar que lo descubriesen o para perfeccionar el ritual; de ser varios los asesinos, ello podía indicar la existencia de algún tipo de banda o secta que imponía el homicidio como prueba de iniciación.

Lorlen contempló el anillo que llevaba. Unos cuantos testigos que habían tenido la suerte de toparse con el asesino y vivir para contarlo aseguraban haber visto una sortija con una gema roja en su mano. «¿Una sortija como esta?», se preguntó. Akkarin había creado la gema mezclando vidrio con su propia sangre la noche que había descubierto que Lorlen, Sonea y Rothen sabían que él había aprendido magia negra y que la empleaba. Le permitía ver y oír todo lo que Lorlen hacía y comunicarse mentalmente con él sin que otros magos se enterasen.

Cuando los asesinatos eran similares a un ritual de magia negra, Lorlen no podía evitar pensar que quizá Akkarin era responsable. Aunque el Gran Lord no llevaba anillo en público, era posible que se pusiese uno cuando salía del Gremio. Pero ¿por qué habría de hacer una cosa así? No necesitaba vigilarse a sí mismo.

«¿Y si el anillo permite a otro ver lo que hace el asesino?».

Lorlen frunció el entrecejo. Akkarin no querría que otro viese lo que hacía. A menos que estuviese cumpliendo las órdenes de ese otro. Esa posibilidad era a todas luces aterradora.

Lorlen suspiró. A veces incluso deseaba no llegar a conocer la verdad. Sabía que si Akkarin era el asesino, él mismo se sentiría en parte responsable de la muerte de sus víctimas. Debería haber plantado cara a Akkarin hacía tiempo, cuando se enteró a través de Sonea de que el Gran Lord practicaba la magia negra. Sin embargo, temía que el Gremio no pudiese vencer a Akkarin en un combate.

De modo que Lorlen había decidido guardar el secreto del crimen del Gran Lord y había convencido a Sonea y a Rothen de que hiciesen lo mismo. Después, Akkarin había descubierto que había un testigo de su crimen, y había tomado a Sonea como rehén para asegurarse el silencio de Lorlen y de Rothen. Ahora Lorlen no podía actuar contra Akkarin sin poner en peligro a la chica.

«Pero si confirmase que Akkarin es el asesino y supiese que el Gremio es capaz de derrotarlo, no dudaría ni por un instante. No le permitiría continuar, ni en aras de nuestra amistad ni por el bienestar de Sonea».

Y Akkarin debía de saberlo, por medio del anillo.

Por supuesto, también cabía la posibilidad de que Akkarin no fuese el asesino. Había pedido a Lorlen que investigase los crímenes, aunque eso no demostraba nada. Tal vez solo quería saber si la Guardia estaba o no a punto de desenmascararlo...

El carruaje se detuvo. Lorlen miró por la ventana y parpadeó, sorprendido, al ver la fachada del cuartel de la Guardia. Había estado tan abstraído en sus pensamientos que apenas era consciente del trayecto realizado. El vehículo se bamboleó ligeramente cuando el cochero se apeó para abrirle la puerta. Lorlen bajó y cruzó la acera a paso rápido hacia la entrada del cuartel. El capitán Barran lo recibió en el estrecho vestíbulo.

—Buenas tardes, administrador. Gracias por venir tan deprisa.

Aunque Barran era joven todavía, ya tenía arrugas de preocupación en la frente. Aquella noche parecían más profundas.

—Buenas tardes, capitán.

—Tengo noticias interesantes que darle, y quiero mostrarle algo. Vamos a

mi despacho.

Lorlen lo siguió por un pasillo hasta una habitación pequeña. El resto del edificio estaba en silencio, aunque siempre había algunos guardias presentes por las tardes. Barran indicó a Lorlen un asiento y a continuación cerró la puerta.

—¿Recuerda que dije que tal vez los ladrones estaban buscando al asesino?

—Sí.

Barran esbozó una sonrisa torcida.

—En cierta manera lo he confirmado. Era inevitable que si tanto la Guardia como los ladrones estábamos investigando los asesinatos, nuestros caminos acabarían por cruzarse. Resulta que hacía meses que tenían espías infiltrados aquí.

—¿Espías? ¿En la Guardia?

—Sí. Incluso un hombre honorable estaría tentado de aceptar dinero a cambio de información que quizá permitiría dar con el asesino, sobre todo cuando la Guardia no está obteniendo resultados —Barran se encogió de hombros—. Todavía no he identificado a todos los espías, pero por el momento estoy encantado de que sigan donde están.

Lorlen soltó una risita.

—Si quiere consejos para negociar con los ladrones, lord Dannyl sería el más indicado para dárselos, pero ahora es embajador del Gremio en Elyne.

El capitán enarcó las cejas.

—Serían consejos interesantes, aun cuando nunca se me presentase la ocasión de ponerlos en práctica. Sin embargo, no tengo la intención de negociar con los ladrones un acuerdo de colaboración. Las Casas no lo verían con buenos ojos. He quedado con uno de los espías en que me pasará toda la información que pueda revelarme sin correr riesgos. Por el momento nada de lo que me ha dicho me ha resultado útil, pero podría ponerme sobre la pista correcta —las arrugas entre sus cejas se acentuaron de nuevo—. Bueno, tengo algo que enseñarle. Dijo que quería examinar a la siguiente víctima. Anoche encontraron una, así que he pedido que traigan el cuerpo aquí.

Un estremecimiento recorrió la espalda de Lorlen, como si una corriente de aire frío se hubiese colado por el cuello de su túnica. Barran señaló la

puerta.

—Está en el sótano. ¿Quiere verlo ahora?

—Sí.

Se levantó y salió al pasillo detrás de Barran. El hombre guardó silencio mientras descendían un tramo de escalera y enfilaban otro pasillo. Allí el ambiente era notoriamente más fresco. Barran se detuvo ante una puerta de madera maciza, introdujo una llave en la cerradura y la abrió.

Un intenso olor a medicina invadió el pasillo, encubriendo apenas un hedor más desagradable. La habitación que había al otro lado de la puerta tenía escasos muebles. Entre las paredes de piedra vista solo había tres sencillos bancos. Sobre uno de ellos yacía el cadáver desnudo de un hombre. Sobre otro había una pila de ropa pulcramente doblada.

Lorlen se acercó y estudió el cuerpo de mala gana. Al igual que las otras víctimas recientes, esta había recibido una puñalada en el corazón y presentaba un corte poco profundo a un lado del cuello. Curiosamente, a pesar de todo, el hombre tenía una expresión de placidez en el rostro.

Cuando Barran comenzó a describir el lugar donde se había encontrado el cadáver, Lorlen recordó una conversación que había oído por casualidad durante una de las reuniones sociales periódicas en el Salón de Noche. Lord Darlen, un sanador joven, estaba hablando de un paciente a tres amigos suyos.

—Ya estaba muerto cuando llegó —había dicho Darlen, negando con la cabeza—, pero su esposa solicitó un reconocimiento para asegurarse de que habíamos hecho todo lo posible. Así que le eché un vistazo.

—¿Y encontraste algo?

Darlen había hecho una mueca.

—Siempre se detecta mucha energía vital después, por la cantidad de organismos que actúan en la descomposición, pero tenía el corazón parado y la mente en silencio. No obstante, percibí que le latía otro pulso, leve y lento, pero un pulso sin lugar a dudas.

—¿Cómo es eso posible? ¿Tenía dos corazones?

—No —había contestado Darlen con voz apenada—. Se había atragantado con un sevlí.

Al momento los dos sanadores habían prorrumpido en carcajadas. El

tercer amigo, un alquimista, parecía desconcertado.

—¿Por qué tenía un seвли en la garganta? Son venenosos. ¿Lo asesinó alguien?

—No... —Darlen había suspirado—. Su mordedura es venenosa, pero su piel contiene una sustancia que causa euforia y alucinaciones. A algunas personas les gustan esos efectos, así que chupan esos reptiles.

—¿Los chupan? —había preguntado el joven alquimista con incredulidad—. Entonces ¿qué hiciste?

—El seвли se estaba asfixiando —había explicado Darlen, con el rostro enrojecido—, de modo que lo saqué. Por lo visto, la mujer no sabía nada del hábito de su marido, porque se puso histérica. No quería irse a casa por miedo a que estuviera infestada de sevlis y uno de ellos se le metiese en la garganta por la noche.

Aquello había provocado otro ataque de hilaridad a los dos sanadores mayores. A Lorlen estuvo a punto de escapársele una sonrisa al recordarlo. El sentido del humor era muy necesario para los sanadores, aunque con frecuencia fuese un humor extraño. No obstante, la conversación le había inspirado una idea. Un cadáver normal estaba lleno de energía vital, pero el de una víctima de la magia negra debía de estar totalmente despojado de ella. Para confirmar si el asesino estaba valiéndose de la magia negra, bastaba con que Lorlen examinase a una víctima con sus sentidos sanadores.

Cuando Barran concluyó su descripción del escenario, Lorlen dio un paso al frente. Tras prepararse mentalmente, posó una mano en el brazo del muerto, cerró los ojos y proyectó sus sentidos hacia el interior del cuerpo.

Le sorprendió lo fácil que resultaba, hasta que se acordó de que la barrera natural que se resistía a la interferencia mágica en los seres vivos se disipaba en el momento de la muerte. Recorrió el cadáver con la mente y solo encontró unos rastros muy tenues de energía vital. El proceso de descomposición se había visto interrumpido —retardado— por la ausencia de seres vivos en el cadáver que pudiesen iniciarlo.

Lorlen abrió los ojos y retiró la mano del brazo del hombre. Observó el corte superficial que tenía a un lado del cuello, convencido de que aquella era la herida que lo había matado. La puñalada en el corazón probablemente se la habían asestado después, para que pareciese la causa de la muerte. Lorlen

bajó la vista y miró el anillo que llevaba.

«Así que es verdad —pensó—. El asesino utiliza la magia negra. Pero ¿es esto obra de Akkarin, o hay otro mago negro suelto en la ciudad?».

2. Las órdenes del Gran Lord

Rothen cogió la taza humeante de sumi de la mesa baja del comedor y se dirigió a una de las ventanas de su sala de invitados. Descorrió la mampara de papel que la cubría y contempló los jardines del exterior.

La primavera se había adelantado ese año. Los setos y los árboles empezaban a florecer, y un entusiasta jardinero nuevo había plantado hileras de flores de colores vivos en los márgenes de los senderos. Aunque era temprano, algunos magos y aprendices caminaban ya por el jardín esa mañana.

Rothen alzó su taza y tomó un sorbo. El sumi estaba amargo. Al pensar en la víspera, sonrió. Una vez por semana, se reunía con su anciano amigo lord Yaldin y la esposa de este, Ezrille, para cenar. Yaldin había mantenido una amistad con lord Margen, el difunto mentor de Rothen, y todavía consideraba su deber velar por este. Por eso, durante la cena, Yaldin se había sentido obligado a decir a Rothen que no se preocupase más por Sonea.

—Sé que aún la vigilas —había dicho el viejo mago.

Rothen se encogió de hombros.

—Me interesa su bienestar.

Yaldin soltó un leve resoplido.

—Es la aprendiz del Gran Lord. No necesita que te preocupes por su bienestar.

—No es verdad —replicó Rothen—. ¿Crees que al Gran Lord le importa que ella sea feliz o no? Solo le interesa su progreso académico. La magia no lo es todo en la vida.

Ezrille sonrió con tristeza.

—Por supuesto que no, pero... —titubeó y acto seguido exhaló un suspiro—. Sonea apenas ha hablado contigo desde que el Gran Lord exigió su tutela. ¿No crees que ya debería haberte hecho una visita? Ha pasado más de un año. Por muy ocupada que esté en sus estudios, podría haber encontrado un momento para verte.

Rothen no pudo evitar un gesto de disgusto. Al fijarse en las expresiones de compasión de sus amigos, supo que habían reparado en su reacción y creían que simplemente estaba dolido por el aparente abandono de Sonea.

—Las cosas le van bien, de verdad —aseguró Yaldin con suavidad—. Y esos absurdos conflictos con los otros aprendices terminaron hace tiempo. Déjalo estar, Rothen.

Rothen había fingido darle la razón. No podía revelar sus auténticos motivos para vigilar a Sonea, pues eso habría supuesto algo más que poner en peligro su vida. Aun cuando Yaldin y Ezrille hubiesen accedido a guardar el secreto para proteger a Sonea, Akkarin había dejado bien claro que nadie más debía enterarse. Que Lorlen desobedeciese esa «orden» era lo único que Akkarin necesitaba para... ¿para qué? ¿Para hacerse con las riendas del Gremio por medio de la magia negra? Ya era el Gran Lord. ¿Qué otra cosa podía ambicionar?

Más poder, quizá. Arrebatarse el trono al rey. Gobernar todas las Tierras Aliadas. Ser libre para fortalecerse con magia negra hasta convertirse en el mago más poderoso de la historia.

Pero si Akkarin hubiese albergado alguna de esas intenciones, sin duda ya las habría llevado a la práctica hacía tiempo. Rothen tenía que reconocer, muy a su pesar, que Akkarin no había hecho daño a Sonea en modo alguno, al menos que él supiera. Solo la había visto en compañía de su tutor una vez, el día del desafío.

Yaldin y Ezrille habían tocado el tema como de pasada.

—Bueno, al menos has dejado de tomar nemmin —había murmurado Ezrille antes de preguntar por Dorrien, el hijo de Rothen.

Este sintió un breve arrebatado de irritación al recordarlo. Miró a Tania, su sirvienta, que estaba limpiando con cuidado el polvo de su librería con un paño.

Rothen sabía que ella se lo había contado a Ezrille y a Yaldin porque

estaba preocupada por su salud, y que jamás desvelaría a nadie más su consumo de somníferos, pero aun así no podía evitar guardarle un poco de rencor. Por otro lado, ¿qué derecho tenía a quejarse, cuando ella se había prestado de buen grado a hacer de espía para él? Tania, aprovechándose de su amistad con Viola, la sirvienta de Sonea, lo mantenía al corriente del estado de salud de la joven, de su humor y de las visitas ocasionales que hacía a sus tíos en las barriadas. Era evidente que Tania no había explicado a Yaldin y Ezrill el papel que ella desempeñaba en todo el asunto, pues de lo contrario ellos lo habrían esgrimido como prueba de su preocupación excesiva por Sonea.

A Dannyl esa trama de «espionaje» le habría resultado divertida. Mientras bebía otro sorbo de sumi, Rothen reflexionó sobre lo que sabía de las actividades de su amigo en el último año. Por las cartas, había deducido que Dannyl había trabado una buena amistad con Tayend, su ayudante. Las conjeturas sobre la orientación sexual de Tayend habían durado poco. Todo el mundo sabía lo aficionados que eran los elyneos a los chismorreos, y la única razón por la que los magos del Gremio habían prestado atención a los rumores sobre las preferencias amorosas del ayudante era que Dannyl había sido acusado de sentirse atraído por otros hombres en su juventud. Esa acusación nunca se había demostrado. Como no había habido nuevas murmuraciones sobre Dannyl o su ayudante, la mayoría de los magos se había olvidado de ambos.

A Rothen le interesaba más la investigación que había encargado a Dannyl. Preguntarse cuándo había encontrado Akkarin la oportunidad de iniciarse en la magia negra había llevado a Rothen a especular sobre el viaje que aquel había emprendido años atrás para estudiar magia ancestral. Parecía probable que Akkarin hubiese descubierto las artes prohibidas en aquella época. Tal vez las mismas fuentes contuviesen también información sobre debilidades de los magos negros que podrían utilizarse en su contra, por lo que Rothen había pedido a Dannyl que le consiguiese documentación para un «libro» sobre magia ancestral que estaba escribiendo.

Por desgracia, Dannyl no había encontrado muchos datos útiles. Cuando, hacía más de un año, había regresado al Gremio sin previo aviso para rendir cuentas ante Akkarin, Rothen se temió que lo hubiesen descubierto. Según le

aseguró Dannyl más tarde, había explicado a Akkarin que estaba documentándose sobre el tema por iniciativa propia, y, para sorpresa de Rothen, el Gran Lord lo había animado a continuar. Dannyl seguía enviando los resultados de su investigación cada pocos meses, pero los fajos de papeles eran cada vez más pequeños. Aunque Dannyl había expresado su frustración por haber agotado ya todas las fuentes de conocimiento de Elyne, se había mostrado tan distante y huidizo durante su visita al Gremio que Rothen no podía por menos de preguntarse a veces si su amigo le ocultaba algo. De hecho, Dannyl había mencionado que había mantenido una conversación confidencial con el Gran Lord.

Rothen llevó su taza vacía de vuelta a la mesa del comedor. Dannyl, en su calidad de embajador del Gremio, tenía acceso a toda clase de información que no podía compartir con magos comunes. Era muy posible que el asunto confidencial tuviese carácter político.

Aun así, no podía desterrar la sospecha de que Dannyl estaba, sin saberlo, ayudando a Akkarin a llevar a cabo algún plan siniestro y terrible.

Pero no podía hacer nada al respecto. No le quedaba otro remedio que confiar en la sensatez de Dannyl. Su amigo no obedecería órdenes ciegamente, sobre todo si se le pidiese algo cuestionable o indebido.

Por más veces que Dannyl visitaba la Gran Biblioteca, contemplarla seguía llenándolo de admiración. La puerta y las ventanas del edificio excavado en la pared de un elevado precipicio eran tan grandes que no costaba imaginar que una raza de gigantes lo había esculpido en la roca para vivir en él. Sin embargo, los pasillos y las cámaras del interior eran de proporciones normales, por lo que no parecían en absoluto hechos por gigantes. Cuando un carruaje se detuvo frente al portón descomunal, una puerta más pequeña situada en la base se abrió, y de ella salió un joven muy apuesto.

Dannyl sonrió con cálido afecto mientras bajaba del coche para saludar a su amigo y amante. Tayend se inclinó ante él con respeto, pero a continuación le dedicó una de sus sonrisas características.

—No se ha dado demasiada prisa en venir, señor embajador —dijo.

—No es culpa mía. Los elyneos deberíais haber construido vuestra ciudad

más cerca de la biblioteca.

—Esa sí que es una buena idea. Se lo propondré al rey la próxima vez que vaya a la corte.

—Tú nunca vas a la corte.

—Es cierto —Tayend sonrió de nuevo—. Irland quiere hablar contigo.

Dannyl pareció dudar durante unos instantes. ¿Estaba el bibliotecario al corriente de los asuntos que trataba la carta que Dannyl acababa de recibir? ¿Había recibido una carta parecida?

—¿Sobre qué?

Tayend se encogió de hombros.

—Yo creo que solo tiene ganas de charlar un poco.

Recorrieron un pasillo y subieron un tramo de escalera hacia una sala alargada y estrecha. Un lado de la estancia estaba dominado por ventanas con parteluz, y había grupos de butacas dispuestas de manera informal a lo largo de la sala.

Un anciano estaba sentado en una de las más cercanas. Cuando se disponía a levantarse apoyándose en los brazos, Dannyl le indicó con un gesto que no lo hiciera.

—No se moleste, bibliotecario —se dejó caer en una butaca—. ¿Qué tal está?

Irland levantó los hombros ligeramente.

—Bastante bien para mi edad. No me quejo. ¿Y usted, embajador?

—Bien. No hay mucho trabajo en la Casa del Gremio, por el momento. Pruebas, alguna que otra disputa menor, unas pocas celebraciones... Nada que me robe mucho tiempo.

—¿Y Errend?

Dannyl sonrió.

—El primer embajador del Gremio está más animado que nunca —respondió—. Y muy aliviado por perderme de vista durante todo el día.

Irland soltó una risita.

—Tayend me ha dicho que su investigación no lleva a ninguna parte.

Dannyl suspiró y miró a Tayend de reojo.

—Si nos leyésemos todos los libros de la biblioteca tendríamos la remota posibilidad de descubrir algo nuevo, pero necesitaríamos varias vidas o a

cientos de ayudantes.

Cuando Dannyl había empezado a documentarse sobre la magia ancestral a petición de Lorlen, el tema lo había cautivado. Mucho antes de convertirse en Gran Lord, Akkarin había emprendido una búsqueda similar que lo había llevado a vagar por diferentes tierras durante cinco años. Sin embargo, había regresado con las manos vacías, y Dannyl había supuesto en un principio que Lorlen le había pedido que siguiese la misma ruta que Akkarin para obsequiar a su amigo con parte de la información que había perdido.

Pero seis meses después, cuando Dannyl ya había viajado a Lonmar y a Vin, Lorlen le había comunicado de pronto que ya no necesitaba la información. Al mismo tiempo, Rothen había mostrado un interés repentino en el mismo tema. Esa extraña coincidencia, sumada a la fascinación del propio Dannyl por los misterios de la magia ancestral, lo había animado a él, y también a Tayend, a seguir adelante.

Akkarin había acabado por enterarse del proyecto de Dannyl y le había ordenado que regresara para rendirle cuentas. Para gran alivio de Dannyl, el Gran Lord estaba complacido con su trabajo, aunque los conminó a él y a Tayend a mantener en secreto su descubrimiento más extraño: la Cámara del Castigo Último. El recinto, hallado bajo las ruinas de una ciudad en las montañas de Elyne, tenía una bóveda de piedra cargada de magia que había atacado a Dannyl y había estado a punto de matarlo.

Su funcionamiento era un misterio. Más tarde, después de volver para sellar la entrada, Dannyl había buscado referencias a ello en la Gran Biblioteca, pero no había dado con una sola. Era evidente que el sistema empleaba un tipo de magia desconocido para el Gremio.

—Sospecho que averiguaría más si fuera a Sachaka —añadió Dannyl—, pero el Gran Lord denegó mi petición de viajar allí.

Irاند asintió con la cabeza.

—Sabía decisión. No sabemos con certeza si sería bien recibido. Sin duda habrá magos allí. Aunque no serían tan experimentados como usted y sus colegas, representarían un peligro para un mago del Gremio que llegase solo. Después de todo, el Gremio dejó buena parte de su territorio convertido en un erial. Bien, ¿qué va a hacer ahora?

Dannyl extrajo de su túnica una carta doblada y la tendió a Irاند.

—Tengo una tarea nueva de la que ocuparme.

El bibliotecario, tras dudar por unos instantes al ver los restos del sello del Gran Lord, abrió la carta y comenzó a leer.

—¿De qué se trata? —preguntó Tayend.

—De una investigación —contestó Dannyl—. Al parecer, algunos nobles de este país pretenden crear un gremio de descarriados.

El académico abrió los ojos de par en par y luego adoptó una expresión pensativa. Irland tomó aire con brusquedad y miró a Dannyl por encima del papel.

—O sea, que lo sabe.

Dannyl hizo un gesto de afirmación.

—Eso parece.

—¿Qué es lo que sabe? —inquirió Tayend.

Irland le alargó la carta. El académico leyó en voz alta:

Llevo algunos años observando los intentos de un pequeño grupo de cortesanos de Elyne por instruirse en la magia sin la ayuda ni el conocimiento del Gremio. No habían tenido éxito hasta hace poco. Ahora que al menos uno de ellos ha conseguido desarrollar sus poderes, el Gremio tiene el derecho y la obligación de tomar cartas en el asunto. Adjunto con esta misiva información sobre dicho grupo. Tu relación con el académico Tayend de Tremmelin te resultará útil para convencerlos de que eres de fiar.

Tayend hizo una pausa y miró a Dannyl.

—¿Eso qué significa? —exclamó.

Dannyl señaló la carta con un movimiento de la cabeza.

—Sigue leyendo.

Es posible que los rebeldes intenten utilizar esta información personal en tu contra una vez que los hayas detenido. Me aseguraré de dejar claro que he sido yo quien te ha pedido que les facilites esa información con el fin de conseguir tu objetivo.

Tayend fijó la vista en Dannyl.

—Dijiste que él no sabía lo nuestro. ¿Cómo puede saberlo? ¿O simplemente ha hecho caso de los rumores y se ha arriesgado a que no sean ciertos?

—Lo dudo —replicó Irand—. Un hombre como el Gran Lord nunca se arriesga. ¿A quién más has hecho partícipe de vuestra relación?

Tayend sacudió la cabeza.

—No hay nadie más. A menos que nos hayan escuchado a escondidas... —Eché un vistazo en derredor.

—Antes de salir a la caza de espías, deberíamos considerar una posibilidad —dijo Dannyl. Hizo una mueca y se frotó las sienes—. Akkarin posee algunas facultades poco comunes. Los demás tenemos ciertas limitaciones a la hora de leer mentes. No podemos leer una mente que se resiste a ello, y necesitamos tocar a la persona para penetrar en sus pensamientos. Una vez, Akkarin escudriñó la mente de un criminal para confirmar su culpabilidad. Aunque el hombre debería haber podido bloquearlo, Akkarin logró atravesar sus barreras mentales de alguna manera. Algunos magos creen que Akkarin es capaz de leer la mente a distancia.

—¿Así que sospechas que te leyó el pensamiento cuando estabas en Kyralia?

—Tal vez. O quizá lo hizo cuando me ordenó que regresara al Gremio.

Irand arqueó las cejas.

—¿Mientras estaba usted en las montañas? Sería extraordinario que pudiese leer la mente desde tan lejos.

—Dudo que lo hubiese conseguido de no haber respondido yo a su llamada. Una vez establecido el contacto, no obstante, quizá vio más de lo que yo pretendía mostrarle —Dannyl movió la cabeza en dirección a la carta—. Sigue leyendo, Tayend. Queda un párrafo.

Tayend bajó la vista hacia el papel.

—«Tu ayudante ha tenido ya algún encuentro con los rebeldes. No le resultará difícil organizar una entrevista». ¿Y esto cómo puede saberlo?

—Esperaba que me lo explicaras tú.

El académico contempló la misiva con el ceño fruncido.

—En Elyne todo el mundo tiene algún que otro secreto. Comentamos

algunos, nos guardamos otros —dirigió una mirada breve a Dannyl y a Irand—. Hace unos años un hombre llamado Royend de Marane me invitó a una fiesta secreta. Como decliné la invitación, él me aseguró que no era lo que yo pensaba, una orgía de placeres de la carne o la mente. Me prometió que sería una reunión de índole académica. Pero interpreté su actitud sospechosa como una advertencia y no asistí.

—¿Te dio a entender de alguna manera que estaba ofreciéndote conocimientos de magia? —preguntó Irand.

—No, pero ¿qué otras actividades académicas se realizan clandestinamente? No es ningún secreto que una vez me invitaron a incorporarme al Gremio y yo rechacé la oferta —se volvió hacia Dannyl—. De modo que sabe de mis dotes mágicas, y es posible que haya deducido mis motivos para no aceptar la túnica.

Irand asintió.

—El Gran Lord seguramente también sabe esto. Tiene sentido que los rebeldes se pongan en contacto con aquellos que se han negado a ingresar en el Gremio o que han sido rechazados por él —hizo una pausa y miró a Dannyl—. Y aunque está claro que Akkarin sabe la verdad sobre usted, no le ha retirado como embajador ni le ha denunciado. Tal vez sea más tolerante que el kyraliano medio.

Un escalofrío recorrió la espalda de Dannyl.

—Solo porque le resulto útil. Pretende que me exponga a un gran riesgo para encontrar a esos rebeldes.

—Un hombre de su posición debe estar dispuesto a servirse de aquellos que tiene a sus órdenes —dijo Irand con severidad—. Usted eligió ser embajador del Gremio, Dannyl. Sus funciones consisten en defender los intereses del Gran Lord en asuntos que son competencia y responsabilidad del Gremio. A veces cumplir con esas funciones implica correr riesgos. Esperemos que esta misión solo ponga en peligro su reputación y no su vida.

Dannyl suspiró y agachó la cabeza.

—Claro, tiene razón.

Tayend rio entre dientes.

—Irand siempre tiene razón, excepto si se trata de catalogar meto... —Sonrió de oreja a oreja cuando el bibliotecario lo fulminó con la mirada—.

Bueno, supongo que si los rebeldes creían que Dannyl tenía motivos para guardar rencor al Gremio, a lo mejor decidieron que podía unirse a ellos.

—Y convertirse en un maestro, quizá —agregó Irand.

Dannyl asintió.

—Y habrán pensado que si yo me resistía a colaborar, podrían obligarme a guardar silencio amenazándome con descubrir mi relación con Tayend.

—Sí. Pero debe planear esto con sumo cuidado —le advirtió Irand.

Comenzaron a discutir diferentes maneras de contactar con los rebeldes. Dannyl se alegró, y no por primera vez, de contar con la confianza del bibliotecario. Tayend había insistido hacía meses en que hablaran de su relación a su mentor y había asegurado a Dannyl que pondría su vida en manos de Irand sin dudarlo. Para consternación del embajador, el anciano no se había mostrado en absoluto sorprendido.

Hasta donde los dos amantes sabían, el resto de la corte de Elyne seguía creyendo que Dannyl ni conocía ni mucho menos compartía la atracción de Tayend por los hombres. Rothen le había dicho que habían circulado rumores parecidos por el Gremio pero que enseguida quedaron olvidados. A pesar de todo, Dannyl aún temía que la verdad sobre él llegara a saberse en el Gremio y que, como consecuencia, lo destituyesen y lo obligasen a regresar.

Por eso había reaccionado con sorpresa y rabia a la petición de Akkarin de que permitiese que los rebeldes averiguasen la verdad. Bastante difícil le resultaba ya mantener en secreto lo suyo con Tayend. Dejar que los rebeldes lo descubriesen era un riesgo que no quería asumir.

Era tarde cuando alguien llamó. Sonea alzó la vista de su escritorio y la posó en la puerta de su habitación. ¿Su sirvienta le llevaba una última taza de raka caliente? Levantó la mano pero enseguida se detuvo. Lord Yikmo, el guerrero que la había entrenado para el desafío, siempre decía que un mago no debía adquirir el hábito de gesticular al hacer magia, pues de ese modo delataba su intención. Con las manos quietas, Sonea hizo que la puerta se abriese sola. Takan estaba al otro lado, en el pasillo.

—Milady —dijo—, el Gran Lord solicita su presencia en la biblioteca.

Ella lo miró y notó que la sangre se le helaba despacio. ¿Qué quería de

ella Akkarin a esa hora de la noche?

Takan esperaba, con la mirada fija en Sonea.

Ella empujó la silla hacia atrás, se levantó y se acercó a la puerta. Cuando salió al pasillo, Takan echó a andar hacia la biblioteca. Al llegar ante la puerta, Sonea echó un vistazo al interior.

A un lado había un escritorio grande. Las paredes estaban cubiertas de estanterías. En el centro estaban dispuestos dos sillones y una mesa pequeña. Akkarin estaba sentado en uno de los sillones. Después de que Sonea lo saludara con una reverencia, él señaló el otro asiento, en el que había un libro pequeño.

—Es para que lo leas —dijo—. Te ayudará en tus estudios sobre la construcción de edificios por medio de la magia.

Sonea se adentró en la habitación y se acercó al sillón. Era una libreta encuadernada en piel y muy gastada. La cogió y la abrió. Las páginas estaban repletas de letras desvaídas escritas a mano. Leyó los primeros renglones y contuvo el aliento. Era el diario de lord Coren, el arquitecto que había diseñado casi todos los edificios del Gremio y que había descubierto cómo labrar la piedra con magia.

—Creo que no hace falta que te explique lo valioso que es ese libro —dijo Akkarin en voz baja—. Es único e irremplazable. —Su voz se hizo más profunda—. Y no debe salir de esta habitación.

Sonea lo miró y asintió con la cabeza. Con el semblante serio, el Gran Lord clavó sus ojos negros en ella.

—No lo comentarás con nadie —añadió con suavidad—. Solo unos pocos saben de su existencia, y prefiero que eso no cambie.

Ella retrocedió un paso cuando Akkarin se puso de pie impulsándose con los brazos y caminó hacia la puerta. Enfiló el pasillo, y Sonea se percató de que Takan la contemplaba sin el menor disimulo, como si la estuviese estudiando con atención. Sus miradas se encontraron. Él asintió como para sí y luego desvió la vista. Los pasos de dos pares de pies se apagaron a lo lejos. Sonea miró la libreta que sostenía entre las manos.

Se sentó, abrió la cubierta y comenzó a leer:

Soy Coren de Emarin, de la Casa de Velan, y en estas páginas

llevaré un registro de mi trabajo y mis hallazgos.

No soy una de esas personas que escriben sobre sí mismas por orgullo, por costumbre o por el deseo imperioso de que otros conozcan su vida. Pocos son los aspectos de mi pasado de los que no pueda hablar con mis amigos o con mi hermana. Hoy, sin embargo, me he encontrado en la necesidad de trasladar mis pensamientos al papel. He descubierto algo que debo guardar en el más profundo secreto, pero al mismo tiempo siento el impulso irrefrenable de revelarlo.

Sonea se fijó en la fecha, consignada en la parte superior de la página. Por lo que había estudiado recientemente, supo que en el momento de escribir ese diario lord Coren era joven e inquieto, y estaba mal visto por sus mayores por beber demasiado y diseñar edificios extraños y poco prácticos.

Hoy me han traído el arcón a mis aposentos. Me ha llevado un buen rato abrirlo. He anulado las cerraduras mágicas con relativa facilidad, pero la tapa estaba pegada por la herrumbre. No quería arriesgarme a dañar el contenido, de modo que he extremado las precauciones. Cuando por fin lo he abierto, me he llevado una desilusión y a la vez una alegría. Estaba lleno de cajas, así que mi primera ojeada al interior del arcón me ha llenado de emoción. Pero al abrir cada una de las cajas no he encontrado más que libros dentro. Cuando he abierto la última, mi decepción era absoluta. No había encontrado tesoros enterrados; solo libros.

Por lo que he visto, todos son registros de algún tipo. He leído hasta bien entrada la noche, y hay muchas cosas que me desconciertan. Mañana seguiré leyendo.

Sonea sonrió al imaginar al joven mago encerrado en su habitación, leyendo. Las siguientes entradas en el diario eran muy irregulares, y con frecuencia transcurrían varios días entre una y otra. Luego había una anotación breve, subrayada varias veces.

¡Ya sé qué es lo que he encontrado! ¡Se trata de los documentos perdidos!

Mencionaba el título de algunos de los libros, pero Sonea no reconoció ninguno. Los volúmenes perdidos estaban «repletos de conocimientos prohibidos», y Coren era reacio a resumir su contenido. Tras una laguna de varias semanas había una entrada larga que describía un experimento, cuya conclusión era la siguiente:

¡Por fin lo he conseguido! Me ha llevado mucho tiempo. Ahora me embargan la sensación de triunfo y también el miedo que habría debido sentir antes. No estoy seguro de por qué. Mientras fracasaban mis intentos de descubrir las maneras de utilizar este poder, yo conservaba en cierto modo mi integridad. Con el corazón en la mano, ahora no puedo negar que he utilizado la magia negra. He quebrantado mi voto. No era consciente de la angustia que esto me provocaría.

Aun así, Coren no había cejado en su empeño. Sonea se esforzó por entender por qué aquel joven había seguido adelante con algo que claramente consideraba reprobable. Parecía incapaz de dejarlo, impelido a llevar sus investigaciones hasta el final, aunque ese final fuera el descubrimiento de su propio delito.

Pero resultó ser algo distinto...

Quienes me conocen saben de mi amor por la piedra. Es la hermosa carne de la tierra. Tiene grietas y surcos, como la piel, y tiene venas y poros. Puede ser dura, suave, quebradiza o flexible. Cuando la tierra arroja con fuerza parte de su núcleo fundido, este es rojo como la sangre.

Con lo que había aprendido de los distintos tipos de magia negra, esperaba que, al posar mis manos sobre la piedra, percibiría una enorme reserva de energía vital en su interior, pero

me llevé una decepción. No percibí nada; ni siquiera el leve cosquilleo que se siente al tocar el agua. Yo deseaba que la piedra estuviese llena de vida. Fue entonces cuando sucedió. Como un sanador que intenta volver a un moribundo a la vida por medio de su voluntad, empecé a infundir energía a la piedra. Le insuflé vida por medio de la voluntad. Y ocurrió algo extraordinario.

Sonea aferraba la libreta con fuerza, incapaz de despegar la vista de aquellos renglones. Aquel era el descubrimiento que había hecho famoso a Coren y que había influido en la arquitectura del Gremio durante siglos. Se decía que era el mayor avance en el conocimiento de la magia que se había realizado en mucho tiempo. Aunque lo que Coren había hecho no era en realidad magia negra, debía su hallazgo al estudio de las artes prohibidas.

Sonea cerró los ojos y negó con la cabeza. Lord Larkin, el profesor de arquitectura, habría dado toda su fortuna por poseer aquel diario, pero conocer la verdad sobre su ídolo lo dejaría desolado. La chica suspiró, bajó la mirada a las páginas y siguió leyendo.

3. Viejos amigos, nuevos aliados

Cery firmó la carta, añadió una rúbrica y contempló su obra con satisfacción. Su caligrafía era pulcra y elegante. El papel era de buena calidad, y la tinta, oscura. A pesar de las expresiones coloquiales —había pedido a Serin que le enseñase a leer y a escribir, no a expresarse como un miembro de las Casas— y de que se trataba de un documento en el que solicitaba la ejecución de un hombre que lo había traicionado y huido a Ladosur, era una carta muy correcta y bien redactada.

Sonrió al recordar que había pedido a Farén, el ladrón que había ocultado a Sonea cuando el Gremio la buscaba, que le «prestase» a su escriba durante un rato. Por la expresión de Farén, entre reticente y agradecida, Cery supo que el ladrón se lo habría negado de no ser porque necesitaba desesperadamente reforzar su posición con aquel trato.

El prestigio de Farén como ladrón había estado en la cuerda floja durante todo un año después de que entregase a Sonea al Gremio. La capacidad de un ladrón para hacer negocios dependía de una red de personas dispuestas a trabajar para él. Aunque algunos prestaban sus servicios por dinero, otros preferían «echar una mano» y cobrar en especie más tarde. Los favores eran la segunda moneda de cambio de los bajos fondos.

Farén se había cobrado muchos de los favores que le debían para mantener a Sonea a salvo del Gremio, pero eso no habría conseguido frenarlo durante mucho tiempo. La gente sabía que había acordado con Sonea que la protegería del Gremio a cambio de que ella utilizase la magia para ayudarlo, pero él había faltado a su promesa. Los demás ladrones, preocupados porque el Gremio les advertía que los poderes de Sonea constituirían un peligro si

nadie le enseñaba a controlarlos, habían «pedido» a Farén que la entregara. Aunque difícilmente habría podido desoír la petición de los otros líderes de los bajos fondos, era innegable que Farén había cerrado un trato. Los ladrones necesitaban que la gente creyese que tenían algo de integridad, o solo los más desesperados o insensatos querrían hacer negocios con ellos. Únicamente el hecho de que Sonea nunca había empleado la magia de forma útil, y por tanto había incumplido su parte del trato, había salvado a Farén del desastre absoluto.

Pese a todo, Serin se había mantenido leal. Había proporcionado a Cery muy poca información sobre los asuntos de Farén durante las clases de lectura y escritura; nada que Cery no supiera. Este aprendía deprisa, aunque lo atribuía a que había estado presente durante algunas de las lecciones que el escriba impartía a Sonea.

Y al demostrar que él —el amigo de Sonea— estaba dispuesto a tratar con Farén —el «traidor» de Sonea—, Cery daba garantías a la gente de que el ladrón seguía siendo digno de confianza.

Tras sacar un canuto seco del cajón de su escritorio, Cery enrolló la carta y la introdujo en el trozo de caña. Le puso un tapón y lo selló con cera. Acto seguido, cogió un yerim —un utensilio delgado de metal acabado en punta— y grabó su nombre a lo largo del tubo.

Lo dejó a un lado, sopesó el yerim en la palma y, con un movimiento de muñeca, lo lanzó a través de la habitación. Se clavó en uno de los paneles de madera de la pared opuesta. Cery dejó escapar un leve suspiro de satisfacción. Había mandado hacer unos yerims que estuviesen bien equilibrados para arrojarlos. Miró los tres que quedaban en el cajón, y se disponía a empuñar otro, pero se detuvo al oír unos golpes en la puerta.

Se puso de pie y cruzó la habitación para arrancar el yerim del panel antes de volver a sentarse frente a su escritorio.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió y entró Gol; la expresión de su rostro era de respeto. Cery lo estudió con mayor detenimiento. ¿Había en los ojos de Gol un destello de... expectación, quizá?

—Ha venido a verte una mujer, Ceryni.

Cery sonrió al oír a Gol pronunciar su nombre entero. Debía de tratarse

de una mujer poco corriente, a juzgar por la actitud de Gol. ¿Sería enérgica, hermosa o importante?

—¿Nombre?

—Savara.

Cery no la conocía, a menos que en realidad no se llamase así. Por otro lado, no era un típico nombre kyraliano. Más bien parecía propio de Lonmar.

—¿Ocupación?

—No me la ha dicho.

«Entonces tal vez sí que se llama Savara», pensó Cery. Ya puestos a mentir sobre el nombre, ¿por qué no inventarse una ocupación también?

—¿Para qué ha venido?

—Dice que puede ayudarte con un problema, aunque no me ha aclarado de qué problema se trata.

Cery se quedó pensativo. «De modo que esa mujer cree que tengo un problema. Qué interesante».

—Bien, hazla pasar.

Gol asintió y salió de la habitación. Cery cerró el cajón del escritorio y se reclinó en su silla a esperar. Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió de nuevo.

La recién llegada y él se miraron, sorprendidos.

Ella tenía el rostro más extraño que Cery hubiese visto. Una frente amplia y unos pómulos prominentes descendían en ángulo oblicuo hasta un mentón afilado. Su cabellera espesa, negra y lisa le colgaba pesadamente hasta más abajo de los hombros, pero su rasgo más insólito eran sus ojos, grandes, con la comisura externa inclinada hacia arriba, y de un color cobrizo semejante al de su piel. Eran unos ojos extraños y exóticos... que lo observaban con una expresión divertida apenas disimulada.

Cery ya estaba acostumbrado a esa reacción. La mayoría de los clientes se quedaban desconcertados cuando lo conocían en persona y se fijaban en su estatura y en su nombre, que era también el de un pequeño roedor que abundaba en las barriadas. Luego se acordaban de la posición social de Cery y de las posibles consecuencias que tendría para ellos reírse en su cara.

—Ceryni —dijo la mujer—. ¿Usted es Ceryni? —Tenía una voz sonora y profunda, y hablaba con un acento que él no acertaba a identificar. Estaba

claro que no era de Lonmar.

—Sí, y usted es Savara. —No empleó un tono interrogativo. Si la mujer había mentido sobre su nombre, Cery dudaba que si le preguntaba cuál era el verdadero ella se lo dijera sin más.

—En efecto.

Savara dio un paso hacia el escritorio, dirigiendo la vista a un lado y a otro para fijarse en detalles de la habitación, y luego miró a Cery.

—De modo que tengo un problema que usted puede arreglar —dijo él.

Una sombra de sonrisa asomó al rostro de ella, y él contuvo la respiración. «Si sonriese sin cohibirse seguro que estaría increíblemente hermosa». Sin duda ese era el motivo de la emoción reprimida de Gol.

—Así es —la mujer frunció el entrecejo—. Lo tiene —su mirada se apartó de los ojos de él y lo recorrió de arriba abajo como si ella estuviese meditando sobre algo. De pronto, soltó—: Los otros ladrones dicen que es usted quien está buscando a los asesinos.

«¿Los asesinos? —Cery entornó los ojos—. O sea, que sabe que hay más de uno».

—¿Cómo piensa ayudarme?

Savara sonrió, y Cery vio confirmada su suposición. La mujer estaba increíblemente hermosa. Sin embargo, él no había previsto la actitud desafiante y segura que esa sonrisa llevaría consigo. Ella sabía cómo aprovecharse de su aspecto para salirse con la suya.

—Puedo ayudarle a dar con ellos y matarlos.

A Cery se le aceleró el pulso. Si ella sabía quiénes eran los asesinos y se consideraba capaz de matarlos...

—¿Y cómo pretende hacer eso? —preguntó Cery.

La sonrisa de la joven se desvaneció. Avanzó otro paso hacia él.

—¿Lo de encontrarlos o lo de matarlos?

—Ambas cosas.

—Hoy no pienso hablar de mis métodos de matar. En cuanto a encontrarlos... —Una arruga apareció entre sus cejas—. Eso será más complicado, pero más fácil para mí que para usted. Tengo mis tácticas para reconocerlos.

—Yo también —señaló Cery—. ¿Por qué es mejor su táctica que la mía?

Savara sonrió de nuevo.

—Porque yo sé más sobre ellos. Déjeme decirle que hoy ha llegado a la ciudad el siguiente. Probablemente tardará un par de días en armarse de valor, y luego se enterará usted de su primer asesinato.

Cery analizó la respuesta. Si ella no supiese nada en realidad, ¿le habría ofrecido esa prueba? No, a menos que planease «fabricar» ella misma la prueba asesinando a alguien. La miró con atención, y se le heló el corazón cuando reconoció aquellas facciones duras y aquel tono de piel cobrizo. ¿Cómo no se había dado cuenta? Pero si nunca antes había visto a una mujer sachakana...

No le cabía la menor duda: era una mujer peligrosa. Estaba por ver si representaba un peligro para él o para sus compatriotas asesinos. Cuanta más información sobre sí misma le sonsacara, mejor.

—¿O sea, que tiene vigías en su país —aventuró— que le avisan cuando un asesino cruza la frontera con Kyralia?

Ella tardó unos instantes en responder.

—Sí.

Cery asintió con la cabeza.

—O bien esperará un par de días y matará a alguien usted misma.

Ella le dirigió una mirada fría como el acero.

—Entonces mande a sus sifones a vigilarme. Me quedaré en mi habitación y pediré que me lleven allí la comida.

—Los dos tenemos que demostrar que estamos del lado bueno —dijo él—. Es usted quien ha acudido a mí; o sea, que le corresponde probarlo primero. Le asignaré un vigía, y una vez que ese hombre haya realizado su trabajito, charlaremos. ¿Le parece bien?

—Sí —respondió ella, asintiendo una vez con la cabeza.

—Espere en la primera habitación. Yo me encargaré de todo, y pediré a un amigo que la acompañe de regreso a su casa.

La observó mientras se dirigía a la puerta, intentando captar todos los detalles posibles. Iba vestida con ropa sencilla, ni andrajosa ni cara. La camisa y los pantalones gruesos eran típicos de los kyralianos de a pie, pero por su forma de andar costaba imaginar que hubiese recibido muchas órdenes en su vida. No, las órdenes las daba ella.

Una vez que se marchó, Gol regresó a la habitación a paso veloz, con el semblante tenso por el esfuerzo de disimular su curiosidad.

—Encárgate de que cuatro sifones la vigilen —le indicó Cery—. Quiero que se me informe de todos sus movimientos, y que se tome buena nota de todo aquel que le lleve algo, ya sea comida u otra cosa. Ella sabe que estará bajo vigilancia, así que deja que vea a dos de los sifones.

Gol hizo un gesto afirmativo.

—¿Quiere ver lo que llevaba consigo? —Le tendió un fardo envuelto en una tela.

Cery lo contempló, levemente sorprendido. «Ella se ha ofrecido a matar a los asesinos —razonó—. Dudo que intente hacerlo con las manos desnudas». Asintió con la cabeza.

Gol extendió con cuidado el trozo de tela sobre el escritorio. Cery soltó una risita al ver aquel arsenal de cuchillos y dagas. Los recogió uno por uno y los sopesó en la mano. Algunos llevaban unos dibujos extraños grabados, y otros, piedras preciosas engastadas en el metal. Dejó de reírse. Eran de Sachaka, seguramente. Dejó a un lado las armas enjoyadas más grandes e hizo una señal a Gol.

—Devuélveselas.

Gol asintió, lio de nuevo el hatillo y salió de la habitación con él. Cuando la puerta se cerró, Cery se inclinó hacia atrás en su silla y reflexionó sobre aquella extraña mujer. Si se confirmaba que todo lo que había dicho era cierto, sin duda ella le sería tan útil como afirmaba.

¿Y si mentía? Cery frunció el ceño. ¿Era posible que un ladrón la hubiese enviado? Ella había mencionado una conversación con «los otros ladrones». Sin embargo, a Cery no se le ocurría ninguna buena razón para que uno de ellos estuviese implicado. Habría que dedicar un tiempo a estudiar todas las posibilidades. Tendría que pedir informes constantes a sus vigías.

«¿Debería decírselo a “él”?», se preguntó. Como le resultaría imposible comunicárselo por medio de uno de los mensajes en clave preestablecidos, sería imprescindible concertar una reunión. ¿Era lo bastante importante el asunto?

Una sachakana con contactos en su país. Claro que lo era.

Pero algo le hizo dudar. Tal vez convenía esperar a que ella demostrase

ser de utilidad. Además, Cery debía reconocer que no le gustaba tener que pedir permiso a alguien cada vez que variaba ligeramente sus tácticas. Por muy endeudado que estuviera con él.

Ya era hora de que idease sus propias estrategias.

Mientras Sonea esperaba a que comenzara la clase de habilidades de guerrero, cerró los ojos y se los frotó, reprimiendo el impulso de bostezar. Había terminado de leer el diario de Coren a altas horas de la noche, cautivada por los recuerdos del arquitecto y algo temerosa de que, si lo dejaba a medias, tal vez a la noche siguiente el libro habría desaparecido y ella nunca sabría cómo acababa la historia.

Cuando la noche dio paso a las primeras horas de la mañana, ella había leído la última entrada:

Lo he decidido. Cuando los cimientos de la universidad estén terminados, enterraré en secreto el arcón, con todo lo que contiene, en la tierra que hay debajo. Junto con aquellos terribles hallazgos sepultaré los míos propios, plasmados en este libro. Quizá, al ocultarlos de esta manera, consiga al fin acallar los remordimientos que me atormentan por lo que he aprendido y puesto en práctica. Si tuviera el valor suficiente, destruiría el arcón con todo lo que hay dentro, pero no me atrevo a obrar de manera distinta a la de aquellos que lo colocaron bajo tierra en un principio. Eran, sin duda alguna, hombres más sabios que yo.

Sin embargo, alguien debía de haber encontrado de nuevo el arcón, pues de lo contrario ella no tendría el diario de Coren entre sus manos. ¿Qué habría ocurrido con los otros libros? ¿Estaban en poder de Akkarin? ¿O era ese diario una falsificación creada por Akkarin para persuadir al Gremio de que la magia negra no era tan mala como se creía? Tal vez el Gran Lord había decidido probar primero con ella, para ver si el ardid daba resultado.

En ese caso, había cometido un error. Coren había renegado de la magia negra. Leer su relato, ya fuera real o ficticio, no convencería a nadie de lo

contrario.

Si era auténtico, ¿por qué se lo había dado Akkarin? Sonea miró su libreta con el entrecejo fruncido. Él no le habría revelado su existencia solo por capricho. A buen seguro tenía un motivo.

¿Qué había descubierto? Que Coren había practicado magia negra y que gracias a ello había aprendido a manipular la piedra. Que otro mago —uno famoso— había cometido el mismo delito que él. Quizá Akkarin quería que ella pensase que él también se había iniciado en la magia negra sabiendo que era un error. Tal vez buscaba su empatía y su comprensión.

Sin embargo, Coren no había tomado a una aprendiz como rehén para mantener su delito en secreto.

¿Lo habría hecho si hubiese visto peligrar su poder, su posición o incluso su vida? Sonea negó con la cabeza. A lo mejor Akkarin solo pretendía echar por tierra la imagen idealizada que ella pudiera tener de un personaje famoso como Coren.

La brusca llegada de lord Makin la arrancó de sus pensamientos. El profesor depositó una caja grande sobre la mesa situada al frente del aula y se volvió hacia la clase.

—Hoy os hablaré de la ilusión —dijo el guerrero— y de cómo se utiliza en combate. Lo más importante que hay que recordar acerca de la ilusión es lo siguiente: se basa en el engaño. Una ilusión no puede hacerte daño, pero puede llevarte a estar en peligro. Lo ilustraré con un relato.

Makin se acercó a su silla y se sentó, con las manos enlazadas sobre la mesa. Los sonidos de botas al rozar el suelo y de los aprendices al removerse en sus asientos cesó de repente. Los relatos de lord Makin siempre eran interesantes.

—Nuestras crónicas nos dicen que, hace cinco siglos, dos hermanos vivían en las montañas de Elyne. Grind y Lond eran dos magos avezados en la lucha. Un día pasó por allí una caravana de viajeros encabezada por un mercader llamado Kamaka. Su hija, una joven hermosa, viajaba con él. Los dos hermanos avistaron la caravana y descendieron de su casa en la montaña para comprar mercancía. Cuando sus ojos se posaron en la hija de Kamaka, ambos se enamoraron al instante.

Makin suspiró y sacudió la cabeza con melancolía, lo que hizo sonreír a

los aprendices.

—Se enzarzaron en una disputa por la joven. Como no pudieron resolver sus diferencias con palabras, acabaron por pelearse. Según se cuenta, el combate se prolongó durante días (cosa poco probable), pues los hermanos estaban igualados en fuerza y destreza. Fue Grind quien rompió ese equilibrio. Viendo que su hermano estaba al pie de un precipicio en cuya cima había una roca enorme, provocó la caída de esta, pero no sin antes crear otra roca ilusoria.

»Lond advirtió que su hermano estaba mirando hacia algo situado sobre su cabeza. Alzó la vista y vio una roca que caía hacia él, pero al instante le restó importancia, pues sabía que se trataba de una ilusión. Como es natural, no vio la segunda roca, que estaba oculta tras la ilusoria.

»Grind había supuesto que Lond detectaría el engaño. Al darse cuenta de que había matado a su propio hermano, lo embargó una profunda pena. La caravana siguió su camino, llevándose a la hija de Kamaka consigo. Ya lo veis —concluyó Makin—; aunque las ilusiones no son peligrosas, dejarse engañar por ellas puede serlo —el guerrero se puso de pie—. ¿Cómo se crean las ilusiones? Eso es lo que os enseñaré hoy. Para empezar, copiaremos los objetos que he traído. Seno, ven delante.

Sonea escuchó la explicación del mago acerca de las diferentes maneras de reproducir la imagen de algo con magia, y observó a Seno seguir las instrucciones del profesor. Una vez finalizada la demostración, Seno pasó frente al pupitre de Sonea cuando regresaba al suyo. La miró y sonrió. Por toda respuesta, ella dejó que la comisura de la boca se le curvase hacia arriba. El chico había estado especialmente simpático con Sonea desde que, hacía unas semanas, durante unas prácticas de combate, ella le había enseñado un truco que los magos débiles podían utilizar contra los más fuertes.

La clase prosiguió, y ella se concentró en aprender las técnicas de ilusión. Justo cuando había conseguido dar forma a un pachí ilusorio, algo se materializó en el aire frente a ella.

Era una flor con pétalos hechos con hojas de otoño de un color naranja vivo. Sonea alargó el brazo, y sus dedos atravesaron aquella extraña imagen, que se desintegró en mil chispas de luz que giraban y danzaban velozmente antes de desvanecerse.

—¡Bien hecho! —exclamó Trassia.

—No he sido yo —al volverse, Sonea vio a Seno sonriéndole de oreja a oreja, con una hoja anaranjada sobre el pupitre.

Al frente de la clase, lord Makin se aclaró la garganta sonoramente. Sonea se dio la vuelta y vio que el profesor la observaba con severidad. Ella se encogió de hombros en señal de inocencia. El profesor dirigió una mirada significativa al fruto que ella tenía ante sí.

Sonea se concentró hasta que una copia ilusoria apareció al lado del pachi. Era de un tono más rojizo, y la textura de su piel se parecía sospechosamente a la nervadura de una hoja. Le habría resultado más sencillo de no haber tenido el recuerdo de las hojas otoñales tan fresco en la memoria. Reprimió su irritación. Seno no pretendía distraerla. Solo quería lucirse.

Pero ¿por qué había ostentado su logro ante ella y no ante los demás? No podía ser que intentase impresionarla.

¿O sí?

Resistió la tentación de volverse para ver qué hacía él. Seno era un chico alegre y parlanchín que caía bien enseguida, y ella era seguramente la única chica kyaliana que no le sacaba más de una cabeza...

«¿En qué estoy pensando? —se reprendió al percatarse de que su ilusión se había transformado en una bola amorfa y brillante—. Aunque no tuviera que preocuparme por Akkarin, ¿qué pasa con Dorrien?».

Le vino a la memoria una imagen fugaz del hijo de Rothen junto al manantial, en el bosque que había detrás del Gremio, inclinándose hacia ella para besarla... Apartó el recuerdo de su mente.

Hacía más de un año que no veía a Dorrien. Cada vez que su pensamiento vagaba hacia él, Sonea se obligaba a concentrarse en otra cosa. No ganaba nada con arrepentirse, sobre todo teniendo en cuenta que era una relación imposible; ella tenía que quedarse en el Gremio hasta su graduación, y él vivía todo el año, salvo durante unas pocas semanas, en una aldea al pie de las montañas.

Sonea suspiró, centró su atención en el pachi y comenzó a reconstruir su ilusión.

Cuando Lorlen llegó frente a la puerta de su despacho oyó que una voz conocida lo llamaba. Echó una ojeada hacia atrás y sonrió al ver a su ayudante acercándose a él a grandes zancadas.

—Buenas tardes, lord Osen.

La cerradura mágica se desactivó por voluntad de Lorlen, y la puerta se abrió con un chasquido. Él se hizo a un lado y con un gesto indicó a Osen que entrase, pero su ayudante se quedó en el umbral, mirando al interior del estudio, con una expresión que pasó de la sorpresa al desagrado. Al seguir su mirada, Lorlen vio al hombre vestido de negro cómodamente sentado en uno de los sillones del despacho.

Akkarin tenía la costumbre de aparecer dentro de habitaciones cerradas con candado, pero eso no explicaba la expresión ceñuda de Osen. Lorlen miró de nuevo a su ayudante. El semblante del joven mago denotaba respeto; no quedaba el menor rastro de la desaprobación momentánea que Lorlen había percibido.

«No había notado su aversión hacia Akkarin —pensó Lorlen mientras caminaba hacia su escritorio—. Me pregunto cuánto hace que la siente».

—Buenas tardes, Gran Lord —dijo Lorlen.

—Administrador —saludó Akkarin—. Lord Osen.

—Gran Lord —respondió Osen, con un leve movimiento de cabeza.

Lorlen se sentó frente a su escritorio y alzó la vista hacia Osen.

—¿Quería decirme algo?

—Sí —contestó Osen—. He encontrado a un mensajero esperando delante de la puerta hace media hora. El capitán Barran dice que tiene algo interesante que mostrarle, si no está usted muy ocupado.

«¿Otra víctima?». Lorlen reprimió un escalofrío.

—Entonces más vale que vaya a ver de qué se trata, a menos que el Gran Lord tenga motivos para retenerme —miró a Akkarin.

Entre las cejas del Gran Lord se habían formado unas profundas arrugas. «Parece preocupado de verdad —se dijo Lorlen—. Muy preocupado».

—No —dijo Akkarin—. La petición del capitán Barran es más importante que los asuntos que yo he venido a tratar.

Se impuso un silencio breve e incómodo en el que Osen permaneció inmóvil junto al escritorio y Akkarin arrellanado en el sillón. Lorlen miró a uno y a otro, y luego se levantó.

—Gracias, Osen. ¿Puede pedirme un coche?

—Sí, administrador.

El joven mago inclinó la cabeza cortésmente hacia Akkarin y salió de la habitación a paso ligero. Lorlen escudriñó el rostro del Gran Lord, preguntándose si la antipatía que Osen sentía por él se había hecho evidente.

«Pero ¿qué estoy pensando? Claro que Akkarin lo sabe».

Sin embargo, Akkarin había prestado poca atención a la marcha de Osen. Aún tenía el entrecejo fruncido cuando se puso de pie y siguió a Lorlen hasta la puerta.

—¿No os esperabais esto? —aventuró el administrador al salir al vestíbulo. Estaba lloviendo, de modo que se detuvo frente a la puerta para esperar su carruaje.

Akkarin entornó los ojos.

—No.

—Podéis acompañarme.

—Será mejor que te hagas cargo tú.

«Seguro que estará vigilando». Lorlen bajó la vista al anillo que llevaba en el dedo.

—Bien, buenas noches —se despidió, vacilante.

La expresión de Akkarin se suavizó ligeramente.

—Buenas noches. Estoy ansioso por conocer tu punto de vista sobre esto —esbozó una leve sonrisa.

Acto seguido, le dio la espalda y echó a andar escalera abajo, mientras la lluvia repiqueteaba contra el escudo invisible que lo rodeaba.

Lorlen sacudió la cabeza al pensar en la broma que Akkarin acababa de hacer. Un carruaje salió de las caballerizas y se dirigió por el camino hacia la universidad. Se detuvo al pie de la escalinata, y el cochero se apeó de un salto para abrir la portezuela. Lorlen bajó a toda prisa y entró en el vehículo.

El trayecto a través de la ciudad hasta el cuartel de la Guardia le pareció más largo de lo habitual. Las nubes de lluvia ocultaban las estrellas, pero la calzada mojada reflejaba la luz de las farolas hacia los edificios. Las pocas

personas que había en la calle avanzaban a paso rápido arrebuadas en su capa con capucha. Solo un chico repartidor se paró a ver pasar el carruaje.

El coche se detuvo al final frente al cuartel. Lorlen bajó y caminó hacia la puerta, donde lo recibió el capitán Barran.

—Siento haberle hecho venir esta noche tan desapacible, administrador —dijo Barran mientras guiaba a Lorlen por el pasillo en dirección a su despacho—. Me he planteado la posibilidad de retrasar mi mensaje hasta mañana, pero entonces lo que tengo que enseñarle le resultaría aún más desagradable.

Barran no se detuvo en su despacho, sino que bajó a la misma sala del sótano a la que ya había llevado a Lorlen. Cuando cruzaron la puerta, un olor penetrante a podredumbre los envolvió. Lorlen vio consternado que una forma humana yacía bajo una manta gruesa sobre una de las mesas.

—Tenga —el capitán se acercó rápidamente a un armario, del que sacó un frasco y dos rectángulos de tela. Destapó el frasco, vertió unas gotas de aceite amarillo sobre las telas y alargó una a Lorlen—. Tápese la nariz con esto.

Lorlen así lo hizo, y enseguida un olor medicinal intenso y conocido se impuso al hedor que dominaba en la habitación. Barran, llevándose su trozo de tela a la cara, se acercó a la mesa.

—A este hombre lo han encontrado hoy, flotando en el río —dijo, con la voz amortiguada—. Lleva muerto un par de días.

Levantó la manta que cubría al difunto para revelar un rostro pálido. Los ojos del cadáver estaban tapados con sendos cuadrados. Conforme Barran descubría el cuerpo, Lorlen se esforzaba por no fijarse en las señales de descomposición ni en lo que a él le parecieron mordeduras de peces. En cambio, observó la herida que presentaba sobre el corazón y el largo tajo que recorría el cuello.

—Otra víctima.

—No —Barran miró a Lorlen—. Lo han identificado dos testigos. Por lo visto este es el asesino.

Lorlen clavó la vista en Barran y luego en el cadáver.

—Pero si lo han matado de la misma manera.

—Sí. Como venganza, quizá. Fíjese en esto —el guardia señaló la mano

izquierda del cadáver. Le faltaba un dedo—. Llevaba un anillo. Hemos tenido que cortárselo.

Barran volvió a cubrir el cuerpo con la manta y se acercó a un plato tapado que había sobre un banco próximo. El guardia retiró la tapa para revelar una sortija de plata sucia.

—Tenía una piedra engastada, pero se la arrancaron. Nuestro investigador ha encontrado esquirlas de vidrio en la piel, y las sujeciones de la montura estaban dobladas de una manera que parece indicar que alguien hizo pedazos el anillo. Él cree que la piedra era de vidrio.

Lorlen resistió el impulso de mirar su propio anillo. El anillo de Akkarin. «De modo que mis sospechas sobre la sortija del asesino quizá sean acertadas. Me pregunto...».

Volvió la mirada hacia el cadáver cubierto.

—¿Está seguro de que es el asesino?

—Los testigos fueron muy convincentes.

Lorlen se dirigió al cuerpo y destapó un brazo. Se preparó mentalmente, colocó dos dedos sobre la piel y proyectó sus sentidos. De inmediato detectó energía en el interior del cadáver y se sintió aliviado. Sin embargo, allí había algo extraño. Lo investigó y se echó atrás al descubrir de qué se trataba. La vida dentro del cuerpo se concentraba en torno al estómago, los pulmones, la piel y las heridas. El resto estaba prácticamente vacío.

«Claro —pensó—. Este hombre seguramente llevaba varios días flotando en el río. Es un tiempo más que suficiente para que lo invadan pequeños organismos. Un par de días más, y la verdadera causa de la muerte habría resultado indetectable».

Lorlen se apartó de la mesa.

—¿Ha visto bastante? —preguntó Barran.

—Sí.

Lorlen hizo una pausa para limpiarse los dedos con la tela, que luego devolvió a Barran. Aguantó la respiración hasta que se encontraron de nuevo en el pasillo y la puerta de la sala estuvo firmemente cerrada.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Lorlen en voz alta.

Barran suspiró.

—Esperaremos. Si los homicidios siguen produciéndose, sabremos sin

lugar a dudas que tenemos que buscar a una banda de asesinos.

—Yo preferiría que los homicidios simplemente dejaran de producirse —repuso Lorlen.

—Al igual que la mayoría de los imardianos —convino Barran—. Aun así, tengo que encontrar al asesino del homicida.

El asesino del homicida. Otro mago negro. ¿Akkarin, tal vez? Echó un vistazo a la puerta por la que acababan de salir. Ese cadáver era la prueba de que había —o había habido— otros magos negros en la ciudad aparte de Akkarin. ¿Estaba la ciudad plagada de ellos? No era un pensamiento precisamente reconfortante. De pronto, Lorlen no tenía ganas de nada más que de regresar al Gremio, a la seguridad de sus aposentos, para intentar dilucidar las repercusiones de todo aquello.

Pero era evidente que Barran necesitaba comentarle otros aspectos de su hallazgo. Ahogando un suspiro, Lorlen siguió al guardia hasta su despacho.

4. El siguiente paso

Rothen se sentó en su sillón favorito, en un lado del Salón de Noche, y contempló a sus colegas magos. Todas las semanas, los miembros del Gremio se reunían allí para charlar e intercambiar chismes y rumores. Unos se juntaban en parejas o en círculos reducidos, unidos por la amistad o la familiaridad con compañeros de disciplina. Otros compartían lazos familiares o pertenecían a la misma Casa; aunque se suponía que los magos debían dejar a un lado ese tipo de lealtades cuando se incorporaban al Gremio, seguía habiendo una fuerte tendencia a confiar o a desconfiar según los dictados de la tradición y la política.

En el otro extremo del salón había sentados tres magos que parecían enfrascados en una conversación en absoluto banal. Lord Balkan, con la túnica roja y el fajín negro que lo señalaba como líder de guerreros, era el más joven. Lady Vinara, la líder de sanadores, con su túnica verde, era una adusta mujer de mediana edad. El canoso lord Sarrin, líder de alquimistas, lucía su túnica morada.

A Rothen le habría gustado escuchar lo que decían. Los tres llevaban una hora hablando animadamente. Cuando surgía algún debate entre los magos superiores, aquellos tres eran los oradores más elocuentes y persuasivos. Entre los razonamientos directos de Balkan, la compasión y la perspicacia de Vinara, y las opiniones conservadoras de Sarrin, por lo general cubrían todos los aspectos de una cuestión.

Pero Rothen sabía que no conseguiría acercarse lo bastante al trío para escucharlos sin que reparasen en su presencia. Por tanto, dirigió su atención a los magos que tenía más cerca. El corazón le dio un vuelco cuando reconoció

una voz. El administrador Lorlen... detrás de su sillón. Cerró los ojos y se concentró en la voz.

—Tengo entendido que muchos de los alquimistas están ocupados en proyectos a largo plazo que se resisten a dejar para más tarde —dijo Lorlen—. Todos podrán solicitar que se les exima de participar en la construcción de la nueva atalaya, pero deberán demostrar que su trabajo se vería irreparablemente perjudicado por el retraso.

—Pero...

—¿Sí?

Se oyó un suspiro.

—No entiendo por qué hacemos perder el tiempo a los alquimistas en semejantes... en semejantes tonterías. ¿Observaciones meteorológicas? Por favor. ¿No podía Davin construirse un cobertizo en esa colina? ¿Para qué necesita una torre? —El mago que se oponía al proyecto era lord Peakin, director de estudios alquímicos—. Tampoco veo la necesidad de meter en esto a los guerreros. ¿Se le dará un uso militar o alquímico a esa estructura?

—Ambos —respondió Lorlen—. El Gran Lord llegó a la conclusión de que construir un edificio de esas características sin tener en cuenta su potencial defensivo sería tener muy poca visión de futuro. También comprendió que era improbable que el rey diese el visto bueno al proyecto si solo se destinaba a observaciones meteorológicas.

—Entonces ¿quién va a diseñar la estructura?

—Eso todavía no está decidido.

Rothen sonrió. Lord Davin había tenido fama de excéntrico durante años, pero recientemente su estudio sobre las pautas meteorológicas y la predicción del tiempo le había granjeado cierto respeto y consideración. Sin embargo, a lord Peakin la actitud entusiasta y obsesiva de Davin siempre le había parecido irritante.

La discusión sobre la torre se vio interrumpida por otra voz.

—Buenas noches, administrador, lord Peakin.

—Rector Jerrik —saludó Peakin—. Me han dicho que Sonea ya no asistirá a clase por la tarde. ¿Es eso cierto?

En cuanto oyó el nombre de Sonea, Rothen se puso tenso y alerta. Jerrik, en su calidad de rector de la universidad, supervisaba todos los asuntos

relacionados con la instrucción de los aprendices. Si Rothen prestaba atención a la conversación, tal vez se enteraría de los progresos de Sonea.

—Sí, es cierto —contestó Jerrick—. El Gran Lord me lo dijo ayer. Algunos de los profesores de Sonea me habían comentado que la notaban cansada y que se distraía con facilidad. Akkarin, cuyas observaciones coincidían con las de ellos, decidió darle las tardes libres durante el resto del año.

—¿Qué hay de las asignaturas que ella ya estaba cursando?

—Tendrá que repetir las el año que viene, aunque no la obligarán a hacer de nuevo los trabajos que no sean imprescindibles. Sus profesores tendrán en cuenta los temas que ya ha estudiado.

Las voces se iban atenuando. Rothen resistió el impulso de mirar hacia atrás.

—¿Se especializará en alguna disciplina? —preguntó Peakin—. Esto hace aún más necesario que centre sus esfuerzos en una materia, pues de lo contrario no tendrá suficiente nivel en ninguna cuando llegue el momento de la graduación.

—Akkarin aún no lo ha decidido —intervino Lorlen.

—¿Akkarin aún no lo ha decidido? —repitió Jerrick—. Es Sonea quien debe decidir.

Se impuso un silencio.

—Por supuesto —convino Lorlen—. Lo que quería decir es que Akkarin aún no me ha aclarado qué disciplina preferiría que ella escogiese, por lo que supongo que todavía no ha decidido qué recomendarle.

—Tal vez no quiera influir en su decisión —aventuró Peakin—. Por eso él... una buena base... antes...

Las voces se apagaron a lo lejos. Al darse cuenta de que los magos se estaban alejando, Rothen suspiró y apuró su copa.

De modo que Sonea tenía las tardes para sí. Su estado de ánimo se ensombreció al imaginarla encerrada en su habitación en la residencia del Gran Lord, cerca de Akkarin y de sus malignas costumbres. Entonces recordó que ella siempre pasaba su tiempo libre en la biblioteca de los aprendices. Sin duda acudiría allí todas las tardes, ahora que no tenía que ir a clase.

Un poco más animado, Rothen se puso de pie, entregó su copa vacía a un

serviente y se fue en busca de Yaldin.

Desde que Irand les había asignado un estudio, Dannyl y Tayend habían ido añadiendo muebles hasta convertirlo en una estancia tan confortable como la sala de invitados de cualquier aristócrata. Además de la mesa grande que antes dominaba el espacio, había sillas cómodas y un sofá, un armario bien surtido de vinos y lámparas de aceite para leer. Estas también servían como fuente de calor cuando Dannyl no estaba. Aquel día, sin embargo, él había situado un globo mágico en un hueco de la pared, y el calor que despedía había contrarrestado rápidamente la frialdad de la piedra del edificio.

Tayend estaba ausente cuando Dannyl llegó a la biblioteca. Después de hablar con Irand durante una hora, el embajador se había retirado a su estudio para esperar a su amigo. Estaba enfrascado en la ingrata tarea de examinar los documentos de una finca de la costa con la vaga esperanza de encontrar alguna referencia a la magia antigua cuando Tayend por fin apareció.

El académico se detuvo en medio de la habitación, bamboleándose, visiblemente achispado.

—Por lo que parece, te lo has pasado bien —observó Dannyl.

Tayend suspiró teatralmente.

—Oh, sí. Había buen vino. Había buena música. Incluso había unos acróbatas bastante apuestos con los que alegrarse la vista... Pero he hecho un enorme esfuerzo por marcharme, pues sabía que solo podría librarme durante algunas horas de trabajar como un esclavo en la biblioteca para mi implacable y exigente embajador del Gremio.

Dannyl cruzó los brazos y sonrió.

—Sí, claro. Trabajar como un esclavo. Pero si nunca has tenido una jornada laboral decente en tu vida...

—Aunque sí muchas indecentes —Tayend desplegó una amplia sonrisa—. Además, he trabajado un poquito en esa fiesta. Dem Marane, el hombre que podría ser un rebelde, estaba allí.

—¿De veras? —Dannyl descruzó los brazos—. Vaya coincidencia.

—En realidad no —Tayend se encogió de hombros—. Me lo encuentro de vez en cuando en las fiestas, pero no había charlado mucho con él desde

que lo conocí. En fin, el caso es que he decidido darle conversación e insinuarle que estoy interesado en asistir a sus fiestas.

Dannyl sintió una punzada de inquietud.

—¿Qué le has dicho?

Tayend agitó la mano para quitar hierro al asunto.

—Nada concreto. Solo he comentado que había dejado de recibir sus invitaciones cuando empecé a ayudarte, y luego me he mostrado prudente, pero interesado.

—No has debido hacerlo... —Dannyl arrugó el entrecejo—. ¿Cuántas veces te invitó?

El académico soltó una risita.

—Pareces celoso, Dannyl. Solo un par de veces al año. Y no eran invitaciones en sentido estricto. Solo indirectas de que yo sería bien recibido en sus fiestas.

—¿Y esas indirectas cesaron en cuanto pasaste a ser mi ayudante?

—Salta a la vista que se siente terriblemente intimidado por ti.

Dannyl echó a andar de un lado a otro de la habitación.

—Acabas de darle una pista de que hemos adivinado lo que él y sus amigos se traen entre manos. Si están tan implicados como dice Akkarin, se tomarán en serio incluso la menor señal de peligro. Muy en serio.

Tayend abrió los ojos de par en par.

—Solo... he mostrado un poco de interés.

—Probablemente eso basta para provocar un ataque de pánico a Marane. Ahora mismo estará preguntándose qué hacer con nosotros.

—¿Y qué crees que hará?

Dannyl suspiró.

—Dudo que se quede sentado esperando a que el Gremio venga a detenerlo. Debe de estar discurriendo alguna manera de evitar que hablemos. Chantaje. Asesinato.

—¡Asesinato! Pero... seguro que sabe que yo no lo habría abordado si planeara entregarlo, ¿no? Si quisiera entregarlo, sencillamente... lo entregaría.

—Porque solo sospechas que es un rebelde —explicó Dannyl—. Ahora esperará que hagamos justo lo que pensábamos hacer: fingir que queremos

unirnos a ellos para confirmar nuestras sospechas. Por eso Akkarin sugirió que le facilitásemos información que le sirviera para chantajearnos.

Tayend se sentó, frotándose la frente.

—¿De verdad crees que intentará matarme? —Masculló una maldición—. Yo solo he visto una oportunidad y...

—No. Si tiene un mínimo de sentido común, no correrá el riesgo de intentar matarte —Dannyl se apoyó en la mesa—. Averiguará lo máximo posible sobre nosotros, para saber qué consideramos valioso, qué puede utilizar para amenazarnos. La familia. La riqueza. El honor.

—¿Lo nuestro?

Dannyl negó con la cabeza.

—Aunque haya oído rumores, no se fiará de ellos. Querrá aferrarse a algo seguro. Si nos hubiésemos encargado de que nuestro secretillo llegase a sus oídos, podríamos confiar en que se agarraría a eso.

—¿Todavía estamos a tiempo?

Dannyl se quedó pensando, con la vista fija en el académico.

—Supongo que si nos damos prisa...

El brillo de emoción en los ojos de Tayend se apagó. Dannyl no sabía si abrazarlo para consolarlo o darle una buena sacudida para espabilarlo. Al intentar aprender magia por su cuenta, los cortesanos elyneos habían infringido una de las leyes más importantes de las Tierras Aliadas. La pena, según las circunstancias, era de cadena perpetua o incluso de ejecución. Los rebeldes no se tomarían a la ligera ninguna posibilidad de que los descubriesen.

Por la expresión de angustia en el rostro de Tayend, Dannyl supo que por fin había tomado plena conciencia del peligro. Tras un suspiro, cruzó la habitación y posó las manos sobre los hombros del académico.

—No te preocupes, Tayend. Has puesto las cosas en marcha un poco antes de lo que convenía, eso es todo. Vayamos a buscar a Irland y digámosle que tenemos que hablar de inmediato.

Tayend asintió, se puso de pie y lo siguió hacia la puerta.

Era tarde cuando Sonea oyó unos golpecitos en la puerta de su dormitorio.

Suspiró aliviada. Ya hacía rato que Viola, su sirvienta, tenía que haberle llevado su taza de raka de todas las noches, y Sonea estaba ansiosa por tomársela.

—Adelante.

Sin levantar la vista, proyectó un pensamiento hacia la puerta y la abrió con su voluntad. Como Viola no entró en la habitación, Sonea alzó la mirada y notó que se le helaba la sangre.

Akkarin estaba en el umbral, completamente oculto en las sombras del pasillo salvo por su pálido rostro. Cuando se movió, ella vio que llevaba dos libros voluminosos y pesados. La cubierta de uno de ellos estaba manchada y deteriorada.

Con el corazón desbocado, Sonea se levantó, se acercó a la puerta de mala gana y se detuvo a unos pasos de distancia para hacer una reverencia.

—¿Has terminado de leer el diario? —preguntó Akkarin.

—Sí, Gran Lord —asintió la chica.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

¿Qué debía decirle?

—Pues... responde a muchas preguntas —contestó Sonea, evasivamente.

—¿Como por ejemplo?

—Cómo lord Coren descubrió la técnica para manipular la piedra.

—¿Alguna cosa más?

«Que aprendió magia negra». Sonea no se atrevía a decirlo, pero era evidente que Akkarin quería que ella hiciese alguna mención del hecho. ¿Cómo reaccionaría él si se negaba? Seguramente seguiría presionándola. Estaba demasiado cansada para dar la vuelta a una conversación como aquella.

—Utilizó la magia negra. Se dio cuenta de que eso estaba mal —dijo escuetamente—. Dejó de practicarla.

La comisura de los labios de Akkarin se curvó hasta formar una media sonrisa.

—En efecto. Dudo que al Gremio le gustase enterarse de ello. El Coren real no es un personaje que el Gremio querría que los aprendices idolatrasen, pese a que se enmendó al final —le tendió los libros—. Este es un documento mucho más antiguo. Te he traído el original y una copia. El original está muy

deteriorado, así que manipúlalo lo mínimo imprescindible para confirmar que la copia es fiel.

—¿Por qué me enseñáis estos libros?

La pregunta salió de su boca antes de que Sonea pudiera evitarlo. Se estremeció al percatarse del tono de insolencia y suspicacia con que había hablado. Los ojos de Akkarin se clavaron en los suyos, y ella apartó la vista.

—Quieres saber la verdad —dijo él. No era una pregunta.

Era cierto. Sonea quería saber. Aunque otra parte de ella prefería desentenderse de los libros, negarse a leerlos solo porque Akkarin quería que los leyera. Aun así, dio un paso al frente y cogió ambos volúmenes. No lo miró a los ojos, pero sabía que la observaba con atención.

—Al igual que con el diario, nadie debe saber de la existencia de estos documentos —dijo él en voz baja—. Ni siquiera tu sirvienta debe verlos.

Sonea retrocedió y contempló la cubierta del libro más viejo. *Crónica del año 235*, rezaba el título. ¡El volumen tenía más de quinientos años de antigüedad! Impresionada, levantó la vista hacia Akkarin, quien inclinó la cabeza en un gesto de complicidad y dio media vuelta. Sus pasos resonaron en el pasillo; luego, ella oyó el tenue sonido de la puerta de su habitación al cerrarse.

Los libros pesaban bastante. Sonea empujó la puerta con un leve impulso mental para cerrarla. Hizo a un lado sus apuntes y colocó sobre la mesa los libros, el uno al lado del otro.

Abrió el original y comenzó a pasar las primeras páginas con delicadeza. La caligrafía, muy desvaída, resultaba ilegible en algunas partes. Abrió la copia y sintió un escalofrío al ver los renglones escritos con una letra elegante. La letra de Akkarin.

Tras leer algunas líneas del original, lo cotejó con la copia y confirmó que ambos eran idénticos. Akkarin había añadido notas allí donde el texto era demasiado borroso, con sus hipótesis sobre cuáles eran las palabras que faltaban. Ella pasó más páginas, comparó de nuevo, y luego eligió una del medio del libro y otra próxima al final. Todas coincidían por completo con la copia. Decidió que más tarde compulsaría todas y cada una de las páginas y palabras.

Sonea dejó a un lado el original, pasó a la primera página de la copia y

comenzó a leer.

El documento relataba día a día lo que acontecía en un Gremio mucho más joven y reducido que el actual. Después de leer unas cuantas páginas, Sonea había cobrado afecto al cronista, quien claramente admiraba a las personas sobre las que escribía. El Gremio que él conocía era muy distinto de aquel con el que ella estaba familiarizada. Los magos tomaban aprendices a su cargo a cambio de dinero o servicios. Cuando leyó un comentario en que el autor dejaba claro en qué consistían esos servicios, se quedó horrorizada.

Aquellos magos se fortalecían absorbiendo magia de sus aprendices. Utilizaban la magia negra.

Leyó y releyó el pasaje una y otra vez, pero el sentido era inequívoco. La llamaban «magia superior».

Se fijó en el lomo y vio que iba por la cuarta parte del libro. Al continuar, advirtió que la crónica se centraba cada vez más en las actividades de un aprendiz rebelde llamado Tagin. Se descubrió que el joven se había instruido a sí mismo en la magia superior, contra la voluntad de su maestro. Salieron a la luz abusos. Tagin había robado energía a personas corrientes, cosa que no se hacía jamás salvo en caso de extrema necesidad. El cronista expresaba su desaprobación y su rabia, y después adoptaba bruscamente un tono de temor. Tagin había empleado la magia superior para matar a su maestro.

La situación fue progresivamente a peor. Cuando los magos del Gremio intentaron castigarlo, Tagin empezó a matar de forma indiscriminada a fin de conseguir fuerza suficiente para defenderse de ellos. Los magos daban testimonio de la matanza de hombres, mujeres y niños. Aldeas enteras quedaron prácticamente arrasadas, y solo unos pocos supervivientes pudieron atestiguar la naturaleza perversa de su agresor.

Se oyó un golpe en la puerta, y Sonea dio un respingo. Rápidamente cerró los libros, los empujó contra la pared de manera que el lomo no quedase a la vista y apiló varios libros de texto normales encima. Colocó los apuntes ante sí y dispuso las cosas sobre el escritorio de tal modo que pareciera que estaba estudiando.

Abrió la puerta con la voluntad, y Takan entró discretamente con su taza de raka. Sonea le dio las gracias, pero estaba demasiado aturdida para preguntarle por Viola. Cuando el sirviente se marchó, la chica tomó varios

tragos. A continuación sacó las crónicas y siguió leyendo:

Cuesta creer que un hombre sea capaz de cometer semejantes actos de violencia gratuita. Al parecer, el intento de ayer de reducirlo lo puso fuera de sí. Según los testimonios más recientes, ha sacrificado a todos los vecinos de las aldeas de Tenker y Forei. Está totalmente descontrolado, y temo por nuestro futuro. Me asombra que aún no se haya vuelto contra nosotros... pero tal vez esta sea su forma de prepararse para ese ataque final.

Sonea se reclinó en su silla y sacudió la cabeza con incredulidad. Pasó a la página anterior y leyó de nuevo la última anotación. Cincuenta y dos magos, tras asimilar la energía de sus aprendices y de los animales de granja donados por campesinos asustados, no habían conseguido vencer a Tagin. Las anotaciones siguientes describían el recorrido aparentemente errático de Tagin a través de Kyralia. Después Sonea leyó las palabras que tanto temía:

Mis miedos más profundos se han hecho realidad. Hoy, Tagin ha matado a lord Gerin, lord Dirron, lord Winnel y lady Ella. ¿Piensa continuar con esta matanza hasta que todos los magos hayan muerto, o no se dará por satisfecho hasta que haya erradicado todo rastro de vida del mundo? Desde mi ventana veo un panorama espantoso. Miles de gorines, enkas y reberes pudriéndose en los campos, tras sacrificar su fuerza por la defensa de Kyralia. Son demasiados para aprovecharlos como alimento...

La situación fue de mal en peor hasta que más de la mitad de los magos del Gremio estuvieron muertos. Otra cuarta parte había reunido sus pertenencias y había huido. Los que quedaban se esforzaban valientemente por salvar libros y medicinas de la destrucción.

«¿Y si esto sucediera en la actualidad?». El Gremio era más grande, pero cada mago poseía solo una pequeña parte de la fuerza de sus predecesores muertos hacía tanto tiempo. Si Akkarin seguía los pasos de Tagin... Sonea se

estremeció y siguió leyendo. La siguiente anotación la cogió por sorpresa.

Se acabó. Cuando Alyk me comunicó la noticia, no me atreví a creerla, pero hace una hora he subido los peldaños de la atalaya y lo he visto con mis propios ojos. Es verdad. Tagin ha muerto. Solo él podía causar tal devastación en sus últimos momentos de vida.

Lord Elan nos ha reunido y nos ha leído una carta enviada por Indria, la hermana de Tagin. En ella declaraba su intención de envenenarlo, y no puedo sino suponer que lo ha conseguido.

El cronista refería una lenta vuelta a la normalidad. Los magos que se habían marchado regresaron. Se puso orden en tiendas y bibliotecas. Sonea reflexionó sobre los largos pasajes que detallaban lo que la gente había perdido y recuperado. Daba la impresión de que por aquel entonces al Gremio le preocupaba el bienestar de la gente común.

No cabe duda de que el viejo Gremio pereció con Tagin. He oído a algunos decir que un nuevo Gremio ha nacido hoy. Los primeros cambios se han producido esta mañana, cuando cinco hombres jóvenes se han unido a nosotros. Son nuestros primeros «aprendices», aprendices de todos y no de uno solo. No se les iniciará en las formas de magia superior hasta que hayan demostrado que son dignos de confianza. Si lord Karron consigue su propósito, jamás llegarán a aprenderlas.

El clamor por la prohibición de lo que lord Karron llamaba magia «negra» fue en aumento. Sonea pasó una página y se encontró con una última anotación, seguida por hojas en blanco.

No poseo el don de la adivinación, ni creo conocer la naturaleza de los hombres ni de la magia lo bastante para predecir el porvenir, pero tras tomar esta decisión, me ha asaltado el temor de que los sachakanos se alcen contra nosotros en el futuro y el

Gremio no esté preparado. He propuesto la creación de un depósito secreto de conocimientos que solo deberá abrirse en caso de que el Gremio se enfrente a una destrucción segura. Los demás miembros de mi cofradía se han mostrado de acuerdo, pues muchos de ellos compartían mi miedo oculto.

Se decidió que solo el líder de guerreros estaría enterado de la existencia de un arma secreta. No sabría cuál era su naturaleza, pero transmitiría la información sobre su ubicación a su sucesor. Aquí termina mi crónica. Mañana comenzaré una nueva. Espero sinceramente que nadie abra jamás este libro ni lea estas palabras.

Bajo esa entrada había una nota:

Setenta años después, lord Koril, líder de guerreros, murió durante un ejercicio de combate. Es probable que no tuviese la oportunidad de comunicar a otro lo que sabía del arma secreta.

Sonea se quedó mirando la apostilla de Akkarin. Lord Coren había descubierto un arcón repleto de libros. ¿Era ese el depósito secreto de conocimientos?

Suspiró y cerró el libro. Cuantas más cosas averiguaba, más preguntas surgían. Se puso de pie y, al sentirse mareada, cayó en la cuenta de que había leído durante horas. Bostezando, tapó los libros de Akkarin con sus apuntes, se puso el camisón, se metió en la cama y se sumió en un sueño poblado de pesadillas sobre magos que acechaban al ganado y a los aldeanos.

5. Especulación

Aunque había recibido la noticia de un asesinato que presentaba todas las características que se le había indicado que buscara, Cery había dejado pasar una semana desde su reunión con Savara antes de comunicarle que tenía razón. Quería ver cuánto tiempo aguantaba en su encierro voluntario en la habitación de alquiler. Cuando se enteró de que la joven había propuesto a uno de sus «guardias» que se ejercitase con ella en la lucha, Cery supo que a Savara se le estaba agotando la paciencia. Y la curiosidad se apoderó de él cuando el hombre admitió haber perdido todos los combates.

Cery caminaba de un lado a otro de la habitación mientras esperaba a que ella llegase. No había sacado mucho en claro de sus investigaciones. El propietario de la habitación solo pudo decirle que Savara se la había alquilado pocos días antes de ir a ver a Cery. Únicamente dos de los vendedores de armas de la ciudad habían identificado como sachakano el cuchillo de Savara. Las personas de los bajos fondos a quienes sobornaron y alentaron con otros medios para que dijeran la verdad declararon que ninguna de las armas con las que traficaban se parecía a aquella. Cery dudaba que pudiese encontrar en la ciudad a alguien que le diese más información.

Se paró en seco al oír que llamaban a la puerta. Regresó a su silla y se aclaró la garganta.

—Adelante.

Ella lucía una cálida sonrisa cuando entró en la habitación. «Desde luego, sabe que es preciosa y cómo aprovecharse de ello para conseguir lo que quiere», pensó él, aunque se mostró impasible.

—Ceryni —dijo la joven.

—Savara. Me comentan que ha estado midiendo sus fuerzas con mi sifón. Una arruga minúscula se formó entre las cejas de la joven.

—Sí, un tipo vigoroso, pero a él le hacía más falta el entrenamiento que a mí —hizo una pausa—. Tal vez los otros habrían sido rivales más dignos.

Cery reprimió una sonrisa. Se había percatado de que había más de un vigía. Muy observadora.

—Es demasiado tarde para averiguarlo —dijo Cery, encogiéndose de hombros—; les he encomendado otras tareas.

La arruga en el entrecejo de Savara se hizo más profunda.

—¿Qué hay del esclavo? ¿Ha matado o no?

—¿El «esclavo»? —repitió Cery.

—El hombre que ocupó el lugar del asesino anterior.

Interesante. ¿Esclavos propiedad de quién?

—Ha matado, como usted dijo —confirmó Cery.

Un destello de triunfo brilló en los ojos de ella al oír esa noticia.

—Entonces ¿aceptará mi ayuda?

—¿Puede llevarnos hasta él?

—Sí —respondió Savara sin vacilar.

—¿Qué quiere a cambio?

Ella se acercó a su escritorio.

—Que no hable de mí a su señor.

Cery sintió un escalofrío.

—¿Mi señor?

—El que le ha ordenado que mate a esos hombres —dijo Savara en voz baja.

Ella no debía saber nada de «él». Ni siquiera debía saber que Cery obedecía órdenes de otra persona.

Aquello lo cambiaba todo. Cery cruzó los brazos y comenzó a cavilar acerca de ella. Investigar si Savara podía serle o no de utilidad sin consultar a quien había organizado la caza le había parecido un riesgo mínimo. En ese momento se le antojaba un peligro mucho mayor de lo que había imaginado.

La joven sabía demasiado. Lo mejor sería que enviase a su mejor cuchillo a despacharla. O que la matase él mismo. En ese instante.

Incluso mientras lo pensaba, sabía que no sería capaz. «Y no solo porque

la encuentre interesante —se dijo—. Necesito indagar cómo ha averiguado tanto sobre el asunto. Esperaré, la mantendré vigilada y veremos adónde nos lleva esto».

—¿Le ha hablado de mí? —preguntó Savara.

—¿Por qué no quiere que le hable de usted?

La expresión de ella se ensombreció.

—Por dos motivos. Los asesinos creen que solo un enemigo les sigue la pista. Me resultará más fácil ayudarlo si ellos no saben dónde me encuentro. Además, hay personas en mi país que sufrirían represalias si el amo de los esclavos se enterase de que estoy aquí.

—¿Y cree que esos esclavos la descubrirían si mi «amo», como usted lo llama, lo supiese?

—Tal vez sí, tal vez no. Prefiero no arriesgarme.

—No me lo había pedido antes. A estas alturas podría haber hablado a mi cliente de usted.

—¿Lo ha hecho?

Cery negó con la cabeza. Savara sonrió, visiblemente aliviada.

—Supuse que no lo haría, al menos hasta que comprobara que soy capaz de hacer lo que le dije. Bueno, ¿tenemos un trato, como decís los ladrones?

Cery abrió el cajón de su escritorio y sacó el cuchillo de Savara. La oyó ahogar un grito. Las joyas de la empuñadura centelleaban a la luz de la lámpara. Él lo empujó hasta el otro lado de la mesa.

—Lo que harás por nosotros esta noche es espiar a ese hombre. Eso es todo. Nada de matar. Quiero estar seguro de que es quien tú dices antes de liquidarlo. A cambio, yo mantendré el pico cerrado respecto a ti. Por el momento.

Ella sonrió, con un brillo de entusiasmo en los ojos.

—Estaré en mi habitación hasta entonces.

Cery la observó mientras se dirigía con aire despreocupado hacia la puerta, y notó que se le aceleraba el pulso. «¿A cuántos hombres habrá hecho perder la razón con esos andares... o con esa sonrisa? —se preguntó—. Ah, pero apuesto a que algunos perdieron algo más que la razón».

«Eso no me pasará a mí —pensó—. La vigilaré muy de cerca».

Sonea cerró el libro que había estado intentando leer y paseó la vista por la biblioteca. Le costaba demasiado concentrarse. No conseguía quitarse de la cabeza a Akkarin y las crónicas.

Hacía una semana que él se las había dado, y aún no había regresado a recogerlas. El recuerdo de lo que tenía sobre el escritorio de su habitación, oculto bajo una pila de apuntes, era como un picor que no podría aliviar por mucho que se rascase. No se tranquilizaría hasta que el Gran Lord se llevase esos libros.

Por otra parte, la aterraba volver a ver a Akkarin. Temía la inevitable conversación con él. ¿Le llevaría más libros? ¿Qué información contendrían? Hasta entonces, solo le había mostrado fragmentos de la historia olvidada. Ella no había encontrado instrucciones para usar la magia negra, y no obstante, el arcón secreto que el cronista había enterrado —seguramente el mismo que el arquitecto lord Coren había descubierto y vuelto a enterrar— debía de contener información suficiente sobre el «arma secreta» de la magia negra para que un mago pudiese aprenderla. ¿Qué debía hacer ella si Akkarin le daba a leer uno de esos libros?

Aprender magia negra iba contra las leyes del Gremio. Si Sonea se diese cuenta de que tenía delante unas instrucciones sobre su uso, se negaría a seguir leyendo.

—¡Mira, ahí está lord Larkin!

Era una voz femenina, de alguien que estaba cerca. Al volverse, Sonea detectó movimiento al final de una estantería. Apenas alcanzó a vislumbrar a una chica que estaba junto a una de las ventanas de la biblioteca de los aprendices.

—¿El profesor de arquitectura y construcción? —preguntó otra voz de chica—. Nunca me había fijado en él, pero podría decirse que es bastante guapo.

—Y sigue soltero.

—Por lo que he oído, no es que muestre un gran interés en casarse.

Se oyeron risitas. Sonea se inclinó hacia atrás en su silla y reconoció a la primera chica como una de las aprendices de quinto.

—¡Eh, mira! Por ahí va lord Darlen. Me gusta.

La otra chica emitió un sonido de admiración.

—Qué pena que esté casado.

—Mmm —convino la primera—. ¿Qué opinas de lord Vorel?

—¡Vorel! ¿Me tomas el pelo?

—No te van mucho los guerreros fuertes, ¿verdad?

Sonea supuso que las chicas estaban mirando a los magos que se dirigían al Salón de Noche. Las escuchó, divertida, mientras evaluaban las cualidades de los magos jóvenes.

—No... Mira allí... A ese sí que no le diría que no.

—Desde luego —le dio la razón la otra, en voz baja—. Mira, se ha parado a hablar con el rector Jerrick.

—Aunque es un poco... frío.

—Oh, seguro que habrá alguna manera de hacerlo entrar en calor.

Las aprendices ahogaron unas risitas. Cuando estas cesaron, una de ellas exhaló un suspiro de anhelo.

—Es tan apuesto... Lástima que sea demasiado mayor para nosotras.

—No sé —repuso la otra—. No es tan viejo... Mi prima se casó con un hombre mucho mayor. Tal vez aparente más edad, pero el Gran Lord no tendrá más de treinta y tres o treinta y cuatro años.

Sonea se puso rígida, presa de la sorpresa y la incredulidad. ¡Estaban hablando de Akkarin!

Naturalmente, no sabían cómo era en realidad. Lo veían solo como a un hombre soltero que era misterioso, poderoso y...

—Es hora de cerrar.

Sonea se volvió bruscamente y se encontró con Tya, la bibliotecaria, que se acercaba dando grandes zancadas por el pasillo entre las estanterías. Tya le sonrió al pasar. Las chicas que miraban por la ventana suspiraron una última vez y se marcharon.

Sonea se puso de pie y comenzó a recoger sus libros y apuntes. Los levantó, se detuvo y volvió la vista hacia la ventana. ¿Seguiría él allí?

Se acercó y echó un vistazo al exterior. En efecto, Akkarin estaba fuera, con Jerrick. Unas arrugas le surcaban la frente. Tenía una expresión atenta, pero que no delataba sus pensamientos.

«¿Cómo pueden esas chicas considerarlo atractivo?», se preguntó Sonea. Era huraño y distante. No tenía una mirada vivaz y cálida como la de Dorrien,

ni siquiera un porte elegante como lord Fergun.

Si las aprendices cuya conversación había oído no hubieran ingresado en el Gremio, las habrían casado para establecer alianzas familiares. Tal vez todavía buscaban en los hombres poder e influencia, por costumbre o siguiendo una larga tradición. Sonrió con tristeza.

«Si supieran la verdad —pensó—, Akkarin no les parecería tan atractivo».

A medianoche, a tres horas de trayecto en carruaje desde las luces de Capia, reinaba una oscuridad densa e impenetrable. Solo los pequeños círculos de luz que proyectaban los faroles del coche iluminaban su camino. Dannyl, contemplando la negrura, se preguntó cómo verían el carruaje quienes vivían en las casas de campo ocultas en las sombras; seguramente como un cúmulo móvil de luces visibles desde varias millas a la redonda.

El vehículo coronó una cuesta y un punto brillante apareció más adelante, junto al camino. Se acercaron rápidamente, y Dannyl vio que se trataba de una farola que iluminaba débilmente la fachada de un edificio. El carruaje empezó a reducir la velocidad.

—Hemos llegado —murmuró Dannyl.

Oyó que Tayend se revolvía en su asiento para mirar por la ventana. El académico bostezó mientras el coche se acercaba al edificio y se detenía con un ligero cabeceo. El letrero de la casa de descanso decía: «Reposo del Río: cama, comida y bebida».

El cochero farfulló para sí mientras bajaba del pescante con dificultad para abrir la portezuela. Dannyl le entregó una moneda.

—Espérenos dentro —indicó—. Proseguiremos el viaje dentro de una hora.

El hombre se inclinó en señal de respeto y fue a llamar a la puerta. Al cabo de unos instantes, se abrió una ventanilla en medio de esta. Dannyl notó una respiración sibilante al otro lado.

—¿Qué se le ofrece, milord? —preguntó una voz apagada.

—Una copa —contestó Dannyl— y una hora de descanso.

No hubo respuesta, pero se oyó un ruido metálico y la puerta se abrió

hacia dentro. Un hombre de baja estatura con el rostro arrugado hizo una reverencia y los acompañó a una gran estancia repleta de sillas y mesas. El olor denso y dulzón a bol impregnaba el aire. Dannyl sonrió con nostalgia cuando le vinieron a la mente recuerdos de su ya lejana búsqueda de Sonea. Hacía mucho tiempo que no probaba el bol.

—Me llamo Urrend. Bueno, ¿qué quieren beber? —preguntó el hombre.

Dannyl suspiró.

—¿Tiene rumia de Porreni?

El hombre rio entre dientes.

—Tienen muy buen gusto para el vino. Pero ¿de qué me sorprende? Se ve que son ustedes dos señores de alcurnia. En el piso de arriba tengo un bonito cuarto de huéspedes para ricos. Síganme.

El cochero se había dirigido con unos andares arrogantes al banco donde se servía el bol. Dannyl se preguntó, ya demasiado tarde, si había hecho bien al darle la moneda. No quería que el carruaje volcase a medio camino de la casa donde vivía la hermana de Tayend.

Subieron por una escalera estrecha detrás del posadero hasta un pasillo. El hombre se detuvo frente a una puerta.

—Es la mejor habitación que tengo. Espero que la encuentren confortable.

Abrió la puerta con un empujón suave. Dannyl entró despacio y tomó buena nota de los muebles gastados, de la segunda puerta y del hombre que estaba sentado cerca de ella.

—Buenas noches, embajador —el hombre se levantó y se inclinó con elegancia—. Soy Royend de Marane.

—Es un honor —contestó Dannyl—. Tengo entendido que ya conoce a Tayend de Tremmelin, ¿verdad?

El hombre asintió con la cabeza.

—En efecto. He pedido algo de vino. ¿Les apetece?

—Sí, pero tomaremos solo un poco, gracias —respondió Dannyl—. Tenemos que reanudar el viaje dentro de una hora.

Dannyl y Tayend se acomodaron en dos de las sillas. El Dem se paseó por la habitación, inspeccionando el mobiliario con una mueca de repugnancia, y luego se detuvo para mirar por las ventanas. Era más alto que el elyneo

medio, y tenía el cabello negro. Dannyl se había enterado por boca de Errend de que la abuela de Dem Marane había sido kyaliana. Él era un hombre de mediana edad, casado, con dos hijos, y muy, muy rico.

—Bien, ¿qué le parece Elyne, embajador?

—El lugar ha acabado por gustarme —respondió Dannyl.

—¿No le gustaba al principio?

—No es que el país me gustara o me disgustara. Es solo que me ha llevado un tiempo acostumbrarme a las diferencias. Algunas me atraían, otras me resultaban extrañas.

El Dem enarcó las cejas.

—¿Qué tenemos de extraño, según usted?

Dannyl soltó una risita.

—Los elyneos dicen lo que piensan, aunque no siempre de forma clara.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del hombre, pero desapareció cuando sonaron unos golpes en la puerta. Cuando se dirigía hacia ella, Dannyl agitó la mano y proyectó su voluntad. La puerta se abrió por sí sola. Royend se paró en seco y, al percatarse de que Dannyl había utilizado la magia, una mirada de ansia y deseo frustrado asomó a su rostro. Pero esta se desvaneció instantes después, cuando el propietario de la casa de descanso entró en la habitación con una botella de vino y tres copas.

Nadie dijo una palabra mientras el hombre destapaba la botella y servía el vino. En cuanto se marchó, el Dem cogió una copa y se sentó en una silla.

—Entonces ¿qué le resulta atractivo de Elyne?

—Tienen ustedes un vino excelente —Dannyl alzó su copa y sonrió—. Son tolerantes y abiertos de mente. Aquí se aceptan muchos comportamientos que horripilarían y escandalizarían a los kyalianos.

Royend dirigió una mirada a Tayend.

—Debe de estar usted al tanto de esos sucesos horripilantes y escandalosos, pues de lo contrario no los incluiría entre esas peculiaridades nuestras que tan atractivas le parecen.

—¿Sería yo un digno embajador del Gremio si fuese ajeno a dichos asuntos... como la corte de Elyne cree que soy?

El Dem sonrió, aunque seguía mirándolo con dureza.

—Ya ha demostrado estar mejor informado de lo que yo creía. Me da que

pensar. ¿Es usted tan tolerante y abierto de mente como nosotros, o sostiene las mismas opiniones rígidas que los otros magos kyalianos?

Dannyl miró a Tayend.

—No soy el típico mago kyaliano —repuso. El académico le dedicó una sonrisa torcida y sacudió la cabeza—. Aunque me he vuelto un experto en fingir que lo soy —continuó Dannyl—. Creo que si mis iguales me conocieran mejor, no me considerarían en absoluto un representante digno del Gremio.

—Ah —se apresuró a intervenir Tayend—, pero la cuestión es si tú no eres digno del Gremio, o si el Gremio no es digno de ti.

Royend rio ligeramente al oír el comentario.

—Y no obstante le ofrecieron el puesto de embajador.

Dannyl se encogió de hombros.

—Y gracias a eso estoy aquí. A menudo desearía que el Gremio se hubiese originado en una cultura menos rígida. Los puntos de vista diferentes estimulan el debate, lo que favorece el entendimiento. Últimamente tengo más motivos para desearlo. Tayend posee un gran potencial. Es una lástima que no pueda desarrollarlo simplemente porque los kyalianos no toleran a los hombres de su naturaleza. Puedo enseñarle algunas cosas sin infringir las leyes del Gremio, pero tiene talento para mucho más.

La mirada de Dem Marane se aguzó.

—¿Y se las ha enseñado?

—No —Dannyl negó con la cabeza—. Pero no me importaría alterar un poco las normas del Gremio por él. En cierta ocasión maté a un hombre para salvar la vida a Tayend. La próxima vez quizá yo no esté a su lado para ayudarlo. Me gustaría enseñarle a sanar, pero eso significaría rebasar un límite y exponer a Tayend a un peligro tal vez aún mayor.

—¿Por parte del Gremio?

—Sí.

Dem Marane sonrió.

—Solo si ellos se enterasen. Es un riesgo, pero ¿vale la pena correrlo?

Dannyl frunció el entrecejo.

—Yo no correría un riesgo semejante sin prepararme antes para lo peor. Si llegara a descubrirse que Tayend ha aprendido magia, él debería estar en

condiciones de ponerse a salvo del Gremio. No tiene a nadie a quien acudir excepto a sus familiares y a sus amigos de la biblioteca. Y me temo que ellos no podrían serle de mucha ayuda.

—¿Y qué hay de usted?

—Nada asusta más al Gremio que el hecho de que un mago totalmente entrenado se descarríe. Si yo desapareciese, nos buscarían a ambos con mucho más empeño. Así pues, me quedaría en Capia y haría lo posible por ayudar a Tayend a evitar que lo capturasen.

—Da la impresión de que necesita que otros lo protejan. Personas que sepan cómo ocultar a un fugitivo.

Dannyl asintió.

—¿Y qué estaría dispuesto a ofrecerme a cambio?

Dannyl entrecerró los ojos y observó al hombre.

—Nada que pudiera utilizarse para hacer daño a otros. Ni siquiera al Gremio. Conozco a Tayend. Tendría que estar muy seguro de las intenciones de otras personas para fiarme de ellas como me fío de él.

El Dem movió la cabeza lentamente en un gesto afirmativo.

—Desde luego.

—Bueno —prosiguió Dannyl—, ¿cuál cree que será el precio de la protección de Tayend?

Dem Marane cogió la botella y se llenó de nuevo la copa.

—No lo sé con certeza. Interesante pregunta. Tendría que preguntárselo a unos colegas.

—Por supuesto —dijo Dannyl con afabilidad. Se puso de pie y bajó la vista hacia el hombre—. Estoy ansioso por conocer su opinión. Y ahora me temo que debemos partir. La familia de Tayend nos espera.

Royend de Marane se levantó e hizo una reverencia.

—Ha sido un placer conversar con ustedes, embajador Dannyl, Tayend de Tremmelin. Espero que tengamos muchas oportunidades de conocernos más a fondo en el futuro.

Dannyl inclinó la cabeza cortésmente. Hizo una pausa y pasó la mano por encima de la copa del Dem para calentar el vino con un poco de magia. Sonriendo ante su expresión de sorpresa, se dio la vuelta y caminó hacia la puerta, seguido por Tayend.

Una vez que estuvieron en el pasillo, Dannyl volvió la vista atrás. Dem Marane sujetaba la copa entre las manos ahuecadas, en actitud pensativa.

6. El espía

Como de costumbre, la puerta de la residencia del Gran Lord se abrió con solo rozarla. Cuando entró, Sonea sintió alivio y sorpresa al ver que solo Takan la esperaba. El criado la saludó con una reverencia.

—El Gran Lord desea hablar con usted, milady.

El alivio dio paso a la ansiedad. ¿Iba a darle a leer otro libro? ¿Sería ese el libro que ella tanto temía, el que contenía información sobre la magia negra?

Sonea respiró hondo.

—Entonces será mejor que me lleves ante él.

—Por aquí —dijo Takan. Dio media vuelta y echó a andar hacia la escalera de la derecha.

Sonea notó que el corazón le daba un vuelco. Esa escalera bajaba hasta la sala subterránea donde Akkarin practicaba la magia secreta y prohibida. Al igual que la escalera de la izquierda, también conducía a la planta superior, donde se encontraban la biblioteca y el Salón de Banquetes.

Ella siguió a Takan hasta la puerta. El hueco de la escalera estaba oscuro, y Sonea no alcanzó a ver si el sirviente subía o bajaba hasta que creó un globo de luz.

Takan descendía hacia la sala subterránea.

Ella se paró en seco, con el corazón acelerado, y lo observó bajar. Cuando llegó ante la puerta de la cámara, Takan se detuvo y alzó la mirada hacia ella.

—No le hará daño, milady —le aseguró. Tras abrir la puerta, le indicó con una seña que entrara.

Sonea se quedó mirándolo. De todos los lugares que había en el Gremio

—en toda la ciudad—, aquel era el que le daba más miedo. Volvió la vista hacia la sala de invitados. «Podría arrancar a correr. No estoy lejos de la puerta de esa sala».

—Ven aquí, Sonea.

Era la voz de Akkarin. El tono denotaba autoridad y cierta alarma. La chica pensó en Rothen, en sus tíos Jonna y Ranel y en sus primos; su seguridad dependía de que ella cooperase. Se armó de valor y bajó.

Takan se hizo a un lado cuando Sonea llegó frente a la puerta. La sala subterránea estaba prácticamente igual que la última vez que ella la había visto por dentro. Había dos mesas viejas y pesadas colocadas contra la pared de la izquierda. Un farol y un fardo de ropa oscura descansaban sobre la mesa más cercana. Estanterías y armarios pequeños cubrían las otras paredes. Algunas mostraban señales de haber sido restauradas, lo que recordó a Sonea los daños que el «asesino» había ocasionado. En un rincón había un arcón maltratado por el tiempo. ¿Se trataba del baúl que contenía los libros sobre magia negra?

—Buenas noches, Sonea.

Akkarin estaba apoyado en una mesa, con los brazos cruzados. Ella le dedicó una reverencia.

—Gran L... —La chica pestañeó, sorprendida, al ver que él llevaba ropa sencilla, de un tejido basto. Sus pantalones y su chaqueta estaban gastados, incluso raídos en algunas partes.

—Tengo algo que enseñarte —anunció Akkarin—. En la ciudad.

Al instante, ella retrocedió un paso, recelosa.

—¿Qué?

—Si te lo dijera, no me creerías. La única manera de que conozcas la verdad es viéndola por ti misma.

Sonea leyó un desafío en sus ojos. Al fijarse en su atuendo, le vino a la mente una imagen de él vestido con ropa parecida, pero ensangrentada.

—No estoy segura de querer ver vuestra verdad.

Akkarin torció el gesto en una media sonrisa.

—Desde que descubriste lo que hago, no dejas de preguntarte por qué lo hago. Aunque no te enseñaré cómo, te enseñaré por qué. Alguien debe saberlo, aparte de Takan y de mí.

—¿Por qué yo?

—Ya lo sabrás a su debido tiempo —extendió el brazo hacia atrás y cogió el fardo de ropa oscura que estaba sobre la mesa—. Ponte esto.

«Debería negarme a ir —pensó Sonea—. Pero ¿me lo permitirá? —Se quedó mirando lo que él le ofrecía—. Además, si lo acompaño, tal vez aprenda algo que pueda utilizar contra él más adelante.

»¿Y si me enseña algo prohibido, algo que pueda ser motivo de que me expulsen del Gremio?

»Si la situación llega a ese extremo, les contaré la verdad: que corrí el riesgo con la esperanza de salvarme y salvar al Gremio».

Se obligó a sí misma a acercarse y coger el atado. Cuando él lo soltó, este se desenrolló y Sonea descubrió que sostenía en sus manos una capa larga y negra. Se colocó la prenda sobre los hombros y cerró el broche.

—Mantén bien ajustada tu túnica —indicó Akkarin.

Cogió el farol y se dirigió a grandes zancadas a una pared. Parte de ella se deslizó hacia un lado, y el aire helado de los túneles invadió la habitación.

«Claro», pensó Sonea. Se acordó de las noches que se había pasado explorando los pasadizos bajo el Gremio, hasta que Akkarin la había encontrado y le había ordenado que los abandonara. Uno de esos túneles la había llevado hasta aquella cámara. Al percatarse de que estaba en el umbral de la guarida secreta de Akkarin, se había asustado tanto que había huido a toda prisa, y nunca había regresado para seguir explorando el pasadizo.

«Debe de conducir a la ciudad, si Akkarin dice la verdad».

El Gran Lord salió al pasadizo, se volvió hacia ella y le hizo señas. Sonea inspiró profundamente y soltó el aire muy despacio. Se acercó a la abertura y lo siguió hacia las tinieblas.

La mecha del farol chisporroteó y apareció una llama. Ella se preguntó por unos instantes por qué Akkarin se tomaba la molestia de usar una fuente de luz normal, pero entonces comprendió que, si él no llevaba la túnica, era porque tenía la intención de ocultar su condición de mago. Nadie que no fuese un mago caminaría detrás de un globo de luz.

«Si es importante para Akkarin que nadie lo reconozca, ya tengo algo que puedo utilizar contra él esta noche, en caso necesario».

Como Sonea esperaba, el Gran Lord se encaminó en la dirección opuesta

a donde se encontraba la universidad. Avanzó unos doscientos pasos y aminoró la marcha hasta detenerse. Ella percibió la vibración de una barrera que bloqueaba el camino. Unas tenues ondas de luz brillaron a través del túnel cuando la barrera desapareció. Akkarin siguió adelante sin decir palabra.

Se detuvo tres veces más para desactivar barreras. Después de franquear la cuarta, él se dio la vuelta y la restableció detrás de ellos. Sonea volvió la mirada. Si se hubiese atrevido a ir más allá de la cámara secreta de Akkarin durante sus exploraciones previas, se habría topado con aquellas barreras.

El pasaje torcía ligeramente hacia la derecha. Aparecieron pasadizos laterales, y Akkarin enfiló uno de ellos sin vacilar. El camino serpenteaba de una cámara ruinoso a otra. Cuando el Gran Lord se detuvo de nuevo, se hallaron frente a un montón de rocas y tierra bajo un punto en que el techo se había derrumbado. Sonea le dirigió una mirada inquisitiva.

Los ojos de Akkarin centellearon a la luz del farol. Clavó la vista en aquel nuevo obstáculo. Un rumor seco retumbó en el túnel cuando las rocas se apilaron para formar una escalera rudimentaria. Un agujero apareció en lo alto. Akkarin apoyó el pie en el primer peldaño y comenzó a subir.

Sonea lo siguió. En la parte de arriba había otro pasadizo. La luz del farol reveló unas paredes toscas construidas con una mezcla abigarrada de ladrillos de mala calidad. Un olor a humedad que le resultaba familiar flotaba en el aire. Aquel sitio le recordaba mucho el... el...

El Camino de los Ladrones.

Habían entrado en los túneles que los criminales utilizaban para moverse por debajo de la ciudad. Akkarin se volvió y bajó la vista hacia la escalera. Los escalones se deslizaron hacia delante hasta tapar el hueco. Una vez que todo quedó en su sitio, echó a andar pasadizo abajo.

Un montón de preguntas se agolparon en la mente de Sonea. ¿Estaban enterados los ladrones de que el Gran Lord del Gremio de los Magos usaba sus pasadizos, y de que había túneles bajo el Gremio que comunicaban con los de ellos? La chica sabía cuán celosamente custodiaban sus dominios, por lo que dudaba que Akkarin hubiese pasado inadvertido. ¿Había conseguido autorización para circular por los túneles de los ladrones, entonces? Sonea pensó en las sencillas prendas que llevaba. Tal vez el Gran Lord había

negociado esa autorización bajo una identidad falsa.

Varios cientos de pasos más adelante, un hombre delgado de mirada turbia salió de un hueco en la pared e hizo un gesto con la cabeza a Akkarin. Se quedó de una pieza al ver a Sonea, claramente sorprendido por su presencia allí, pero no dijo nada. Les dio la espalda y enfiló el túnel que tenían delante.

El guía silencioso estableció un ritmo rápido y los condujo en una larga caminata por un intrincado y complejo laberinto de pasadizos. Poco a poco, Sonea cobró conciencia de un olor que conocía pero que no acertaba a identificar. Cambiaba, al igual que las paredes, y sin embargo algo en el modo en que cambiaba también le resultaba familiar. No fue sino hasta que Akkarin se detuvo y golpeó una puerta con los nudillos cuando Sonea cayó en la cuenta de qué estaba oliendo.

Las barriadas. El olor era una mezcla de residuos humanos y animales, sudor, basura, humo y bol. Sonea se mareó ante la oleada de recuerdos que le vino a la mente: de cuando trabajaba con sus tíos, de cuando se había escabullido para unirse a Cery y a la banda de chicos vagabundos con los que se juntaba.

Entonces la puerta se abrió y la devolvió al presente.

Un hombre corpulento ocupaba todo el vano, con una tosca camisa ajustada sobre su amplio pecho. Incluyó respetuosamente la cabeza ante Akkarin, y cuando la miró a ella, frunció el entrecejo como si su cara le sonase pero no supiese muy bien de qué. Al cabo de unos instantes se encogió de hombros y se hizo a un lado.

—Pasen.

Sonea siguió a Akkarin al interior de un recinto muy reducido, en el que además había un armario estrecho y apenas si cabían los tres. Al fondo había un portón. Sonea detectó una vibración en torno a él y comprendió que estaba reforzado con una fuerte barrera mágica. Se le puso la carne de gallina. ¿Qué podía haber en las barriadas que exigiese una protección tan potente?

El hombre se volvió para contemplar a Akkarin. Por su actitud vacilante e inquieta, Sonea supuso que él sabía quién era su visitante, o al menos que se trataba de alguien importante y poderoso.

—Está despierto —murmuró, dirigiendo una mirada atemorizada hacia la

puerta.

—Gracias por vigilarlo, Morren —dijo Akkarin con afabilidad.

—No hay rascada.

—¿Llevaba encima una piedra preciosa roja?

—No. Lo he registrado bien. No he encontrado nada.

Akkarin arrugó el ceño.

—Muy bien. Quédate aquí. Ella es Sonea. Le pediré que salga dentro de un rato.

Los ojos de Morren se clavaron en los de ella.

—¿Ella es... Sonea?

—Sí, la leyenda viviente, en carne y hueso —respondió Akkarin con sequedad.

Morren sonrió a Sonea.

—Es un honor conocerla, milady.

—El honor es mío, Morren —contestó ella, y su ansiedad dejó paso al desconcierto. ¿Leyenda viviente, en carne y hueso?

Morren se sacó una llave del bolsillo, la introdujo en la cerradura de la puerta y le dio vuelta. Retrocedió para que Akkarin pudiese acercarse. Sonea se quedó pestañeando, perpleja, mientras notaba que la magia la envolvía. Akkarin había creado un escudo alrededor de los dos. Ella echó un vistazo por encima del hombro de él, tensa de curiosidad. La puerta se abrió despacio hacia fuera.

La habitación que vio al otro lado era pequeña. El único mueble era un banco de piedra, en el que había tendido un hombre esposado y con grilletes.

Cuando este vio a Akkarin, los ojos se le llenaron de espanto. Empezó a forcejear débilmente con sus ataduras. Era joven, a todas luces no mucho mayor que ella. Tenía el rostro ancho y la piel de un color marrón enfermizo. Sus escuálidos brazos estaban cubiertos de cicatrices, y un corte reciente bordeado de sangre seca le surcaba el antebrazo. No parecía capaz de hacer mucho daño a nadie.

Akkarin se acercó a él y le posó una mano en la frente. Los ojos del prisionero se desorbitaron. Sonea se estremeció al advertir que Akkarin estaba leyendo la mente a aquel hombre.

La mano se movió bruscamente para sujetar la mandíbula al prisionero.

Este apretó los dientes de inmediato y comenzó a retorcerse. Akkarin le abrió la boca haciendo fuerza. Sonea vislumbró un destello dorado, y acto seguido Akkarin tiró algo al suelo.

Un diente de oro. Sonea reculó, horrorizada, y dio un salto cuando el hombre rompió a reír.

—Elloz ya han vizto a eza mujer —dijo con un acento muy marcado y ceceando a causa del diente que le faltaba—. Kariko dice que zerá zuya cuando te mate.

Akkarin sonrió y la miró.

—Qué lástima que ni tú ni yo estaremos vivos para ver cómo lo intenta.

Levantó un pie y aplastó el diente de un pisotón. Para sorpresa de Sonea, la pieza crujió bajo la bota de Akkarin. Cuando él retiró el pie, ella vio, asombrada, que el diente se había partido y que unos trocitos de algo rojo se habían esparcido por el suelo.

Sonea miró con el entrecejo fruncido aquella pieza amorfa que había sido un diente, intentando encontrar un sentido al diálogo. ¿A qué se refería el hombre con «ellos ya han visto a esa mujer»? ¿Quiénes eran «ellos»? ¿Cómo podían haberla visto? Sin duda tenía algo que ver con el diente. ¿Por qué engastar una gema en un diente? Por otro lado, era obvio que no se trataba de una gema. Más bien parecía hecha de vidrio. Al contemplar los pedazos, recordó que Akkarin había preguntado a Morren si había encontrado una piedra preciosa roja. El famoso asesino llevaba un anillo con una gema roja. Y Lorlen también.

Miró al prisionero. Se había quedado totalmente inmóvil. Contemplaba a Akkarin aterrorizado.

—Sonea.

Ella alzó la vista hacia Akkarin, quien tenía la mirada fría y fija.

—Te he traído aquí para responder a algunas de tus preguntas —dijo él—. Sé que no me creerás hasta que veas la verdad por ti misma, así que he decidido enseñarte algo que no pensaba enseñar a nadie. Es una habilidad de la que se puede abusar con demasiada facilidad, pero si tú...

—¡No! —Enderezó la espalda—. Me niego a aprender...

—No estoy hablando de la magia negra —los ojos de Akkarin relampaguearon—. No te iniciaría en ella aunque estuvieras dispuesta a

aprenderla. Quiero enseñarte a leer la mente.

—Pero... —se le cortó la respiración al comprender a qué se refería el Gran Lord. Él era el único de los magos del Gremio capaz de leer la mente a otra persona incluso contra su voluntad. La misma Sonea había experimentado los efectos de ese poder, cuando él había descubierto que tanto ella como Lorlen y Rothen sabían que practicaba la magia negra.

Y ahora él quería enseñarle a hacerlo.

—¿Por qué? —balbució ella.

—Como te he dicho, quiero que conozcas la verdad por ti misma. No me creerías si te la dijera —entornó los ojos—. No te confiaría este secreto si no supiera que tienes un gran sentido del honor y la moral. Aun así, debes prometer que nunca utilizarás este método para leer la mente de alguien contra su voluntad a menos que Kyrulia corra un grave peligro y no puedan adoptarse otras medidas.

Sonea tragó saliva y mantuvo firme la mirada.

—¿Esperáis que me limite a aplicar ese método en casos extremos, cuando vos mismo no lo habéis hecho?

Los ojos de Akkarin se ensombrecieron, pero sus labios dibujaron una sonrisa forzada.

—Sí. ¿Lo prometes, o regresamos al Gremio ahora mismo?

La chica miró al prisionero. Era obvio que Akkarin pretendía que le leyese la mente a él. No la animaría a hacerlo si existiese alguna posibilidad de que Sonea viera algo que lo pusiese en peligro. Pero ¿vería algo que la pusiera en peligro a ella?

La mente no podía mentir. Podía ocultar la verdad, aunque resultaba difícil, y contra el método de Akkarin, era imposible. Sin embargo, si él se había encargado previamente de que el hombre se creyese alguna mentira, Sonea caería también en el engaño.

No obstante, si ella tenía aquello bien presente y asimilaba con cuidado todo lo que aprendiese...

Saber leer la mente podía ser una habilidad útil. Aunque ella hiciese la promesa que él le pedía, eso no le impediría aprovechar esa facultad en la lucha contra él. Kyrulia ya corría un grave peligro solo por el hecho de que hubiese un practicante de magia negra en el seno del Gremio de los Magos.

El prisionero devolvió la mirada a Sonea.

—Me exigís que prometa que nunca leeré una mente a menos que un peligro se cierna sobre Kyralia —dijo ella—, y por otro lado queréis que lea la suya. No me parece que él sea un peligro para Kyralia.

Akkarin sonrió, aparentemente complacido por la cuestión.

—Ya no lo es. Pero lo fue. Y su afirmación de que su amo te esclavizará después de matarme demuestra que hay una posible amenaza futura. ¿Cómo sabrás si su amo es o no capaz de ello si no le lees la mente?

—Con ese razonamiento se podría justificar la lectura de la mente de cualquiera que lanzase una amenaza.

La sonrisa de Akkarin se hizo aún más amplia.

—Por eso necesito que hagas esa promesa. No debes poner en práctica esta habilidad a menos que no tengas alternativa —su expresión se tornó seria—. Es la única manera en que puedo mostrarte la verdad sin poner en riesgo tu vida. ¿Harás esa promesa?

Tras reflexionar unos instantes, Sonea asintió. El Gran Lord cruzó los brazos y esperó. Ella inspiró hondo.

—Prometo no leer nunca la mente a una persona contra su voluntad a menos que Kyralia corra un grave peligro y no exista otro medio de conjurarlo.

Akkarin mostró su aprobación con un gesto.

—Bien. Si alguna vez descubro que has incumplido esa promesa, me aseguraré de que te arrepientas —se volvió hacia el prisionero, que había estado observándolos con atención.

—¿Dejaraz que me vaya? —preguntó el hombre con voz suplicante—. Zabez que tuve que hacerlo. Me obligaron. Ahora que no llevo la piedra, no podrán encontrarme, y yo no...

—Silencio.

El hombre se encogió al oír la orden y comenzó a gimotear cuando Akkarin se agachó a su lado.

—Ponle la mano en la frente.

Sonea venció su reticencia y se puso en cuclillas junto al prisionero. Le posó la palma en la frente. El corazón le dio un vuelco cuando Akkarin le apretó la mano con la suya. De entrada estaba fría al tacto, pero se calentó

enseguida.

Te enseñaré a leerlo, pero una vez que adquieras soltura, te dejaré explorarlo a tu aire.

Ella sintió la presencia del Gran Lord al borde de sus pensamientos. Cerró los ojos y visualizó su mente como una habitación, tal como Rothen le había enseñado. Dio un paso hacia las puertas con la intención de abrirlas para recibirlo, y de pronto dio un salto hacia atrás, sorprendida, cuando Akkarin apareció dentro de la habitación. El Gran Lord señaló las paredes con un gesto del brazo.

—Olvídate de esto. Olvida todo lo que te han enseñado. La visualización ralentiza y limita tu mente. Si recurres a ella, solo entenderás lo que puedas traducir a imágenes.

La habitación se desintegró en torno a ella, al igual que la imagen de él. Sin embargo, la sensación de su presencia permaneció. En las ocasiones anteriores en que él le había leído la mente, ella apenas había intuido su presencia. Ahora detectaba indicios de personalidad y el mayor poder con que se había encontrado jamás.

Sígueme...

La presencia de Akkarin se alejó. Al perseguirla, ella sintió que se acercaba a una tercera mente. Esta irradiaba miedo, y Sonea topó con cierta resistencia.

Solo puede cerrarte el paso si te percibe. Para evitar que te perciba, debes dejar de lado toda voluntad e intención salvo el propósito de colarte en su mente sin perturbarla. Así.

Para gran sorpresa de Sonea, la presencia de Akkarin cambió. En vez de esforzar su voluntad sobre la mente del hombre, dio la impresión de rendirse. Solo quedó un rastro muy tenue de su presencia, un deseo débil de vagar hacia los pensamientos de otro. Entonces su presencia volvió a hacerse más fuerte.

Te toca.

Sonea se quedó con la sensación de que entendía lo que él había hecho. Le había parecido fácil, pero cada vez que intentaba imitarlo chocaba con la mente del prisionero. En ese momento notó que la mente de Akkarin penetraba en la suya. Antes de que ella pudiese alarmarse, él proyectó algo —

un concepto— hacia su mente. En lugar de intentar separar y desechar todas las intenciones menos una, debía concentrarse solo en la que necesitaba.

De pronto supo exactamente cómo sortear la resistencia del prisionero. En un abrir y cerrar de ojos, se había introducido en su mente.

Bien. Mantén ese toque sutil. Estudia sus pensamientos. Cuando veas un recuerdo que te interese explorar, proyecta tu voluntad sobre su mente. Esto es más complicado. Fíjate en cómo lo hago.

El hombre estaba pensando en el diente, preguntándose si su amo lo estaba observando cuando la joven había aparecido.

¿Quién eres?, preguntó Akkarin.

Tavaka.

De repente, Sonea descubrió que había sido un esclavo hasta hacía poco tiempo.

¿Quién es tu amo?

Harikava. Un poderoso ichani. La imagen fugaz de un rostro inconfundiblemente sachakano le pasó por la mente. Era un rostro cruel, severo y astuto.

¿Qué son los ichanis?

Magos poderosos.

¿Por qué tienen esclavos?

Por la magia.

Un recuerdo de varios niveles asaltó la mente de Sonea. La impactaron innumerables impresiones de un mismo incidente; el dolor leve de un corte superficial, la absorción de energía...

Súbitamente comprendió que los ichanis se servían de la magia negra para absorber energía de sus esclavos y de este modo fortalecerse de forma constante.

¡Eso se acabó! Ya no soy un esclavo. Harikava me liberó.

Muéstramelo.

El recuerdo atravesó la mente de Tavaka. Harikava estaba sentado en el interior de una tienda. Decía que dejaría libre a Tavaka si cumplía con una misión peligrosa. Sonea sintió que Akkarin tomaba el control del recuerdo. La misión consistía en entrar en Kyralia y averiguar si las palabras de Kariko eran ciertas. ¿Era débil el Gremio? ¿Rechazaba el uso de la magia superior?

Muchos esclavos habían fracasado. Si él triunfaba, los ichanis lo aceptarían como uno de ellos. Si no, le darían caza.

Harikava abrió una caja de madera adornada con oro y piedras preciosas. Sacó una astilla de un material transparente y duro y la lanzó hacia arriba. La astilla se quedó flotando en el aire, fundiéndose despacio ante la mirada atenta de Tavaka. Harikava se llevó las manos al cinturón y extrajo una daga curva y muy elaborada con la empuñadura enjoyada. Sonea reconoció la forma; era similar a la que ella había visto usar a Akkarin con Takan hacía ya algún tiempo.

Tras hacerse un corte en la mano, Harikava vertió unas gotas de sangre sobre el glóbulo fundido, que enrojeció y se solidificó. A continuación, se quitó uno de los muchos anillos de oro que llevaba en los dedos y lo moldeó en torno a la gema de modo que solo un destello rojo minúsculo resultase visible. Sonea entendió la utilidad de aquella piedra preciosa. Permitiría que todo lo que el hombre viera, oyera y pensara llegase a conocimiento de su amo.

Harikava alzó la mirada hasta clavarla en los ojos de Tavaka. Sonea experimentó un atisbo del miedo y la esperanza que embargaban al esclavo. El amo le hizo una seña y llevó su mano sangrante de nuevo hacia la daga.

El recuerdo se interrumpió bruscamente.

Ahora inténtalo tú, Sonea.

Pensó por un momento qué imagen debía evocar para incitar al hombre. Dejándose llevar por un impulso, proyectó un recuerdo de Akkarin con la túnica negra.

No estaba preparada para el odio ni el miedo que dominaban la mente de Tavaka. Siguieron visiones breves de un combate mágico reciente. Akkarin lo había encontrado antes de que pudiera fortalecerse lo suficiente. Eso decepcionaría y contrariaría a Harikava, y también a Kariko. Apareció la imagen de varios hombres y mujeres sentados en círculo en torno a una hoguera: un recuerdo que Tavaka no quería que ella viese. Lo apartó de su pensamiento con la destreza de un experto en ocultar recuerdos para evitar que las mentes indagadoras los leyeran. Sonea se dio cuenta de que había olvidado hacerse con el control del recuerdo.

Inténtalo de nuevo. Debes atrapar el recuerdo y protegerlo.

Sonea proyectó hacia Tavaka una imagen del círculo de desconocidos tal como lo recordaba. Las caras no cuadraban, pensó él. El rostro de Harikava apareció en su mente. Esforzando su voluntad, ella «atrapó» el recuerdo y anuló los esfuerzos de él por impedirse.

Eso es. Ahora explora cuanto quieras.

Sonea examinó las caras con atención.

¿Quiénes son los ichanis?

Siguió un desfile de nombres y rostros, entre los que destacaba uno.

Kariko. El hombre que quiere matar a Akkarin.

¿Por qué?

Akkarin mató a su hermano. Todo esclavo que se rebele contra su amo debe ser perseguido y castigado.

Ante esas palabras, Sonea estuvo a punto de perder el control sobre el recuerdo. ¡Akkarin había sido un esclavo! Tavaka debió de percibir su sorpresa, pues ella notó que se regodeaba a gusto.

Gracias a Akkarin, gracias a que el hermano de Kariko capturó a Akkarin y le leyó la mente, sabemos de la debilidad del Gremio. Según Kariko, el Gremio no utiliza la magia superior. Dice que invadiremos Kyralia y derrotaremos al Gremio con facilidad. Será una buena venganza por lo que el Gremio nos hizo después de la guerra.

A Sonea se le heló la sangre. ¡Aquel grupo de magos negros inmensamente poderosos tenía la intención de invadir Kyralia!

¿Cuándo comenzará esa invasión?, preguntó Akkarin de improviso.

Las dudas asaltaron al hombre.

No lo sé. Otros tienen miedo del Gremio. Los esclavos nunca vuelven. Yo tampoco volveré... ¡No quiero morir!

De pronto apareció una casa pequeña y blanca; la acompañaba un terrible sentimiento de culpa. Una mujer regordeta, la madre de Tavaka. Un hombre delgado y nervudo, de piel curtida. Una chica bonita de ojos grandes, su hermana. El cuerpo de su hermano después de que Harikava se le acercara y...

Sonea tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no huir de la mente del hombre. Había visto y oído los efectos de agresiones crueles por parte de matones cuando vivía en las barriadas. La familia de Tavaka

había muerto a causa de él. Sus padres habrían podido engendrar a más hijos con un don especial. Era posible que su hermana hubiese desarrollado poderes también. El amo ichani no quería tener que llevar consigo el grupo entero a todas partes como precaución, ni le interesaba dejar tras sí fuentes potenciales de poder que sus enemigos pudiesen encontrar y utilizar.

Sonea se debatía entre la compasión y el miedo. Tavaka había tenido una vida espantosa. Sin embargo, ella percibía su ambición. Si se le presentaba la oportunidad, regresaría a su país para convertirse en uno de aquellos monstruosos ichanis.

¿Qué has hecho desde que llegaste a Imardin?, preguntó Akkarin.

Emergieron recuerdos de una alcoba destartada en una casa de bol, y luego del atestado interior del establecimiento. Tavaka estaba sentado en un sitio donde podía rozar a otros en busca de potencial mágico. Era inútil perder el tiempo acechando a una víctima a menos que esta poseyera una magia latente muy intensa. Si tenía cuidado, lograría volverse lo bastante fuerte para vencer a Akkarin. Entonces regresaría a Sachaka y ayudaría a Kariko a reunir a los ichanis para invadir Kyralia.

Eligió a un hombre y lo siguió. Desenvainó un cuchillo, obsequio de Harikava, y...

Es hora de irnos, Sonea.

Notó que la mano de Akkarin le apretaba la suya con fuerza. Cuando la apartó de la frente de Tavaka, la mente del hombre se escurrió inmediatamente de la de Sonea. Ella miró a Akkarin con el entrecejo fruncido y una sospecha creciente.

—¿Por qué lo he hecho? —El Gran Lord esbozó una sonrisa sombría—. Estabas a punto de averiguar lo que no quieres averiguar —se puso de pie y bajó la vista hacia Tavaka, que respiraba agitadamente.

—Déjanos solos, Sonea.

Ella clavó la vista en Akkarin. No costaba imaginar lo que se proponía. Sintió el impulso de protestar, pero sabía que no se lo impediría aunque pudiera. Liberar a Tavaka sería dejar suelto a un asesino. Él seguiría atacando a kyralianos. Con magia negra.

Se obligó a sí misma a dar media vuelta, abrir la puerta y salir de la habitación. La puerta se cerró tras ella. Morren alzó la mirada, y su expresión

se suavizó. Le tendió una jarra.

La chica reconoció el olor dulzón a bol, aceptó la jarra y tomó varios tragos. Una sensación de calidez la recorrió por dentro. Cuando hubo apurado la bebida, devolvió la jarra a Morren.

—¿Se siente mejor?

Ella asintió.

Se oyó un chasquido y la puerta se abrió a su espalda. Se volvió y se encontró frente a frente con Akkarin. Se contemplaron el uno al otro en silencio. Ella meditó sobre lo que él le había revelado. Los ichanis. Sus planes para invadir Kyralia. Que él había sido un esclavo... Todo parecía demasiado complicado para ser mentira. No podía tratarse de un montaje urdido por Akkarin.

—Tienes mucho en que pensar —dijo el Gran Lord en un tono tranquilizador—. Vamos, hay que regresar al Gremio. —Pasó junto a ella—. Gracias, Morren. Encárgate de él como de costumbre.

—Sí, milord. ¿Habéis averiguado algo útil?

—Tal vez —Akkarin volvió la vista hacia Sonea—. Ya veremos.

—Vienen más a menudo que antes, ¿verdad? —preguntó Morren.

Sonea captó una levísima vacilación en la respuesta de Akkarin.

—Sí, pero tu jefe también los encuentra más deprisa. Dale las gracias de mi parte, ¿de acuerdo?

El hombre asintió y entregó a Akkarin su farol.

—Así lo haré.

Akkarin abrió la puerta y la cruzó. Echó a andar por el pasadizo y Sonea lo siguió, todavía aturdida por todo lo que había descubierto.

7. La historia de Akkarin

El entrechocar del metal con el metal resonó por el pasadizo, seguido de un grito ahogado de dolor. Cery se detuvo y miró a Gol, alarmado. El hombretón arrugó el ceño.

Cery señaló con la cabeza la entrada que había frente a ellos. Desenfundando un cuchillo largo y de aspecto amenazador que llevaba al cinto, Gol se abalanzó hacia delante. Al llegar a la puerta, echó un vistazo a la habitación. Su expresión ceñuda se desvaneció.

Miró a Cery y sonrió de oreja a oreja. Aliviado, y con más curiosidad que inquietud, este avanzó unos pasos y miró al interior.

Había dos figuras inmóviles, una de ellas acuclillada en una posición incómoda con un cuchillo al cuello. Cery identificó al perdedor como Krinn, el asesino experto en combate a quien solía encargar misiones importantes. Los ojos de Krinn se posaron en Cery. La sorpresa en su semblante cedió el paso a la vergüenza.

—¿Te rindes? —preguntó Savara.

—Sí —respondió Krinn con voz forzada.

Savara retiró el cuchillo y se apartó mediante un solo movimiento fluido. Krinn se enderezó y la miró con recelo. Cery, divertido, se fijó en que le sacaba una cabeza como mínimo.

—¿Otra vez entrenándote con mis hombres, Savara?

Ella sonrió con malicia.

—Me lo ha propuesto él, Ceryni.

La observó, pensativo. ¿Y si...? Sería arriesgado, pero por otro lado el riesgo siempre existía. Echó una mirada a Krinn, quien se dirigía

disimuladamente hacia la entrada.

—Adiós, Krinn. Cierra cuando salgas —el asesino se marchó a toda prisa. Una vez cerrada la puerta, Cery se acercó a Savara—. Te invito a ponerme a prueba.

Oyó que Gol reprimía un grito de sorpresa.

La sonrisa de ella se hizo más amplia.

—Acepto.

Cery extrajo un par de dagas del interior de su chaqueta. Llevaban sendas anillas de cuero sujetas a la empuñadura que evitaban que se le resbalaran de las manos y le permitían aferrarlas y tirar de ellas. Savara arqueó las cejas al verlo deslizar las palmas en las anillas.

—Dos rara vez son mejor que una —comentó.

—Lo sé —contestó Cery, aproximándose a ella.

—Pero da la impresión de que sabes lo que haces —reflexionó Savara—. Supongo que eso debe de intimidar a los rufianes de tres al cuarto.

—Así es.

Ella dio unos pasos a la izquierda, acercándosele un poco.

—Yo no soy un rufián de tres al cuarto, Ceryni.

—No, eso ya lo veo. —Sonrió.

Si la joven se había ofrecido a ayudarle para ganarse su confianza hasta que se le presentara una ocasión para matarlo, entonces él le estaba sirviendo la oportunidad en bandeja. Sin embargo, eso le costaría la vida a la sachakana. Gol se ocuparía de ello.

Savara arremetió contra Cery. Él la esquivó y acto seguido dio un paso hacia ella y apuntó a su hombro. La joven se apartó dando media vuelta.

Así continuaron durante unos minutos, probando mutuamente sus reflejos y su alcance. De pronto, ella se colocó más cerca de Cery. Él se detuvo y devolvió varios golpes rápidos. Ninguno de los dos conseguía romper la guardia del otro. Se separaron, resoplando.

—¿Qué habéis hecho con el esclavo? —preguntó Savara.

—Está muerto —le escudriñó el rostro con la mirada. Ella no parecía sorprendida, solo un poco irritada.

—¿Se ha encargado «él»?

—Claro.

—Podrías habérmelo pedido a mí.

Cery frunció el entrecejo. Savara mostraba mucha confianza en sí misma. Demasiada.

Ella se abalanzó hacia delante, con la hoja del cuchillo destellando a la luz de la lámpara. Cery le apartó la mano asestándole un golpe con el antebrazo. Se enzarzaron en un forcejeo rápido y frenético, y él desplegó una sonrisa triunfal cuando consiguió inmovilizarle el brazo derecho y colocarle la punta de la daga contra la axila izquierda.

La joven se quedó paralizada, sonriendo también.

—¿Te rindes? —preguntó.

Cery notó la presión de un objeto puntiagudo en el vientre. Al bajar la mirada, vio un cuchillo diferente en la mano izquierda de Savara. En la derecha empuñaba el cuchillo original. Cery sonrió de nuevo y apretó ligeramente el cuchillo contra la axila de ella.

—Ahí hay una vena que va directa al corazón. Si te la cortase, te desangrarías tan deprisa que no tendrías tiempo ni de decidir qué maldición lanzarme.

Le complació ver que a ella se le ponían los ojos como platos y que la sonrisa se le borraba de la boca.

—¿Lo dejamos en empate?

Estaban muy cerca el uno del otro. La joven despedía un olor maravilloso, una mezcla de sudor reciente y algo especiado. Los ojos le brillaban con picardía, pero tenía los labios apretados, reducidos a una línea muy fina.

—Empate —accedió Cery.

Dio un paso hacia atrás y hacia un lado, de modo que dejó de sentir el arma de ella contra su vientre antes de retirarle la suya de la axila. El corazón le latía a toda velocidad. No era una sensación desagradable.

—¿Sabías que esos esclavos son magos? —preguntó Cery.

—Sí.

—¿Cómo piensas matarlos?

—Tengo mis métodos —dijo Savara.

Cery sonrió con tristeza.

—Si digo a mi cliente que no lo necesito para liquidar a los asesinos, me

hará más preguntas incómodas, como por ejemplo quién se ocupa de ello.

—Si él no se enterase de que has encontrado un esclavo, no tendría por qué saber quién lo mató.

—Pero sabe cuándo andan por aquí. La Guardia le informa de las víctimas. Si dejan de encontrar víctimas sin que él haya matado al asesino, se preguntará por qué.

Savara se encogió de hombros.

—Eso dará igual. Ya no envían a los esclavos de uno en uno. Puedo matar a algunos sin que él se dé cuenta.

Aquello era una novedad. Y no auguraba nada bueno.

—¿Quiénes los envían?

La joven enarcó las cejas.

—¿Él no te lo ha dicho?

Cery sonrió, maldiciéndose para sus adentros por revelar su ignorancia.

—Tal vez sí, tal vez no —respondió—. Quiero oír tu versión del asunto.

La expresión de Savara se ensombreció.

—Los envían los ichanis. Desterrados. El rey de Sachaka manda a los páramos a aquellos que pierden su favor.

—¿Por qué envían aquí a sus esclavos?

—Pretenden recuperar el poder y la posición social derrotando al viejo enemigo de Sachaka, el Gremio.

Eso también era una novedad para Cery. Sacó las manos de las anillas de sus dagas. «Seguramente no hay motivo para preocuparse —pensó—. Estamos eliminando a esos “esclavos” con bastante facilidad».

—¿Me dejarás despachar a algunos de los esclavos? —preguntó ella.

—¿Por qué me pides permiso? Si puedes localizarlos y matarlos, no necesitas colaborar conmigo.

—Ah, pero si no lo hiciera, tal vez me tomarías por uno de ellos.

Cery rio entre dientes.

—Eso sería una lás...

Unos golpes en la puerta lo interrumpieron. Dirigió a Gol una mirada de expectación. Un hombre aún más corpulento entró, alternando la vista nerviosamente entre Gol, Cery y Savara.

—Morren —Cery se puso muy serio. El hombre le había enviado el

mensaje habitual de una sola palabra para confirmar que se había deshecho del cadáver del asesino. Tenía instrucciones de no visitar a Cery en persona a menos que tuviese algo importante que comunicarle.

—Ceryni —contestó Morren. Miró de nuevo a Savara, con desconfianza.

Cery se volvió hacia la sachakana.

—Gracias por el entrenamiento —dijo.

Ella asintió con la cabeza.

—Gracias a ti, Ceryni. Ya te avisaré cuando localice al siguiente. No tardaré mucho.

Cery la observó marcharse de la habitación. Cuando la puerta se cerró tras ella, devolvió su atención a Morren.

—¿Qué pasa?

El hombretón hizo una mueca.

—Tal vez no sea nada, pero he pensado que quizá querrías saberlo. No ha matado al asesino. Lo ha atado y luego se ha ido. Cuando ha vuelto, alguien lo acompañaba.

—¿Quién?

—La chica de las barriadas que ahora está en el Gremio.

Cery miró fijamente al hombre.

—¿Sonea?

—Esa.

Un sentimiento de culpa inesperado se apoderó de Cery. Pensó en el modo en que Savara le había acelerado el pulso. ¿Cómo podía dejarse impresionar por una extraña que seguramente no era de fiar, cuando todavía estaba enamorado de Sonea? Pero Sonea estaba fuera de su alcance. Además, nunca lo había querido, al menos de la misma manera en que él la quería. ¿Por qué no podía fijarse en otra?

Entonces fue consciente de lo que implicaba aquello que Morren le estaba contando, y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación. Habían llevado a Sonea a ver al asesino. Había estado en presencia de un hombre peligroso. Aunque sabía que probablemente se encontraba a salvo con Akkarin, lo invadió una rabia protectora. No quería que la involucrasen en ese asunto.

Pero ¿había estado ella al tanto desde el principio de la batalla secreta que

se libraba en las zonas más oscuras de Imardin? ¿La estaban preparando para participar en la lucha?

Cery tenía que saberlo. Giró sobre sus talones y se encaminó con paso decidido hacia la puerta.

—Gol, envía un mensaje al Gran Lord. Tenemos que hablar.

Lorlen entró en el vestíbulo de la universidad y se detuvo al ver a Akkarin pasar entre las enormes puertas.

—Lorlen —dijo el Gran Lord—, ¿estás ocupado?

—Siempre estoy ocupado —respondió Lorlen.

Los labios de Akkarin se curvaron en una sonrisa irónica.

—Solo te pido unos minutos.

—Muy bien.

Akkarin señaló con un gesto el despacho de Lorlen. «De modo que quiere conversar en privado», pensó este. Se alejó del vestíbulo por el pasillo. Se hallaba a solo unos pasos de su despacho cuando oyó una voz.

—Gran Lord.

Más adelante en el pasillo había un alquimista, de pie frente a la puerta de un aula.

Akkarin se detuvo.

—¿Sí, lord Halvin?

El profesor se acercó a toda prisa.

—Sonea no ha venido a clase esta mañana. ¿Es que no se encuentra bien?

Lorlen vio que una expresión de preocupación asomaba al rostro de Akkarin, pero no supo si era por el bienestar de Sonea, o porque su protegida no estaba donde debía.

—Su sirvienta no me ha informado de enfermedad alguna —respondió Akkarin.

—Estoy seguro de que habrá una buena razón. Es solo que me ha extrañado. Sonea suele ser muy puntual —Halvin dirigió la vista hacia el aula de la que acababa de salir—. Más vale que vuelva antes de que se conviertan en bestias salvajes.

—Gracias por avisarme —dijo Akkarin. Halvin asintió de nuevo y se

alejó a paso veloz. El Gran Lord miró a Lorlen—. Esta otra cuestión tendrá que esperar. Más vale que averigüe qué se trae mi aprendiz entre manos.

Mientras lo observaba alejarse a grandes zancadas, Lorlen luchó por ahuyentar un mal presentimiento. Si Sonea estuviese enferma, su sirvienta se lo habría comunicado a Akkarin, desde luego. ¿Por qué habría de faltar deliberadamente a clase? Se le cayó el alma a los pies. ¿Habían decidido ella y Rothen actuar contra Akkarin? En ese caso, sin duda se lo habrían dicho antes.

¿O no?

Regresó al vestíbulo y miró hacia la escalera. Si hubiesen planeado algo juntos, los dos estarían ausentes. Solo tenía que echar un vistazo al aula de Rothen.

Se acercó a la escalera y subió rápidamente.

El sol de mediodía penetraba en el bosque y hacía brillar el verde intenso de las hojas nuevas. Su calor todavía emanaba del gran banco de piedra en el que estaba sentada Sonea y se conservaba en la roca contra la que tenía apoyada la espalda.

A lo lejos sonó un gong. Sin duda los aprendices saldrían a toda prisa a disfrutar el tiempo de principios de otoño. Ella tenía que volver y fingir que su ausencia se había debido a una jaqueca repentina o a alguna otra dolencia menor.

Pero no se decidía a moverse.

Había subido hasta el manantial a primera hora de la mañana, con la esperanza de que la caminata le despejase la mente. No había dado resultado. Todos los datos que acababa de descubrir se arremolinaban en su mente sin orden ni concierto. Quizá eso se debía a que no había pegado ojo en toda la noche. Estaba demasiado fatigada para encontrar un sentido a todo aquello, demasiado cansada para regresar a clase y comportarse como si nada hubiese cambiado.

«Pero todo ha cambiado. Debería tomarme un tiempo para pensar en lo que sé ahora —se dijo—. Tengo que aclarar qué significa antes de volver a hablar con Akkarin».

Cerró los ojos y recurrió a un poco de fuerza sanadora para vencer el agotamiento.

«¿Qué es lo que sé ahora?».

Sobre el Gremio y todo Kyralia pendía la amenaza de una invasión por parte de los magos negros de Sachaka.

¿Por qué Akkarin no se lo había contado a nadie? Si el Gremio supiese que se enfrentaba a una posible invasión, podría prepararse para rechazarla. No sería capaz de defenderse si no era consciente de la amenaza.

Por otra parte, si Akkarin daba la voz de alarma, tendría que reconocer que había aprendido magia negra. ¿Era el motivo de su silencio así de sencillo y egoísta? Tal vez existía alguna otra razón.

Sonea aún no sabía cómo él había aprendido a usar la magia negra. Tavaka había creído que solo los ichanis poseían ese conocimiento. A él solo se lo habían enseñado para que pudiese matar a Akkarin.

Y Akkarin había sido un esclavo.

Era imposible imaginar al altivo, distante y poderoso Gran Lord viviendo nada menos que como un esclavo.

Y sin embargo, lo había sido, de eso no le cabía la menor duda. De alguna manera había logrado escapar y regresar a Kyralia. Había llegado a ser Gran Lord. Y en ese momento, en secreto y sin ayuda de nadie, mantenía a raya a los ichanis matando a sus espías uno a uno.

No era la persona que ella se había imaginado.

Incluso era posible que fuese una buena persona.

Sonea frunció el entrecejo. «No nos pasemos. Él aprendió magia negra de algún modo, y yo sigo siendo su rehén».

Por otro lado, ¿cómo derrotaría a todos esos espías sin valerse de la magia negra? Y si había un buen motivo para mantener aquello en secreto, Akkarin no tendría más remedio que asegurarse de que ella, Rothen y Lorlen no se fuesen de la lengua.

—Sonea.

La chica se sobresaltó y se volvió hacia la voz. Akkarin estaba de pie, a la sombra de un árbol de tronco grueso, con los brazos cruzados. Sonea se levantó enseguida y se inclinó ante él.

—Gran Lord.

Él la contempló durante unos instantes, luego descruzó los brazos y echó a andar hacia ella. Subió al banco de piedra, y su mirada se desvió hacia la roca sobre la que ella había estado recostada. A continuación se puso en cuclillas y examinó la superficie con atención. Sonea oyó el roce de piedra contra piedra y parpadeó sorprendida cuando una parte se deslizó hacia fuera, dejando al descubierto un agujero de forma irregular.

—Ah, sigue aquí —dijo Akkarin en voz baja.

Tras dejar en el suelo la losa de piedra que había retirado, introdujo la mano en el agujero y sacó una pequeña y deteriorada caja de madera. A la tapa de celosía le habían practicado varios agujeritos. Esta se abrió como activada por un resorte. Akkarinladeó la caja para que Sonea pudiese ver con claridad qué contenía.

Dentro había unas piezas de juego, cada una con una clavija pequeña que encajaba en los agujeritos de la tapa.

—Lorlen y yo veníamos cuando nos saltábamos las clases de lord Margen —sacó una de las piezas y la estudió.

Sonea pestañeó, extrañada.

—¿Lord Margen? ¿El mentor de Rothen?

—Sí. Era un profesor estricto. Lo llamábamos «el monstruo». Rothen se hizo cargo de su asignatura el año siguiente a mi graduación.

Imaginar a Akkarin como a un joven aprendiz resultaba tan difícil como imaginarlo como a un esclavo. Sonea sabía que él solo llevaba unos pocos años a Dannyl, pero este le parecía mucho más joven. No era que Akkarin aparentase más edad, pensó ella, sino simplemente que su porte y su responsabilidad daban una impresión de mayor madurez.

Akkarin guardó las piezas, cerró la caja y la devolvió a su escondrijo. Se sentó, apoyando la espalda en la roca. Sonea sintió una extraña desazón. El Gran Lord circunspecto y amenazador que había arrebatado su tutela a Rothen para asegurarse de que sus delitos no salieran a la luz brillaba por su ausencia. Ella no sabía muy bien cómo reaccionar ante esa actitud desenfadada. Se sentó a unos pasos de distancia y lo observó mientras él paseaba la vista por el manantial; parecía comprobar que todo estaba tal y como lo recordaba.

—No era mucho mayor que tú cuando me marché del Gremio —dijo—.

Tenía veinte años, y había elegido la disciplina de habilidades de guerrero por mi afán de superar desafíos y mi sed de emociones. Pero en el Gremio no podía correr aventuras. Tenía que escapar de aquí durante un tiempo, así que decidí escribir un libro sobre magia ancestral como excusa para viajar y ver mundo.

Ella fijó en él la vista, sorprendida. Akkarin tenía la mirada distante, como si estuviese contemplando un viejo recuerdo y no los árboles que rodeaban el manantial. Al parecer se disponía a relatar su historia a Sonea.

—En el transcurso de mi investigación encontré unas alusiones extrañas a una magia ancestral que me intrigaron. Esas referencias me llevaron a Sachaka —sacudió la cabeza—. Si no me hubiese desviado del camino principal, tal vez habría estado a salvo. De cuando en cuando algún mercader kyaliano viaja a Sachaka en busca de artículos exóticos. Cada ciertos años, el rey manda diplomáticos allí, en compañía de magos. Pero Sachaka es un país grande, y la gente guarda celosamente sus secretos. El Gremio sabe que hay magos allí, pero conoce muy pocos detalles sobre ellos.

»Sin embargo, yo entré desde Elyne. Directamente a los páramos. Pasé allí un mes antes de toparme con uno de los ichanis. Al ver tiendas de campaña y animales, decidí presentarme ante aquel importante y rico viajero. Me recibió con cordialidad y dijo llamarse Dakova. Intuí que era un mago, lo que despertó mi curiosidad. Señaló mi túnica y me preguntó si pertenecía al Gremio. Le respondí que sí —Akkarin hizo una pausa—. Pensé que, siendo uno de los magos más poderosos del Gremio, podría defenderme de lo que hiciera falta. Los sachakanos con que me había cruzado eran campesinos pobres que se asustaban al ver a un extranjero. Debería haberlo tomado como una advertencia. Cuando Dakova me atacó, me pilló por sorpresa. Le pregunté si lo había ofendido, pero no me respondió. Sus acometidas eran muy enérgicas, y cuando comprendí que perdería, ya estaba al límite de mis fuerzas. Le dije que magos más poderosos irían a buscarme si no regresaba al Gremio. Eso debió de preocuparlo, porque se detuvo. Yo estaba tan extenuado que apenas me tenía en pie. Creí que por eso él conseguía leerme la mente de un modo tan eficaz. Durante unos días, pensé que había traicionado al Gremio. Pero más tarde, al hablar con los esclavos de Dakova, me enteré de que los ichanis eran capaces de atravesar las barreras mentales

en cualquier circunstancia.

Hizo una pausa, y Sonea contuvo el aliento. ¿Iba a relatarle Akkarin su vida como esclavo? Sintió una mezcla de miedo y expectación.

Akkarin posó la vista en la charca que había más abajo.

—Dakova averiguó al leerme el pensamiento que el Gremio había prohibido la magia negra y era mucho más débil de lo que creían los sachakanos. Le divirtió tanto lo que veía en mi mente que decidió que otros ichanis tenían que verlo también. Yo estaba agotado y no pude resistirme. Unos esclavos se llevaron mi túnica y me obligaron a vestirme con harapos. Al principio no comprendí que aquellas personas eran esclavos ni que yo había pasado a ser uno de ellos. Luego, cuando caí en la cuenta, me negué a aceptarlo. Escapé, incluso, pero Dakova me encontró enseguida. Parecía disfrutar con la caza, y con el castigo que me propinaba después.

Akkarin entornó los ojos. Volvió la cara ligeramente hacia Sonea, pero ella bajó la vista, temerosa de que sus miradas se cruzasen.

—Mi situación me horrorizaba —prosiguió en voz baja—. Dakova me llamaba su «mago mascota del Gremio». Yo era un trofeo con el que entretenía a sus invitados. Pero retenerme allí era un riesgo. A diferencia de sus otros esclavos, yo era un mago entrenado. Así que todas las noches me leía la mente, y para evitar que me volviese peligroso, me despojaba de las fuerzas que había recuperado durante el día.

Akkarin se enrolló una manga. Cientos de líneas muy finas y brillantes le surcaban el brazo. Cicatrices. Sonea sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Ella había tenido delante aquella prueba del pasado de Akkarin muchas veces, oculta tras una simple capa de tela.

—Sus otros esclavos eran ichanis a quienes se había enfrentado y derrotado, o bien hombres y mujeres jóvenes con un potencial mágico latente que él había encontrado entre los campesinos y mineros sachakanos de la región. A diario absorbía fuerza mágica de ellos. Era un hombre poderoso, pero curiosamente aislado. Al final comprendí que tanto Dakova como los otros ichanis que vivían en los páramos eran desterrados. Por alguna razón (su participación en conjuras fallidas, su incapacidad para pagar sobornos o impuestos o para cometer delitos), habían perdido el favor del rey de Sachaka. Este los había confinado en los páramos y había prohibido toda

clase de contacto con ellos.

»Sería lógico suponer que esa situación los impulsaría a unirse, pero su rencor y ambición eran demasiado grandes. Constantemente urdían intrigas unos contra otros, con la intención de acrecentar su fortuna y su poder, de vengarse por afrentas pasadas o simplemente de robar reservas de víveres. Un ichani desterrado solo podía alimentar a un número limitado de esclavos. En los páramos se cultivan muy pocos alimentos, y aterrorizar y matar campesinos no es que ayude a aumentar la productividad.

Se interrumpió para inspirar profundamente.

—La mujer que me lo explicó todo al principio era una maga muy poderosa en potencia. Habría podido llegar a ser una magnífica sanadora si hubiera nacido kyraliana. En cambio, Dakova la utilizaba como esclava sexual —Akkarin hizo una mueca—. Un día Dakova atacó a otro ichani y al cabo de un rato se dio cuenta de que estaba perdiendo el combate. Desesperado, absorbió las fuerzas de casi todos sus esclavos, y estos murieron. Dejó a los más fuertes de entre nosotros para el final y logró vencer a su adversario antes de matar a los que quedaban. Solo Takan y yo sobrevivimos.

Sonea se quedó perpleja. ¿Takan? ¿El sirviente de Akkarin?

—Dakova permaneció varias semanas en estado vulnerable mientras recobraba las energías perdidas —continuó el Gran Lord—. Sin embargo, que alguien se aprovechara de la situación le preocupaba menos de lo que cabría esperar. Todos los ichanis sabían que él tenía un hermano, Kariko. Ambos habían dejado muy claro que si uno de los dos era asesinado, el otro vengaría su muerte. Ninguno de los ichanis de los páramos podía derrotar a uno de los hermanos y reponerse a tiempo para sobrevivir a un ataque del otro. Poco después de la pelea que Dakova estuvo a punto de perder, Kariko llegó y le proporcionó varios esclavos para ayudarlo a recuperar las fuerzas.

»La mayoría de los esclavos con los que hablé soñaban con que Dakova o uno de sus enemigos liberasen sus poderes y les enseñasen a usar la magia negra para que pudiesen conquistar su libertad. Me miraban con envidia; me bastaría con aprender magia negra para escapar. No sabían que el Gremio prohibía esa práctica.

»Pero cuando fui testigo de lo que Dakova era capaz de hacer, dejé de

preocuparme tanto por lo que el Gremio permitía o no. Él no necesitaba magia negra para hacer el mal. Lo vi cometer atrocidades que nunca olvidaré, con las manos desnudas.

Akkarin tenía una expresión atormentada. Cerró los ojos, y cuando los abrió de nuevo, su mirada volvía a ser dura y fría.

—Pasé cinco años prisionero en Sachaka. Un día, no mucho después de recibir el obsequio de esclavos nuevos de su hermano, Dakova se enteró de que un ichani al que despreciaba estaba escondido en una mina, casi desfallecido tras un combate. Decidió encontrar a ese hombre para matarlo.

»Cuando llegó a la mina, esta parecía desierta. Dakova, junto conmigo y con otros esclavos, entró en las galerías en busca de su enemigo. Unos cientos de pasos más adelante, el suelo se desmoronó bajo mis pies. Noté que una fuerza mágica me atrapaba en el aire y me depositaba en una superficie dura —Akkarin sonrió con tristeza—. Me había salvado otro ichani. Creí que me mataría o me convertiría en su esclavo. En cambio, me llevó por las galerías hasta una cámara pequeña y recóndita. Allí me hizo una proposición. Me enseñaría magia negra si yo regresaba junto a Dakova y lo mataba.

»Para mí era evidente que si aceptaba el trato seguramente acabaría muerto. O moriría en el intento, o conseguiría mi objetivo y Kariko me daría caza. Pero en ese entonces mi vida y la prohibición del Gremio sobre la magia negra me importaban poco, así que accedí.

»Dakova llevaba muchas semanas recobrando las energías. Aunque yo conociera el secreto de la magia negra, no tenía tiempo para fortalecerme. El hombre, consciente de ello, me dijo lo que debía hacer.

»Hice lo que el ichani me indicó. Cuando volví con Dakova, le conté que había perdido el conocimiento a causa de la caída, pero que cuando salía de allí había encontrado un almacén repleto de alimentos y tesoros. Aunque a Dakova le disgustó que su enemigo hubiese escapado, mi hallazgo lo complació. Me ordenó que, junto con otros esclavos, transportase el botín desde las minas hasta su tienda. Respiré aliviado. Si Dakova percibía el menor pensamiento superficial sobre traición, me leería la mente y descubriría la trama. Le envié a un esclavo con una caja de vino de Elyne. La capa de polvo que recubría las botellas convenció a Dakova de que nadie las había manipulado, así que se puso a beber. El vino llevaba myk, una droga

que nubla la mente y altera los sentidos. Cuando salí de la mina, me lo encontré tumbado, y parecía estar soñando despierto.

Akkarin se quedó callado. Dirigió la vista hacia algún punto lejano situado entre los árboles. Como el silencio se prolongaba, Sonea empezó a temer que él no siguiese adelante con el relato. «Cuéntamelo —pensó—. ¡No me dejes en ascuas!».

Akkarin inspiró hondo y suspiró. Bajó la mirada al suelo rocoso, con expresión sombría.

—Entonces hice algo terrible. Maté a todos los esclavos nuevos de Dakova. Necesitaba su fuerza. No fui capaz de acabar con Takan. No porque fuésemos amigos, sino porque él estaba allí desde el principio y nos habíamos acostumbrado a ayudarnos mutuamente.

»Dakova estaba demasiado aturdido por la droga y el vino para darse cuenta de lo que ocurría. Despertó cuando le hice el corte, pero una vez que alguien empieza a absorberte la energía, resulta casi imposible utilizar tus poderes —Akkarin hablaba en un tono bajo y sosegado—. Aunque me había vuelto más fuerte de lo que había imaginado jamás, sabía que Kariko no andaba lejos. Pronto intentaría contactar con Dakova, y al no obtener respuesta, vendría en busca de una explicación. Yo estaba tan obsesionado con huir de Sachaka que ni siquiera se me ocurrió llevarme comida. No tenía esperanzas de sobrevivir. Al cabo de un día, me percaté de que Takan me seguía. Había llenado un saco con víveres. Le advertí que si no se alejaba de mí, Kariko lo mataría también, pero él insistió en seguir a mi lado, y en tratarme como a un amo ichani. Caminamos durante semanas, aunque en las montañas a veces daba la sensación de que habíamos pasado más tiempo escalando que caminando. Al fin llegamos a la falda de las montañas del Cinturón de Acero, y comprendí que había conseguido burlar a Kariko y llegar a mi país.

Por primera vez, Akkarin alzó la vista para mirarla a los ojos.

—No pensaba en otra cosa que en volver a la seguridad del Gremio. Quería olvidarme de todo, y juré que nunca volvería a emplear la magia negra. Takan se negaba a dejarme, pero al convertirlo en mi sirviente sentí que había hecho lo más parecido posible a liberarlo —dirigió la mirada hacia los edificios del Gremio ocultos tras los árboles—. Me dispensaron una

calurosa bienvenida. Cuando me preguntaron dónde había estado durante todo ese tiempo, les relaté mis experiencias en los países aliados y luego me inventé la historia de que me había retirado a las montañas a estudiar en soledad.

»Poco después de mi regreso, el Gran Lord murió. La costumbre dictaba que el mago más poderoso lo sucediese en el puesto. Yo nunca me planteé que pudiera ser un candidato. Después de todo, solo tenía veinticinco años. Pero sin querer había dejado que lord Balkan percibiese mi fuerza. Me sorprendí cuando propuso que me incluyesen entre los aspirantes, y me asombró la aceptación que tuvo la idea. Es interesante lo que la gente pasa por alto cuando está desesperada por evitar elegir a un hombre que le repugna.

Intrigada, Sonea abrió la boca para preguntarle a quién se refería, pero Akkarin continuó.

—Balkan alegó que mis viajes me habían hecho madurar y que tenía experiencia en el trato con otras culturas —Akkarin soltó un resoplido—. Si hubiera sabido la verdad, no habría insistido tanto. Aunque la idea parecía absurda, empecé a verle posibilidades. Necesitaba distraerme de los recuerdos de los últimos cinco años. Además, había empezado a preocuparme por los ichanis. Dakova y su hermano hablaban a menudo de lo sencillo que resultaría invadir Kyralia. Aunque Kariko se había quedado solo y probablemente no conseguiría que los otros ichani se uniesen a él, no era imposible que se produjese una invasión. ¿Y si Kariko recuperaba el favor del rey y lo convencía de que ordenase un ataque contra Kyralia? Llegué a la conclusión de que debía mantener vigilados a los sachakanos, lo que me sería más fácil si contaba con los recursos de un Gran Lord. No me costó persuadir al Gremio para que me eligiese, después de dejar que pusieran a prueba mi poder.

»Unos años después, oí que en la ciudad se habían cometido unos asesinatos que me olieron a magia negra. Investigué un poco y descubrí al primer espía. Por él me enteré de que Kariko había estado soliviantando a los otros ichanis con ideas de saquear Imardin, vengar la derrota sufrida en la guerra Sachakana y obligar al rey de Sachaka a aceptarlos de nuevo. Primero tuvo que convencerlos de que el Gremio no utiliza la magia negra. Desde

entonces, yo he estado convenciéndolos de lo contrario —sonrió y se volvió hacia ella—. Se te da bien escuchar, Sonea. No me has interrumpido ni una vez. Supongo que tendrás preguntas que hacerme.

Ella asintió despacio. ¿Por dónde empezar? Repasó las dudas que se agolpaban en su mente.

—¿Por qué no hablasteis al Gremio sobre los ichanis?

Akkarin arqueó las cejas.

—¿Piensas que me habrían creído?

—Tal vez Lorlen sí.

Él apartó la mirada.

—No estoy tan seguro de eso.

Sonea pensó en lo mucho que se había indignado Lorlen al leer su recuerdo de Akkarin practicando magia negra. Cuando Akkarin le había leído a su vez la mente, debía de haber visto esa indignación. La joven sintió una punzada de compasión. Al Gran Lord debió de dolerle que su amistad se fuera al traste por un secreto que no se atrevía a desvelar.

—Supongo que Lorlen os creería —dijo ella—. Y si no, podríais someteros a una lectura de la verdad —se arrepintió casi de inmediato de haber pronunciado esas palabras. Después de que Dakova le leyese la mente tantas veces, seguramente Akkarin no quería que nadie volviese a hurgar en sus recuerdos.

Él negó con la cabeza.

—No puedo correr ese riesgo. Cualquiera que me leyese la mente descubriría con facilidad el secreto de la magia negra. Por eso te interrumpí cuando estabas leyendo la mente a Tavaka anoche.

—Entonces... el Gremio podría enviar a varios magos a Sachaka para que corroborasen vuestro testimonio.

—Si llegaran allí en multitud y se pusiesen a hacer preguntas peligrosas, los considerarían una amenaza. Eso podría desatar el conflicto que tememos. Y no olvides que yo sabía que no existía un riesgo inminente de invasión por parte de Sachaka cuando llegué aquí. Me sentía muy aliviado de estar en casa, y decidí no revelar que había quebrantado el voto de los magos si no era imprescindible.

—Pero ahora sí que existe ese riesgo.

Akkarin parpadeó.

—No hasta que Kariko convenza a los otros ichanis de que lo apoyen.

—Pero cuanto antes lo sepa el Gremio, más preparado estará.

La expresión de Akkarin se endureció.

—Soy el único que puede hacer frente a esos espías. ¿Crees que el Gremio me dejaría seguir siendo Gran Lord si todos supieran que aprendí magia negra? Si lo revelase ahora, perderían la confianza que tienen en mí. El miedo les impediría distinguir la amenaza auténtica. Mientras no encuentre una manera en que ellos puedan combatir a los ichanis sin recurrir a la magia negra, más vale que no sepan nada.

Sonea movió la cabeza afirmativamente, aunque le costaba creer que el Gremio pudiera castigar a Akkarin después de escuchar todo lo que él acababa de contarle.

—¿De verdad existe otra manera?

—Aún no he descubierto ninguna.

—Entonces ¿qué vais a hacer?

—Continuaré cazando espías. Los aliados que tengo entre los ladrones están demostrando ser más eficientes que las personas que había contratado para que los localizaran.

—Los ladrones —Sonea sonrió—. Lo sospechaba. ¿Cuánto hace que colaboráis con ellos?

—Unos dos años.

—¿Cuánto saben?

—Solo que rastrean a magos descarriados que tienen la fea costumbre de matar gente y que, casualmente, vienen todos de Sachaka. Los localizan, me avisan y se deshacen de los cadáveres.

A Sonea le pasó por la mente un recuerdo fugaz de Tavaka implorando por su vida, prometiendo que se portaría bien, aunque tenía la intención de matar al mayor número posible de kyralianos para poder regresar a Sachaka y unirse a los ichanis. De no ser por Akkarin, eso sería justo lo que Tavaka estaría haciendo en ese momento.

Arrugó el entrecejo. Muchas cosas dependían de Akkarin. ¿Qué ocurriría si él moría? ¿Quién pararía los pies a los espías? Aparte de él, solo Takan y ella sabían la verdad sobre lo que sucedía, pero ninguno de los dos conocía

los secretos de la magia negra. No podían hacer nada para detener a los ichanis.

Se quedó helada cuando comprendió qué significaba eso.

—¿Por qué me habéis contado todo esto?

El Gran Lord esbozó una sonrisa triste.

—Alguien más tiene que saberlo.

—Pero ¿por qué yo?

—Porque ya sabías demasiado.

Ella tardó unos instantes en reaccionar.

—Entonces... ¿podemos contárselo a Rothen? Sé que guardará el secreto si comprende la magnitud de la amenaza.

—No —repuso el Gran Lord con el ceño fruncido—. No, a menos que tengamos que revelar todo al Gremio.

—Pero Rothen todavía cree que yo... ¿Y si intenta hacer algo respecto a mí?

—Oh, vigilo a Rothen muy de cerca.

A lo lejos se oyó el tañido de un gong. Akkarin se puso en pie ayudándose con los brazos. El dobladillo de su túnica negra le rozó la mano. Sonea alzó la vista hacia él y la invadió una extraña mezcla de miedo y respeto. Akkarin había matado a mucha gente. Había aprendido y utilizado la magia más oscura. Pero lo había hecho para librarse de la esclavitud, y para proteger al Gremio. Además, solo ella y Takan lo sabían.

Akkarin cruzó los brazos y sonrió.

—Y ahora, vuelve al aula, Sonea. Mi predilecta no falta a clase.

Sonea bajó la mirada y asintió con la cabeza.

—Sí, Gran Lord.

8. La posibilidad de un delito

Las voces de los aprendices resonaban en el corredor de la universidad. Los dos que caminaban detrás de Rothen, cargados con cajas llenas de instrumental químico y sustancias que se habían utilizado en la clase que él acababa de impartir, mantenían un diálogo fascinante en voz baja. El dialibre anterior, durante las carreras de caballos, habían notado que una chica los observaba, y no se ponían de acuerdo respecto a cuál de los dos era el objeto de su interés.

A Rothen le costaba aguantarse la risa, pero se le ensombreció el ánimo cuando una figura menuda apareció en lo alto de la escalera. Sonea tenía una expresión tensa de fastidio. Sostenía en brazos una gran pila de libros pesados. Torció por el pasillo lateral que llevaba a la biblioteca de los aprendices.

Los muchachos que iban detrás de Rothen dejaron de hablar y emitieron murmullos de compasión.

—Supongo que ella se lo ha buscado —comentó uno de los aprendices—. Pero hay que reconocer que tiene agallas. Yo no me atrevería a saltarme clases si tuviera su tutor.

Rothen se volvió hacia atrás.

—¿Quién se ha saltado clases?

El chico se sonrojó al darse cuenta de que el profesor lo había oído.

—El Gran Lord le ha impuesto como castigo una semana de trabajo en la biblioteca —añadió el otro muchacho.

Rothen no pudo evitar una sonrisa.

—Eso le gustaría.

—No, no: en la biblioteca de los magos. Lord Jullen se asegura de que los castigos sean castigos de verdad.

De modo que era cierto que Sonea se había saltado una clase, como había dicho Tania. Rothen se preguntó por qué y dónde había estado. Ella no tenía amigos con los que hacer novillos, ni otras aficiones o intereses que la distrajeran de sus estudios. Por otra parte, sabía que Sonea y Lorlen despertarían sospechas si se perdían de vista durante un rato. Así pues, si ella había corrido el riesgo de alarmarlos, debía de tener un motivo mejor para faltar a clase que un caprichoso arranque de rebeldía.

Cuantas más vueltas le daba, más se preocupaba. Aguzó el oído cuando los muchachos retomaron la conversación para ver si conseguía enterarse de algo más.

—Te dará calabazas, como a Seno.

—Tal vez dio calabazas a Seno porque no le gusta.

—Tal vez. Pero bueno, tanto da. El castigo es para toda una semana. Eso seguramente incluye el dialibre. No podrá venir con nosotros.

Rothen resistió el impulso de volverse hacia ellos y clavarles una mirada de sorpresa. Seguían hablando sobre Sonea, lo que significaba que ellos, y un chico llamado Seno, habían pensado invitarla a las carreras. Rothen había albergado la esperanza de que los otros aprendices acabaran por aceptarla. Ahora daba la impresión de que algunos buscaban algo más que amistad.

Rothen suspiró. Sonea había rechazado al tal Seno, y él sabía que probablemente rechazaría la oferta de cualquiera de los demás. Era una ironía cruel: cuando los aprendices por fin habían empezado a simpatizar con ella, Sonea no se atrevía a hacer amigos por temor a complicar la situación con Akkarin.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la mansión, Dannyl y Tayend se miraron, indecisos.

—¿Nervioso? —preguntó Tayend.

—No —aseguró Dannyl.

Tayend soltó un bufido.

—Mentiroso.

La portezuela se abrió, y el cochero se inclinó ante ellos cuando se aparearon. Como en muchas mansiones de Elyne, la fachada de la casa de Dem Marane estaba abierta al exterior. Los arcos del pórtico daban acceso a una sala revestida de azulejos y decorada con esculturas y plantas.

Dannyl y Tayend cruzaron la entrada abovedada y atravesaron la sala. Un portón de madera impedía el paso al recinto cerrado de la casa. Tayend tiró de una cuerda que pendía junto a la puerta. Arriba, en alguna parte, sonó un tintineo lejano.

Oyeron pisadas amortiguadas dentro de la casa, y poco después la puerta se abrió y Dem Marane los recibió con una reverencia.

—Embajador Dannyl. Tayend de Tremmelin. Sean muy bienvenidos a mi hogar.

—Nos sentimos muy honrados por su invitación, Dem Marane —respondió Dannyl.

El Dem los guio por un salón lujosamente amueblado. Cruzaron dos más, hasta llegar a otra habitación abierta. A través de unos arcos se divisaban el mar y el cuidado jardín que descendía en terrazas hacia la playa. En la pared del fondo había seis hombres en bancos cubiertos de cojines. Una mujer estaba sentada recatadamente en un sofá pequeño, en el centro de la estancia.

Los desconocidos miraron a Dannyl con fijeza. Se les veía tensos y temerosos. Él sabía que la combinación de su estatura y su túnica lo convertían en una figura imponente a sus ojos.

—Les presento al segundo embajador del Gremio en Elyne —anunció Royend—. Y algunos ya conocen a su acompañante, Tayend de Tremmelin.

Uno de los hombres se levantó e hizo una reverencia, y los demás lo imitaron, vacilantes. Dannyl respondió con una cortés inclinación de la cabeza. ¿Eran aquellos todos los miembros del grupo? Lo dudaba. Algunos no se mostrarían hasta estar seguros de que él era de fiar.

El Dem los presentó uno por uno. Dannyl supuso que Royend era el mayor. Todos eran aristócratas de alguna de las familias adineradas de Elyne. La mujer era Kaslie, la esposa del Dem. Cuando terminaron las presentaciones, ella los invitó a tomar asiento y fue a buscar un refrigerio para todos. Dannyl eligió un banco desocupado, y Tayend se sentó a su lado, pegado a él. Dannyl no pudo evitar sentir una punzada de ansiedad al ver que

los demás se fijaban en ese gesto.

Siguió una conversación intrascendente en la que formularon a Dannyl las preguntas de rigor: qué le parecía Elyne, si había conocido a personas famosas o importantes... Algunos demostraron que habían hecho averiguaciones sobre él al interesarse por su viaje a Lonmar y a Vin.

Kaslie regresó en compañía de varios sirvientes que llevaban vino y bandejas con comida. En cuanto hubieron servido bebida a todos, Royend despidió a los criados y recorrió la habitación con la mirada.

—Ha llegado el momento de abordar la cuestión que nos ha congregado aquí. Nos hemos reunido por una pérdida común. La pérdida de una oportunidad —El Dem miró a Tayend—. A algunos se nos presentó esa oportunidad, y las circunstancias nos obligaron a dejarla pasar. Otros nunca han tenido esa oportunidad, o les ha sido arrebatada. Y hay quienes esperan una oportunidad que no los encadene a una institución cuyos principios no comparten, con sede en un país que no es el suyo —Royend hizo una pausa y miró a los presentes—. Todos sabemos de qué oportunidad hablo. De la oportunidad de aprender magia —posó los ojos en Dannyl—. Durante los últimos dos siglos, la única manera legal en que un hombre o una mujer podía aprender magia era ingresar en el Gremio. Para aprender magia lejos de la influencia del Gremio, tenemos que infringir la ley. El embajador Dannyl ha cumplido esa ley, pero él también lamenta haber perdido una oportunidad. Su compañero, Tayend de Tremmelin, posee talento para la magia. El embajador Dannyl desea enseñarle a protegerse o sanarse a sí mismo. Es un deseo razonable; más aún, honorable —El Dem contempló a los presentes, que asentían con la cabeza—. Pero si algún día esto llega a conocimiento del Gremio, Tayend necesitará que alguien le proporcione un refugio y protección. Nosotros tenemos los contactos y los medios necesarios. Podemos ayudarlo —se volvió para mirar de nuevo a Dannyl—. Y bien, embajador, ¿qué nos ofrece usted a cambio de que protejamos a su amigo?

La sala quedó en silencio. Dannyl sonrió y contempló todas aquellas caras.

—Les ofrezco la oportunidad perdida. Puedo enseñarles un poco de magia.

—¿Un poco?

—Sí. Hay cosas que no quiero enseñarles, y cosas que no puedo enseñarles.

—¿Por ejemplo?

—Nunca enseñaría las técnicas de combate ofensivas a alguien en quien no confiara. En malas manos pueden ser peligrosas. Por otra parte, soy alquimista, de modo que mis conocimientos de sanación son muy rudimentarios.

—Eso tiene sentido.

—Y, antes de enseñarles nada, debo estar seguro de que son capaces de proteger a Tayend.

Dem Marane sonrió.

—Y nosotros, claro está, no queremos revelar ningún secreto hasta que estemos seguros de que usted cumplirá con su parte del trato. Por el momento solo puedo dar mi palabra de honor de que somos capaces de proteger a su amigo. Todavía no le mostraré cómo. Primero debe probarnos que es usted de fiar.

—¿Y cómo sé que ustedes son de fiar? —preguntó Dannyl, abarcando toda la congregación con un gesto.

—No puede saberlo —respondió simplemente Royend—, pero creo que esta noche nos lleva ventaja. Un mago que se plantea instruir a un amigo no corre un riesgo tan grande como un grupo de personas que no son magos y que se han agrupado con el propósito de aprender magia. Nosotros estamos comprometidos con nuestra meta; usted solo ha coqueteado con una idea. Es poco probable que el Gremio le ejecute por ello, mientras que nosotros sí podemos correr esa suerte solo por reunirnos.

Dannyl asintió despacio.

—Si han conseguido pasar inadvertidos para el Gremio durante tanto tiempo, tal vez sea cierto que pueden evitar que capturen a Tayend. Además, no me habrían invitado aquí si no tuviesen un plan de huida por si yo resultase ser un espía del Gremio.

—Exacto —dijo el Dem con ojos centelleantes.

—Entonces ¿qué debo hacer yo para ganarme su confianza? —inquirió Dannyl.

—Ayudarnos.

Era Kaslie quien había hablado. Dannyl la miró, sorprendido. La voz de la mujer denotaba urgencia y preocupación. Clavó la vista en Dannyl, con angustia y esperanza en los ojos.

Una sospecha asaltó a Dannyl. Se acordó de la carta de Akkarin. «No habían tenido éxito hasta hace poco. Ahora que al menos uno de ellos ha conseguido desarrollar sus poderes, el Gremio tiene el derecho y la obligación de tomar cartas en el asunto».

Había desarrollado sus poderes, pero no había aprendido a controlarlos. Rápidamente, Dannyl calculó mentalmente las semanas que hacía que había recibido la carta y sumó dos más, correspondientes al tiempo que había tardado en llegarle. Alzó la mirada hacia Royend de Marane.

—¿Ayudarles a qué?

El hombre adoptó una expresión grave.

—Se lo mostraré.

Dannyl se levantó, y Tayend lo imitó. Royend negó con la cabeza.

—Quédese aquí, joven Tremmelin. Por su propia seguridad, será mejor que solo vaya el embajador.

Dannyl reflexionó unos instantes y luego hizo un gesto afirmativo a Tayend. El académico se dejó caer en el asiento, visiblemente disgustado.

El Dem indicó a Dannyl que lo siguiera. Salieron de la habitación y enfilaron un pasillo, al fondo del cual había una escalera. Bajaron por ella hasta otro pasillo que los condujo a una puerta de madera maciza. Un ligero olor a humo impregnaba el aire.

—Le está esperando, pero no tengo idea de qué hará cuando le vea — advirtió Dem Marane.

Dannyl asintió. El Dem llamó a la puerta. Tras un largo silencio, levantó la mano para llamar de nuevo, pero se detuvo cuando la manija giró y la puerta se abrió hacia dentro.

Un joven asomó la cabeza. Al ver a Dannyl, abrió mucho los ojos.

Dentro de la habitación se oyó un estrépito. El joven miró al interior y soltó una maldición. Cuando se volvió de nuevo hacia Dannyl, la ansiedad se reflejaba en su rostro.

—Este es el embajador Dannyl —dijo Royend al joven, y luego se dirigió a Dannyl—: Él es el hermano de mi esposa, Farand de Darellas.

—Es un honor conocerte —dijo Dannyl a Farand, quien masculló una respuesta.

—¿Nos dejas pasar? —preguntó el Dem pacientemente.

—Ah, sí —contestó el joven—. Adelante —abrió la puerta del todo e hizo una torpe reverencia.

Dannyl entró en una amplia habitación con paredes de piedra. Quizá había sido una bodega en otro tiempo, pero ahora solo contenía una cama y unos pocos muebles que parecían deteriorados y chamuscados. En un lado de la habitación había una pila de leña que, a juzgar por su aspecto, debía de ser los restos de otros muebles. En el suelo se veían los pedazos de una vasija grande rodeados de un charco de agua cada vez más extenso. Dannyl supuso que eso era lo que había oído romperse.

Un mago sin control tendía a liberar magia como reacción a las emociones fuertes. El peor enemigo de Farand era el miedo: miedo a la magia que palpitaba en su interior y miedo al Gremio. Antes de nada, Dannyl tenía que tranquilizarlo.

No hizo el esfuerzo de reprimir una ligera sonrisa. Una situación como esa se presentaba en raras ocasiones, y sin embargo era la segunda vez que se encontraba con algo así en un puñado de años. Rothen se las había ingeniado para enseñar a Sonea a controlarse, a pesar de la desconfianza que ella sentía hacia el Gremio. Sin duda, educar a Farand resultaría más sencillo. Además, sería útil que Farand supiese que otra persona había sobrevivido a la misma situación.

—Por lo que veo, tus poderes han aflorado, pero no tienes ningún control sobre ellos —señaló Dannyl—. Esto es muy poco corriente, pero encontramos a alguien como tú hace pocos años. Le enseñamos Control en solo unas semanas, y ahora es aprendiz. Dime: ¿intentabas hacer emerger esos poderes, o fue algo que ocurrió sin más?

El joven bajó la mirada.

—Creo que yo hice que ocurriera.

Dannyl se sentó en una de las sillas. Cuanto menos intimidador fuera su aspecto, mejor.

—¿Puedo preguntarte cómo?

Farand tragó saliva y apartó la mirada.

—Siempre he podido escuchar los diálogos mentales entre los magos. Las escuchaba a diario para ver si descubría cómo utilizar la magia. Hace unos meses escuché una conversación sobre la liberación del potencial mágico. Intenté poner en práctica lo que ellos dijeron varias veces, pero creí que no daba resultado. Entonces empecé a hacer cosas sin querer.

Dannyl movió la cabeza afirmativamente.

—Has liberado tu poder, pero no sabes controlarlo. El Gremio enseña ambas cosas a la vez. No hace falta que te diga lo peligroso que es poseer el don de la magia pero sin el menor control sobre ella. Tienes suerte de que Royend haya encontrado a un mago dispuesto a enseñarte.

—¿Usted me enseñará? —susurró Farand.

—Sí —respondió Dannyl con una sonrisa.

Farand se recostó sobre la cama, aliviado.

—Me asustaba mucho que tuvieran que enviarme al Gremio y que los descubriesen a todos por culpa mía —se enderezó y sacó pecho—. ¿Cuándo empezamos?

—No veo ninguna razón para no empezar ahora mismo —dijo Dannyl, encogiéndose de hombros.

Una chispa de temor brilló de nuevo en los ojos del hombre. Tragó saliva y asintió.

—Dígame qué debo hacer.

Dannyl se levantó y echó un vistazo en torno a sí. Señaló la silla.

—Siéntate.

Farand se quedó mirando la silla, parpadeando. Luego se acercó a ella con paso vacilante y se sentó. Dannyl cruzó los brazos y lo observó, pensativo. Era consciente del efecto que tendría ese cambio de postura: había pasado de estar sentado frente a un Farand de pie, a estar de pie frente a un Farand sentado. Ahora que había accedido a cooperar, Farand debía sentir que Dannyl estaba al mando y que sabía lo que hacía.

—Cierra los ojos —indicó Dannyl—. Concéntrate en la respiración.

El embajador explicó a Farand los ejercicios de respiración habituales en voz baja y regular. Cuando estimó que el hombre había alcanzado cierto grado de serenidad, se colocó detrás de la silla y le tocó las sienes con suavidad. Pero antes de que pudiese proyectar su mente, el hombre se apartó

bruscamente.

—¿Quiere leerme la mente! —exclamó.

—No —aseguró Dannyl—. No es posible leer una mente contra su voluntad. Pero debo dirigirte a esa parte de tu mente en la que accedes a tu poder. Y eso solo puedo hacerlo si me permites mostrarte el camino.

—¿Es la única manera? —preguntó Dem Marane.

Dannyl lo miró.

—Sí.

—¿Es posible que vea usted cosas —inquirió Farand—, cosas que debo guardar en secreto?

—Es posible —admitió Dannyl—. Para serte sincero, cuando estás muy preocupado por ocultar algo, ese es tu pensamiento más destacado. Por eso el Gremio prefiere que los aprendices sean lo más jóvenes posible. Cuanto más joven eres, menos secretos tienes.

Farand se tapó la cara con las manos.

—Nooo —gimió—. Nadie puede enseñarme. Me quedaré así para siempre.

De las mantas de la cama empezó a salir humo. El Dem soltó un grito ahogado y dio un paso al frente.

—Tal vez lord Dannyl esté dispuesto a jurar que no dirá una palabra sobre nada de lo que vea —aventuró.

Farand rio con amargura.

—¿Cómo voy a confiar en su palabra si está a punto de violar una ley?

—En efecto, ¿cómo? —dijo Dannyl con sequedad—. Te prometo que no divulgaré la información que descubra. Si esto no te parece suficiente, te sugiero que pongas en orden tus asuntos y te marches de aquí. Aléjate de todos y de todo aquello que no quieras destruir, pues cuando tus poderes se liberen por completo, no solo te consumirán a ti, sino también todo lo que te rodee.

El hombre palideció.

—¿O sea, que no tengo elección? —preguntó con un hilillo de voz—. Moriré si no sigo adelante con esto. La alternativa es la muerte o... —un destello de ira brilló en sus ojos, pero acto seguido Farand respiró hondo y enderezó la espalda—. Si no me queda otro remedio, tendré que confiar en

que no se lo contará a nadie.

Divertido ante aquel cambio repentino, Dannyl repasó con Farand los ejercicios de relajación. Cuando posó los dedos en las sienes del joven, este se quedó quieto. Dannyl cerró los ojos y proyectó la mente.

Eran los profesores quienes, por lo general, enseñaban Control a los aprendices, y Dannyl nunca había sido profesor. No tenía la habilidad de Rothen; sin embargo, después de varios intentos consiguió que Farand visualizara una habitación y lo invitara a entrar. Aparecieron atisbos tentadores de su secreto, pero Dannyl se concentró en enseñarle a esconderlos tras puertas cerradas. Localizaron la que comunicaba con el poder del joven, si bien le perdieron la pista cuando los secretos que Farand luchaba por ocultar se filtraron a través de las puertas tras las que los había guardado.

Ambos sabemos que lo averiguaré de todos modos. Revélamelo para que podamos continuar con la lección sobre Control, propuso Dannyl.

Farand pareció aliviado ante la posibilidad de desvelar su secreto a alguien. Mostró a Dannyl sus recuerdos de las conversaciones mentales que había escuchado durante la adolescencia. Aquello no era habitual, pero había algún precedente entre quienes tenían potencial mágico. Farand se presentó a una prueba de aptitud y se le dijo que podría solicitar su ingreso en el Gremio cuando fuera mayor. Mientras tanto, el rey de Elyne se enteró de su capacidad para escuchar a hurtadillas las conversaciones mentales de los magos, y llamó a Farand a la corte para que le comunicara todo lo que averiguase.

Sin embargo, un día Farand fue testigo involuntario del momento en que el rey conspiraba con uno de los poderosos Dems para asesinar a un rival político. El monarca lo descubrió y le obligó a hacer un voto de silencio. Después, cuando Farand envió la solicitud de ingreso en el Gremio, la rechazaron. No fue sino más tarde cuando se enteró de que el rey sabía que durante las clases de lectura de la mente saldría a la luz la conspiración, de modo que había impedido que Farand se convirtiese en mago.

Era una situación desafortunada que había hecho añicos los sueños de Farand. Dannyl sintió auténtica compasión por él. Después de haber descargado su conciencia, Farand ya no estaba tan distraído. Localizó con facilidad su fuente de poder. Tras intentar varias veces enseñarle a influir en

ella, Dannyl salió de la habitación mental del hombre y abrió los ojos.

—¿Eso es todo? —quiso saber Farand—. ¿Lo he conseguido?

—No —Dannyl rio entre dientes y dio la vuelta a la silla para sentarse de cara a él—. Hacen falta varias sesiones.

—¿Cuándo volveremos a intentarlo? —preguntó Farand con un deje de pánico en la voz.

Dannyl miró a Dem Marane.

—Querría volver mañana, si les parece oportuno.

—Nos lo parece —confirmó el Dem.

Dannyl dirigió un gesto de asentimiento a Farand.

—No bebas vino ni consumas otras sustancias que alteren la mente. Por lo general, los aprendices tardan una o dos semanas en aprender a controlarse. Si mantienes la calma y no intentas utilizar la magia, estarás a salvo.

Farand pareció aliviado, y un brillo de emoción asomó a los ojos de Royend. El Dem se acercó a la puerta y tiró de una cadena que colgaba de un agujero pequeño del techo.

—¿Volvemos con los demás, embajador? Les alegrará enterarse de nuestros progresos.

—Como desee.

Royend no acompañó a Dannyl de regreso a la sala en la que se habían reunido, sino a otra parte de la mansión. Entraron en una pequeña biblioteca, donde Tayend y otros miembros del grupo estaban sentados en cómodos sillones. Royend miró a Kaslie, asintiendo con la cabeza, y la mujer cerró los ojos y suspiró, llena de alivio.

Tayend estaba leyendo un libro voluminoso y muy gastado. Alzó la mirada hacia Dannyl, con los ojos relumbrantes de entusiasmo.

—Mira —dijo, señalando una de las estanterías—. Libros de magia. Aquí podríamos encontrar algo que nos ayude en nuestra investigación.

Dannyl no pudo evitar sonreír.

—Todo ha ido bien. Gracias por preguntar.

—¿Qué? —Tayend levantó de nuevo la vista del libro—. Ah, eso. Sé que sabes cuidar de ti mismo. ¿Qué te ha enseñado? —Antes de que Dannyl pudiese responder, Tayend se volvió hacia el Dem—. ¿Me lo presta? Se lo

devolveré otro día.

Royend sonrió.

—Puede llevárselo a casa hoy mismo, si lo desea. El embajador volverá mañana. Usted será bienvenido también.

—Gracias —Tayend se dirigió entonces a la esposa de Royend, que estaba sentada a su lado—. ¿Ha oído hablar del rey de Charkan?

Dannyl no entendió lo que la mujer murmuró como respuesta. Leyó la emoción en las caras del Dem y de todos los presentes. No se fiarían de él hasta que Farand demostrase tener un mayor control sobre su magia. Sin embargo, cuando esto ocurriese, el joven se tornaría peligroso. Sería capaz de liberar el potencial mágico de otros y de enseñarles a controlarlo. El grupo ya no necesitaría a Dannyl. Quizá decidirían que esfumarse sería más seguro que seguir tratando con un mago del Gremio.

Podría alargar las clases unas semanas, pero no más. En cuanto Farand aprendiera Control, Dannyl tendría que detenerlos a él y a los demás. Cuanto más tiempo pasara con ellos, más identidades podría descubrir. Le habría gustado consultar al Gran Lord, pero la facultad de Farand de escuchar las conversaciones mentales se lo impedía, y Dannyl no tenía tiempo para ponerse en contacto con Akkarin por carta.

Aceptó una copa de vino fresco. Cuando Dem Marane comenzó a asediarlo con preguntas sobre lo que estaba dispuesto a enseñarles, Dannyl apartó de su mente todo pensamiento relacionado con detener a aquella gente y se concentró en su papel de mago rebelde del Gremio.

Sonea, de pie frente a la ventana de su dormitorio, contemplaba las volutas grises de las nubes que surcaban lentamente el cielo nocturno. Las estrellas titilaban, dando la impresión de que se encendían y se apagaban, y una tenue neblina rodeaba la luna. Los jardines estaban desiertos y en silencio.

Ella apenas podía tenerse en pie. Pese a que había pasado la noche en blanco y a que había dedicado varias horas a acarrear libros de un lado a otro para lord Jullen después de clase, no podía conciliar el sueño. Aún tenía muchas preguntas en la mente, pero había descubierto que, si las repasaba con vistas a su siguiente encuentro con Akkarin, podía desterrarlas de su

cabeza. Una, sin embargo, se negaba a abandonarla.

«¿Por qué me lo contó?».

El Gran Lord le había dicho que era necesario que alguien más lo supiera. Era una respuesta razonable, pero una duda seguía concomiéndola. Akkarin podría haber escrito su historia y dejársela a Lorlen para que la leyese en caso de que alguien lo matara. De modo que ¿por qué se lo había dicho a ella, una simple aprendiz sin la menor autoridad para tomar decisiones o actuar en su lugar?

Tenía que haber otro motivo. El único que se le ocurría le provocaba escalofríos.

El Gran Lord deseaba que ella recogiese el testigo de su lucha si él moría. Quería que ella aprendiese magia negra.

Sonea se apartó de la ventana y se paseó por la habitación. Akkarin le había repetido varias veces que no le enseñaría magia negra. ¿Lo decía solo para tranquilizarla? ¿Acaso estaba esperando a que ella fuese mayor, a que se graduase, quizá, pues entonces sería evidente para cualquiera que ella había tomado esa determinación por sí misma?

Se mordió el labio suavemente. Era terrible pedir eso a alguien: que aprendiese un arte que la mayoría de los magos consideraba maligno. Que infringiese una ley del Gremio.

Además, infringir esa ley no era una falta menor que se expiase realizando tareas degradantes o que acarrease la pérdida de lujos o del favor de sus superiores. No, la pena por algo así sería sin duda peor, mucho peor. La expulsión, tal vez, con restricción de sus poderes, o incluso la prisión.

Solo si el delito se descubría.

Akkarin había conseguido ocultar su secreto durante años. Pero él era el Gran Lord, lo que le daba manga ancha para mantener una actitud misteriosa y reservada. Y eso significaba que no sería difícil para ella colaborar con él.

Pero ¿qué sucedería si él moría? Sonea arrugó el ceño. Lorlen y Rothen desvelarían el crimen de Akkarin y el hecho de que su tutela sobre ella solo había sido un medio de garantizar su silencio. Mientras ella no se sometiese a una lectura de la verdad, no habría razón para que nadie se enterase de que la joven había aprendido magia negra. Si adoptaba el papel de víctima desdichada, no despertaría sospechas.

Después de eso, nadie le prestaría atención ni se preocuparía por ella. Cuando ya no fuese la predilecta del Gran Lord, podría refugiarse en su propia insignificancia. Se escabulliría por los pasadizos secretos por las noches. Akkarin ya se había agenciado la ayuda de los ladrones. Ellos localizarían a los espías para que después Sonea... Dejó en el aire este pensamiento y se sentó en un extremo de la cama.

«No puedo creer que me esté planteando esto siquiera. Si la magia negra está prohibida es por algo. Es maligna».

¿O tal vez no? Años antes, Rothen le había explicado que la magia no era ni buena ni mala; lo importante era lo que se hiciera con ella.

La práctica de la magia negra implicaba arrebatarse energía a otros, pero no necesariamente matarlos. Ni siquiera los ichanis mataban a sus esclavos, a menos que no les quedara otro remedio. La primera vez que ella había visto a Akkarin utilizarla, él había estado absorbiendo energía de Takan, obviamente con su consentimiento.

Sonea pensó en las crónicas que Akkarin le había enseñado. En otro tiempo, el Gremio usaba la magia negra de forma habitual. Los aprendices cedían de buen grado fuerzas a sus maestros a cambio de conocimientos. Era un acuerdo que había fomentado la colaboración y la paz. Nadie moría ni era esclavizado por ello.

Había bastado un hombre con una sed insaciable de poder para cambiar esa situación. Por otro lado, los ichanis se servían de la magia negra para mantener su cultura de esclavitud. Al reflexionar sobre ello, Sonea entendía por qué el Gremio había prohibido la magia negra. Era muy fácil caer en el abuso.

Pero Akkarin no había abusado de la magia negra. ¿O sí?

«Akkarin la ha utilizado para matar. ¿No es ese el peor abuso de poder posible?».

El Gran Lord la había utilizado para liberarse, y solo había matado a los espías para mantener Kyrulia a salvo. Eso no era un abuso de poder. Era razonable que matara para protegerse y proteger a otros... ¿o no?

Cuando ella era una niña que luchaba por sobrevivir en las barriadas, había decidido que no dudaría en matar para salvar el pellejo. Evitaría hacer daño a otros siempre que fuera posible, pero no estaba dispuesta a convertirse

en víctima. Esa determinación se había materializado cuando, pocos años después, se había defendido de un agresor con un cuchillo. No sabía si él había sobrevivido, ni había dedicado mucho tiempo a pensar en ello.

Los guerreros aprendían a combatir con magia. El Gremio seguía inculcando esos conocimientos por si algún día las Tierras Aliadas sufrían un ataque. Sonea nunca había oído a lord Balkan poner en duda la legitimidad de matar con ayuda de la magia si era en defensa propia.

Se recostó en la cama. Tal vez Akkarin estaba equivocado respecto al Gremio. Quizá, cuando comprendieran que no había otra salida, aceptarían el uso de la magia negra solo como recurso defensivo.

¿Respetarían los magos esa restricción? Sonea sintió un escalofrío al imaginar lo que lord Fergun habría podido hacer con esos conocimientos. Por otro lado, Fergun había recibido un castigo. En conjunto, seguramente el Gremio sería capaz de mantener a sus magos bajo control.

Entonces Sonea se acordó de la Purga. Si el rey no tenía reparos en utilizar al Gremio para echar a los pobres de la ciudad a fin de complacer a las Casas, ¿qué haría si contase con los servicios de magos negros?

El Gremio regularía con mucha cautela el uso de la magia negra. Solo iniciarían en ella a aquellos que fueran considerados aptos, en función de una lectura de la verdad que evaluase el carácter y la integridad moral del aspirante...

«¿Cómo puedo considerarme tan sabia como para reorganizar el Gremio? Seguramente ni siquiera me aceptarían como aspirante si se implantase ese sistema».

Ella era una chica de las barriadas. Naturalmente, carecía de integridad moral. Nadie la tendría en cuenta siquiera.

«Pero yo sí».

Se levantó y se dirigió hacia la ventana.

«Mis seres queridos están en peligro. Tengo que hacer algo. Dudo que el Gremio me ejecute por infringir una ley con el propósito de protegerlo. Tal vez me expulsen, pero si debo renunciar a este lujo llamado magia para salvar la vida a quienes quiero, lo haré».

Se estremeció ante la frialdad de aquella resolución, aunque estaba convencida de que era lo correcto.

«Ya está; decidido. Aprenderé magia negra».

Se volvió para contemplar la puerta de su habitación. Akkarin debía de estar acostado; no podía despertarlo solo para contarle aquello. La noticia podía esperar al día siguiente.

Suspiró y se metió bajo las mantas de la cama. Cerró los ojos, con la esperanza de poder dormir por fin, tras haber tomado la decisión.

«¿Me estaré dejando engañar? Una vez que aprenda esto, no podré desaprenderlo».

Pensó en los libros que Akkarin le había dado a leer. Parecían auténticos, pero bien podía tratarse de imitaciones muy bien hechas. Ella no sabía lo bastante de falsificaciones para distinguirlos.

Quizá Akkarin había manipulado al espía para que creyese ciertas cosas con el fin de engañarla, pero Sonea estaba segura de que él no podía haberlo inventado todo. La mente de Tavaka guardaba los recuerdos de toda una vida como esclavo de los ichanis, recuerdos que el Gran Lord no podía haber creado.

¿Y la historia de Akkarin?

Si todo era una argucia para impulsarla a aprender magia negra con el propósito de hacerle chantaje y controlarla, le habría bastado con convencerla de que una grave amenaza se cernía sobre el Gremio. ¿Qué necesidad tenía de reconocer que había sido un esclavo?

Bostezó. Tenía que dormir un poco. Necesitaba poder pensar con claridad.

Al día siguiente iba a violar una de las leyes más estrictas del Gremio.

9. El ayudante de Akkarin

La habitación era demasiado pequeña para ponerse a caminar de un lado a otro. Una sola lámpara pendía del techo y proyectaba su luz amarillenta sobre las toscas paredes de ladrillo. Cery cruzó los brazos y se maldijo en voz baja. Akkarin le había dicho que debían evitar verse a menos que surgiese una cuestión de vital importancia que solo pudieran tratar en persona.

«La seguridad de Sonea es de vital importancia —razonó Cery—, y esta cuestión solo puede tratarse en persona».

Pero era poco probable que el Gran Lord estuviese de acuerdo. Cery sintió otra punzada de ansiedad. Hasta entonces, no se había arrepentido de ninguno de los trabajos que había llevado a cabo como pago por haber sido rescatado de lord Fergun y por la ayuda que había recibido de Akkarin para hacerse un lugar entre los ladrones. Rastrear a los asesinos le había resultado bastante fácil. Cuando uno sabía exactamente lo que estaba buscando, distinguirlos era tan sencillo como descubrir a un guardia en el escondrijo de un contrabandista. Para deshacerse después de los cadáveres seguía un procedimiento corriente, aunque tirarlos al río ya no era una opción, pues la Guardia lo mantenía vigilado.

Pero involucrar a Sonea en aquel asunto era pasarse de la raya. Cery no podía decidir por ella, cierto... Aun así, quería asegurarse al menos de que Akkarin supiera que él se oponía a ello.

El Gran Lord le necesitaba, de eso estaba seguro. Tal vez ese mismo día descubriría hasta qué punto.

Cery tamborileó con los dedos sobre su manga. «Si el Gran Lord se digna aparecer, claro está». Pocos hombres en la ciudad se atreverían a llegar tarde

a una cita con un ladrón. Solo el rey, la mayoría de los miembros de las Casas, el Gremio en su totalidad...

Suspiró y repasó mentalmente la única novedad que tenía para el líder del Gremio: que se había visto a otro sachakano entrar en la ciudad. Tal vez ese retazo de información aplacaría a Akkarin cuando se enterase del verdadero motivo por el que Cery había solicitado el encuentro. Cery se preguntó, y no por primera vez, cómo reaccionaría Akkarin si supiese de dónde procedía la información. Soltó una risita al pensar en Savara. Esa sonrisa. Esa forma de andar... No cabía duda de que era una persona de la que convenía mantenerse alejado.

Claro que, últimamente, también de él.

Unos golpecitos lo devolvieron al presente. Echó un vistazo por la mirilla de la puerta. Una figura de elevada estatura se encontraba junto a la robusta silueta de Gol, con el rostro oculto bajo la capucha de su capa. Gol hizo la señal que confirmaba que el visitante era el Gran Lord.

Cery respiró hondo y abrió la puerta. Akkarin entró a paso veloz. La capa se abrió ligeramente para revelar la túnica negra de debajo. Un escalofrío recorrió la espalda de Cery. Akkarin solía vestir con prendas sencillas cuando tomaba el Camino de los Ladrones. ¿Había optado por ese otro atuendo de forma deliberada para recordar a Cery con quién estaba tratando?

—Ceryni —saludó Akkarin, al tiempo que se retiraba con parsimonia la capucha de la cabeza.

—Gran Lord.

—No dispongo de mucho tiempo. ¿De qué tenías que hablarme?

Cery titubeó.

—Creo que tenemos a otro... asesino en la ciudad —había estado a punto de decir «esclavo», pero se había mordido la lengua justo a tiempo. Si hubiese empleado ese término habría evidenciado que estaba en contacto con alguien de Sachaka.

Akkarin arrugó el ceño, y las sombras de sus cejas le ocultaron los ojos casi por completo.

—¿«Crees»?

—Sí —Cery sonrió—. Aún no se ha cometido ningún asesinato, pero el último asesino llegó tan poco tiempo después del anterior que he estado

prestando más atención de la habitual a los rumores. Se dice que ella no pasa desapercibida. No creo que cueste mucho capturarla.

—¿«Ella»? —repitió Akkarin—. Una mujer. O sea, que si los ladrones se enteran de esto, sabrán que hay más de un asesino. ¿Supondría esto un problema para ti?

Cery se encogió de hombros.

—No cambiaría nada. Quizá incluso me mostrarían un poco más de respeto. Pero más vale que la pillemos cuanto antes, para que no lleguen a enterarse.

Akkarin asintió.

—¿Eso es todo?

Cery cabiló unos instantes. Inspiró profundamente y dejó a un lado sus dudas.

—Trajisteis a Sonea.

Akkarin irguió la espalda. La luz de la lámpara se reflejó en sus ojos. Daba la impresión de que aquella situación le hacía gracia.

—Sí.

—¿Por qué?

—Tengo mis razones.

—Buenas razones, espero —dijo Cery, esforzándose por sostener la mirada a Akkarin.

Los ojos del Gran Lord permanecieron imperturbables.

—Sí. Ella no se expuso a un gran peligro.

—¿Pensáis implicarla en este asunto?

—Un poco. Pero no de la manera que crees, así que no temas. Necesito que alguien en el Gremio esté al tanto de lo que hago.

Cery se armó de valor para formular la pregunta siguiente. Solo de pensar en ella lo asaltaron sentimientos complejos y encontrados.

—¿Volveréis a traerla?

—No, no tengo esa intención.

Cery exhaló un breve suspiro de alivio.

—¿Sabe ella... lo que yo hago?

—No.

Sintió una decepción teñida de melancolía. No le habría importado

alardear un poco de su éxito. Había progresado mucho en los últimos años. Aunque sabía que ella no tenía un gran concepto de los ladrones.

—¿Eso es todo? —preguntó Akkarin, con un deje de respeto en la voz. ¿O era solo de tolerancia?

Cery hizo un gesto afirmativo.

—Sí, gracias.

Observó al Gran Lord, quien se dirigió hacia la puerta y la abrió. «Cuidad de ella», pensó. Akkarin se volvió, asintió y se alejó por el pasadizo dando grandes zancadas, con la capa ondeando en torno a sus tobillos.

«Bueno, la cosa ha ido mejor de lo que esperaba», se dijo Cery.

Los aposentos de Dannyl en la Casa del Gremio de Capia eran amplios y lujosos. Disponía de un dormitorio, un despacho y una sala de visitas para él solo, y para llamar a un sirviente le bastaba con hacer sonar una de las muchas campanillas que había por doquier.

Uno de ellos acababa de llevarle una taza humeante de sumi cuando otro entró en el despacho para anunciar a una visita.

—Tayend de Tremmelin ha venido a verle —comunicó el sirviente.

Dannyl dejó la taza, sorprendido. Tayend rara vez lo visitaba allí. Preferían la intimidad de la Gran Biblioteca, donde no tenían que preocuparse de que la servidumbre percibiera algo raro en la forma en que se comportaban el uno con el otro.

—Que pase.

Tayend llevaba un atuendo apropiado para una reunión con un personaje importante. Aunque Dannyl empezaba a acostumbrarse al vistoso traje de la corte de Elyne, seguía haciéndole gracia. No obstante, aquellas prendas ajustadas, que daban un aspecto tan ridículo a los cortesanos de más edad, favorecían a Tayend.

—Embajador Dannyl —dijo Tayend, con una graciosa reverencia—. He estado leyendo el libro de Dem Marane, y contiene información muy interesante.

Dannyl señaló una de las sillas que había frente a su escritorio.

—Por favor, siéntate. Enseguida... estoy contigo —las palabras de

Tayend le habían recordado algo. Tomó una hoja de papel en blanco y se puso a redactar una carta breve.

—¿Qué estás escribiendo? —preguntó Tayend.

—Una carta para Dem Marane en la que lamento profundamente no poder asistir a la cena de gala de esta noche, debido a unos asuntos imprevistos de trabajo de los que debo ocuparme sin demora.

—¿Y Farand?

—Sobreviviré. Es cierto que tengo trabajo, pero también me interesa hacerles esperar un poco. Cuando termine de enseñar a Farand a controlar sus poderes, ya no me necesitarán, y tal vez nuestros nuevos amigos emprendan un viaje inesperado a otro país.

—Eso sería una tontería por su parte. ¿Creen que dedicaste tantos años a entrenarte por nada?

—No saben valorar lo que no entienden.

—¿O sea, que los detendrás en cuanto Farand esté preparado?

—No lo sé. Aún no lo he decidido. Tal vez valga la pena arriesgarnos a que pongan tierra por medio. Estoy seguro de que todavía no conocemos a todos los implicados. Si dejo pasar el tiempo suficiente, tal vez me presenten a otros miembros del grupo.

—¿Seguro que no necesitas que yo te acompañe a Kyrulia cuando los hayas detenido? El Gremio podría necesitar a otro testigo.

—Farand sería prueba más que suficiente —Dannyl alzó la vista y agitó un dedo—. Tú lo que quieres es ir a conocer el Gremio. Pero cuando nuestros amigos tomen represalias y propaguen rumores sobre nosotros, no será muy conveniente que nos vean juntos.

—Pero no estaremos juntos todo el rato. No sería necesario que me alojara en el Gremio. Tengo parientes lejanos en Imardin. Además, dijiste que Akkarin contaría a todos que no era más que una trampa.

Dannyl suspiró. No quería dejar a Tayend, ni siquiera durante unas pocas semanas. De haber estado seguro de que regresar al Gremio en compañía del académico no le acarrearía problemas, habría hecho preparativos para que le acompañase. Quizá el hecho de que la gente los viese comportándose de manera «normal» le ayudaría incluso a disipar los rumores de una vez por todas. Pero era plenamente consciente de que el menor indicio de la verdad

bastaría para dar que pensar a las mentes suspicaces, y sabía muy bien que había unas cuantas en el Gremio.

—Volveré por mar —recordó a Tayend—. Pensaba que no te haría demasiada ilusión pasar por eso.

El rostro de Tayend se ensombreció, pero solo durante un momento.

—Puedo soportar un poco de mareo si la compañía es grata.

—Esta vez no —dijo Dannyl con firmeza—. Un día viajaremos en carruaje a Imardin. Entonces tú también serás una compañía grata —sonrió al advertir la mirada de indignación de Tayend; luego firmó la carta y la dejó a un lado—. Bueno, ¿qué has averiguado?

—¿Recuerdas que, según la inscripción que había sobre la sepultura de la mujer en las Tumbas de las Lágrimas Blancas, ella practicaba «magia superior»?

Dannyl asintió con la cabeza. La visita a Vin en busca de evidencias de magia ancestral le parecía ahora muy lejana.

—Las palabras «magia superior» se representaban con un jeroglífico compuesto de una media luna y una mano —Tayend abrió el libro del Dem y lo empujó sobre el escritorio en dirección a Dannyl—. Es un ejemplar de un libro escrito hace dos siglos, cuando se forjó la Alianza y se implantó la ley que establecía que todos los magos debían someterse al adiestramiento y el control del Gremio. La mayoría de los magos que no eran de Kyralia formaban parte del Gremio, pero no todos. Este libro pertenecía a alguien que no era miembro.

Dannyl tiró del libro hacia sí y vio que en la parte superior de la página aparecía el mismo jeroglífico sobre el que llevaban más de un año haciendo conjeturas. Comenzó a leer el texto escrito bajo aquellos signos:

La expresión «magia superior» comprende varias habilidades que en otro tiempo fueron de uso común a lo largo y ancho de estas tierras. Entre las habilidades menores está la de crear piedras o gemas de sangre que incrementan la capacidad de mentehablar con otra persona a distancia, así como gemas o piedras de almacenaje, que permiten retener y liberar magia de maneras concretas.

La característica de la magia superior, en su forma principal, es la avidez. Si un mago posee el conocimiento, puede absorber energía de seres vivos para aumentar sus reservas.

Dannyl contuvo el aliento y se quedó mirando la página, horrorizado. Aquella descripción era muy similar a la de... Un escalofrío le bajó despacio por la espalda. Sus ojos siguieron recorriendo las palabras, como dirigidos por una voluntad ajena.

Para conseguir este efecto, la barrera natural que protege a la criatura o planta debe romperse o debilitarse. Con este fin, se practica un corte lo bastante profundo para que mane sangre o savia. Otros sistemas se basan en abatir la barrera con o sin el consentimiento del sujeto. Con la práctica, es posible llegar a retirar la barrera voluntariamente. Durante la culminación del placer sexual, la barrera tiende a «flaquear», lo que permite la absorción de energía por unos instantes.

Dannyl se había quedado completamente helado. Cuando se preparaba para ocupar el cargo de embajador le habían proporcionado información que estaba vedada a los magos comunes. Parte de esa información era de naturaleza política, y parte tenía que ver con la magia. Le enseñaron a reconocer varios signos de advertencia mágicos, entre ellos los de la magia negra.

Y allí estaba, con un libro de «instrucciones» sobre su uso entre las manos. Solo por leerlo estaba infringiendo la ley.

—¿Dannyl? ¿Te encuentras bien?

Alzó la vista hacia Tayend, pero no consiguió articular palabra. Tayend le devolvió la mirada, con una expresión ceñuda de preocupación.

—Te has puesto blanco como la nieve. He pensado... bueno, que si lo que dice este libro es verdad, hemos descubierto qué es la magia superior.

Dannyl abrió la boca, pero la cerró y miró el libro. Se quedó contemplando el signo de la media luna y la mano. Se dio cuenta de que no se

trataba de una media luna. Era un sable. La magia superior era la magia negra.

Akkarin había estado investigando sobre la magia negra.

«No, él no podía saberlo. No llegó tan lejos —se recordó Danyyl—. Seguramente continúa sin saberlo. De lo contrario no me habría alentado a seguir adelante con mi investigación». Aspiró con fuerza y soltó el aire muy despacio.

—Tayend, creo que ya es hora de hablar a Errend de los rebeldes. Tal vez tenga que emprender ese viaje antes de lo previsto.

A Sonea se le aceleró el pulso conforme se aproximaba a la residencia del Gran Lord. Se había pasado todo el día esperando ese momento. Le había resultado difícil concentrarse en clase, y más difícil todavía soportar los intentos de Jullen de hacer que su castigo en la biblioteca fuera lo más tedioso posible.

El edificio de piedra gris se alzaba imponente sobre ella en la oscuridad. Sonea se detuvo para respirar hondo y armarse de valor. Instantes después, se acercó a la puerta y rozó el picaporte con los dedos. Este se accionó con un chasquido, y la puerta se abrió hacia dentro.

Como siempre, Akkarin estaba sentado en uno de los sillones de la sala de invitados. Tenía sus largos dedos ceñidos en torno a una copa llena de un vino tinto oscuro.

—Buenas tardes, Sonea. ¿Qué tal las clases de hoy?

Ella tenía la boca seca. Tragó saliva, respiró hondo de nuevo, pasó al interior y oyó que la puerta se cerraba a su espalda.

—Quiero ayudar —anunció a Akkarin.

Él bajó las cejas y la miró con fijeza. La chica luchó por sostenerle la mirada, pero acabó por desviar la vista al suelo. El silencio se instaló entre ellos. De pronto, Akkarin se levantó y dejó la copa a un lado con un solo movimiento.

—Muy bien. Ven conmigo.

Se dirigió a la puerta de la escalera que conducía a la sala subterránea. La abrió e indicó a Sonea con señas que la atravesara. Aunque con paso

inseguro, ella consiguió avanzar.

Cuando llegó junto al Gran Lord, oyeron golpes en la puerta principal y se quedaron paralizados.

—Sigue adelante —murmuró él—. Es Lorlen. Takan se ocupará de él.

Por un momento, ella se preguntó cómo sabía Akkarin que se trataba de Lorlen. Entonces un destello de claridad le reveló la respuesta. El anillo de Lorlen llevaba, en efecto, una piedra preciosa como la que contenía el diente del espía.

Cuando descendía los escalones oyó pisadas arriba, en la sala de invitados. Akkarin cerró con cuidado la puerta de la escalera y bajó tras Sonea. La chica se detuvo frente a la puerta de la sala subterránea y se hizo a un lado para dejar paso a su tutor. Bastó un toque de su mano para que la puerta se abriese.

La habitación que había al otro lado estaba oscura, pero quedó iluminada cuando aparecieron dos globos de luz. Sonea miró las dos mesas, el viejo y estropeado arcón, las estanterías y los armarios. En realidad, nada de aquello resultaba amenazador.

Akkarin parecía estar esperando a que ella entrara. Sonea dio unos pasos hacia el interior y luego se volvió hacia él. El Gran Lord alzó la vista al techo e hizo una mueca.

—Se ha ido. Tengo algo que decirle, pero no es urgente.

—Tal vez deberíais... deberíamos hacer esto más tarde, ¿no? —aventuró ella, con la vaga esperanza de que el Gran Lord se mostrara de acuerdo.

La mirada que él le lanzó, directa como la de un depredador, la hizo recular.

—No —respondió Akkarin—. Esto es más importante —cruzó los brazos, y la comisura de sus labios se curvó para formar una media sonrisa—. Bien, ¿cómo piensas ayudarme?

—Pues... vos... —de pronto le faltaba el aire—. Aprendiendo magia negra —consiguió balbucir al fin.

La sonrisa de Akkarin se desvaneció.

—No —descruzó los brazos—. No puedo enseñarte eso, Sonea.

Ella lo miró estupefacta.

—En... en ese caso, ¿por qué me mostrasteis la verdad? ¿Por qué me

hablasteis de los ichanis si no queríais que colaborase con vos?

—Nunca he tenido la intención de enseñarte magia negra —dijo él con firmeza—. No haría nada que pusiera en peligro tu futuro en el Gremio. Y aunque ello no me importara en absoluto, no transmitiría esos conocimientos a nadie.

—Entonces... ¿cómo puedo ayudaros?

—Mi propósito... —titubeó unos instantes; luego suspiró y apartó la mirada—. Mi propósito era convertirte en una fuente voluntaria de energía, como Takan.

Sonea sintió un estremecimiento, pero enseguida se recuperó. «Por supuesto —pensó—. Esa era la conclusión lógica de todo esto».

—Tal vez los ichanis nunca nos invadan —prosiguió Akkarin—. Si aprendes magia negra, quizá pondrías en riesgo tu futuro inútilmente.

—Es un riesgo que estoy dispuesta a asumir —replicó la chica, y su voz sonó débil en aquella espaciosa cámara.

Akkarin alzó la cara y le lanzó una mirada de desaprobación.

—¿Tan fácilmente romperías tu juramento?

Ella le sostuvo la mirada.

—Si fuera la única forma de proteger Kyralia, sí.

La fiereza en los ojos de Akkarin se atenuó. Sonea no sabía cómo interpretar la expresión que había adoptado.

—Iniciadla, amo.

Los dos se volvieron al oír aquella tercera voz. Takan, desde la entrada de la cámara, observaba al Gran Lord con fijeza.

—Iniciadla —repitió—. Necesitáis un aliado.

—No —repuso Akkarin—. ¿Qué utilidad tendría ella para mí entonces? Si la despojo de su fuerza, no servirá como maga negra. Si se convierte en maga negra, ¿de quién extraerá la fuerza? ¿De ti? No, la carga que llevas en ese sentido ya es demasiado pesada.

Takan mantuvo la mirada firme.

—Alguien tiene que conocer ese secreto aparte de vos, amo. No hace falta que Sonea lo ponga en práctica, bastará con que sea capaz de ocupar vuestro lugar si vos fallecéis.

Los ojos de Akkarin se posaron en los de su sirviente. Permanecieron

largo rato observándose en silencio.

—No —dijo Akkarin al fin—. Pero... reconsideraré mi posición si atacan Kyralia.

—Entonces será demasiado tarde —señaló Takan con serenidad—. Ellos no atacarán hasta que os hayan quitado de en medio.

—Tiene razón —terció Sonea con voz trémula—. Inicialme y utilizadme como fuente. No usaré la magia negra a menos que no tenga alternativa.

Akkarin la miró con frialdad.

—¿Sabes cuál es la pena por aprender y practicar la magia negra?

Sonea meditó unos instantes y luego sacudió la cabeza.

—La ejecución. Ningún otro delito se castiga así. Solo por mostrar interés en aprender magia negra podrían expulsarme del Gremio.

Se le erizó el vello. Los labios de Akkarin se torcieron en una sonrisa lúgubre.

—Pero puedes serme útil sin necesidad de cometer un delito. No existe una ley que prohíba donar energía a otro mago. De hecho, eso ya lo has aprendido en las clases de habilidades de guerrero. La única diferencia está en que yo sabría almacenar la energía que tú me des.

Ella parpadeó, sorprendida. ¿No era imprescindible el cuchillo, cortar la piel? No, por supuesto que no.

—Solo te hizo falta una noche de descanso para recuperar casi todas tus fuerzas después de enfrentarte a Regin y a sus seguidores —continuó él—. Sin embargo, habrá que ir con cuidado para que no cedas demasiada energía si tienes clase de habilidades de guerrero al día siguiente. Y si de verdad pretendes estar en condiciones de luchar contra esos espías en mi lugar, tendré que tomar parte en tu entrenamiento.

De pronto Sonea se sintió mareada. ¿Clases de habilidades de guerrero? ¿Con Akkarin?

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó él.

Sonea inspiró profundamente otra vez.

—Sí.

El Gran Lord la contempló un momento, preocupado.

—Absorberé un poco de tu fuerza esta noche. Mañana veremos si sigues queriendo ayudarme —le indicó con un gesto que se acercara—. Dame las

manos.

Sonea avanzó unos pasos y se las ofreció. Los largos dedos de Akkarin se entrelazaron con los suyos, y la joven se estremeció.

—Proyecta tu energía, como has aprendido en la clase de habilidades de guerrero.

Sonea reunió energía y la hizo manar de sus manos. La expresión del Gran Lord cambió ligeramente cuando percibió la energía y la atrajo hacia sí. La chica se preguntó cómo la almacenaba. Aunque le habían enseñado a recibir energía de otros aprendices, ella siempre la había canalizado hacia los azotes o la había incorporado a su escudo.

—Guarda un poco de energía para las clases —murmuró él.

Sonea se encogió de hombros.

—Casi no la uso, ni siquiera en las clases de habilidades de guerrero.

—Pronto la usarás —los dedos del Gran Lord dejaron de apretarla—. Es suficiente.

Sonea dejó de proyectar energía. Cuando él le soltó las manos, ella retrocedió. Akkarin echó una mirada a Takan, y al instante asintió en dirección a la joven.

—Gracias, Sonea. Ve a descansar. Da a Takan una copia de tu horario por la mañana para que evitemos interferir en tus clases de habilidades de guerrero. Si todavía estás dispuesta, continuaremos con esto mañana por la noche.

Sonea movió afirmativamente la cabeza. Dio un paso hacia la puerta; antes de salir, se detuvo e hizo una reverencia.

—Buenas noches, Gran Lord.

Él la miró, imperturbable.

—Buenas noches, Sonea.

El corazón volvía a latirle con fuerza. Mientras subía la escalera cayó en la cuenta de que ya no era a causa del miedo. Tenía el pulso acelerado debido a un extraño tipo de entusiasmo.

«Tal vez no esté ayudándolo del modo en que esperaba —pensó—, pero lo estoy ayudando».

Soltó una risita, algo arrepentida.

«Aunque quizá eso ya no me haga tanta ilusión cuando Akkarin empiece

a reforzar mis clases de habilidades de guerrero».

10. Un adversario inesperado

Mientras Rothen aguardaba la llegada de sus últimos alumnos, miró por la ventana. Los días más largos y cálidos estaban convirtiendo los jardines en un laberinto de verdor. Incluso la gris residencia del Gran Lord ofrecía un aspecto acogedor bajo el resplandor de la mañana.

En ese momento, la puerta de la residencia se abrió. Rothen sintió que el corazón le daba un vuelco cuando vio salir a Sonea. Era tarde para ella. Según Tania, seguía levantándose al alba.

Entonces emergió una figura, y Rothen notó que el cuerpo entero se le ponía tenso. Los pliegues de la túnica negra de Akkarin parecían casi grises bajo aquella luz intensa. El Gran Lord se volvió hacia Sonea y le dijo algo. Los labios de ella se curvaron esbozando una sonrisa. Los dos enderezaron la espalda y echaron a andar hacia la universidad, adoptando de nuevo una expresión seria. Rothen los observó hasta que los perdió de vista.

Se apartó de la ventana, estremeciéndose. Una sensación gélida se había apoderado de él y se negaba a abandonarlo.

Ella había sonreído a Akkarin.

No había sido una sonrisa forzada, de cortesía. Tampoco una sonrisa franca y relajada. Había sido un gesto de picardía y complicidad.

«No —se dijo Rothen—. Lo único que pasa es que imagino ver lo que más temo porque es algo que me obsesiona. Seguramente Sonea ha sonreído para engañar o aplacar a Akkarin. O tal vez algún comentario de él le ha hecho gracia, o estaba riéndose a su costa...

»Pero ¿y si no era por eso? ¿Y si había alguna otra razón?».

—¿Lord Rothen?

Al volverse, vio que el resto de la clase ya había llegado y esperaba pacientemente a que empezara. Sonrió, avergonzado, y se acercó a su mesa.

No podía salir corriendo del aula para exigir una explicación a Sonea. No, por el momento debía sacársela de la cabeza y concentrarse en su clase. Más tarde reflexionaría con detenimiento sobre lo que había visto.

Y la vigilaría más de cerca.

Mientras el carruaje se alejaba, Dannyl se dirigió a grandes zancadas a la puerta de la casa de Dem Marane y tiró del cordel de la campana.

Después de bostezar, recurrió a un poco de magia para mitigar el cansancio. Había transcurrido una semana desde que Tayend le había mostrado el libro, y Dannyl había celebrado muchas reuniones secretas con el embajador Errend y con otros magos de Elyne como parte de los preparativos para aquella noche. Por fin sabrían si sus planes iban a dar fruto.

Oyó que unos pasos se acercaban, y la puerta se abrió. El amo de la casa hizo una graciosa reverencia.

—Embajador Dannyl, es un placer volver a verle. Pase, por favor.

—Gracias —Dannyl entró.

—¿Dónde está el joven Tremmelin? —preguntó el Dem.

—Con su padre —respondió Dannyl—. Tenían que tratar un asunto familiar. Le manda saludos, y me ha pedido que le diga que el libro es muy esclarecedor y que terminará de leerlo esta noche. Sé que preferiría mil veces conversar con usted y sus amigos que encargarse de cuestiones familiares.

Royend asintió con una sonrisa, pero su mirada denotaba cierto recelo.

—Echaré de menos su compañía.

—¿Cómo está Farand? ¿Se han producido incidentes involuntarios? —preguntó Dannyl, en un tono de preocupación deliberado.

—No —el Dem titubeó—. Pero ha habido uno intencionado. Como es joven e impaciente, no ha podido resistirse a intentar hacer algo.

Dannyl dejó que la alarma se reflejara en su rostro.

—¿Qué ha pasado?

—Otro pequeño incendio, nada más —Royend le dedicó una media sonrisa—. He tenido que comprar otra cama a su anfitrión.

—¿Son los mismos anfitriones de la última vez?

—No. Me he visto obligado a trasladar a Farand a otro sitio. Me pareció que, por el bien de todos, lo mejor era sacarlo de la ciudad, para evitar que si esos pequeños accidentes se volvían más espectaculares, empezaran a llamar demasiado la atención.

Dannyl hizo un gesto afirmativo.

—Una medida prudente, aunque seguramente innecesaria. Espero que no esté demasiado lejos. Solo puedo quedarme unas horas.

—No, no está lejos —aseguró el Dem.

Habían llegado a la entrada de la habitación siguiente. Kaslie, la esposa de Royend, se puso de pie para recibir a Dannyl.

—Bienvenido, embajador. Me alegro de volver a verle. ¿Cree que mi hermano aprenderá Control pronto?

—Sí —respondió Dannyl con gravedad—. Esta misma noche o, a más tardar, en mi siguiente visita. Ya le falta poco.

Ella asintió, visiblemente aliviada.

—No sé cómo agradecerle su ayuda —se volvió hacia Royend—. Más vale que partáis cuanto antes, esposo mío.

Había un dejo de rencor en su voz. Los labios del Dem formaron una sonrisa torcida.

—Farand pronto estará a salvo, querida.

La arruga entre las cejas de ella se hizo más profunda. Dannyl mantuvo una expresión cortésmente neutra. Tayend había observado que Kaslie rara vez parecía contenta y que en ocasiones se mostraba irritada con su marido. Suponía que ella culpaba a Royend de la situación de su hermano porque había alentado al joven a desarrollar sus poderes.

El Dem guio a Dannyl hasta un carruaje que los esperaba frente a la casa. El coche se puso en marcha cuando aún no se habían acomodado en los asientos. Las ventanas estaban tapadas.

—Es para proteger a los anfitriones de Farand —explicó el Dem—. Aunque yo esté dispuesto a revelarles mi identidad y domicilio, otros miembros del grupo no son tan confiados. Han accedido a acoger a Farand con la condición de que yo tome estas precauciones —hizo una pausa—. ¿Cree que soy un tonto por fiarme de usted?

Dannyl lo miró y parpadeó, sorprendido. Meditó sobre la pregunta y se encogió de hombros.

—Pensaba que daría pasos más pequeños. Que pondría a prueba mi sinceridad un par de veces, quizá. Pero usted no podía; Farand necesitaba ayuda. Asumió un riesgo, aunque estoy seguro de que era un riesgo calculado —sofocó una risa—. Sin duda tenía un plan de huida y sigue teniéndolo, por si acaso.

—Y usted tiene que proteger a Tayend.

—Así es —Dannyl sonrió de buena gana—. Lo que aún me queda por descubrir es si ya no seré bien recibido en su casa una vez que haya enseñado a Farand a controlar sus poderes.

El Dem rio por lo bajo.

—Pues tendrá que esperar para averiguarlo.

—Y supongo que no necesito recordarle todas las cosas maravillosas que podría enseñar a Farand una vez que haya aprendido Control.

La mirada de Royend se iluminó.

—Por favor, recuérdemelas.

Se pasaron la hora siguiente hablando de los diversos usos de la magia. Dannyl tuvo buen cuidado de describir solo lo que era posible, no cómo se hacía, y era evidente que a Dem Marane no le pasaba inadvertida su actitud evasiva. Al fin, el carruaje redujo la velocidad hasta detenerse.

Royend aguardó a que se abriese la portezuela, y luego indicó con un gesto a Dannyl que se apeara. Fuera estaba oscuro, y el embajador creó de inmediato un globo de luz. Este iluminó un túnel cuyas paredes de ladrillo relucían por la humedad.

—Apague eso, por favor —pidió el Dem.

Dannyl extinguió la luz.

—Lo siento —dijo—. Es la costumbre.

Después de aquel resplandor, todo quedó sumido en la oscuridad más absoluta. Una mano le tocó el hombro y le dio un empujoncito hacia delante. Se aguzaron sus sentidos, y Dannyl detectó una abertura en el muro. La atravesaron.

—Cuidado —murmuró Royend—. Hay una escalera.

La punta de la bota de Dannyl topó con la cara vertical de un peldaño.

Subió con cuidado por la empinada escalera y siguió a Royend por un pasadizo con muchos recodos, curvas y entradas laterales. Luego sus sentidos amplificadas percibieron una habitación espaciosa y una presencia familiar, y la mano se apartó de su hombro.

Una lámpara chisporroteó y se encendió, revelando varios muebles funcionales en una cámara excavada en la roca viva. Un reguero de agua brotaba de una grieta de la pared, corría hasta una pila y desaparecía por un desagüe del suelo. Hacía frío, y Farand llevaba un abrigo grande con cuello de piel.

El joven hizo una reverencia, más decidido en esa ocasión, cuando se acercaba el fin de sus problemas.

—Embajador Dannyl —saludó—. Bienvenido a mi madriguera más reciente.

—Es un poco fría —comentó Dannyl, y lanzó un destello de magia para calentar el aire.

Farand sonrió de oreja a oreja y se quitó el abrigo.

—Antes soñaba con hacer cosas fabulosas y espectaculares con la magia. Ahora creo que me conformaría con saber hacer algo así.

Dannyl dirigió una mirada significativa a Royend. El Dem sonrió y se encogió de hombros.

—No todo el mundo comparte esa opinión, se lo aseguro. Estoy convencido de que Farand no solo quiere aprender lo más básico.

Estaba de pie junto a una cuerda que pendía de un agujero que había en el techo. Dannyl supuso que el otro extremo estaba atado a una campana. Se preguntó quién esperaba junto a ella.

—Bien —dijo—. Será mejor que pongamos manos a la obra, entonces. No tiene sentido mantenerte oculto en escondrijos fríos durante más tiempo del necesario.

Farand se acercó a una silla y se sentó. Respiró hondo, cerró los ojos y comenzó el ejercicio de relajación que le habían enseñado. Cuando el semblante del joven se tornó sereno, Dannyl se aproximó a él.

—Tal vez esta sea tu última clase —le informó en voz baja y tranquilizadora—, o tal vez no. El Control debe convertirse en un hábito muy arraigado para que estés a salvo tanto de día como de noche. Lo mejor es que

lo adquieras a tu ritmo, sin prisas —le tocó con suavidad las sienes y cerró los ojos.

Era imposible mentir de forma creíble durante la comunicación mental, pero se podía evitar que la verdad saliera a la luz. Hasta entonces, Dannyl había conseguido mantener ocultos su misión y su plan para traicionar a los rebeldes. Sin embargo, cuantas más veces guiaba mentalmente Dannyl a Farand, más se acostumbraba el joven a ese método de comunicación. Empezaba a percibir más información de Dannyl.

Y ahora que había llegado el momento de detener a los rebeldes, Dannyl no podía disimular la tensión ni la expectación que sentía. Farand lo detectaba, y eso despertaba su curiosidad.

¿Qué espera usted que ocurra esta noche?, preguntó.

Seguramente alcanzarás el Control, respondió Dannyl. Era cierto, y formaba parte de lo que Dannyl sabía que iba a ocurrir. Era un acontecimiento lo bastante importante para que el hombre lo aceptara como causa de la emoción de Dannyl. Pero Farand era consciente de las posibles consecuencias de aprender magia de manera ilegal, de modo que estaba más receloso de lo habitual.

Hay algo más. Me oculta algo.

Por supuesto, repuso Dannyl. *Te ocultaré muchas cosas hasta que tenga la certeza de que tu gente no va a poner pies en polvorosa en cuanto hayas alcanzado el Control.*

El Dem es hombre de honor. Prometió proteger a Tayend a cambio de su ayuda. No romperá esa promesa.

Por un momento, Dannyl se compadeció de aquel joven ingenuo. Desterró ese sentimiento, recordándose a sí mismo que Farand, aunque joven, no era tonto.

Eso ya lo veremos. Por lo pronto, condúceme al lugar donde guardas tu poder.

A Farand le llevó menos tiempo entender los aspectos más sutiles del Control de lo que Dannyl esperaba. Mientras Farand contemplaba sus progresos, Dannyl se armó de valor para lo que vendría después. Interrumpió los pensamientos exultantes de Farand con una pregunta.

¿Dónde estamos?

Apareció la imagen de un túnel, y luego la habitación en la que estaban. Farand no tenía una idea más precisa de dónde se hallaban que Dannyl.

¿Quién es tu anfitrión?

Farand tampoco sabía eso.

Claro que, con toda seguridad, Royend, al imaginar que Dannyl podría leer esa información en la mente de Farand, se había encargado de que el joven no supiera nada. Con un poco de suerte, le bastaría con encontrar la manera de salir de los pasadizos y ver dónde estaba la entrada del túnel para descubrir su ubicación.

Farand había captado lo suficiente de los pensamientos de Dannyl para alarmarse.

¿Qué está usted...?

Dannyl apartó las manos de las sienes de Farand, rompiendo el contacto. Al mismo tiempo, generó un escudo débil por si Farand intentaba utilizar la magia. El joven lo miraba fijamente.

—Era una trampa —jadeó Farand—. Todo era una trampa —se volvió hacia Royend—. Tiene intención de traicionarnos.

Royend clavó la vista en Dannyl y endureció su expresión. Cuando el Dem alargó el brazo hacia la cuerda de la campana, Dannyl dirigió su voluntad. El hombre retiró rápidamente la mano al notar el aguijón de una barrera.

Dannyl proyectó su mente al exterior de la habitación.

¿Errend?

Farand abrió los ojos desorbitadamente al oír la comunicación.

Dannyl. ¿Tienes al descarriado?

Sí.

Al instante, los extremos de los sentidos de Dannyl vibraban con las comunicaciones de una docena de magos. La mirada de Farand recorría las paredes mientras los escuchaba.

—Están deteniendo a los demás —dijo—. ¡No! ¡Todo es culpa mía!

—No, no lo es —replicó Dannyl—. Es la consecuencia de que tu rey utilice de manera indebida los poderes de un mago en potencia, y de que el marido de tu hermana se aproveche de la situación para alcanzar sus propios fines. Sospecho que tu hermana está al tanto, pero no creo que hubiera

traicionado a ninguno de vosotros.

Farand miró a Royend, y por la expresión acusadora de sus ojos, Dannyl supo que tenía razón.

—No intente enfrentarnos entre nosotros, embajador —le advirtió Royend—. No dará resultado.

¿Dónde estás?, preguntó Errend.

No lo sé con exactitud. A una hora en carruaje de la ciudad. Envió una imagen del túnel. *¿Te resulta familiar?*

No.

Farand dirigió la vista a Dannyl y luego a Royend.

—Todavía no sabe dónde estamos —dijo, esperanzado.

—Averiguarlo no será muy difícil —aseguró Dannyl—. Y ya deberías saber, Farand, que es de mala educación que un mago escuche las conversaciones de otros.

—No seguimos sus reglas —le espetó Royend.

Dannyl se volvió hacia Royend.

—Ya me he dado cuenta.

El hombre lo miró con ojos vacilantes y echó hacia atrás los hombros.

—Nos ejecutarán por esto. ¿Podrá llevar ese peso sobre su conciencia?

Dannyl le sostuvo la mirada.

—Sabía a lo que se exponía, desde el principio. Si todo lo que ha hecho y planeado estaba motivado por la necesidad de proteger y salvar a Farand, tal vez le indulten. Sin embargo, no creo que sus intenciones fueran tan nobles.

—No —gruñó el Dem—. No era solo por Farand. Era para luchar contra la injusticia de todo esto. ¿Por qué ha de decidir el Gremio quién tiene derecho a practicar y enseñar la magia? Se está desperdiciando el potencial de tanta gente que...

—El Gremio no determina quién debe aprender a utilizar la magia —lo corrigió Dannyl—. En Kyrulia son las familias las que deciden si sus hijos recibirán o no esa formación. En Elyne, la decisión sobre quién debe aprender corresponde al rey. Cada país tiene su propio sistema para seleccionar a los aspirantes. Nosotros solo rechazamos a quienes tienen la mente inestable o han cometido delitos.

Un destello de ira brilló en los ojos de Royend.

—Pero ¿qué ocurre si Farand o cualquier otro hombre no quiere que lo adiestre el Gremio? ¿Por qué no pueden formarse en otro sitio?

—¿Dónde? ¿En el Gremio que han creado ustedes?

—Sí.

—¿Y ante quién serían ustedes responsables?

Royend de Marane abrió la boca dispuesto a hablar, pero la cerró sin decir ni media palabra. Miró a Farand y suspiró.

—No soy un monstruo —dijo—. Alenté a Farand, pero de haber sabido lo peligroso que era no lo habría hecho —volvió la vista hacia Dannyl—. ¿Se le ha ocurrido que tal vez el rey preferiría matarlo a dejar que el Gremio se enterase de lo que él sabe, sea lo que sea?

—Entonces tendrá que matarme a mí también —contestó Dannyl—. Y no creo que se atreva a intentarlo. Una breve llamada mental bastaría para que todos los magos conocieran su secretillo. Y ahora que Farand ha alcanzado el Control, es un mago, y el rey rompería el tratado de las Tierras Aliadas si intentara hacerle daño. Farand ha pasado a ser responsabilidad del Gremio. Una vez allí, debería estar a salvo de los asesinos.

—El Gremio —dijo Farand con un hilo de voz—. Voy a ver el Gremio.

Royend hizo caso omiso de él.

—¿Y después qué?

Dannyl sacudió la cabeza.

—No lo sé con seguridad. No quiero darle falsas esperanzas haciendo conjeturas sobre cómo acabará esto.

Royend frunció el ceño.

—No, claro que no.

—Bueno, ¿pondrá usted de su parte, o tendré que llevarles a los dos a rastras hasta dar con la salida?

Un atisbo de rebeldía asomó a los ojos del Dem. Dannyl sonrió al verlo, pues se imaginó qué estaba pensando.

¿Errend?

Dannyl.

¿Habéis detenido a los demás?

A todos. ¿Puedes concretar ya vuestra posición?

No, pero pronto la averiguaré.

Dannyl alzó la vista hacia Royend.

—Por más que intente retrasar lo inevitable, sus amigos no tendrán tiempo para huir. Farand podrá confirmárselo.

El joven apartó la mirada y asintió.

—Tiene razón —posó la vista en la cuerda de la campana.

Dannyl miró al techo, preguntándose quién estaría apostado allí arriba. Sin duda el anfitrión de Farand, con algún sistema previamente acordado para poner sobre aviso a los otros miembros del grupo. ¿Habría posibilidades de detener también a ese rebelde? Seguramente no. Errend había estado de acuerdo en que el objetivo prioritario era capturar a Farand y a Royend de Marane. No debía identificar o detener a nadie más si con ello se arriesgaba a que el descarriado escapara.

Royend siguió la mirada de Dannyl y enderezó los hombros.

—Muy bien. Le guiaré hasta la salida.

Había sido un día luminoso y templado, pero la oscuridad había traído consigo un frío del que Sonea no podía sacudirse, ni siquiera caldeando el aire de su habitación con magia. Había dormido bien últimamente, pero aquella noche no lograba conciliar el sueño, y no entendía por qué.

Tal vez era porque Akkarin había estado ausente durante todo el día. Cuando había regresado de sus clases, Takan la había recibido en la puerta para comunicarle que el Gran Lord había tenido que acudir a una llamada. Ella había cenado sola.

Sonea supuso que Akkarin estaba ocupándose de asuntos oficiales en la corte. Aun así, no podía evitar imaginarlo en zonas más lóbregas de la ciudad, tratando en secreto con los ladrones o enfrentándose a otro espía.

Se detuvo frente a su escritorio y contempló sus libros. «Ya que no puedo dormir —se dijo—, tal vez debería estudiar. Al menos así tendría la mente ocupada en algo».

De pronto, oyó un ruido fuera de su habitación.

Se acercó sigilosamente a la puerta y la entreabrió. Unas pisadas lentas resonaban en el hueco de la escalera del fondo, cada vez más fuerte. Oyó que se detenían en el pasillo y, al instante, percibió el chasquido de un pestillo.

«Ha vuelto».

Algo en su interior se relajó, y suspiró aliviada. Luego estuvo a punto de soltar una carcajada. «Lo que faltaba. Que me preocupe por Akkarin».

Pero ¿qué tenía de raro? Él era lo único que se interponía entre los ichanis y Kyralia. Preocuparse por su seguridad era perfectamente razonable desde esa perspectiva.

Se disponía a cerrar la puerta de su habitación cuando se oyeron unos pasos distintos en el pasillo.

—¿Amo?

La voz de Takan denotaba sorpresa e inquietud. Sonea sintió que se le erizaba el vello.

—Takan —dijo Akkarin con una voz apenas audible—. Quédate para que te dé esto y te deshagas de ello.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el sirviente, claramente horrorizado.

Sin pensárselo dos veces, Sonea abrió la puerta y avanzó por el pasillo sin hacer ruido. Takan estaba de pie ante la entrada de la alcoba de Akkarin. Al notar que se acercaba, se volvió hacia ella con expresión dudosa.

—Sonea —dijo Akkarin en voz baja y serena.

Un globo de luz diminuto y tenue iluminó su habitación. Él estaba sentado en el borde de una cama grande. En la penumbra su túnica se fundía con la oscuridad, de modo que solo resultaban visibles su rostro, sus manos... y un antebrazo.

A Sonea se le cortó la respiración. La manga derecha de la túnica de Akkarin colgaba de un modo extraño, y la chica vio que se la había rasgado para abrísela. Una marca roja le recorría el brazo desde el codo hasta la muñeca. Su pálida piel estaba cubierta de regueros y manchas de sangre.

—¿Qué ha pasado? —Sonea jadeó y añadió—: Gran Lord.

Akkarin pasó la vista de ella a Takan y dejó escapar un discreto resoplido.

—Veo que vosotros dos no me dejaréis descansar hasta que os lo haya contado todo. Pasad y sentaos.

Takan entró en la habitación. Sonea, aunque indecisa durante unos instantes, finalmente lo siguió. Nunca había visto el interior de su dormitorio. Una semana atrás, la mera idea de entrar en él la habría aterrado. Al echar un vistazo alrededor, sintió cierta desilusión. Los muebles eran parecidos a los

de ella. Las mamparas de papel de las ventanas eran de color azul marino, a juego con el borde de una alfombra tan grande que cubría casi todo el suelo. La puerta de su armario estaba abierta. Dentro solo había túnicas, algunas capas y un abrigolargo.

Cuando se volvió de nuevo hacia Akkarin, vio que la observaba con una ligera sonrisa en los labios. Le señaló una silla.

Takan había cogido una jarra de agua de un armario pequeño situado junto a la cama. Se sacó un trozo de tela del uniforme, lo humedeció y se acercó al brazo de Akkarin. El Gran Lord le arrebató el paño.

—Hay una espía nueva en la ciudad —anunció, limpiándose la sangre del brazo—. Pero creo que no es una espía normal y corriente.

—¿Una mujer? —lo interrumpió Sonea.

—Sí, una mujer —Akkarin devolvió el trozo de tela a Takan—. No es lo único que la diferencia de los espías anteriores. No lleva demasiado tiempo aquí, de modo que aún no puede haberse fortalecido mucho matando imardianos. Si hubiese matado a alguien, nos habríamos enterado.

—Tal vez la prepararon —aventuró Takan, estrujando el paño entre las manos—. Tal vez dejaron que absorbiera energía de sus esclavos antes de partir.

—Es posible. Fuera cual fuese el motivo, estaba lista para el combate. Me ha dado a entender que estaba agotada, y cuando me he acercado me ha hecho un tajo. Sin embargo, no ha sido lo bastante rápida para extraer energía de mi herida. Después de eso, ha intentado llamar la atención sobre nuestra pelea.

—Así que la habéis dejado escapar —concluyó Takan.

—Sí. Debe de haber pensado que yo preferiría dejarla marchar a poner otras vidas en peligro.

—O sabe que no os interesa que el Gremio se entere de que se libran batallas mágicas en las barriadas —Takan apretó los labios—. Ella matará para fortalecerse de nuevo.

—No lo dudo —respondió Akkarin con una sonrisa sombría.

—Y ahora vos estáis más débil. Habéis tenido poco tiempo para recuperar las fuerzas después del último combate.

—Eso no supondrá un problema —miró a Sonea—. Cuento con la ayuda

de una de las magas más poderosas del Gremio.

Sonea desvió la mirada y notó que se ruborizaba. Takan sacudió la cabeza.

—Esto no me cuadra. Ella es demasiado... distinta. Es una mujer. Ningún ichani dejaría en libertad a una esclava. Y es fuerte, astuta. No es en absoluto una esclava corriente.

Akkarin escrutó el rostro de su sirviente.

—¿Crees que es una ichani?

—Tal vez. Deberíais prepararos, por si acaso. Deberíais... —Echó una mirada a Sonea—. Deberíais haceros con una aliada.

Sonea clavó la vista en Takan, atónita. ¿Estaba insinuando que ella debía acompañar a Akkarin cuando se enfrentase de nuevo a esa mujer?

—Ya lo hemos discutido —repuso Akkarin.

—Y dijisteis que reconsideraríais vuestra posición si atacaban Kyralia — señaló Takan—. Si esa mujer es realmente una ichani, eso significa que ya están aquí. ¿Y si ella es demasiado poderosa para vos? No podéis arriesgaros a perder la vida y dejar indefenso al Gremio.

Sonea sintió que se le aceleraba el pulso.

—Y dos pares de ojos ven mejor que uno —dijo atropelladamente—. Si os hubiera acompañado hoy...

—Tal vez me habrías estorbado.

Aquello le dolió. La rabia se apoderó de ella.

—¿Es lo que creéis? No soy más que una aprendiz blanda, como los demás. No sé moverme por las barriadas ni esconderme de los magos, ¿eh?

Akkarin la miró fijamente, y acto seguido se encorvó y se echó a reír con suavidad.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó—. Los dos estáis decididos a vencerme por agotamiento —se frotó el brazo con aire ausente.

Sonea bajó la vista y parpadeó varias veces, sorprendida. Las heridas rojas se habían vuelto rosadas. Akkarin se había estado sanando incluso mientras hablaban.

—Iniciaré a Sonea solo si la mujer resulta ser una ichani. Entonces sabremos que ellos se han convertido en una amenaza real.

—Si ella resulta ser una ichani, podéis acabar muerto —soltó Takan con

crudeza—. Tenéis que estar bien preparado, amo.

Akkarin levantó la mirada hacia Sonea. Tenía los ojos ensombrecidos, y una expresión distante y pensativa.

—¿Qué opinas, Sonea? No es una decisión que debas tomar sin reflexionar seriamente.

Ella respiró hondo.

—Ya he reflexionado. Si no hay alternativa, correré el riesgo y aprenderé magia negra. Después de todo, ¿de qué me servirá ser una aprendiz buena y cumplidora de la ley si el Gremio deja de existir? Si vos caéis, lo más probable es que los demás caigamos también.

Akkarin asintió despacio.

—Está bien, pero no me gusta. Si hubiese otra salida, me negaría —suspiró—. Pero no la hay. Empezaremos mañana por la noche.

11. Conocimiento prohibido

Las puntas de tres yerims se incrustaron en la puerta del despacho de Cery. Este se levantó de su silla frente al escritorio, desclavó los tres utensilios de escritura y regresó a su asiento. Se quedó mirando la puerta y volvió a lanzar los yerims, uno detrás de otro.

Fueron a dar justo donde él quería, en los vértices de un triángulo imaginario. Cery se puso de pie otra vez y cruzó tranquilamente la habitación para recuperarlos. Sonrió al pensar en el mercader que aguardaba al otro lado. ¿Cómo interpretaría el hombre ese golpeteo sordo y regular en la puerta del ladrón?

Exhaló un suspiro. En realidad lo mejor sería recibir al mercader y quitárselo de encima de una vez, pero en aquel momento no se sentía muy generoso, y ese hombre solía visitarlo para rogarle que le diera más tiempo para pagar sus deudas. Cery no estaba seguro de si el mercader estaba poniendo a prueba al ladrón nuevo y más joven a fin de ver cuánto era capaz de aguantar. Era mejor cobrar una deuda de forma gradual que no cobrarla en absoluto, pero un ladrón con fama de paciencia infinita no era un ladrón respetado.

A veces tenía que demostrar que podía actuar con mano dura.

Cery miró los yerims, con la punta clavada profundamente en la veta de la madera. Tenía que reconocerlo: el mercader no era la verdadera causa de su mal humor.

«Se ha ido —le había informado Morren—. Él la ha dejado escapar».

Cuando le había exigido más detalles, Morren había descrito una lucha encarnizada. Era evidente que la mujer había resultado ser más poderosa de

lo que Akkarin imaginaba. Él no había conseguido contener su magia, que había destrozado la habitación de la casa de bol donde ella se alojaba. Varios clientes habían visto más de lo que convenía, aunque Cery había enviado antes a aquel establecimiento a unos hombres dispuestos a compartir sus cuantiosas «ganancias» de las carreras para asegurarse de que la mayoría de los presentes estuviese bajo los efectos de la bebida. Los que no estaban borrachos o se encontraban fuera de la casa de bol habían recibido dinero a cambio de su silencio, aunque esas medidas rara vez acallaban los rumores durante mucho tiempo, sobre todo cuando tenían que ver con una mujer que saltaba por la ventana de un tercer piso y descendía flotando hasta el suelo.

«No es un desastre —se dijo Cery por centésima vez—. Ya la encontraremos de nuevo. Akkarin tendrá buen cuidado de estar mejor preparado». Regresó a su escritorio, se sentó, abrió el cajón y dejó caer los yerims en él.

Tal como esperaba, tras varios minutos de silencio, se oyó un golpecito tímido en la puerta.

—Pasa, Gol —dijo Cery en voz muy alta. Bajó la vista y se arregló la ropa mientras la puerta se abría y el hombretón entraba en el despacho—. Más vale que hagas pasar a Hem —levantó la mirada—. Acabemos con esto... ¿A ti qué te pasa?

Gol sonreía de oreja a oreja.

—Ha venido Savara.

Cery notó que el corazón le latía más deprisa. ¿Cuánto sabía ella? ¿Cuánto debía decirle él? Irguió la espalda.

—Que pase.

Gol se retiró. Cuando la puerta volvió a abrirse, Savara entró en la habitación. Se acercó al escritorio a grandes pasos, muy ufana.

—He oído que el Gran Lord encontró la horma de su zapato anoche.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó Cery.

La joven se encogió de hombros.

—La gente tiende a contarme cosas cuando les hago preguntas con educación —aunque su tono era desenfadado, había una arruga entre sus cejas.

—No lo dudo —respondió Cery—. ¿De qué más te has enterado?

—De que la mujer escapó, cosa que no habría ocurrido si me hubieras dejado ocuparme de ella.

A Cery se le dibujó una sonrisa.

—Sí, ya, como si tú lo hubieras hecho mejor.

Los ojos de Savara relampaguearon.

—Pues sí, lo habría hecho mejor.

—¿Cómo?

—Tengo mis tácticas —cruzó los brazos—. Me gustaría matar a esa mujer, pero ahora que Akkarin sabe de su existencia, no puedo. Ojalá no se lo hubieras contado —lanzó a Cery una mirada muy directa—. ¿Cuándo vas a fiarte de mí?

—¿Fiarme de ti? —se rio entre dientes—. Nunca. ¿Dejar que mates a uno de esos asesinos? —frunció los labios, como si se lo pensara—. En la próxima ocasión.

Savara lo miró fijamente.

—¿Me das tu palabra?

Cery le sostuvo la mirada y asintió.

—Sí, te doy mi palabra. Encuentra a esa mujer, y si no me das ningún motivo para cambiar de idea, matarás al esclavo que venga después.

Savara se puso ceñuda, pero no protestó.

—Trato hecho. Cuando él consiga matar a esa mujer, yo estaré allí, con o sin tu permiso. Por lo menos quiero presenciar su muerte.

—¿A ti qué te ha hecho?

—Le eché una mano hace mucho tiempo, pero después me arrepentí por culpa suya —adoptó una expresión seria—. Te crees muy duro y despiadado, ladrón. Si eres cruel, es solo para mantener el orden y el respeto. Para los ichanis, el asesinato y la crueldad son un juego.

Cery arrugó el entrecejo.

—¿Qué hizo?

Savara vaciló y luego negó con la cabeza.

—No puedo decirte nada más.

—Pero hay algo más, ¿verdad? —Cery suspiró—. ¿Y así quieres que me fíe de ti?

Ella sonrió.

—Tanto como tú quieres que me fíe yo de ti. No me explicas los detalles de tu acuerdo con el Gran Lord, y sin embargo esperas que crea que mantienes en secreto mi existencia.

—Por eso debes confiar en mí, con independencia de si matas o no a uno de los asesinos... o asesinas —Cery dejó escapar una sonrisa—. Pero si te empeñas en asistir a esa pelea, yo también estaré allí. Detesto perderme siempre el espectáculo.

Savara asintió, sonriendo.

—Me parece justo —hizo una pausa y retrocedió un paso—. Debería ponerme a buscar a esa mujer.

—Supongo que sí.

Savara dio media vuelta y cruzó el despacho en dirección a la puerta. Cuando se hubo marchado, Cery sintió una vaga desilusión y empezó a pensar en cómo podría haberla retenido un rato más. La puerta volvió a abrirse, pero esa vez se trataba de Gol.

—¿Listo para recibir a Hem?

—Que pase —dijo Cery, haciendo una mueca.

Abrió el cajón y sacó uno de los yerims junto con una piedra de afilar. Mientras el mercader entraba con pasos medidos, Cery empezó a afilar la punta del utensilio de escritura.

—Bien, Hem, dame una buena razón para que no calcule cuántos agujeros tengo que hacerte antes de que empieces a sangrar dinero.

Desde el tejado de la universidad se alcanzaba a vislumbrar los restos de la vieja atalaya, que estaba medio desmantelada. En algún lugar situado detrás de los árboles, unos carros tirados por gorines transportaban piedra nueva por el camino largo y sinuoso hacia la cima.

—Tal vez la construcción se posponga hasta después de las vacaciones de verano —dijo lord Sarrin.

—¿La construcción se va a retrasar? —Lorlen se volvió hacia el mago que tenía al lado—. Esperaba que este proyecto no se alargara más de tres meses. Ya estoy harto de las quejas sobre el retraso en los proyectos y la falta de tiempo libre.

—Estoy seguro de que muchos estarían de acuerdo con usted —respondió lord Sarrin—. Aun así, no podemos decir a todos los que trabajan en ello que no podrán ir a visitar a sus familias este año. El problema de los edificios reforzados con magia es que no tienen una estructura sólida hasta que fusionamos la piedra, y eso no lo hacemos hasta que todo está en su sitio. Mientras tanto, evitamos que la obra se caiga a pedazos de forma consciente. Los retrasos no nos hacen muy felices.

A diferencia de lord Peakin, lord Sarrin apenas había participado en la polémica sobre la nueva atalaya. Lorlen no estaba seguro de si eso se debía a que el viejo líder de alquimistas no tenía una opinión muy definida al respecto, o a que había tenido claro qué bando acabaría por ganar y había optado por un silencio prudente. Tal vez era un buen momento para preguntárselo.

—¿Qué opina usted en realidad sobre este proyecto, Sarrin?

El viejo mago se encogió de hombros.

—Estoy de acuerdo en que el Gremio debe acometer planes imponentes y ambiciosos de vez en cuando, pero me pregunto si construir otro edificio es lo que más necesitamos.

—He oído que Peakin quería utilizar unos planos de lord Coren que no se habían llegado a realizar.

—¡Lord Coren! —exclamó Sarrin, exasperado—. Qué hartos estoy de oír ese nombre. Me gustan algunas de las obras que el arquitecto diseñó en su día, pero en la actualidad tenemos magos tan capaces de concebir edificios atractivos y funcionales como lo fue él.

—Sí —convino Lorlen—. Me han dicho que a Balkan casi le dio un ataque cuando vio los planos de Coren.

—Los llamó «una pesadilla de frivolidad».

Lorlen suspiró.

—Creo que las vacaciones de verano no serán lo único que retrase este proyecto.

Sarrin frunció los labios.

—Un poco de presión externa tal vez agilice el asunto. ¿Tiene prisa el rey?

—¿Alguna vez no la ha tenido?

Sarrin soltó una risita.

—Pediré a Akkarin que nos haga el favor de tantear el terreno —dijo Lorlen—. Estoy seguro de que...

—Administrador —lo llamó una voz.

Lorlen se volvió. Osen cruzaba a toda prisa la azotea hacia él.

—¿Sí?

—Barran, el capitán de la Guardia, ha venido a verle.

—Será mejor que me ocupe de esto —dijo Lorlen a Sarrin.

—Desde luego —Sarrin movió la cabeza en señal de despedida.

Cuando Lorlen echó a andar hacia Osen, el joven mago se detuvo para esperarlo.

—¿Ha explicado el capitán el motivo de su visita? —preguntó Lorlen.

—No —respondió Osen, caminando al lado del administrador—, pero se le ve alterado.

Entraron por la puerta que daba al tejado y recorrieron la universidad. Al dejar atrás el vestíbulo, Lorlen avistó a Barran de pie frente a la puerta de su despacho. El guardia pareció aliviado cuando vio a Lorlen acercarse.

—Buenas tardes, capitán —dijo Lorlen.

Barran hizo una reverencia.

—Administrador.

—Pase a mi despacho —Lorlen abrió la puerta para que Barran y Osen entraran, y luego indicó un asiento a su visita. Se sentó tras su escritorio y dirigió al capitán una mirada seria.

—¿Qué le trae al Gremio? Espero que no se trate de otro asesinato.

—Me temo que sí. Y no solo uno —la voz de Barran sonaba tensa—. Se ha producido algo que no puedo sino calificar de matanza.

Lorlen notó que se le helaba la sangre.

—Continúe.

—Anoche encontraron en Ladonorte a catorce víctimas... asesinadas de la misma manera. Casi todas estaban en la calle, pero algunas se hallaban dentro de casas —Barran sacudió la cabeza—. Es como si un demente hubiera estado deambulando por las barriadas, matando a todo aquel que se cruzara en su camino.

—En ese caso, sin duda habrá testigos.

Barran negó con un gesto.

—Nada útil. Unas cuantas personas han dicho que les pareció ver a una mujer; según otras, era un hombre. Nadie vio la cara al asesino. Estaba demasiado oscuro.

—¿Y cómo mató a las víctimas? —se obligó a preguntar Lorlen.

—Con cortes superficiales. En principio nada de heridas mortales. No hay rastro de veneno, ni huellas dactilares en las heridas. Por eso he venido a verle. Esa es la única similitud respecto a los casos anteriores que hemos comentado —hizo una pausa—. Hay algo más.

—¿Sí?

—El marido de una víctima contó a uno de mis investigadores que circulan rumores sobre una pelea que supuestamente hubo anoche en una casa de bol. Una pelea entre magos.

Lorlen consiguió adoptar una expresión de escepticismo.

—¿Magos?

—Sí. Aparentemente uno de ellos bajó flotando hasta el suelo desde la ventana de un tercer piso. Yo habría pensado que se trataba de una fantasía fruto de la oscuridad, de no ser porque todos los asesinatos se cometieron en una línea que apunta directamente a esa casa de bol. O que se aleja de ella.

—¿Ha investigado esa casa de bol?

—Sí. Una de las habitaciones estaba patas arriba, lo que demuestra que algo pasó allí anoche. Respecto a si tuvo o no algo que ver con la magia... —se encogió de hombros—. No hay forma de saberlo.

—Nosotros tenemos forma de saberlo —aseveró Osen.

Lorlen alzó la vista hacia su ayudante. Osen estaba en lo cierto; alguien del Gremio debía examinar la casa de bol. «Akkarin querrá que lo haga yo», pensó Lorlen.

—Me gustaría ver esa habitación.

Barran asintió.

—Si quiere, le llevo ahora mismo. Tengo un coche de la Guardia esperando fuera.

—Puedo ir yo en su lugar —se ofreció Osen.

—No —repuso Lorlen—. Lo haré yo. Sé más de esos casos que tú. Quédate y mantén los ojos bien abiertos.

—Es posible que otros magos se enteren de esto —señaló Osen—. Estarán preocupados. ¿Qué les digo?

—Que se ha producido otra inquietante serie de asesinatos y que la historia sobre la casa de bol probablemente es una exageración. No queremos que la gente saque conclusiones precipitadas o siembre el pánico —se puso de pie, y Barran lo imitó.

—¿Y si efectivamente se descubren indicios de que se usó magia? —inquirió Osen.

—Ya nos ocuparemos de ello.

Osen permaneció de pie junto al escritorio mientras Lorlen y Barran se acercaban a la puerta. Al volver la vista, Lorlen advirtió que su ayudante tenía el ceño fruncido.

—No te preocupes —intentó tranquilizarlo Lorlen, y consiguió esbozar una sonrisa irónica—. Seguramente esto será solo tan siniestro como los otros casos de asesinato.

Osen sonrió con languidez y asintió.

Tras cerrar la puerta de su despacho, Lorlen cruzó a grandes zancadas el vestíbulo y salió de la universidad.

Deberías entrevistarte con el capitán Barran a solas, amigo mío.

Lorlen dirigió la mirada a la residencia del Gran Lord.

Osen es un hombre sensato.

Los hombres sensatos pueden volverse bastante irracionales cuando se dejan llevar por la sospecha.

¿Tiene motivos para sospechar? ¿Qué sucedió anoche?

Un montón de losdes borrachos fue testigo del intento fallido del ladrón de atrapar a una asesina.

¿De verdad fue eso lo que ocurrió?

—Administrador...

Lorlen parpadeó y cayó en la cuenta de que estaba de pie frente a la portezuela abierta del carruaje. Barran lo contemplaba con aire inquisitivo.

—Discúlpeme —Lorlen sonrió—. Solo estaba consultando a un colega.

Barren abrió los ojos un poco más de lo normal al comprender a qué se refería Lorlen.

—Debe de ser una habilidad bastante útil, la suya.

—Lo es —convino Lorlen. Subió al carruaje—. Pero tiene sus limitaciones.

«O debería tenerlas», añadió para sí.

Sonea sintió un cosquilleo en el estómago al entrar en la sala subterránea; últimamente le ocurría aquello siempre que pensaba en la siguiente clase de magia negra, cosa que hacía cada pocos minutos. Habían brotado dudas en su mente, y en unas cuantas ocasiones había estado a punto de decir a Akkarin que había cambiado de idea. Pero si se sentaba a reflexionar sobre ello con tranquilidad, su determinación se mantenía firme. Aprender magia negra suponía un riesgo para ella, pero la alternativa era exponer al Gremio y a Kyralia a un riesgo aún mayor.

Cuando Akkarin se volvió hacia ella, Sonea hizo una reverencia.

—Siéntate, Sonea.

—Sí, Gran Lord.

Se sentó y echó un vistazo a la mesa. Estaba cubierta con una extraña colección de objetos: un cuenco con agua, una planta común en una maceta pequeña, una jaula en la que un harrel olisqueaba aquí y allá, toallas pequeñas, libros y una caja de madera pulida y sin adornos. Akkarin estaba leyendo uno de los libros.

—¿Para qué es todo esto? —preguntó Sonea.

—Para tu entrenamiento —respondió él, y cerró el libro—. No le he enseñado a nadie lo que voy a enseñarte esta noche. Yo mismo tuve que aprender sin que nadie me proporcionara una explicación. No descubrí más hasta que encontré los viejos libros que lord Coren había vuelto a enterrar en el Gremio.

La chica asintió.

—¿Y cómo los encontrasteis?

—Coren sabía que los magos que habían enterrado el arcón originalmente tenían razón al querer conservar el conocimiento de la magia negra por si el Gremio se veía obligado a enfrentarse algún día a un enemigo más poderoso. Pero de nada serviría si nadie lo encontraba después. Escribió una carta al Gran Lord, que debía entregársele después de su muerte, en la que le

explicaba que había enterrado un depósito secreto de conocimientos bajo la universidad que podría salvar al Gremio si tenía que hacer frente a un enemigo terrible —Akkarin levantó la vista al techo—. Encontré la carta entre las hojas de un libro de crónicas cuando trasladaron aquí la biblioteca una vez terminadas las reformas. Las instrucciones de Coren para dar con el secreto eran tan crípticas que ninguno de mis antecesores había tenido paciencia para descifrarlas. Yo, sin embargo, adiviné su secreto.

—¿Y lograsteis entender las instrucciones?

—No —Akkarin rio apenas para sí—. Me pasé cinco años explorando todas las noches los pasadizos subterráneos hasta que encontré el arcón.

Sonea sonrió.

—Qué desastre habría sido que el Gremio hubiese tenido que hacer frente a un enemigo terrible —luego añadió, más seria—: Bueno, ese momento ha llegado.

Akkarin adoptó una expresión grave. Miró los objetos dispuestos sobre la mesa.

—Muchas de las cosas que te diré ya las sabes. Te han enseñado que todos los seres vivos contienen energía, y que cada uno de nosotros posee una barrera en la piel que nos protege de influencias mágicas externas. De no ser por eso, un mago podría matarte desde lejos, accediendo a tu cuerpo con la mente y comprimiéndote el corazón, por ejemplo. Esa barrera es permeable a ciertos tipos de magia, como la sanadora, pero solo cuando se produce un contacto de piel con piel.

Se apartó de la mesa y dio un paso hacia Sonea.

—Si cortas la piel, rompes la barrera. Absorber energía a través de esa abertura puede ser un proceso lento. En clase de alquimia habrás aprendido que la magia se desplaza más deprisa a través del agua que por el aire o la piedra. En clase de sanación habrás aprendido que el aparato circulatorio llega a todas las partes del cuerpo. Cuando te haces un corte lo bastante profundo para que mane sangre, puedes absorber energía de todo el cuerpo con bastante rapidez.

»La técnica de absorción no es difícil de aprender —prosiguió Akkarin—. Podría explicártela tal como la describen en estos libros y dejar que experimentes con animales, pero así tardarías muchos días, incluso semanas,

en aprender a absorber de manera controlada —sonrió—. Además, traer a los animales a escondidas resultaría tan complicado que no valdría la pena —volvió a ponerse serio—. Pero hay otro motivo. La noche que me viste absorber energía de Takan, percibiste algo. Yo había leído que, como ocurre con la magia normal, otros magos pueden detectar el uso de la magia negra, sobre todo si están cerca. Al igual que la magia normal, la negra permite anular ese efecto. Yo no sabía que podía ser detectado hasta que te leí la mente. Después hice varios experimentos hasta que me aseguré de no ser detectable. Debería enseñarte esto lo antes posible, para reducir el riesgo de que te descubran —alzó la mirada hacia el techo—. Te guiaré mentalmente, y utilizaremos a Takan como primera fuente. Cuando llegue, ten cuidado con lo que digas. Él no quiere aprender estas cosas por razones demasiado complicadas y personales para que las entiendas.

Se oyeron unos pasos amortiguados procedentes de la escalera. La puerta se abrió y Takan entró en la habitación. Hizo una reverencia.

—¿Me habéis llamado, amo?

—Ha llegado el momento de enseñar magia negra a Sonea —dijo Akkarin.

Takan asintió con la cabeza. Se dirigió a la mesa y abrió la caja. Dentro, sobre una almohadilla de tela negra fina, estaba el cuchillo con que Akkarin había matado al espía sachakano. Takan lo cogió con cuidado, solemnemente.

A continuación, con un movimiento fluido y ensayado, el sirviente se colocó el cuchillo sobre las muñecas y se acercó a Sonea, agachando la cabeza. Akkarin entrecerró los ojos.

—Ya es suficiente, Takan. Y no te arrodilles —Akkarin sacudió la cabeza—. Somos un pueblo civilizado. No esclavizamos a nadie.

Una sonrisa apenas visible asomó a los labios de Takan. Miró a Akkarin con un brillo en los ojos. El Gran Lord dio un resoplido suave e hizo una indicación a Sonea con la cabeza.

—Esta es un arma sachakana, que solo pueden llevar los magos —dijo—. Forjan y afilan sus cuchillos con magia. Tiene muchos siglos de antigüedad y ha ido pasando de padre a hijo. Su último propietario fue Dakova. Yo lo habría dejado donde estaba, pero Takan lo trajo consigo. Coge el cuchillo, Sonea.

Ella aceptó el arma con aprensión. ¿A cuánta gente habían matado con ese cuchillo? ¿A cientos? ¿A miles? Se estremeció.

—Takan va a necesitar esa silla.

La chica se levantó. Takan ocupó su lugar y comenzó a remangarse la camisa.

—Haz un corte poco profundo. No aprietes mucho. Está muy afilado.

Ella bajó la vista hacia el sirviente y sintió la boca reseca. Takan le sonrió y alzó el brazo. Tenía la piel cubierta de cicatrices entrecruzadas, como Akkarin.

—¿Lo ve? —dijo Takan—. Ya he hecho esto antes.

La hoja del arma tembló ligeramente cuando Sonea la apretó contra la piel de Takan. Al apartarla, vio que brotaban perlas rojas a lo largo del corte. Tragó saliva. «Estoy haciendo esto de verdad». Levantó la mirada y vio que Akkarin la observaba con suma atención.

—No tienes obligación de aprender esto, Sonea —dijo, quitándole el cuchillo.

Ella inspiró profundamente.

—Sí, sí la tengo —replicó—. ¿Y ahora qué?

—Coloca la mano sobre la herida.

Takan seguía sonriendo. Sonea posó la palma de la mano sobre el corte con delicadeza. Akkarin extendió los brazos y le puso los dedos en las sienes.

Concéntrate como cuando aprendiste Control. La visualización te ayudará de entrada. Muéstrame la habitación de tu mente.

La chica cerró los ojos, se formó una imagen mental de la habitación y se situó en su interior. Las paredes estaban cubiertas de cuadros de rostros y paisajes conocidos, pero Sonea hizo caso omiso de ellos.

Abre la puerta de tu energía.

De inmediato, un cuadro se estiró hasta adquirir forma de puerta y de esta surgió un picaporte. Ella alargó la mano hacia la manija y la hizo girar. La puerta se abrió hacia fuera y desapareció. Un abismo de oscuridad se extendió ante Sonea, y en su interior pendía la esfera de luz que representaba su energía.

Ahora avanza y entra en tu energía.

Sonea se quedó inmóvil. ¿Avanzar hacia el abismo?

No, entra en tu energía. Entra en su núcleo.

¡Pero si está muy lejos! No puedo llegar hasta allí.

Claro que puedes. Es tu energía. Está tan lejos como tú quieras que esté, y puedes llegar tan lejos como desees.

Pero ¿y si me quema?

No te quemará. Es tu energía.

Sonea vaciló durante unos instantes ante la entrada; luego se armó de valor y pasó al otro lado.

Sintió que se estiraba; acto seguido, la esfera blanca se hinchó, y una oleada de emoción recorrió a Sonea cuando penetró en ella. De pronto se encontró flotando ingrávida en una neblina de luz blanca. La energía la inundó.

¿Lo ves?

Lo veo. Es maravilloso. ¿Por qué no me enseñó esto Rothen?

Pronto sabrás por qué. Quiero que te expandas. Amplifica los sentidos y siente toda la energía que te pertenece. La visualización es un instrumento útil, pero ahora debes ir más allá. Tienes que percibir tu energía con todos tus sentidos.

Sonea descubrió que estaba obedeciendo antes de que Akkarin terminara la frase. Al no estar rodeada más que de aquel resplandor blanco, le resultaba fácil amplificar sus sentidos.

Cuanto más consciente era de su energía, mayor era la percepción de su cuerpo. Al principio temió que aquella conciencia de lo físico implicara que estaba perdiendo la concentración. Después cayó en la cuenta de que su energía era su cuerpo. No existía en algún abismo dentro de su mente. Fluía por todas sus extremidades, todos los huesos y venas de su interior.

Sí. Ahora, céntrate en tu mano derecha y en lo que hay más allá.

De entrada Sonea no lo vio, pero enseguida algo captó su atención. Era una brecha, una visión fugaz de algo más allá de sí misma. Al fijarse en ella, sintió una presencia distinta al otro lado.

Concéntrate en esa otra presencia, y luego haz esto.

Akkarin le transmitió un pensamiento demasiado extraño para expresarlo con palabras. Era como si entrara en el cuerpo de Takan pero sin salirse del suyo propio. Tenía conciencia de ambos.

Percibe la energía en el interior de su cuerpo. Traslada un poco de esa energía al tuyo.

De pronto, la chica se percató de que Takan poseía una gran reserva de energía. Era poderoso, casi tanto como ella. Sin embargo, su mente no parecía estar en contacto con esa energía acumulada en su interior, como si no fuera consciente de su existencia.

Pero Sonea sí lo era. A través de la brecha en la piel del sirviente, Sonea entró en contacto con su energía. Le fue fácil extraerla del cuerpo de él y canalizarlo hacia el suyo. Se sintió un poco más fuerte.

Entonces lo comprendió. Estaba absorbiendo energía.

No sigas.

Sonea relajó su voluntad y notó que el goteo de energía cesaba.

Vuelve a empezar.

Absorbió energía a través de la brecha otra vez. Era un transvase lento de magia. Sonea se preguntó cómo se sentiría si se apropiase de toda aquella energía y doblase su poder. Eufórica, tal vez.

Pero ¿qué haría con ello? En realidad no tenía la menor necesidad de ser el doble de poderosa. No agotaba su propia energía ni siquiera en las clases de la universidad.

No sigas.

La chica obedeció. Cuando las manos de Akkarin se apartaron de sus sienes, abrió los ojos.

—Bien —dijo él—. Ahora sana a Takan.

Sonea miró el brazo de Takan y se concentró. La herida sanó rápidamente, y la conciencia que la joven tenía del cuerpo y la energía del sirviente se desvaneció. Takan hizo una mueca y a Sonea el corazón le latió con fuerza.

—¿Te encuentras bien?

Él desplegó una sonrisa.

—Sí, lady Sonea. Es usted muy delicada. Es solo que la sanación pica — alzó la vista hacia Akkarin y se puso serio—. Será una aliada valiosa, amo.

Akkarin no respondió. Al volverse, Sonea vio que el Gran Lord se había alejado hacia el armario de libros y se había detenido, con los brazos cruzados y el entrecejo fruncido. Akkarin sintió su mirada y se dio la vuelta

para contemplarla con una expresión indescifrable.

—Enhorabuena, Sonea —dijo con voz suave—. Ya eres una maga negra. Ella se quedó perpleja.

—¿Eso es todo? ¿Es así de fácil?

Akkarin asintió.

—Sí. La técnica para matar al instante se aprende en un momento. De ahora en adelante, no debes permitir que nadie acceda a tu mente. Un pensamiento furtivo bastaría para que revelaras este secreto a otro mago.

La chica bajó la vista a la pequeña mancha de sangre que tenía en la mano y sintió un escalofrío.

«Acabo de utilizar la magia negra —pensó—. No hay vuelta atrás. Ya no. Nunca la habré».

Takan la observaba.

—¿Siente remordimientos, lady Sonea?

Ella inspiró profundamente y soltó el aire.

—Menos que si el Gremio fuera destruido sin que yo hubiese hecho algo por evitarlo. Pero... espero no tener que recurrir a esto nunca más —miró a Akkarin con una sonrisa torcida—. Eso significaría que el Gran Lord ha muerto, y hace muy poco dejé de desear que eso ocurriese.

Akkarin arqueó las cejas, y a Takan se le escapó una risotada.

—Me gusta, amo —dijo—. Elegisteis bien cuando asumisteis su tutela.

Akkarin ahogó una carcajada y descruzó los brazos.

—Sabes perfectamente que yo no elegí nada, Takan.

Se acercó a la mesa y contempló los objetos que había encima.

—Bien, Sonea. Ahora quiero que examines cada uno de los seres vivos que hay sobre esta mesa y pienses cómo se puede aplicar a ellos la técnica que acabo de enseñarte. Después te daré otros libros que debes leer.

12. El precio de guardar un secreto letal

Rothen se levantó de la cama, descorrió la mampara de papel de una de las ventanas y suspiró. Un resplandor débil iluminaba un lado del cielo. Aún no había amanecido, y él ya estaba totalmente despierto.

Miró la residencia del Gran Lord, que se alzaba siniestra a la orilla del bosque. Pronto Sonea se levantaría y se encaminaría hacia las termas.

Él la había vigilado durante la última semana. Aunque no había vuelto a verla con Akkarin, era indudable que algo en su actitud había cambiado.

Caminaba con una seguridad en sí misma que antes no tenía. Durante el descanso de enmedio, se sentaba a estudiar en el jardín, lo que permitía a Rothen observarla desde las ventanas de la universidad. A lo largo de la última semana, Sonea se distraía con facilidad. Con frecuencia interrumpía su estudio y dirigía en torno a sí una mirada de inquietud o preocupación. De vez en cuando miraba al vacío con expresión sombría. En esas ocasiones parecía tan adulta que a Rothen le costaba reconocerla.

Pero era cuando contemplaba la residencia del Gran Lord cuando Rothen sentía un mayor temor. En esos momentos la veía muy pensativa, pero lo que más lo asustaba era lo que no veía en su semblante: ni el menor atisbo de repulsión o miedo.

Se estremeció. ¿Cómo podía Sonea mirar la casa de Akkarin sin mostrar siquiera cierta incomodidad? Antes la mostraba. ¿Qué había cambiado?

Rothen tamborileó con los dedos sobre el alféizar. Desde hacía año y medio obedecía la orden de Akkarin de mantenerse alejado de Sonea. Solo había hablado con ella en situaciones en que había otras personas presentes y habría causado extrañeza que no le dirigiese la palabra.

«Llevo mucho tiempo siendo sumiso. No creo que él le haga daño solo porque intente hablar con ella a solas una vez».

El cielo estaba un poco menos oscuro. La claridad empezaba a inundar los jardines. Rothen solo tenía que bajar allí e interceptarla cuando se dirigiese hacia las termas.

Se apartó de la ventana y comenzó a vestirse. No fue sino cuando se disponía a salir que se paró a pensar. «Unas pocas preguntas —se dijo—. Eso es todo. Seguro que él ni siquiera se dará cuenta».

El pasillo del alojamiento de los magos estaba desierto y en silencio. Las botas de Rothen repiquetearon a un ritmo rápido sobre la escalera que descendía hasta la salida. Cuando llegó al patio torció hacia los jardines.

Decidió esperar en uno de los cenadores próximos al sendero principal. No era visible desde la residencia del Gran Lord. Casi todo el jardín se abarcaba con la vista desde la planta superior de la universidad, pero era demasiado temprano para que hubiese magos vagando por allí arriba.

Media hora después, oyó unos pasos suaves que se acercaban. La vislumbró entre los árboles y suspiró aliviado. Sonea iba con retraso, pero seguía con la rutina de siempre. Entonces a Rothen el corazón empezó a latirle a toda prisa. ¿Y si ella se negaba a hablar con él? Se levantó y llegó a la entrada del cenador justo cuando la joven pasaba por delante.

—Sonea.

La chica se sobresaltó y se volvió hacia él.

—¡Rothen! —susurró—. ¿Qué haces aquí a estas horas de la mañana?

—Intentar encontrarme contigo, por supuesto.

Sonea estuvo a punto de sonreír, pero la cautela habitual volvió a su expresión mientras ella alzaba la vista hacia la universidad.

—¿Por qué?

—Quiero saber cómo te van las cosas.

La chica se encogió de hombros.

—Bastante bien. Ha pasado mucho tiempo. Me he acostumbrado, y he aprendido a evitarle.

—Ahora pasas allí todas las tardes.

La mirada de Sonea se tornó huidiza.

—Sí —después de vacilar unos instantes, esbozó una sonrisa—. Me

alegra saber que me vigilas, Rothen.

—No tan de cerca como querría —Rothen respiró hondo—. Tengo que preguntarte una cosa. ¿Te... te ha obligado a hacer algo que no querías, Sonea?

Ella lo miró, pestañeando, y luego arrugó el entrecejo y bajó la vista.

—No, aparte de convertirme en su predilecta y hacerme estudiar mucho.

Rothen esperó a que alzase de nuevo la vista para mirarla a los ojos. Algo en el gesto de su boca le resultaba familiar. De eso ya hacía mucho tiempo, pero le recordaba el modo en que ella...

«... el modo en que sonrío cuando dice la verdad, pero sabe que no es toda la verdad».

Rápidamente reformuló la pregunta:

—¿Te ha obligado a hacer algo que yo no querría que hicieras?

Una de las comisuras de los labios de Sonea se curvó hacia arriba de nuevo.

—No, Rothen, no me ha obligado.

El mago asintió, aunque la respuesta no lo había dejado más tranquilo. No podía evitar dar forma nueva a la pregunta una y otra vez. «Tal vez Ezrille tenga razón. Tal vez me preocupe demasiado».

Sonea sonrió con tristeza.

—Yo también sigo esperando a que algo malo ocurra —dijo—, pero cada día aprendo más. Si llega el momento en que tenga que luchar, no será tan fácil vencerme —echó una mirada en dirección a la residencia del Gran Lord y retrocedió un paso para apartarse de Rothen—. Pero no le demos motivos a nadie para iniciar una pelea antes de tiempo.

—No —convino él—. Ten cuidado, Sonea.

—Lo tendré —dio media vuelta para marcharse, pero tras unos segundos de vacilación volvió la vista atrás—. Cuida de ti mismo, Rothen. No te preocupes por mí. Bueno, no demasiado.

Él consiguió sonreír. Al verla alejarse, sacudió la cabeza y suspiró. La joven le pedía un imposible.

Al llegar al centro de la Arena, Sonea se fijó en lo bajo que estaba el sol.

Había sido un día largo, pero las clases pronto terminarían. Solo faltaba una.

Esperó a que los aprendices elegidos por Balkan ocuparan su posición. Un círculo de personas se formó alrededor de ella; eran doce, como los puntos de una brújula. Sonea dio una vuelta completa sobre sí misma, y clavó los ojos en cada uno de ellos. Los doce le devolvían la mirada con firmeza, sin duda envalentonados por su superioridad numérica. A ella le habría gustado sentirse tan segura de sí misma. Todos sus adversarios eran alumnos de cuarto y quinto curso, y la mayoría de ellos se estaban especializando en la disciplina de habilidades de guerrero.

—Empezad —indicó Balkan.

Los doce aprendices atacaron a la vez. Sonea generó un escudo resistente y lanzó una ráfaga de azotes de fuerza. Los aprendices unieron sus escudos para crear uno solo.

Aquello no habría ocurrido si ellos hubieran sido ichanis. Sonea frunció el ceño al recordar las lecciones de Akkarin.

«Los ichanis no pelean bien juntos. Llevan años luchando entre sí y desconfiando los unos de los otros. Pocos de ellos saben canalizar energía hacia otro, o erigir una barrera con la fuerza de varios magos o combatir en equipo».

Con un poco de suerte, ella no tendría que hacer frente a ningún ichani; únicamente a sus espías, y solo en el caso de que Akkarin muriese. A no ser que el más reciente, la mujer, fuese una ichani. Pero Akkarin se encargaría de ella.

«Esos espías temen profundamente a los magos del Gremio, a pesar de lo que les dice Kariko. Planean y cometen los asesinatos con sumo cuidado para no llamar la atención del Gremio. Se fortalecen poco a poco. Si te enfrentas a uno de ellos debidamente preparada, deberías poder derrotarlo con rapidez y discreción».

Los aprendices arreciaron su ataque, obligando a Sonea a concentrarse de nuevo en el combate. La chica contraatacó. Ninguno de ellos por separado habría sido rival para ella, pero juntos podrían acabar por vencerla. Sin embargo, bastaba con que Sonea alcanzase el escudo interno de un aprendiz para ganar el combate.

Se jugaba algo mucho más importante que el orgullo. Tenía que ganar, y

además cuanto antes, para conservar su fuerza.

Cada noche, durante la última semana, había dado a Akkarin gran parte de su energía. Los rumores sobre los asesinatos en la ciudad crecían, pues a diario aparecían nuevas víctimas. Era difícil saber cuánta fuerza habría recuperado la sachakana durante ese tiempo. Akkarin, por su parte, solo contaba con Sonea y Takan como fuentes de energía.

Ella no debía agotarse durante aquel combate.

Pero evitarlo no le sería fácil. Saltaba a la vista que sus adversarios tenían mucha práctica en la unión de escudos. Ella recordó los primeros intentos que había hecho su propia clase de llevar a la práctica esa modalidad de lucha. Se equivocaban con facilidad, hasta que aprendieron a responder adecuadamente a los distintos tipos de ataque y a actuar al unísono.

«O sea, que debo hacer algo inesperado para confundirlos. Algo con lo que no se hayan encontrado jamás».

Algo como lo que había hecho la noche en que Regin y sus amigos la habían atacado en el bosque, hacía tanto tiempo. Sin embargo, no podía deslumbrar a aquellos aprendices con una luz brillante en pleno día. Pero si hacía algo parecido para que sus adversarios no supiesen dónde estaba, podría acercarse sigilosamente por detrás a uno de ellos y...

Reprimió una sonrisa. Su escudo no tenía por qué ser transparente.

Bastó un leve cambio en su voluntad para que su escudo se transformara en un globo de luz blanca. El inconveniente, como advirtió demasiado tarde, era que ella tampoco podía verlos a ellos.

«Y ahora, el espejismo». Creó varios escudos como el primero y los lanzó en distintas direcciones. Al mismo tiempo, echó a andar, llevando un escudo consigo.

Notó que la acometida de los aprendices perdía fuerza, y tuvo que taparse la boca para no reírse al imaginar el aspecto que debía de ofrecer la Arena, con varias burbujas blancas enormes flotando por todas partes. No obstante, no podía contraatacar, pues entonces delataría cuál era el escudo tras el que se resguardaba.

Los escudos se acercaron a sus adversarios, y ella notó que topaban con la barrera de los aprendices. Se detuvo y dejó que todos los escudos menos uno regularan ligeramente. Los aprendices centraron su ataque en el que seguía

avanzando. Sonea hizo que uno de los escudos que no se movían parpadeara y desapareciera: otra distracción.

Cuando revirtió el escudo que la rodeaba en uno transparente, vio que estaba cerca de tres aprendices. Hizo acopio de energía y descargó contra uno de ellos una despiadada serie de azotes de fuerza. Él dio un salto, y los que tenía cerca giraron para colocarse de frente a Sonea, pero los demás estaban demasiado distraídos con los otros escudos para percatarse de que sus aliados necesitaban ayuda.

La unión de escudos se tambaleó y cayó en pedazos ante ella.

—¡Alto!

Sonea se volvió y se encontró frente a Balkan. Se quedó atónita al ver que sonreía.

—Interesante estrategia, Sonea —comentó él—. Seguramente no la utilizaríamos en un combate real, pero sin duda ha resultado eficaz en la Arena. Has ganado el combate.

Sonea hizo una reverencia. Sabía que cuando asistiera a su próxima lección, su idea de los escudos múltiples le parecería del todo ineficaz. Sonó el gong de la universidad, que señalaba el final de la clase, y Sonea oyó suspiros entre los aprendices. Sonrió, más por haber salido airosa del combate sin haber gastado demasiada energía que por las evidentes muestras de alivio de sus adversarios.

—La clase ha terminado —anunció Balkan—. Podéis marcharos.

Los aprendices se inclinaron ante él y salieron de la Arena en fila. Sonea vio a dos magos de pie frente a la entrada. El corazón le dio un vuelco cuando los reconoció: eran Akkarin y Lorlen.

Abandonó la Arena detrás de los otros aprendices. Todos saludaron con reverencias a los magos superiores al pasar por su lado. Akkarin, sin prestarles la menor atención, hizo una seña a Sonea.

—Gran Lord —dijo, con una inclinación de cabeza—. Administrador.

—Lo has hecho bien, Sonea —dijo Akkarin—. Has valorado sus puntos fuertes, reconocido sus puntos débiles e ideado una respuesta original.

Ella lo miró sorprendida y, acto seguido, notó que se ruborizaba.

—Gracias.

—Sin embargo, yo no me tomaría demasiado en serio el comentario de

Balkan —añadió Akkarin—. En un combate real, un mago utiliza cualquier estrategia que funcione.

Lorlen dirigió a Akkarin una mirada penetrante. Daba la impresión de que estaba desesperado por hacer una pregunta, pero no se atrevía. «O tal vez una docena de preguntas», se dijo Sonea. Sintió una punzada de compasión por el administrador, y de pronto se acordó del anillo que él llevaba.

Permitía a Akkarin percibir todo lo que Lorlen veía, sentía y pensaba. ¿Era consciente de ello Lorlen? Si lo era, debía de sentirse traicionado por su amigo. La chica se estremeció. Ojalá Akkarin pudiera revelar la verdad a Lorlen.

Por otra parte, si lo hiciera, ¿le diría también que ella había aprendido magia negra por voluntad propia? Pensar en ello le provocaba una sensación muy incómoda.

Akkarin se encaminó hacia la universidad. Sonea y Lorlen lo siguieron.

—El Gremio perderá su interés por el asesino una vez que el embajador Dannyl llegue con el descarriado, Lorlen —dijo Akkarin.

Sonea había oído hablar de los rebeldes que Dannyl había capturado. La noticia sobre el mago descarriado que iba a llevar al Gremio se había propagado entre los aprendices más deprisa que la tos invernal.

—Tal vez —contestó Lorlen—, pero no lo olvidarán. Nadie olvida una serie de asesinatos como esta. No me sorprendería que alguien exigiera al Gremio que tomase cartas en el asunto.

Akkarin exhaló un suspiro.

—Como si el hecho de poseer el don de la magia nos permitiese localizar fácilmente a una persona en una ciudad con miles de habitantes.

Lorlen abrió la boca para decir algo, pero miró a Sonea y al parecer cambió de idea. Guardó silencio hasta que llegaron a los escalones de entrada a la universidad, donde les dio las buenas noches y se alejó a toda prisa. Akkarin se dirigió hacia la residencia.

—¿O sea, que los ladrones no han encontrado todavía a la espía? —preguntó Sonea en voz baja.

Akkarin negó con un gesto.

—¿Es normal que tarden tanto?

Él la miró, enarcando una ceja.

—¿Tan ansiosa estás por vernos luchar?

—¿Ansiosa? —Sacudió la cabeza—. No, no estoy ansiosa. No puedo evitar pensar que cuanto más tiempo pase ella aquí, más asesinatos habrá —hizo una pausa—. Mi familia vive en Ladonorte.

La expresión de Akkarin se suavizó ligeramente.

—Sí. Sin embargo, las barriadas tienen muchos miles de habitantes. Las probabilidades de que ella ataque a uno de tus parientes es baja, sobre todo si se quedan en casa por la noche.

—Eso hacen... —suspiró—. Pero me preocupan Cery y mis viejos amigos.

—Estoy convencido de que tu amigo ladrón sabrá cuidar de sí mismo.

Sonea asintió.

—Seguramente tenéis razón.

Mientras caminaban junto a los jardines, ella pensó en el encuentro que había tenido por la mañana con Rothen. De nuevo la acometió un sentimiento de culpa. En rigor, ella no le había mentado. Akkarin nunca le había pedido que aprendiese magia negra.

Aun así, le remordía la conciencia solo imaginarse cómo se sentiría Rothen si se enterara de la verdad. Él la había ayudado mucho, y a veces parecía que ella no le había causado más que problemas. Tal vez era mejor que los hubiesen separado.

Y, muy a su pesar, tenía que reconocer que Akkarin había hecho más que Rothen para garantizar que ella recibiese el mejor entrenamiento. Sonea nunca habría llegado a dominar las habilidades de guerrero si él no la hubiese empujado a ello. Y por lo visto tendría que recurrir a esas habilidades para combatir a los espías.

Cuando llegaron a la residencia y la puerta se abrió, Akkarin se detuvo durante un instante y miró hacia arriba.

—Creo que Takan nos espera —entró en sus aposentos y se acercó al armario de los vinos—. Tú sube.

Mientras ascendía por la escalera, Sonea pensó en el comentario que Akkarin había hecho en la Arena. ¿Había habido un deje de orgullo en su voz? ¿Era posible que estuviese complacido con sus progresos como aprendiz? La idea le resultaba extrañamente atractiva. Tal vez ella se había

ganado de verdad el título de predilecta del Gran Lord.

Ella. La chica de las barriadas.

Aflojó el paso. Al hacer memoria, no recordaba que él hubiese expresado jamás desdén o desagrado por sus orígenes. Se había mostrado amenazante, manipulador y cruel, cierto, pero ni una sola vez le había echado en cara que se hubiese criado en la zona más pobre de la ciudad.

«Por otro lado, ¿cómo va a mirar por encima del hombro a nadie? — pensó de pronto—. Él fue esclavo en otro tiempo».

El barco, que pertenecía a la armada del rey de Elyne, era más grande que los navíos vindeanos en los que Dannyl había navegado antes. Construido para el transporte de personajes importantes más que de carga, había en él espacio suficiente para varios camarotes pequeños pero lujosos.

Aunque Dannyl había conseguido dormir durante casi todo el día, no había dejado de bostezar mientras se levantaba, se lavaba y se vestía. Un sirviente le había llevado una bandeja con harrel asado y verduras exquisitamente preparadas. Se sintió mejor después de comer, y una taza de sumi ayudó a despabilarlo del todo.

A través de las pequeñas escotillas del barco, veía las velas de los otros navíos teñidas de naranja por la luz del ocaso. Salió de su camarote y enfiló un largo pasillo hasta la celda de Farand.

En realidad no era una celda. Aunque se trataba del camarote más reducido del buque, estaba confortablemente amueblado. Dannyl llamó a la puerta. Un mago de baja estatura y cara redonda lo recibió.

—Le toca a usted, embajador —dijo lord Barene, visiblemente aliviado de que su turno hubiese llegado a su fin. Fijó la vista en Dannyl, sacudió la cabeza, masculló algo entre dientes y se marchó.

Farand, que yacía en la cama, miró a Dannyl, y este sonrió levemente. Había dos platos sobre una mesita. Por los huesos de harrel que vio en ellos, Dannyl supuso que había comido lo mismo que él.

—¿Cómo te encuentras, Farand?

El joven bostezó.

—Cansado.

Dannyl se sentó en uno de los sillones acolchados. Sabía que Farand no dormía muy bien. «Yo tampoco pegaría ojo —pensó— si creyera que tal vez dentro de una semana me iban a matar».

El embajador dudaba que el Gremio fuera a ejecutar a Farand. No obstante, hacía más de un siglo que no se descubría a un mago descarriado, y debía admitir que no tenía la menor idea de lo que sucedería. Lo peor era que deseaba tranquilizar a Farand pero no podía. Sería una crueldad si resultaba estar equivocado.

—¿Qué has estado haciendo?

—Hablando con Barene. O más bien él ha estado hablándome a mí. Acerca de usted.

—¿De veras?

Farand suspiró.

—Royend está contando a todo el mundo lo suyo con su amante.

Dannyl sintió un escalofrío. O sea, que había comenzado.

—Lo siento —añadió Farand.

Dannyl lo miró, sorprendido.

—No lo sientas, Farand. Solo era parte del engaño, un modo de convencerlo de que se fiara de nosotros.

Farand arrugó el entrecejo.

—No me lo creo.

—¿No? —Dannyl forzó una sonrisa—. Cuando lleguemos a Kyralia, el Gran Lord lo confirmará. Fue idea suya que fingiéramos ser amantes, para que los rebeldes creyeran que podrían hacernos chantaje.

—Pero lo que está contando Royend es cierto —murmuró Farand—. Cuando les vi a ustedes dos juntos, me pareció evidente. No se preocupe, no le he dado a nadie mi opinión al respecto —bostezó de nuevo—. Mantendré la boca cerrada. Pero no puedo evitar pensar que se equivoca en lo relativo al Gremio.

—¿Por qué lo dices?

—Me repite una y otra vez que el Gremio es justo y razonable, pero por la manera en que los otros magos reaccionan a esta noticia sobre usted, empiezo a pensar que no lo es. Tampoco me parece justo que su Gran Lord lo obligase a revelar algo así si sabía que los demás reaccionarían de ese modo

—los párpados se le cerraron; los abrió de golpe—. Estoy tan cansado... Y no me siento muy bien.

—Descansa un poco, entonces.

El joven cerró los ojos. Al momento su respiración se hizo más lenta, y Dannyl supuso que se había dormido. «Nada de conversaciones esta noche — se dijo—. Va a ser muy larga».

Miró los otros barcos por la escotilla. Así que Royend se estaba vengando. «Da igual que Farand crea que es verdad —razonó—. Cuando Akkarin confirme que todo fue un engaño, nadie creerá a Royend».

Pero ¿tenía razón Farand? ¿Era injusto que Akkarin los hubiese utilizado a Tayend y a él de ese modo? Dannyl no podía seguir fingiendo que no sabía que Tayend era un doncel. ¿Esperaría la gente que él lo evitara en adelante? ¿Qué dirían cuando él siguiese frecuentando la compañía del académico?

Suspiró. Detestaba vivir con miedo. Detestaba simular que Tayend no era para él más que un ayudante eficiente. Sin embargo, no se engañaba a sí mismo diciéndose que podía reconocer la verdad abiertamente y conseguir de alguna manera que los kyalianos cambiaran su actitud. Además, ya echaba de menos a Tayend, como si hubiera dejado una parte de sí mismo en Elyne.

«Piensa en otra cosa», se dijo.

Su mente vagó hasta el libro que Tayend había «tomado prestado» de Dem Marane y que ahora se hallaba guardado en el equipaje de Dannyl. No se lo había mencionado a nadie, ni siquiera a Errend. Aunque encontrar el libro lo ayudó a decidir que había llegado el momento de detener a los rebeldes, no había necesitado revelar su existencia. Además, no quería revelarla. Al leer aquellos pasajes, había infringido la ley que prohibía aprender nada relacionado con la magia negra. Seguía teniendo aquellas palabras frescas en la memoria...

«Entre las habilidades menores está la de crear piedras o gemas de sangre que incrementan la capacidad de mente-hablar con otra persona a distancia...».

Pensó en el excéntrico Dem al que él y Tayend habían visitado en las montañas hacía más de un año, durante su segundo viaje en busca de información sobre la magia ancestral. Entre la impresionante colección de libros y artefactos de Dem Ladeiri había un anillo, con el símbolo de la magia

superior grabado en la «gema» de vidrio rojo que tenía engastada. Era un anillo que, según el Dem, permitía a quien lo llevaba comunicarse con otro mago sin que nadie pudiese espiar la conversación. ¿Era la piedra de ese anillo una de esas gemas de sangre?

Dannyl se estremeció. ¿Había manipulado un instrumento de magia negra? Solo de pensarlo se le helaba la sangre. Incluso había llegado a ponerse el anillo.

«... así como gemas o piedras de almacenaje, que permiten retener y liberar magia de maneras concretas».

Tayend y él habían subido a las montañas cercanas a la casa de Ladeiri para ver las ruinas de una ciudad antigua. Habían descubierto un túnel oculto que, según la traducción de Tayend de la inscripción grabada en él, conducía a la llamada «Cámara del Castigo Último». Dannyl había recorrido el túnel hasta una espaciosa sala con el techo abovedado y recubierto de unas piedras brillantes que lo habían atacado con azotes mágicos. A duras penas había conseguido salir con vida.

Se le erizó el vello de la piel. ¿Estaba el techo de la Cámara del Castigo Último hecho de esas piedras de almacenaje? ¿Era a eso a lo que se refería Akkarin cuando le había dicho que había razones políticas para guardar el secreto de la existencia de la cámara? Era una sala llena de gemas negras mágicas.

Akkarin también había dicho que la cámara estaba perdiendo fuerza, o algo así. Era evidente que entendía su función. Saber reconocer esa magia y lidiar con ella sería responsabilidad del Gran Lord, razón de más para que el libro permaneciera oculto por el momento. Se lo entregaría a Akkarin cuando llegara.

Farand emitió un suave gemido de ansiedad mientras dormía. Dannyl alzó la mirada y frunció el ceño. El joven estaba pálido y tenía un aspecto enfermizo. La angustia provocada por su captura había dejado huella en él. Entonces Dannyl lo observó con mayor detenimiento. Farand tenía los labios oscuros, casi negros...

El embajador se acercó a la cama. Sujetó a Farand por los hombros y lo zarandeó. El hombre abrió los ojos, pero tenía la mirada perdida.

Dannyl le posó una mano en la frente, cerró los párpados y proyectó su

mente. Se quedó sin aliento cuando percibió el caos que reinaba dentro del cuerpo de Farand.

Alguien lo había envenenado.

Dannyl invocó su poder y le envió energía sanadora, pero no sabía por dónde empezar. La aplicó primero a los órganos más afectados, pero el deterioro se extendía poco a poco por todo el cuerpo.

«Esto me sobrepasa —se dijo Dannyl, desesperado—. Necesito un sanador».

Pensó en los otros dos magos que viajaban a bordo. Ninguno de ellos era sanador. Ambos eran de Elyne. Reflexionó sobre la advertencia de Dem Marane.

«¿Se le ha ocurrido que tal vez el rey preferiría matarlo a dejar que el Gremio se enterase de lo que él sabe, sea lo que sea?».

Barene había estado allí cuando le habían servido la comida. ¿Había administrado él el veneno a Farand? Más valía no llamarlo, por si acaso. El otro mago, lord Hemend, gozaba de la confianza del rey de Elyne. Dannyl tampoco se fiaba demasiado de él.

Solo le quedaba una salida. Dannyl cerró los ojos.

¡Vinara!

¿Dannyl?

Necesito tu ayuda. Alguien ha envenenado al descarriado.

Los otros dos magos oirían esa llamada, pero Dannyl no podía evitarlo. Selló la puerta con magia. Aunque eso no impediría la entrada a un mago por mucho tiempo, evitaría intrusiones o interrupciones inesperadas por parte de no-magos.

Percibió con mayor intensidad la personalidad de lady Vinara, llena de inquietud y apremio.

Descríbeme los síntomas.

Dannyl le mostró una imagen de Farand, con la piel muy blanca y una respiración trabajosa. Luego proyectó de nuevo su mente al interior del cuerpo del joven y transmitió a ella sus impresiones.

Debes eliminar el veneno y luego ocuparte de los daños.

Siguiendo sus instrucciones, Dannyl se embarcó en un proceso extremadamente complicado. Primero hizo vomitar a Farand. Luego cogió

uno de los cuchillos que el hombre había usado para comer, lo limpió y lo afiló con magia, y le practicó un corte en una vena del brazo. Vinara le explicó cómo mantener en funcionamiento los órganos dañados, combatir los efectos del envenenamiento y estimular la fabricación de más sangre por parte del organismo mientras el líquido contaminado se escurría poco a poco.

Aquello causó estragos en el cuerpo de Farand. La magia sanadora no podía reemplazar los nutrientes necesarios para generar sangre y tejidos. Las reservas de grasa y parte del tejido muscular se agotaron. Cuando Farand despertara —si es que despertaba—, apenas le quedarían fuerzas para respirar.

Una vez que Dannyl hubo hecho todo cuanto estaba en su mano, abrió los ojos y, al tomar conciencia de lo que lo rodeaba, se dio cuenta de que alguien aporreaba la puerta.

¿Sabes quién ha hecho esto?, preguntó Vinara.

No, pero creo que sé por qué. Podría investigar...

Que investiguen los demás. Tú debes quedarte a cuidar del paciente.

No me fío de ellos. Ya está. Lo había dicho.

Aun así, Farand está bajo tu responsabilidad. No puedes protegerlo y buscar al envenenador al mismo tiempo. Mantén los ojos bien abiertos, Dannyl.

Vinara tenía razón, en realidad. Dannyl se levantó de la cama, enderezó la espalda y se preparó para enfrentarse a quien estaba llamando a la puerta.

13. La asesina

Cuando Sonea entró en la sala subterránea, se fijó en los objetos que había sobre la mesa: unos fragmentos de vidrio en un plato, junto a un tenedor de plata, un cuenco y un trozo de tela. Al lado estaba la caja de madera que contenía la daga de Akkarin.

Llevaba dos semanas practicando magia negra. Había adquirido tal destreza que era capaz de asimilar mucha energía con rapidez, o solo un poco, a través de un pinchazo diminuto. Había absorbido energía de animales pequeños, de plantas e incluso del agua. Los objetos que había sobre la mesa eran distintos esa noche, y se preguntó qué pretendía enseñarle Akkarin a continuación.

—Buenas noches, Sonea.

Alzó la vista. Akkarin estaba apoyado en el arcón, que tenía la tapa levantada, lo que dejaba al descubierto varios libros. Estaba examinando uno de ellos. Sonea hizo una reverencia.

—Buenas noches, Gran Lord.

Akkarin cerró el libro, cruzó la sala y lo depositó en la mesa, junto a los demás objetos.

—¿Has terminado las crónicas de la guerra Sachakana?

—Casi. Cuesta imaginar que el Gremio se las ingeniase para perder una parte tan grande de su historia.

—No la perdieron —repuso él—. La depuraron. Los libros de historia que no fueron destruidos se reescribieron para que no apareciera en ellos una sola referencia a la magia superior.

Sonea sacudió la cabeza. Cuando pensaba en todos los esfuerzos que el

Gremio había dedicado a deshacerse de todas las menciones a la magia negra, entendía por qué Akkarin no quería arriesgarse a revelar la verdad sobre su pasado. Sin embargo, seguía sin caberle en la cabeza que Lorlen y los magos superiores fueran capaces de reaccionar con tal cortedad de miras ante la magia negra si entendiesen el motivo por el que Akkarin la había aprendido, o si fuesen conscientes de la amenaza de los ichanis.

«Es a mí a quien condenarían —pensó de pronto—, porque yo la aprendí por voluntad propia».

—Esta noche te enseñaré a hacer gemas de sangre —anunció Akkarin.

¿Gemas de sangre? A Sonea se le encongió el corazón cuando comprendió a qué se refería. Fabricaría una piedra preciosa como la que llevaban el espía en el diente y Lorlen en el anillo.

—La gema de sangre permite al mago ver y oír lo mismo que ve y oye quien la lleva consigo. Y también lo que piensa —dijo Akkarin—. Si el portador de la piedra no ve, su creador tampoco. La gema también centra la comunicación mental en su creador, de modo que nadie más puede escuchar las conversaciones entre creador y portador.

»Sin embargo, tiene sus limitaciones —advirtió—. El creador está en contacto constante con la gema. Una parte de su mente recibe en todo momento imágenes y pensamientos del portador, lo que puede constituir un motivo de distracción considerable. Con el tiempo se aprende a bloquearlo.

»Una vez establecida, la conexión con el creador no puede romperse a menos que se destruya la gema. Así pues, si el portador pierde la gema y otra persona la encuentra y se la pone, el creador tendrá que sobrellevar la distracción añadida de una conexión no deseada con otra mente —sonrió con languidez—. Takan me contó una vez la historia de un ichani que había atado a un esclavo a un poste para que se lo comieran vivo los limeks salvajes, y le había puesto una gema para poder presenciar su muerte. Uno de los animales se tragó la piedra preciosa, y durante varios días sus pensamientos distrajerón al ichani —su sonrisa se desvaneció y su mirada se tornó distante—. Pero los ichanis son expertos en inventar usos crueles para la magia. Una vez Dakova elaboró una gema con la sangre de un hombre y luego lo obligó a ser testigo de cómo torturaban a su hermano —hizo una mueca—. Por fortuna, las gemas de sangre hechas de vidrio son fáciles de destruir. El hermano

consiguió hacer añicos la suya —se frotó la frente y arrugó el entrecejo—. Como dicha conexión con otra mente puede causar distracciones, no es aconsejable fabricar muchas gemas de sangre. Por ahora tengo tres. ¿Sabes quiénes las llevan?

Sonea asintió.

—Lorlen.

—Así es.

—Y... ¿Takan? —dudó—. Pero él no lleva anillo.

—No, no lo lleva. La gema de Takan está oculta.

—¿Quién tiene la tercera?

—Un amigo que está en un lugar estratégico.

La chica se encogió de hombros.

—Creo que no lo adivinaría nunca. ¿Por qué Lorlen?

Akkarin arqueó las cejas al oír esa pregunta.

—Tenía que mantenerlo vigilado. Rothen jamás haría nada que pudiera perjudicarte. Lorlen, sin embargo, te sacrificaría si fuera necesario para salvar el Gremio.

«¿Sacrificarme? Desde luego —se estremeció—. Seguramente yo también lo haría si estuviese en su lugar». Aquella certeza le hacía desear aún más que Akkarin pudiese contar la verdad a Lorlen.

—Pero ha resultado ser de gran utilidad —agregó Akkarin—. Está en contacto con el capitán de la Guardia que investiga los asesinatos. He hecho un cálculo aproximado de la fuerza de cada uno de los espías basándome en el número de cadáveres que se encuentran.

—¿Sabe él qué es la gema en realidad?

—Sabe para qué sirve.

«Pobre Lorlen —pensó Sonea—. Cree que su amigo se ha pasado a la magia maligna, y sabe que Akkarin puede leer todos sus pensamientos —una arruga se formó entre sus cejas—. Pero ¿hasta qué punto es duro para Akkarin tener plena conciencia siempre del temor y el rechazo que provoca en su amigo?».

El Gran Lord se situó de cara a la mesa.

—Acércate.

Mientras ella se dirigía hacia el otro lado de la mesa, Akkarin levantó la

tapa de la caja. Extrajo la daga y la tendió a Sonea.

—Cuando vi por primera vez a Dakova hacer una gema de sangre, creía que la sangre tenía algo de mágica. Fue años después cuando descubrí que no era así. La sangre simplemente deja grabada la identidad del creador en el vidrio.

—¿Aprendisteis en los libros el sistema para fabricarlas?

—No. Buena parte de la magia que sé la aprendí estudiando un ejemplar antiguo con el que me había topado durante el primer año de mi investigación. En aquel entonces no sabía qué era, pero más tarde lo pedí prestado durante un tiempo para examinarlo. Aunque su creador murió hace tiempo, y la gema ya había perdido su utilidad, aún quedaba la suficiente magia en el cristal para que yo me hiciese una idea de cómo funcionaba.

—¿Aún lo tenéis?

—No, se lo devolví a su dueño. Por desgracia, falleció poco después, y no sé qué fue de su colección de joyas antiguas.

Sonea asintió y bajó la mirada hacia los objetos de la mesa.

—Toda parte viva de ti puede utilizarse —dijo Akkarin—. El pelo funciona, pero no del todo bien porque en su mayor parte está muerto. Un personaje de un cuento popular sachakano usaba lágrimas, si bien sospecho que se trata solo de una fantasía romántica. Podrías arrancar un trozo de tu carne, aunque no sería agradable ni conveniente. Utilizar la sangre es lo más sencillo —dio unos golpecitos en el cuenco con el dedo—. Solo hacen falta unas gotas.

Sonea miró el cuenco y luego la daga. Akkarin la observaba en silencio. La joven se miró el brazo izquierdo. ¿Dónde debía practicar el corte? Cuando volvió la mano hacia arriba, advirtió que tenía una cicatriz vieja y apenas visible en la palma. Se la tocó con la punta de la daga. Para su sorpresa, no le dolió en absoluto cuando la hoja le abrió la piel.

La herida empezó a sangrar, y un dolor agudo atacó sus sentidos. Dejó que la sangre goteara en el cuenco.

—Sánate —indicó Akkarin—. Siempre debes sanarte cuanto antes. Incluso los cortes a medio cerrar son brechas en tu barrera.

Sonea se concentró en la herida. La sangre dejó de manar, y los bordes del corte se unieron despacio, hasta cerrarse. Akkarin le pasó la tela, y ella se

limpió la sangre que le quedaba en la mano.

A continuación, el Gran Lord le tendió un trozo de vidrio.

—Mantenlo flotando en el aire y fúndelo. Conservará mejor su forma si haces que dé vueltas.

Sonea centró su voluntad en el fragmento de vidrio y este se elevó. Envió calor alrededor de él y lo hizo girar. Se puso incandescente en los bordes y se encogió lentamente hasta quedar reducido a un glóbulo.

—¡Por fin! —exclamó Akkarin.

La chica se sobresaltó y perdió el control sobre el glóbulo, que cayó sobre la mesa, donde dejó una pequeña quemadura.

—Huy.

Sin embargo, Akkarin no había reparado en ello. Tenía la mirada fija más allá de las paredes de la sala. Sonea lo vio entornar los ojos, como para aguzar la vista. El Gran Lord esbozó una sonrisa lúgubre y cogió la daga.

—Takan acaba de recibir un mensaje. Los ladrones han localizado a la espía.

A Sonea el corazón le dio un vuelco.

—La clase tendrá que esperar a que regresemos.

Akkarin se acercó a un armario y sacó el cinturón de cuero con la funda de la daga que ella le había visto puesto la noche que lo había espiado, hacía ya mucho tiempo. Limpió la hoja del arma con el trozo de tela y la envainó. Sonea lo miró sorprendida mientras él desataba el cordón de su túnica y se quitaba la prenda exterior. Debajo llevaba un chaleco negro.

Tras ajustarse el cinturón en torno a la cintura, se dirigió a otro armario y extrajo un abrigo largo y raído para sí, una capa para Sonea y un farol.

—Que la túnica quede bien tapada —dijo mientras Sonea se ponía la capa. Tenía muchos botones pequeños delante, y dos aberturas laterales para las manos.

Akkarin se detuvo a contemplarla y arrugó el entrecejo.

—No te llevaría conmigo si pudiera evitarlo, pero si he de prepararte para enfrentarte a esos espías, debo enseñarte cómo se hace. Tienes que seguir mis indicaciones a rajatabla.

La chica asintió.

—Sí, Gran Lord.

Akkarin se acercó a la pared, y la puerta secreta que comunicaba con los pasadizos se abrió. Sonea salió tras él. El farol chisporroteó y se encendió.

—Debemos evitar que esa mujer te vea —dijo el Gran Lord mientras enfilaban el pasaje—. Seguramente el amo de Tavaka percibió una imagen tuya a través de su gema antes de que yo la rompiera. Si alguno de los ichanis volviera a verte conmigo, sabría que te estoy entrenando. Intentarán matarte mientras aún seas débil e inexperta para defenderte.

Se quedó callado mientras atravesaban la primera barrera, y no volvió a hablar hasta que hubieron recorrido el laberinto de pasadizos y llegado al túnel obstruido. Akkarin señaló los escombros.

—Proyecta la mente para inspeccionar el lugar, y luego coloca los escalones en su sitio.

Sonea amplificó sus sentidos y examinó la disposición de las rocas. Al principio parecían losas amontonadas sin orden ni concierto, pero enseguida comenzó a identificar una pauta. Era como una versión a gran escala de los rompecabezas de madera que vendían en los mercados. Si se pulsaba un punto en concreto, las piezas se deslizaban unas sobre otras hasta crear una nueva forma... o todo se desmoronaba. Sonea invocó un poco de magia y empezó a cambiar de lugar las rocas. El ruido de las piedras al rozarse entre sí resonó en el pasadizo conforme los peldaños ocupaban el sitio que les correspondía.

—Bien hecho —murmuró Akkarin.

Avanzó a toda prisa y subió los escalones de dos en dos, con Sonea a la zaga. En lo alto, ella se volvió y, por medio de la voluntad, devolvió las losas a su posición anterior.

El farol iluminó las paredes de ladrillo del Camino de los Ladrones que Sonea conocía tan bien. Akkarin siguió adelante, y al cabo de varios cientos de pasos, llegaron al sitio donde se habían encontrado con el guía en otras ocasiones. Una sombra más pequeña salió a recibirlos.

Sonea calculó que el muchacho tenía unos doce años. Sin embargo, su mirada era dura y recelosa, como la de alguien mucho mayor. Miró fijamente a ambos; luego bajó la vista a las botas de Akkarin y asintió. Sin decir una palabra, les indicó con gestos que lo siguieran y echó a andar por los pasadizos.

Pese a que el camino torcía a un lado o a otro de cuando en cuando, los llevaba en una dirección bastante definida. El guía se detuvo al fin frente a una escalera de mano y señaló una trampilla. Akkarin cerró la portezuela del farol, y la oscuridad se apoderó del pasadizo. Sonea lo oyó apoyar una bota en uno de los peldaños de la escalera y empezar a subir. Una luz mortecina inundó el túnel cuando él levantó la trampilla con sigilo y echó una ojeada al exterior. Hizo una seña a Sonea y, mientras ella comenzaba su ascenso, abrió la trampilla por completo y salió a la superficie.

Sonea lo siguió y se encontró en un callejón. Las casas que la rodeaban estaban construidas precariamente con toda clase de materiales recogidos aquí y allá. Algunas parecían a punto de venirse abajo. El olor a basura y a cloaca era muy intenso. La joven sintió una compasión que hacía mucho que había olvidado y también cierta aprensión. Estaban en las afueras de las barriadas, donde malvivían los losdes más pobres. Era una zona deprimente y peligrosa.

Un hombre de constitución fuerte salió de un portal cercano y se dirigió con paso tranquilo hacia ellos. Sonea exhaló un pequeño suspiro de alivio cuando lo reconoció como el guardia que custodiaba al espía anterior. Él la miró con fijeza y luego se volvió hacia Akkarin.

—Acaba de irse —informó—. La sifonábamos desde hace dos horas. Según los vecinos, llevaba dos noches escondida ahí dentro —señaló una puerta próxima.

—¿Cómo sabes que volverá esta noche? —preguntó Akkarin.

—Hemos registrado el lugar cuando ella se ha ido. Ha dejado algunos trastos allí. Volverá.

—¿El resto de la casa está vacío?

—Algunos mendigos y putas lo usan, pero les hemos dicho que ahuequen por esta noche.

Akkarin asintió.

—Echaremos un vistazo dentro para ver si es un sitio adecuado para una emboscada. Asegúrate de que no entre nadie.

El hombre hizo un gesto afirmativo.

—La habitación de ella está a la derecha, al fondo.

Sonea siguió a Akkarin hasta la puerta, que soltó un chirrido de protesta

cuando él tiró de ella para abrirla. Bajaron unos agrietados escalones de tierra compacta sostenidos por vigas de madera podrida y enfilaron un pasillo.

Estaba oscuro allí dentro, y el suelo sin pavimentar era irregular. Akkarin abrió la portezuela del farol lo suficiente para iluminar el camino. No había puertas en las entradas a las habitaciones. El vano del final estaba tapado con un trozo de arpillera. Akkarin fijó la vista en la cortina improvisada; luego la apartó y destapó del todo el farol.

La habitación era sorprendentemente amplia. Unas cajas de madera y una tabla combada formaban una mesa. Había una repisa excavada en la pared, y en un rincón yacían un colchón y unas mantas.

El Gran Lord recorrió la habitación para examinar todo de forma minuciosa. Tras revolver la ropa de cama, sacudió la cabeza.

—Morren hablaba de objetos valiosos. Dudo que se refiriese a esto.

Sonea reprimió una sonrisa. Se dirigió a la pared más cercana y comenzó a introducir el dedo entre los tablones. Akkarin la observó recorrer la habitación. Cerca de donde estaba el colchón, la chica notó una blandura sospechosa.

Las tablas se aflojaron con facilidad. La arpillera que había detrás estaba cubierta de barro seco, pero aquí y allá aparecía algún hilo. Sonea levantó una esquina con cuidado. Al otro lado había un hueco en el que habría cabido un niño sentado, con un techo apuntalado con más tablas de madera podrida. En el centro se alzaba un pequeño montón de ropa.

Akkarin se situó a su lado y soltó una risita.

—Vaya, vaya. Al final has resultado ser útil.

Sonea se encogió de hombros.

—En una época viví en un lugar parecido. Los losdes los llaman agujeros.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó el Gran Lord al cabo de unos instantes.

Cuando alzó la vista hacia él, Sonea descubrió que la estaba observando atentamente.

—Durante un invierno. Fue hace mucho, cuando era muy pequeña —se volvió de nuevo hacia el escondrijo de la pared—. Recuerdo la estrechez y el frío.

—Pero ya casi no vive nadie aquí. ¿Por qué?

—Por la Purga. No se produce hasta que caen las primeras nieves del año. Aquí es donde viene a parar toda esa gente que el Gremio expulsa de la ciudad. Son los que las Casas catalogan como ladrones peligrosos, aunque la verdad es que simplemente no les gusta que unos mendigos y lisiados afeen la ciudad con su presencia, y a los ladrones de verdad la Purga no les afecta.

Detrás de ellos se oyó el chirrido débil y lejano de una puerta. Akkarin giró sobre sus talones.

—Es ella.

—¿Cómo lo...?

—Morren no habría dejado pasar a nadie más —cerró casi por completo la portezuela del farol y echó un vistazo rápido en torno a la habitación—. No hay otra salida —farfulló. Levantó una esquina del trozo de arpillera que tapaba el hueco—. ¿Cabes ahí dentro?

Por toda respuesta, Sonea se dio la vuelta, se sentó a la entrada del escondrijo y se impulsó hacia atrás. Mientras doblaba las piernas para acurrucarse en aquel espacio reducido, Akkarin dejó caer la arpillera y apretó las tablas para volver a colocarlas en su sitio.

Sonea quedó sumida en una oscuridad absoluta. Los latidos de su corazón resonaban con fuerza en aquel silencio. De pronto se percató de que tenía delante unas hileras de estrellas brillantes.

—Otra vez tú —dijo una mujer de acento extraño—. Me preguntaba cuándo me darías otra oportunidad para matarte.

El brillo de las estrellas se hizo más intenso y Sonea notó la vibración de la magia. Al percatarse de que aquellos puntos de luz eran agujeros en el embarrado trozo de arpillera, Sonea se inclinó hacia delante para intentar ver qué sucedía al otro lado, en la habitación.

—Has venido preparado —observó la mujer.

—Por supuesto —respondió Akkarin.

—Yo también —dijo ella—. Tu sucia ciudad es un poco más pequeña ahora. Y tu Gremio pronto contará con un hombre menos.

A través de una parte de la arpillera en que la capa de barro seco era más fina y este empezaba a desprenderse, Sonea entrevió unas formas en movimiento iluminadas por destellos. Rascó el basto tejido para eliminar un poco más de barro.

—¿Qué pensará tu Gremio cuando su líder aparezca muerto? ¿Conseguirán dilucidar qué lo mató? Lo dudo.

Sonea alcanzó a distinguir a una persona: una mujer con camisa y pantalones de un color apagado de pie en un lado de la habitación. Sin embargo, no veía a Akkarin. Continuó rascando la arpillera para quitarle la costra de barro a fin de tener una visión más amplia y nítida. ¿Cómo iba a aprender algo que le sirviera para luchar contra los espías si no podía presenciar el combate?

—No sabrán qué es lo que les está dando caza —prosiguió la sachakana—. Había pensado entrar y enfrentarme a todos a la vez, pero ahora creo que será más divertido hacer que salgan y matarlos de uno en uno.

—Te recomiendo la segunda opción —repuso Akkarin—. De lo contrario, no llegarás muy lejos.

La mujer soltó una risotada.

—¿Ah, no? —dijo con desprecio—. Sé que Kariko tiene razón. Tu Gremio no conoce la magia superior. Son débiles y estúpidos... Tanto, tanto que tienes que ocultarles lo que sabes para que no te maten.

La habitación se iluminó con el resplandor momentáneo de unos azotes que chocaban contra el escudo de la mujer. Ella contraatacó de forma similar. Se oyó un crujido procedente de arriba. Sonea vio que la mujer levantaba la mirada y daba un paso a un lado, hacia el hueco en el que ella estaba escondida.

—El hecho de que no abusemos de nuestros conocimientos de magia no significa que seamos ignorantes —dijo Akkarin con serenidad. Por fin se situó en un lugar visible y se colocó en posición frente a la mujer.

—Pero he visto la verdad en la mente de tu gente —replicó la mujer—. Sé que por eso me persigues tú solo, por eso tienes que evitar que alguien nos vea luchar. Pues que vean esto.

De repente un estallido ensordecedor de madera que se hacía astillas retumbó en la habitación. Una lluvia de fragmentos de vigas y de tejas cayó del techo, levantando una nube de polvo. La mujer rio y se acercó aún más al escondrijo de Sonea.

Se detuvo cuando cayeron unos escombros que le bloquearon el paso. La sachakana se vio súbitamente lanzada contra la pared lateral. Sonea notó el

impacto del azote de fuerza de Akkarin a través del suelo, y algunos escombros le cayeron sobre la espalda.

La mujer se apartó de la pared de un empujón, masculló algo, avanzó con paso decidido hacia la pila de cascotes... y la atravesó. Sonea parpadeó, sorprendida, al darse cuenta de que había sido una ilusión, y el corazón le dio un vuelco cuando vio que la mujer caminaba directa hacia ella.

Akkarin la atacó, obligándola a detenerse... justo delante del escondrijo de Sonea. La chica, al verse en la línea de ataque de su tutor se envolvió a toda prisa en un escudo protector resistente.

La habitación vibró mientras los dos magos lanzaban azotes el uno contra el otro. Algunos fragmentos más del techo del escondrijo cayeron sobre la espalda de Sonea, y esta, al levantar los brazos para palparlo, se percató de que las vigas que lo sostenían empezaban a combarse y a agrietarse. Alarmada, expandió su escudo para reforzarlas.

Una carcajada hizo que devolviera su atención a lo que ocurría en la habitación. Espiando a través de la arpillera, vio que Akkarin reambulaba. Sus azotes parecían más débiles. El Gran Lord dio un paso lateral hacia la puerta.

«Está perdiendo la fuerza», comprendió Sonea de pronto. Se le cayó el alma a los pies cuando vio que Akkarin seguía acercándose sigilosamente a la puerta.

—Esta vez no dejaré que te escapes —dijo la mujer.

Una barrera obstruyó la salida. La expresión de Akkarin se ensombreció. La mujer se enderezó y pareció volverse más alta. En vez de avanzar, retrocedió unos pasos y se giró hacia Sonea.

Sonea advirtió que el semblante de Akkarin cambiaba para reflejar consternación y espanto. La mujer extendió el brazo hacia el escondrijo pero se detuvo cuando él le lanzó un ataque poderoso.

«Estaba fingiendo —pensó Sonea de repente—. Intentaba apartarla de mí». Pero en vez de seguirlo, la mujer se había acercado al escondrijo. «¿Por qué? ¿Acaso sabe que estoy aquí? ¿O es por otra razón?».

A tientas, Sonea encontró el montón de ropa. Incluso a oscuras se percató de que la tela era de buena calidad.

Creó un globo de luz diminuto y tenue. Al desenrollar el atado, Sonea vio que se trataba de un chal. Cuando lo levantó, un objeto pequeño cayó de entre

los pliegues. Un anillo de plata.

Lo recogió. Era un anillo de hombre como los que llevaban los patriarcas de las Casas como símbolo de su posición social. En un cuadrado plano que tenía a un lado estaba grabado el incal de la Casa de Saril.

En ese momento el techo del escondrijo se vino abajo, y la tierra y el ruido envolvieron a Sonea.

Se sintió impulsada hacia atrás. Hecha un ovillo, se concentró en mantener el escudo firme en torno a sí. El peso que soportaba cada vez era mayor, hasta que se estabilizó.

Entonces todo quedó en silencio. Sonea abrió los ojos y generó otro globo de luz minúsculo. Alrededor no había más que tierra. Su escudo la mantenía aislada de los cascotes, formando un hueco esférico en torno a ella. Se enderezó, se puso en cuclillas y estudió su situación.

Estaba enterrada. Aunque podía mantener el escudo durante un rato, el aire en su interior no duraría mucho. No le costaría abrirse paso hasta salir de allí. Sin embargo, en cuanto lo hiciera ya no estaría escondida.

«Así que debo permanecer aquí el mayor tiempo posible —decidió—. No podré ver cómo continúa el combate, pero eso es inevitable».

Reflexionó sobre lo que había presenciado y sacudió la cabeza. La batalla no había sido en absoluto como Akkarin había predicho. La mujer era más poderosa que los espías habituales. Su actitud no era la de una esclava, y se había referido a los ichanis como «nosotros», no como «mis amos», a diferencia del espía anterior. Era una guerrera experta. Los esclavos que habían enviado a Kyralia hasta entonces no habían tenido tiempo de adquirir habilidades de guerrero.

Si esa mujer no era una esclava, entonces solo podía ser otra cosa.

Una ichani.

A Sonea se le hizo un nudo en el estómago al caer en la cuenta de lo que sucedía. Akkarin estaba luchando contra una ichani. Se concentró y percibió la vibración de la magia de ambos procedente de algún lugar cercano. La encarnizada batalla seguía librándose.

La presión sobre su escudo empezó a disminuir. Al mirar hacia arriba, vio aparecer un pequeño agujero allí donde el polvo se estaba desprendiendo de su escudo. El agujero se agrandó conforme se soltaba más tierra.

Sonea podía ver la habitación, cada vez con mayor claridad. Se irguió y contuvo el aliento, horrorizada. La sachakana se encontraba a solo unos pasos.

Asustada, Sonea redujo el tamaño de su escudo, pero esto solo ocasionó que la tierra cayese más deprisa. En ese instante, Akkarin apareció ante ella. El Gran Lord le lanzó una mirada fugaz, pero su expresión no cambió. Se abalanzó hacia delante.

Sonea se encogió dentro de su escudo y contempló con impotencia la espalda de la mujer mientras la tierra seguía desprendiéndose. No se atrevía a moverse, por miedo a que la sachakana oyese algo y se volviese. La mujer dio un paso hacia atrás mientras Akkarin se le acercaba. Tenía el cuerpo tenso debido a la concentración.

Sonea notó que la magia de Akkarin rozaba su escudo cuando él rodeó a la mujer con una barrera e intentó arrastrarla hacia delante. Pero ella se liberó de la sujeción y retrocedió otro paso. Su escudo estaba más cerca de Sonea, y esta atrajo el propio hacia sí para evitar el contacto. El de la mujer zumbaba a un palmo de distancia de la joven. Un paso más, y la sachakana la descubriría.

«Solo si me detecta —pensó Sonea—. Si desactivo mi escudo, tal vez el suyo pase por encima de mí sin que ella se dé cuenta».

El escudo de la mujer era una esfera, la forma más sencilla de mantener. Un escudo esférico protegía los pies del mago al hundirse ligeramente en el suelo, pero como el escudo era lo bastante resistente para repeler un ataque subterráneo, no podía atravesar el suelo. A todos los aprendices se les enseñaba a debilitar la parte del escudo que topaba con obstáculos en el suelo cuando ellos se movían, para luego reforzarla en cuanto se quedasen inmóviles de nuevo.

Si aquella mujer tenía la misma costumbre, tal vez dejaría que su escudo se deslizase sobre Sonea, creyendo que no era más que un obstáculo, cuando volviese a recular.

«Pero claro que se dará cuenta. Percibirá mi presencia».

Sonea aguantó la respiración.

«¡Pero entonces estaré dentro de su escudo! Por un momento, antes de que se percate de lo que ha pasado, estará indefensa. Solo necesito algo

que...».

La vista de Sonea descendió hasta el suelo. Cerca de ella había una astilla de madera del escondrijo, medio enterrada. Al pensar en lo que pretendía hacer, se le desbocó aún más el corazón. Inspiró profundamente sin hacer ruido y aguardó a que la mujer diera otro paso hacia atrás. No tuvo que esperar mucho.

Cuando el escudo le pasó por encima, Sonea agarró el trozo de madera, se levantó e hizo un tajo con él a la sachakana en la nuca. La mujer empezó a volverse, pero Sonea ya había previsto que lo haría. Apretó la herida con la otra mano y centró toda su voluntad en absorber energía lo más rápidamente posible.

Los ojos de la mujer se desorbitaron cuando comprendió horrorizada lo que estaba sucediendo. Su escudo se desvaneció, y las rodillas le flaquearon. Sonea estuvo a punto de soltarla sin querer, y la mujer cayó de espaldas, con la mirada vacía.

«Muerta —una oleada de alivio recorrió a Sonea—. Ha dado resultado —pensó—. Realmente ha dado resultado».

Se miró la mano. A la luz de la luna que entraba a raudales por el agujero del tejado hundido, la sangre que le cubría la palma parecía negra. Un espanto frío se apoderó de ella. Se puso de pie con dificultad.

«Acabo de matar a alguien con magia negra».

De pronto se mareó y se tambaleó hacia atrás. Sabía que estaba respirando demasiado deprisa, pero no podía contenerse. Unas manos la sujetaron por los hombros e impidieron que se desplomase.

—Sonea —dijo una voz—, respira hondo. Retén el aire. Expúlsalo.

Akkarin. La chica intentó seguir sus instrucciones. Le costó varios intentos. El Gran Lord cogió un trozo de tela de algún sitio y le limpió con él la mano.

—No es agradable, ¿verdad?

Sonea negó con la cabeza.

—No tiene por qué serlo.

Ella sacudió la cabeza de nuevo. Pensamientos contradictorios bullían en su cabeza.

«Esa mujer me habría matado si no hubiera acabado con ella. Habría

matado a otros. Entonces ¿por qué el hecho de saber lo que acabo de hacer me produce esta sensación tan horrible?

»Tal vez porque me asemeja un poco más a ellos.

»¿Y si no hay suficientes espías que matar, y no me basta con Takan, y tengo que buscar otras maneras de fortalecerme para luchar contra los ichanis? ¿Me pondré a merodear por las calles para matar a algún que otro rufián o atracador? ¿Me escudaré tras la defensa de Kyralia para justificar la muerte de inocentes?».

Sonea sacudió la cabeza ante el torbellino de emociones que la embargaban. Nunca la habían asaltado tantas dudas.

—Mírame, Sonea.

Akkarin la hizo volverse. De mala gana, ella lo miró a los ojos. Él alargó el brazo y Sonea notó que le quitaba con suavidad algo del cabello. Un pedazo de la arpillera cayó de su mano al suelo.

—No es una decisión fácil la que has tomado —dijo—, pero aprenderás a confiar en ti misma —alzó la vista.

Al seguir la dirección de su mirada, Sonea vio la luna llena en el centro del boquete del tejado.

«El Ojo —pensó—. Está abierto. O me ha permitido hacer esto porque no era una mala acción, o estoy a punto de caer en la locura.

»Pero si no creo en supersticiones absurdas», se recordó a sí misma.

—Debemos marcharnos de aquí cuanto antes —dijo Akkarin—. Ya se encargarán los ladrones de su cadáver.

Sonea asintió. Mientras el Gran Lord se alejaba, ella se llevó la mano a la cabeza para alisarse el pelo. Sintió un leve cosquilleo en la zona del cuero cabelludo donde él la había tocado. Evitando mirar el cuerpo de la mujer muerta, salió de la habitación tras Akkarin.

14. La testigo

Algo apretaba ligeramente la espalda a Cery. Algo cálido. Una mano.

Se percató de que era la mano de Savara.

Su contacto lo devolvió al presente. Se dio cuenta de que había estado aturdido durante un rato. En el momento en que Sonea había matado a la sachakana, el mundo a su alrededor se había tambaleado y se había puesto a girar en torno a él. A partir de ese instante no había sido consciente de nada más que de lo que ella había hecho.

O casi de nada. Savara había dicho algo. Cery frunció el entrecejo. Que Akkarin tenía un aprendiz, o algo así. Se volvió hacia la mujer que tenía al lado.

—¿No vas a darme las gracias? —preguntó ella con una sonrisa torcida.

Él miró hacia abajo. Estaban sentados en una parte del tejado que seguía intacta. La azotea del escondrijo les había parecido un buen sitio desde donde presenciar el combate. El tejado estaba hecho de tablas de madera con algunas zonas cubiertas de tejas agrietadas, entre las que había muchas aberturas. Mientras mantuvieran su peso sobre las vigas, estarían más o menos a salvo.

Por desgracia, ni Cery ni Savara habían contemplado la posibilidad de que los combatientes derribaran la superficie sobre la que se encontraban.

Cuando el tejado se había derrumbado, sin embargo, algo había evitado que Cery se precipitase en el vacío. Antes de que pudiera entender cómo era posible que Savara y él estuvieran flotando en el aire, se habían visto transportados a la zona del tejado que quedaba, a salvo de la vista de los contendientes de abajo.

De pronto todo lo relacionado con Savara cobró sentido: cómo sabía cuándo llegaba un nuevo asesino, cómo podía estar tan bien informada sobre la gente contra la que luchaba el Gran Lord y por qué estaba tan segura de poder matar a los asesinos.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —preguntó.

Savara se encogió de hombros.

—Cuando te fiaras lo bastante de mí. Podría haber acabado como ella si te lo hubiera dicho desde el principio —bajó la vista hacia el cadáver que Gol y sus ayudantes se llevaban a rastras.

—Todavía puedes acabar así —repuso Cery—. La verdad es que cuesta distinguiros a los sachakanos.

Un destello de ira asomó a los ojos de Savara, pero su voz sonó serena.

—No todos los magos de mi país son como los ichanis, ladrón. En nuestra sociedad hay muchos grupos... facciones —sacudió la cabeza, contrariada—. En vuestro idioma no hay una palabra que lo defina con precisión. A los ichanis los desterraron a los páramos como castigo. Son lo peor de mi país. No nos juzgues a todos por sus actos.

»Mi propio pueblo siempre ha temido que los ichanis se uniesen un día, pero no tenemos la menor influencia sobre el rey ni podemos persuadirlo de que rompa con la tradición del destierro a los páramos. Llevamos cientos de años vigilándolos, y hemos matado a los más sospechosos de tener control sobre los demás. Hemos intentado prevenir lo que está pasando aquí, pero debemos tener cuidado de no mostrar nuestras cartas, pues en Sachaka muchos están esperando la menor excusa para atacarnos.

—¿Y qué es lo que está pasando aquí?

Savara titubeó.

—No estoy segura de cuánto debo contarte —Cery observó divertido cómo se mordisqueaba el labio, como una niña interrogada por su padre. Al oírlo reír, ella lo miró y frunció el ceño—. ¿Qué pasa?

—No pareces de esas que piden el visto bueno a los demás.

Ella le sostuvo la mirada con firmeza y luego la bajó. Al mirar en la misma dirección, Cery vio que Gol y el cuerpo ya no estaban.

—No esperabas verla, ¿verdad? —preguntó ella con suavidad—. ¿Te ha perturbado ver a tu amor perdido matar a alguien?

Cery la miró, súbitamente incómodo.

—¿Cómo sabes eso?

Savara sonrió.

—Se te nota en la cara, cuando la miras o hablas de ella.

Él contempló la habitación de abajo. La imagen de Sonea al acometer a la mujer le vino a la mente. Su rostro reflejaba una férrea determinación. Apenas quedaban en ella rastros de aquella chica que se había consternado tanto al descubrir que tenía poderes mágicos.

Entonces Cery recordó cómo había cambiado su expresión cuando Akkarin le había quitado algo del pelo.

—Fue un enamoramiento infantil —dijo a Savara—. Sé desde hace tiempo que ella no es para mí.

—No, no es verdad —replicó la sachakana, haciendo crujir el tejado al moverse del sitio donde estaba sentada—. No te habías enterado hasta hoy.

Cery se volvió hacia ella.

—¿Cómo puedes...?

Para su sorpresa, Savara se había acercado a él. Ella le colocó la mano en la nuca, lo atrajo hacia sí y lo besó.

Tenía los labios cálidos y firmes. Cery sintió que el calor le recorría el cuerpo. Extendió los brazos para estrecharla contra sí, pero la madera sobre la que se encontraba resbaló hacia un lado y él perdió el equilibrio. Sus labios se separaron cuando Cery comenzó a caer hacia atrás.

Algo lo estabilizó. Reconoció el contacto de la magia. Savara sonrió con picardía, se inclinó hacia delante y lo agarró de la camisa. Apoyó un hombro en el tejado y tiró de él con fuerza. Las vigas crujieron de un modo alarmante mientras ambos rodaban para alejarse de la zona que había cedido. Cuando se detuvieron, Savara estaba tendida encima de Cery y desplegaba aquella sonrisa sensual que siempre le cortaba el aliento y le aceleraba el pulso.

—Vaya —comentó él—. Esto no está mal.

La joven rio en voz baja y se inclinó para besarlo de nuevo. Cery vaciló solo por un momento cuando una sensación fugaz, una especie de premonición, cruzó su mente.

«El día que Sonea descubrió su magia, su lugar en el mundo pasó a ser otro. Savara también tiene magia, y su lugar en el mundo ya es otro».

Pero en ese momento, eso le daba igual.

Lorlen arrugó el entrecejo, abrió los ojos y parpadeó. Su dormitorio estaba casi totalmente a oscuras. La luz de la luna llena bañaba las mamparas de sus ventanas en un brillo tenue, de tal modo que los símbolos dorados del Gremio aparecían como figuras negras recortadas contra el fino papel.

Entonces se dio cuenta de por qué estaba despierto. Alguien aporreaba su puerta.

«¿Qué hora es?». Se incorporó y se frotó los ojos en un intento de espantar el sueño. Los golpes en la puerta seguían sonando. Lorlen suspiró, se levantó y salió tambaleándose del dormitorio hacia la puerta principal de sus aposentos.

Al otro lado estaba lord Osen, despeinado y con aspecto desesperado.

—Administrador —susurró—, lord Jolen y su familia han sido asesinados.

Lorlen miró fijamente a su ayudante. Lord Jolen, uno de los sanadores, un hombre joven que se había casado hacía poco... ¿asesinado?

—Lord Balkan ha mandado llamar a los magos superiores —dijo Osen en tono apremiante—. Debes reunirte con ellos en el Salón de Día. ¿Quieres que regrese, mientras te vistes, para decirles que no tardarás en llegar?

Lorlen bajó la vista hacia su ropa para dormir.

—Por supuesto.

Osen asintió y se alejó a toda prisa. Tras cerrar la puerta, Lorlen volvió al dormitorio. Extrajo del armario una túnica azul y procedió a cambiarse.

Jolen había muerto. Su familia también. Asesinados, según Osen. Lorlen frunció el ceño mientras las preguntas empezaban a agolparse en su mente. ¿Cómo era posible? No era fácil matar a un mago. El asesino debía de ser una persona bien informada y astuta, o bien otro mago. «O, peor aún —pensó—, un mago negro».

Contempló su anillo mientras las terribles posibilidades cobraban forma en su mente.

«No —se dijo—. Espera a conocer todos los detalles».

Se ató el cordón de la túnica en torno a la cintura y salió a paso ligero de

su habitación. Una vez fuera de los alojamientos de los magos, cruzó el patio hacia el edificio conocido como Siete Arcos. La estancia que se encontraba más a la izquierda era el Salón de Noche, y allí se celebraban todas las semanas las reuniones sociales de los magos. La habitación del centro era el Salón de Banquetes. En la parte derecha del edificio estaba el Salón de Día, espacio concebido para recibir y atender a los invitados importantes.

Cuando Lorlen entró, pestañeó ante aquel resplandor repentino. El Salón de Noche era de color azul marino y plateado, pero, en contraste, el de Día estaba decorado en tonos de blanco y dorado, y en aquel momento lo iluminaban siete globos de luz. El efecto hacía daño a la vista.

Había siete hombres en el centro de la estancia. Lord Balkan y lord Sarrin saludaron a Lorlen con un leve gesto de cabeza. El rector Jerrick estaba hablando con dos directores de estudios, Peakin y Telano. Lord Osen estaba junto al único hombre que no llevaba túnica.

Cuando Lorlen reconoció al capitán Barran, se le cayó el alma a los pies. Un mago había muerto, y el capitán que investigaba los extraños asesinatos estaba allí. Tal vez la situación era tan mala como se imaginaba.

Balkan avanzó para recibirlo.

—Administrador.

—Lord Balkan —respondió Lorlen—, supongo que prefiere que no haga preguntas hasta que lleguen lady Vinara, el administrador Kito y el Gran Lord.

Balkan titubeó.

—Sí, pero no he convocado al Gran Lord. Explicaré mis motivos en breve.

Lorlen se esforzó por parecer sorprendido.

—¿A Akkarin no?

—Todavía no.

La puerta se abrió y se volvieron hacia ella. Un mago vindeano entró. Por su calidad de administrador expatriado, Kito pasaba casi todo el tiempo fuera del Gremio y de Kyralia. Había regresado de Vin hacía pocos días con el propósito de ocuparse del mago descarriado que Dannyl iba a llevar allí para que lo juzgaran.

Lorlen recordó la predicción de Akkarin: «El Gremio perderá su interés

por el asesino una vez que el embajador Dannyl llegue con el descarriado, Lorlen».

«Si mis temores se confirman —pensó Lorlen—, creo que más bien ocurrirá lo contrario».

Mientras Balkan saludaba a Kito, el capitán Barran se acercó a Lorlen. El joven guardia consiguió forzar una sonrisa.

—Buenas noches, administrador. Es la primera vez que el Gremio llama mi atención sobre un asesinato, y no al revés.

—¿En serio? —preguntó Lorlen—. ¿Quién le ha avisado?

—Lord Balkan. Por lo visto, lord Jolen ha conseguido establecer una comunicación breve con él antes de morir.

A Lorlen se le aceleró el corazón. ¿De modo que Balkan sabía quién era el asesino? Cuando se volvió hacia el guerrero, la puerta del Salón de Día se abrió de nuevo y lady Vinara entró con paso enérgico en la habitación.

Paseó la mirada a su alrededor para tomar nota mental de quién estaba presente, y asintió para sí.

—Están todos. Bien. Tal vez deberíamos sentarnos. Tenemos entre manos una situación grave y sobrecogedora.

Las butacas situadas cerca de las paredes flotaron hacia el centro de la sala. La expresión del capitán Barran denotaba una mezcla de fascinación y temor reverencial mientras observaba las butacas, que iban colocándose en círculo. Cuando todos se hubieron sentado, Vinara miró a Balkan.

—Creo que lord Balkan debería ser el primero en tomar la palabra —dijo—, puesto que es el primero a quien se ha dado parte de los asesinatos.

Balkan hizo un gesto en señal de conformidad. Recorrió el círculo con la vista.

—Hace dos horas, una llamada mental de lord Jolen reclamó mi atención. Era muy débil, pero oí mi nombre y detecté un miedo intenso. Cuando me concentré en ello, sin embargo, solo pude percibir la identidad de quien me llamaba, y la sensación de que alguien le estaba haciendo daño con magia antes de que la comunicación se interrumpiese bruscamente. Intenté llamar a lord Jolen, pero no obtuve respuesta.

»Avisé a lady Vinara de la comunicación, quien me dijo que lord Jolen estaba alojado en la ciudad con su familia. Ella tampoco podía ponerse en

contacto con él, así que decidí acercarme a su casa. Cuando llegué, ningún sirviente fue a abrirme la puerta. Descorrí el cerrojo y dentro me encontré con una escena espantosa —la expresión de Balkan se ensombreció—. Todas las personas que estaban en la casa habían sido asesinadas. Registré el lugar y me topé con los cadáveres de los familiares y sirvientes de Jolen. Al inspeccionar a las víctimas no descubrí más que arañazos y contusiones. Entonces encontré el cuerpo de Jolen.

Hizo una pausa, y lord Telano soltó un carraspeo de desconcierto.

—¿Su cuerpo? ¿Cómo puede seguir entero? ¿Acaso agotó sus energías?

Lorlen advirtió que Vinara mantenía la mirada fija en el suelo, sacudiendo la cabeza.

—Después llamé a Vinara para pedirle que acudiera a examinar a las víctimas —prosiguió Balkan—. Cuando llegó, me encaminé a toda prisa al cuartel de la Guardia para comprobar si habían recibido informes de actividades extrañas en la zona. El capitán Barran estaba allí, pues acababa de interrogar a un testigo —guardó silencio unos instantes y agregó—: Capitán, creo que debería contarnos su testimonio.

El joven guardia miró a todos los que estaban sentados en círculo y se aclaró la garganta.

—Así es, milores... y milady —se retorció las manos—. Dado el aumento del número de asesinatos, me he entrevistado con muchos testigos últimamente, pero la mayoría de las declaraciones no me han sido de mucha utilidad. Algunos han acudido a mí con la esperanza de que algo que han visto, como un desconocido deambulando por su calle de noche, sea relevante. La historia de esa mujer era muy similar, salvo por un elemento sorprendente.

»Regresaba caminando a casa muy tarde después de llevar un pedido de fruta y verdura a una de las casas del Círculo Interno. A medio camino, oí gritos procedentes de una casa, la residencia familiar de lord Jolen. Ella decidió apretar el paso, pero cuando llegó a la siguiente casa, oí un ruido a su espalda. Asustada, se refugió en las sombras de un portal. Al mirar atrás, vio a un hombre salir por la puerta de servicio de la casa frente a la que acababa de pasar —Barran hizo una pausa y paseó la vista por el círculo—. Dijo que el hombre llevaba una túnica de mago. Una túnica negra de mago.

Los magos superiores se mostraron inquietos e intercambiaron miradas. Lorlen reparó en que todos excepto Balkan y Osen adoptaron una expresión de incredulidad. Vinara no parecía sorprendida.

—¿Estaba segura de que la túnica era negra? —preguntó Sarrin—. Cualquier color puede parecer negro en la oscuridad.

Barran asintió.

—Le hice esa misma pregunta. Estaba segura. El hombre pasó por delante del portal en el que ella se había escondido. Describió una túnica negra con un incal en la manga.

El escepticismo en las caras cedió el paso a la alarma. Lorlen clavó la vista en Barran, quien apenas podía respirar.

—Dudo que... —empezó a decir Sarrin, pero se quedó callado cuando Balkan le hizo una seña para que esperara.

—Adelante, capitán —dijo Balkan en voz baja—, cuénteles el resto.

Barran asintió de nuevo.

—La testigo dijo que el hombre tenía las manos manchadas de sangre y que llevaba una daga. La describió en detalle: hoja curva y piedras preciosas engastadas en la empuñadura.

Siguió un largo silencio, hasta que Sarrin respiró hondo para hablar.

—¿Qué credibilidad merece esa testigo? ¿Puede traerla aquí?

Barran se encogió de hombros.

—Anoté su nombre y la dirección de su lugar de trabajo, que figuraba en su ficha. A decir verdad, no di ningún crédito a su testimonio hasta que me enteré de lo que lord Balkan había descubierto en la casa. Desearía haberle hecho más preguntas, o haberla retenido más tiempo en el cuartel.

—Ya la encontrarán —aseguró Balkan, y se volvió hacia Vinara—. Creo que ha llegado el momento de escuchar lo que ha descubierto lady Vinara.

La sanadora enderezó la espalda.

—Sí, eso me temo. Lord Jolen vivía con su familia para poder cuidar de su hermana, cuyo embarazo presentaba complicaciones. Examiné antes de nada el cuerpo de él y descubrí dos cosas inquietantes. La primera... —Se llevó la mano al interior de la túnica y extrajo un trozo de tela negra con un bordado en hilo dorado—. La primera fue esto; lo sujetaba en la mano derecha.

Cuando sostuvo el trozo de tela en alto, Lorlen se quedó helado. El bordado formaba parte de un símbolo que le resultaba muy familiar: el incal del Gran Lord. Vinara le lanzó una mirada fugaz y arrugó el ceño con inquietud y conmiseración.

—¿Cuál ha sido el segundo descubrimiento? —preguntó Balkan con un hilo de voz.

Vinara reflexionó unos instantes e inspiró profundamente.

—La razón por la que el cuerpo de lord Jolen sigue existiendo es que alguien lo vació de energía por completo. La única herida en su cuerpo era un corte poco profundo en un lado del cuello. Los otros cadáveres presentaban la misma señal. La persona que me precedió en el cargo me enseñó a reconocerla —hizo una pausa para mirar a los demás—. A lord Jolen, su familia y sus sirvientes los mataron con magia negra.

Sonaron exclamaciones y gritos ahogados, y después se produjo un largo silencio cuando los presentes comprendieron qué implicaba esa información. Lorlen casi podía oírlos pensar en el poder de Akkarin y valorar las posibilidades que tenía el Gremio de derrotarlo en batalla. Descubrió el pánico reflejado en sus rostros.

Él, en cambio, se sentía curiosamente tranquilo y... aliviado. Había cargado durante dos años con el secreto del delito de Akkarin. Por fin, para bien o para mal, el Gremio había descubierto ese secreto por sí mismo. Miró en torno a sí a los magos superiores. ¿Debía confesar que estaba al corriente del crimen de Akkarin? «No mientras no sea imprescindible», pensó.

Entonces ¿qué debía hacer? El Gremio no había cobrado más fuerza, y Akkarin —si era culpable de aquellos asesinatos— desde luego no se había hecho más débil. Un temor que conocía bien ahuyentó su alivio.

«Para proteger al Gremio, debo hacer cuanto esté en mi mano por evitar que se enfrente a Akkarin. Pero si estas muertes son obra suya... No, no es posible. Sé que otros magos negros han estado matando a kyalianos».

—¿Qué hacemos? —preguntó Telano con un hilo de voz.

Todas las miradas se centraron en Balkan. Lorlen sintió una ligera punzada de indignación. ¿Acaso no era él el líder del Gremio, en ausencia de Akkarin? Balkan posó la vista en él, expectante, y de pronto Lorlen se arrepintió; notaba el familiar peso de su responsabilidad sobre los hombros.

—¿Qué sugiere, administrador? Usted es quien mejor lo conoce.

Lorlen se obligó a sentarse derecho. Había ensayado muchas veces lo que les diría en esa situación.

—Debemos obrar con cautela —advirtió—. Si Akkarin es el asesino, será aún más poderoso. Propongo que meditemos muy bien lo que vamos a hacer antes de plantarle cara.

—¿Hasta qué punto es fuerte? —preguntó Telano.

—Venció fácilmente a veinte de nuestros magos más poderosos cuando lo pusimos a prueba para el cargo de Gran Lord —respondió Balkan—. La magia negra no permite determinar el poder real de un mago.

—Me pregunto cuánto tiempo lleva practicándola —dijo Vinara, taciturna. Se volvió hacia Lorlen—. ¿Había notado usted algo raro en Akkarin, administrador?

Lorlen no tuvo que fingir que le divertía la pregunta.

—¿Akkarin, algo raro? Siempre ha tenido una actitud misteriosa y reservada, incluso conmigo.

—Podría llevar años practicando —murmuró lord Sarrin—. ¿Cuánta fuerza le confiere eso?

—Lo que no me cabe en la cabeza es cómo adquirió ese conocimiento —añadió Kito serenamente—. ¿Lo aprendió durante sus viajes?

Lorlen suspiró mientras los demás se ponían a discutir todas las posibilidades que él había barajado desde que había descubierto la verdad. Dejó que hablaran durante un rato, y justo cuando se disponía a interrumpirlos, Balkan alzó la voz.

—Por el momento, da igual cómo o dónde haya aprendido magia negra. Lo importante es si podemos derrotarlo en un combate.

Lorlen asintió.

—Tengo dudas sobre nuestras posibilidades de éxito. Creo que tal vez deberíamos guardar esto en secreto...

—¿Está insinuando que finjamos que no ha pasado nada? —exclamó Peakin—. ¿Que permitamos que un mago negro siga gobernando el Gremio?

—No —Lorlen sacudió la cabeza—. Pero necesitamos tiempo para idear una manera segura de deshacernos de él si resulta que, en efecto, es el asesino.

—No nos estamos haciendo más fuertes —observó Vinara—. Él sí.

—Lorlen tiene razón. Es esencial planear el siguiente paso con todo cuidado —repuso Balkan—. Mi predecesor me enseñó las armas con las que se puede combatir contra un mago negro. No es fácil, pero tampoco imposible.

Lorlen sintió una pizca de interés y esperanza. Ojalá hubiese consultado al guerrero antes de que Akkarin se enterase de que Lorlen conocía su secreto. Tal vez existía alguna posibilidad de derrocar a Akkarin, después de todo.

Entonces recapacitó. ¿De verdad quería a Akkarin muerto? «Pero ¿y si de verdad había matado él a Jolen y a toda la gente que estaba en su casa? ¿No merece ser castigado por ello?

»Sí, pero más vale asegurarnos antes de que fue él».

—También deberíamos contemplar la posibilidad de que no sea el asesino —dijo Lorlen, y miró a Balkan—. Tenemos la declaración de un testigo y un jirón de tela. ¿Puede otro mago haberse disfrazado de Akkarin, o haber puesto a Jolen esa tela en la mano? —De súbito, algo se le ocurrió a Lorlen—. Déjeme verla otra vez.

Vinara le tendió el trozo de tela. Lorlen la examinó y movió la cabeza afirmativamente.

—Fíjense, está cortado, no desgarrado. Si Jolen fue quien hizo esto, debía de tener algún tipo de arma blanca. En ese caso, ¿por qué no apuñaló a su agresor? Y ¿no les parece extraño que el asesino no se diera cuenta de que le habían cortado un pedazo de la manga? Un criminal astuto no dejaría una prueba tan comprometedora, ni saldría a la calle con el arma que acaba de utilizar en la mano.

—¿O sea, que cree que tal vez fue otro mago del Gremio, en un intento de convencernos de que Akkarin es culpable de sus crímenes? —preguntó Vinara con el ceño fruncido—. Supongo que es posible.

—O un mago que no es del Gremio —añadió Lorlen—. Si Dannyl ha encontrado a un descarriado en Elyne, puede que existan otros.

—No tenemos indicios de la presencia de un mago descarriado en Kyralia —objetó Sarrin—. Y los descarriados suelen ser ignorantes mal entrenados. ¿Cómo puede aprender magia negra un descarriado?

Lorlen se encogió de hombros.

—¿Cómo puede aprender magia negra cualquier mago? En secreto, naturalmente. Por mucho que nos repugne la idea, el asesino, ya sea Akkarin u otra persona, aprendió magia negra de alguna manera.

Los demás guardaron silencio para reflexionar sobre ello.

—Así que tal vez Akkarin no es el asesino —dijo Sarrin—. Si no lo es, sabrá que debemos llevar a cabo una investigación como de costumbre y colaborará con nosotros.

—Pero si lo es, tal vez se vuelva contra nosotros —señaló Peakin.

—Entonces ¿qué debemos hacer?

Balkan se puso de pie y comenzó a pasearse de un lado a otro.

—Sarrin tiene razón. Si Akkarin es inocente, colaborará. Por otro lado, si es culpable, creo que deberíamos actuar de inmediato. El número de muertes que se han registrado esta noche, sin el menor esfuerzo por ocultar las pruebas, parece la firma de un mago negro que se prepara para una pelea. Debemos enfrentarnos a él ahora, antes de que sea demasiado tarde.

A Lorlen el corazón le dio un vuelco.

—Pero ha dicho que necesitaba tiempo para planearlo.

Balkan sonrió con tristeza.

—He dicho que planearlo todo con cuidado es fundamental. Una de mis obligaciones como líder de guerreros es asegurarme de que siempre estemos listos para hacer frente a un peligro de esa magnitud. La clave del éxito, según mi predecesor, es pillar al enemigo por sorpresa, cuando esté aislado de sus aliados. Mi sirviente me ha comunicado que en la residencia del Gran Lord solo se quedan tres personas por la noche: Akkarin, Takan y Sonea.

—¡Sonea! —exclamó Vinara—. ¿Qué papel desempeña ella en todo esto?

—No aprecia a Akkarin —dijo Osen—. Incluso me atrevería a decir que lo odia.

Lorlen se volvió hacia su ayudante, sorprendido.

—¿Cómo es eso? —preguntó Vinara.

Osen se encogió de hombros.

—Es algo que observé cuando ella se convirtió en su predilecta. Y en la actualidad sigue sin agradarle su compañía.

Vinara se quedó pensativa.

—Me pregunto si ella sabe algo. Podría ser una testigo muy valiosa.

—Y una buena aliada —agregó Balkan—, siempre que Akkarin no la mate para absorber su energía.

Vinara se estremeció.

—Bueno, ¿cómo vamos a separarlos?

Balkan sonrió.

—Tengo un plan.

Regresaron por los pasadizos subterráneos guiados por el mismo chico de mirada dura. Mientras lo seguían, el torbellino de pensamientos que Sonea tenía en la cabeza dio paso a una calma razonable. Cuando el guía los dejó, nuevas preguntas se habían agolpado en su mente.

—Ella era ichani, ¿verdad?

Akkarin la miró.

—Sí, una bastante débil. No me imagino cómo la persuadió Kariko para que viniese. Con un soborno, tal vez, o haciéndole chantaje.

—¿Enviarán a más como ella?

El Gran Lord se quedó pensando durante unos instantes.

—Quizá. Ojalá hubiese tenido la oportunidad de leerle la mente.

—Lo siento.

Él torció la comisura de los labios para dibujar una leve sonrisa.

—No te disculpes. Prefiero que sigas viva.

La chica sonrió. Durante el camino de vuelta Akkarin se había mostrado distante y poco hablador, pero en ese momento parecía ansioso por regresar. Sonea lo siguió por el pasadizo. Llegaron al túnel con el montón de losas. Akkarin fijó la vista en él, y las piedras empezaron a formar una escalera. Sonea esperó a que cesara el roce de piedra contra piedra antes de plantear su pregunta siguiente.

—¿Por qué había un anillo de la Casa de Saril y un chal caro en el escondrijo?

A media escalera, Akkarin se detuvo y se volvió hacia ella.

—¿Eso había? No... —dirigió la mirada a un punto situado detrás de Sonea. La misma expresión reflexiva que había mostrado durante todo el

trayecto apareció de nuevo. Entonces su semblante se ensombreció.

—¿Qué ocurre? —preguntó la joven.

El Gran Lord levantó una mano para hacerla callar. Mientras Sonea lo observaba, él soltó un grito ahogado y abrió mucho los ojos. Entonces masculló una palabrota que ella creía que solo los de las barriadas conocían.

—¿Qué ocurre? —repitió.

—Los magos superiores están en mi residencia. En la cámara subterránea. A Sonea se le cortó la respiración. El frío se apoderó de su cuerpo.

—¿Por qué?

Akkarin estaba contemplando algo que sucedía al otro lado de las paredes del pasadizo.

—Lorlen...

Sonea sintió que se le hacía un nudo en el estómago. No podía creer que Lorlen hubiese azuzado al Gremio contra Akkarin.

Algo que detectó en la cara de Akkarin hacía que las preguntas se le quedaran atoradas en la garganta. Supuso que estaba muy concentrado, tomando decisiones difíciles. Al fin, tras un largo silencio, Akkarin inspiró profundamente y soltó el aire despacio.

—A partir de este momento, todo cambia —dijo, mirándola—. Debes hacer lo que yo te diga, por muy difícil que te parezca —añadió en voz tensa pero baja.

La chica asintió e intentó ahuyentar un temor que crecía en su interior.

Akkarin reanudó su ascenso por la escalera hasta que ambos quedaron frente a frente.

—Lord Jolen fue asesinado anoche, junto con su familia y sus sirvientes, seguramente por la mujer que acabas de matar. Por eso tenía un chal y un anillo de la Casa de Saril: sospecho que eran trofeos. Vinara encontró un trozo de mi túnica en la mano de Jolen (seguramente la ichani lo recortó de mi manga durante nuestro primer enfrentamiento) y ha reconocido la magia negra como la causa de las muertes. Una testigo vio a alguien vestido como yo salir de la casa con una daga en la mano —apartó la vista—. Me pregunto dónde consiguió la ichani la túnica, y dónde la dejó...

Sonea lo miró fijamente.

—O sea, que el Gremio cree que sois el asesino.

—Están considerando esa posibilidad, sí. Balkan ha deducido, con razón, que si soy inocente colaboraré, y si soy culpable deben atacarme cuanto antes. Estaba pensando cómo debía lidiar con esto, y qué debías hacer y decir tú, cuando la situación ha cambiado de golpe —hizo una pausa y exhaló un suspiro profundo—. Balkan, con buen juicio, ha planeado aislarme de ti y de Takan. Ha enviado a un mensajero a transmitir la noticia de la muerte de Jolen y a convocar a los magos superiores a una reunión. Cuando se ha enterado de que yo no estaba en la residencia, ha mandado a alguien a buscarte. No había discutido con los demás qué haría si tú tampoco estabas allí, así que he supuesto que los consultaría al respecto enseguida y que me enteraría de sus intenciones a través de Lorlen. Pero ya debía de tener un plan —se le formó una arruga entre las cejas—. Claro que lo tenía.

Sonea sacudió la cabeza.

—Todo esto ha pasado mientras íbamos caminando de regreso, ¿verdad?
Akkarin asintió.

—No podía decir nada delante de nuestro guía.

—Entonces ¿qué ha hecho Balkan?

—Volver a la residencia y registrarla.

Sonea sintió un escalofrío al pensar en los libros y objetos que Balkan encontraría en la cámara subterránea.

—Ah.

—Sí, «ah». Al principio no han entrado en la cámara subterránea, pero como han encontrado libros de magia negra en tu habitación, han decidido no dejar un rincón sin revisar.

A Sonea se le heló la sangre. Libros de magia negra. En su habitación.

«Lo saben».

El futuro que había imaginado pasó ante sus ojos. Dos años más de formación, después la graduación, elegir una disciplina, tal vez persuadir a los sanadores para que ayudasen a los pobres, quizá incluso convencer al rey de que aboliese la Purga...

Nada de eso se haría realidad. Nunca.

El Gremio sabía que ella había mostrado interés por la magia negra. La pena por ese delito era la expulsión. Si se enterasen de que además había aprendido magia negra y la había usado para matar...

Pero lo había hecho, y había comprometido su futuro, por una buena razón. Si los ichanis los invadían, ella tampoco llegaría a graduarse ni a detener la Purga.

«Rothen se va a disgustar. Mucho».

Desterró esa idea de su mente con cierto esfuerzo. Tenía que pensar. Ahora que el Gremio lo sabía, ¿qué debían hacer ella y Akkarin? ¿Cómo iban a seguir luchando contra los ichanis?

Era evidente que no podían regresar al Gremio. Tendrían que esconderse en la ciudad. Evitar que el Gremio los descubriese lo haría todo más difícil, pero no imposible. Akkarin conocía a los ladrones. Ella tenía algún que otro contacto útil, también. Se volvió hacia Akkarin.

—Y ahora ¿qué hacemos?

Él bajó la vista a la escalera.

—Regresar.

Sonea clavó los ojos en él.

—¿Al Gremio?

—Sí. Les contaremos lo de los ichanis.

Sonea se estremeció.

—Habéis dicho que dudáis que os crean.

—Así es, pero tengo que darles esa oportunidad.

—Pero ¿y si no os creen?

Akkarin bajó la mirada.

—Siento haberte metido en esto, Sonea. Te protegeré de lo peor, si puedo.

Ella aguantó la respiración y luego se maldijo en silencio.

—No os disculpéis —dijo con firmeza—. Fue decisión mía, y era consciente de los riesgos. Decidme lo que he de hacer, y lo haré.

Los ojos de Akkarin se agrandaron ligeramente. Abrió la boca, y su mirada se tornó distante de nuevo.

—Se están llevando a Takan. Debemos darnos prisa.

Desapareció escalera abajo y Sonea le fue a la zaga. Cuando enfilaron el laberinto de pasadizos, la chica echó un vistazo hacia atrás.

—¿La escalera?

—Déjala.

Sonea arrancó a correr para alcanzarlo. Le costaba seguir el ritmo de sus largas zancadas, y reprimió un comentario sobre su falta de consideración hacia las personas que tenían las piernas más cortas que él.

—Debemos proteger a dos personas mientras dure todo esto —dijo el Gran Lord—: a Takan y a Lorlen. No menciones nada sobre el anillo de Lorlen o lo que él ya sabía de este asunto. Es posible que le necesitemos en el futuro.

De improviso, Akkarin aminoró el paso y se detuvo ante la puerta de la cámara subterránea. Se quitó el abrigo, lo plegó y lo dejó junto a la puerta. A continuación se desabrochó el cinturón con la funda de la daga y lo colocó encima. Con un destello, un globo de luz apareció sobre sus cabezas. Akkarin cerró la portezuela del farol y la depositó al lado del abrigo.

Se quedó un rato largo contemplando la puerta de la cámara subterránea, con los brazos desnudos cruzados sobre su chaleco negro. Sonea aguardaba en silencio junto a él.

Le parecía increíble que aquello hubiese ocurrido. Se suponía que el día siguiente aprendería a sanar costillas rotas. Pocas semanas después, comenzarían los exámenes de mitad de curso. Sintió un impulso de caminar hacia la puerta, la extraña sensación de que bastaba con que se metiese en la cama para despertar y comprobar que todo seguía como antes.

Pero seguramente la habitación que había al otro lado estaba repleta de magos que esperaban el regreso de Akkarin. Sabían que ella se había informado sobre la magia negra. Sospechaban que Akkarin había matado a Jolen. Estarían preparados para pelear.

Aun así, Akkarin permanecía inmóvil. Sonea empezaba a preguntarse si iba a cambiar de idea cuando él se volvió para mirarla.

—Quédate aquí hasta que te llame.

Acto seguido, Akkarin fijó la vista en la puerta con los ojos entornados y esta se abrió silenciosamente.

Dos magos que estaban de espaldas a ellos obstruían la entrada de la habitación. Más allá, Sonea vislumbró a lord Balkan, que caminaba de un lado a otro despacio. Lord Sarrin, sentado junto a la mesa, contemplaba los objetos que había encima con una expresión de desconcierto.

No se percataron de que la puerta se había abierto. Uno de los magos que

estaba de pie frente a la entrada se estremeció y echó un vistazo por encima del hombro. Al ver a Akkarin, ahogó un grito y retrocedió unos pasos, arrastrando a su compañero consigo.

Todas las cabezas se volvieron cuando Akkarin entró en la habitación. Incluso sin la parte exterior de su túnica, tenía un aspecto imponente.

—Vaya, cuántas visitas —comentó—. ¿Qué os trae a todos a mi residencia a estas horas de la noche?

Balkan enarcó las cejas y dirigió la mirada hacia la escalera. Se oyeron unos pasos apresurados, y Lorlen apareció. El administrador miró a Akkarin con inesperada impasibilidad.

—Lord Jolen, su familia y su servidumbre fueron asesinados anoche —anunció en un tono sereno y comedido—. Se han encontrado indicios que nos llevan a sospechar que vos sois el asesino.

—Entiendo —dijo Akkarin en voz baja—. Es un asunto grave. Yo no maté a lord Jolen, pero eso tendréis que confirmarlo por vuestra cuenta —hizo una pausa—. ¿Queréis explicarme cómo murió Jolen?

—Lo mataron con magia negra —respondió el administrador—. Y como acabamos de encontrar libros sobre magia negra en vuestra casa, incluido el dormitorio de Sonea, tenemos otro motivo para sospechar de vos.

Akkarin asintió lentamente.

—Así es, los habéis encontrado —la comisura de sus labios se curvó hacia arriba—. Y sin duda dicho descubrimiento os ha dado un susto de muerte. Tranquilos. No tenéis nada que temer. Me explicaré.

—¿Vais a cooperar? —preguntó Lorlen.

—Por supuesto.

El alivio se reflejó en todos los rostros.

—Pero os pongo una condición —añadió Akkarin.

—¿De qué se trata? —inquirió Lorlen con recelo. Balkan le echó una mirada.

—Mi sirviente —respondió Akkarin—. Prometí hace tiempo a Takan que nadie volvería a arrebatarse su libertad. Traedle aquí.

—¿Y si nos negamos? —preguntó Lorlen.

Akkarin dio un paso a un lado.

—Sonea quedará libre en su lugar.

A Sonea se le puso la carne de gallina cuando los magos se percataron de que estaba en el pasadizo. Se estremeció al imaginar lo que debían de estar pensando. ¿Había aprendido magia negra? ¿Era peligrosa? Solo Lorlen abrigaría la esperanza de que se rebelara contra Akkarin; los demás no conocían la auténtica razón por la que se había convertido en aprendiz del Gran Lord.

—Si los traen a los dos, tendrá a dos aliados a su disposición —advirtió Sarrin.

—Takan no es mago —repuso Balkan con tranquilidad—. Mientras permanezca fuera del alcance de Akkarin, no supondrá una amenaza para nosotros —miró a los otros magos superiores—. La pregunta es: ¿a quién prefieren tener bajo custodia, a Sonea o al sirviente?

—A Sonea —contestó Vinara sin dudarle. Los demás hicieron un gesto afirmativo.

—Muy bien —dijo Lorlen. Adoptó una mirada distante por un momento y después agregó—: He ordenado que lo traigan.

Siguió un silencio prolongado y tenso. Al fin, se oyeron unas pisadas que bajaban por la escalera, y Takan apareció, con los brazos firmemente sujetos por un guerrero. El sirviente estaba pálido y nervioso.

—Perdonadme, amo —dijo—. No he podido impedirles la entrada.

—Lo sé —dijo Akkarin—. Deberías haber tenido la sensatez de no intentarlo, amigo mío —se alejó varios pasos de la entrada al pasadizo y se detuvo junto a la mesa, en un lado de la habitación—. Las barreras están desactivadas y he dejado la escalera abierta. Encontrarás lo que necesitas justo al otro lado de la puerta.

Takan asintió con la cabeza. Se miraron durante unos segundos, y el sirviente asintió de nuevo. Akkarin se volvió hacia el pasadizo.

—Adelante, Sonea. Cuando Takan quede en libertad, ve hacia Lorlen.

Sonea respiró hondo y entró en la cámara. Miró al guerrero que sujetaba a Takan, y después a Lorlen. El administrador movió la cabeza afirmativamente.

—Suéltelo.

Mientras Takan se apartaba de su captor, Sonea empezó a acercarse a Lorlen. En el momento en que se cruzaron, el sirviente se detuvo y le dedicó

una reverencia.

—Cuide de mi amo, lady Sonea.

—Haré lo que pueda —prometió ella.

De pronto se le hizo un nudo en la garganta. Cuando llegó frente a Lorlen se dio la vuelta para ver a Takan marcharse. Este se inclinó ante Akkarin y salió al pasadizo. Cuando hubo desaparecido en la oscuridad, el panel se deslizó hasta cerrar la salida.

Akkarin se volvió hacia Lorlen y bajó la vista a la mesa y los sillones que tenía al lado. La parte exterior de su túnica seguía colgada del respaldo de uno de ellos. El Gran Lord recogió la negra prenda y se la puso.

—Bien, administrador, ¿cómo podemos ayudarte Sonea y yo en tu investigación?

15. Malas noticias

Rothen acababa de ponerse una túnica limpia cuando oyó que se abría la puerta de sus aposentos.

—¿Lord Rothen? —lo llamó Tania.

Al percibir la urgencia en la voz de su sirvienta, el mago se dirigió a toda prisa a la puerta del dormitorio. Tania estaba de pie en el centro de la habitación, retorciéndose las manos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rothen.

Tania fijó en él una mirada de aflicción.

—El Gran Lord y Sonea fueron detenidos anoche.

Rothen inspiró, y sintió que lo invadían la esperanza y el alivio. ¡Por fin habían detenido a Akkarin! Seguramente el Gremio había descubierto su delito, le había plantado cara... ¡y había vencido!

Pero ¿por qué habían apresado también a Sonea?

En efecto, ¿por qué? La euforia se extinguió y cedió el paso a aquel miedo acuciante que conocía bien.

—¿Por qué los detuvieron? —se obligó a preguntar.

Tania parecía indecisa.

—Es información de tercera o quinta mano, lord Rothen. Podría no ser correcta.

—¿Por qué? —repitió él.

La mujer hizo una mueca.

—El Gran Lord fue detenido por asesinar a lord Jolen, su familia y sus sirvientes, y por haber aprendido algún tipo de magia. ¿Magia negra, se dice? ¿Qué es eso?

—La magia más perversa de todas —respondió Rothen con gravedad—. Pero ¿y Sonea? ¿Por qué la apresaron a ella?

Tania abrió las manos hacia los lados.

—No estoy segura. Por ser su cómplice, tal vez.

Rothen se sentó en uno de los sillones de la sala de invitados, y respiró larga y profundamente. El Gremio tendría que contemplar la posibilidad de que Sonea estuviera implicada. Eso no significaba que ella fuera culpable.

—No le he traído nada de comer —se disculpó Tania—. Sabía que querría conocer la noticia lo antes posible.

—No te preocupes —dijo él—. De todos modos, parece que no tendré tiempo de ingerir nada —se puso de pie y dio un paso hacia la puerta—. Creo que más vale que tenga una pequeña conversación con Sonea.

Tania forzó una sonrisa.

—Me lo imaginaba. Infórmeme de lo que ella le cuente.

El joven que iba sentado frente a Dannyl en el carruaje estaba tan delgado que daba lástima. Aunque Farand había recuperado suficientes fuerzas para caminar durante la semana siguiente a su envenenamiento, todavía tardaría un tiempo en recobrar del todo. Pero estaba vivo y agradecido por ello.

Dannyl había cuidado del joven noche y día durante todo el viaje. Le había resultado fácil combatir el sueño y el cansancio con sus poderes sanadores, pero eso le había costado caro. Al cabo de una semana, su estado era casi tan delicado como el aspecto de Farand.

El coche atravesó las puertas del Gremio. Farand se quedó boquiabierto cuando la universidad apareció ante él.

—Es preciosa —dijo jadeando.

—Sí —Dannyl sonrió y miró por la ventana. Había tres magos al pie de la escalera: el administrador Lorlen, el administrador expatriado Kito y lady Vinara.

Dannyl sintió una punzada de ansiedad y decepción. Había esperado que lo recibiese el Gran Lord. «Pero probablemente querrá hablar de todo en privado».

Cuando el carruaje se detuvo frente a la escalinata, Dannyl se apeó y

Farand lo siguió. Los tres magos superiores lo contemplaron con una mezcla de curiosidad y recelo.

—Embajador Dannyl —dijo Lorlen—. Bienvenido a casa.

—Gracias, administrador Lorlen. Administrador Kito, lady Vinara — saludó Dannyl, inclinando la cabeza—. Les presento a Farand de Darellas.

—Bienvenido, joven Darellas —dijo Lorlen—. Me temo que ha surgido otro asunto que requerirá nuestra atención durante unos días. Procuraremos que estés lo más cómodo posible y nos encargaremos de tu excepcional situación en cuanto hayamos resuelto esa otra cuestión.

—Gracias, administrador —respondió Farand un tanto cohibido.

Lorlen asintió, dio media vuelta y comenzó a subir la escalinata de entrada a la universidad. Dannyl frunció el entrecejo. Había algo raro en el comportamiento de Lorlen. Parecía incluso más agobiado que de costumbre.

—Ven conmigo, Farand —indicó Vinara al joven. Cuando miró a Dannyl, su expresión se ensombreció—. Duerma un poco, embajador. Tiene que subsanar lo que ha perdido.

—Sí, lady Vinara —convino Dannyl.

Mientras Farand se alejaba tras Vinara, dirigió a Kito una mirada inquisitiva.

—¿Cuál es ese otro asunto del que hablaba el administrador Lorlen?

Kito exhaló un hondo suspiro.

—Anoche asesinaron a lord Jolen.

—¿Lo asesinaron? —Dannyl lo miró fijamente—. ¿Cómo?

El mago hizo una mueca.

—Con magia negra.

Dannyl se notó palidecer. Se volvió fugazmente hacia el carruaje en el que estaba el libro, bien guardado dentro de su baúl de viaje.

—¿Magia negra? ¿Quién...?

—El Gran Lord ha sido detenido —añadió Kito.

—¡Akkarin! —Dannyl sintió que la pérdida de color y el frío se extendían por todo su cuerpo—. ¡Él no!

—Me temo que sí. Todas las pruebas apuntan a él. Ha accedido a colaborar en nuestra investigación. Mañana se celebrará una Vista.

Dannyl apenas lo escuchaba. Intentaba ordenar en su mente las

coincidencias y los sucesos extraños. Pensó en la investigación que Lorlen le había pedido que iniciara y luego que interrumpiera. Pensó en el interés que Rothen había mostrado de pronto por la misma información, justo después de que Sonea se convirtiera en la predilecta de Akkarin. Pensó en lo que revelaba el libro del Dem. La magia ancestral, la magia superior... era magia negra.

Había supuesto que Akkarin había concluido su búsqueda sin haber hecho ese descubrimiento.

Por lo visto, estaba equivocado.

¿Lo sospechaban Lorlen o Rothen? ¿Era aquel el motivo de la investigación?

«¡Y pensar que iba a entregar ese libro a Akkarin!».

—Habla del descarriado después de la Vista —dijo Kito.

Dannyl pestañeó y luego movió afirmativamente la cabeza.

—Por supuesto. Bueno, más vale que obedezca las órdenes de lady Vinara.

El mago vindeano sonrió.

—Que descanse.

Dannyl asintió y echó a andar hacia el alojamiento de los magos. ¿Dormir? ¿Cómo iba a dormir después de lo que acababa de escuchar?

«Continué esa investigación con el beneplácito de Akkarin, y llevo un libro de magia negra en mi equipaje. ¿Bastaría con eso para que me creyeran culpable de los mismos delitos? Podría esconder el libro. Desde luego no pienso dárselo a Akkarin... ni comentar con él nada de esto».

Se le aceleró la respiración cuando se dio cuenta de lo que ello significaba para él desde el punto de vista personal. ¿Quién creería ahora a Akkarin cuando explicara que la relación entre Dannyl y Tayend solo era una artimaña para capturar a los rebeldes?

La última vez que Sonea había estado bajo la Cúpula había sido cuando se entrenaba para el desafío con Regin. Era una esfera de piedra enorme y hueca en la que antiguamente se ejercitaban los guerreros. El Gremio la había abandonado cuando se había construido la Arena, pero ella la había usado

para preparar su combate con Regin sin que él o sus seguidores pudieran espiarla. Akkarin había reforzado las paredes a fin de cerciorarse de que Sonea no las dañara. Irónicamente, su magia ahora contribuía a mantenerla aprisionada.

No es que hiciera el menor intento de fugarse. Había asegurado a Akkarin que seguiría sus instrucciones al pie de la letra. Él solo le había dicho que debían proteger a Takan y a Lorlen. Después la había intercambiado por Takan, lo que significaba que quería que estuviese allí.

O eso, o el Gran Lord estaba dispuesto a sacrificarla en aras de la promesa que había hecho a su sirviente.

«No —pensó—. Me necesita para corroborar su testimonio». Takan estaba demasiado unido a Akkarin. Nadie le creería.

Sonea empezó a caminar de un lado a otro de la habitación. La puerta hermética permanecía abierta para que circulase el aire. Al otro lado había un par de magos que la vigilaban cuando se quedaba sola.

Pero no la habían dejado sola durante demasiado tiempo. Vinara, Balkan y Sarrin la habían interrogado por separado sobre las actividades de Akkarin. Ella no quería arriesgarse a revelar nada hasta que su tutor estuviese preparado, de modo que se había negado a contestar. Al final los tres magos se habían dado por vencidos.

Cuando se encontró por fin a solas, descubrió que no le gustaba. No dejaba de preguntarse dónde estaba Akkarin y si, al no soltar prenda, estaba obrando según sus planes. No tenía forma de saber qué hora era, si bien supuso que ya hacía rato que había amanecido. No había dormido en toda la noche, pero dudaba que hubiese podido pegar ojo aunque hubiera estado tendida en una mullida cama en vez de en el suelo de tierra.

Un movimiento al otro lado de la puerta captó su atención. Alzó la vista y sintió que algo se le clavaba en el corazón.

Rothen.

Entró en la Cúpula, con la preocupación reflejada en el rostro. Cuando sus miradas se encontraron, él intentó sonreír, y a ella se le hizo un nudo en el estómago a causa de los remordimientos.

—Sonea —dijo Rothen—. ¿Cómo estás?

La chica meneó la cabeza.

—Es una pregunta un poco tonta, Rothen.

Él echó un vistazo al interior de la Cúpula y asintió.

—Sí, supongo que sí —suspiró y miró a Sonea de nuevo—. Aún no han decidido qué hacer contigo. Lorlen me ha dicho que han encontrado libros de magia negra en tu habitación. ¿Los pusieron allí Akkarin o su sirviente para incriminarte?

—No —respondió Sonea dejando escapar un suspiro—. Yo los estaba leyendo.

—¿Por qué?

—Para entender al enemigo.

Rothen parecía contrariado.

—Sabes que el mero hecho de leer sobre magia negra es delito.

—Sí, lo sé.

—¿Y aun así has leído esos libros?

La joven lo miró a los ojos.

—Algunos riesgos valen la pena.

—¿Esperabas que esa información te sirviese para derrotarlo?

Ella bajó la vista.

—No exactamente.

Rothen guardó silencio por unos instantes.

—Entonces ¿por qué, Sonea?

—No puedo decírtelo. Aún no.

Rothen dio un paso hacia ella.

—¿Por qué? ¿Qué te ha dicho él para convertirte en su cómplice? Hemos localizado a tus tíos, Jonna y Ranel. Tanto ellos como sus hijos están sanos y a salvo. Dorrien vive y se encuentra perfectamente. ¿Estás protegiendo a alguien más?

Sonea exhaló un suspiro. «A toda Kyralia».

—No puedo decírtelo, Rothen, por el momento. No sé lo que Akkarin le ha contado a nadie, ni lo que quiere que yo revele. Tendré que esperar a que se celebre la Vista.

Un destello de ira asomó a los ojos de Rothen.

—¿Desde cuándo te importa lo que él quiere?

—Desde que me enteré de por qué hace lo que hace —contestó Sonea,

sosteniéndole la mirada—. Pero esa es su historia, no la mía. Lo entenderás todo cuando se decida a contarla.

Él la miró con escepticismo.

—Me cuesta creer eso, pero lo intentaré. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

La chica negó con la cabeza, pero luego recapacitó. Rothen sabía que hacía más de dos años que Lorlen estaba enterado del delito de Akkarin. ¿Qué ocurriría si se lo revelaba al Gremio? Alzó la vista hacia él.

—Sí —dijo en voz baja—. Protege a Lorlen.

Savara deslizó la mano sobre la sábana y sonrió.

—Qué agradable.

Cery soltó una risita.

—Un buen ladrón debe hacer que sus invitados se sientan cómodos.

—Tú no eres como los otros ladrones —comentó Savara—. Él está detrás de todo esto, ¿verdad?

—¿Quién?

—El Gran Lord.

Cery resopló con indignación.

—No fue solo por él.

—¿No?

—En parte fue por Sonea. Farén accedió a esconderla para que el Gremio no la encontrara, pero los otros ladrones lo obligaron a entregarla, de modo que para algunos Farén no cumplió su parte del trato.

—¿Y...?

—Si yo estaba dispuesto a tratar con Farén, otras personas también lo estarían. Así que me echó una mano con algunas cosas.

—¿De modo que Akkarin no tuvo nada que ver?

—Bueno, un poco —admitió Cery—. Tal vez yo no habría tenido agallas para hacerlo si él no me hubiese dado un empujoncito. Me facilitó la información justa sobre cada uno de los ladrones para garantizar que no intentaran detenerme. Es difícil decir que no a alguien que conoce muchos de tus secretos.

Savara se quedó pensativa.

—Da la impresión de que lo tenía todo planeado desde hacía tiempo.

—Es lo que pensé —Cery se encogió de hombros—. Cuando el asesino empezó a tocar las narices a los otros ladrones, me ofrecí a buscarlo. Eso les gustó. No sabían que ya llevaba meses en ello. Parecen un poco mosqueados porque no lo he encontrado, pero ellos no han tenido mejor suerte.

—Pero si has encontrado a varios...

—Ellos creen que solo hay uno.

—Ah.

—Al menos me parece que eso creen —añadió Cery.

—Y ahora lo saben, porque el último era una mujer.

—Seguramente.

Cery paseó la vista por los muebles de la habitación. Eran piezas de calidad, pero no excesivamente lujosas. No quería pensar que todo se lo debía a la ayuda de Akkarin.

—He intentado buscarme la vida por otros medios —dijo—. Si el mercado de localización de asesinos para los magos se agota, quiero poder seguir a flote.

Ella le dirigió una sonrisa irónica y deslizó el dedo por su pecho.

—Definitivamente prefiero que sigas a flote.

Cery le cogió la mano y la atrajo hacia sí.

—¿Ah, sí? ¿A qué clase de negocios te dedicas?

—Entablo contacto con aliados potenciales —respondió Savara, y movió sinuosamente el brazo hasta rodearlo con él—. Y preferiblemente un contacto muy estrecho con uno de ellos en concreto.

Lo besó de forma firme y tentadora. Cery sintió que se le aceleraba el pulso de nuevo.

Entonces alguien llamó a la puerta. Cery se apartó e hizo una mueca, como disculpándose.

—Tengo que ir a abrir.

—¿De verdad? —preguntó la joven, haciendo pucheros.

Él asintió.

—Gol no llamaría si no fuera importante.

—Más vale que lo sea.

Cery se levantó, se puso los pantalones y una camisa, y salió de la habitación. Gol caminaba de un lado a otro del recibidor de Cery, con una expresión muy distinta de la sonrisa bobalicona que este último esperaba.

—El Gremio ha apresado al Gran Lord —le informó Gol—. Y también a Sonea.

Cery miró fijamente a su segundo.

—¿Por qué?

—Un mago del Gremio fue asesinado anoche, junto con un montón de gente que había en su casa. Creen que lo hizo el Gran Lord —tras unos instantes, agregó—: Toda la ciudad está enterada.

Cery se dirigió a la silla más cercana y se sentó. ¿Akkarin detenido? ¿Por asesinato? ¿Y Sonea también? Oyó que la puerta de su dormitorio se abría. Savara asomó la cabeza, vestida del todo. Cuando sus miradas se encontraron, ella frunció el entrecejo.

—¿Puedes contármelo?

Cery sonrió brevemente, divertido por la pregunta.

—Han detenido al Gran Lord. El Gremio cree que anoche asesinó a un mago del Gremio.

Ella abrió mucho los ojos y salió al recibidor.

—¿Cuándo?

Gol se encogió de hombros.

—No lo sé. A toda la gente que estaba en casa de ese mago la mataron también, con algún tipo de magia mala. Magia negra. Sí, eso es.

Savara tomó aire.

—O sea, que es verdad.

—¿Qué es verdad? —preguntó Cery.

—Algunos ichanis aseguran que el Gremio no sabe magia negra y que la considera maligna. Como Akkarin la practica, creíamos que eso no era cierto —hizo una pausa—. Así que por esa razón actúa en secreto. Yo creía que no quería que los demás supieran que sus acciones del pasado habían contribuido a esta situación.

—¿Qué acciones del pasado? —preguntó Cery, perplejo.

Ella lo miró y sonrió.

—Ah, hay cosas de tu Gran Lord que no sabes.

—¿Como cuáles?

—Eso no me corresponde a mí decirlo —respondió la joven—. Pero sí puedo decirte que...

Calló de pronto al oír un golpe en la pared. Cery hizo un gesto afirmativo con la cabeza a Gol. El hombretón se acercó a la pared, echó un vistazo por la mirilla y apartó un cuadro. Apareció uno de los chicos que hacía recados a Cery.

—Hay un hombre que quiere verte, Ceryni. Ha dado una contraseña muy larga y dice que tiene malas noticias sobre una de tus amistades. Afirma que es urgente.

Cery asintió y miró a Savara.

—Será mejor que lo reciba para saber de qué se trata.

Ella se encogió de hombros y regresó al dormitorio.

—Pues entonces me daré un baño.

Cuando se volvió, Cery vio a Gol con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya puedes ir borrando esa expresión de tu cara —le advirtió Cery.

—Sí, Ceryni —respondió el hombre con humildad, aunque siguió sonriendo mientras enfilaba el pasadizo seguido por Cery.

Su despacho no estaba lejos. Había varias maneras de entrar y salir de él. Gol eligió el camino habitual, de modo que Cery dispuso de unos instantes para observar al visitante que estaba en la sala de espera a través de una mirilla.

Para su consternación, Cery se percató de que el hombre era sachakano. Luego reconoció la chaqueta y el corazón le dio un vuelco.

¿Por qué se había puesto ese hombre la chaqueta que Akkarin llevaba la noche anterior?

Cuando el hombre se volvió, la chaqueta se abrió para revelar un uniforme de sirviente del Gremio.

—Creo que sé quién es —susurró Cery, y se acercó a la puerta de su despacho—. Hazlo pasar en cuanto yo me haya sentado.

Unos minutos después, Cery se encontraba sentado ante su escritorio. La puerta de su despacho se abrió y el hombre entró.

—Bueno —dijo Cery—. Dice usted que tiene malas noticias sobre una de mis amistades.

—Así es —respondió el hombre—. Soy Takan, sirviente del Gran Lord. Lo han detenido por el asesinato de un mago del Gremio. Me ha enviado a ayudarle.

—¿A ayudarme? ¿Cómo?

—Puedo comunicarme telepáticamente con él —explicó Takan, tocándose la frente.

—¿Es usted mago?

Takan negó con la cabeza.

—Tenemos un vínculo, creado por él hace mucho tiempo.

Cery asintió.

—Entonces cuénteme algo que solo él y yo sepamos.

La mirada de Takan se perdió en la lejanía.

—La última vez que se reunió con usted, dijo que no volvería a traer a Sonea consigo.

—Cierto.

—Lamenta no haber podido mantener ese propósito.

—Más lo debe de lamentar Sonea. ¿Por qué la han detenido a ella?

—Por informarse sobre la magia negra —Takan suspiró—. Encontraron libros en su habitación.

—¿La magia negra está...?

—Prohibida —dijo Takan—. Es posible que el Gremio la expulse.

—¿Y el Gran Lord?

Takan pareció afligido de verdad.

—Lo han acusado de asesinato y de usar magia negra. Si lo declaran culpable tanto de lo uno como de lo otro, lo condenarán a muerte.

Lentamente, Cery movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—¿Cuándo tomará el Gremio su decisión?

—Mañana celebrarán una Vista para examinar las pruebas y determinar si es culpable o no.

—¿Lo es?

Takan levantó la mirada, y sus ojos relampaguearon con ira.

—Él no asesinó a lord Jolen.

—¿Y qué hay de la acusación de usar magia negra?

El sirviente asintió.

—Sí, es culpable de eso. Si no la hubiera utilizado, no habría podido detectar a los asesinos.

—¿Y Sonea? ¿Es culpable?

Takan asintió de nuevo.

—El Gremio solo la ha acusado de informarse sobre la magia negra. Por eso se enfrenta a una pena más leve. Si supieran la verdad, le imputarían los mismos cargos que a Akkarin.

—Ella empleó magia negra para matar a la mujer, ¿verdad?

Aquello pareció sorprender a Takan.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—He acertado por casualidad. ¿Debería asistir yo a esa Vista como testigo?

El hombre guardó silencio, y su mirada volvió a perderse en la distancia.

—No. Él le agradece el ofrecimiento. No debe dar a conocer su implicación en el asunto. Si todo sale bien, tal vez él le pida su ayuda en el futuro. Por ahora, solo tiene un favor que pedirle.

—¿Sí?

—Que se asegure de que la Guardia encuentra el cadáver de la asesina. Y de que lleve la daga encima.

Cery sonrió.

—Eso puedo hacerlo.

Desde la ventana de su despacho, Lorlen vio que Akkarin seguía en la misma postura que antes. Sacudió la cabeza. De alguna manera, Akkarin se las arreglaba para presentar un aspecto digno e imperturbable aun estando sentado en el suelo de la Arena, con la espalda apoyada en uno de los soportes y vigilado por veinte magos que rodeaban la palestra.

Lorlen apartó la mirada de él y la dirigió al interior de su despacho. En el centro, Balkan se paseaba. Lorlen nunca había visto tan inquieto al guerrero. Hacía un rato había oído a Balkan farfullar algo sobre la traición. Eso era comprensible. Lorlen sabía que el guerrero tenía en alta estima a Akkarin.

Sarrin estaba sentado en uno de los sillones y hojeaba uno de los libros procedentes del arcón de Akkarin. Habían decidido que uno de ellos debía

tener autorización para leerlos, aunque en rigor era delito. La expresión de Sarrin era una mezcla de espanto y fascinación. De vez en cuando murmuraba algo para sí.

Vinara estaba callada, de pie frente a la estantería. Unas horas antes había tildado a Akkarin de monstruo. Balkan le había recordado que no podían estar seguros de que el Gran Lord hubiese hecho algo más que leer sobre magia negra. No la había convencido. Cuando se tocaba el tema de Sonea, sin embargo, Vinara parecía angustiada y dudosa.

Lorlen contempló los objetos que había sobre su escritorio: vidrios rotos, un tenedor de plata medio fundido y un plato con restos de sangre ya seca. Los demás seguían desconcertados respecto a esas cosas. La pequeña esfera de vidrio que habían encontrado en la mesa confirmaba la suposición de Lorlen. ¿Estaba Akkarin fabricando otro anillo como el de Lorlen, o enseñando a Sonea a hacerlos?

Al igual que Sonea, Akkarin se había negado a responder preguntas. Estaba decidido a esperar a que el Gremio al completo se reuniese para la Vista antes de explicarse. A eso había quedado reducida la colaboración que había prometido.

«Es injusto», se dijo Lorlen. Pensó en el anillo que llevaba en el bolsillo. El Gran Lord le había indicado que se lo quitara y lo tuviera a mano. Si Sarrin continuaba leyendo, sabría de la existencia de esos anillos y reconocería el de Lorlen. Este había contemplado la posibilidad de deshacerse de él, pero era consciente de las ventajas de mantener el vínculo con Akkarin. Su «amigo» aún parecía inclinado a confiarse a él. El único inconveniente era que Akkarin podía escuchar conversaciones ajenas cuando Lorlen lo llevaba puesto, pero eso ya no era un problema tan importante ya que, para impedir que el Gran Lord lo escuchase, le bastaba con quitarse el anillo.

Akkarin no quería que saliese a la luz que Lorlen conocía con anterioridad su interés por la magia negra.

El Gremio necesita a un líder en quien pueda confiar, le había enviado Akkarin. Un exceso de cambios y de incertidumbre podrían debilitarlo.

Rothen y Sonea eran las únicas personas que lo sabían, aparte de él. La chica no había dicho una palabra, y Rothen había accedido a callar lo que

sabía sobre la implicación de Lorlen siempre y cuando ello no acarrease más problemas. A cambio, Lorlen había permitido al mago visitar a Sonea.

Todos alzaron la mirada al oír unos tímidos golpes en la puerta. Lorlen la abrió por medio de la voluntad, y el capitán Barran entró, seguido por lord Osen. El guardia hizo una reverencia, los saludó formalmente y se volvió hacia Lorlen.

—He visitado la tienda en la que trabaja la testigo —informó—. Según sus patronos, ella no se ha presentado en toda la mañana. Hemos ido a su domicilio, y su familia nos ha dicho que no regresó a casa anoche.

Los líderes de las disciplinas se miraron entre sí.

—Gracias, capitán —dijo Lorlen—. ¿Alguna cosa más?

El joven negó con la cabeza.

—No. Volveré mañana por la mañana, como me ha pedido, a menos que descubra algo más.

—Gracias. Puede retirarse.

Cuando la puerta se cerró, Vinara exhaló un suspiro.

—No me cabe duda de que el guardia encontrará su cadáver en cuestión de días. Desde luego, él no perdió el tiempo anoche.

Balkan sacudió la cabeza.

—Pero no tiene sentido. ¿Cómo sabe lo de la testigo? Si la hubiera sorprendido mirando, se habría asegurado de que esa mujer no llegara hasta el cuartel de la Guardia.

Sarrin se encogió de hombros.

—Tal vez no logró darle alcance. Luego, cuando ella salió del cuartel, se encargó de que no pudiera volver a testificar contra él.

—No es el comportamiento que yo esperarí de un mago negro —comentó Balkan—. Si tan preocupado está por ocultar las pruebas, ¿por qué fue tan descuidado unas horas antes, esa noche? ¿Por qué no se disfrazó? ¿Por qué...? —Se interrumpió al oír que alguien llamaba de nuevo a la puerta.

Lorlen suspiró y la abrió por medio de la voluntad. Para su sorpresa, Dannyl entró en el despacho. Había unas sombras oscuras bajo los ojos del embajador.

—Administrador —dijo Dannyl—. ¿Puedo hablar con usted, en privado?

Lorlen frunció el entrecejo, irritado.

—¿Es para tratar el tema del descarriado, embajador?

—En parte —Dannyl miró fugazmente a los demás y habló despacio, como eligiendo las palabras con cuidado—. Pero no únicamente. No vendría a verle si no creyera que tenemos un asunto urgente que discutir.

Vinara se levantó.

—De todos modos, ya estaba hartándome de tantas conjeturas —declaró, dirigiendo una mirada directa y significativa a Sarrin y a Balkan—. Si nos necesita, administrador, no tiene más que llamar.

Dannyl se apartó a un lado e inclinó la cabeza en un gesto cortés mientras los tres magos salían de la habitación. Cuando cerraron la puerta tras sí, Lorlen fue hasta su escritorio y se sentó.

—¿De qué asunto urgente quería hablarme?

Dannyl se acercó.

—No sé muy bien por dónde empezar, administrador. Estoy en una situación incómoda. En dos situaciones incómodas, si tal cosa es posible —aguardó un instante y volvió a hablar—. Aunque usted dijo que ya no necesitaban de mi ayuda, yo continué con mis investigaciones sobre la magia por interés personal. Cuando el Gran Lord se enteró, me animó a seguir adelante, pero para entonces ya quedaba poco por descubrir en Elyne. O eso creía yo.

Lorlen arrugó el ceño. ¿Akkarin había animado a Dannyl a seguir adelante?

—Después, cuando mi ayudante y yo estábamos ganándonos la confianza de los rebeldes, descubrimos un libro que obraba en poder de Dem Marane —Dannyl se llevó la mano al interior de la túnica y sacó un volumen deteriorado que depositó sobre la mesa de Lorlen—. Despejaba muchas de nuestras dudas sobre la magia ancestral. Al parecer, la modalidad de magia ancestral conocida como «magia superior» es en realidad magia negra. Este libro contiene instrucciones sobre su uso.

Lorlen fijó la vista en el libro. ¿Se trataba de una casualidad, o sabía Akkarin que los rebeldes lo tenían? ¿Estaba colaborando con ellos, tal vez? Contuvo el aliento. ¿Era así como había aprendido magia negra?

En ese caso, ¿por qué los había entregado?

—Ya lo ve —dijo Dannyl—. Estoy en una situación incómoda. Algunos podrían suponer que he investigado la magia negra con el permiso del Gran Lord, y que las órdenes de este de capturar a los rebeldes eran un intento de adquirir más conocimientos al respecto —hizo una mueca—. A decir verdad, he leído parte de ese libro, lo que significa que he infringido la ley que prohíbe informarse sobre la magia negra. Pero no conocía su contenido hasta que empecé a leerlo.

Lorlen sacudió la cabeza. No era de extrañar que Dannyl se viese angustiado.

—Entiendo su preocupación. No podía saber adónde lo llevaría su investigación. Yo mismo tampoco lo sabía. Si a alguien se le ocurriese sospechar de usted, tendría que sospechar también de mí.

—¿Conviene que lo explique todo en la Vista?

—Lo hablaré con los magos superiores, pero no creo que sea necesario —respondió Lorlen.

Dannyl pareció aliviado.

—Hay un asunto más —añadió en voz baja.

¿Otro? Lorlen reprimió un gruñido.

—¿Sí?

Dannyl bajó la vista al suelo.

—Cuando el Gran Lord me pidió que encontrara a los rebeldes, sugirió que mi ayudante y yo les diésemos a entender algo que ellos pudieran utilizar para obligarnos a colaborar por medio del chantaje. Akkarin prometió asegurarse de que el Gremio supiera que dicha información era solo un engaño urdido para ganarnos la confianza de los rebeldes —Dannyl levantó la mirada—. Pero, obviamente, Akkarin ya no está en condiciones de hacer eso.

De pronto, a Lorlen le vino a la cabeza una conversación que había mantenido con Akkarin junto a la Arena, mientras veían luchar a Sonea.

«El Gremio perderá su interés por el asesino una vez que el embajador Dannyl llegue con el descarriado, Lorlen».

¿Se estaba refiriendo a algo más que a la existencia de los rebeldes? ¿En qué consistía esa información que Dannyl había ideado para ganarse la confianza de los rebeldes?

Miró al embajador, quien desvió la vista, claramente avergonzado. Poco a poco, Lorlen comenzó a encajar como piezas de un rompecabezas los rumores que había oído, hasta que dedujo lo que Dannyl había hecho creer a los rebeldes.

«Interesante —pensó—. Y una decisión audaz, teniendo en cuenta los problemas a los que Dannyl tuvo que enfrentarse cuando era aprendiz».

—O sea, que teme que nadie crea lo que Akkarin diga sobre usted, porque su integridad está en entredicho.

—Sí.

—¿Es más sólida la integridad de los rebeldes? —Lorlen negó con la cabeza—. Lo dudo. Si le preocupa que nadie crea a Akkarin, convenga a la gente de que la idea la tuvo usted.

Dannyl abrió bien los ojos. Enderezó la espalda y asintió.

—Por supuesto. Gracias, administrador.

Lorlen se encogió de hombros y miró a Dannyl con mayor detenimiento.

—Tiene aspecto de no haber dormido en una semana.

—Y así es. No quería que todo el esfuerzo que me había costado salvar la vida a Farand resultase inútil.

Lorlen frunció el entrecejo.

—Entonces más vale que regrese a sus aposentos y descanse. Le necesitaremos mañana.

El joven mago consiguió esbozar una sonrisa cansina. Señaló con la cabeza el libro que había sobre el escritorio de Lorlen.

—Ahora que me he quitado eso de encima, creo que ya no tendré problemas para dormir. Le reitero mi agradecimiento, administrador.

Cuando se marchó, Lorlen suspiró. «Al menos alguien pegará ojo».

16. La vista

Lo primero que pensó Sonea cuando abrió los ojos fue que Viola no había ido a despertarla y que llegaría tarde a clase. Pestañeó para disipar las brumas del sueño. Notó arena entre los dedos y vio que la rodeaba la pared de piedra de la Cúpula, tenuemente iluminada.

El hecho de que se hubiera dormido la asombró. Lo último que recordaba de la noche anterior era que yacía en la oscuridad, dando vueltas y vueltas a lo ocurrido durante el día. Había necesitado toda su fuerza de voluntad para no llamar a Akkarin mentalmente con el fin de preguntarle si debía revelar algo al Gremio, o simplemente para saber dónde se encontraba, si lo estaban tratando bien... o si aún vivía.

En sus peores momentos de incertidumbre, no podía desterrar de su mente la idea de que tal vez el Gremio ya lo hubiese juzgado, sin informarla. En el pasado, el Gremio había sido aterradoramente expeditivo en su determinación de erradicar la magia negra de las Tierras Aliadas. Aquellos magos que llevaban muertos tanto tiempo habrían ejecutado a Akkarin sin demora.

«Y a mí...». Se estremeció al pensarlo.

De nuevo deseó poder hablar con Akkarin. El Gran Lord le había dicho que informaría al Gremio sobre los ichanis. ¿Pretendía reconocer asimismo que había aprendido magia negra? ¿Tenía la intención de revelarles que ella también la había aprendido?

¿O iba a negar haber utilizado la magia negra? Quizá confesaría su propia falta, pero aseguraría que Sonea no había hecho nada malo.

Aunque eso no era cierto. Sonea no pudo evitar que una imagen fugaz de

la ichani muerta cruzara su mente, acompañada por sensaciones intensas pero contradictorias.

«Eres una asesina», la acusó una voz en su cabeza.

«Tuve que hacerlo —replicó para sus adentros—. No tenía elección. Ella me habría matado».

«Pero lo habrías hecho de todos modos —contestó su conciencia—, aunque hubieras tenido elección».

«Sí, para proteger al Gremio. Para proteger Kyralia —arrugó el entrecejo—. A todo esto, ¿desde cuándo tengo tantos remilgos respecto a matar? Habría matado sin vacilar si me hubiesen atacado en las barriadas. De hecho, es posible que lo hiciera entonces... porque no sé si aquel matón que me sacó a rastras de la calle sobrevivió a mi puñalada».

«Eso es distinto. En esa época no sabías usar la magia», advirtió su conciencia.

Suspiró. No podía evitar pensar que, dadas las ventajas que le daban sus poderes mágicos, tendría que haber salido del apuro sin matar a nadie. Pero la ichani también había utilizado la magia.

«Había que pararle los pies. El azar quiso que yo estuviera en una posición adecuada para detenerla. No me arrepiento de haberla matado, solo de haberme visto obligada a ello».

Su conciencia se quedó callada.

«Sigue atormentándome —le pidió—. Prefiero eso a matar sin sentirme mal al respecto».

Nada.

«Fantástico —sacudió la cabeza—. Tal vez esa vieja superstición sobre el Ojo sea cierta. No solo mantengo conversaciones conmigo misma, sino que me niego a hablar conmigo. Deben de ser los primeros síntomas de la locura».

Un sonido procedente del exterior devolvió su atención al sitio donde se encontraba. Sonea se incorporó y vio que los guardias guerreros se apartaban y que lord Osen se detenía frente a la entrada. Un globo de luz apareció sobre su cabeza, iluminando aquel recinto esférico.

—La Vista está a punto de comenzar, Sonea. Vengo a escoltarte hasta el Salón Gremial.

De pronto Sonea notó que el corazón le latía a toda velocidad. Se levantó, se sacudió la arena de la túnica y se encaminó hacia la puerta. Osen retrocedió para dejarla pasar.

Un tramo corto de escalera conducía a otra puerta abierta. Ella se detuvo al ver al círculo de magos que la esperaban al otro lado. Su escolta estaba integrada por sanadores y alquimistas. Supuso que los guerreros y los magos más poderosos del Gremio estarían custodiando a Akkarin.

Fijaron la mirada en Sonea mientras caminaba hasta el centro del círculo. Al reparar en sus expresiones de sospecha y desaprobación, sintió que se ruborizaba. Cuando se dio la vuelta, vio que sus dos guardias guerreros habían completado el círculo. Osen pasó por un hueco abierto momentáneamente en la barrera que mantenían en torno a ella.

—Sonea —dijo—. Tu tutor está acusado de asesinato y de practicar la magia negra. Como aprendiz suya, se te interrogará para determinar qué sabes respecto a estas cuestiones. ¿Entiendes?

La joven tragó saliva para humedecerse la garganta.

—Sí, milord.

Lord Osen hizo una pausa.

—A raíz del descubrimiento de libros sobre magia negra en tu habitación, también se te acusará de interesarte por esos conocimientos.

De modo que a ella también la juzgarían.

—Entiendo —respondió.

Osen asintió. Se volvió hacia los jardines que se extendían junto a la universidad.

—Pasemos, pues, al Salón Gremial.

La escolta los siguió mientras Osen la guiaba hasta el sendero que recorría la universidad. Los jardines estaban desiertos y en ellos reinaba una calma inquietante. Solo sus pisadas y el gorjeo ocasional de un pájaro rompían el silencio. Sonea pensó en las familias de los magos y en los sirvientes que vivían en la zona. ¿Los habían desalojado, por si Akkarin intentaba apoderarse del Gremio?

Cuando la escolta estaba a punto de llegar a la parte delantera de la universidad, Osen se paró en seco. Los magos que los rodeaban intercambiaron miradas de preocupación. Sonea comprendió que estaban

escuchando una comunicación mental, y aguzó sus sentidos.

... dice que no entrará hasta que Sonea esté aquí, envió Lorlen.

¿Qué debemos hacer?, preguntó Osen.

Esperar. Ya lo decidiremos.

Sonea sintió un ligero alivio. Akkarin se negaba a entrar en el Gremio sin ella. Quería que estuviese allí. Sin embargo, Osen y la escolta estaban tensos y ansiosos, pues era evidente que temían la posible reacción de Akkarin si Lorlen rehusaba su petición. No tenían idea de lo poderoso que era el Gran Lord.

De repente Sonea se dio cuenta de algo. «Yo tampoco».

Mientras esperaban, intentó calcular la fuerza de Akkarin. Había absorbido energía de ella y de Takan dos semanas antes de su pelea con la ichani. Sonea ignoraba por completo cuán fuerte era él antes de eso, pero sin duda el combate había disminuido sus reservas de magia considerablemente. Quizá seguía teniendo una fuerza varias veces mayor a la de cualquier mago del Gremio, pero ella dudaba que fuera lo bastante poderoso para enfrentarse a todos a la vez.

«¿Y a mí?».

Era consciente de que su fuerza había aumentado mucho desde que había arrebatado su energía a la ichani, pero no tenía forma de saber hasta qué punto. Supuso que no era tan poderosa como Akkarin, quien ya estaba venciendo a la ichani antes de que Sonea interviniese, lo que significaba que la mujer debía de ser más débil de entrada. La energía que Sonea le había quitado no podía ser tan grande como la que Akkarin tenía acumulada.

A menos que la ichani hubiese fingido debilidad por algún motivo...

Traedla.

Lorlen no parecía muy contento. Osen emitió un débil gruñido de disgusto y reanudó la marcha. La escolta lo siguió. A medida que se acercaban a la parte delantera de la universidad, el corazón de Sonea empezó a latir de nuevo a toda velocidad, pero esa vez debido a la expectación.

Una multitud de magos pululaba frente a la fachada del edificio. Cuando la escolta de Sonea apareció, se volvieron para mirarla y se hicieron a un lado para dejarles subir la escalinata.

Akkarin estaba de pie en el centro del vestíbulo de entrada. Sonea se

estremeció al verlo. El Gran Lord curvó la comisura de los labios en una media sonrisa característica cuando la avistó. Ella estuvo a punto de devolverle la sonrisa, pero se reprimió al advertir la expresión tensa de los magos que lo circundaban.

El vestíbulo estaba atestado de gente. La escolta de Akkarin constaba de más de cincuenta magos, casi todos ellos guerreros. La gran mayoría de los magos superiores estaba presente. Parecían nerviosos y enfadados. Lord Balkan tenía una expresión sombría.

Lorlen avanzó un paso para situarse frente a Akkarin.

—Podéis entrar juntos —dijo, en un tono amenazador—, pero debéis permanecer a distancia el uno del otro.

Akkarin asintió, y acto seguido se volvió e hizo a Sonea señas de que se acercara. Ella se quedó estupefacta cuando su escolta se apartó para dejarla pasar.

Un murmullo recorrió el vestíbulo cuando ella entró en el círculo de magos que rodeaban a Akkarin. Se detuvo junto a él, pero lo bastante lejos para que no pudieran tomarse de la mano. Akkarin miró a Lorlen y sonrió.

—Bien, administrador. Es hora de que intentemos aclarar este malentendido —dio media vuelta y echó a andar por el pasillo en dirección al Salón Gremial.

Rothen nunca se había sentido tan enfermo. El día anterior había sido uno de los más largos de su vida. Temía los resultados de la Vista, y al mismo tiempo estaba impaciente por que empezara. Necesitaba oír las excusas de Akkarin para saber qué había impulsado a Sonea a infringir la ley. Deseaba ver a Akkarin castigado por lo que le había hecho a ella. Por otro lado, no quería ni pensar en el momento en que se anunciaría el castigo de Sonea.

Dos filas de magos atravesaban el Salón Gremial a lo largo. Tras ellos había dos hileras de aprendices preparados para cederles sus fuerzas en caso necesario. Un suave rumor de voces se había levantado en la sala mientras todos esperaban a que diese comienzo la vista.

—Aquí llegan —murmuró Danyyl.

Dos figuras entraron en el vestíbulo. Una de ellas llevaba una túnica

negra; la otra la lucía marrón, el color de los aprendices. Akkarin caminaba con su habitual seguridad en sí mismo. Sonea... Rothen sintió una punzada de compasión por ella al ver que no despegaba la vista del suelo y que tenía una expresión temerosa y cohibida.

Los seguían los magos superiores, con semblante receloso y adusto. Cuando Akkarin y Sonea llegaron al fondo de la sala, se detuvieron. A Rothen le agradó ver que Sonea guardaba las distancias con el Gran Lord. Los magos superiores pasaron junto a los dos y formaron una fila frente a los asientos dispuestos de forma escalonada, al frente de la sala. El resto de los magos que escoltaba a los acusados se colocó en círculo en torno a ellos.

Rothen y Dannyl, junto con todos los demás magos y aprendices, se dirigieron a los asientos laterales. Una vez que todos se hubieron sentado, Lorlen hizo sonar un gong pequeño.

—Arrodillaos ante el rey Merin, soberano de Kyralia —ordenó en voz muy alta.

Sonea levantó la vista, sorprendida. Contempló la fila superior de asientos, y el rey apareció junto con dos magos. Una capa de una tela brillante color naranja oscuro con el muluk real bordado en oro le cubría los hombros. Llevaba una enorme media luna dorada en el pecho: el colgante real.

Mientras todos los integrantes del Gremio ponían una rodilla en tierra, Rothen observó a Sonea con atención. Ella miró a Akkarin, y al ver que iba a arrodillarse también, lo imitó. Volvió a alzar la vista hacia el rey.

Él podía adivinar lo que ella estaba pensando. Allí estaba el hombre que ordenaba la Purga un año tras otro, el hombre que, dos años y medio antes, había mandado desalojar a sus parientes y vecinos de sus casas.

El rey paseó la mirada por la sala y luego la fijó en Akkarin con expresión inescrutable. Sus ojos se desviaron hacia Sonea, quien bajó la vista al suelo. Satisfecho, el monarca retrocedió y se sentó.

Tras una pausa, los magos empezaron a enderezarse. Los magos superiores subieron a sus asientos, situados en la fila delantera. Akkarin siguió arrodillado hasta que se impuso de nuevo el silencio. Entonces se irguió.

Lorlen escrutó el salón y asintió.

—Hemos convocado esta Vista hoy para juzgar a Akkarin, de la familia Delvon y la Casa de Velan, Gran Lord del Gremio de los Magos, y a Sonea, su aprendiz. Akkarin está acusado de asesinar a lord Jolen de la Casa de Saril, a su familia y a sus sirvientes, así como de buscar conocimientos sobre magia negra, aprenderla y practicarla. Sonea está acusada de buscar conocimientos sobre magia negra.

»Se trata de delitos de la máxima gravedad. Se someterán a nuestra consideración las pruebas sobre las que se sustenta la acusación. Llamo a declarar al primer orador, lord Balkan, líder de habilidades de guerrero.

Balkan se levantó de su asiento y bajó hasta el suelo. Se colocó de cara al rey e hincó una rodilla en tierra.

—Juro que todo lo que diga durante esta Vista será verdad.

El monarca permaneció impassible y no respondió con el menor gesto a las palabras de Balkan.

El guerrero se enderezó y se volvió hacia los magos reunidos.

—Hace dos noches recibí una llamada débil de lord Jolen. Era evidente que estaba en algún apuro. Como no pude ponerme en contacto con él de nuevo, me acerqué a su residencia familiar.

»Encontré a lord Jolen, y a todos los que vivían en su casa, muertos. Todo hombre, mujer y niño, ya fuera pariente o sirviente, había perecido. Al investigar más a fondo, descubrí pruebas de que el asesino había entrado por la ventana de la habitación de lord Jolen, lo que indicaba, tal vez, que él había sido la primera víctima.

»No examiné los cadáveres para averiguar la causa de la muerte. Dejé que lady Vinara se encargara de ello. Cuando ella llegó, me dirigí al cuartel de la Guardia. Allí me enteré de que el capitán Barran, el guardia que investigaba la reciente oleada de asesinatos cometidos en la ciudad, acababa de interrogar a una testigo del crimen —Balkan hizo una pausa y levantó la mirada hacia Lorlen—. Pero antes de escuchar al capitán Barran, creo que debemos oír las conclusiones de la investigación de lady Vinara.

Lorlen asintió.

—Llamo a declarar a lady Vinara, líder de sanadores.

Lady Vinara se puso de pie y descendió con elegancia. Se dio la vuelta, se arrodilló ante el rey y pronunció el juramento de la verdad. Acto seguido se

enderezó y miró al público con gravedad.

—Cuando llegué a la residencia familiar de lord Jolen, examiné los cadáveres de las veintinueve víctimas. Todas presentaban arañazos y contusiones en el cuello, pero ninguna otra herida. No habían sido estrangulados, asfixiados o envenenados. El cadáver de lord Jolen seguía intacto, y este fue el primer indicio que despertó mis sospechas sobre la causa de la muerte. Al examinarlo, descubrí que el cuerpo había sido despojado por completo de energía, lo que me llevó a concluir que o bien lord Jolen había expelido toda su fuerza al morir, o bien se la habían arrebatado. La inspección de los otros cadáveres confirmó la segunda hipótesis. Todos los habitantes de la casa estaban vacíos de energía, y puesto que ninguno de ellos salvo lord Jolen podía agotar sus propias reservas deliberadamente, solo encuentro una explicación para ello —hizo una pausa y adoptó una expresión severa—. Lord Jolen, su familia y sus sirvientes fueron asesinados con magia negra.

La aseveración suscitó un murmullo en la sala. Rothen se estremeció. Era demasiado fácil imaginarse a Akkarin entrando sigilosamente en la casa para acechar a sus víctimas y matarlas. Bajó la vista hacia el Gran Lord, quien observaba a Vinara con serenidad.

—Un examen más detenido del cuerpo de lord Jolen reveló leves marcas de dedos ensangrentados en el cuello —continuó la sanadora, y miró a Akkarin—. También reveló este objeto, que aún aferraba en una mano —se volvió hacia un lado e hizo una seña.

Un mago se acercó, con una caja entre las manos. Vinara la abrió y sostuvo en alto un trozo de tela negra.

El reluciente bordado en oro, aunque incompleto, se reconocía como el incal del Gran Lord. El crujido de la madera y el susurro de las túnicas recorrió la sala cuando los magos se removieron en sus asientos y el rumor de voces se hizo más fuerte.

Vinara plegó el trozo de tela y lo colocó sobre la tapa de la caja antes de devolver ambas cosas a su ayudante, quien se retiró hasta un lado del salón. La sanadora miró a Akkarin, que ahora tenía el entrecejo fruncido, y luego se volvió hacia atrás para dirigir un gesto de asentimiento a Lorlen.

—Llamo a declarar al capitán Barran, investigador de la Guardia —dijo

Lorlen.

La sala quedó de nuevo en silencio mientras un hombre con uniforme de la Guardia entró por una puerta lateral, se arrodilló ante el rey y pronunció el juramento. Rothen calculó que el hombre tenía alrededor de veinticinco años. El rango de capitán era elevado para alguien tan joven, pero de vez en cuando se otorgaban cargos de responsabilidad a miembros de poca edad de las Casas si demostraban su talento o laboriosidad.

El capitán se aclaró la garganta.

—Media hora antes de que lord Balkan fuera a verme, una joven entró en el cuartel para declarar que había visto al asesino que había estado asolando esta ciudad durante las últimas semanas.

»Me dijo que regresaba a su hogar después de llevar un pedido de frutas y verduras a una de las casas del Círculo Interno. Todavía llevaba consigo la cesta vacía y un aval de admisión a la zona. Al pasar frente a la casa de la familia de lord Jolen, oyó gritos procedentes del interior. Los gritos cesaron y ella siguió adelante apretando el paso, pero al llegar a la casa de al lado, oyó que una puerta se abría detrás de ella. Se escondió en un portal, desde donde vio salir a un hombre por la puerta del servicio de la residencia familiar de lord Jolen. El hombre vestía una túnica negra de mago con un incal en la manga. Tenía las manos manchadas de sangre y llevaba una daga curva, con piedras preciosas engastadas en la empuñadura.

Los miembros del Gremio prorrumpieron en exclamaciones de espanto. Rothen asintió con la cabeza al recordar la descripción del arma que Sonea había visto usar a Akkarin cuando lo había espiado hacía mucho tiempo. Lorlen levantó una mano y el vocerío se extinguió poco a poco.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Anoté el nombre de la testigo y el lugar de trabajo que figuraba en su ficha. Tal y como usted me pidió, la busqué al día siguiente. Su patrón me dijo que ella no se había presentado a trabajar esa mañana y me dio la dirección de su familia. Sus parientes estaban preocupados, ya que tampoco había regresado a su casa la noche anterior.

»Temí que la hubiesen asesinado —prosiguió Barran—. Ese mismo día, unas horas después, encontramos su cuerpo. Al igual que lord Jolen, su familia, sus sirvientes y muchas de las otras víctimas cuya muerte he

investigado estas últimas semanas, ella no presentaba heridas, excepto un corte poco profundo —guardó silencio, y sus ojos se desviaron hacia Akkarin, quien permanecía en calma e impávido en apariencia—. Aunque la identifiqué como la testigo, pedimos a la familia que acudiese al cuartel de la Guardia para que lo confirmaran. Nos dijeron que esa mujer no era su hija, pero que la ropa que llevaba era suya. Fue un duro golpe para ellos enterarse de que otra joven muerta que habíamos encontrado, desnuda y aparentemente estrangulada, sí que era su hija. Otro descubrimiento desconcertante fue que la testigo llevaba encima una daga que coincidía con la descripción que ella nos había dado del arma del asesino. Huelga decir que todo esto plantea algunas dudas sobre la integridad de la testigo.

Un murmullo apagado resonó en la sala. El capitán volvió a mirar a Lorlen.

—Eso es todo lo que puedo decirle por ahora.

El administrador se puso de pie.

—Haremos una pausa para examinar las pruebas y deliberar sobre ellas. Lady Vinara, lord Balkan y lord Sarrin me transmitirán sus puntos de vista.

De inmediato la sala se llenó de voces de magos que formaban grupos para discutir y especular. Yaldin se volvió hacia Dannyl y Rothen.

—Tal vez alguien colocó la daga a la testigo después de muerta.

Dannyl sacudió la cabeza.

—Tal vez, pero ¿por qué había de mentir sobre su identidad? ¿Por qué llevaba la ropa de la otra mujer? ¿Había aceptado un soborno a cambio de suplantarla, sin saber que corría el riesgo de que la mataran? Eso significaría que todo estaba preparado de antemano.

—No tiene sentido. ¿Por qué iba Akkarin a urdir un plan para que una testigo lo identificara? —preguntó Yaldin.

Dannyl tomó aire rápidamente.

—Por si había otros testigos. Si la declaración de esta resultaba ser falsa, las de los demás también serían puestas en tela de juicio.

Yaldin rio entre dientes.

—O eso o hay otro mago negro por ahí que quiere que Akkarin cargue con sus culpas. El Gran Lord podría ser inocente.

Rothen negó con la cabeza.

—¿No estás de acuerdo? —preguntó Dannyl.

—Akkarin utiliza la magia negra —dijo Rothen.

—No lo sabes. Han encontrado libros sobre magia negra en sus aposentos —señaló Dannyl—, pero eso no demuestra que la utilice.

Rothen arrugó el ceño. «Sé muy bien que la utiliza —pensó—. Tengo pruebas. Pero... pero no puedo contárselo a nadie. Lorlen me pidió que guardáramos en secreto nuestra implicación en el asunto, y Sonea quiere que ayude a Lorlen».

De entrada, Rothen había supuesto que el administrador intentaba protegerlos a ambos. Más tarde había comprendido que la posición de Lorlen en el Gremio se vería debilitada si confesaba que estaba enterado del crimen de Akkarin desde hacía años. Si el Gremio llegaba a sospechar que Lorlen había conspirado con Akkarin, perdería la confianza en alguien de quien necesitaba fiarse.

A menos que... ¿Seguía estando Lorlen dispuesto a permitir que declarasen inocente a Akkarin a fin de evitar un enfrentamiento con él? La frente de Rothen se arrugó al tiempo que negaba con la cabeza. Un delito había quedado demostrado más allá de toda duda: tanto Akkarin como Sonea estaban en posesión de libros prohibidos. Eso por sí solo bastaría para que los expulsaran del Gremio. Lorlen no podía evitarlo.

A Rothen se le encogió el estómago. Pensar en la futura expulsión de Sonea resultaba doloroso. Después de todo lo que había tenido que soportar —el temor a que el Gremio quisiera matarla, el estar a punto de perder el control sobre sus poderes, su captura, el chantaje por parte de Fergun, el acoso de los demás aprendices, el convertirse en rehén de Akkarin, la renuncia al afecto de Dorrien—, la joven perdería todo aquello por lo que tanto había luchado.

Inspiró profundamente y se concentró de nuevo en el asunto de las intenciones de Lorlen. Tal vez esperaba que Akkarin aceptara el destierro y se marchase. Por otro lado, si lo condenaban a muerte, parecía obvio que no se mostraría tan dispuesto a colaborar. Y si la amenaza de ejecución empujaba a Akkarin a enfrentarse al Gremio, Sonea seguramente lo ayudaría. Tal vez moriría en el combate. Quizá lo mejor sería que el Gremio los expulsara.

Pero si decidía expulsar a Akkarin, el Gremio estaba obligado a bloquear primero sus poderes. Rothen tampoco creía que el Gran Lord quisiera ceder en eso. ¿Había alguna manera de resolver la situación que no desembocara en un conflicto?

Rothen era vagamente consciente de que Dannyl se había ido a hablar con lord Sarrin. Al parecer, Yaldin se había percatado de que Rothen estaba absorto en sus pensamientos y lo había dejado solo. Al cabo de unos minutos, la voz de Lorlen retumbó en la sala.

—Por favor, vuelvan a sus asientos.

Dannyl reapareció con aire satisfecho.

—¿Te he dicho cuánto me gusta ser embajador?

—Muchas veces —asintió Rothen.

—Ahora la gente me escucha.

Los magos tomaron asiento, y la sala volvió a quedar en silencio. Lorlen bajó la vista hacia el líder de guerreros.

—Emplazo a lord Balkan a continuar.

El guerrero enderezó la espalda.

—Hace dos noches, en vista de la información sobre los asesinatos y las conclusiones de lady Vinara, y tras estudiar las pruebas y la declaración de la testigo, se decidió que era necesario interrogar al Gran Lord. Se me comunicó que en la residencia no había nadie, salvo el sirviente del Gran Lord, así que ordené su registro —miró a Sonea—. El primer descubrimiento inquietante fue el de tres libros de magia negra en la habitación de Sonea. Uno de ellos tenía papelitos entre las hojas, con notas escritas de su puño y letra.

Hizo una pausa, a la que siguió un murmullo de desaprobación. Rothen se obligó a mirar a Sonea; la chica tenía la vista clavada en el suelo y la mandíbula apretada en un gesto de determinación. Rothen pensó en la justificación que ella le había dado: «Para entender al enemigo».

—Proseguimos con el registro, y encontramos que solo había una puerta que no podía abrirse. Estaba protegida con una magia muy fuerte y, al parecer, conducía a una cámara subterránea. El sirviente del Gran Lord aseguró que era una bodega y que no tenía acceso a ella. Lord Garrel le ordenó que accionase el picaporte. Como el hombre se negó, lord Garrel lo agarró de la mano y se la colocó sobre el picaporte.

»La puerta se abrió y entramos en una sala espaciosa. Dentro encontramos un arcón que contenía más libros de magia negra, muchos de ellos bastante antiguos. Algunos los había transcrito el Gran Lord. En uno anotaba los resultados de sus experimentos y del uso de la magia negra. Sobre la mesa... —unos gritos de indignación ahogaron las palabras de Balkan.

Dannyl se volvió hacia Rothen con los ojos desorbitados.

—El uso de la magia negra —repitió—. Ya sabes lo que eso significa.

Rothen asintió. Le costaba respirar. La ley obligaba al Gremio a ejecutar a Akkarin. Lorlen no podría evitar el conflicto.

«Y yo no pierdo nada con intentar evitar que expulsen a Sonea».

Desde donde se encontraba, Lorlen alcanzaba a ver a los magos; casi todos negaban con la cabeza y agitaban los brazos en ademanes bruscos y vehementes. Solo algunos permanecían quietos y callados, claramente aturcidos por aquella revelación.

Akkarin lo contemplaba todo con tranquilidad.

Lorlen reflexionó sobre el curso que había seguido la Vista hasta ese momento. Tal como esperaba, las noticias del capitán Barran habían llevado a los magos a poner en duda los indicios y la posibilidad de que Akkarin fuese el asesino. Algunos habían preguntado por qué el Gran Lord iba a dejarse ver descaradamente en la calle después de cometer un crimen. Otros habían aventurado que Akkarin había dispuesto que se presentase un testigo que luego quedara desacreditada para que otros posibles testigos perdieran su credibilidad también. Sin embargo, eso no podía demostrarse. Más de un mago había señalado los bordes limpiamente recortados del trozo de tela. Sin duda Akkarin se habría dado cuenta si Jolen le hubiera cortado un pedazo de su túnica. No habría dejado una prueba tan condenatoria en el escenario del crimen.

Lorlen estaba convencido de que no declararían a Akkarin culpable de asesinato si no se hubieran descubierto los libros de magia negra. Pero ahora que el Gremio conocía el secreto de Akkarin, lo consideraría capaz de cualquier cosa. La acusación de asesinato era lo de menos. Si el Gremio se

ceñía a sus leyes, votaría a favor de su ejecución.

Lorlen tamborileó con los dedos en el brazo de su asiento. En los cuadernos del Gran Lord aparecían referencias tentadoras a un grupo de magos que practicaban magia negra. A lord Sarrin le preocupaba la posibilidad de que ese grupo existiese todavía. Akkarin había dicho que tenía un buen motivo para hacer lo que había hecho.

Lorlen por fin podría preguntar qué motivo era ese.

Se puso de pie y alzó las manos para pedir silencio. El clamor se apagó con sorprendente rapidez. Lorlen supuso que los magos estaban ansiosos por escuchar el interrogatorio a Akkarin.

—¿Tiene alguien más pruebas que presentar en esta Vista?

Siguió un momento de silencio, interrumpido por una voz procedente de la parte derecha del recinto.

—Yo tengo pruebas, administrador.

La voz de Rothen sonó serena y clara. Todos los rostros de la sala se volvieron hacia el alquimista. Lorlen lo miró, consternado.

—Lord Rothen —dijo de mala gana—. Baje, por favor.

Rothen descendió hasta situarse junto a Balkan. Dirigió la vista hacia Akkarin con una expresión de rabia inequívoca. Al seguir la dirección de su mirada, Lorlen vio que Akkarin tenía los ojos fijos en él. Se llevó la mano al bolsillo y tocó la superficie lisa del anillo.

Le pedí que mantuviera la boca cerrada, dijo Lorlen.

Tal vez no se lo pedisteis con suficiente educación.

Rothen hincó una rodilla en tierra y pronunció el juramento de la verdad. Luego se puso de pie y miró a los magos superiores.

—Sonea me dijo que el Gran Lord practicaba la magia negra hace más de dos años.

Los susurros y murmullos invadieron la sala.

—Presenció cómo absorbía energía de su sirviente. Aunque no entendió lo que había visto, yo sí. Había... —bajó la vista—. Había oído hablar mucho de la fuerza del Gran Lord y tenía miedo de lo que era capaz de hacer si el Gremio lo desafiaba. Por eso no me atrevía a denunciarlo. Antes de que pudiera decidir lo que iba a hacer, el Gran Lord se enteró de que habíamos descubierto su secreto. Reclamó la tutela de Sonea, a quien desde entonces ha

tenido como rehén para garantizar que yo no lo delataría.

Mientras los presentes prorrumpían en exclamaciones de rabia e indignación, el administrador suspiró, aliviado. Rothen había ocultado el papel de Lorlen en aquel asunto, y no había corrido riesgo alguno al mencionar el suyo propio. Entonces comprendió por qué Rothen había hablado. Al revelar que Sonea había sido víctima de Akkarin, había abierto la puerta a un posible indulto para ella.

Lorlen recorrió la sala con la vista y adivinó espanto e inquietud en los rostros de los magos. Advirtió que Dannyl contemplaba boquiabierto a Rothen. También se percató de que los aprendices miraban a Sonea con comprensión e incluso con admiración. Durante mucho tiempo habían creído que el Gran Lord la favorecía injustamente, cuando en realidad ella había sido su prisionera.

«¿Sigue siéndolo?», se preguntó Lorlen.

No.

La mirada de Lorlen pasó de Akkarin a Sonea. Se acordó del modo en que ella había seguido al pie de la letra todas las indicaciones de Akkarin cuando los habían detenido en la cámara subterránea. Le vino a la mente la expresión en su rostro cuando se había reencontrado con Akkarin en el vestíbulo. Algo había hecho cambiar su opinión sobre el Gran Lord. Una sensación de impaciencia empezó a adueñarse de él.

Lorlen alzó la mano de nuevo. Los magos se callaron, a su pesar. Miró a Rothen.

—¿Tiene algo más que contarnos, lord Rothen?

—No, administrador.

Lorlen levantó la mirada hacia los asistentes.

—¿Alguien más tiene un testimonio que presentar en esta Vista? —Como no obtuvo respuesta, miró al acusado—. Akkarin de la Casa de Velan, ¿responderás a nuestras preguntas con la verdad?

El Gran Lord torció la comisura de los labios.

—Sí, lo haré.

—Entonces, júralo.

Mirando un punto situado por encima de la cabeza de Lorlen, Akkarin apoyó una rodilla en el suelo.

—Juro que todo lo que diga durante esta Vista será verdad.

Toda la concurrencia enmudeció. Cuando Akkarin se irguió, Lorlen dirigió su atención a la joven.

—Sonea, ¿responderás a nuestras preguntas con la verdad?

—Sí —respondió ella, abriendo mucho los ojos.

Hincó una rodilla en tierra y pronunció el juramento. Una vez que se hubo enderezado, Lorlen pensó en todas las preguntas que quería hacerle. «Empezaré por las acusaciones», decidió.

—Akkarin —se volvió de cara a su antiguo amigo—. ¿Mataste a lord Jolen?

—No.

—¿Has estudiado y practicado magia negra?

—Sí.

En la sala se levantó un rumor que no tardó en apagarse.

—¿Cuánto tiempo llevas estudiando y practicando la magia negra?

Akkarin arrugó el entrecejo por un instante.

—La primera vez... fue hace ocho años, antes de que regresara al Gremio.

Un silencio breve siguió a esa revelación, y el murmullo de las especulaciones inundó la sala.

—¿Aprendiste tú solo, o te lo enseñó alguien?

—Lo aprendí de otro mago.

—¿Quién era ese mago?

—Nunca llegué a saber su nombre. Solo sé que era sachakano.

—De modo que no era del Gremio.

—No.

¿Sachakano? Lorlen tragó saliva mientras un mal presentimiento le provocaba una opresión en la boca del estómago.

—Explícanos qué te llevó a aprender magia negra de un mago sachakano.

Akkarin sonrió.

—Me estaba preguntando cuánto tardarías en demandarme esa información.

17. La terrible realidad

Sonea cerró los ojos cuando Akkarin comenzó a contar su historia. Relató brevemente su búsqueda de conocimientos de magia ancestral, y cómo lo que había descubierto lo había llevado a Sachaka. Hablaba de sí mismo en un tono burlón, como si despreciase la poca inteligencia del joven que había sido.

A continuación describió su encuentro con Dakova, el ichani. A pesar de que Sonea ya se lo había oído contar, en aquella ocasión había estado demasiado absorta en lo que le decía para notar en su voz el ligero deje de aflicción y horror por aquellos sucesos del pasado. Luego se apoderó de él la amargura cuando rememoró sus años de esclavitud y las costumbres crueles del ichani.

Sonea pensó de pronto que probablemente Akkarin no había hablado a nadie de aquellos recuerdos hasta el día en que le había contado a ella la historia junto al manantial. El Gran Lord había mantenido en secreto esa parte de su vida durante años, y no solo porque revelarla implicaba confesar que había aprendido y utilizado la magia negra, sino también porque referir lo que había visto y sufrido era doloroso y humillante para él.

Al abrir los ojos, Sonea casi esperaba ver señales de ese dolor en su rostro, pero aunque su expresión era grave, Akkarin no reflejaba emoción alguna.

A los magos de la sala les pareció que mostraba una tranquilidad y un dominio de sí mismo absolutos. Probablemente no percibían la tensión en su voz. Sonea tampoco la habría percibido hacía unos meses. En cierto modo se había familiarizado tanto con su forma de actuar que llegaba a intuir sus

verdaderos sentimientos subyacentes.

Había detectado arrepentimiento en su voz mientras Akkarin hablaba de los ichanis que se habían ofrecido a enseñarle magia negra para que pudiera asesinar a su amo. Explicó que no esperaba sobrevivir; que, aun si lograba matar a Dakova, Kariko, el hermano del ichani, le daría caza para vengarse. Con fría concisión, contó que había matado a los otros esclavos y luego a Dakova. Acto seguido describió su largo viaje de vuelta a casa con unas cuantas frases breves.

El tono de voz de Akkarin se suavizó un poco cuando habló del alivio que sintió al llegar al Gremio y de su deseo de olvidarse de Sachaka y de la magia negra. Refirió que había aceptado el cargo de Gran Lord para mantenerse ocupado y para poder mantener vigilados a los ichanis. Hizo una pausa, y la sala permaneció en absoluto silencio.

—Dos años después de mi designación, me llegaron rumores de unos extraños asesinatos rituales en la ciudad —dijo—. Según la Guardia, las víctimas estaban marcadas de cierta manera para indicar que las habían castigado los ladrones. Yo sabía que no era así.

»Seguí con atención el desarrollo de las investigaciones y me disfracé para internarme en las barriadas donde se habían cometido los crímenes con el fin de hacer preguntas y escuchar. Cuando di con el asesino, resultó ser justo lo que yo sospechaba: un mago negro sachakano.

»Por fortuna, era débil y resultó sencillo reducirlo. Leí en su mente que era un esclavo a quien habían liberado y enseñado magia negra a cambio de que se embarcara en una misión peligrosa. Kariko lo había enviado para medir la fuerza del Gremio y para asesinarme, si se presentaba la ocasión.

»Dakova había referido a Kariko mucho de lo que había averiguado a través de mí, como el hecho de que el Gremio había prohibido la magia negra y estaba mucho más indefenso que en el pasado. Pero Kariko no se atrevía a atacar al Gremio solo. Tenía que convencer a otros de que se adhiriesen a su plan. Si conseguía demostrar que el Gremio era tan débil como su hermano le había asegurado, encontraría aliados entre los ichanis fácilmente.

Akkarin alzó la vista. Al seguir la dirección de su mirada, Sonea advirtió que estaba observando al rey. El monarca escrutaba a Akkarin con atención. La joven sintió un atisbo de esperanza. Aunque el rey no se creyera del todo

la historia del Gran Lord, sin duda consideraría prudente comprobar su veracidad. Tal vez permitiría que Akkarin siguiera con vida y permaneciese en el Gremio hasta que...

De pronto, el monarca volvió la mirada hacia Sonea, que se encontró contemplando unos ojos verdes imperturbables. Tragó con fuerza y se obligó a sostenerle la mirada. «Es verdad —pensó, como hablando con él—. Creedlo».

—¿Qué hiciste con el esclavo que hallaste en la ciudad? —preguntó Lorlen.

Sonea bajó de nuevo la vista hacia el administrador, y luego hacia Akkarin.

—No podía dejarlo libre para que continuase atacando a la gente de Imardin —respondió Akkarin—. Tampoco podía traerlo al Gremio, pues él habría transmitido a Kariko todo lo que viese, incluidos nuestros puntos débiles. No me quedaba otra alternativa que matarlo.

Lorlen enarcó las cejas. Antes de que pudiera formularle más preguntas, Akkarin prosiguió, en un tono grave de advertencia.

—En los últimos cinco años he rastreado y matado a nueve de esos espías. A través de ellos, he visto fracasar dos veces los intentos de Kariko de unir a los ichanis. Esta vez me temo que lo logrará —Akkarin entornó los párpados—. La última espía que envió no era una esclava. Era una ichani, y sin duda, tras leer la mente a lord Jolen, se enteró de todo aquello que yo esperaba evitar que los sachakanos descubriesen. Si ella hubiese procurado que la causa de la muerte de Jolen pareciera natural, y dejado con vida a su familia y sus sirvientes, ninguno de nosotros habría sospechado nada, y seguramente yo no habría averiguado que los ichanis sabían la verdad acerca del Gremio. En cambio, al sembrar pruebas falsas que me apuntaban a mí como culpable del asesinato, me ha obligado a revelaros la existencia de los ichanis —sacudió la cabeza—. Solo desearía que esto fuera ventajoso para vosotros.

—¿De modo que crees que esa mujer ichani mató a lord Jolen?

—Sí.

—¿Y fue debido a esos espías que volviste a practicar la magia negra?

—Sí.

—¿Por qué no nos hablaste de esto hace cinco años?

—La amenaza no era tan grande entonces. Eliminando a los espías uno tras otro, esperaba convencer a los demás ichanis de que el Gremio no era tan débil como sostenía Kariko... o que él acabaría por desistir en su intento de obtener su apoyo. O tal vez uno de los ichanis lo asesinaría aprovechando que ya no contaba con la protección de su hermano.

—Sin embargo, deberías haber dejado esa decisión en nuestras manos.

—Era demasiado arriesgado —replicó Akkarin—. Si se me acusaba públicamente de utilizar magia negra, los ichanis podían enterarse y concluir que Kariko estaba en lo cierto. Si yo conseguía convencerlos de la verdad, quizá decidiríais que la única manera de proteger Kyralia era que vosotros mismos aprendieseis magia negra. No quería llevar esa carga sobre la conciencia.

Los magos superiores intercambiaron miradas. Lorlen se quedó pensativo.

—Has hecho uso de la magia negra para absorber energías, a fin de poder combatir a esos espías y a la mujer ichani —explicó despacio el administrador.

—Así es —asintió Akkarin—. Pero eran energías cedidas por mi sirviente y, recientemente, por Sonea en un acto voluntario.

Ella oyó gritos ahogados de sorpresa.

—¿Ejerciste la magia negra sobre Sonea? —exclamó lady Vinara.

—No —Akkarin sonrió—. No fue necesario. Al ser ella un mago, puede ceder su fuerza a otro de forma más convencional.

Lorlen frunció el entrecejo y miró a Sonea.

—¿Qué sabía Sonea de todo esto antes de hoy?

—Todo —respondió Akkarin—. Como ha señalado lord Rothen, Sonea había descubierto por accidente más de lo que era conveniente, de modo que tuve que tomar medidas para asegurarme de que ella y su antiguo tutor guardaran silencio. Hace poco decidí permitir que conociera toda la verdad.

—¿Por qué?

—Llegué a la conclusión de que alguien aparte de mí debía estar al corriente de la amenaza de los ichanis.

Lorlen achicó los ojos.

—¿Y elegiste a una aprendiz, en vez de a alguien versado en la magia, o a uno de los magos superiores?

—Sí. Sonea es fuerte, y su conocimiento de las barriadas ha resultado útil.

—¿Cómo la convenciste?

—La llevé a ver a uno de los espías y le enseñé a leerle la mente. Lo que vio fue más que suficiente para persuadirla de que lo que le había contado sobre mis experiencias en Sachaka era cierto.

Un murmullo inundó la sala cuando los asistentes comprendieron las implicaciones de esa afirmación. Los ojos de los magos superiores se volvieron hacia Sonea. Ella sintió calor en las mejillas y apartó la mirada.

—Me dijiste que no podías enseñar esa técnica a nadie —dijo Lorlen en voz baja—. Mentías.

—No, no era mentira. —Akkarin sonrió—. No podía enseñarla a nadie en ese momento, pues de lo contrario habrías descubierto que me la habían enseñado a mí y me habrías preguntado de quién la había aprendido.

Lorlen arrugó el ceño.

—¿Qué más has enseñado a Sonea?

Al oír la pregunta, Sonea sintió que se le helaba la sangre.

Akkarin titubeó.

—Le he dado a leer algunos libros, para que entienda mejor a nuestro enemigo.

—¿Los libros del arcón? ¿Cómo los conseguiste?

—Los encontré en los túneles subterráneos de la universidad. El Gremio los depositó allí cuando se prohibió la magia negra, por si los conocimientos que contenían volvían a ser necesarios. Estoy seguro de que has leído lo suficiente sobre ellos para saber que es verdad.

Lorlen miró de nuevo a lord Sarrin.

El viejo alquimista asintió con la cabeza.

—Es verdad, según los documentos que he encontrado en el arcón. Los he estudiado minuciosamente y todo parece indicar que son auténticos. En ellos se asegura que, antes de que el Gremio proscribiera la magia negra hace cinco siglos, su uso era común. Los magos tomaban a su servicio aprendices, que les cedían su energía a cambio de conocimientos. Uno de esos aprendices mató a su maestro y asesinó a miles en su intento de dominar el país. Cuando

murió, el Gremio prohibió la magia negra.

La sala se llenó de un rumor de voces que pronto se elevó hasta convertirse en un clamor. Sonea aguzó el oído y captó fragmentos de conversaciones.

—¿Cómo vamos a saber si hay algo de cierto en lo que está diciendo?

—¿Cómo es que nunca habíamos oído hablar de esos ichanis?

Lorlen levantó los brazos y exigió silencio. El vocerío se apagó.

—¿Tienen los magos superiores alguna pregunta que hacer a Akkarin?

—Sí —murmuró Balkan—. ¿Cuántos de esos magos desterrados hay por ahí?

—Por ahí, entre diez y veinte —respondió Akkarin, arrancando carcajadas a algunos de los presentes—. Todos los días absorben energía de sus esclavos, cuyo potencial mágico es tan grande como el de cualquiera de nosotros. Imaginaos a un mago negro que tenga diez esclavos. Bastaría con que cada pocos días se fortaleciera con la energía de la mitad de ellos para que, al cabo de unas semanas, fuese cientos de veces más poderoso que un mago del Gremio.

El silencio siguió a sus palabras.

—Aun así, esa energía disminuye conforme se utiliza —observó Balkan—. Las batallas debilitan a los magos.

—Así es —concedió Akkarin.

—Un agresor inteligente mataría primero a los esclavos —dijo Balkan con aire pensativo.

—¿Por qué no sabíamos de la existencia de los ichanis? —La voz del administrador Kito resonó a través de la sala—. Los mercaderes viajan a Sachaka todos los años. Algunos nos han informado de encuentros en Arvice con magos, pero no con magos negros.

—Los ichanis son desterrados. Viven en páramos y no se habla de ellos públicamente en Arvice —explicó Akkarin—. La corte de Arvice es un peligroso campo de batalla político. Los magos sachakanos no dejan que otros conozcan los límites de sus habilidades ni de su poder. Jamás permitirían que los mercaderes y los embajadores kyralianos descubriesen lo que ellos ocultan a sus propios compatriotas.

—¿Por qué quieren invadir Kyralia los ichanis? —preguntó Balkan.

Akkarin se encogió de hombros.

—Por muchas razones. Creo que la principal es su deseo de huir del páramo y recuperar sus posiciones de poder en Arvice, pero sé que existe cierta sed de venganza entre ellos por lo ocurrido en la guerra Sachakana.

Balkan frunció el ceño.

—Una expedición a Arvice podría confirmar la veracidad de lo que cuentas.

—Los ichanis matarán a todo aquel que se les acerque y que resulte identificable como mago del Gremio —advirtió Akkarin—. Además, sospecho que en Arvice hay pocas personas al corriente de los planes de Kariko.

—¿De qué otro modo podemos saber que no mientes? —preguntó Vinara—. ¿Estás dispuesto a someterte a una lectura de la verdad?

—No.

—Eso no refuerza precisamente nuestra confianza en ti.

—El lector podría descubrir en mi mente el secreto de la magia negra —alegó Akkarin—. No puedo correr ese riesgo.

Vinara entornó los ojos y miró a Sonea.

—¿Podemos leer la mente a Sonea, entonces?

—No.

—¿Acaso ella también ha aprendido magia negra?

—No —repuso—, pero le he confiado información que no quiero que nadie más conozca, salvo en caso de necesidad extrema.

A Sonea el corazón le latía con fuerza. Bajó la vista al suelo. Él había mentido sobre ella.

—¿Es veraz el testimonio de Rothen? —inquirió Vinara.

—Lo es.

—¿Reconoces haber reclamado la tutela de Sonea solo para obligarlos a ella y a Rothen a guardar silencio?

—No, también reclamé la tutela de Sonea por su gran potencial, que no había recibido la atención que merecía. Descubrí en ella a una joven honrada, trabajadora y con aptitudes excepcionales.

Sonea lo miró, sorprendida. De pronto sintió un impulso incontenible de sonreír, pero logró reprimirlo.

Entonces se quedó helada, al comprender al instante lo que Akkarin estaba haciendo.

Lo estaba convenciendo de que la mantuvieran dentro del Gremio asegurándoles que poseía habilidades e información que podrían llegar a necesitar. Incluso si no le creían, tal vez se compadecerían de ella. Había sido su rehén. Él la había engañado para que lo ayudase. Hasta cabía la posibilidad de que el Gremio la indultara. Después de todo, no había hecho más que leer unos libros, y además por instigación de Akkarin.

Arrugó el entrecejo. Aquello, por otro lado, lo hacía quedar peor a él. Y les estaba dando pie a que viesan las cosas desde ese prisma. Desde que Sonea se había enterado de la existencia de los ichanis, había albergado la esperanza de que el Gremio, si descubría la verdad, lo perdonara. Pero ahora se preguntaba si Akkarin se había planteado siquiera esa posibilidad.

Si no esperaba un indulto, ¿cuáles eran sus planes? ¿Acaso pensaba permitir que lo ejecutasen?

No; si llegaba ese momento, Akkarin lucharía por su vida e intentaría huir. ¿Lo conseguiría?

Volvió a preguntarse cuánta energía había consumido él en su pelea con la mujer ichani. Se le aceleró el pulso cuando se le ocurrió que Akkarin seguramente estaría demasiado débil para escapar del Gremio.

A menos que ella le cediera toda su fuerza, incluida la que había absorbido de la mujer ichani.

Para ello, bastaba con que lo tocara y le transmitiese la energía. Pero los guerreros que los rodeaban intentarían impedirselo... Tendría que entablar combate con ellos.

Sin embargo, se percatarían de que ella estaba utilizando más energía de la que en principio debía tener.

Y entonces ya no se sentirían tan inclinados a perdonarla.

Así pues, la única manera de salvar a Akkarin consistía en confesar que ella también había usado magia negra.

—Sonea.

Alzó la vista; los ojos de Lorlen la escrutaban.

—Sí, administrador.

Él entrecerró los ojos.

—¿Te enseñó Akkarin a leer la mente de una persona sin su consentimiento?

—Sí.

—¿Y estás segura de que lo que viste en la mente del espía es cierto?

—Estoy segura.

—¿Dónde estabas la noche del asesinato de lord Jolen?

—Con el Gran Lord.

Lorlen adoptó una expresión severa.

—¿Qué estabais haciendo?

Sonea pensó qué debía responder. Había llegado el momento de revelar lo que ocultaba sobre sí misma. Pero tal vez Akkarin tenía algún motivo para esperar que no lo hiciera.

«Quiere que alguien que conozca la verdad permanezca en el Gremio.

»Pero ¿de qué servirá que yo esté aquí si él muere? Lo mejor será que huyamos juntos. Si el Gremio necesita nuestra ayuda, podrá ponerse en contacto con nosotros a través del anillo de sangre de Lorlen».

—¿Sonea?

«De una cosa estoy segura: no puedo permitir que maten a Akkarin».

Respiró hondo y miró a Lorlen a los ojos.

—Me estaba enseñando magia negra.

Se oyeron gritos ahogados y exclamaciones por toda la sala. Por el rabillo del ojo, Sonea vio que Akkarin posaba la mirada en ella, pero ella no apartaba la vista de Lorlen. El corazón le martilleaba el pecho y sintió náuseas; sin embargo, se obligó a continuar.

—Yo le pedí que me enseñara. En un principio se negó. No fue hasta que lo hirió la espía ichani cuando yo...

—¡Aprendiste magia negra voluntariamente! —exclamó Vinara.

Sonea asintió.

—Sí, milady. Cuando el Gran Lord resultó herido, comprendí que si él moría no quedaría nadie capaz de seguir luchando.

Lorlen se volvió hacia Akkarin.

—Pues ya no quedará nadie.

Sus palabras provocaron un escalofrío a Sonea. Era evidente que Lorlen había adivinado las intenciones del Gran Lord. Ver confirmadas sus

sospechas solo proporcionó a la chica una amarga satisfacción.

Al fijarse en Akkarin, la impresionó la ira que reflejaba su rostro. Apartó la vista rápidamente. «Prometí hacer lo que se me indicara —notó que las dudas empezaban a apoderarse de ella—. ¿Estaba equivocada? ¿He estropeado algún plan que no he sido lo bastante lista para entender?».

Pero sin duda Akkarin sabía que Sonea comprendería que se estaba sacrificando para que ella pudiera quedarse en el Gremio. Tenía que haber contemplado la posibilidad de que la joven se negara a abandonarlo.

—Sonea.

Con el corazón latiéndole aún con fuerza, ella hizo un esfuerzo para mirar a Lorlen.

—¿Mató Akkarin a lord Jolen?

—No.

—¿Mató a la testigo?

Se le hizo un nudo en el estómago al oír la pregunta.

—No lo sé. No había visto a esa testigo, así que no puedo saberlo. Sí puedo afirmar que nunca le he visto matar a una mujer.

Lorlen asintió y levantó la vista hacia los magos superiores.

—¿Alguna pregunta más?

—Sí —dijo Balkan—. Cuando llegamos a la residencia de Akkarin, ni tú ni él estabais allí. Llegasteis juntos más tarde. ¿Adónde habíais ido?

—Habíamos ido a la ciudad.

—¿Por qué?

—Para enfrentarnos a otro espía.

—¿Mató Akkarin a ese espía?

—No.

Balkan miró a Sonea con expectación, pero se quedó callado. Lorlen miró a los magos superiores y a continuación se volvió hacia el resto de la sala.

—¿Tiene alguien alguna otra pregunta que hacer?

No obtuvo otra respuesta que el silencio.

—Entonces, procederemos a hablar de lo que hemos...

—¡Esperad!

Lorlen dirigió de nuevo la vista al frente.

—¿Sí, lord Balkan?

—Tengo una última pregunta. Para Sonea.

Sonea se obligó a mirar a Balkan a los ojos.

—¿Mataste tú a la mujer ichani?

Un intenso frío la recorrió. Se fijó en Akkarin, que tenía los ojos clavados en el suelo, con una expresión sombría y resignada.

«¿Qué cambiaría si les dijera la verdad? —pensó ella—. Solo demostraría que creo en lo que él dice». Levantó la barbilla y sostuvo la mirada a Balkan.

—Sí.

Un estallido de exclamaciones retumbó en la sala. Balkan suspiró y se frotó las sienes.

—Os advertí que no había que dejar que estuvieran cerca el uno del otro —farfulló.

18. El veredicto del Gremio

En cuanto Lorlen anunció otra pausa para deliberar, Dannyl se acercó a toda prisa a Rothen. Había visto a su amigo reaccionar a la confesión de Sonea como si literalmente hubiera recibido un golpe. Ahora Rothen estaba cabizbajo.

Cuando Dannyl llegó a su lado, le apoyó una mano en el hombro.

—Vosotros dos no dejáis de sorprenderme —dijo Dannyl apaciblemente—. ¿Por qué no me contaste la verdadera razón por la que perdiste la tutela de Sonea?

Rothen meneó la cabeza.

—No podía. Él habría... Bueno, supongo que ya lo ha hecho —miró a Sonea y suspiró—. Es culpa mía. Fui yo quien la convenció en un principio de que ingresara en el Gremio.

—No, no es culpa tuya. Tú no podías prever todo esto.

—No, pero la animé a dudar de sus creencias cuando llegó aquí. Le enseñé a ver más allá para aceptar su lugar entre nosotros. Seguramente ella hizo lo mismo por... por...

—¿Y si todo lo que hemos oído hoy fuera cierto? Entonces ella habría tenido una buena razón para hacer lo que hizo.

Rothen alzó la mirada, visiblemente abatido.

—¿Qué más da? Ella misma acaba de condenarse a muerte.

Dannyl escrutó la sala y se fijó en la expresión de los magos superiores y después en la del rey. Parecían recelosos e inquietos. Luego miró a Sonea y a Akkarin. Ella tenía la espalda erguida y una actitud de determinación, aunque no había manera de saber si era fingida o no. El Gran Lord parecía...

contenido. Al observarlo con mayor detenimiento, Dannyl percibió cierta ira en el modo en que apretaba la mandíbula.

«No entraba en sus planes que Sonea desvelase tanta información», reflexionó Dannyl.

A pesar de ello, Sonea y él se encontraban cerca el uno del otro, a solo unos pasos de distancia. Dannyl asintió para sí.

—No estoy tan seguro de eso, Rothen.

Una vez que los magos superiores regresaron a sus asientos, se pusieron a comentar las impresiones de los miembros de sus respectivas disciplinas. Lorlen escuchó con atención.

—A muchos el testimonio de Akkarin les resulta difícil de creer —dijo Vinara—, pero algunos han señalado que si él hubiese querido justificar sus actos con una historia inventada, seguramente se le habría ocurrido algo más convincente.

—Mis guerreros tampoco las tienen todas consigo —intervino Balkan—. Dicen que no podemos pasar por alto la posibilidad de que esté diciendo la verdad y Sachaka esté planeando atacarnos. Tenemos que seguir investigando hasta esclarecer este asunto.

Sarrin asintió.

—Sí, mi gente opina lo mismo. Muchos han preguntado si los libros contienen información que nos sería útil para defendernos de una eventual agresión. Me temo que no. Si Akkarin dice la verdad, tal vez le necesitemos.

—A mí también me gustaría interrogar a Akkarin más a fondo —dijo Balkan—. En circunstancias normales, yo solicitaría que permaneciera bajo arresto hasta que se demostrara si lo que ha declarado es cierto.

—No hay forma de mantenerlo preso de un modo eficaz —le recordó Vinara.

—No —Balkan frunció los labios y miró a Lorlen—. ¿Cree que él estaría dispuesto a colaborar?

Lorlen no estaba seguro de ello.

—Hasta ahora ha colaborado —respondió al fin.

—Eso no significa que vaya a continuar haciéndolo —observó Vinara—.

Hasta donde sabemos, podríamos estar haciendo todo lo que él quiere. Tal vez se volvería más reacio a colaborar si siguiéramos un camino distinto.

Sarrin parecía contrariado.

—Si pretendiera someternos por la fuerza, ya lo habría intentado —dijo.

—Es evidente que no es eso lo que quiere —convino Balkan—, aunque toda esta historia sobre magos sachakanos podría ser una argucia para confundirnos y ganar tiempo.

—¿Ganar tiempo para qué? —preguntó Sarrin.

Balkan se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea.

—Pero no podemos dejarlo en libertad —dijo Vinara con firmeza—. Akkarin ha reconocido sin reparos haber practicado magia negra. Aunque no haya cometido los asesinatos, no podemos mostrarnos tolerantes con alguien que desde su posición ha infringido una de nuestras leyes más estrictas. Akkarin debe recibir un castigo ejemplar.

—La pena para su delito es la ejecución —recordó Sarrin—. ¿Seguiría usted colaborando si supiera que ese iba a ser su castigo?

—Y sin duda tampoco accederá de buen grado a que intentemos restringir sus poderes... —Vinara suspiró—. ¿Hasta qué punto es poderoso, Balkan?

El guerrero meditó unos instantes.

—Depende. ¿Está diciendo la verdad? Ha declarado que un mago negro con diez esclavos podría llegar a tener la fuerza de cientos de magos del Gremio en cuestión de semanas. Hace ocho años que regresó, aunque asegura que no empezó a utilizar la magia negra sino hasta hace cinco. Cinco años es mucho tiempo para fortalecerse, incluso con la energía de un solo sirviente... y, recientemente, de Sonea.

—Durante ese período ha luchado contra nueve esclavos —añadió Sarrin—. Sin duda eso lo ha debilitado en cierta medida.

Balkan asintió.

—Tal vez no sea tan fuerte como nos tememos. Si miente, sin embargo, la situación podría ser mucho peor. Podría llevar más tiempo fortaleciéndose. Podría haber estado matando gente en la ciudad. Por no hablar de lord Jolen, su familia y su servidumbre —Balkan suspiró—. Aunque yo estuviera seguro de su sinceridad y de su fuerza, hay otro factor que nos hace imposible

predecir lo que ocurriría si recurriésemos a la fuerza.

—¿Qué factor? —preguntó Vinara.

Balkan se volvió hacia su izquierda.

—Observen a Sonea con atención. ¿Lo perciben?

Todas las miradas se posaron en la aprendiz.

—Fuerza —dijo Sarrin.

—Sí —dijo Balkan—. Una fuerza enorme. Ella aún no ha aprendido a ocultarla como él. —Se detuvo un instante—. Ha dicho que Akkarin le estaba enseñando magia hace dos noches. No sé cuánto tiempo requiere este tipo de entrenamiento, pero, según él, aprendió lo esencial en una sola lección. Sonea no irradiaba esa fuerza hace una semana, cuando realizó unas prácticas en la Arena. Estoy seguro de que, de lo contrario, yo la habría percibido. Creo que esa mujer a quien ella admite haber matado fue la causa de su súbito incremento de fuerza. Sonea no se habría vuelto tan poderosa en una noche matando a una mujer común y corriente.

Contemplaron de nuevo a la aprendiz, pensativos y en silencio.

—¿Por qué ha intentado Akkarin encubrir la implicación de Sonea? —se preguntó Sarrin en voz alta.

—¿Y por qué ha decidido ella revelarla? —agregó Vinara.

—Tal vez Akkarin quería asegurarse de que alguien con capacidad de plantar cara a los sachakanos permaneciera con vida —apuntó Sarrin. Frunció el ceño—. Eso parece indicar que la información contenida en los libros no es suficiente.

—Quizá solo pretendía protegerla —aventuró Vinara.

—Lord Balkan —dijo una voz nueva.

El guerrero alzó la vista, sorprendido.

—¿Sí, majestad?

Todos los rostros se volvieron hacia el rey, que estaba inclinado sobre el respaldo del sillón vacío del Gran Lord, con una mirada penetrante en sus ojos verdes y brillantes.

—¿Cree que el Gremio está en condiciones de expulsar a Akkarin de las Tierras Aliadas?

Balkan reflexionó durante unos segundos.

—Sinceramente, no lo sé, majestad. Aun si lo consiguiéramos, agotaría

las energías de casi todos nuestros magos. Y si esos magos sachakanos existen, seguramente aprovecharían la ocasión para invadirnos.

El joven rey caviló sobre aquello.

—Administrador Lorlen, ¿cree que obedecerá si se le conmina a abandonar las Tierras Aliadas?

Lorlen lo miró fijamente, desconcertado.

—¿Os referís... a desterrarlo?

—Sí.

Los magos superiores intercambiaron miradas reflexivas.

—El territorio más cercano que no forma parte de las Tierras Aliadas es Sachaka —señaló Balkan—. Si su testimonio es veraz...

Lorlen arrugó el entrecejo y se llevó las manos a los bolsillos. Sus dedos tocaron el anillo.

¿Akkarin?

¿Sí?

¿Estás dispuesto a aceptar el exilio?

¿Y no tener que luchar para escapar? Lorlen captó un deje de ironía.
Esperaba algo mejor.

Siguió un silencio.

Akkarin, ya sabes adónde os enviarían.

Sí.

¿Debo intentar convencerlos de que os lleven a otro sitio?

No. Tendrían que mandarme lejos de Kyralia. Los magos que me escoltarían hasta allí hacen más falta aquí, para defender Kyralia en caso de que los ichanis inicien una invasión.

Guardó silencio de nuevo. Lorlen echó un vistazo a los otros magos, que lo miraban, expectantes.

Akkarin, el rey espera una respuesta.

De acuerdo. Intenta persuadirlos de que mantengan a Sonea aquí.

Veré qué puedo hacer.

—Supongo que no nos queda otra posibilidad que intentar convencer a Akkarin de que se marche pacíficamente —dijo Lorlen—. La alternativa, si desean evitar un enfrentamiento, es permitir que se quede aquí como prisionero.

El rey se mostró conforme.

—Mantener cautivo a un hombre a quien no podemos controlar sería una temeridad, pero, como ha dicho lady Vinara, hay que aplicarle un castigo ejemplar. Por otro lado, es necesario investigar y confirmar esa supuesta amenaza por parte de Sachaka. Si se demuestra que Akkarin ha dicho la verdad y es de fiar, podemos ir en su busca y pedirle consejo.

—Me gustaría hacer algunas preguntas más a Akkarin —dijo Balkan con expresión grave.

—Puede hacérselas camino de la frontera —dijo el rey en tono severo, clavando en él los ojos.

Los demás se miraron con preocupación, pero nadie abrió la boca para protestar.

—¿Puedo decir algo, majestad?

Todos se volvieron hacia Rothen, que estaba al pie de la escalera.

—Adelante —respondió el rey.

—Gracias —Rothen inclinó la cabeza brevemente y luego pasó la vista de un mago superior a otro—. Os pido que tengáis en consideración lo joven e impresionable que es Sonea cuando la juzguéis. Llevaba un tiempo siendo su prisionera. No sé cómo logró persuadirla Akkarin de que se uniese a él. Es obstinada y de buen corazón, pero cuando la convencí de que ingresara en el Gremio, la animé a superar su desconfianza hacia los magos. Tal vez eso la ha llevado a dejar de lado sus recelos hacia Akkarin —esbozó una sonrisa—. Creo que cuando caiga en la cuenta de que él la ha engañado, los remordimientos de Sonea serán mucho más implacables que cualquier castigo que podamos imponerle.

Lorlen miró al rey y vio que este asentía con la cabeza.

—Tendré en cuenta sus palabras, lord...

—Rothen.

—Gracias, lord Rothen.

Rothen hincó una rodilla en el suelo, se enderezó y se retiró. El monarca lo observó alejarse, tamborileando con los dedos en el respaldo del sillón de Akkarin.

—¿Cómo creen que reaccionará la aprendiz del Gran Lord cuando su tutor se exilie?

Sonea estaba sumida en un silencio profundo.

Los guerreros que los rodeaban a ella y a Akkarin los habían encerrado en una barrera que impedía que penetraran sonidos procedentes de la sala. Ella había observado a los magos cuando se habían reunido en grupos para debatir. Tras una larga pausa, los magos superiores habían regresado a sus asientos y habían entablado una discusión acalorada.

Akkarin dio un pequeño paso hacia ella, sin mirarla.

—Has elegido un momento inoportuno para desobedecer, Sonea.

La joven se sintió intimidada al percibir la ira en su voz.

—¿De verdad creíais que iba a dejar que os ejecutaran?

Él tardó un buen rato en responder.

—Necesito que te quedes aquí y sigas luchando.

—¿Cómo voy a hacer eso con el Gremio vigilando todos mis movimientos?

—Es mejor tener pocas posibilidades que no tener ninguna. Como mínimo, podrán acudir a ti como último recurso.

—Si contaran conmigo, ni siquiera se plantearían dejaros con vida —replicó Sonea—. No dejaré que me usen como excusa para mataros.

Akkarin empezó a volverse hacia ella, pero se detuvo porque el sonido había regresado de pronto. Lorlen, en pie, había hecho sonar un gong.

—Ha llegado el momento de dictaminar si Akkarin, de la familia Delvon y la Casa de Velan, Gran Lord del Gremio de los Magos, y Sonea, su aprendiz, son culpables de los delitos de los que se les acusa.

Extendió una mano. Un globo de luz apareció encima de Sonea y flotó hacia el techo. Los otros magos superiores lo imitaron, y tras ellos el resto de los magos, hasta que el resplandor de cientos de globos de luz inundaba el Salón Gremial.

—¿Consideran a Akkarin, de la familia Delvon y la Casa de Velan, culpable del asesinato de lord Jolen, su familia y sus sirvientes?

Varios de los globos se tornaron rojos lentamente, pero la mayor parte siguió siendo blanca. Los magos superiores permanecieron largo rato con la mirada levantada, y Sonea se percató de que estaban contando los globos. Cuando bajaron la vista de nuevo hacia Lorlen, cada uno de ellos negó con la

cabeza.

—La mayoría ha emitido un voto negativo —declaró Lorlen—. ¿Consideran a Akkarin, de la familia Delvon y la Casa de Velan, culpable de buscar conocimientos de magia negra, así como de aprenderla, practicarla y, además de las acusaciones anteriores, de matar con ella?

De inmediato todos los globos adquirieron un color rojizo. Lorlen no esperó a que los magos superiores los contaran.

—La mayoría ha emitido un voto afirmativo —anunció Lorlen—. ¿Consideran a Sonea, aprendiz del Gran Lord, culpable de buscar conocimientos de magia negra y, además de la acusación anterior, de aprenderla, practicarla y matar con ella?

Los globos rojos no cambiaron de color. Lorlen asintió despacio.

—La mayoría ha emitido un voto afirmativo. La pena que prescribe la ley para este delito es la ejecución. Los magos superiores hemos discutido la idoneidad de este castigo a la luz de las justificaciones alegadas, suponiendo que sean ciertas. Preferiríamos aplazar el fallo hasta que la validez de estas justificaciones quede demostrada, pero, dada la naturaleza del delito, creemos que deben tomarse medidas de inmediato —al cabo de unos instantes, añadió—: Hemos decidido castigar a Akkarin condenándolo al destierro.

Un murmullo recorrió la sala mientras los presentes deliberaban. Sonea oyó algunas protestas débiles, pero ningún mago alzó la voz para discutir.

—Akkarin, de la familia Delvon y la Casa de Velan, ya no eres persona grata en las Tierras Aliadas. Serás escoltado al país no aliado más cercano. ¿Aceptas esta sentencia?

Akkarin alzó la vista hacia el rey e hincó una rodilla en el suelo.

—Sí, si es la voluntad del rey.

El soberano arqueó las cejas.

—Lo es —dijo.

—Entonces me marcharé.

La sala enmudeció mientras Akkarin se ponía en pie de nuevo. Lorlen exhaló un suspiro audible. Se dirigió a la aprendiz.

—Sonea. Los magos superiores hemos decidido ofrecerte una segunda oportunidad. Permanecerás aquí entre nosotros con las siguientes condiciones: debes jurar que jamás volverás a utilizar la magia negra; a partir

de este momento no estás autorizada a abandonar los terrenos del Gremio, y jamás se te permitirá adiestrar a otros. ¿Aceptas esta sentencia?

Sonea fijó la vista en Lorlen con incredulidad. El Gremio había desterrado a Akkarin y en cambio a ella la había perdonado, pese a que los dos habían cometido el mismo delito.

Claro que, bien mirado, no era lo mismo. Akkarin era el líder, y su crimen cobraba tintes más graves porque se esperaba de él que representara los valores del Gremio. Ella no era más que una joven impresionable; una chica de las barriadas, fácil de corromper. Creían que Akkarin la había llevado por el mal camino, mientras que él había abrazado la magia negra por su propia voluntad. En realidad, ella había decidido aprenderla libremente, y él, por el contrario, se había visto obligado.

Así pues, dejarían que ella continuara gozando de las comodidades y la seguridad temporal del Gremio, y en cambio expulsarían a Akkarin de las Tierras Aliadas al país no aliado más próximo, que era... Se quedó sin aliento.

Sachaka.

De pronto, sintió que se ahogaba. Iban a ponerlo en manos de sus enemigos. Sin duda sabían que si su testimonio era verdadero, eso supondría su muerte.

«Pero, de ese modo, no tendrán que arriesgarse a librar una batalla que podrían perder».

—Sonea —repitió Lorlen—. ¿Aceptas esta sentencia?

—No.

La sorprendió la rabia en su propia voz. Lorlen la observó consternado y luego miró a Akkarin.

—Quédate —dijo este a Sonea—. No tiene sentido que los dos nos marchemos.

«Si vamos a Sachaka, no —pensó ella—. Pero tal vez juntos tendríamos una posibilidad de sobrevivir». Podría ayudarlo a fortalecerse. Si se marchaba solo se debilitaría cada vez más. Aferrándose a esa tenue esperanza, se volvió hacia él.

—Prometí a Takan que cuidaría de vos. Tengo la intención de mantener esa promesa.

Akkarin entornó los ojos.

—Sonea...

—No me digáis que os estorbaré —masculló ella, consciente de los numerosos testigos presentes—. Eso no me ha detenido antes ni me detendrá ahora. Sé adónde van a enviaros. Iré con vos, lo deseéis o no. —Se dirigió a los demás, en voz muy alta para que la oyeran—. Si van a desterrar al Gran Lord Akkarin, tendrán que desterrarme a mí también. Luego, cuando entren ustedes en razón, quizá él siga con vida y pueda echarles una mano.

El salón quedó en silencio. Lorlen fijó la vista en ella y luego en los magos superiores. Sonea podía leer la frustración y la sensación de derrota en sus rostros.

—¡No, Sonea! ¡Quédate aquí!

Ella sintió que se le encogía el pecho al oír aquella voz. Se obligó a posar los ojos en Rothen, al fondo de la sala.

—Lo siento, Rothen —dijo—, pero no voy a quedarme.

Lorlen respiró hondo.

—Sonea, solo puedo darte una oportunidad más. ¿Aceptas esta sentencia?

—No.

—Entonces debe saberse a lo largo y ancho de las Tierras Aliadas que Akkarin, de la familia Delvon y la Casa de Velan, hasta este momento Gran Lord del Gremio de los Magos, y Sonea, hasta este momento aprendiz del Gran Lord, serán desterrados por los delitos de aprender magia negra, practicarla y matar con ella.

Lorlen se volvió hacia lord Balkan y dijo algo en una voz inaudible para los demás. A continuación, bajó de su asiento, se dirigió a grandes zancadas al círculo de guerreros y se detuvo a un paso de Akkarin. Extendió los brazos y aferró la túnica negra con ambas manos. Sonea oyó que la tela se rasgaba.

—Quedas expulsado, Akkarin. Jamás vuelvas a entrar en mis tierras.

Akkarin sostuvo la mirada a Lorlen, pero no dijo una palabra. El administrador dio media vuelta y se acercó a Sonea. La miró a los ojos por un momento, luego bajó la vista, le agarró la manga y se la desgarró de un tirón.

—Quedas expulsada, Sonea. Jamás vuelvas a entrar en mis tierras.

Lorlen giró sobre sus talones y se alejó con paso decidido. Sonea contempló el desgarrón en su manga. No era muy grande; apenas tan largo

como un dedo. Había sido un gesto pequeño, pero terminante.

Los magos superiores se pusieron en pie y procedieron a descender de las gradas de asientos. A Sonea se le cayó el alma a los pies cuando lord Balkan entró en el círculo y se acercó a Akkarin. Mientras le rasgaba la túnica negra y pronunciaba las palabras rituales, el resto de los magos superiores formó una línea tras él, y ella comprendió que aguardaban su turno.

Balkan se aproximó, y ella hizo un esfuerzo por no desviar la vista mientras el guerrero le rompía la túnica al tiempo que decía la frase ritual. Tuvo que armarse de determinación para mirar a los ojos a Balkan y a cada uno de los magos que lo siguieron.

Cuando los magos superiores terminaron el ritual, Sonea suspiró aliviada. El resto del Gremio se levantó de sus asientos. En vez de salir por las puertas del Salón Gremial, se acercaron a Akkarin de uno en uno.

Por lo visto, tendría que soportar aquella ceremonia de rechazo muchas, muchas veces más.

Constatar esto causó inquietud a Sonea. Tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para dar la cara. Permaneció inmóvil mientras los magos que habían sido sus profesores se acercaban a desgarrarle la túnica con expresión de desaprobación o decepción. Lady Tya pronunció las palabras rituales en voz apenas audible y se alejó a toda prisa. Lord Yikmo dirigió a Sonea una mirada escrutadora y sacudió la cabeza con tristeza. Al final quedaban solo unos pocos magos. La joven alzó la vista cuando penetraron en el círculo, y sintió un vacío en el estómago.

Eran Rothen y Dannyl.

Su antiguo tutor se acercó lentamente a Akkarin. Lo miró fijamente, con los ojos encendidos de ira, hasta que los labios de Akkarin se movieron. Sonea no alcanzó a oír lo que decía, pero el fuego en la mirada de Rothen se apagó. Rothen murmuró una respuesta, y Akkarin asintió con la cabeza. Con el ceño fruncido, Rothen alargó la mano para rasgarle la túnica. Pronunció las palabras rituales y mantuvo la vista baja mientras recorría la corta distancia que lo separaba de ella.

A Sonea se le hizo un nudo en la garganta. Rothen tenía la cara demacrada y surcada por profundas arrugas. Alzó hacia ella sus ojos azules, brillantes y llorosos.

—¿Por qué, Sonea? —preguntó con voz ronca.

Ella notó que las lágrimas le asomaban a los ojos. Los cerró con fuerza y tragó saliva.

—Pretenden enviarlo a una muerte segura.

—¿Y tú?

—Dos pueden sobrevivir donde uno solo no puede. El Gremio tiene que descubrir la verdad por sí mismo. Cuando eso ocurra, volveremos.

Rothen inspiró profundamente y dio un paso hacia ella para abrazarla.

—Cuídate, Sonea.

—Lo haré, Rothen —apenas si logró pronunciar su nombre.

Rothen se apartó de ella. Mientras se alejaba, Sonea cayó en la cuenta de que él no le había desgarrado la túnica. Notó que un hilillo de humedad le resbalaba por la mejilla y se apresuró a secárselo mientras Dannyl se situaba ante ella.

—Sonea.

Se obligó a levantar la vista hacia él. Dannyl le sostuvo la mirada.

—Conque sachakanos, ¿no?

Ella movió la cabeza afirmativamente, sin atreverse a hablar.

Dannyl frunció los labios.

—Tendremos que estudiar el asunto —le dio unas palmaditas en el hombro y dio media vuelta. La chica lo vio dirigirse hacia donde estaba Rothen.

En ese momento otra cosa atrajo su atención: los guerreros que los rodeaban a ella y a Akkarin estrecharon el círculo para llevar a cabo el ritual. Cuando terminaron, Sonea miró en torno a sí y descubrió que los magos se habían colocado en dos filas frente a las puertas del Salón Gremial. Detrás de ellos estaban los aprendices. Fue un alivio para ella que no participasen en el ritual. Encontrarse frente a frente con Regin en esa situación habría resultado... interesante.

Los magos superiores formaron una segunda rueda alrededor de la Guardia de Guerreros, con Lorlen a la cabeza. El administrador echó a andar hacia las puertas de la sala, seguido por esa doble escolta, pasó junto a las dos filas de magos y salió del Salón Gremial en dirección a los portones de la universidad.

Frente al edificio había un círculo de caballos sujetos por mozos de cuadra. Dos monturas aguardaban en el centro. Akkarin se aproximó a ellos, con Sonea a la zaga. Mientras él montaba de un salto sobre la silla de uno de los caballos, ella se quedó mirando al otro con aire vacilante.

—¿Te han entrado dudas sobre tu decisión?

Al volverse, Sonea vio a lord Osen de pie detrás de ella, con las riendas de su cabalgadura en la mano.

Sonea sacudió la cabeza.

—No, lo que pasa es que... nunca he montado a caballo.

Lord Osen miró al torrente de magos que salía de los portones situados a su espalda, y movió el caballo de Sonea de manera que ellos no pudieran verlos.

—Pon una mano en la parte delantera de la silla, y la punta de tu bota izquierda aquí —dijo.

Cogió el estribo y lo sujetó con firmeza. Sonea siguió sus indicaciones y, de algún modo, consiguió subir a la silla.

—No te preocupes mucho por guiarlo —añadió Osen—. Seguirá a los demás.

—Gracias, lord Osen.

Él la miró y asintió con la cabeza antes de apartarse y montar sobre su caballo.

Desde su nueva atalaya, Sonea contempló la multitud de magos aglomerados delante del Gremio. Los magos superiores se habían colocado en una hilera a lo largo del escalón más bajo de la entrada a la universidad, excepto lord Balkan, que se había unido a la Guardia de Guerreros a caballo. Sonea buscó al rey con la vista, pero este brillaba por su ausencia.

Lorlen avanzó despacio hacia Akkarin, quien alzó la mirada y sacudió la cabeza.

—Esto es una especie de segunda oportunidad para ti, Akkarin. Aprovéchala bien.

Akkarin se quedó mirándolo durante unos instantes.

—Tú también, amigo mío, aunque me temo que tendrás que enfrentarte a problemas peores que yo. Ya hablaremos de nuevo.

Lorlen le dedicó una sonrisa desvaída.

—Estoy seguro de ello.

Se alejó para regresar a su sitio entre los magos superiores, e hizo una seña con la cabeza a Balkan. El guerrero espoleó a su caballo y el resto de la escolta lo siguió.

Cuando la montura de Sonea empezó a moverse, ella se aferró al arzón de la silla. Posó los ojos en Akkarin y vio que mantenía la mirada fija en las Puertas del Gremio. Después de atravesarlas, Sonea se volvió con sigilo para echar un último vistazo a la universidad, que se alzaba imponente y majestuosa entre los otros edificios del Gremio.

Una punzada de tristeza y remordimiento la pilló por sorpresa.

«No era consciente de hasta qué punto este sitio se había convertido en mi hogar. ¿Viviré para volver a verlo algún día?».

«¿O tal vez —añadió una voz más pesimista en su mente— cuando vuelva no encontraré más que un montón de escombros?».

Segunda Parte

19. Una petición

Sonea se removió en la silla de montar y flexionó sus doloridos muslos. Aunque todas las noches empleaba sus dotes de sanación para eliminar el dolor, al poco rato de cabalgar ya volvía a dolerle todo el cuerpo. Lord Osen le había asegurado que se acostumbraría a la silla si no se sanaba a sí misma, pero ella no veía ningún sentido a convertirse en una amazona curtida... si pronto iban a dejarla sin caballo.

Suspiró y contempló las montañas que se elevaban a lo lejos. Habían asomado por encima del horizonte el día anterior. Poco a poco sus siluetas oscuras se habían hecho más grandes, y, esa mañana, el sol había revelado unas laderas accidentadas con peñascos y bosques, que ascendían hasta las altas cimas. Las montañas parecían salvajes e infranqueables, pero ahora que la comitiva había llegado a las colinas situadas en la falda, Sonea alcanzaba a ver un sendero blanco que serpenteaba entre los árboles hacia una hondonada situada en medio de dos de las crestas. Al final de ese camino se encontraban el Fuerte y la puerta de Sachaka.

El paisaje, que cambiaba gradualmente, tenía fascinada a Sonea. Nunca antes se había aventurado más allá del límite de la ciudad de Imardin. Viajar era una experiencia nueva para ella, y sin duda la habría disfrutado en otras circunstancias.

En un principio, el camino discurría entre campos sembrados con hileras de plantas distintas. Los campesinos que labraban la tierra, sembraban o cosechaban eran hombres y mujeres de todas las edades. Veía tanto a adultos como a niños pastorear animales domésticos de tamaños diferentes en grandes extensiones de terreno. Sonea se preguntó si aquellas personas vivían

felices en su aislamiento.

De vez en cuando el sendero pasaba por un caserío. En algunas de aquellas aldeas, lord Balkan enviaba a uno de sus guerreros a comprar comida. Durante los dos días anteriores, al mediodía, se habían encontrado con un mago y varios lugareños que los esperaban con caballos frescos. Cambiaban de monturas para que el grupo pudiera proseguir el viaje durante la noche. La comitiva no hacía paradas ni se detenía para dormir, por lo que Sonea suponía que todos se sanaban mágicamente para mitigar el cansancio. Cuando preguntó a lord Osen por qué no reanimaban a los caballos por medio del poder de sanación, él le respondió que los animales, a diferencia de los humanos, no soportaban la fatiga mental que el cansancio físico llevaba consigo.

Ella tenía la sensación de que por el momento estaba sobrellevando bastante bien la falta de sueño. La primera noche el cielo estaba despejado, y la luna y las estrellas habían iluminado su camino. Sonea había conseguido dormir a lomos del caballo, pese a la incomodidad. La noche siguiente, las nubes cubrían el cielo, y habían avanzado bajo un enjambre de globos de luz.

Al ver las montañas erguirse tan cercanas, Sonea se preguntó si pasarían una tercera noche en Kyratia.

—¡Alto!

El ruido de las pisadas de los caballos dio paso al roce de cascos contra el suelo cuando la comitiva se detuvo. La montura de Sonea avanzó hasta emparejarse con la de Akkarin. Ella sintió una chispa de esperanza cuando él se volvió para mirarla. No le había dirigido la palabra, ni a ella ni a nadie, desde que habían salido de Imardin.

Pero, sin decir nada, apartó la vista de ella para observar a lord Balkan.

El líder de guerreros entregó algo a uno de sus magos. Dinero para comprar alimentos en la próxima aldea, supuso Sonea. Miró en derredor y se percató de que estaban en una encrucijada. Un camino seguía adelante hacia las montañas; el otro, una senda más pequeña, descendía hacia un valle poblado de algunos árboles en el que había un grupo de casas apiñadas junto a un arroyo estrecho.

—Lord Balkan —dijo Akkarin.

Todos los ojos se fijaron en él. Sonea reprimió el impulso de sonreír al

ver la expresión de alarma y sorpresa en el rostro de los escoltas. «Así que por fin se ha decidido a hablar».

Balkan miró a Akkarin con recelo.

—¿Sí?

—Si entramos en Sachaka con esta ropa, nos reconocerán. ¿Nos permitirás vestirnos de paisano?

La mirada de Balkan pasó a Sonea y luego regresó a Akkarin. Asintió con la cabeza y a continuación se volvió hacia el guerrero, que esperaba su respuesta.

—De acuerdo, compra ropa también. Nada muy llamativo ni de colores vivos.

El mago hizo un gesto afirmativo y midió a Akkarin y a Sonea con la mirada antes de alejarse montado sobre su caballo.

Sonea sintió que el nudo que oprimía su estómago se tensaba. ¿Significaba eso que estaban cerca de la frontera? ¿Llegarían allí ese mismo día? Alzó la vista a las montañas y se estremeció.

Había deseado muchas veces oír una llamada mental de Lorlen en la que les ordenase que regresaran, pero no creía que fuera a producirse. El modo en que habían partido de Imardin había dejado claro a todos que ni ella ni Akkarin volverían a ser bien recibidos en Kyrulia.

Hizo una mueca al acordarse de ello. Para cruzar la ciudad, Balkan había elegido un trayecto sinuoso que los llevaba por todas las cuadernas. Se habían detenido en todos los cruces de calles importantes y Balkan había interrumpido las actividades de los vecinos para proclamar los crímenes de Sonea y Akkarin, así como la pena que les había impuesto el Gremio. El semblante de Akkarin se había ensombrecido de rabia. Había tachado a los magos de necios y se había negado a decir una palabra más desde ese momento.

La procesión había atraído a grandes multitudes, y para cuando llegó a la Puerta Norte, se había formado una turba expectante de gente de las barriadas. Al ver que le arrojaban piedras, Sonea rápidamente se había envuelto en un escudo.

La terrible sensación de que la habían traicionado se había apoderado de ella mientras los losdes le gritaban y le tiraban objetos, pero había remitido

enseguida. Seguramente los losdes no veían en ellos más que a dos magos malos del Gremio, al que despreciaban de todos modos, y habían aprovechado la ocasión para lanzarles piedras e insultos impunemente.

Sonea se volvió en su silla hacia el camino que habían dejado atrás. La ciudad estaba ya muy por debajo del horizonte. Los guerreros situados a su espalda no le quitaban ojo.

Lord Osen estaba entre ellos. Su expresión se tornó más severa cuando sus miradas se encontraron. Durante el viaje había hablado con ella varias veces, sobre todo para ayudarla con sus sucesivas monturas.

En más de una ocasión le había insinuado que tal vez el Gremio la dejaría regresar a Imardin si se arrepentía de su decisión. La chica había optado por no responder cuando lord Osen tocara el tema.

Pero el miedo, la incomodidad y el silencio de Akkarin habían minado su determinación. Apartó la vista de Osen para contemplar de nuevo a Akkarin. Todos sus intentos de iniciar una conversación con él habían topado con un silencio sepulcral. Parecía decidido a ignorarla.

No obstante, de cuando en cuando, se percataba de que Akkarin la observaba. Si no daba señales de haberle descubierto, él la miraba durante largo rato, pero si Sonea se volvía hacia Akkarin, este dirigía su atención a otra parte.

Aquella actitud irritaba y a la vez intrigaba a Sonea. No le molestaba que Akkarin la mirase, sino que no quisiera que ella lo sorprendiese mirándola. Sonrió con ironía. ¿Era posible que estuviese empezando a echar en falta esas miradas penetrantes y difíciles de sostener que había evitado durante tanto tiempo?

Se tranquilizó un poco. Sin duda Akkarin pretendía hacerle sentir que estaba de más para que diera media vuelta y regresara a toda prisa al Gremio. O tal vez la razón era más sencilla. Quizá realmente no quería tenerla cerca. Sonea se había preguntado muchas veces si él la culpaba de que hubiera salido a la luz el secreto que compartían. ¿Habría entrado Balkan por la fuerza en la cámara subterránea de Akkarin si no hubiera encontrado libros de magia negra en la habitación de Sonea? Akkarin le había advertido que los mantuviese ocultos. Y ella los había escondido, aunque era evidente que no lo había hecho bien.

Tal vez él sencillamente pensaba que estaría mejor sin ella.

«Pues en ese caso se equivoca», se dijo. Sin una compañera de quien extraer energía, Akkarin se debilitaría cada vez que utilizara sus poderes. Estando Sonea allí, podría defenderse de un ataque de los ichanis. «Tanto da que no le guste tenerme cerca».

«Ah, pero sería mucho mejor que le gustara».

¿Se mostraría más amable con ella cuando llegaran a Sachaka y ya no tuviese ningún sentido que intentase convencerla de que se marchara? ¿Respetaría él su decisión, o seguiría estando enfadado con ella por haberlo desobedecido? Sonea frunció el entrecejo. ¿Acaso Akkarin no era consciente de que ella había renunciado a todo por salvarlo?

Sacudió la cabeza. Daba igual. No quería su gratitud. Podía quedarse tan callado y enfurruñado como quisiera. Ella solo pretendía asegurarse de que Akkarin siguiera con vida, y no únicamente para que pudiese volver al Gremio y ayudar a salvarlo de los ichanis. Si no le hubiese importado su seguridad, se habría quedado en Imardin, aunque fuera como prisionera del Gremio. No, había decidido acompañar a Akkarin porque no soportaba la idea de abandonarlo después de todo por lo que había pasado.

«He ocupado el lugar de Takan», pensó de pronto. El que en otro tiempo fuera esclavo había seguido a Akkarin hasta salir de Sachaka y se había convertido en su fiel sirviente. Ahora ella iba a seguir a Akkarin hasta Sachaka. ¿Qué cualidad tenía él que inspiraba tanta lealtad?

«¿Yo, leal a Akkarin? —Por poco se le escapó una carcajada—. Han cambiado tantas cosas... Creo que incluso he llegado a apreciarlo».

El corazón empezó a latirle con más fuerza.

«¿O es más que eso?».

Reflexionó sobre ello detenidamente. Sin duda, si hubiese algo más, lo habría notado antes. De pronto, recordó la noche en que había matado a la ichani. Más tarde, Akkarin le había quitado algo del pelo. Su contacto la había dejado con una sensación extraña. Se sentía ligera. Eufórica.

Pero eso no había sido más que un efecto de la batalla. Era de esperar que la invadiese la euforia tras sobrevivir a un lance con la muerte. No significaba que estuviera... Se sentía...

«Solo tengo que mirarlo. Entonces lo sabré».

De pronto, le dio miedo mirarlo. ¿Y si resultaba ser cierto? ¿Y si él la sorprendía mirándolo y leía algo vergonzoso en su expresión? Se empeñaría aún más en obligarla a quedarse en Kyralia.

Un rumor entre los escoltas la salvó de sus cavilaciones. Al alzar la vista, vio que el guerrero que había ido a la aldea se acercaba. Llevaba atravesados sobre las rodillas un saco y un fardo. Entregó este último a Balkan cuando llegó junto al grupo.

Balkan lo desató y sacó de él una camisa de tejido basto, unos pantalones de pernera estrecha y un sayo de lana como los que Sonea había visto llevar a algunas aldeanas. Después, el líder de guerreros se volvió hacia Akkarin.

—¿Te parecen adecuadas?

Akkarin asintió.

—Servirán.

Balkan volvió a enrollar las prendas y arrojó el atado a Akkarin. Sonea lo vio descabalgat y dudó si debía imitarlo, pero enseguida obligó a sus doloridas piernas a moverse. Cuando sus pies tocaron el suelo, Akkarin le colocó en las manos el sayo y un segundo par de pantalones.

—No miréis —ordenó Balkan.

Al volverse, Sonea vio que los otros magos le daban la espalda. Oyó el sonido de un desgarr cuando Akkarin se arrancó la parte de arriba de la túnica y la tiró al suelo. La tela relucía al sol, y los jirones ondeaban al viento. Akkarin se quedó contemplándolos con una expresión inescrutable, antes de enderezarse y llevarse las manos a la cintura del pantalón.

Sonea apartó la vista de inmediato, con las mejillas encendidas. Bajó la mirada a su propia túnica y tragó saliva.

«Más vale acabar con esto de una vez».

Tras respirar hondo, se soltó la faja y se quitó rápidamente la parte de arriba de la túnica. Su caballo se alejó unos pasos, nervioso, mientras ella dejaba caer la prenda al suelo y se apresuraba a ponerse el sayo por la cabeza.

Se alegró de que fuera tan largo que casi le llegaba a las rodillas mientras se enfundaba los pantalones. Cuando se dio la vuelta, se encontró con que Akkarin examinaba con atención las riendas de su caballo. Dirigió una mirada fugaz a Sonea, antes de montar de un salto.

Sonea se percató de que Balkan había permanecido de cara a ellos.

«Bueno, alguien tenía que vigilarnos», pensó con sarcasmo. Se acercó a su montura, apoyó la bota en el estribo y consiguió auparse a la silla.

Akkarin tenía un aspecto extraño con aquella ropa tan recia. La camisa formaba pliegues poco elegantes en torno a su delgado cuerpo. Una barba incipiente le oscurecía el mentón. Apenas quedaba rastro del imponente Gran Lord que había intimidado a buena parte del Gremio durante tanto tiempo.

Sonea se miró a sí misma y soltó un resoplido suave. Ella tampoco era precisamente un dechado de elegancia. El sayo que llevaba a buen seguro lo había desechado la esposa de un campesino. Notaba el tejido áspero al tacto, pero no era peor que la ropa que usaba antes de ingresar en el Gremio.

—¿Tienes hambre?

Sonea se sobresaltó al advertir que el caballo de lord Osen avanzaba junto al suyo. Osen le tendió un trozo de pan correoso y una taza. Ella los aceptó agradecida, y se puso a comer y a regar el pan con grandes tragos de vino aguado. Aunque era barato y amargo, mitigó un poco el dolor de sus músculos. Devolvió la taza.

Cuando la comitiva terminó de comer reanudó la marcha, y el caballo de Sonea echó a andar de nuevo con su paso tambaleante. Ella contuvo un gruñido y se resignó a soportar muchas horas más de viaje a caballo y músculos doloridos.

Cuando Gol entró en el despacho en que Cery recibía a sus visitas, se le fueron los ojos hacia Savara. La saludó con un cortés movimiento de cabeza y se volvió hacia Cery.

—Takan dice que están cerca de la frontera —informó—. Llegarán al Fuerte mañana por la noche.

Cery asintió. Había proporcionado a Takan una confortable habitación subterránea para que se instalara en ella, pero había tomado la precaución de contratar sirvientes que no hubiesen oído hablar de la misteriosa extranjera con la que Ceryni había intimado. Savara le había pedido que se asegurase de que Takan jamás averiguara nada sobre ella. Había supuesto acertadamente que Akkarin podía comunicarse con su sirviente, y explicó que si los ichanis capturaban al depuesto Gran Lord, podían enterarse a través de él de la

presencia de ella en Kyrulia. «Existe una gran enemistad entre mi pueblo y los ichanis», había dicho. No había precisado por qué, pero Cery sabía que presionarla para que revelara más información resultaría contraproducente.

Gol se sentó y suspiró.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada —respondió Cery.

Gol arrugó el entrecejo.

—¿Y si llega otro asesino a la ciudad?

Cery miró a Savara y sonrió.

—Creo que podríamos encargarnos de él. Prometí a Savara que le dejaría el próximo.

Para su sorpresa, ella negó con la cabeza.

—No puedo ayudarte, ahora que Akkarin se ha ido. Los ichanis sospecharán que hay otros implicados si sus esclavos continúan muriendo.

Cery la miró con expresión seria.

—Eso les quitaría las ganas de seguir enviándolos, ¿no?

—Tal vez, pero tengo órdenes de no llamar la atención sobre mi gente.

—Bueno. Entonces tendremos que espabilarnos solos. ¿Cómo sugieres que los matemos?

—No creo que sea necesario. Ya han conseguido aquello por lo que habían enviado a sus esclavos.

—¿De modo que iban por Akkarin? —preguntó Gol.

—Sí y no —contestó ella—. Lo matarán si pueden, pero ahora que conocen el punto débil del Gremio, este será su objetivo.

Gol la miró fijamente.

—¿Van a atacar al Gremio?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Pronto. El Gremio quizá dispondría de tiempo para prepararse si hubiese desterrado a Akkarin discretamente. Pero han informado sobre él a todas las tierras.

Cery suspiró y se masajeó las sienes.

—La procesión.

—No —repuso ella—. Aunque fue una estupidez de su parte anunciar

públicamente el delito y la condena de Akkarin, la noticia habría tardado días o tal vez un par de semanas en llegar a conocimiento de los ichanis —sacudió la cabeza—. Los magos del Gremio llevan días discutiendo mentalmente sobre Akkarin. Seguro que los ichanis se han enterado de todo.

—¿Tiene alguna posibilidad el Gremio? —preguntó Gol.

Savara pareció entristecerse.

—No.

Gol la miró con ojos desorbitados.

—¿El Gremio no puede detenerlos?

—No sin servirse de la magia superior.

Cery se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación.

—¿Cuántos son los ichanis?

—Veintiocho, pero aquellos por los que debes preocuparte forman un grupo de unos diez.

—¡Yep! ¿Solo diez?

—Cada uno de ellos posee una fuerza mucho mayor que la de cualquier mago gremial. Juntos podrían vencer al Gremio fácilmente.

—Ah —Cery cruzó la habitación varias veces más—. Según tú, podrías haber matado a la mujer ichani sin ayuda. Eso quiere decir que eres más poderosa que los magos del Gremio.

Savara sonrió.

—Mucho más.

Cery se percató de que Gol se había puesto un poco pálido.

—¿Qué me dices del resto de tu pueblo?

—Muchos son tan fuertes como yo, o más.

Se mordió el labio, pensativo.

—¿Qué pediría tu pueblo a cambio de ayudar a Kyralia?

—Tu gente no aceptaría de mejor grado la ayuda de mi pueblo que el dominio de los ichanis. Nosotros también utilizamos lo que el Gremio llama magia negra.

Cery restó importancia a las palabras de Savara con un gesto.

—Si los ichanis nos invaden, seguro que mi gente cambia de opinión al respecto.

—Es posible. Pero mi pueblo no saldrá de la clandestinidad.

—Pero dices que no quieren que los ichanis ataquen Kyralia.

—Sí, es cierto. Pero no intervendrán si eso supone un riesgo para ellos. No somos más que una de las facciones que hay en Sachaka, una facción temida por muchas personas poderosas que quieren destruirnos. Nuestra capacidad de acción es limitada.

—¿Y tú? ¿Nos ayudarás? —preguntó Gol.

Ella exhaló un suspiro profundo.

—Ojalá pudiera, pero tengo órdenes de permanecer al margen de este conflicto. Tengo órdenes... —Miró a Cery antes de añadir—: De volver a casa.

Cery asintió despacio. De modo que iba a marcharse. Él lo sabía desde aquella noche que estuvieron en el tejado. No sería fácil decir adiós, pero él tampoco podía permitir que su corazón primara sobre su cabeza.

—¿Cuándo?

Savara bajó la vista.

—Cuanto antes. Será un viaje largo. Los ichanis estarán vigilando la frontera con Kyralia. Tendré que entrar por Elyne. Pero... —esbozó una sonrisa maliciosa—. No creo que cambien mucho las cosas si me voy mañana por la mañana en vez de esta noche.

Gol se tapó la boca con la mano y tosió.

—No sé —replicó Cery—. Podrían cambiar muchas cosas. Por el bien de Kyralia, debo hacer lo posible para convencerte de que no te vayas. Con un buen rasuk asado y una botella de Anuren oscuro...

Savara enarcó las cejas.

—¿Anuren oscuro? Veo que los ladrones vivís mejor de lo que yo pensaba.

—De hecho, tengo tratos con algunos contrabandistas de vino.

—Claro que los tienes —comentó ella con una amplia sonrisa.

Al oír unos golpes en la puerta principal de sus aposentos, Rothen suspiró y la abrió por medio de su voluntad, sin molestarse en mirar a su visitante.

—¿Ya has vuelto, Dannyl? Has pasado más tiempo en mis aposentos que en los tuyos desde que llegaste. ¿No hay ningún rebelde o una misión secreta

de la que tengas que ocuparte?

—No hasta la semana que viene —respondió Dannyl con una risita—. En el ínterin, he pensado que podía conversar con mi viejo amigo para ponernos al día antes de que vuelvan a mandarme lejos —entró en el semicírculo de sillones de la sala de invitados y se sentó frente a Rothen—. He supuesto que hoy no irías al Salón de Noche a la caída de la tarde.

Rothen levantó la vista hacia los ojos comprensivos de Dannyl.

—No.

Dannyl suspiró.

—La verdad es que debería irme. Hacer frente a los cotilleos y todo eso, pero...

«No es fácil», pensó Rothen, completando su frase. Dannyl le había explicado en qué consistía el plan de Akkarin para capturar a los rebeldes. Los rumores que Dem Marane había lanzado sobre su captor ya habían llegado a todos los rincones del Gremio. Aunque la mayoría de los magos parecía no darles mucho crédito, Rothen sabía que siempre había algunos dispuestos a creer cualquier detalle escandaloso que les contaran.

Rothen mismo había tenido que soportar las miradas de curiosidad y desaprobación dos años atrás, cuando el Gremio había puesto en duda la conveniencia de que Sonea se alojara en sus aposentos. Enfrentarse a los chismorreos había sido duro pero necesario, y en aquel entonces le había ayudado mucho que Yaldin y Ezrille lo apoyasen.

«Como yo debería apoyar a Dannyl ahora».

Rothen inspiró profundamente y se levantó de su asiento.

—Bien, entonces más vale que nos pongamos en marcha si no queremos perdernos la diversión.

Dannyl se quedó mirándolo, sorprendido.

—Creía que tú no...

—Me guste o no, hay dos antiguos aprendices míos a los que tengo que cuidar —Rothen se encogió de hombros—. No os haré ningún favor a ninguno de los dos si me encierro en mis aposentos alicaído.

Dannyl se levantó.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Gracias.

Rothen sonrió al percibir la gratitud en la voz de Dannyl. Comprobar que su amigo seguía siendo el de siempre, en privado, había sido un alivio para él. Dannyl no parecía ser consciente de ello, pero en público adoptaba una actitud distinta. Su porte destilaba una seguridad y una autoridad que, sumadas a su estatura, le conferían una presencia imponente.

«Es increíble cómo cambian las personas cuando adquieren un poco de responsabilidad», pensó Rothen.

Dannyl lo siguió por el pasillo, y luego escalera abajo hasta la entrada del alojamiento de los magos. Atardecía, y el patio exterior estaba teñido de una luz entre naranja y rojiza. Lo cruzaron en dirección a la puerta del Salón de Noche.

Dentro reinaba un ambiente caldeado y ruidoso. Rothen se fijó en todos los magos que se volvían hacia ellos al reparar en su presencia y los seguían con la mirada. No pasó mucho tiempo antes de que se les acercaran los primeros para hacerles preguntas.

Durante más de una hora, a Dannyl y a él los abordaron magos que querían saber más sobre los rebeldes. Rothen veía en sus rostros respeto y curiosidad, pero muy poca suspicacia. Dannyl, algo receloso al principio, sentía cada vez más confianza. Cuando un grupo de sanadores se marchó tras debatir las instrucciones de Vinara para salvar al descarriado del envenenamiento, Dannyl se volvió hacia Rothen, con una sonrisa de disculpa.

—Me temo que estoy acaparando toda la atención, amigo mío.

Rothen se encogió de hombros.

—¿Qué atención? Apenas he tenido que eludir preguntas sobre Sonea.

—No. Tal vez han decidido dejarte en paz, para variar.

—Eso no es probable. Es solo que...

—Embajador Dannyl.

Al volverse vieron que lord Garrel se acercaba. Rothen frunció el ceño mientras el guerrero inclinaba la cabeza en señal de respeto. Nunca había tenido una buena opinión de Garrel, y seguía pensando que el mago habría podido esforzarse un poco más en convencer a Regin, su favorito, de que dejara de hostigar a Sonea.

—Lord Garrel —respondió Dannyl.

—Bienvenido a casa —dijo el guerrero—. ¿Está contento de haber regresado?

Dannyl se encogió de hombros.

—Sí, es agradable reencontrarme con mis amigos.

Garrel echó una mirada a Rothen.

—Nos ha prestado usted otro servicio encomiable. Y, por lo que he oído, ha sido un gran sacrificio para usted —se inclinó ligeramente hacia él—. Admiro su valor. Yo mismo no habría corrido un riesgo semejante. Pero, por otro lado, yo prefiero la acción directa a los subterfugios.

—Y además se le da mucho mejor, por lo que me han contado —contestó Dannyl.

Rothen se quedó estupefacto, y se volvió hacia otro lado para ocultar una sonrisa. A medida que se desarrollaba la conversación, él se alegraba cada vez más de haber acudido al Salón de Noche. Saltaba a la vista que en la corte de Elyne el embajador Dannyl no solo había aprendido a comportarse y hablar con mayor autoridad.

—Lord Garrel —dijo una voz nueva. Un joven alquimista rodeó el hombro del guerrero. Era lord Larkin, el profesor de arquitectura y construcción.

—¿Sí? —respondió Garrel.

—He pensado que le interesaría saber que Harsin ha expresado su deseo de hablar con usted sobre los progresos de su aprendiz en la asignatura de enfermedades.

El guerrero parecía contrariado.

—Entonces más vale que vaya a buscarlo —dijo—. Buenas noches, lord Rothen, embajador Dannyl.

Mientras Garrel se alejaba, Larkin hizo una mueca.

—Me ha parecido que les vendría bien que les rescatase —dijo el joven mago—. No porque usted lo necesitara, embajador. Lo que ocurre es que algunos hemos notado que aquellos con quienes Garrel entabla conversación tienden a ansiar una interrupción tarde o temprano. Por lo general temprano.

—Gracias, lord Larkin —dijo Dannyl. Se volvió hacia Rothen y le hizo una mueca—. Creía que éramos los únicos que nos habíamos dado cuenta.

—Bueno, dominar el arte de hacer que la gente se sienta incómoda

requiere práctica. Suponía que Garrel le consideraría un objetivo fácil, después del escándalo que se ha montado por una minucia.

Dannyl arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Usted cree?

—Bueno, no es algo ni remotamente tan terrible como... practicar la magia negra —dijo el joven mago. Miró a Rothen y se sonrojó—. No es que me crea lo que dice el rebelde, claro está, pero... —Tras echar un vistazo en torno al salón, retrocedió un paso—. Disculpenme, embajador, lord Rothen. Lord Sarrin acaba de indicarme por señas que quiere hablar conmigo.

Larkin se despidió de ambos con una inclinación de cabeza y se alejó a toda prisa. Dannyl paseó la vista por la sala.

—Qué interesante. Sarrin ni siquiera está aquí.

—En efecto —respondió Rothen—. Es interesante, sobre todo eso de que necesitabas que te rescataran. Es evidente que no lo necesitas, Dannyl. De hecho, creo que ni siquiera te hacía falta que yo te acompañase —exhaló un suspiro exagerado—. En realidad resulta algo frustrante.

Dannyl sonrió de oreja a oreja y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Debe de ser una gran desilusión, eso de ver a tus aprendices llegar lejos.

Rothen se encogió de hombros, y su sonrisa se transformó en una mueca.

—Ah, ojalá llegaran lejos, sí... pero no hasta Sachaka.

20. El castigo del Gremio

Cuando Dannyl llegó frente a la puerta del despacho del administrador Lorlen, se detuvo unos instantes a fin de respirar hondo y enderezar la espalda. La convocatoria para que se reuniese con los magos superiores había llegado antes de lo que él esperaba, y tenía la agobiante sensación de que debería haberse preparado mejor. Bajó la vista a la carpeta que contenía su informe e hizo un gesto de resignación. Aunque se le ocurriera algo, era demasiado tarde para introducir cambios.

Llamó a la puerta. Esta se abrió por sí sola, y Dannyl pasó al interior. Incluyó la cabeza ante los magos que estaban sentados. Lady Vinara y lord Sarrin se encontraban presentes, al igual que el administrador expatriado Kito. Como de costumbre, Lorlen estaba sentado frente a su escritorio. El administrador señaló un sillón vacío.

—Por favor, siéntese, embajador Dannyl —dijo Lorlen. Aguardó a que Dannyl ocupara el asiento que le había ofrecido y añadió—: Habría preferido esperar a que regresara lord Balkan antes de pedirle a usted que nos refiriera con todo detalle su encuentro con los rebeldes, pero dada la necesidad de investigar la veracidad de las declaraciones de Akkarin lo antes posible, hemos decidido no aplazar más el asunto. Además, su historia puede arrojar un poco de luz sobre las actividades de Akkarin. Bien, díganos cuáles fueron las órdenes de Akkarin.

—Recibí una carta suya hace poco más de seis semanas.

Dannyl abrió la carpeta y extrajo la misiva, que hizo llegar flotando hasta el escritorio de Lorlen.

El administrador la cogió y la leyó en voz alta.

Llevo algunos años observando los intentos de un pequeño grupo de cortesanos de Elyne por instruirse en la magia sin la ayuda ni el conocimiento del Gremio. No habían tenido éxito hasta hace poco. Ahora que al menos uno de ellos ha conseguido desarrollar sus poderes, el Gremio tiene el derecho y la obligación de tomar cartas en el asunto. Adjunto con esta misiva información sobre dicho grupo. Tu relación con el académico Tayend de Tremmelin te resultará útil para convencerlos de que eres de fiar. Es posible que los rebeldes intenten utilizar esta información personal en tu contra una vez que los hayas detenido. Me aseguraré de dejar claro que he sido yo quien te ha pedido que les facilites esa información con el fin de conseguir tu objetivo.

Tal como Dannyl esperaba, los otros magos intercambiaron miradas de perplejidad.

—Supongo que se refería a su relación profesional con el académico, ¿es así? —preguntó Sarrin.

Dannyl extendió las manos en señal de duda.

—Sí y no. Me imagino que también se refería a los rumores sobre nuestra relación personal. Tayend es, como dicen los elyneos, un doncel —Sarrin arqueó las cejas, pero ni él ni los magos superiores parecían desconcertados por aquel término, por lo que Dannyl prosiguió—. Los elyneos han estado especulando sobre si nuestra relación va más allá de la colaboración académica desde que él empezó a ayudarme en mi investigación.

—¿Y usted propició que los rebeldes dieran crédito a esos rumores para que supusieran que podían hacerle chantaje en caso de que les causara problemas? —inquirió Sarrin.

—Sí.

—Las indicaciones de Akkarin no eran muy concretas. Podría interpretarse también que quería que usted los animase a creer que su ayudante y usted se exponían a la expulsión o la ejecución si se descubría que se estaba enseñando magia.

Dannyl asintió.

—Contemplé esa posibilidad, por supuesto, y llegué a la conclusión de

que eso no habría bastado para ganarme la confianza de los rebeldes —para su gran alivio, Kito hizo un gesto de conformidad.

—Así pues, Akkarin tenía la intención de declarar ante el Gremio que él le había pedido a usted que fingiese mantener una relación amorosa con su ayudante —dijo Vinara—, pero cuando usted llegó aquí, él había sido detenido. Según el administrador Lorlen, usted asegura que el engaño fue una idea que se le ocurrió a usted.

—Así es.

La sanadora enarcó las cejas.

—¿Y ha dado resultado?

Dannyl se encogió de hombros.

—Creo que sí, a grandes rasgos. ¿Cuáles son sus impresiones?

Vinara asintió con la cabeza.

—La mayoría da por buena su versión.

—¿Y los demás?

—Son conocidos murmuradores.

Dannyl movió la cabeza afirmativamente. Recordó las preguntas que lord Garrel le había hecho en el Salón de Noche y se preguntó si Vinara incluiría al guerrero entre los «conocidos murmuradores».

Lorlen se inclinó hacia delante para apoyar los codos sobre el escritorio.

—Bien. Cuéntenos cómo entró en contacto con los rebeldes.

Dannyl continuó su relato y explicó que había concertado un encuentro con Dem Marane y lo había visitado en su casa. Describió las enseñanzas que había impartido a Farand y añadió que el libro que Tayend había tomado prestado había sido decisivo para detener a los rebeldes.

—Estaba considerando la posibilidad de esperar y comprobar si volvían a consultarme una vez que Farand hubiese alcanzado Control —dijo Dannyl—. Creí que de ese modo averiguaría el nombre de otros rebeldes. Sin embargo, cuando vi qué decía el libro, supe que era un riesgo demasiado grande. Aunque el Dem me permitiese quedarme con él, era probable que los rebeldes tuvieran otros ejemplares. Si desaparecían después de que Farand aprendiese Control, podían aprender magia negra por su cuenta, y entonces nosotros tendríamos que enfrentarnos a un problema peor que el de los magos descarriados —Dannyl hizo una mueca—. Jamás habría sospechado que ya

teníamos un problema peor.

Sarrin se revolvió en su asiento con expresión grave.

—¿Cree que Akkarin sabía de la existencia de ese libro?

—Lo ignoro —respondió Dannyl—. Ni siquiera sé cómo se había enterado de la existencia de los rebeldes.

—Tal vez había detectado los poderes de Farand del mismo modo que había detectado los de Sonea antes de que ella alcanzase Control —aventuró Vinara.

—¿Desde un lugar tan distante como Elyne? —preguntó Sarrin.

Vinara se encogió de hombros.

—Tiene muchas facultades especiales, adquiridas sin duda a través del uso de la magia negra. ¿Por qué no esa en particular?

Sarrin arrugó el ceño.

—Dice usted que estaba realizando labores de investigación con el académico, embajador. ¿De qué investigación se trataba?

—Una investigación sobre la magia ancestral —contestó Dannyl. Miro uno por uno a los presentes, y cuando sus ojos se encontraron con los de Lorlen, este esbozó una sonrisa.

—Les he dicho que la inició usted a instancias mías —declaró Lorlen.

Dannyl asintió.

—En efecto, aunque desconozco el motivo.

—Yo quería recuperar parte de los conocimientos que Akkarin había perdido —dijo Lorlen—, pero cuando este supo que se estaba llevando a cabo una investigación dejó muy claro que se oponía a ella. Comunicué a lord Dannyl que su ayuda ya no era necesaria.

—¿Y no obedeció usted esa orden? —preguntó Sarrin a Dannyl.

—No fue una orden —precisó Lorlen—. Solo le hice saber que no necesitaba que continuara con la investigación. Creo que Dannyl siguió adelante por interés propio.

—Así fue —confirmó Dannyl—. Más tarde, cuando Akkarin se enteró de que yo no había dejado la investigación, me pidió que regresara al Gremio. Mis hallazgos parecieron satisfacerle, pues me alentó a continuar. Por desgracia, no hice grandes progresos después de eso. Las únicas fuentes que no había consultado estaban en Sachaka, y él me había indicado

expresamente que no fuese allí.

Sarrin se reclinó en su sillón.

—Interesante. Primero quiso frenar la investigación, después la impulsó. Quizá había descubierto usted algo que él no quería que se conociese, pero no había comprendido su alcance. Entonces tal vez juzgó que ya no era peligroso que continuase usted.

—También he pensado en esa posibilidad —convino Dannyl—. No fue sino hasta que vi el libro de los rebeldes cuando caí en la cuenta de que la magia ancestral que había estado investigando era en realidad magia negra. No creo que fuera intención de Akkarin que yo lo descubriese.

Sarrin mostró su desacuerdo con un gesto.

—No —dijo—. En ese caso, él se habría opuesto a que usted leyese ese libro. Seguramente no sabía que obraba en poder de Dem Marane, y la detención de los rebeldes no era una maniobra para apoderarse de él —pareció reflexionar unos segundos—. El libro podría contener información que él no conoce. Qué interesante.

Dannyl paseó la vista de una cara a otra mientras los magos meditaban sobre aquello.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Desde luego, embajador —respondió Lorlen con una sonrisa.

—¿Han descubierto alguna prueba de que el testimonio de Akkarin es veraz?

El administrador se puso muy serio.

—Aún no —titubeó antes de añadir—: A pesar de la advertencia de Akkarin, no se nos ocurre otra manera de averiguar la verdad que enviar espías a Sachaka.

Dannyl asintió.

—Supongo que su identidad será secreta, incluso para los miembros del Gremio.

—Así es —contestó Lorlen—. Pero se les permitirá a algunas personas, entre ellas a usted, que la conozcan, pues con toda seguridad sospecharán el porqué de la ausencia de ciertos magos.

Dannyl se enderezó.

—¿De verdad?

—Uno de los espías será su mentor, lord Rothen.

El ascenso a las montañas parecía interminable.

El sol de la mañana reveló las pendientes pronunciadas y densamente arboladas a ambos lados. Aunque el camino estaba bien cuidado y mostraba señales de haber sido arreglado hacía poco tiempo, todo lo demás parecía naturaleza en estado salvaje. Si la comitiva había pasado frente a alguna casa durante la noche, esta debía de estar totalmente oculta en la oscuridad.

El sendero seguía la curva de las gigantescas vertientes y ascendía entre barrancos escarpados. De vez en cuando, Sonea alcanzaba a ver formaciones rocosas en lo alto. El aire era cada vez más frío, y a partir de cierto momento la joven tuvo que envolverse permanentemente en un escudo de calor para no tiritar.

Estaba ansiosa por llegar al término del viaje, pero también temía ese momento. La marcha constante cuesta arriba alteraba sutilmente su postura sobre la silla de montar, y todo un grupo nuevo de músculos había empezado a protestar. Para colmo, el roce con la tela áspera de sus pantalones le irritaba la piel, de modo que tenía que sanarse a sí misma cada pocas horas para mitigar el dolor.

—¡Alto!

Sonea suspiró aliviada al oír la orden de Balkan. Habían avanzado sin descanso desde la mañana, y la parada había sido muy breve. Notó que su caballo inspiraba profundamente al detenerse, para luego soltar el aire de golpe.

Varios escoltas descabalaron para ocuparse de sus monturas. Akkarin fijó la vista en algún punto distante. Al seguir la dirección de su mirada, Sonea advirtió que el paisaje que se extendía al pie de la montaña resultaba visible a través de un claro que había entre los árboles. Las colinas perdían altura gradualmente hasta dar paso a una llanura que se difuminaba en la lejanía. Ríos y arroyos relucían en las cañadas. Todo resplandecía a la cálida luz del sol del atardecer. El horizonte era una franja neblinosa. Al otro lado, en algún lugar, estaba Imardin. Su hogar.

Con cada paso que daba, Sonea se alejaba de todo aquello que había

conocido: su familia, sus viejos amigos, Cery, Rothen, Dorrien. Los nombres de las personas a las que había tomado afecto en los últimos años desfilaron por su mente: Tania, Danyl, Tya, Yikmo... e incluso algunos de los aprendices. Tal vez nunca volvería a verlos. Ni siquiera había tenido la oportunidad de despedirse de la mayoría de ellos. Se le hizo un nudo en la garganta, y notó que le escocían los ojos.

Apretó los párpados, y se obligó a respirar despacio y con normalidad. No eran ni el momento ni el lugar adecuados para echarse a llorar... allí, delante de Balkan y de los otros magos, especialmente delante de Akkarin. Tragó con fuerza e hizo un esfuerzo por apartar la vista del paisaje.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio que la expresión de Akkarin cambiaba. Por un instante, antes de que su rostro se transformase de nuevo en su máscara habitual, ella alcanzó a vislumbrar una mirada de frustración y amargura intensas. Agachó la cabeza, inquieta por lo que había visto.

Osen comenzó a repartir pan, verduras cocidas frías y trozos de cecina. Akkarin aceptó su parte en silencio y volvió a quedarse abstraído. Sonea masticó despacio, decidida a desterrar de su mente todo pensamiento sobre el Gremio y a concentrarse en cambio en el futuro. ¿Dónde encontrarían alimentos en Sachaka? La zona situada al otro lado del puesto fronterizo era un páramo. Tal vez podrían comprar comida. ¿Les daría dinero Balkan?

Osen se le acercó y le ofreció una taza de vino rebajado con agua. Sonea se lo bebió rápidamente y le devolvió la taza. El ayudante del administrador vaciló un momento, como si quisiera decir algo, pero ella enseguida se irguió y desvió la mirada. Oyó un suspiro seguido de los pasos de Osen que se alejaban en dirección a su caballo.

—Adelante —ordenó Balkan.

Los claros entre los árboles comenzaron a hacerse más grandes conforme avanzaban. En ellos se apreciaban grandes placas de roca desnuda. Un viento gélido agitaba las colas de los caballos. El sol descendía imparable hacia el horizonte. El camino discurría recto en ese momento, entre dos paredes de roca altas y lisas. Más adelante, teñida de naranja por el ocaso, se alzaba una enorme y robusta columna pétreo con varias filas de agujeros diminutos.

El Fuerte.

Sonea lo contempló mientras se acercaban. En las clases de historia, había

aprendido que el Fuerte había sido construido tras la guerra Sachakana. Era más elevado de lo que ella imaginaba, unas dos o tres veces más que el edificio principal de la universidad. El descomunal cilindro de piedra rellenaba el espacio estrecho entre dos paredes de roca. Era imposible pasar por allí sin atravesar el edificio.

No había rastro de uniones ni de argamasa, y sin embargo el Fuerte databa de mucho antes de que lord Coren descubriese cómo unir rocas entre sí. Sonea meneó la cabeza, maravillada. Aquellos constructores que habían muerto hacía tanto tiempo habían excavado el Fuerte en la montaña.

Dos grandes portones de metal en la base del edificio empezaron a abrirse conforme se acercaban. Por ellos salieron dos figuras. Uno llevaba uniforme de capitán de la Guardia, y el otro una túnica roja de guerrero. Sonea pestañeó, sorprendida, y luego miró al mago fijamente, con incredulidad.

—Lord Balkan —dijo Fergun mientras el capitán hacía una reverencia respetuosa—, le presento al capitán Larwen.

«Ya entiendo —pensó Sonea—. Fergun fue enviado a un Fuerte lejano como castigo por haberme hecho chantaje, pero jamás sospeché que se tratara de este Fuerte».

Mientras el capitán hablaba con lord Balkan, Sonea se miró las manos y maldijo su suerte. No cabía duda de que Fergun estaba deseando que llegara aquel momento. Se había jugado mucho al intentar convencer al Gremio de que no debían aceptar a nadie que no perteneciera a una de las Casas. «Su afirmación de que los habitantes de las barriadas no son de fiar ha resultado ser cierta», pensó la chica.

Pero no era verdad. Sonea solo había aprendido y utilizado la magia negra para salvar al Gremio y Kyralia.

Fergun también creyó en su día estar salvando al Gremio. La joven sintió por él una compasión que la incomodaba. ¿Existía en el fondo diferencia alguna entre ella y su antiguo enemigo?

«Sí —pensó—. Yo intento salvar toda Kyralia. Él solo pretendía evitar que los kyralianos de clase baja aprendieran magia».

Miró con el rabillo del ojo y vio que Fergun la estaba observando.

«No hagas caso —se dijo—. No vale la pena».

Pero ¿por qué tenía que ignorarlo? No era mejor que ella. Tras armarse de

valor, irguió la cabeza y le devolvió la mirada. Fergun curvó los labios en un gesto desdeñoso, y un brillo de satisfacción asomó a sus ojos.

«Te crees superior, ¿verdad? —pensó ella como dirigiéndose a él—. Pero reflexiona un poco. Soy más poderosa que tú. Incluso sin recurrir a la magia prohibida que he aprendido, podría vencerte en la Arena sin esfuerzo, guerrero».

Fergun entornó los ojos y apretó las mandíbulas en un gesto de odio profundo. Sonea le sostuvo la mirada con frialdad. «He matado a una maga que, como tú, se aprovechaba de los indefensos. No dudaría en volver a matar si fuera la única manera de proteger Kyralia. No me asustas, mago. No eres nadie, solo un necio miserable, un...».

De pronto, Fergun se volvió hacia el capitán, como si este hubiese dicho algo importante. Sonea esperó a que la mirase de nuevo, pero no lo hizo. Una vez cumplidas las formalidades, el capitán se hizo a un lado y tocó un silbato. La comitiva avanzó hacia el interior del Fuerte.

El golpeteo de los cascos resonó dentro del amplio corredor. La escolta dio unos pasos más al frente y redujo la marcha al acercarse a un muro de piedra que bloqueaba la mitad del pasillo. Lo recorrieron en fila de a uno y se detuvieron frente a unas puertas de metal cerradas que se alzaban cien pasos más adelante, al fondo del corredor. Se abrieron despacio. Después de atravesarlas cruzaron un entarimado en el que retumbaban las pisadas de los caballos, y pasaron en fila junto a otro muro de piedra.

Sonea sintió el aire fresco en la cara. Alzó la vista y vio un par de puertas metálicas abiertas que daban a otra hondonada amurallada. Al otro lado del Fuerte ya había oscurecido. Dos filas de lámparas iluminaban las empinadas paredes. Más allá, el camino se perdía entre las sombras.

Cuando la comitiva salió al aire libre, Sonea advirtió que el corazón le latía con fuerza. Si habían atravesado el Fuerte, eso significaba que su caballo estaba pisando tierra sachakana. Bajó la mirada.

«Roca, más bien», se corrigió mentalmente.

Se volvió en la silla para contemplar de nuevo el Fuerte. En algunas de las ventanas iluminadas se recortaban las siluetas de los ocupantes que los observaban alejarse.

El sonido de los cascos se fue apagando. La montura de Sonea se detuvo.

—Descabalgad.

Mientras Akkarin bajaba de su silla, Sonea comprendió que la orden que acababa de dar Balkan iba dirigida únicamente a ella y a Akkarin. Se deslizó hasta el suelo, haciendo un gesto de dolor por la rigidez de sus piernas. Lord Osen se agachó para empuñar las riendas, y se alejó con los caballos.

Tras la marcha de Osen y las cabalgaduras, solo quedaban Sonea y Akkarin dentro del círculo de guerreros. Un globo de luz destelló por encima de la cabeza de Balkan e inundó de claridad la zona.

—Recordad las caras de estos dos magos —gritó Balkan—. Son Akkarin, antiguo Gran Lord del Gremio de los Magos, y Sonea, antigua aprendiz del Gran Lord. Han sido expulsados del Gremio y desterrados de las Tierras Aliadas por el delito de practicar magia negra.

Sonea sintió un helor en la sangre. Por lo menos aquella sería la última vez que oiría esas palabras rituales. Echó un vistazo al camino en penumbra que continuaba más allá del resplandor de la lámpara.

—¡Esperad!

El corazón le dio un vuelco. Osen se acercó a ellos.

—¿Sí, lord Osen?

—Querría hablar con Sonea antes de que se vaya.

Balkan asintió lentamente.

—Muy bien.

Sonea suspiró mientras Osen se apeaba del caballo. Caminó hacia ella despacio, con expresión tensa.

—Sonea, es tu última oportunidad —hablaba en voz baja, tal vez para que la escolta no lo oyese—. Regresa al Gremio conmigo.

La joven sacudió la cabeza.

—No.

Osen se volvió hacia Akkarin.

—¿Te parece bien que desaproveche esta ocasión?

Akkarin arqueó las cejas.

—No, pero parece decidida a dejarla escapar. Dudo que yo pueda hacerla cambiar de opinión.

Osen frunció el ceño y miró de nuevo a Sonea. Abrió la boca para hablar, pero cambió de idea y se limitó a sacudir la cabeza.

—Más vale que cuides de ella —farfulló.

Akkarin contempló impasible al mago. Osen le lanzó una mirada severa y giró sobre sus talones. Se acercó a su caballo con andar decidido y puso un pie en el estribo.

A una señal de Balkan, los escoltas que cerraban el camino a Sachaka se apartaron.

—Marchaos de las Tierras Aliadas —dijo Balkan, en un tono que no denotaba ni ira ni arrepentimiento.

—Vamos, Sonea —dijo Akkarin en voz baja—. Aún nos queda un buen trecho.

Ella se volvió hacia él. Akkarin tenía una expresión distante y difícil de interpretar. Dio media vuelta y echó a andar. Sonea lo siguió a pocos pasos de distancia.

Oyó a alguien murmurar a sus espaldas y aguzó el oído. Era la voz de lord Osen.

—... en mis tierras. Quedas expulsada, Sonea. Jamás vuelvas a entrar en mis tierras.

Sonea se estremeció, y luego dirigió la vista al camino cada vez más oscuro que se abría ante ella.

Cuando los últimos rayos de sol se extinguieron, Lorlen se apartó de la ventana desde la que contemplaba el jardín y echó a andar por su despacho. Recorrió el contorno de la habitación, pasando de un sillón a otro, hasta regresar a su escritorio. Se detuvo, bajó la vista al montón de papeles y suspiró.

¿Por qué, habiendo tantos otros sitios, habían tenido que enviar a Akkarin a Sachaka?

Él sabía por qué. Sabía, con una fría certeza, que el rey esperaba que Akkarin pereciera en Sachaka. Había quebrantado una de las leyes más estrictas del Gremio. Por mucho aprecio que el soberano hubiera tenido al Gran Lord, sabía que no había nada tan peligroso como un mago que no cumplía las leyes y que era demasiado poderoso para controlarlo. Si el Gremio no podía ejecutar a Akkarin, lo mejor era enviarlo a donde vivían los

únicos magos que sí podían: los ichanis.

Cabía la posibilidad de que los ichanis no existiesen, por supuesto. En ese caso, el Gremio estaba a punto de dejar en libertad a un mago que había aprendido magia negra por su propia voluntad. Quizá regresaría, y más fuerte que nunca. Sin embargo, eso no había manera de evitarlo.

Por otro lado, si los ichanis existían, parecía una insensatez enviar a una muerte segura al único mago capaz de asesorar al Gremio respecto a sus enemigos. No, Akkarin no era el único. También estaba Sonea.

En ese sentido el rey había cometido un grave error de previsión. Había dado por sentado que la chica procedente de las barriadas, a quien más de un mago había instruido y manipulado, se dejaría convencer fácilmente. Lorlen sonrió con amargura al recordar su airada negativa.

«Si van a desterrar al Gran Lord Akkarin, tendrán que desterrarme a mí también. Luego, cuando entren ustedes en razón, quizá él siga con vida y pueda echarles una mano».

La actitud desafiante de Sonea había irritado al rey. «¿Y qué esperabais? —había querido decirle Lorlen—. ¿Lealtad por parte de una persona que vivió entre aquellos a quienes vos expulsáis de la ciudad con la Purga de todos los años?». Al final el monarca había llegado a la conclusión de que, si Sonea no estaba dispuesta a aceptar la sentencia del Gremio y de su soberano, tal vez desterrarla era lo mejor.

Lorlen suspiró y reanudó sus idas y venidas por la habitación. En realidad, el Gremio no necesitaba que Sonea refiriese lo que sabía sobre los ichanis mientras él tuviese en su poder el anillo de Akkarin... y este siguiera con vida. Pero si Lorlen empezaba a transmitir información de Akkarin al resto del Gremio, tarde o temprano tendría que confesar cómo obtenía esa información. El anillo era un instrumento de magia negra. ¿Cómo reaccionaría el Gremio si se enterase de que su administrador poseía y utilizaba semejante objeto?

«Debería deshacerme de él», pensó. Pero sabía que no lo haría. Sacó el anillo, lo contempló durante unos instantes y se lo puso en el dedo.

¿Akkarin? ¿Estás ahí?

Nada.

Lorlen había intentado varias veces ponerse en contacto con Akkarin por

medio del anillo. De vez en cuando le parecía detectar un atisbo de ira o de miedo, pero decidió que todo era fruto de su imaginación. El silencio lo atormentaba. De no ser por los informes que Osen le iba comunicando mentalmente a lo largo del viaje, Lorlen habría llegado a temerse que Akkarin había muerto.

Lorlen dio por terminado su deambular por el despacho, se situó frente al escritorio y se dejó caer en el sillón. Tras quitarse el anillo, se lo guardó de nuevo en el bolsillo. Un momento después, oyó unos golpes enérgicos en la puerta.

—Adelante.

—Le traigo un mensaje del rey, milord.

Un sirviente entró, hizo una reverencia y depositó un cilindro de madera sobre el escritorio de Lorlen. El tapón llevaba grabado el incal del monarca, y el lacre estaba espolvoreado con oro.

—Gracias. Puedes retirarte.

El sirviente se inclinó de nuevo y salió de la habitación. Lorlen rompió el sello y extrajo un papel enrollado.

«De modo que el rey quiere hablar de Sachaka», pensó Lorlen mientras leía el texto escrito con caligrafía formal. Tras dejar que la carta recuperase su forma de rollo y devolverla al interior del cilindro, lo metió en una caja en la que guardaba mensajes reales.

La idea de una audiencia con el rey de pronto le parecía atractiva. Por encima de todo, estaba ansioso por hacer algo. Se había pasado demasiado tiempo con las manos atadas, sin libertad para actuar. Se levantó y se quedó paralizado cuando una voz en su mente pronunció su nombre.

¡Lorlen!

Era Osen. Lorlen percibió las mentes de otros magos, atraídas por la llamada, pero cada vez con menor intensidad conforme dejaban de prestar atención.

¿Sí, Osen?

Misión cumplida. Sonea y Akkarin están en Sachaka.

Lorlen sintió que se le caía el alma a los pies.

¿Puedes preguntar a Fergun y al capitán si alguien en el Fuerte o en sus alrededores ha notado algo fuera de lo normal en Sachaka?

Se lo preguntaré y te comunicaré su respuesta mañana. Han pedido que algunos magos permanezcan aquí por si Akkarin y Sonea intentan regresar.

¿Les has explicado que eso no serviría de nada?

No, no quería ponerlos más nerviosos de lo que ya están.

Lorlen meditó sobre la petición del capitán.

Dejaré que sea Balkan quien tome esa decisión.

Se lo diré. Se produjo una pausa. *Tengo que dejarte.*

La imagen de unos magos que se sentaban a una larga mesa junto a una gran hoguera apareció en la mente del administrador. Este sonrió.

Disfruta tu cena, Osen. Gracias por informarme.

Gracias por informarme a mí, respondió otra voz. Lorlen, sorprendido, se quedó inmóvil.

¿Quién ha dicho eso?, preguntó Osen.

No lo sé, contestó Lorlen. Reconstruyó en su mente la conversación y se estremeció. Si había alguien acechando al otro lado de la frontera, listo para tender una emboscada a los visitantes, sabría ahora que Akkarin y Sonea se dirigían hacia allí.

Luego se imaginó todo lo que los magos habían debido de comentar entre sí durante los últimos días, y se sintió aún más alarmado. «Hemos sido unos idiotas —se dijo Lorlen—. Ni uno solo de nosotros ha pensado seriamente en las repercusiones que tendría que el testimonio de Akkarin fuera cierto».

Balkan, llamó.

¿Sí?

Por favor, di a todos tus hombres que toda comunicación mental debe cesar de inmediato... Informaré al resto del Gremio.

Mientras la presencia de Osen y la de Balkan se desvanecían, Lorlen extrajo el anillo de Akkarin de su bolsillo. Las manos le temblaban mientras lo deslizaba por su dedo.

¿Akkarin?

Pero no obtuvo otra respuesta, solo el silencio.

21. Un camino peligroso

Día noveno del quinto mes.

Esta mañana, un desprendimiento de tierras que se había producido sobre el camino nos obligó a detenernos. Los sirvientes se han pasado el día cavando, pero me temo que no podremos reanudar la marcha hasta mañana. He subido a la cima de un promontorio. Las montañas forman ahora una línea oscura sobre el horizonte. Al dirigir la mirada al frente, veo una sucesión de colinas polvorientas que se extiende hacia el norte. El páramo parece no tener fin. Ahora entiendo por qué los mercaderes de Kyralia no hacen muchos negocios con Sachaka. Es un viaje largo y penoso, y, según Riko, es más fácil para los sachakanos comerciar con las tierras situadas al nordeste. Además, no se fían del Gremio, por supuesto...

Unos golpes en la puerta interrumpieron a Rothen. Suspiró, bajó el libro y proyectó su voluntad para abrir. Danyl entró; una arruga de preocupación destacaba en su frente.

—Danyl —dijo Rothen—, ¿te apetece un poco de sumi?

El embajador cerró la puerta, se acercó al sillón de Rothen y lo miró fijamente.

—¿Te ofreciste voluntario para ir a Sachaka?

—Ah —Rothen cerró el libro y lo depositó sobre la mesa—. Así que te lo han contado.

—Sí —Danyl parecía no encontrar las palabras que buscaba—. Iba a preguntarte por qué, pero no hace falta. Vas a ir en busca de Sonea, ¿verdad?

Rothen se encogió de hombros.

—En cierto modo —señaló un sillón—. Siéntate. Hasta yo me siento incómodo al verte desde tan abajo.

Dannyl tomó asiento y fijó la mirada en Rothen, por encima de la mesa.

—Me sorprende que los magos superiores te dieran su aprobación. Deben de haber comprendido que encontrar a Sonea podía llegar a ser más importante para ti que averiguar si los ichanis existen.

Rothen sonrió.

—Sí, es algo que han tenido en cuenta. Les he dicho que si tuviese que elegir entre salvar a Sonea y cumplir con la misión, optaría por salvar a Sonea. Han aceptado esa condición porque tengo más posibilidades de convencerla de volver... y porque no soy el único espía.

—¿Por qué no me habías hablado de esto?

—No me he ofrecido voluntario hasta esta mañana.

—Pero seguro que la idea ya te rondaba antes por la cabeza.

—Solo desde anoche. Al ver cómo lidiabas con Garrel, llegué a la conclusión de que en realidad no necesitas mi ayuda —afloró a sus labios otra sonrisa—. Tal vez mi apoyo, pero no mi ayuda. Sonea, sin embargo, sí que necesita mi ayuda. Hacía mucho tiempo que no podía hacer nada por ella, y por fin tengo esa oportunidad.

Dannyl asintió, pero no parecía muy contento.

—¿Y si la historia de Akkarin resultara cierta? ¿Y si fueras a parar a una tierra dominada por magos negros? Dijo que en Sachaka matarían a todo mago del Gremio que se atreviese a entrar.

Rothen se puso muy serio. Sería una misión peligrosa. La posibilidad de topar con los magos que Akkarin había descrito lo asustaba bastante.

Por otro lado, si los ichanis no existían, Akkarin debía de tener una buena razón para inventárselos. Tal vez lo había hecho simplemente para que el Gremio le perdonara la vida. Quizá formaba parte de un engaño más elaborado. En ese caso, estaría ansioso por ocultar la verdad. Tal vez él era el mago negro que estaba dispuesto a matar al primer mago del Gremio que pusiera un pie en Sachaka.

Pero sin duda confiaba en que el Gremio investigaría la veracidad de sus declaraciones. Al contarles esa historia se estaba asegurando de que enviarían

espías a Sachaka. Rothen frunció el ceño. ¿Y si Akkarin había urdido ese cuento para poder dar caza a los magos que viajasen a Sachaka y matarlos de uno en uno con el fin de arrebatarles su fuerza?

—¿Rothen?

Alzando la vista, Rothen esbozó una sonrisa irónica.

—Sé que será peligroso, Dannyl. No vamos a entrar en Sachaka como unos incautos, vestidos con túnicas y exhibiendo nuestros poderes mágicos. Haremos lo posible por pasar inadvertidos —señaló el libro—. Se han realizado copias de todas las crónicas de viajes a Sachaka para que las estudiemos. Interrogaremos a los mercaderes y a sus sirvientes. Nos entrenará un espía profesional, enviado por el rey, que nos enseñará a hablar y a comportarnos como aldeanos.

A Dannyl se le escapó una sonrisa.

—A Sonea esto le parecería divertido.

Rothen sintió una punzada de dolor.

—Sí. Se lo habría parecido, en otra época —suspiró—. Bien, hágame de tu reunión con los magos superiores. ¿Te han hecho alguna pregunta incómoda?

Dannyl no esperaba ese cambio de tema.

—Unas cuantas. Creo que no ven a Tayend con buenos ojos, aunque eso no es ninguna sorpresa.

—No —convino Rothen. Escrutó el rostro de Dannyl—. Pero tú sí lo ves con buenos ojos.

—Es un buen amigo —Dannyl miró a Rothen fijamente, con una expresión de desafío apenas perceptible—. ¿Se supone que debo evitarlo a partir de ahora?

Rothen se encogió de hombros.

—Ya sabes qué murmuraría la gente si no lo hicieras. Pero no puedes dejar que los chismorreos te amarguen la vida, y Elyne es Elyne. Todo el mundo sabe que las normas sociales son diferentes allí.

Dannyl enarcó ligeramente las cejas.

—Sí. Lo que se considera prudente aquí puede considerarse una descortesía allí.

—¿Al final querías una taza de sumi o no?

Dannyl sonrió y asintió.

—Sí, gracias.

Rothen se puso de pie, dio un paso hacia el pequeño armario en el que guardaba las tazas y las hojas de sumi, y se paró en seco.

A todos los magos. ¡Préstenme atención!

Rothen se quedó perplejo al oír la voz mental de Lorlen.

Toda comunicación mental debe cesar a partir de ahora, salvo en caso de emergencia. Si no pueden evitar conversar por este sistema, tengan cuidado con la información que revelan. Si escuchan a otro mago comunicarse mentalmente, por favor, pónganle al corriente de esta restricción.

—Bueno —dijo Dannyl al cabo de un momento—. Detesto decirlo, teniendo en cuenta la misión que estás a punto de emprender, pero hay algo que cada día me preocupa más.

—¿Qué te preocupa?

—Que lo que dijo Akkarin sea cierto.

Mientras Cery volvía a llenar la copa a Savara, ella se puso rígida y adoptó una expresión distante.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

Savara parpadeó.

—Tu Gremio ha tomado su primera buena decisión.

—¿Ah, sí?

Ella sonrió.

—Una orden de que dejen de conversar de mente a mente.

Cery se sirvió vino hasta el borde de la copa.

—¿Les ayudará en algo esa medida?

—Les habría ayudado si la hubieran tomado hace una semana —hizo un gesto de indiferencia y cogió su copa—. Pero es estupendo que los ichanis ya no puedan enterarse de los planes del Gremio.

—Tú tampoco podrás.

Savara se encogió de hombros.

—No. Pero eso ya no importa.

Cery la observó con detenimiento. Ella había encontrado en algún sitio un

vestido confeccionado con una tela fina y suave teñida de morado intenso que le sentaba a las mil maravillas. El color contrastaba con su piel. Cuando miraba a Cery, sus ojos despedían un brillo cálido y dorado.

Pero en ese momento esos ojos miraban al suelo, y sus expresivos labios formaban una línea muy delgada.

—Savara.

—No me pidas que me quede —alzó la vista y lo miró directamente a la cara—. Tengo que irme. Me debo a mi pueblo.

—Yo solo...

—No puedo quedarme —se puso de pie y comenzó a pasearse por la habitación—. Ojalá pudiera. ¿Estarías dispuesto a venir conmigo a mi país, sabiendo lo que espera al tuyo? No. Tienes que proteger a tu gente, y yo tengo...

—¡Yep! ¡Déjame hablar, mujer!

Savara se interrumpió y le sonrió avergonzada.

—Perdona. Anda, continúa.

—Solo quería decirte que entiendo tus razones. Preferiría que te quedaras, pero no impediré que te vayas —le dedicó una sonrisa traviesa—. Apuesto a que no tendría la menor posibilidad de impedírtelo de todos modos.

La joven arqueó las cejas e hizo un ademán en dirección a la mesa.

—Pero me has invitado a cenar para intentar convencerme de que me quede.

Cery sacudió la cabeza.

—Solo quería darte las gracias por tu ayuda. Además, tenía que compensarte por no haberte dado la oportunidad de cargarte a uno de esos esclavos.

Savara hizo un mohín.

—Para eso haría falta algo más que una cena.

Cery soltó una risita.

—¿En serio? Hummm... ¿Sabes?, a los ladrones no nos gusta romper tratos. ¿Me perdonarías si te compensara de alguna otra manera?

Los ojos de Savara relampaguearon y su sonrisa adquirió un matiz de picardía.

—Oh, ya pensaré algo —se le acercó, se inclinó hacia él y lo besó—.

Hummm, esto me inspira alguna que otra idea.

Cery sonrió, le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí hasta sentársela en las rodillas.

—¿Seguro que no puedo convencerte de que te quedes? —preguntó en voz baja.

Savara ladeó la cabeza, pensativa.

—Tal vez una noche más.

El camino que se adentraba en Sachaka estaba oscuro y silencioso. Akkarin solo había dirigido la palabra a Sonea una vez, para advertirle que no creara una luz y que se limitase a hablar en susurros. Desde entonces, no se oía otro sonido más que el de sus pasos y el ulular lejano del viento muy por encima de ellos.

Ella bajó la vista hasta sus botas, lo único que le quedaba de su uniforme de aprendiz. ¿Los reconocerían los ichanis? Pensó en preguntar a Akkarin si convenía que se deshiciera de ellas, pero la perspectiva de caminar descalza en aquel terreno frío y rocoso no la seducía mucho.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Sonea empezó a ver con mayor claridad el trecho de camino que tenían delante. Dos paredes verticales de roca se alzaban a ambos lados, con curvas y pliegues como los de unas cortinas gruesas. Al levantar la mirada, vio que se alzaban varios cientos de pasos hacia el cielo, aunque cada vez eran más bajas.

Tras varios recodos, la pared de la izquierda finalizaba abruptamente, y un vasto paisaje se abría ante ellos. Se detuvieron a contemplar la tierra que se extendía allí abajo.

Desde la falda de las montañas hasta el resplandor del horizonte no se apreciaba más que una densa oscuridad. Ante los ojos de Sonea, el resplandor se hizo más intenso. Apareció una fina franja blanca que empezó a ensancharse hacia arriba. La luz inundó el paisaje mientras la luna —ya no del todo llena— escapaba lentamente del horizonte. Las montañas comenzaron a brillar como trozos de plata de contornos irregulares. Las crestas se hundían en la llanura como las gruesas raíces de un árbol. Las rocas dejaban paso a un terreno yermo y desolado. En algunas zonas, el agua de las

montañas había erosionado el suelo, formando grietas retorcidas y con ramificaciones que llegaban hasta donde alcanzaba la vista. A lo lejos se divisaban unas colinas extrañas en forma de media luna, como ondas de un estanque congeladas en el tiempo.

Era el páramo de Sachaka.

Sonea sintió que una mano la agarraba del brazo. Sorprendida, dejó que Akkarin la arrastrase hasta la sombra de la pared.

—Podrían vernos —murmuró—. Tenemos que abandonar el camino.

Dirigió la mirada al frente y pensó que aquello era imposible. El camino torcía a la derecha, excavado en la ladera. Unas paredes de piedra empinadas, casi verticales, se alzaban a ambos lados.

La mano de Akkarin seguía sujetándole el brazo. Sonea se percató de que el corazón le latía a toda prisa, y no solo a causa del miedo. Sin embargo, en ese momento él mantenía la vista fija en el barranco que se erguía sobre ellos.

—Esperemos que no haya vigías allí arriba —comentó Akkarin.

La soltó y retrocedió por el camino dando grandes zancadas. Sonea lo siguió. Cuando llegaron a un punto en el que la pared de la izquierda ocultaba casi por completo la de la derecha, giró sobre sus talones y la aferró por los hombros.

Al adivinar lo que él iba a hacer, Sonea tensó las piernas. En efecto, empezaron a elevarse, de pie sobre un disco de magia. De pronto fue muy consciente de lo cerca que estaba de Akkarin y se obligó a apartar la mirada.

Él detuvo su ascenso cerca de la cima para echar un vistazo sobre el borde de la pared. Tras comprobar que no había nadie en los alrededores, levitó por encima de la cresta y se posó junto con Sonea sobre la superficie de roca.

Ella miró en torno a sí, temerosa. La pendiente no era tan pronunciada como la pared de piedra de abajo, pero no dejaba de ser atterradoramente escarpada. Las fisuras y formaciones rocosas deformaban el terreno, mientras que en otras partes el suelo era tan liso que Sonea dudaba que pudieran cruzarlo sin resbalar ladera abajo. ¿Cómo iban a abrirse camino sin más luz que la de la luna?

Akkarin empezó a avanzar con cuidado a través de la pendiente. Sonea respiró hondo y echó a andar tras él. A partir de ese momento, se concentró

exclusivamente en escalar o rodear peñascos, saltar sobre grietas y mantener el equilibrio sobre la peligrosa pendiente. Perdió toda noción del tiempo. Lo más fácil era seguir a Akkarin sin pensar más que en superar el siguiente obstáculo.

La luna se encontraba mucho más alta en el cielo, y la joven se había sanado varias veces los músculos de sus cansadas piernas, cuando Akkarin por fin se detuvo en lo alto de una cresta. En un principio Sonea supuso que había avistado al otro lado una grieta especialmente ancha o alguna otra dificultad, pero al fijarse en él, advirtió que estaba mirando algo situado detrás de ella.

De repente, la asió de los brazos y la obligó a agazaparse. A Sonea el corazón le dio un vuelco.

—Mantente agachada —indicó en tono apremiante. Se volvió hacia atrás—. Podríamos resultar visibles contra el cielo.

Ella se puso en cuclillas a su lado, con el pulso acelerado. Akkarin escrutó el terreno a sus espaldas y señaló la accidentada pendiente que habían atravesado. Sonea buscó con la mirada algo que no hubiera estado allí antes. Al no ver nada especial, sacudió la cabeza.

—¿Dónde?

—Detrás de esa roca en forma de muluk —musitó Akkarin—. Espera un momento... Allí está.

Sonea percibió un movimiento a unos quinientos o seiscientos pasos de donde se encontraban; una sombra escurridiza. Saltaba y corría por la ladera con una agilidad fruto de la práctica.

—¿Quién es?

—Uno de los aliados de Kariko, sin duda —farfulló Akkarin.

«Un ichani —pensó Sonea—. Tan pronto. No podemos enfrentarnos a uno todavía. Akkarin no ha recuperado aún la suficiente fuerza». El corazón le latía demasiado rápido, y sentía náuseas a causa del miedo.

—Tenemos que caminar deprisa —dijo Akkarin—. Le llevamos una hora de ventaja. Hay que incrementarla.

Avanzó agachado por la cresta hasta donde una placa de piedra se solapaba con otra, dejando un espacio estrecho entre ambas. Se coló por el hueco, se enderezó y se dirigió casi corriendo a la otra ladera. Sonea lo siguió

a toda prisa, arreglándoselas para no perder el equilibrio pese a que las piedras oscilaban y rodaban bajo sus botas.

Tuvo que aguzar todos sus sentidos para no quedarse rezagada. Akkarin rodeaba rocas con agilidad, cruzaba a paso ligero pendientes recubiertas de piedras resbaladizas y saltaba sobre las simas con que se encontraba sin apenas reducir la marcha. Cada paso ponía a prueba los reflejos y el sentido del equilibrio de Sonea.

Cuando Akkarin se detuvo de nuevo, a la sombra de una roca enorme y redonda, la joven estuvo a punto de darse de bruces contra él. Al ver que volvía a mirar hacia atrás, Sonea se giró para localizar a su perseguidor. Lo avistó al cabo de un instante. Para su disgusto, advirtió que el hombre no estaba más lejos que antes.

«Cuando menos no está más cerca tampoco», se dijo para consolarse.

—Ha llegado el momento de darle esquinazo —murmuró Akkarin.

Caminó alrededor de la roca, y Sonea aguantó la respiración al ver la profunda grieta que se abría a sus pies. Había unos veinte pasos desde donde estaban hasta el otro lado, pero la garganta se ensanchaba hasta formar un precipicio abrupto cuyo fondo se perdía en la oscuridad.

—Me dirigiré hacia la izquierda durante una media hora y luego hacia el borde. Él supondrá que hemos bajado por el barranco. Tú levita hasta el otro lado y luego avanza en paralelo a las montañas. Ve por la sombra siempre que puedas, aunque eso te haga avanzar más despacio.

Sonea asintió. Dio media vuelta y se adentró en la noche. Por un momento la asaltó un miedo terrible a quedarse sola, pero respiró hondo y lo desterró de su mente.

Se puso de pie, creó un disco de magia y se elevó en el aire. Mientras flotaba sobre la sima, bajó la vista. Era muy profunda. Fijó la mirada en el otro lado de la grieta hasta que llegó allí. Cuando sus pies volvieron a posarse sobre tierra firme, suspiró aliviada. Nunca la habían asustado las alturas, pero al lado de aquel precipicio, los edificios más altos de la ciudad habrían parecido los escalones de la escalinata de la entrada a la universidad.

A partir de entonces, se centró en avanzar por la escarpada ladera. Ir por la sombra le resultó increíblemente fácil. Aunque tenía la luna justo sobre su cabeza, la erosión había formado en la pendiente peldaños gigantescos. Bajar

por el más cercano parecía la opción más lógica, por lo que descendió por el que había más abajo.

Por otro lado, al mantenerse en las sombras no tenía una buena visibilidad. Más de una vez estuvo a punto de caer en un agujero o en una grieta. Tras saltar y trotar durante un rato que le pareció interminable, alzó la mirada y vio que la luna estaba rozando las cumbres que se elevaban sobre ella.

Sintió de nuevo una punzada de miedo al darse cuenta del tiempo que había transcurrido desde que Akkarin la había dejado. Repasó mentalmente lo que él le había dicho que haría. Si había avanzado un cuarto de hora por la orilla izquierda del barranco y otro cuarto de hora de vuelta hacia la roca, debía de llevar media hora de retraso respecto a ella. ¿Y si Akkarin se había equivocado en sus cálculos? ¿Y si solo llevaban media hora de ventaja al perseguidor, y no una hora? Akkarin podría haberse encontrado con el ichani junto a la grieta.

Se percató de que había bajado el ritmo, y se esforzó por ir más deprisa. Akkarin no estaba muerto. Si lo hubiesen capturado, la habría llamado mentalmente y le habría advertido que continuara corriendo. Pero ¿y si la había engañado para que se separase de él? «No seas tonta —se dijo—. No te abandonaré a merced de los ichanis».

A menos que... A menos que hubiese hecho de señuelo para apartar al perseguidor de ella, para salvarla, aun sabiendo que el ichani lo atraparía y lo mataría.

Se detuvo y miró hacia atrás. El terreno se curvaba en torno a la montaña, por lo que la chica solo alcanzaba a ver lo que había a unos pocos pasos por detrás de ella. Suspirando, se obligó a seguir adelante. «No hagas cábalas —se ordenó—. Concéntrate».

Repitió esas palabras en su mente hasta que se convirtieron en una salmodia. Al cabo de un rato, se sorprendió a sí misma articulándolas con los labios. El ritmo la impulsaba hacia delante, paso a paso. De pronto, al rodear una peña a gran velocidad, se encontró frente a un abismo.

Sonea echó los brazos hacia los lados y consiguió aferrarse a la peña, balancearse hacia ella y evitar la caída.

El corazón le palpitaba a toda prisa mientras se apartaba del borde. Un

enorme precipicio se interponía en su camino. Jadeando de miedo y cansancio, contempló la pared del otro lado e intentó decidir qué hacer a continuación. Podía levitar hasta allí, pero entonces se expondría a que la descubrieran.

El sonido de unos pasos que se acercaban rápidamente por detrás fue la única advertencia. Se disponía a volverse cuando algo chocó contra su espalda y una mano le tapó la boca para ahogar su grito. Sonea cayó hacia delante, por encima del borde del precipicio.

Entonces la magia la envolvió, y ella notó que su descenso se ralentizaba. Al mismo tiempo, reconoció un aroma que le resultaba familiar.

Akkarin.

Sus brazos la sujetaron con fuerza. Giraron en el aire y empezaron a elevarse. Pasaron volando a toda velocidad junto a la pared rugosa y agrietada del barranco, y apareció una abertura grande y negra. Se internaron en ella.

Sus pies pisaron un suelo irregular, y cuando Akkarin la soltó, Sonea se tambaleó, agitando los brazos. Logró apoyar una mano en una pared y recobrar el equilibrio. Se sentía mareada y aturdida, y tuvo que reprimir el extraño impulso de reír.

—Dame tu energía —dijo Akkarin, una sombra en la oscuridad, con voz apremiante e imperiosa.

Sonea se esforzó por recuperar el control sobre su respiración.

—Yo...

—¡Vamos! —insistió él—. Los ichanis pueden percibirla. Deprisa.

Ella le tendió las manos. Los dedos de Akkarin rozaron los suyos y se cerraron en torno a sus muñecas. Tras cerrar los ojos, Sonea le envió un flujo constante de energía. Cuando empezó a comprender la importancia de lo que Akkarin le había dicho, aumentó el flujo hasta que un torrente de energía manó de ella.

—Basta, Sonea.

Abrió los ojos, y la extenuación se apoderó de ella.

—Me has dado demasiada —observó él—. Te has agotado.

—A mí no me sirve de nada —repuso Sonea, bostezando.

—¿Ah, no? ¿Y cómo piensas seguir adelante? —Akkarin exhaló un

suspiro—. Supongo que podría sanarte, pero... quizá deberíamos quedarnos aquí. Si él hubiese visto por dónde nos íbamos, ya nos habría dado alcance. Y hace días que no dormimos.

Sonea se estremeció y alzó la vista.

—¿Tan cerca ha llegado a estar de mí?

—Sí. Yo he seguido un camino distinto del vuestro, para poder vigilarlo. Me he dado cuenta de que él no te perdía el rastro ni por un momento, pero que a mí no me detectaba a pesar de que he cruzado tu trayectoria varias veces. Luego me he acercado lo bastante para observarlo y, al fijarme en su forma de actuar, he comprendido que percibía tu presencia. Entonces me he esforzado y he descubierto que yo también la percibía. Como no estás acostumbrada a acumular más energía de la cuenta, estabas dejando una estela que escapaba a tu control.

—Ah.

—Por fortuna, he conseguido alcanzarte justo cuando has llegado a este barranco. Si hubiera tardado un instante más, te habría encontrado él.

—Ah.

—Tú dormirás aquí, mientras yo monto guardia.

Sonea suspiró, aliviada. Ya estaba rendida antes de ceder toda su fuerza a Akkarin. Apareció un globo de luz diminuto, que les reveló que la grieta se extendía hacia el interior de la pared de roca. La base estaba cubierta de todo tipo de piedras. Sonea, que ansiaba tumbarse a dormir, contempló el suelo, frustrada.

Cuando encontró una zona relativamente plana, apartó algunas de las rocas, rellenó algunos huecos con piedras más pequeñas y se acostó. No resultaba muy cómodo. Sonrió con ironía al recordar que, hacía ya mucho tiempo, había dormido en el suelo de la habitación libre de Rothen, porque no estaba acostumbrada a las camas blandas.

Akkarin se sentó cerca de la entrada. Cuando su globo de luz parpadeó y se apagó, Sonea se preguntó cómo iba a dormir sabiendo que allá arriba había un ichani buscándola.

Pero la fatiga suavizó los bordes afilados de la roca y atenuó su miedo, hasta que todas las preocupaciones que la acuciaban se disiparon.

22. Un intercambio de opiniones

Desde el exterior, solo se divisaban las torres del Palacio que asomaban por encima de la muralla alta y circular que lo rodeaba. Cuando el carruaje del Gremio enfiló el camino que bordeaba la muralla, Lorlen alzó la vista y sintió una punzada de ansiedad. Hacía muchos años que no entraba en el Palacio. El Gran Lord se ocupaba siempre de los asuntos entre el rey y el Gremio. Aunque el monarca tenía siempre a su servicio a dos magos —los consejeros reales—, su función era protegerlo y asesorarlo, no recibir o cumplir órdenes relativas al Gremio. Dado que Akkarin había sido desterrado, las responsabilidades del Gran Lord habían recaído en el administrador.

«Como si no tuviera ya bastante trabajo», pensó Lorlen. Sin embargo, el rey había convocado ese día a todos los magos superiores. Lorlen miró a los demás ocupantes del vehículo.

Lady Vinara parecía tranquila, mientras que lord Sarrin tenía una expresión ceñuda de preocupación. El administrador expatriado Kito tamborileaba con los dedos de una mano sobre la otra. Lorlen no estaba seguro de si eso denotaba nerviosismo o impaciencia. Deseó, y no por primera vez, que las obligaciones de Kito no le exigieran ausentarse del Gremio tan a menudo. Si hubiera conocido mejor a Kito, quizá habría sabido interpretar su estado de ánimo a partir de aquel pequeño gesto.

El carruaje aminoró la velocidad y viró hacia la entrada del Palacio. Los dos enormes portalones de hierro forjado se abrieron hacia dentro, empujados por un par de guardias. Algunos vigilantes más, apostados a ambos lados de la entrada, hicieron una reverencia cuando el coche de Lorlen entró en un gran patio interior.

Varias estatuas de reyes anteriores se erguían orgullosas a lo largo de las paredes. Los carruajes se detuvieron frente a las imponentes puertas del Palacio. Un guardia se acercó y se inclinó ante Lorlen, quien se había apeado del coche.

Lorlen echó un vistazo al segundo carruaje del Gremio, que se detuvo detrás del primero, y acto seguido se dirigió hacia el recipiente que lo esperaba ante las puertas del Palacio. La función de los recipientes era dar la bienvenida a los invitados a Palacio con la formalidad debida y después elaborar un informe. De niño, Lorlen se había quedado fascinado al enterarse de que los recipientes habían desarrollado una forma de escritura abreviada para agilizar el proceso.

El hombre le dedicó una graciosa reverencia.

—Administrador Lorlen, es un honor conocerle —sus ojos despiertos pasaban de un mago a otro conforme los saludaba—. Bienvenidos al Palacio.

—Gracias —respondió Lorlen—. Nos ha convocado el rey.

—Así me lo han comunicado.

El recipiente sujetaba una pequeña tabla en una mano. Sacó un cuadrado de papel de una ranura abierta en un costado e hizo en él una serie de marcas rápidas con una pluma. Un muchacho apostado cerca corrió hacia él, se inclinó y cogió el trozo de papel.

—Su guía —indicó el recipiente a Lorlen—. Él le conducirá ahora ante el rey Merin.

El muchacho se acercó a toda prisa a una de las descomunales puertas del Palacio, tiró de ella hasta abrirla y se situó a un lado. Con Lorlen en cabeza, los magos pasaron al interior del vestíbulo.

Del vestíbulo, cuyo diseño estaba inspirado en el de la entrada de la universidad, arrancaban varias escaleras de caracol de aspecto frágil. Sin embargo, allí eran mucho más numerosas y estaban decoradas con molduras doradas e iluminadas con varias lámparas que colgaban del techo. Un complejo mecanismo de relojería situado en el centro del vestíbulo emitía chasquidos y zumbidos. Los magos subieron por una escalera tras su joven guía hasta el segundo nivel.

Lo que siguió fue un recorrido laberíntico. El muchacho los guio a través de puertas, pasillos y salas. Tras ascender por un tramo largo y estrecho de

escalera, llegaron ante una puerta de tamaño normal flanqueada por dos guardias. El muchacho les indicó que esperasen y pasó por entre los guardias. Al cabo de poco rato, reapareció y les anunció que el rey estaba listo para recibirlos.

Cuando Lorlen entró en la estancia que había al otro lado, unas ventanas altas y angostas llamaron de inmediato su atención. Ofrecían una vista de la ciudad entera y más allá. Entonces comprendió que se hallaban en una de las torres del Palacio. Dirigió la vista hacia el norte, casi esperando divisar la silueta oscura de las montañas, pero la frontera estaba muy por detrás del horizonte, por supuesto.

El rey estaba sentado en un sillón grande y confortable al fondo de la estancia. Los dos consejeros reales permanecían de pie, uno a cada lado, con expresión vigilante y seria. Lord Mirken era el mayor de ambos. Lord Rolden tenía una edad más próxima a la del rey, quien, según sabía Lorlen, no solo consideraba a Rolden su protector, sino también su amigo.

—Majestad —dijo Lorlen. Hincó una rodilla en el suelo y oyó detrás de sí el roce de las túnicas de los otros magos, quienes imitaron su gesto.

—Administrador Lorlen —respondió el rey— y magos superiores del Gremio. Descansen.

Lorlen y los demás se incorporaron.

—Querría hablar con usted y con sus colegas de las afirmaciones del depuesto Gran Lord —prosiguió el monarca. Paseó la mirada de un mago a otro y frunció el entrecejo—. ¿Dónde está lord Balkan?

—El líder de guerreros está en el frente norte, majestad —explicó Lorlen—, con los magos que escoltaron a Akkarin hasta la frontera.

—¿Cuándo volverá?

—Ha decidido quedarse por si Akkarin intenta regresar por allí... O por si el testimonio de Akkarin resulta ser cierto y esos ichanis que mencionó intentan invadir Kyrulia.

La arruga en el entrecejo del rey se hizo aún más profunda.

—Lo necesito aquí, para poder consultar con él —titubeó—. Mis consejeros me dicen que ha dado usted la orden de que cese toda comunicación mental. ¿Por qué?

—Anoche oí la llamada mental de un mago que me era desconocida —

Lorlen sintió un escalofrío al recordarlo—. Al parecer, había estado escuchando la conversación que yo mantenía con mi ayudante.

El rey entornó los párpados.

—¿Y qué fue lo que dijo el desconocido?

—Yo di las gracias a lord Osen por informarme de que Akkarin y Sonea habían llegado a Sachaka. El desconocido dio las gracias a su vez.

—¿Fue eso todo lo que dijo?

—Sí.

—No obstante, no sabe usted si ese desconocido era o no un ichani —el rey repiqueteó con los dedos sobre el brazo del sillón—. Pero si resulta que los ichanis existen y han estado escuchando sus conversaciones, es posible que en estos últimos días hayan averiguado muchas cosas.

—Por desgracia, así es.

—Y si ordeno a lord Balkan que regrese, ellos se enterarán. ¿Serán capaces sus guerreros de defender el Fuerte de un ataque si Balkan se marcha y vuelve después?

—Lo ignoro. Podría preguntárselo, pero si responde que no y se marcha, cualquiera que esté escuchando sabrá que el Fuerte es vulnerable.

El rey asintió.

—Entiendo. Hable con lord Balkan. Si él opina que no debe marcharse, que se quede.

Lorlen envió una llamada mental a Balkan. Este respondió de inmediato.

¿Lorlen?

Si regresa usted a Imardin, ¿se bastarán solos sus hombres para defender el Fuerte?

Sí. He enseñado a lord Makin a coordinarlos en una eventual batalla contra un mago negro.

Bien. En ese caso, vuelva cuanto antes. El rey quiere pedirle consejo.

Partiré dentro de una hora.

Lorlen asintió con la cabeza y miró al monarca.

—Confía en que podrán defender el Fuerte. Llegará dentro de dos o tres días.

El rey asintió, satisfecho.

—Hábleme de sus investigaciones.

Lorlen enlazó las manos detrás de la espalda.

—En los últimos días hemos localizado a algunos mercaderes que visitaron Sachaka hace tiempo, y uno de ellos recuerda el término «ichani». Según él, significa «bandolero» o «salteador». Se sabe de mercaderes que han desaparecido junto con sus posesiones en los páramos. En su día se dio por sentado que se habían perdido. Es todo lo que sabemos. Vamos a enviar a tres magos a Sachaka a recabar más información. Se pondrán en camino dentro de unos días.

—¿Y qué medidas defensivas ha tomado por si el testimonio de Akkarin resulta ser veraz?

Lorlen se volvió hacia sus compañeros magos.

—Si lo que Akkarin dice es cierto, y los ichanis son cientos de veces más poderosos que un mago del Gremio, no sé si hay algo que podamos hacer. Somos más de trescientos, contando también a los magos que viven en otras tierras. Según los cálculos de Akkarin, hay entre diez y veinte ichanis. Aunque solo fueran diez, tendríamos que triplicar nuestros efectivos para poder hacer frente a unas fuerzas tan poderosas. Aunque existe cierto potencial mágico entre las clases marginadas, dudo que lograríamos encontrar a setecientos magos nuevos, y desde luego no podríamos instruirlos a todos a tiempo.

El rey había palidecido ligeramente.

—¿No hay otra salida?

Lorlen meditó su respuesta unos instantes.

—Hay una, pero también entraña ciertos riesgos.

El rey hizo a Lorlen una seña para que continuara.

Lorlen miró a lord Sarrin.

—El líder de alquimistas ha estado estudiando los libros de Akkarin. Lo que ha descubierto es tan inquietante como esclarecedor.

—Explíquese, lord Sarrin.

El viejo mago dio unos pasos al frente.

—Esos libros revelan que la magia negra no había estado prohibida por el Gremio hasta hace cinco siglos. Antes de eso, era de uso común y se conocía como «magia superior». Cuando quedó proscrita, las crónicas fueron reescritas o destruidas para eliminar toda alusión a esa magia. Los libros que

obraban en posesión de Akkarin fueron enterrados bajo la universidad como precaución por si Kyralia tenía que volver a defenderse de un enemigo poderoso.

—¿O sea, que sus predecesores pretendían que el Gremio aprendiese de nuevo magia negra si se enfrentaba a una amenaza?

—Eso parece.

El rey reflexionó sobre ello. A Lorlen le complació adivinar intranquilidad y temor en el semblante del monarca. A ningún gobernante le habría gustado la idea de permitir que los magos tuvieran una fuerza potencialmente ilimitada.

—¿Cuánto tiempo se tardaría en conseguir eso?

Sarrin extendió las manos en señal de duda.

—No lo sé. Más de un día. Creo que Sonea la aprendió en una semana, pero con la orientación de Akkarin. Aprender de los libros podría resultar más difícil —hizo una pausa—. Yo no recomendaría tomar una medida tan extrema a menos que no quedara otra alternativa.

—¿Por qué no? —preguntó el rey, aunque no parecía sorprendido por aquella propuesta.

—Podríamos salvarnos para luego tener que combatir los efectos envilecedores de la magia negra sobre nuestro propio pueblo.

El monarca asintió.

—Pero no parece que la magia negra haya corrompido a Akkarin. Si su intención era sojuzgar al Gremio, o incluso a mí, dispuso de ocho años para hacerlo.

—Eso es verdad —convino Lorlen—. Akkarin fue mi amigo más íntimo desde el día que nos conocimos como aprendices, y nunca lo vi incurrir en una conducta deshonrosa. Era ambicioso, sí, pero no inmoral ni despiadado —meneó la cabeza—. Por otro lado, el Gremio es grande, y no puedo garantizar que todos los magos actúen de forma tan comedida si se les da acceso a un poder ilimitado.

El rey hizo un gesto de aseveración.

—Entonces tal vez deberían aprenderla solo unos cuantos magos, aquellos que nos parezcan fiables... pero únicamente si la situación se vuelve desesperada, como dice usted. La prueba es fundamental en este caso. Deben

averiguar si la historia de Akkarin es verdadera o falsa —se volvió hacia Lorlen—. ¿Hay algo más que deba saber?

Lorlen miró a sus acompañantes y negó con la cabeza.

—Ojalá tuviéramos noticias más significativas o esperanzadoras, majestad, pero no es así.

—En ese caso, los demás pueden retirarse. Usted quédese otro rato, administrador. Quiero hacerle algunas preguntas más sobre Akkarin y su aprendiz.

Lorlen dio un paso a un lado, miró a los otros magos y asintió. Sus colegas hicieron una leve genuflexión y abandonaron la estancia. A una señal del rey, los consejeros se apartaron en silencio hasta unos sillones situados junto a la puerta. El soberano se levantó y se dirigió a la ventana que daba al norte.

Lorlen lo siguió a una distancia respetuosa. El monarca apoyó las manos en el alféizar y suspiró.

—Akkarin jamás me había dado el menor motivo para sospechar de su honorabilidad —murmuró—. Por una vez que esperaba equivocarme respecto a él, he quedado como un tonto.

—Al igual que yo, majestad —contestó Lorlen—. Si lo que declaró es cierto, acabamos de poner a nuestro mejor aliado a merced de nuestro enemigo.

El rey hizo un gesto de conformidad.

—Y sin embargo no teníamos alternativa. Espero de verdad que sobreviva, administrador, y no solo porque lo necesitamos. Yo también lo consideraba un buen amigo.

El dolor fue la primera sensación que notó Sonea al despertar. Era más intenso en las piernas y la espalda, pero también tenía los hombros y los brazos magullados y doloridos. Al concentrarse en él, se dio cuenta de que se trataba del dolor de unos músculos poco acostumbrados al ejercicio, y del agarrotamiento de otros que intentaban adaptarse a la superficie dura sobre la que yacía.

Invocó su reserva de poder y recurrió a la sanación para librarse de

aquella sensación de incomodidad. A medida que el dolor remitía, Sonea cobró conciencia del hambre atroz que tenía. Se preguntó cuándo había comido por última vez, y entonces los recuerdos de la víspera se agolparon en su mente.

«Lo último de lo que me acuerdo es de que anoche estaba en una cueva con Akkarin».

Entreabrió los ojos. Dos paredes de piedra se alzaban sobre ella, curvándose hasta juntarse en lo alto. La cueva. Con los párpados casi cerrados, dirigió la vista a la entrada. Akkarin estaba sentado a pocos pasos. Mientras lo miraba, el mago se volvió hacia ella y sus labios se curvaron en esa media sonrisa irónica que tan bien conocía Sonea.

«Me está sonriendo».

No sabía si él alcanzaba a ver que estaba despierta, y no quería que dejara de sonreír, de modo que permaneció inmóvil. Akkarin la contempló durante unos instantes más y luego apartó la mirada, suspiró y cambió la sonrisa por una expresión preocupada.

Sonea cerró los ojos de nuevo. Sabía que debía levantarse, pero no tenía ganas de moverse. En cuanto lo hiciera, reanudarían la marcha y tendrían que pasarse otro día caminando, escalando y huyendo de los ichanis. Y Akkarin volvería a tratarla con frialdad.

Abrió los párpados por completo y lo miró de nuevo. La piel de su rostro estaba tensa, y tenía algo semejante a moretones bajo los ojos. La sombra de una barba incipiente acentuaba la angulosidad de su mentón y sus pómulos. Parecía demacrado y rendido. ¿Había dormido al menos un poco, o se había pasado la noche cuidando de ella?

Los ojos de Akkarin se posaron en los suyos y adoptaron una mirada de desaprobación.

—Vaya. Por fin estás despierta —se puso de pie—. Levántate. Tenemos que poner el máximo de tierra por medio entre nosotros y el Paso.

«Buenos días a ti también», pensó Sonea. Dio media vuelta, se colocó boca abajo y, ayudándose con los brazos, se irguió como bien pudo sobre las piernas.

—¿Qué hora es?

—Falta poco para que anochezca.

Había dormido durante todo el día. Observó de nuevo las manchas oscuras bajo los ojos de Akkarin.

—¿Has dormido?

—He montado guardia.

—Deberíamos hacerlo por turnos.

Akkarin no respondió. Sonea se acercó a la entrada de la cueva y, al ver el profundo abismo que se abría ante ella, la cabeza empezó a darle vueltas. Akkarin le puso una mano en el hombro, y ella sintió la vibración de la magia bajo sus pies.

—Deja que me encargue yo de eso —se ofreció Sonea.

Él no le hizo caso. La magia los elevó a los dos del suelo de la cueva. La chica se fijó en Akkarin mientras ascendían, y percibió la tensión en su rostro. Decidió que esa noche insistiría en que ella haría el primer turno de guardia. Era evidente que no podía confiar en que él la despertara para así poder dormir un poco.

Cuando se posaron en lo alto de un precipicio, el mago le quitó la mano del hombro. Comenzó a inspeccionar el suelo, y Sonea lo siguió, pero a cierta distancia porque supuso que estaba buscando rastros del ichani. Tras avanzar unos cientos de pasos cuesta arriba, Akkarin se detuvo, desanduvo un trecho, cruzándose con ella, y echó a andar en la dirección contraria.

Cuando dio media vuelta para seguirlo, Sonea alzó la vista y reprimió un grito de sorpresa. El páramo se extendía ante ella. Incluso en la penumbra del anochecer se apreciaban los colores de la tierra desnuda.

El oscuro suelo marrón rojizo arrancaba de la base de las montañas, pero allí donde los ríos habían erosionado el terreno, se divisaban franjas negras y de color amarillo claro. Si se fijaba bien, Sonea alcanzaba a ver pequeñas zonas de hierba en la superficie y algún que otro grupo de árboles escuálidos y torcidos por el viento.

Era un paisaje inhóspito, pero poseía cierta belleza agreste. Predominaban los colores intensos y extraños. Incluso el azul del cielo allí era distinto.

—Tal como me temía, ha continuado hacia el sur en vez de bajar a los páramos.

Sonea parpadeó, extrañada, al ver que Akkarin caminaba de nuevo hacia ella. La pasó de largo y volvió a enfilear la cuesta. Tras exhalar un suspiro, la

joven se apresuró a seguirlo.

Fue una ascensión dura. Akkarin parecía reacio a recurrir a la levitación, pues prefería escalar las rocas escarpadas. No hacía pausas para recuperar el aliento, y para cuando los últimos rayos del sol dejaron de iluminar las cumbres de las montañas, Sonea volvía a estar cansada y dolorida.

Poco después estaba ansiosa por sentir el alivio del descanso, o al menos por poder seguir el paso a Akkarin, quien avanzaba con grandes zancadas. Tal vez si conseguía que hablara, él aflojaría el ritmo durante un rato.

—¿Adónde vamos?

Akkarin vaciló, pero ni se detuvo ni se volvió.

—Lejos del Paso.

—¿Y después?

—A un lugar seguro.

—¿Has pensado en alguno en concreto?

—Lejos de Sachaka y de las Tierras Aliadas.

Sonea hizo un alto y se quedó contemplándole la espalda. ¿Lejos de Sachaka y de Kyralia? ¿No tenía la intención de permanecer cerca para poder ayudar al Gremio cuando los ichanis lo invadiesen? ¿Acaso pretendía abandonar Kyralia a su suerte?

Aunque, por otro lado, tenía sentido. ¿Qué otra cosa podían hacer? No eran lo bastante poderosos para enfrentarse a los ichanis, ni tampoco lo era el Gremio. Además, el Gremio no aceptaría su ayuda de todos modos. ¿De qué les serviría quedarse?

Aun así, a Sonea le costaba creer que Akkarin se diese por vencido tan fácilmente. Ella no estaba dispuesta a seguir su ejemplo. Lucharía, aunque sus posibilidades de ganar fueran casi inexistentes.

Pero ¿y si eso significaba separarse de Akkarin?

—En realidad, lo que quiero es buscar al grupo de Kariko para hacer un poco de espionaje por mi cuenta —dijo Akkarin, volviendo la vista hacia ella—. Cuando los encuentre, enviaré las imágenes que vea al Gremio.

Sonea, desconcertada, sacudió la cabeza. De modo que la había estado poniendo a prueba. Al comprender esto experimentó una mezcla de alivio y rabia. Luego pensó en las implicaciones de lo que Akkarin le estaba diciendo, y se le heló la sangre.

—Los ichanis te oirán. Sabrán que los estás observando —dijo—. Te... Akkarin se paró en seco y dio media vuelta para mirarla.

—¿Por qué estás aquí, Sonea?

La chica fijó la vista en él. Los ojos de Akkarin centelleaban, amenazadores. Ella sintió una punzada de despecho, seguida por un arrebató de indignación.

—Tú me necesitas más que el Gremio —dijo.

Akkarin entornó los párpados.

—¿Que te necesito? No necesito a una aprendiz sin suficiente preparación y desobediente a quien proteger.

«Desobediente. Así que por eso está tan enfadado». Enderezó la espalda.

—Si de verdad pretendes poner en práctica ese plan tan poco meditado, es que obviamente sí me necesitas —replicó.

La expresión de Akkarin cambió de forma casi imperceptible, pero no se suavizó.

—Poco meditado o no, ¿por qué habría de dejarte participar en mis planes si estás tan poco dispuesta a seguirlos?

Sonea le sostuvo la mirada.

—Solo estoy poco dispuesta a seguir planes que te expongan a que te maten.

Akkarin se quedó perplejo unos instantes y luego clavó en ella la mirada. La joven se armó de valor para devolvérsela, pero el mago apartó la vista bruscamente y reanudó la marcha cuesta arriba.

—Tu presencia complica las cosas. No puedo hacer lo que había previsto. Tendré que replantearme lo que voy... lo que vamos a hacer.

Sonea lo siguió a toda prisa.

—En realidad no pensabas espiar a los ichanis para comunicar al Gremio lo que descubrieras, ¿verdad?

—Sí y no.

—Si te oyen, podrán averiguar dónde te ocultas.

—Evidentemente —contestó Akkarin.

Y si lo capturaban, no lo esclavizarían. Lo matarían directamente. De pronto Sonea comprendió qué pretendía Akkarin mostrar al Gremio. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Bueno, supongo que si enseñaras eso al Gremio, los convencerías por fin de que los ichanis existen.

Él se detuvo y se irguió.

—No quería darte a entender que pensara sacrificarme —dijo con frialdad—. Los ichanis no me oirán si me comunico a través de Lorlen.

El anillo de Lorlen. Sonea notó que le ardían las mejillas.

—Entiendo —respondió.

«Soy una idiota —pensó—. O al menos he conseguido quedar como tal. Tal vez lo mejor sería que cerrara el pico».

Pero mientras proseguían su ascensión, reflexionó sobre el plan. No veía motivo alguno para no intentar realizarlo. Clavó la mirada en la espalda de Akkarin y se preguntó si debía tocar el tema de nuevo, pero decidió esperar. Cuando hicieran otra parada, le preguntaría si ese plan todavía podía dar resultado.

Justo cuando la oscuridad cada vez más densa casi no les permitía ver por dónde pisaban, llegaron a la base de un barranco escarpado. Akkarin se detuvo y se volvió para otear el terreno que se extendía a sus pies. Se deslizó hasta el suelo y apoyó la espalda en la pared del precipicio. Sonea se sentó a su lado y percibió el tenue olor de su sudor. De repente fue muy consciente de su presencia y del silencio que reinaba entre ambos. Había llegado el momento de preguntarle por el plan de espiar a los ichanis, pero no conseguía articular las palabras.

«¿Qué es lo que me pasa?», pensó.

«El amor», susurró una voz dentro de su cabeza.

«No, no seas tonta —se respondió—. No estoy enamorada. Y salta a la vista que él tampoco. Soy una aprendiz sin suficiente preparación y desobediente. Cuanto antes me saque de la cabeza esas ideas absurdas, mejor».

—Tenemos compañía.

Akkarin levantó una mano para señalar. Sonea siguió la dirección de su dedo y escrutó el paisaje que había atravesado la noche anterior.

Allí, muy abajo, una figura oscura se despegó de la sombra de una roca. Costaba calcular cuán lejos se encontraba. En la ciudad ella nunca había tenido que determinar distancias tan grandes.

Los movimientos de aquel ser lejano resultaban extraños, y desde luego no eran propios de un ser humano.

—Es un animal —comentó Sonea.

—Sí —contestó Akkarin—. Un yil. Se trata de una variedad de limek, pero domesticado y más pequeño que este. Los ichanis adiestran los yiles para que sigan el rastro de su presa y le den caza. ¿Lo ves? Su dueño va detrás.

La luz de la luna iluminó a otra figura, que emergió de las sombras siguiendo al animal.

—¿Otro ichani?

—Es probable.

Sonea se dio cuenta de que el corazón le latía con fuerza, pero no por sus ridículas fantasías amorosas. Tenían un ichani delante, y otro detrás.

—¿Crees que nos descubrirá?

—Si el yil que va con ella capta nuestro olor, sí.

¿«Ella»? Sonea observó a la figura. En efecto, había algo decididamente femenino en su forma de andar. Miró a Akkarin. Tenía el ceño fruncido.

—¿Y ahora qué?

Akkarin alzó la vista hacia el precipicio.

—No me gusta consumir energía con levitaciones, pero estaremos más a salvo en lo alto del barranco. Hay que encontrar en la pared una grieta o un saliente donde escondernos cuando subamos.

—¿Y luego?

—Tenemos que conseguir comida y agua.

—¿Allí arriba? —preguntó Sonea con escepticismo.

—Tal vez parezca algo yermo, pero siempre se encuentra un poco de vida si uno sabe dónde buscar. Nos resultará más fácil cuanto más hacia el sur vayamos.

—¿O sea, que nos dirigimos hacia el sur?

—Sí. Hacia el sur.

Akkarin se levantó y le tendió una mano. Sonea le dio la suya y dejó que la ayudara a ponerse de pie. El mago se dio la vuelta y sus dedos se separaron de los de ella, dejando un cosquilleo en su piel allí donde la habían tocado. Sonea se miró la mano y suspiró.

Sacarse de la cabeza esas ideas absurdas no iba a resultar tan sencillo.

Dannyl suspiró aliviado cuando la puerta de su habitación se cerró. Se sentó en uno de los sillones de su sala de invitados y atenuó el brillo de su globo de luz.

Por fin estaba solo. Sin embargo, se percató de que eso no le hacía sentirse mejor. Comenzó a pasearse nerviosamente de un lado a otro de la habitación y fue deteniéndose a examinar los muebles y los mapas que había reunido, enmarcado y colgado en la pared hacía años.

«Echo de menos a Tayend —pensó—. Echo de menos nuestras charlas, que duraban horas y horas mientras compartíamos una botella de vino. Echo de menos el tiempo que nos pasábamos en nuestra habitación trabajando en la investigación. Echo de menos... todo».

Tenía muchas ganas de hablar a Tayend de la historia de Akkarin. El académico analizaría hasta el último detalle y detectaría las incoherencias y los significados más ocultos. Vería posibilidades que los demás habían pasado por alto.

Pero Dannyl se alegraba de que Tayend no estuviera allí. Si las declaraciones de Akkarin resultaban ser ciertas, Dannyl prefería que el académico estuviese lo más lejos posible del Gremio.

Meditó sobre todo lo que le habían explicado respecto a la magia negra cuando lo preparaban para que asumiera el cargo de embajador, y sobre lo que había aprendido del libro de Royend de Marane. Valiéndose de ella, un mago lograba absorber energía mágica de otros. Se podía extraer más fuerza de una persona dotada de talento para la magia que de alguien que careciera de él, pero eso no significaba que un mago fuera un objetivo mejor. A un mago, una vez vencido, le quedaría poca energía que arrebatar. Por eso, la víctima más codiciada era la persona que poseía dotes mágicas pero no había sido entrenada para utilizarlas.

Y ese era precisamente el caso de Tayend.

Dannyl suspiró. Tenía sentimientos encontrados. Aunque anhelaba regresar a Elyne para asegurarse de que Tayend no corría peligro, no quería abandonar Kyrulia ni el Gremio.

Pensó en Rothen y esbozó una sonrisa sombría. «En otra época podría haberme unido a ese grupo de espías. Ahora no lo tengo tan claro, porque sé cómo me sentiría si Tayend partiese en una misión tan peligrosa. No le haría eso a menos que no tuviera alternativa».

Tras sentarse frente a su escritorio, Dannyl sacó una hoja de papel, tinta y una pluma. Se detuvo a pensar qué podía arriesgarse a poner por escrito.

Apreciado Tayend de Tremmelin:

Como sin duda ya sabrá, en el Gremio reina cierta agitación. Ha llegado a mi conocimiento que el Gran Lord ha sido apresado por practicar la magia negra. Comprenderá usted la inoportunidad de este suceso en relación con nuestro trabajo, pero, si bien nos ha causado algunos problemas, ninguno de ellos ha resultado ser un obstáculo insalvable.

A continuación refirió la historia de Akkarin, y añadió que no podría regresar a Elyne hasta que el Gremio estuviese a salvo.

Sería una sorpresa y un disgusto considerable para mí no poder regresar allí en el plazo de unos meses. Aunque me complace haber hablado de nuevo con Rothen, siento que mi lugar ya no está aquí. Por el contrario, me siento como un visitante que espera con ansia la oportunidad de volver a casa. Cuando este asunto haya quedado resuelto, pediré a Lorlen que me permita ejercer el cargo de embajador del Gremio en Elyne de manera permanente.

*Atentamente, su amigo,
Embajador DANNYL*

Se retrepó en el asiento y estudió la carta con atención. Era mucho más formal de lo que le habría gustado, pero no se atrevía a escribir algo más personal. Si en las Tierras Aliadas había personas como Farand que se

dedicaban a escuchar las conversaciones mentales de los magos, debía de haber otras encargadas de interceptar y leer la correspondencia.

Se levantó y se desperezó. Tal vez pasarían meses antes de que pudiera salir de Kyralia. Si las declaraciones de Akkarin resultaban ser veraces, el Gremio querría contar con el mayor número de magos posible en Kyralia. Quizá se quedaría retenido allí durante mucho tiempo.

«Si Akkarin decía la verdad —pensó, sintiendo un estremecimiento—, tal vez nunca vuelva a Elyne».

23. Espías

Aunque era verano y en el exterior la temperatura ascendía lentamente hacia su valor máximo, dentro del edificio de la universidad predominaba un frescor agradable. Rothen, repantigado tranquilamente en uno de los sillones grandes y confortables del despacho del administrador, contempló a quienes lo acompañaban. Lord Solend, el historiador, no parecía el candidato más idóneo para ser espía, pero ¿quién sospecharía que el anciano de aspecto soñoliento recababa información para el Gremio? El otro espía, lord Yikmo, era el profesor de habilidades de guerrero que había adiestrado a Sonea.

Solend era elyneo y Yikmo vindeano, por lo que Rothen era el único mago kyraliano elegido para la misión. Rothen supuso que eso le dificultaría la labor de sonsacar secretos a los sachakanos, si de verdad sentían tanta aversión por los kyralianos como aseguraba Akkarin.

Lorlen tamborileó con los dedos sobre el brazo de su sillón. Estaban esperando a un espía profesional enviado por el rey que los instruiría en el arte del disfraz y la recogida de información antes de que partieran con rumbo a Sachaka al cabo de unos días. Se oyeron unos golpes en la puerta, y todos se volvieron para ver quién entraba. Un mensajero se adentró en el despacho, hizo una reverencia y anunció a Lorlen que Raven de la Casa de Tellen llegaría tarde y pedía disculpas por ello.

El administrador asintió con la cabeza.

—Gracias. Puedes retirarte.

El mensajero hizo otra reverencia. Pareció que algo llamaba su atención, y paseó la vista por el despacho.

—¿Es habitual que entren corrientes de aire en esta estancia, milord?

Lorlen miró al hombre con dureza. Abrió la boca para contestar, pero tras reflexionar unos instantes, sonrió y se reclinó en su asiento.

—Raven.

El hombre se inclinó de nuevo.

—¿De dónde ha sacado ese uniforme?

—Los colecciono.

«O sea, que así son los espías profesionales», pensó Rothen. Se había imaginado a un hombre de aspecto escurridizo y astuto. Raven, sorprendentemente, tenía una apariencia común y corriente.

—Una afición útil, dada su profesión —comentó Lorlen.

—Mucho —el hombre tiritaba—. ¿Quiere que localice el origen de esta corriente de aire?

Lorlen asintió. El espía cruzó la habitación y se puso a examinar las paredes. Se detuvo, sacó un pañuelo, limpió con él el marco de un cuadro y, sonriendo, introdujo la mano por detrás.

Una parte de la pared se deslizó, dejando al descubierto una abertura.

—Aquí tiene el origen de su corriente —proclamó Raven. Se volvió hacia Lorlen, y una expresión de desilusión asomó a su rostro—. Pero veo que ya lo conocía —movió la mano de nuevo, y el panel se deslizó hasta colocarse en su sitio.

—Aquí todo el mundo conoce los pasadizos que atraviesan las paredes de la universidad —dijo Lorlen—. Sin embargo, no todos saben dónde están las entradas. Está prohibido utilizar esos pasadizos, aunque sospecho que el depuesto Gran Lord solía pasar por alto esa norma.

Rothen reprimió una sonrisa. A pesar de la actitud despreocupada de Lorlen, tenía una arruga entre las cejas y no dejaba de lanzar miradas al cuadro. Rothen supuso que el administrador estaba preguntándose si Akkarin lo había espiado alguna vez.

Raven se acercó al escritorio del administrador.

—¿Por qué está prohibido utilizarlos?

—Hay partes de ellos que son poco seguras. Si los aprendices vieran a los magos usarlos, tendrían la tentación de imitarlos, antes de poseer los conocimientos para protegerse de los derrumbes.

Raven sonrió.

—Esa es la razón oficial, por supuesto. En realidad, lo que no se quiere es que los magos o los aprendices se espíen unos a otros.

Lorlen se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que mi predecesor tuvo en cuenta esa posibilidad cuando instauró esa norma.

—Quizá le interese derogarla si las predicciones de su depuesto Gran Lord se cumplen —Raven observó a Solend, y después a Yikmo. Como Rothen fue objeto de la misma mirada escrutadora, se preguntó qué opinaba de él el espía. El semblante del hombre no dejaba traslucir ninguno de sus pensamientos—. Podrían resultar ser vías de escape valiosas —añadió Raven, y se volvió hacia Lorlen—. He examinado todos los libros, informes y mapas que me envió usted. Creo que confirmar la existencia de esos ichanis no será complicado, sobre todo si llevan una vida como la que describió el depuesto Gran Lord. No es necesario enviar a tres magos a Sachaka.

—¿A cuántos sugiere que enviemos? —inquirió Lorlen.

—A ninguno —contestó Raven—. Deberían enviar a personas que no sepan de magia. Si los ichanis existen en efecto y capturan a uno de sus magos, averiguarán demasiadas cosas sobre ustedes.

—No más de las que averiguarán si capturan a Akkarin —señaló Lorlen.

—Me da la impresión de que él conoce Sachaka lo bastante bien para cuidar de sí mismo —replicó Raven—, a diferencia de estos magos.

—Por eso le hemos encomendado a usted que los instruya —respondió Lorlen con tranquilidad—. Además, enviar magos tiene una ventaja: pueden transmitir en el acto lo que descubran.

—Pero si lo hacen, delatarán su presencia.

—Se les ha indicado que solo deben establecer comunicación como último recurso.

Raven asintió despacio.

—En ese caso, le recomiendo algo encarecidamente.

—Adelante.

Dirigió una mirada a Rothen.

—Envíe solamente a uno de estos tres, y elija a dos personas que no sean magos. Sus espías no deben saber a quién más ha elegido. De este modo, si capturan a uno de ellos, no podrá revelar la identidad de los demás.

Lorlen asintió despacio.

—¿A quién escogería, entonces?

Raven se volvió hacia Yikmo.

—Usted es un guerrero, milord. Si le capturan y leen su mente averiguarán demasiado sobre las técnicas de combate del Gremio —acto seguido se dirigió a Solend—. Disculpe mi franqueza, pero es usted demasiado viejo. Ningún mercader se llevaría consigo a un hombre de su edad en un arduo viaje a través de los páramos —miró a Rothen y frunció el entrecejo—. Usted es lord Rothen, ¿verdad?

Rothen hizo un gesto afirmativo.

—Si la que fue su aprendiz cae en manos de los ichanis y ellos leen su mente, podrían reconocerle a usted. Por otro lado, ella no sabe que tiene usted la intención de ir a Sachaka, por lo que seguramente no tiene mayor importancia que le conozca siempre y cuando no se tope usted con los ichanis que la hayan apresado —hizo una pausa y asintió—. Su rostro inspira confianza. Yo lo elegiría a usted.

Raven dirigió la vista hacia Lorlen, y Rothen lo imitó. El administrador contempló a los tres magos y al espía durante unos segundos, y luego asintió con la cabeza.

—Seguiré su consejo —miró a Solend y a Yikmo—. Gracias por ofrecerse voluntarios. Hablaré con ustedes más tarde. Por el momento, es conveniente que solo Rothen escuche lo que Raven tiene que decirle.

Los dos magos se pusieron de pie. Rothen escrutó sus semblantes buscando señales de disgusto, pero únicamente encontró desencanto. Los observó caminar hasta la puerta. Una vez que se marcharon, se volvió hacia Raven, quien estudiaba sus gestos con atención.

—Bueno —empezó Raven—, ¿qué prefiere? ¿Disimularse las canas, o llevar el pelo totalmente blanco?

Sonea hizo un alto para recuperar el aliento y echó una ojeada en torno a sí. Unas nubes largas y deshilachadas de color naranja surcaban el cielo, y el aire era cada vez más frío. Supuso que Akkarin no tardaría en decidir que había llegado el momento de descansar.

Desde que habían conseguido dejar atrás a los ichanis, había seguido a Akkarin durante tres noches a lo largo de la cordillera. Emprendían la marcha todos los días al atardecer, caminaban hasta que estaba demasiado oscuro para ver por dónde iban y descansaban hasta que salía la luna. Entonces avanzaban lo más rápidamente posible dentro de los límites de la prudencia, y solo se detenían cuando la luna desaparecía tras las montañas.

La segunda mañana, cuando habían hecho una parada en las horas de mayor oscuridad, Sonea había invitado a Akkarin a absorber la fuerza mágica que ella había recuperado. Él había tardado en aceptar. Más adelante, ella se había ofrecido a montar guardia durante la primera mitad del día. Como Akkarin protestó, Sonea le dijo sin rodeos que no confiaba en que la despertaría cuando le llegara el turno. Los sanadores advertían a menudo a los aprendices sobre los peligros de utilizar la magia para aguantar mucho tiempo despierto, y Akkarin tenía un aspecto cada vez más demacrado y ojeroso.

En un principio, como Sonea había visto que él no se acostaba a dormir, había dado por sentado que era su forma de negarse. Ella había esperado hasta el mediodía antes de sucumbir al agotamiento. A la mañana siguiente, después de que la joven pidiese de nuevo el primer turno, el mago se había quedado dormido recostado contra una roca, pero se había despertado con un sobresalto mucho antes del mediodía y ya no había vuelto a cerrar los ojos.

La tercera mañana, Sonea descubrió cuál era el auténtico motivo por el que Akkarin se resistía a dormir.

Habían apoyado la espalda en una pared de piedra inclinada, al calor del sol. Un poco después, al percatarse de que él por fin se había dormido, ella sintió algo de satisfacción y alivio. Sin embargo, al poco rato, Akkarin había comenzado a mover lentamente la cabeza de un lado a otro, con los ojos oscilando bajo los párpados. Las facciones se le habían crispado en una expresión de dolor y miedo que había provocado escalofríos a Sonea. Akkarin se había despertado de golpe, se había quedado contemplando el paisaje rocoso que se abría ante él y se había estremecido.

Una pesadilla, supuso ella. Habría deseado poder confortarlo de alguna manera, pero su expresión dejaba claro que lo último que deseaba era compasión.

«Además —se dijo Sonea—, ya no huele tan bien». El olor de su sudor, que en otro tiempo le había resultado agradable, se había convertido en el hedor de un cuerpo sucio. Claro que estaba segura de que ella no olía mucho mejor. De vez en cuando encontraban charcos de los que podían beber, pero nada lo bastante grande para lavarse. Recordó con nostalgia los baños calientes y la ropa limpia, las frutas, las verduras y la raka.

Un graznido la devolvió al presente, y el corazón le dio un vuelco. Akkarin había dejado de caminar y miraba unas aves que los sobrevolaban en círculo. La joven vio que una figura diminuta caía del cielo.

Akkarin atrapó aquel pájaro en el aire con facilidad, y después otro. Para cuando Sonea lo alcanzó, él ya los había desplumado y se había enfrascado en la tarea menos placentera de sacarles las tripas. Lo hacía con rapidez y eficiencia, por lo que saltaba a la vista que tenía práctica en aquellas lides. A Sonea le pareció extraño verlo emplear la magia en una labor tan prosaica, aunque, bien pensado, los magos que conocía no dudaban en usarla para abrir y cerrar puertas o mover objetos que les daba pereza ir a buscar.

Cada vez que él cazaba y asaba un animal, o que ella purificaba agua estancada, Sonea se preguntaba cómo habrían sobrevivido en ese lugar sin magia. Para empezar, no habrían podido desplazarse tan deprisa. Un hombre o mujer normal y corriente tendría que rodear las profundas grietas con que se topaban, así como escalar los escarpados barrancos que se interponían en su camino. Aunque Akkarin evitaba usar su magia en la medida de lo posible, sin levitación no podrían llevar ventaja a la mujer ichani que los perseguía.

Mientras Akkarin se ponía a asar los pájaros con un globo de calor, Sonea oyó un borboteo cercano. Avanzó a lo largo de la pared de roca hacia la fuente del sonido. Al ver una placa de piedra brillante, ahogó un grito de sorpresa. Un hilillo de agua corría por una grieta pequeña en la roca rodeada de pájaros.

Corrió hacia la pared, asustando a las aves, y sumergió las manos ahuecadas en el agua cantarina. Oyó pasos a su espalda, se dio la vuelta y sonrió a Akkarin.

—Es agua limpia.

Él le mostró los dos pájaros que había cazado. Habían quedado reducidos a trozos humeantes de carne marrón.

—Están listos.

Ella asintió.

—Dame un momento.

Sonea buscó en torno a sí hasta que dio con una piedra de tamaño y forma adecuados, y entonces puso manos a la obra. Aplicando lo que había aprendido en clase sobre el modelado de la roca, le dio la forma de un cuenco pequeño y luego la colocó bajo el chorrillo para llenarla de agua. Akkarin no hizo ningún comentario sobre su uso de la magia.

Se sentaron a comer. Las pequeñas aves de montaña no tenían mucha carne, pero eran sabrosas. Royó las finas costillas e intentó no hacer caso del hambre que seguía atormentándola. Akkarin se levantó y se alejó unos pasos. El cielo había adquirido rápidamente un tono azul negruzco, y ella apenas distinguía su figura. Oyó sonidos de agua y tragos, y supuso que él estaba bebiendo del cuenco.

—Esta noche intentaré espiar a nuestros perseguidores —dijo Akkarin.

Sonea se volvió hacia su oscura silueta, con el pulso acelerado.

—¿Crees que aún nos siguen?

—No lo sé. Ven aquí.

Ella se puso de pie y se le acercó.

—Mira abajo, un poco a la derecha. ¿Lo ves?

Desde donde estaban, la pendiente de la ladera se acentuaba. Allí donde empezaba a dividirse en crestas y barrancos, Sonea avistó un punto de luz. Algo se movía muy cerca de esa luz; un ser de cuatro patas...

Se percató de que era un yil. Al percibir un segundo movimiento, dirigió la vista hacia otra figura.

—Están mucho más lejos —observó.

—Sí —convino Akkarin—. Creo que nos han perdido el rastro. Estamos a salvo, por el momento.

Sonea se puso rígida cuando otra sombra se movió junto a la luz lejana.

—Ahora son dos.

—Al parecer el que estuvo a punto de alcanzarte se ha encontrado con la mujer.

—¿Por qué han encendido esa luz? —se preguntó en voz alta—. Se les ve desde todas partes. ¿Crees que intentan engañarnos para que nos

acercuemos?

El mago reflexionó por un momento.

—Lo dudo. Lo más probable es que no sepan que estamos tan por encima de ellos. Se han resguardado junto a un grupo de rocas. Si estuviéramos a menor altura, no habríamos visto la luz.

—Será muy arriesgado acercarse solo para mostrar la verdad a Lorlen.

—Sí —convino Akkarin—, pero no es la única razón para hacerlo. También podría averiguar cómo planean entrar los ichanis en Kyratia. El Paso del Norte está bloqueado por el Fuerte, pero el del Sur está despejado. Si entran por el Paso del Sur, su llegada pillará al Gremio por sorpresa.

—¿El Paso del Sur? —Sonea arrugó el ceño—. El hijo de Rothen vive cerca de allí —de pronto comprendió que eso exponía a Dorrien a un peligro considerable.

—Vive cerca, pero no en el camino ni en el Paso en sí. Tomarían a los ichanis por un pequeño grupo de viajeros extranjeros. Incluso si no pasaran inadvertidos, los lugareños podrían tardar cerca de un día en comunicarlo a Dorrien.

—A menos que Lorlen le indique que vigile el camino e interrogue a los viajeros.

Akkarin no respondió. Guardó silencio mientras observaba a los ichanis a lo lejos. El cielo se iluminó más allá del horizonte, anunciando la salida de la luna. No habló de nuevo hasta que apareció el primer rayo de luz.

—Tendremos que aproximarnos en contra del viento, o el yil percibirá nuestro olor.

Sonea se volvió para echar una ojeada al cuenco de agua. Estaba lleno hasta el borde, rebosando.

—Entonces, si tenemos tiempo, hay algo que deberíamos hacer antes —dijo.

Akkarin la miró acercarse al cuenco. La joven calentó el agua con un poco de magia y luego alzó la vista hacia él.

—Date la vuelta, y no se te ocurra mirar, ¿eh?

Una sonrisa tenue curvó los labios de Akkarin. Le dio la espalda y cruzó los brazos. Sin quitarle ojo, Sonea se desvistió prenda a prenda, para lavarlas y lavarse, y finalmente secar la ropa por medio de la magia. Tuvo que esperar

a que el cuenco se llenara unas cuantas veces para que su ropa quedara bien remojada. Después de hacer la colada, vertió el agua de un último cuenco sobre su cabeza y se frotó el cuero cabelludo, suspirando de alivio.

Tras enderezarse, se retiró el pelo de los ojos con un movimiento de cabeza.

—Te toca.

Akkarin se volvió y se acercó al cuenco. Sonea se apartó y se sentó de espaldas a él. Una curiosidad devoradora se apoderó de ella mientras esperaba. La ahuyentó de su pensamiento y se concentró en secarse el cabello con magia mientras se deshacía los enredos con los dedos.

—Así está mejor —dijo al fin.

Miró hacia atrás y se quedó paralizada al ver que la camisa de Akkarin estaba tirada en el suelo a sus pies. Ante la visión de su torso desnudo, sintió que se ruborizaba. Desvió la mirada enseguida.

«No seas tonta —se dijo—. Has visto un montón de torsos desnudos». Los mozos de los mercados llevaban poco más que un pantalón corto bajo el calor veraniego. Nunca se había sentido incómoda por eso.

«No —respondió una voz en el fondo de su mente—, pero esos mozos habrían tenido un efecto distinto en ti si te hubieras sentido atraída por alguno de ellos».

Exhaló un suspiro. Quería sacudirse esa sensación, pues complicaba las cosas más de lo necesario. Inspiró profundamente y soltó el aire despacio. Por una vez deseaba ponerse en marcha, para centrar toda su atención en cruzar el accidentado terreno de las montañas.

Oyó unos pasos tras ella. Al levantar la mirada, vio, para su alivio, que él volvía a estar completamente vestido.

—Bien, vámonos —dijo Akkarin.

La chica se puso de pie y lo siguió ladera abajo. Tal como esperaba, la caminata pareció despejarle la mente. Descendieron deprisa, por la ruta más directa hacia los ichanis y su luz. Poco más de una hora después, Akkarin aminoró el paso y se detuvo. Tenía los ojos fijos en un punto lejano.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sonea.

—Lorlen se ha puesto el anillo —dijo él tras una larga pausa.

—¿O sea, que no lo lleva puesto siempre?

—No. Por el momento, es un secreto. Sarrin ha leído los libros, y si viera el anillo sabría qué es. Por lo general, Lorlen solo se lo pone un par de veces por la tarde —reanudó la marcha—. Ojalá tuviera un poco de cristal —murmuró—. Fabricaría un anillo para ti.

Sonea asintió, aunque en el fondo se alegraba de que Akkarin no tuviera vidrio a mano. Un anillo de sangre habría revelado pensamientos demasiado íntimos. Mientras no consiguiera superar esa absurda atracción que sentía hacia él, no quería que Akkarin supiera qué ocurría dentro de su cabeza.

Avanzaron despacio. Unos cientos de pasos más adelante, él se llevó el dedo a los labios. Continuaron caminando, muy lentamente, haciendo altos frecuentes para que Akkarin comprobara la dirección del viento. Sonea vio un resplandor entre dos rocas que tenían delante, y supieron que habían llegado.

Unas voces apagadas se hicieron más audibles a medida que Akkarin y Sonea se acercaban a las rocas. Se detuvieron y se agazaparon detrás de ellas. La primera voz que oyó la joven era masculina y hablaba con un acento marcado.

—... tenía más posibilidades que yo, con un yil.

—Es una chica lista —respondió la mujer—. ¿Por qué no tienes uno, Parika?

—Tuve uno. El año pasado adquirí una esclava. Ya sabes cómo se comportan las nuevas. Intentó huir, y cuando el yil la encontró, ella lo mató. Por suerte el bicho le había destrozado las piernas, así que no llegó muy lejos.

—¿La mataste?

—No —el tono de Parika denotaba resignación—. Aunque ganas no me faltaron. Cuesta mucho encontrar buenos esclavos. Ella ya no puede correr, así que no da tantos problemas.

La mujer emitió un débil gruñido.

—Todos dan problemas, incluso cuando son leales. O eso o son idiotas.

—Pero necesarios.

—Hummm. Detesto viajar sola, sin nadie a mi servicio —comentó la mujer.

—Aunque es más rápido.

—Esos kyalianos habrían sido un lastre para mí. Casi me alegro de no

haberlos encontrado. No me agrada la idea de tener magos prisioneros.

—Son débiles, Avala. No te habrían causado el menor dolor de cabeza.

—Menos dolores de cabeza me causarían muertos.

A Sonea un escalofrío le recorrió la espalda, y se le puso la carne de gallina. De pronto deseó irse lo más lejos posible de aquel lugar y lo más deprisa posible. No era una sensación cómoda, teniendo en cuenta que los dos poderosos magos que querían verla muerta se hallaban a solo una docena de pasos largos.

—Él los quiere con vida.

—¿Por qué no les da caza él mismo?

El ichani soltó una risita.

—Seguramente se muere de ganas, pero no se fía de los demás.

—Yo tampoco me fío de él, Parika. Tal vez nos envió en busca de los kyralianos para quitarnos de en medio.

El hombre no contestó. Sonea oyó el débil frufrú de unas ropas al rozarse, seguido por unas pisadas.

—Hice lo posible por encontrarlos —aseguró Avala—. No dejaré que me excluyan. Voy a volver con los demás. Si quiere a esos dos, que los capture él —hizo una pausa—. ¿Y tú qué vas a hacer?

—Regresar al Paso del Sur —respondió Parika—. Volveremos a vernos pronto, de eso estoy seguro.

Avala dejó escapar otro débil gruñido.

—Buena caza, entonces.

—Buena caza.

Sonea oyó pasos que se alejaron poco a poco. Akkarin la miró y movió la cabeza en la dirección de la que habían llegado. Ella lo siguió despacio y en silencio, alejándose de las rocas. Cuando habían recorrido unos cientos de pasos, el mago aceleró la marcha. En vez de caminar ladera arriba, enfiló hacia el sur.

—¿Adónde vamos? —murmuró Sonea.

—Al sur —contestó Akkarin—. Avala estaba ansiosa por reunirse con los demás, como si temiera perderse algo. Si va a regresar a donde está Kariko, mientras Parika se dirige al Paso del Sur, es de suponer que Kariko pretende entrar por el Paso del Norte.

—Pero han dicho que pronto volverían a verse.

—En Kyralia, con toda probabilidad. Hemos tardado cuatro días en llegar hasta aquí, y a Avala le llevará el mismo tiempo regresar. Si nos damos prisa, podemos llegar al Paso del Sur antes que Parika. Esperemos que no esté vigilado por otros ichanis.

—¿De modo que vamos a volver a Kyralia?

—Sí.

—¿Sin la autorización del Gremio?

—Sí. Entraremos en Imardin clandestinamente. Si me piden ayuda, quiero estar lo bastante cerca para actuar con rapidez. Pero nos queda un largo camino. Guarda tus preguntas para otro momento. Debemos sacar ventaja a Parika esta noche.

—Creo que no recibiremos nada más —dijo Lorlen. Soltó las manos de Balkan y de Vinara y se reclinó en su asiento. Mientras las manos de estos dos se separaban a su vez de las de Sarrin, los tres magos clavaron los ojos en Lorlen.

—¿Por qué no nos había hablado de ese anillo? —preguntó Sarrin.

Lorlen se quitó la sortija y la depositó sobre el escritorio, frente a sí. La contempló por unos instantes y suspiró.

—No sabía qué debía hacer con este anillo —dijo—. Es un instrumento de magia negra, pero no representa el menor peligro y es nuestro único medio seguro de comunicarnos con Akkarin.

Sarrin cogió el anillo y lo examinó, procurando no tocar la piedra.

—Una gema de sangre —dijo—. Utiliza una magia extraña. Permite a su creador acceder a la mente del portador. El creador ve y oye lo mismo que el portador, y asimila lo que este piensa.

Balkan arrugó el entrecejo.

—A mí no me parece un objeto mágico tan inofensivo. Él puede enterarse de todo lo que usted sabe.

—No puede penetrar en mi mente —repuso Lorlen—, solo leer mis pensamientos superficiales.

—Eso podría tener consecuencias nefastas si por algún motivo usted

pensara en algo que él no debe saber —el guerrero hizo una mueca de disgusto—. Creo que no debería volver a ponerse ese anillo, Lorlen.

Los demás negaron con la cabeza. Lorlen asintió de mala gana.

—Muy bien. Si todos opinan lo mismo...

—Yo sí —respondió Vinara.

—Sí, y yo también —terció Sarrin, dejando el anillo sobre el escritorio—. ¿Qué debemos hacer con él?

—Guardarlo en algún lugar sin que lo sepa nadie más que nosotros cuatro —dijo Balkan.

—¿Dónde?

Lorlen empezó a sentirse alarmado. Si guardaban el anillo bajo llave, más valía que fuera en un sitio al que pudiesen acceder con rapidez si necesitaban contactar con Akkarin.

—¿En la biblioteca?

Balkan asintió despacio.

—Sí. En el armario donde se guardan los libros y los planos viejos. Lo pondré allí de camino hacia mis aposentos. Por lo pronto... —Miró a los demás, uno tras otro, y luego añadió—: Analicemos esta conversación que Akkarin nos ha transmitido. ¿Qué conclusiones podemos extraer de ella?

—Que Sonea está viva —contestó Vinara—, que ella y Akkarin han oído a una mujer llamada Avala y a un hombre llamado Parika mantener un diálogo sobre un tercer hombre.

—¿Kariko? —aventuró Lorlen.

—Es posible —dijo Balkan—. No han llegado a mencionar su nombre.

—Qué poca consideración —masculló Sarrin.

—Esos dos, a quienes no hemos visto en ningún momento, han hablado de esclavos, así que por lo menos ese dato sobre ellos es verdad —observó Vinara.

—También han dicho algo de que iban a la caza de unos kyralianos.

—¿Sonea y Akkarin?

—Seguramente. A menos que se trate de una artimaña urdida por Akkarin —dijo Balkan—. Tal vez ha contratado a esas dos personas para que tengan esa conversación y así poder transmitírnosla.

—Entonces ¿por qué era tan impreciso el mensaje? —preguntó Sarrin—.

¿Por qué no les pidió que mencionaran a Kariko o su intención de invadir Kyralia?

—Estoy seguro de que tiene sus razones —Balkan bostezó y acto seguido se disculpó por ello.

Vinara fijó en él una mirada penetrante.

—¿Ha dormido desde que regresó?

El guerrero se encogió de hombros.

—Un poco —miró a Lorlen de reojo—. La reunión con el rey se prolongó hasta altas horas de la noche.

—¿Sigue planteándose la posibilidad de pedir a alguno de nosotros que aprenda magia negra? —preguntó Sarrin.

Balkan suspiró.

—Sí. Prefiere eso a ordenar a Akkarin que vuelva. El depuesto Gran Lord demostró que no es de fiar al infringir las leyes del Gremio y quebrantar su juramento.

—Pero si uno de nosotros aprendiera magia negra, también estaría incumpliendo la ley y el Juramento de los Magos.

—No si hacemos una excepción.

Sarrin no parecía conforme.

—No deben hacerse excepciones en lo que concierne a la magia negra —opinó.

—Pero tal vez no tengamos alternativa. Podría ser nuestra única forma de defendernos de los ichanis. Si a uno de nosotros le cedieran energía voluntariamente cien magos todos los días, al cabo de solo dos semanas ese mago sería lo bastante poderoso para luchar contra diez ichanis.

Sarrin se estremeció.

—No se le debería permitir a nadie acumular tanto poder.

—El rey conoce su opinión al respecto —dijo Balkan—. Por eso considera que usted sería el mejor candidato.

Sarrin miró al guerrero, horrorizado.

—¿Yo?

—Sí.

—No podría. Tengo... tendré que negarme.

—¿Va a desobedecer a su rey? —preguntó Lorlen—. ¿Y a quedarse

cruzado de brazos mientras el Gremio y toda Imardin caen en poder de un puñado de magos bárbaros?

Sarrin contempló el anillo, muy pálido.

—No sería una carga fácil de llevar —dijo Lorlen tranquilamente—, y no conviene asumirla a menos que estemos seguros de que no hay otra salida. Los espías partirán dentro de unos días. Es de esperar que descubran, de una vez por todas, si Akkarin dijo o no la verdad.

Balkan asintió.

—Deberíamos pensar en enviar refuerzos al Fuerte, también. Si la conversación que Akkarin ha escuchado a escondidas es auténtica, parece indicar que esa mujer va a reunirse con un grupo de ichanis en el norte.

—¿Y qué hay del Paso del Sur? —preguntó Vinara—. Parika iba a regresar allí.

Balkan se quedó pensativo.

—Tendré que reflexionar sobre eso. No es tan fácil de defender como el Fuerte, pero de lo que han dicho infiero que hay una concentración más grande en el norte. Deberíamos mantener vigilado el camino al Paso del Sur, por lo menos.

El guerrero bostezó de nuevo. Era evidente que estaba luchando contra el cansancio. Lorlen captó una mirada significativa de Vinara.

—Es tarde —dijo—. ¿Nos reunimos aquí temprano para discutir el asunto? —Los demás asintieron—. Gracias por venir con tanta prontitud. Nos vemos mañana.

Mientras el trío se ponía de pie y le deseaba unas buenas noches, Lorlen no podía librarse de cierta sensación de desencanto. Había esperado que Akkarin les mostrara algo que probase la veracidad de su historia. La conversación entre los sachakanos no había revelado gran cosa, si bien había puesto de manifiesto algunas de las deficiencias del sistema de defensa de Kyralia.

Pero se habían llevado el anillo, y con él su único vínculo con Akkarin.

24. Secretos revelados

El susurro de las túnicas y de las botas que rozaban el suelo al balancearse adelante y atrás conformaban un ruido de fondo continuo en el Salón Gremial, incluso durante el breve discurso de Lorlen. «Todos estamos nerviosos —pensó Dannyl—. Se ha respondido a muy pocas preguntas en esta Reunión».

Se oyó un suspiro colectivo cuando Lorlen dio por finalizada la Reunión.

—Haremos una pequeña pausa antes de que empiece la Vista para juzgar a los rebeldes elyneos —anunció el administrador.

Al oír esto, Dannyl sintió que el estómago le daba un vuelco. Se volvió hacia Rothen.

—Ha llegado la hora de que me enfrente a los murmuradores.

Rothen sonrió.

—Lo harás bien, Dannyl. Has adquirido un aire de respetabilidad desde que te marchaste a Elyne.

Dannyl miró a su mentor, sorprendido. ¿Respetabilidad?

—¿Es que no lo tenía antes de marcharme?

Rothen soltó una risita.

—Por supuesto que sí, pues de lo contrario no te habrían elegido para el puesto. Solo digo que ahora es más notorio. ¿O es que te has traído un poco de esa repugnante fragancia de Elyne?

Dannyl se echó a reír.

—Si creías que esa fragancia podía darme un aire de respetabilidad, deberías habérmelo dicho antes. Claro que, por otro lado, no te habría hecho caso. Hay algunas costumbres de los elyneos que más vale no adoptar.

El mago veterano asintió en señal de conformidad.

—Bien, pues adelante. Baja ahí antes de que empiecen sin ti.

Dannyl se levantó y se dirigió hacia la primera fila de asientos. Cuando avanzaba hacia la parte delantera de la sala, se percató de que el administrador expatriado Kito estaba descendiendo para presidir la sesión. El mago se volvió hacia un lado para ver a una hilera de hombres y mujeres que entraban escoltados por guardias. Dannyl reconoció al grupo de amigos y cómplices de Dem Marane. Royend, que caminaba junto a su esposa, alzó la vista hacia Dannyl y lo miró con los ojos entrecerrados.

Dannyl le devolvió la misma mirada intensa. El odio en los ojos de Royend era algo nuevo para él. El Dem se había mostrado enfadado la noche de su detención, pero durante el viaje a Kyralia y la espera hasta la Vista ese enfado se había convertido en un sentimiento más crudo.

«Comprendo su odio —pensó Dannyl—. Lo engañé. Le da igual que yo estuviese obedeciendo órdenes de Akkarin o que él estuviese infringiendo la ley. Simplemente me ve como al hombre que dio al traste con sus sueños».

Farand estaba de pie en el otro extremo de la sala, entre dos alquimistas. El joven parecía nervioso, pero no asustado. Un golpe sordo atrajo todas las miradas hacia el fondo del salón, donde una de las grandes puertas se estaba abriendo. Seis elyneos enfilaron el pasillo. Dos de ellos eran los magos de los buques que habían llevado a los rebeldes a Kyralia, lord Barene y lord Hemend. Los demás eran representantes del rey de Elyne.

Mientras Kito indicaba a los recién llegados que ocuparan los asientos situados en la parte frontal de la sala, Dannyl se preguntó dónde debía colocarse. Decidió quedarse de pie cerca de Farand, consciente de que eso se interpretaría como un gesto de apoyo al joven. Una vez que todos hubieron ocupado su sitio, Lorlen hizo sonar un gong pequeño, y el salón quedó en silencio. Kito echó un vistazo en torno a sí y asintió con la cabeza.

—Hemos convocado esta Vista para juzgar a Farand de Darellas, a Royend y a Kaslie de Marane, así como a sus cómplices en la conspiración...

Al percibir un sonido procedente de una dirección inesperada, Dannyl levantó la vista hacia la fila superior de asientos, reservada para los magos superiores. Le sorprendió ver entre ellos a uno de los consejeros reales.

«Aunque es lógico —se dijo—. Nuestro rey quiere asegurarse de que

todo aquel que sea sorprendido intentando fundar su propio gremio de magos en otras tierras reciba el castigo que merece».

—... A Farand de Darellas se le acusa de aprender magia fuera del Gremio —prosiguió Kito—. A estos hombres y mujeres se les acusa de haber intentado aprender magia. A Dem Marane se le acusa también de poseer conocimientos de magia negra —hizo una pausa para pasear la mirada por la sala—. Las pruebas que respaldan estas acusaciones serán sometidas a nuestra consideración. Llamo a declarar al primer orador, Dannyl, segundo embajador del Gremio en Elyne.

Dannyl respiró hondo y dio unos pasos al frente para colocarse junto a Kito.

—Juro que todo lo que diga durante esta Vista será verdad —guardó silencio unos instantes antes de comenzar—: Hace siete semanas recibí órdenes del depuesto Gran Lord de buscar y detener a un grupo de rebeldes que pretendían aprender magia sin la influencia ni la orientación del Gremio.

Los asistentes enmudecieron mientras Dannyl narraba su historia. Durante semanas había meditado sobre cuánto debía revelar para explicar cómo había conseguido convencer a los rebeldes de que se fiaran de él. El Gremio entero seguramente ya estaba al corriente de las declaraciones de Royend de Marane, de modo que Dannyl no tenía que entrar en detalles. Sin embargo, no podía obviar del todo esa parte de la historia.

Así pues, declaró que se había encargado de que llegase a oídos del Dem un «secreto falso», para que creyera que podría hacer chantaje a Dannyl. A continuación, refirió su encuentro con Farand. El rostro de los cortesanos de Elyne se tensó conforme Dannyl explicaba que el Gremio había denegado el ingreso a Farand después de que él se enterara de algo que el rey elyneo quería evitar que se divulgara. Añadió, para que ellos lo supieran, que Farand había estado en peligro de perder el control sobre sus poderes, y enumeró las consecuencias que ello habría tenido.

Acto seguido, pasó a describir el libro que Tayend había tomado prestado del Dem. Aseguró que su contenido había sido decisivo para detener de inmediato a los rebeldes, en vez de seguir haciendo visitas a Dem Marane con la esperanza de identificar a más de sus cómplices. Dannyl finalizó con la advertencia de que tal vez no había encontrado a todos los miembros del

grupo.

Kito pidió a lord Sarrin una confirmación sobre el contenido del libro y después llamó a declarar a Farand. Los guardias condujeron al joven hasta el frente de la sala.

—Farand de Darellas, ¿juras que dirás la verdad durante esta Vista? — preguntó Kito.

—Lo juro.

—¿Es veraz el testimonio del embajador Dannyl en lo que a ti concierne?

El joven asintió.

—Sí.

—¿Cómo llegaste a formar parte del grupo de rebeldes de Dem Marane?

—Por mi hermana, su esposa. A él le parecía un desperdicio que yo no pudiera convertirme en mago. Me animó a escuchar de nuevo conversaciones mentales.

—Tengo entendido que fue así como aprendiste a liberar tu magia.

—En efecto. Oí una conversación sobre ello.

—¿Vacilaste antes de intentar poner en práctica lo que les oíste decir?

—Sí. Mi hermana no quería que aprendiera magia. Bueno, al principio sí, pero después empezó a preocuparle que no supiéramos suficiente y que pudiera ser peligroso.

—¿Qué te hizo vencer tus reticencias?

—Royend dijo que desde el momento en que empezara, me resultaría cada vez más fácil.

—¿Desde cuándo se reunía el Dem con sus cómplices con la intención de aprender magia?

—No lo sé. Desde antes de que yo lo conociera.

—¿Hace cuánto que lo conoces?

—Cinco años. Desde que se prometió con mi hermana.

—¿Hay miembros del grupo que no se encuentren aquí presentes?

—Hay otros, pero no sé quiénes son.

—¿Crees que el propio Dem Marane intentó aprender magia?

Farand titubeó y luego encorvó los hombros.

—Sí.

Dannyl se compadeció del joven. Este había decidido ayudar, aun

sabiendo que el Dem y sus amigos serían castigados, pero no debía de ser fácil para él.

—¿Y los otros miembros del grupo?

—No estoy seguro. Seguramente algunos lo intentaron. Creo que otros solo participaban llevados por la emoción. Mi hermana estaba allí por Royend y por mí.

—¿Deseas añadir algo más?

Farand negó con la cabeza.

Kito asintió y se volvió hacia la sala.

—Querría dejar constancia de que he practicado una lectura de la verdad a Farand, y puedo confirmar que todo lo que ha revelado es cierto.

Aquello provocó un murmullo entre el público. Dannyl miró a Farand, sorprendido. Que hubiese permitido que le realizasen una lectura de la verdad indicaba lo dispuesto que estaba a colaborar.

Kito se dirigió a los magos superiores.

—¿Algún comentario o pregunta? —Al ver que negaban con la cabeza, dijo—: Vuelve a tu lugar, Farand de Darellas. Ahora deseo interrogar a Royend de Marane.

El Dem dio unos pasos al frente.

—Royend de Marane, ¿juras decir la verdad durante esta Vista?

—Lo juro.

—¿Es veraz el testimonio del embajador Dannyl en lo que a ti concierne?

—No.

Dannyl reprimió un suspiro y se preparó para lo inevitable.

—¿En qué punto falta a la verdad?

—Dice que se inventó lo de su relación secreta con su ayudante. Yo creo que no es una invención. Cualquiera que los haya visto juntos sabe que lo que había entre ellos era algo más que... que una artimaña. Nadie puede fingir tan bien.

—¿Es esa la única inexactitud de su declaración?

Royend fijó la mirada en Dannyl.

—Hasta Dem Tremmelin, padre de Tayend de Tremmelin, cree lo mismo que yo.

—Dem Marane, por favor, responde a la pregunta.

El Dem hizo caso omiso de su orden.

—¿Por qué no le pregunta si es un doncel? Ha jurado decir la verdad. Quiero escuchar que lo niega.

Kito entrecerró los ojos.

—Esta Vista se ha convocado para determinar si se ha infringido la ley que prohíbe aprender magia fuera de los límites del Gremio, no si el embajador Dannyl está implicado en actos deshonorosos e inmorales. Por favor, responde a la pregunta, Dem Marane.

Con un gran esfuerzo, Dannyl consiguió recuperar el aplomo. Deshonoroso e inmoral. Sin duda la opinión del Gremio sobre él —y sobre su testimonio— cambiaría radicalmente si sus miembros se enteraban de la verdad. Y Royend la conocía.

—Si ha mentido sobre eso, puede haber mentido sobre todo lo demás — espetó el Dem—. Recuerde lo que le digo después de enviarme a la tumba. No voy a responder a sus preguntas.

—Muy bien —dijo Kito—. Vuelve a tu lugar. Llamo a declarar a Kaslie de Marane.

La esposa del Dem estaba nerviosa pero dispuesta a cooperar. Reveló que los rebeldes llevaban diez años reuniéndose, pero aseguró al Gremio que su interés era puramente académico. En el transcurso del interrogatorio a los demás rebeldes, solo salieron a la luz pequeños detalles sobre el grupo. Todos afirmaron que no pretendían aprender magia, únicamente informarse sobre ella.

Siguió una breve discusión relativa al envenenamiento de Farand. A Dannyl no le sorprendió oír que las investigaciones de los magos elyneos no habían revelado al culpable. Al ver la expresión en el rostro de lady Vinara, supo que el asunto no acabaría allí.

Kito pidió que se envolviera a los acusados en un escudo de silencio mientras el Gremio deliberaba sobre sus castigos. El salón se llenó de voces. Al cabo de un buen rato, Kito pidió a todos los magos que regresaran a sus asientos y retiraran el escudo de silencio.

—Es hora de emitir nuestro veredicto —anunció. Extendió una mano, y un globo de luz apareció sobre ella y ascendió flotando. Dannyl creó el suyo propio y lo envió hacia arriba junto con los del resto del Gremio.

—¿Consideran que Farand de Darellas es indudablemente culpable de aprender magia fuera del Gremio?

Todos los globos de luz se tornaron de color rojo. Kito asintió.

—Según la tradición, la pena por este delito es la ejecución —dijo—, pero los magos superiores opinan que, en vista de la situación, hay que ofrecer una alternativa. Farand de Darellas es una víctima de las circunstancias y de la manipulación. Ha mostrado una buena disposición en todo momento y se ha sometido a una lectura de la verdad. Recomiendo que se le permita ingresar en el Gremio con la condición de que pase el resto de su vida dentro de los terrenos. Por favor, cambien el color de sus luces a blanco si están de acuerdo con mi recomendación.

Poco a poco, las luces se volvieron blancas. Solo unas cuantas permanecieron rojas. Dannyl exhaló un suspiro de alivio.

—Se permitirá el ingreso de Farand de Darellas en el Gremio —anunció Kito.

Al dirigir la mirada hacia Farand, vio que el joven sonreía, reconfortado y emocionado. Pero cuando Kito prosiguió, la sonrisa se desvaneció de su rostro.

—Y ahora, ¿consideran que Royend de Marane es indudablemente culpable de intentar aprender magia y de poseer conocimientos de magia negra sin pertenecer al Gremio?

El Salón Gremial se inundó de un resplandor fantasmagórico cuando todos los globos de luz adquirieron un tono rojizo.

—También en este caso, los magos superiores opinan que deben ofrecer una alternativa a la ejecución —dijo Kito—. No obstante, el delito es grave, y creemos que una pena más indulgente que la prisión de por vida no sería adecuada. Por favor, cambien el color de sus luces a blanco si desean rebajar la pena a encarcelamiento.

Dannyl hizo que la luz de su globo se tornara blanca, pero sintió un escalofrío al percatarse de que menos de la mitad de los magos había tomado la misma decisión. «Creo que hacía años que el Gremio no votaba en favor de ejecutar a alguien», pensó.

—Se condena a muerte a Royend de Marane —sentenció Kito con gravedad.

Los rebeldes soltaron un grito ahogado. Dannyl sintió una punzada de culpabilidad y tuvo que hacer un esfuerzo para mirar al grupo. Royend de Marane tenía la cara muy blanca. Su esposa se aferró con fuerza a su brazo. Los otros rebeldes estaban pálidos e inquietos.

Kito miró a los magos superiores antes de volverse hacia el público y nombrar a otro rebelde. A los demás se les impuso la pena menor de encarcelamiento. Era evidente que el Gremio consideraba a Dem Marane el cabecilla del grupo y quería infligirle un castigo ejemplar. «Su negativa a colaborar no le ha ayudado precisamente», se dijo Dannyl.

Cuando tocó el turno a Kaslie, a Dannyl le sorprendió que Kito la defendiese. Instó al Gremio a pensar en sus dos hijos. Sus palabras debieron de conmover a los magos, pues concedieron a la esposa del Dem el perdón y la autorización para regresar a su hogar.

A continuación, los magos elyneos pidieron permiso para comunicar mentalmente las sentencias al rey de Elyne. Lorlen accedió, a condición de que no transmitieran ningún otro dato. Acto seguido, dio por finalizada la Vista.

Dannyl, al ver que ya no tenía que seguir representando su papel, sintió un alivio inmenso. Buscó a Rothen entre la multitud de magos que descendían desde las filas de asientos, pero antes de que localizara a su amigo, una voz pronunció su nombre. Se volvió y vio que el administrador Kito se le acercaba.

—Administrador —respondió Dannyl.

—¿Está usted satisfecho con el resultado? —preguntó Kito.

Dannyl se encogió de hombros.

—En general, sí. He de reconocer que en mi opinión Royend de Marane no merecía ese castigo. Es un hombre ambicioso, pero dudo que lograra aprender magia en prisión.

—No —respondió Kito—, pero me parece que al Gremio le ha molestado el modo en que ha atacado su honor, embajador.

Dannyl miró al mago con fijeza. No podía creer que esa fuera la única razón por la que el Gremio lo había condenado a muerte.

—¿Le resulta violento oír esto? —preguntó Kito.

—Por supuesto.

—La situación sería más violenta si sus afirmaciones resultaran ser ciertas —replicó Kito sin apartar los ojos de él.

—Sí, estoy de acuerdo —respondió Dannyl, y aguzó la mirada. ¿Le estaba tendiendo Kito una trampa?

Kito hizo una mueca como pidiendo disculpas.

—Lo siento. No pretendía insinuar que lo fueran. ¿Regresará pronto a Elyne?

—A menos que Lorlen decida lo contrario, me quedaré aquí hasta estar seguro de que Sachaka no representa una amenaza para nosotros.

Kito asintió y desvió la vista al oír que alguien lo llamaba.

—Volveremos a hablar pronto, embajador.

—Administrador.

Dannyl lo observó alejarse. ¿Sería cierto lo que le había dado a entender Kito? ¿Había votado el Gremio a favor de la pena de muerte de Royend de Marane movido por la ira ante sus acusaciones contra Dannyl?

«No —pensó—. Es la actitud desafiante del Dem la que ha influido en el voto. Ha tenido la osadía de adentrarse en un terreno que el Gremio considera de su competencia exclusiva, y saltaba a la vista que no respetaba en absoluto ni las leyes ni la autoridad».

Aun así, Dannyl no podía estar de acuerdo con el voto del Gremio. Dem Marane no merecía morir. Pero ya no había nada que Dannyl pudiera hacer por impedirlo.

Mientras regresaba por los pasadizos subterráneos del Camino de los Ladrones, Cery reflexionó sobre su última conversación con Takan. El antiguo sirviente de Akkarin era muy reservado, pero sus gestos habían delatado tanto aburrimiento como ansiedad. Por desgracia, Cery podía hacer poca cosa por remediar lo primero, y nada por remediar lo segundo.

Sabía que pasarse el día entero en una estancia subterránea oculta, por muy lujosa que fuera, acababa por provocar tedio y frustración. Sonea había vivido en un sitio similar cuando Farén había accedido en un principio a esconderla del Gremio. Al cabo de una semana ella estaba muy inquieta. Para Takan la situación era incluso más frustrante porque sabía que su amo estaba

en algún otro lugar, afrontando peligros, y no podía socorrerlo de ninguna manera.

A Cery le vino también a la mente el tormento incesante que representaban la soledad y la imposibilidad de ayudar a un ser querido. Aunque cada vez menos, aún soñaba de cuando en cuando con las semanas que Fergun lo había mantenido encerrado bajo la universidad. Recordó que Akkarin lo había encontrado y liberado, y su determinación de prestar a Takan toda la ayuda posible se hizo más fuerte.

Le había ofrecido todas las distracciones que pudiera desear —desde prostitutas hasta libros—, pero el hombre lo había rechazado todo cortésmente. Cery pidió a los guardias que le dieran conversación ocasionalmente, y él mismo intentaba visitarlo a diario, como había hecho Farén con Sonea. Sin embargo, Takan no era muy comunicativo. Evitaba hablar de su vida anterior a cuando se convirtió en el sirviente de Akkarin y contaba muy poco sobre los años posteriores. Al final Cery recurrió a las anécdotas graciosas sobre los magos que los sirvientes se contaban unos a otros. Al parecer, hasta Takan estaba dispuesto a darse el capricho de chismorrear un poco.

Akkarin se había comunicado con Takan muy pocas veces en los últimos ocho días. Cuando se ponía en contacto con él, Takan siempre aseguraba a Cery que Sonea estaba sana y salva. Cery agradecía esos informes sobre el bienestar de su amiga, pero también le divertían. Era evidente que, gracias a Akkarin, Takan estaba al corriente del interés que Cery sentía antes por Sonea.

«Eso es cosa del pasado —pensó Cery, esbozando una sonrisa irónica—. Ahora la causa de mis penas es Savara». Esta vez estaba decidido a no caer en el abatimiento. «Los dos somos adultos sensatos —se dijo—, con responsabilidades que no podemos desatender».

Llegaron a la entrada del laberinto de pasadizos que serpenteaban en torno a sus habitaciones. Los ladrillos susurraron al rozarse cuando Gol abrió la primera puerta oculta. Al pasar, Cery saludó a los guardias con un gesto de cabeza.

«Ella dijo que tal vez volvería —se recordó Cery—. De “visita” —sonrió—. Ese tipo de acuerdo tiene sus ventajas. Sin expectativas, sin

compromisos...».

Por otra parte, tenía preocupaciones más graves. La amenaza de una invasión por parte de magos extranjeros se cernía sobre Imardin. Cery tenía que pensar qué podía hacer al respecto... si es que podía hacer algo. Al fin y al cabo, si el Gremio era demasiado débil para hacer frente a los ichanis, ¿qué posibilidades de vencerlos podían tener quienes no eran magos?

«No muchas —pensó—. Pero eso es mejor que ninguna. La gente normal debe de poder matar a un mago de alguna manera».

Rememoró una conversación que había mantenido con Sonea hacía cosa de año y medio. Hablaban en broma sobre cómo deshacerse de un aprendiz que la estaba molestando. Cery seguía pensando en ello cuando uno de sus chicos mensajeros le comunicó que una visita lo esperaba.

Tras entrar en su despacho, Cery se sentó, comprobó que sus yerims estuvieran en el cajón y envió a Gol a recibir al visitante. Cuando la puerta se abrió de nuevo, Cery alzó la mirada y el corazón le dio un vuelco. Se levantó de la silla.

—¡Savara!

La joven sonrió y se acercó con paso lento a su escritorio.

—Esta vez te he sorprendido, Ceryni.

Él se dejó caer de nuevo en su asiento.

—Creía que te habías ido.

Savara se encogió de hombros.

—Y así era. Pero a medio camino de la frontera, mi gente se puso en contacto conmigo. A instancias mías, decidieron que alguien debía quedarse aquí para ser testigo de la invasión.

—No necesitas mi ayuda para eso.

—No —se sentó en el borde de la mesa y ladeó la cabeza—. Pero te dije que te visitaría si volvía. Los ichanis podrían tardar un tiempo en venir, y es posible que la espera me resulte aburrida.

Cery sonrió.

—Vaya, no podemos permitirlo.

—Esperaba que dijeras eso.

—Entonces ¿qué me ofreces a cambio?

Savara arqueó las cejas.

—¿Ahora hay que pagar por verte?

—Tal vez. Solo quiero pedirte consejo.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué?

—¿Cómo puede una persona normal matar a un mago?

Savara soltó una carcajada breve.

—No puede. Al menos si el mago es competente y está alerta.

—¿Cómo puede uno saber si no lo está?

La joven arqueó las cejas de nuevo.

—No estás bromeando... No, claro que no.

Cery negó con la cabeza.

Ella frunció los labios, pensativa.

—Siempre y cuando no deje huellas que me delaten como miembro de mi pueblo, no veo ningún motivo para no echarle una mano —le dedicó una sonrisa torcida—. Y estoy segura de que, aunque yo no encuentre una manera, tú sí. Claro que podrías perder la vida en el intento.

—Eso preferiría evitarlo —aseguró Cery.

Savara sonrió de oreja a oreja.

—Yo también preferiría que lo evitaras. Bien, esta es mi propuesta: si me mantienes informada de lo que ocurre en la ciudad, yo te asesoraré sobre cómo se mata a los magos. ¿Te parece razonable?

—Sí, me lo parece.

Savara cruzó los brazos con aire meditabundo.

—En realidad, no hay una forma segura de matar a un ichani. Solo puedo decirte que, al igual que la gente normal, cometen errores. Puedes engañarlos si sabes cómo. Únicamente hace falta valentía, astucia y... correr riesgos considerables.

Cery sonrió.

—Me recuerda el tipo de trabajo al que estoy acostumbrado.

—Oigo correr agua.

Akkarin se volvió hacia Sonea, pero como tenía el rostro a la sombra, ella no alcanzó a distinguir su expresión.

—Pues ve a echar un vistazo —contestó.

La chica escuchó con atención y se dirigió hacia el sonido. Después de unos días en las montañas, había aprendido a reconocer el más leve goteo de agua sobre la piedra. Atraída hasta la oscuridad de un hueco en la pared de roca junto a la que habían estado caminando, escrutó la penumbra y avanzó a tientas.

Vio el diminuto arroyo al mismo tiempo que el agujero en la pared. Una abertura estrecha daba a un espacio abierto. La roca le rozó la espalda mientras se escurría por aquella angosta brecha. Cuando salió al otro lado, soltó una exclamación ahogada de sorpresa.

—Akkarin —llamó.

A sus pies se extendía un pequeño valle. Las laderas se inclinaban suavemente hacia barrancos rocosos más escarpados. Árboles raquíticos, arbustos y hierbas crecían a lo largo del riachuelo que borboteaba alegremente antes de sumirse en una grieta situada a varios pasos de distancia.

Al oír un gruñido, se dio la vuelta y vio que a Akkarin le estaba costando un poco hacer pasar su cuerpo por el agujero de la pared de roca. Cuando al fin logró liberarse, se enderezó y admiró el valle.

—Parece un buen lugar para pasar la noche... o el día —comentó ella.

Akkarin frunció el entrecejo. Habían proseguido su avance hacia el Paso del Sur hasta altas horas de la mañana durante los últimos tres días, conscientes de los ichanis que les iban a la zaga. A Sonea no dejaba de preocuparle que Parika les diera alcance, aunque dudaba que caminara a un ritmo tan agotador, a menos que tuviera una buena razón para ello.

—Podría no tener salida por el otro lado —observó Akkarin. Sin embargo, no volvió a pasar por el agujero, sino que echó a andar hacia los árboles.

Un fuerte graznido resonó en el valle. Sonea se sobresaltó cuando una gran ave blanca alzó el vuelo desde un árbol cercano. De pronto, se retorció en el aire. Sonea oyó un leve chasquido y vio que el ave caía en picado.

Akkarin soltó una risita.

—Creo que nos quedaremos.

Avanzó a paso rápido y recogió el animal. Se le escapó un grito de sorpresa cuando se fijó en los descomunales ojos del ave.

—¡Un muluk!

—Sí —Akkarin esbozó una sonrisa—. Resulta irónico. ¿Qué diría el rey si supiera que nos estamos comiendo el incal de su Casa?

Continuaron caminando río arriba. Varios cientos de pasos más adelante, llegaron al final del valle. El agua se precipitaba por encima de un imponente saledizo rocoso antes de formar el riachuelo.

—Dormiremos debajo de eso —dijo Akkarin, señalando el saledizo. Se sentó junto al arroyo y comenzó a arrancar las plumas al ave.

Sonea miró la hierba mullida bajo sus pies, y luego la dura roca bajo el saledizo. Se puso en cuclillas y comenzó a arrancar puñados de hierba. Mientras se dirigía con los brazos cargados al lugar donde dormirían, el olor a carne asada llegó hasta su nariz y le hizo rugir el estómago.

Akkarin dejó el muluk dorándose sobre el globo de calor flotante y se acercó a uno de los árboles. Clavó la vista en las ramas, que empezaron a agitarse. Sonea oyó un golpeteo sordo y vio que Akkarin se agachaba para examinar el suelo. Se colocó junto a él.

—Estas nueces son difíciles de abrir, pero bastante sabrosas —dijo, y le tendió una—. Sigue reuniéndolas, Sonea. Me parece que he visto unas moras erizo más abajo.

La luna había descendido en el cielo. En la creciente oscuridad, costaba encontrar las nueces. Sonea tenía que palpar el suelo hasta dar con aquellas formas redondas y lisas. Tras ponérselas todas en el faldón de la camisa, las llevó junto al muluk que se estaba asando, y pronto descubrió cómo romper la cáscara sin aplastar el suave fruto del interior.

Akkarin regresó poco después, con un rudimentario cuenco de piedra lleno de moras erizo y algunos tallos. Las moras estaban recubiertas de espinas que parecían muy afiladas.

Mientras pelaba las nueces, Sonea observaba a Akkarin levantar las moras con magia y quitarles cuidadosamente la piel y los pinchos. Al poco rato, el cuenco estaba medio lleno de aquellos frutos de color oscuro. A continuación el mago se centró en los tallos, y comenzó a desprender la fibrosa capa exterior.

—Creo que el banquete está listo —anunció, y pasó los tallos a Sonea—. Es shem. No es especialmente apetitoso, pero es comestible. No es bueno

alimentarse solo de carne.

A Sonea el corazón de los tallos le pareció agradablemente jugoso, aunque apenas sabía a nada. Akkarin partió el muluk, que tenía más carne que ninguna otra ave que se hubiera comido. Las nueces estaban tan deliciosas como él había prometido. Akkarin machacó las moras erizo y agregó agua para preparar una bebida dulce. Cuando terminaron, Sonea se sintió saciada por primera vez desde que habían llegado a Sachaka.

—Es asombroso lo bien que sienta algo tan sencillo como una comida —suspiró satisfecha. La oscuridad había envuelto el valle casi por completo—. Me pregunto qué aspecto tiene este lugar a la luz del día.

—Lo descubrirás dentro de una hora, más o menos —respondió Akkarin. Sonaba cansado. Sonea lo miró, pero tenía la cara en la penumbra.

—Pues entonces es hora de dormir —dijo ella.

Invocó suficiente energía sanadora para vencer su propio cansancio, y tendió las manos. De entrada, Akkarin no se las tomó, por lo que Sonea pensó que tal vez la oscuridad no le permitía verla. Pero al momento sintió que sus cálidos dedos se cerraban en torno a los suyos.

Respiró hondo y le envió energía, procurando no agotar sus reservas. Se preguntó, y no por primera vez, si él había aceptado su decisión de ocuparse del primer turno de guardia para asegurarse de que no le cediera demasiada energía. Si Sonea se extenuaba, no sería capaz de permanecer despierta.

Cuando empezó a notar que las fuerzas la abandonaban, se detuvo y retiró las manos. Akkarin permanecía inmóvil y en silencio, sin hacer ademán de dirigirse al lecho de hierba que ella había preparado.

—Sonea —dijo de pronto.

—¿Sí?

—Gracias por venir conmigo.

Ella contuvo la respiración y sintió que el corazón se le llenaba de alegría. Akkarin se quedó callado durante unos minutos y al final tomó aire para hablar.

—Me arrepiento de haberte separado de Rothen. Sé que era más un padre que un maestro para ti.

Sonea fijó la mirada en su rostro ensombrecido, buscando sus ojos.

—Era necesario —añadió él con suavidad.

—Lo sé —susurró Sonea—. Lo comprendo.

—Pero en ese entonces no lo comprendías —dijo Akkarin con una sonrisa socarrona—. Me odiabas.

Sonea soltó una risita.

—Es verdad, pero ya no.

Akkarin no dijo una palabra más, pero tras unos instantes se levantó, se acercó al saledizo y se tendió sobre el lecho de hierba. Sonea permaneció largo rato sentada en la oscuridad. Al fin el cielo empezó a clarear, y las estrellas a apagarse y a desaparecer. No tenía ni pizca de sueño y sabía que eso no se debía únicamente a su poder de sanación. El agradecimiento y la disculpa inesperados de Akkarin habían removido en su interior las esperanzas y los deseos que llevaba días intentando aplacar.

«No seas tonta —se reprendió a sí misma—. Que al fin te haya dado las gracias por tu ayuda y se arrepienta de lo que te hizo no significa que te considere algo más que una compañía útil pero no deseada. Más allá de eso, no le interesas, así que deja de torturarte».

Sin embargo, por más que se esforzaba por contenerse, no podía evitar sentir un escalofrío cada vez que él la tocaba, o incluso cuando la miraba. Y el hecho de que lo sorprendiese a menudo mirándola no la ayudaba a combatir esos pensamientos.

Se rodeó las rodillas con los brazos y tamborileó con los dedos en sus pantorrillas. Cuando vivía en las barriadas, daba por sentado que sabía todo lo que necesitaba saber sobre los hombres y las mujeres. Más tarde, en clase de sanación se había dado cuenta de que en realidad apenas había entendido nada. Ahora se percataba de que ni siquiera los sanadores le habían enseñado nada útil.

Aunque, por otro lado, tal vez no le habían explicado cómo vencer esos sentimientos porque no era posible. Tal vez...

Un sonido grave, como un gruñido, resonó por todo el valle. Sonea se quedó paralizada, con la mente de pronto en blanco, y sus ojos escudriñaron la penumbra. El sonido volvió a oírse, a su espalda, de modo que se levantó y se dio la vuelta con tan solo un movimiento. Al advertir que el sonido procedía de algún punto situado cerca de Akkarin, sintió una punzada de miedo. ¿Lo estaba acechando alguna criatura nocturna? Se dirigió hacia él a

toda prisa.

Sin embargo, cuando llegó al saledizo, no vislumbró a ningún ser agazapado, listo para atacar. Akkarin movía la cabeza de un lado a otro. Sonea se acercó más, y él soltó un quejido.

La chica se detuvo y lo miró, consternada. Akkarin volvía a tener pesadillas. Ella sintió alivio y preocupación a la vez. Pensó en despertarlo, pero cuando Akkarin abría los ojos, su expresión siempre dejaba muy claro que no le gustaba que Sonea presenciara aquellos momentos de debilidad.

«En realidad, a mí tampoco me gusta», se dijo Sonea.

Él dejó escapar otro gemido. La chica se encogió al oírlo retumbar entre las paredes del valle. En las montañas, el sonido llegaba muy lejos, y ella no quería ni imaginar quién podía estar escuchando. Cuando Akkarin soltó otro grito apagado, tomó una decisión. Por mucho que a él le disgustara, tenía que despertarlo antes de que atrajera la atención indeseada de alguien.

—Akkarin —susurró con una voz ronca.

Como él dejó de moverse, creyó que había conseguido despertarlo, pero entonces a Akkarin se le tensó todo el cuerpo.

—¡No!

Alarmada, Sonea se le acercó. Los ojos de Akkarin se movían rápidamente bajo los párpados, y tenía el rostro crispado de dolor. Se inclinó hacia él, con la intención de zarandearlo por los hombros hasta que despertara.

Notó en los dedos el ardor causado por un escudo. Vio que Akkarin abría los ojos de golpe, y luego una fuerza la lanzó al aire violentamente. Algo duro le golpeó la espalda y la hizo caer al suelo. El dolor le atenazaba brazos y piernas.

—¡Ay!

—¡Sonea!

Sintió que unas manos le daban la vuelta para colocarla boca arriba. Akkarin la miraba fijamente.

—¿Estás herida?

Ella se examinó.

—No, solo magullada, creo.

—¿Por qué me has despertado?

Ella bajó la vista hacia las manos de Akkarin. Incluso en la penumbra vio que le temblaban.

—Estabas soñando. Una pesadilla...

—Estoy acostumbrado a ellas, Sonea —dijo el mago en voz baja, serena y contenida—. No tenías por qué despertarme.

—Estabas haciendo mucho ruido.

Él se quedó callado por unos instantes y se enderezó.

—Duérmete, Sonea —musitó—. Yo montaré guardia.

—No —replicó ella, irritada—. Apenas has dormido, y sé que no me despertarás cuando te llegue el turno para dormir.

—Te despertaré. Te doy mi palabra —se inclinó hacia delante y le tendió la mano.

Sonea la tomó y dejó que Akkarin la ayudara a ponerse de pie. Una luz intensa la deslumbró, y advirtió que el sol asomaba por detrás de la pared de roca que se alzaba al fondo del valle.

Akkarin se quedó inmóvil. Intuyendo que algo le había llamado la atención, ella lo miró con los ojos entornados, aunque no era más que una silueta negra recortada contra el resplandor del cielo. Entonces, instintivamente, lo escrutó con su mente. Al instante vio una imagen.

Un rostro, enmarcado en una cabellera que brillaba a la luz de la mañana.

Unos ojos... muy oscuros... y un cutis pálido y perfecto...

Era su propio rostro, pero no se parecía a ningún reflejo que hubiera visto en un espejo. Tenía un brillo misterioso en los ojos, el pelo ondeaba bajo la brisa, y aquellos labios, que se curvaban tentadoramente, se le antojaron los de otra persona.

Akkarin apartó la mano con brusquedad y retrocedió un paso.

«Así es como me ve —pensó ella de repente. El deseo que había percibido en él era inconfundible. Notó que se le desbocaba el corazón—. Me había resistido durante todo este tiempo porque creía que era algo que solo yo sentía —se dijo—. Y a Akkarin le ha pasado lo mismo».

Dio un paso hacia él, y luego otro. Akkarin la observaba con el entrecejo fruncido. Deseaba que él viera más allá de sus ojos, que percibiese lo que Sonea pensaba y se percatara de que ella conocía sus pensamientos. Se le acercó, y Akkarin abrió mucho los ojos. Sintió que las manos de él se

cerraban en torno a sus brazos y la apretaban mientras ella se ponía de puntillas para besarlo.

Él se puso rígido. Al inclinarse contra su pecho, Sonea notó que el corazón le latía a toda prisa. Akkarin cerró los ojos y se apartó de ella.

—Basta. No sigas —dijo jadeando. Abrió los párpados y la miró con fijeza.

A pesar de sus palabras, seguía sujetándola por los brazos con tanta fuerza como si se resistiera a soltarla. Sonea escudriñó su rostro. ¿Lo había interpretado mal? No, estaba segura de lo que había percibido.

—¿Por qué?

Akkarin arrugó el ceño.

—Esto está mal.

—¿Está mal? —se oyó a sí misma preguntar—. ¿Por qué? Los dos sentimos... sentimos...

—Sí —dijo suavemente. Desvió la mirada—. Pero hay más cosas que se deben tener en cuenta.

—¿Por ejemplo?

Akkarin le soltó los brazos y dio un paso hacia atrás.

—No sería justo para ti.

Sonea lo miró con atención.

—¿Para mí? Pero...

—Eres joven. Soy doce... no, trece años mayor que tú.

De pronto, su indecisión cobró sentido para Sonea.

—Eso es cierto —respondió ella, midiendo cada palabra—. Pero las mujeres de las Casas se emparejan a menudo con hombres mayores, mucho mayores, algunas de ellas con solo dieciséis años. Yo tengo casi veinte.

Akkarin parecía debatirse consigo mismo.

—Soy tu tutor —le recordó, muy serio.

Ella no pudo reprimir una sonrisa.

—Ya no.

—Pero si regresamos al Gremio...

—¿Provocaremos un escándalo? —soltó una risita—. Creo que ya se están acostumbrando a eso —esperaba arrancarle una sonrisa con aquel comentario, pero una arruga apareció entre las cejas de Akkarin. Sonea

recuperó la compostura—. Hablas como si creyeras que cuando regresemos todo seguirá igual. Aunque logremos regresar, nada volverá a ser igual para nosotros. He aprendido magia negra. Y tú también.

Él torció el gesto, arrepentido.

—Lo siento. No debería haber...

—No te disculpes por eso —lo cortó ella—. Fui yo quien decidí aprender magia negra. Y no lo hice por ti.

Akkarin la contempló en silencio.

Sonea sonrió y dirigió la vista hacia otro lado.

—En fin, esto va a complicar las cosas.

—Sonea...

Lo miró de nuevo, y se quedó quieta al ver que él se le acercaba. Akkarin le apartó un mechón de la cara. A Sonea se le aceleró el pulso al sentir su contacto.

—Cualquiera de los dos podría morir en las próximas semanas —dijo él en voz baja.

Sonea asintió.

—Lo sé.

—Preferiría saber que estás a salvo —sonrió al ver que Sonea entrecerraba los ojos—. No, no pienso volver a discutir eso, pero... Pones a prueba mis lealtades, Sonea.

Ella frunció el ceño, sin comprender.

—¿En qué sentido?

Akkarin extendió la mano y deslizó un dedo por su frente.

—No importa —la comisura de la boca se le curvó hacia arriba—. De todos modos, es demasiado tarde. Empecé a suspender esa prueba la noche en que mataste a la ichani.

Ella parpadeó, sorprendida. ¿Significaba eso que...? ¿Desde hacía tanto tiempo?

Akkarin sonrió. Sonea notó que sus manos le rodeaban la cintura. Cuando la atrajo hacia sí, ella decidió que sus preguntas podían esperar. Sonea levantó un dedo y lo pasó con suavidad por la curva de sus labios. Entonces él se inclinó hacia delante, sus bocas se encontraron y todas las preguntas se desvanecieron.

25. Un encuentro fortuito

Rothen había descubierto que los gorines avanzaban a una lentitud desesperante. Aun así, aquellas enormes bestias eran las preferidas por los mercaderes. Eran fuertes, dóciles, fáciles de conducir y de guiar, y mucho más resistentes que los caballos.

Pero era imposible hacerlos andar deprisa. Rothen suspiró y volvió la vista atrás, hacia Raven, pero el espía dormitaba entre los sacos de tela que llevaban en la carreta, con la cara tapada por un sombrero de ala ancha. Rothen se permitió sonreír y centró de nuevo su atención en el camino. La noche anterior, habían dormido en unas habitaciones situadas encima de una casa de bol en una ciudad llamada Puentefrío. El espía, que se hacía pasar por primo de Rothen, había bebido más bol del que nadie debería ser capaz de soportar y se había pasado la noche yendo y viniendo entre su cama y el evacuatorio.

Lo que seguramente quería decir que Raven se estaba esmerando mucho más que Rothen en su papel de mercader intrépido. «¿O se supone que soy el primo mayor y sensato?».

Rothen se arregló la camisa. Aquella prenda tan ajustada resultaba mucho menos cómoda que la túnica. Sin embargo, se alegraba de llevar un sombrero de viajero, pues, aunque era temprano por la mañana, el día se anunciaba caluroso.

Una nube de polvo flotaba en el aire, sobre el camino, y hacía que el horizonte se viera borroso. Aún no se vislumbraban montañas a lo lejos, pese a que llevaban dos días de viaje. Rothen sabía que el camino conducía casi en línea recta hasta Calia, donde se bifurcaba. El ramal izquierdo discurría en

dirección norte, hacia el Fuerte; el derecho, en dirección nordeste, hacia el Paso del Sur. Era allí adonde se dirigían Raven y él.

Resultaba extraño viajar con rumbo nordeste hacia algo llamado «Paso del Sur», pensó Rothen. Seguramente el Paso debía su nombre a su situación respecto a las montañas, y no respecto a Kyralia en general. Había pasado cerca de allí una vez, hacía cinco años, cuando visitó a su hijo durante las vacaciones de verano.

Pensó con preocupación en Dorrien. Su hijo estaba vigilando el camino del Paso, por lo que el encuentro era inevitable. Rothen tendría que explicarle adónde iba y por qué, y a Dorrien no le iba a gustar.

«Probablemente se empeñará en acompañarnos —Rothen soltó un resoplido suave—. No es una discusión que esté ansioso por tener».

Sin embargo, aún faltaban varios días para que tuviera que encararse con su hijo. Según Raven, se tardaban seis o siete jornadas en llegar al Paso del Sur en carreta. «Para entonces, Sonea llevará quince días en Sachaka —se dijo Rothen—. Si es que sobrevive durante tanto tiempo».

Se había sentido aliviado cuando Lorlen le informó de que Akkarin se había puesto en contacto con los magos superiores; de eso hacía ya cinco días. Sonea estaba viva entonces. Lorlen también había descrito una conversación entre dos sachakanos que inquietó a Rothen profundamente. «Fueran o no ichanis, era evidente que querían matar a Akkarin y a Sonea».

—Los llamaban «los kyralianos» —había dicho Lorlen.

«Espero que eso no signifique que dan el mismo recibimiento a todos los kyralianos que llegan a Sachaka. Los mercaderes llevan realizando viajes entre Kyralia y Arvice desde hace años, y dicen que no ven motivos para que eso haya cambiado recientemente. Solo hay que ir con cuidado...».

—Alguien se acerca —avisó Raven—. Por detrás.

Rothen miró al espía. Este se removió ligeramente, y un ojo asomó por debajo del ala de su sombrero. Al fijarse en el camino a sus espaldas, Rothen alcanzó a ver movimiento tras la polvareda que levantaba su carreta. Caballos y jinetes emergieron de la nube, y Rothen sintió que se le aceleraba el pulso.

—Magos —dijo—. Los refuerzos que Balkan envía al Fuerte.

—Más vale que se aparte a un lado del camino —aconsejó Raven—. Y mantenga la cabeza gacha. No conviene que le reconozcan.

Rothen tiró con suavidad de las riendas. Los gorines sacudieron la cabeza con poco entusiasmo y se dirigieron lentamente hacia la izquierda del camino. El golpeteo de los cascos se oía cada vez más cercano.

—Pero no tenga reparos en quedarse boquiabierto mirándolos —añadió Raven—. Es lo que esperan.

El espía se había incorporado. Rothen se dio la vuelta y observó por debajo del ala del sombrero a los magos que se acercaban. El primero en adelantar la carreta fue lord Yikmo, el guerrero que había sido el tutor especial de Sonea el año anterior. El mago no dirigió ni una mirada a Rothen y a Raven.

Los otros magos pasaron estruendosamente, dejando tras sí una densa estela de polvo. Raven tosió y agitó la mano.

—Veintidós —dijo al tiempo que subía al pescante junto a Rothen—. Eso doblará el número de efectivos en el Fuerte. ¿Ha enviado el Gremio magos al Paso del Sur?

—No lo sé.

—Bien.

Rothen miró a Raven, divertido.

—Cuanto menos sepa, menos pueden averiguar los ichanis a través de usted —explicó el espía.

Rothen asintió.

—Sí sé que el Paso del Sur está bajo vigilancia. Si los ichanis cruzan por allí, se pondrá al Gremio sobre aviso. Quienes se encuentran en el Fuerte deberían tener tiempo suficiente para cabalgar de regreso a Imardin a fin de unirse a las filas del Gremio. La distancia es más o menos la misma desde ambos pasos.

—Hummm —Raven chasqueó la lengua, como solía hacer cuando se concentraba—. Si estuviera en el lugar de los ichanis, elegiría el Paso del Sur. Allí no hay ni magos ni fuerte alguno, por lo que pueden entrar sin consumir energía en el combate. Me temo que esto no presagia nada bueno para nosotros. Aunque, por otro lado... —arrugó el ceño—. Esos ichanis no saben luchar como un solo hombre. Si el Gremio entero les plantase cara, podría matar a uno o dos. Sin embargo, si los miembros del Gremio están dispersos, ese peligro no existe. Tal vez el Fuerte sea la mejor opción.

Rothen se encogió de hombros y dedicó su atención a guiar a los gorines de nuevo hacia el centro del camino. Raven se quedó callado y pensativo durante un rato más.

—Claro que los ichanis podrían ser una invención del depuesto Gran Lord —dijo al fin—, una ficción concebida simplemente para convencer al Gremio de que lo deje con vida. Y su antigua aprendiz le creyó.

Al ver que su compañero lo miraba de reojo, Rothen puso cara de pocos amigos.

—No deja de recordármelo.

—Si queremos que nuestra colaboración resulte eficaz, necesito saber qué hay entre Sonea y usted, y entre ustedes y su compañero —dijo Raven en un tono respetuoso pero decidido—. Sé que no se ofreció usted voluntario para esta misión motivado únicamente por la lealtad.

—No —Rothen suspiró. Raven seguiría tirándole de la lengua hasta estar convencido de haber obtenido toda la información posible—. Ella significa más para mí que cualquier aprendiz. La saqué de las barriadas e intenté enseñarle a encajar.

—Pero nunca acabó de encajar.

—No.

—Entonces Akkarin la tomó como rehén, y usted no pudo hacer nada al respecto. Ahora se le ha presentado la oportunidad.

—Tal vez. Me gustaría poder entrar a hurtadillas en Sachaka y traerla de vuelta, sin más —Rothen miró al espía—. Por algún motivo, dudo que vaya a resultar tan fácil.

Raven soltó una risita.

—Nunca lo es. ¿Cree que Sonea podría estar enamorada de Akkarin?

Rothen sintió un arranque de ira.

—No. Lo odiaba.

—¿Lo bastante para aprender magia negra y seguirlo en su destierro, a fin de asegurarse de que él sobreviviera durante el tiempo suficiente para que el Gremio entrara en razón, según sus palabras?

Rothen respiró hondo y ahuyentó de su mente un temor acuciante.

—Si ella cree que los ichanis existen, a él no le habrá costado convencerla de que hiciera todo eso por el bien del Gremio.

—¿Por qué habría de hacerlo, si los ichanis fueran imaginarios?

—Para que ella lo siguiera. La necesita.

—¿Por qué?

—Por su energía.

—Entonces ¿por qué le enseñó magia negra? Eso no lo beneficiaba en nada.

—No lo sé. Sonea declaró que se lo había pedido ella. Tal vez él no podía negarse sin perder su apoyo.

—O sea, que ella es ahora tan peligrosa en potencia como él. Si descubrió que él mentía, ¿por qué no regresó a Imardin, o por lo menos informó al Gremio?

Rothen cerró los ojos.

—Porque... Porque sí.

—Sé que esto resulta angustioso —dijo Raven en voz baja—, pero debemos examinar todas las motivaciones y consecuencias posibles antes de encontrarnos con ellos.

—Lo sé. —Rothen meditó sobre la pregunta e hizo una mueca—. El hecho de que Sonea haya aprendido magia negra no significa que sea poderosa. Los magos negros se fortalecen absorbiendo energía de otros. Si ella no ha tenido ocasión de hacer eso, Akkarin es seguramente mucho más poderoso. También es posible que él la mantenga débil arrebatándole toda su fuerza a diario, y tal vez haya amenazado con matarla si se comunica con el Gremio.

—Entiendo —Raven frunció el entrecejo—. Esto tampoco presagia nada bueno para nosotros.

—No.

—Detesto decirlo, pero espero que encontremos a la que fue su aprendiz en esa situación. La alternativa es mucho peor para Kyralia —chasqueó la lengua—. Bueno, hábleme de su hijo.

Cuando Akkarin se detuvo, Sonea suspiró aliviada. Aunque se había acostumbrado a las largas caminatas, agradecía cualquier descanso. El cálido sol de la mañana la inducía a dormir.

En lo alto de una colina baja, Akkarin la esperaba mientras ella subía a paso cansino. Cuando llegó, Sonea vio que otra grieta se interponía en su camino. Esta era ancha y poco profunda. Cuando bajó la vista, Sonea se quedó sin aliento.

Una franja azul discurría por el medio. El agua corría por el fondo del barranco; rodeaba rocas y descendía en pequeñas cascadas antes de alejarse hacia el páramo. Las orillas del angosto río estaban repletas de árboles y otras plantas. La vegetación se extendía en algunos puntos por las paredes de roca laterales.

—El río Krikara —murmuró Akkarin—. Si lo seguimos, llegaremos al camino que lleva al Paso del Sur.

Dirigió la vista a las montañas. Sonea miró también y advirtió que el barranco se ensanchaba considerablemente en la hondonada situada entre las cumbres de ambos lados. Sintió una punzada de emoción y de nostalgia. Kyralia estaba al otro lado de esa hondonada.

—¿Estamos muy lejos del Paso?

—A una jornada larga de marcha —Akkarin arrugó el entrecejo—. Deberíamos llegar lo más cerca posible del camino y esperar a que anochezca —bajó la mirada hacia el barranco—. Aunque seguramente llevamos a Parika al menos un día de ventaja, sus esclavos estarán allí, montando guardia.

Se levantó y se volvió hacia ella. Al adivinar lo que pretendía hacer, Sonea lo tomó de las manos.

—Déjame a mí —pidió con una sonrisa.

Invocó su reserva de poder y creó un disco bajo sus pies, que los elevó a ambos por encima del borde del barranco. Descendieron entre los árboles y se posaron en una extensión de hierba.

Al alzar la vista, sorprendió a Akkarin observándola con atención.

—¿Por qué me miras así?

—Por nada —respondió él con una sonrisa. Apartó la mirada y echó a andar a lo largo del río. Sonea sacudió la cabeza y lo siguió.

Después de caminar durante tantos días por las áridas laderas de las montañas, ver toda aquella agua cristalina y corriente rodeada de vegetación le levantó el ánimo. Se imaginó la lluvia en las altas cumbres, formando regueros y después arroyos que se juntaban para convertirse en el río que

fluía por el cañón. Sonea echó un vistazo hacia atrás y se preguntó dónde desembocaría. ¿Continuaría su descenso a través del yermo páramo?

No obstante, los árboles y el sotobosque dificultaban su avance. Akkarin se acercó a las sombras próximas a la pared para evitar al máximo la vegetación. Una hora después, llegaron a un denso bosque que parecía extenderse a lo ancho del cañón y ocultaba el río. Caminando uno detrás de otro, se abrieron paso a través de la maleza, mientras el rumor del agua al pasar por encima de las piedras sonaba más fuerte. Cuando salieron de nuevo a la luz, vieron que una extensa laguna obstaculizaba su camino.

Sonea tomó aire. Ante ellos se alzaba una pared rocosa desde la que el río se despeñaba en amplias cortinas de agua que alimentaban la laguna. Tras el silencio de las montañas, el rugido de la cascada resultaba ensordecedor. Sonea se volvió hacia Akkarin.

—¿Podemos hacer un alto? —preguntó ansiosa—. Podemos quedarnos aquí un rato, ¿verdad? Hace semanas que no me doy un baño como es debido.

Akkarin sonrió.

—Supongo que no pasará nada por hacer una parada breve.

Ella le devolvió la sonrisa y se sentó en una roca cercana para quitarse las botas. Cuando metió los pies en la parte poco honda de la laguna, soltó un grito ahogado.

—¡Está helada!

Centró su mente en irradiar calor al agua. Sus tobillos empezaron a calentarse. Se adentró en la laguna, caminando despacio. Descubrió que podía mantener el agua en torno a sí a una temperatura agradable si no se movía con demasiada brusquedad, lo que provocaba remolinos de frío.

Sus pantalones, al empaparse, se volvieron más pesados. Vio que la laguna era mucho más profunda hacia el centro. Cuando el agua le llegaba a la rodilla, se detuvo, se sentó y se sumergió hasta el cuello.

Las piedras del fondo estaban recubiertas de una capa viscosa, pero eso le dio igual. Se inclinó hacia atrás y dejó poco a poco que su cabeza se hundiera. Cuando se asomó a la superficie para respirar, oyó un chapoteo cercano. Al volverse, vio a Akkarin entrando en el agua. El mago se quedó mirando fijamente la laguna, y de pronto se zambulló. Las ondas de agua

gélida envolvieron a Sonea y soltó una maldición.

Lo observó deslizarse bajo la superficie. Cuando emergió, tenía el largo cabello pegado a la cara. Se lo echó hacia atrás con la mano y se volvió hacia ella.

—Ven aquí.

Sonea vio los pies de Akkarin agitarse bajo el agua. Estaba en la parte honda de la laguna. Movi6 la cabeza de un lado a otro.

—No sé nadar.

Él se le acercó un poco, y se tendió boca arriba.

—Mi familia pasaba todos los veranos junto al mar —contó—. Nadábamos casi a diario.

Sonea intentó imaginarlo de niño, dándose un chapuzón en el mar, pero no lo consiguió.

—Yo viví en varios sitios que estaban cerca del río, pero allí nadie nada.

A Akkarin se le escapó una risita.

—Al menos voluntariamente.

Se colocó boca abajo de nuevo y nadó hacia la cascada. Cuando llegó, sus hombros emergieron y él se quedó contemplando el agua que caía. Pasó la mano de un lado a otro de la cortina de agua y luego dio un paso al frente para atravesarla.

Por un momento solo resultó visible su silueta borrosa, y luego esta desapareció. Sonea aguardó a que regresara. Al cabo de unos minutos la asaltó la curiosidad. ¿Qué había encontrado Akkarin allí detrás?

Se puso de pie y rodeó la laguna. El agua, que al principio le llegaba al tobillo, se hacía más profunda conforme se acercaba a la cascada. Para cuando llegó a los pies de la cortina, estaba sumergida hasta la cintura, aunque notó que el lecho rocoso formaba una pendiente ascendente bajo la cascada.

Deslizó la mano por la cortina de agua que tenía ante sí. Estaba fría y caía con fuerza. Sonea se armó de valor, se impulsó hacia delante y sus rodillas toparon con la roca.

Se había formado una cornisa detrás de la cascada, más o menos a la altura de los hombros. Akkarin estaba sentado en ella, con la espalda contra la pared y las piernas cruzadas. Sonrió a Sonea.

—Es un rincón bastante íntimo, aunque un poco estrecho.

—Y ruidoso —añadió la chica.

Se aupó a la cornisa y se dio la vuelta para apoyar la espalda en la pared. Los tonos verdes y azules del mundo exterior teñían de colores la cortina de agua.

—Es precioso —comentó Sonea.

—Sí.

Al sentir que unos dedos se cerraban sobre su mano, Sonea bajó la vista.

—Estás fría —observó Akkarin.

Le levantó la mano y la sujetó entre las suyas. Su contacto provocó un escalofrío a Sonea. Al mirar a Akkarin, se percató de que los pelos que le recubrían la barbilla le habían crecido considerablemente. «Tal vez dejarse barba le favorecería —pensó—. Y su ropa deja muy poco a la imaginación cuando está mojada».

Él arqueó una ceja.

—¿Por qué me miras de ese modo?

Ella se encogió de hombros.

—Por nada.

Akkarin soltó una risotada, y desvió la mirada de sus ojos hacia abajo. Sonea bajó la vista y notó que se sonrojaba al darse cuenta de que también tenía la ropa adherida al cuerpo. Hizo ademán de taparse, pero las manos de Akkarin apretaron las suyas con fuerza. Al levantar la mirada, vio un brillo travieso en los ojos de él y sonrió.

Con una risita, Akkarin la atrajo hacia sí.

Todos los pensamientos sobre el tiempo, los ichanis y una indumentaria seca y decente se esfumaron de su mente. Había asuntos más importantes que reclamaban su atención: el calor de la piel contra la piel, el sonido de su respiración, el placer que se encendía como una llama en su cuerpo, y después la sensación de comodidad cuando se acurrucaron juntos sobre la cornisa.

«La magia tiene su utilidad —pensó—. Puede convertir un espacio frío y reducido en un lugar cálido y acogedor. Puede aliviar los músculos cansados de caminar. Y pensar que en otra época yo habría renunciado a todo esto por mi odio hacia los magos...

»De haberlo hecho, no estaría ahora con Akkarin.

»No —pensó cuando cobró conciencia de la dura realidad—. Sería una feliz e ignorante habitante de las barriadas, y no me imaginaría siquiera que unos magos inmensamente poderosos estaban a punto de invadir mi tierra. Unos magos que harían que, en comparación, el Gremio pareciera humilde y generoso».

Extendió los brazos hacia el agua que caía. Cuando sus dedos tocaron la cortina, esta se separó. A través del resquicio vio los árboles y la laguna del exterior... además de una figura.

Se puso rígida y apartó la mano rápidamente.

Akkarin se rebulló.

—¿Qué ocurre?

Sonea tenía el corazón desbocado.

—Hay alguien al otro lado de la laguna.

Él se apoyó sobre los codos y frunció el entrecejo.

—Guarda silencio un momento —musitó.

El sonido de voces apagadas llegó hasta sus oídos. A Sonea se le heló la sangre. Akkarin escrutó la pared de agua y sus ojos se posaron en una abertura natural en la cortina, en una parte más apartada de la cornisa. Se puso lentamente a cuatro patas y gateó hasta el hueco.

Cuando llegó se detuvo, y sus facciones se tensaron en un gesto de disgusto. Se volvió hacia ella y articuló con los labios una palabra: Parika.

Sonea recogió su camisa y sus pantalones, y se los enfundó a toda prisa. Akkarin parecía estar escuchando. Se le acercó sigilosamente.

—... mala intención. Solo quería estar preparada para cuando regresara usted —dijo una mujer dócilmente—. ¿Lo ve? He recogido moras erizo y nueces tiro.

—No deberías haberte ido del Paso.

—Riko está allí.

—Riko está durmiendo.

—Pues castigue a Riko.

Se oyó una protesta inarticulada seguida de un golpe sordo.

—Perdóneme, amo —gimió la mujer.

—Levántate. No tengo tiempo para esto. Hace dos días que no duermo.

—Entonces ¿iremos directamente a Kyralia?

—No, hasta que Kariko esté listo. Quiero estar descansado cuando llegue ese momento.

Siguió el silencio. Sonea vio movimiento a través de la cortina de agua. Akkarin se alejó lentamente de la abertura y se dirigió hacia ella. Sonea notó que le rodeaba la cintura con el brazo y se inclinó contra el calor de su pecho.

—Estás temblando —observó él.

Sonea respiró hondo, estremeciéndose.

—Han estado a punto de descubrirnos.

—Sí —asintió el mago—. Menos mal que he escondido nuestras botas. A veces extremar las precauciones vale la pena.

Sonea sintió un escalofrío. Había tenido a un ichani a menos de veinte pasos largos de distancia. Si no hubiera decidido darse un baño, y si Akkarin no hubiera descubierto aquel recoveco detrás de la cascada...

—Está delante de nosotros —dijo ella.

Akkarin la sujetó con más fuerza.

—Sí, pero al parecer Parika es el único ichani en los alrededores del Paso. También me ha dado la impresión de que Kariko planea lanzar la invasión en los próximos días —suspiró—. He intentado contactar con Lorlen, pero no lleva el anillo. Hace días que no se lo pone.

—¿Qué hacemos? ¿Esperamos a que Parika entre en Kyralia, y luego lo seguimos?

—O podemos intentar adelantarlo esta noche, mientras duerme —hizo una pausa y apartó ligeramente a Sonea para mirarla—. No estamos muy lejos de la costa. Una vez allí, estarías a solo unos días de viaje de Imardin. Si te dirigieras hacia allí mientras yo...

—No —a Sonea le sorprendió la firmeza de su propia voz—. No voy a dejarte.

Akkarin adoptó una expresión grave.

—El Gremio te necesita, Sonea. No tendrán tiempo de aprender magia negra en mis libros. Necesitan que alguien los adiestre y luche por ellos. Si los dos atravesamos el Paso, podrían capturarnos y matarnos... a ambos. Al menos, si tú te encaminaras hacia el sur, uno de los dos podría llegar a Kyralia.

Sonea se soltó de sus manos. Lo que decía Akkarin era sensato, pero no le gustaba. Él pasó por su lado y comenzó a vestirse.

—Necesitas mi energía —dijo Sonea.

—Un día más de energía tuya no cambiará gran cosa. Aunque hubiera extraído energía de ti en las últimas semanas, no habría bastado para hacer frente a un ichani. Necesitaría a veinte como tú.

—No sería solo un día. Tardaríamos cuatro o cinco días en llegar desde el Paso hasta Imardin.

—Cuatro o cinco días tampoco supondrían una gran diferencia. Si el Gremio acepta mi ayuda, tendré a cientos de magos a mi disposición para extraer energía de ellos. Si no me aceptan, estarán perdidos de todos modos.

Sonea sacudió la cabeza despacio.

—Tú eres el valioso. Tú eres el que posee los conocimientos y la habilidad, así como la energía que hemos acumulado. Deberías dirigirte tú hacia el sur —lo miró y arrugó el ceño—. Si es más seguro, ¿por qué no vamos los dos al sur?

Akkarin recogió su camisa y suspiró.

—Porque yo no llegaría allí a tiempo.

Sonea lo miró fijamente.

—Y, por tanto, yo tampoco.

—No, pero si yo fracasara, podrías ayudar a lo que quedara del Gremio a reconquistar Kyralia. Al resto de las Tierras Aliadas no les hará mucha gracia tener por vecinos a magos negros sachakanos. Os ofrecerían...

—¡No! —exclamó ella—. No pienso permanecer lejos del Gremio mientras dure la batalla.

Akkarin se puso la camisa por encima de la cabeza, metió los brazos en las mangas y se colocó a su lado. La tomó de la mano y clavó en ella los ojos.

—Sería más fácil para mí enfrentarme a los ichanis si no tuviera que preocuparme por lo que te harían si yo fracasara.

Ella le devolvió la mirada.

—¿Crees que es más fácil para mí —repuso con suavidad— saber lo que te harán a ti?

—Al menos uno de los dos estaría a salvo si fueras hacia el sur.

—¿Por qué no vas tú, entonces? —replicó Sonea—. Yo me quedaré a

resolver el pequeño problema del Gremio con los ichanis.

Akkarin apretó los dientes, pero acto seguido desplegó los labios en una sonrisa y rio.

—No vale. Tendría que acompañarte para ver eso con mis propios ojos.

Ella sonrió y acto seguido se puso muy seria.

—No permitiré que luches solo ni que asumas todos los riesgos. Los afrontaremos juntos —reflexionó unos segundos—. Bueno, seguramente conviene evitar afrontar este en el Paso. Estoy segura de que entre los dos daremos con una alternativa.

La pila de cartas que había sobre el escritorio de Lorlen se inclinaba cada vez más hacia un lado. Osen logró evitar que se cayeran justo a tiempo y las repartió en dos montones.

—Esta prohibición de comunicarse mentalmente va a generar algo más de trabajo para nuestros mensajeros —observó el joven mago.

—Sí —convino Lorlen—, y para los artesanos que se dedican a hacer plumas. Seguramente las gastaré el doble de rápido. ¿Cuántas cartas nos quedan por contestar?

—Esta es la última —respondió Osen.

Tras firmarla y rubricarla, Lorlen procedió a limpiar la pluma.

—Me alegro de que hayas vuelto, Osen —dijo—. No sé cómo me las arreglaría sin ti.

Osen sonrió.

—No podrías, sobre todo ahora que tienes que desempeñar las funciones de administrador y de Gran Lord —al cabo de unos instantes, añadió—: ¿Cuándo elegiremos al nuevo Gran Lord?

Lorlen suspiró. Había estado evitando ese tema. Era incapaz de imaginar a alguien que no fuera Akkarin en el cargo. A pesar de ello, alguien debía ocuparlo tarde o temprano; mejor temprano que tarde, si las predicciones de Akkarin se cumplían.

—Puesto que el asunto de los rebeldes elyneos ya está zanjado, con toda seguridad se nombrará a los candidatos en la siguiente Reunión.

—¿Dentro de un mes? —Osen hizo una mueca y contempló la pila de

cartas—. ¿No podéis empezar antes?

—Tal vez. Sin embargo, ninguno de los magos superiores ha propuesto que abordemos el tema antes.

Osen asintió. Lorlen lo notaba especialmente distraído esa mañana.

—¿Estás preocupado por algo?

El joven mago miró a Lorlen y frunció el ceño.

—¿Restituirá el Gremio a Akkarin en el cargo si su historia resulta ser cierta?

Lorlen torció el gesto.

—Lo dudo. Nadie querría tener a un mago negro como Gran Lord. Ni siquiera estoy seguro de que readmitieran a Akkarin en el Gremio.

—¿Y a Sonea?

—Desafió al rey. Si nuestro monarca permite que un mago negro forme parte del Gremio, elegiré a alguien que sepa que él o el Gremio puede controlar.

Osen arrugó la frente y desvió la mirada.

—O sea, que Sonea nunca completará su entrenamiento.

—No —en cuanto lo dijo, Lorlen comprendió que era verdad y sintió una punzada de tristeza.

—Ese hijo de perra... —siseó Osen al tiempo que se levantaba de su asiento—. Lo siento. Sé que era amigo tuyo y que todavía le tienes algo de respeto, pero ella habría podido llegar a ser... algo increíble. Yo sabía que no era feliz. Era obvio que él era culpable en parte, pero no hice nada.

—No podías hacer nada —señaló Lorlen.

Osen sacudió la cabeza.

—De haberlo sabido, me la habría llevado. Sin tenerla como rehén, ¿qué habría podido hacer él?

Lorlen se miró el dedo en que había llevado el anillo.

—¿Tomar el control del Gremio? ¿Matarte a ti y a Rothen? No te tortures, Osen. No lo sabías, y de nada habría servido que lo supieras.

El joven mago no respondió.

—Ya no llevas puesto el anillo —observó de pronto.

Lorlen levantó la vista.

—No. Me aburrí de él —la ansiedad se apoderó del administrador. ¿Sabía

Osen lo bastante sobre las gemas de sangre para sospechar que la del anillo lo era? En caso afirmativo, y si recordaba que Lorlen lo había llevado durante año y medio, tal vez se daría cuenta de que conocía el secreto de Akkarin desde mucho antes de lo que aseguraba.

Osen cogió los dos montones de cartas y esbozó una sonrisa de fastidio.

—No me necesitas para lamentarte del pasado. Creo que será mejor que haga algo útil y entregue esto a los mensajeros.

—Sí. Gracias.

—Volveré cuando termine.

Lorlen miró a su ayudante mientras este cruzaba la habitación con grandes zancadas. Cuando la puerta se cerró tras él, se contempló de nuevo la mano desnuda. Había ansiado deshacerse del anillo desde hacía mucho tiempo, y, sin embargo, ahora estaba desesperado por recuperarlo. No obstante, lo habían guardado bajo llave en la biblioteca de los magos. Podía sacarlo de allí cuando quisiera...

¿De verdad podía? Sabía lo que diría Balkan. Era demasiado peligroso. Los otros magos superiores opinarían lo mismo.

¿Tenían que saberlo Balkan o los demás?

«Por supuesto. Además, tienen razón: es demasiado peligroso. Pero al menos me gustaría saber qué está pasando».

Tras un suspiro, Lorlen devolvió su atención a las peticiones y cartas que tenía sobre el escritorio.

26. El Paso del Sur

Cuando se acercaron a una de las salidas de los aposentos de Cery, Gol se detuvo y se volvió hacia atrás.

—¿Crees que deberías contar a los otros ladrones lo de esos magos?

Cery suspiró.

—No lo sé. No estoy seguro de si me creerían.

—Tal vez después, cuando tuvieras pruebas.

—Tal vez.

El hombretón subió por una escalera de mano hasta una trampilla en el techo. Descorrió el cerrojo y la empujó hacia arriba con sigilo. El sonido de unas voces llegó hasta los oídos de Cery. Gol salió por la trampilla e hizo señas a Cery de que podía subir sin peligro.

Entró en la pequeña casa de bol. Dos hombres, sentados a una mesa, jugaban a las fichas. Saludaron a Cery y a Gol con un movimiento cortés de cabeza. Aunque sabían que les pagaban por vigilar una de las entradas al Camino de los Ladrones, ignoraban que condujese a la guarida de un ladrón.

No se hallaban ya muy lejos de su destino, pero Cery se detuvo en una panadería y en algunos otros locales de artesanos por el camino. Los dueños estaban tan lejos de sospechar la identidad de su cliente como los guardias. Cery les hizo algunas preguntas discretas sobre si les parecía bien su acuerdo con «el ladrón», y todos menos uno le dieron respuestas favorables.

—Envía a alguien a averiguar qué problema tiene el tejedor de esteras cuando terminemos —dijo Cery a Gol una vez que se encontraban de nuevo en los pasadizos subterráneos—. Hay algo con lo que no está conforme.

Gol asintió. Cuando llegaron a su destino, se adelantó para abrir una

pesada puerta de metal. Un hombre delgado estaba sentado en el corto pasillo que había al otro lado.

—Ren. ¿Cómo está nuestro invitado? —preguntó Cery.

El hombre se puso de pie.

—Ha estado caminando de un lado a otro. Debe de estar preocupado.

Cery arrugó el entrecejo.

—Bueno, abre la puerta.

Ren se agachó a recoger una cadena que estaba en el suelo. Tiró de ella, y una vibración recorrió el suelo. La pared del fondo se deslizó, revelando una habitación suntuosa.

Takan, a pocos pasos de distancia, se había vuelto al oír el ruido. Parecía tenso y ansioso. Cery esperó a que la puerta se cerrara detrás de Gol antes de hablar.

—¿Qué sucede?

El sachakano soltó un ligero resoplido.

—Akkarin se ha puesto en contacto conmigo. Me ha pedido que te explique algunas cosas.

Cery lo miró sorprendido, y luego señaló las sillas.

—Sentémonos, entonces. He traído comida y vino.

Takan se acercó a una silla de la sala de visitas y se sentó en el borde del asiento. Cery se acomodó frente a él, mientras Gol se iba a la cocina en busca de platos y vasos.

—Sabes que esos asesinos que Akkarin te encargó que encontraras eran magos sachakanos —comenzó Takan—. Y también sabes que tanto Akkarin como Sonea fueron desterrados por utilizar magia negra.

Cery asintió.

—Los asesinos son esclavos liberados —explicó Takan—. Sus amos los enviaron para que realizaran labores de espionaje en Kyralia y el Gremio, así como para que mataran a Akkarin si se les presentaba la ocasión. Sus amos son magos poderosos conocidos como ichanis. Emplean magia negra para absorber energía mágica de sus esclavos... o de sus víctimas. En mi país se la denomina magia superior, y ninguna ley prohíbe su uso.

—¿Los hace más fuertes esa magia? —preguntó Cery. A pesar de que ya estaba informado de todo aquello gracias a Savara, tenía que fingir que no lo

sabía.

—Sí. Akkarin aprendió magia negra en mi país. Vine con él cuando regresó a Kyralia, y ha estado absorbiendo energía de mí para poder combatir a los espías.

—¿Fuiste esclavo?

Takan asintió.

—Dices que esos espías asesinos eran esclavos. Sin embargo, también utilizaban la magia negra.

—Se les enseñaba el secreto de la magia superior a fin de que pudieran sobrevivir durante el tiempo suficiente para recabar información sobre las defensas de Kyralia.

Cery frunció el entrecejo.

—Si eran libres, ¿por qué seguían obedeciendo a sus amos?

Takan bajó la vista al suelo.

—Cuesta romper con los hábitos de la servidumbre, sobre todo cuando has nacido esclavo —dijo en voz baja—. Además, los espías tenían tanto miedo del Gremio como de los ichanis. Para ellos solo había dos alternativas: o esconderse en territorio enemigo, o regresar a Sachaka. Hasta que se desterró a Akkarin y a Sonea de manera tan pública, la mayoría de los sachakanos creían que el Gremio seguía usando la magia superior. Todos los espías enviados hasta entonces habían muerto. Sachaka les parecía un lugar más seguro. Allí al menos los peligros que tenían que afrontar les eran conocidos. Pero sabían que los ichanis los matarían si regresaban sin llevar a término su misión.

Gol volvió con vino, copas y una bandeja llena de sabrosos bollos rellenos de carne. El hombretón ofreció a Takan una copa de vino, pero el sirviente la rechazó con un gesto.

—Los ichanis ya están al tanto de que en el Gremio no se practica la magia superior —prosiguió Takan—. Saben que son más fuertes. Su líder, un hombre llamado Kariko, lleva años intentando unirlos. Por fin lo ha conseguido. Akkarin se ha puesto en contacto conmigo esta mañana y me ha pedido que te diga lo siguiente: planean entrar en Kyralia dentro de pocos días. Debes advertir al Gremio.

—¿Y me creerán? —preguntó Cery, no muy convencido.

—El mensaje debe ser anónimo, pero su destinatario sabrá por el contenido quién lo envía. Akkarin me ha dado instrucciones sobre cuál tiene que ser ese contenido.

Cery asintió, se reclinó en su asiento y tomó un sorbo de vino.

—¿Qué sabe el Gremio sobre esto?

—Todo menos esta última novedad. No se creen ni una palabra, pero Akkarin espera que al menos se preparen por si acaso resulta ser cierta —Takan titubeó—. No pareces muy alarmado ante la noticia de que tu país esté a punto de verse arrastrado a una guerra.

Cery se encogió de hombros.

—Oh, lo estoy. Pero no me sorprende. Tenía la sensación de que pronto iba a ocurrir algo importante.

—¿No estás preocupado?

—¿Por qué habría de estarlo? Es cosa de los magos.

Takan abrió mucho los ojos.

—Ojalá fuera así, por tu bien. Pero una vez que esos ichanis hayan derrocado al Gremio y al rey, no dejarán que la gente de a pie siga con su vida como si nada hubiera pasado. A aquellos a quienes no esclavicen, los matarán.

—Primero tendrían que encontrarnos.

—Hundirán vuestros túneles y echarán abajo vuestras casas. Vuestro mundo secreto no sobrevivirá.

Cery sonrió al pensar en los consejos de Savara para matar magos.

—No les resultará tan fácil como piensan —dijo con aire misterioso—. No mientras dependa de mí.

Dannyl salió de la universidad y contempló el concurrido patio. El descanso de enmedio acababa de empezar, y el lugar estaba lleno de aprendices que disfrutaban del calor del verano. Dannyl decidió seguir su ejemplo y dar un paseo por los jardines.

Mientras caminaba por los senderos sombreados, reflexionó sobre su entrevista con lord Sarrin. Ahora que se había tomado una decisión respecto al destino de los rebeldes, y Rothen había partido hacia Sachaka, Dannyl

tenía muy poco que hacer, por lo que se había ofrecido voluntario para ayudar en la construcción de la nueva atalaya. Al líder de alquimistas le había sorprendido su propuesta, como si se hubiera olvidado por completo del proyecto.

—La atalaya, sí, por supuesto —había dicho Sarrin, como distraído—. Nos mantendrá ocupados, a menos que... Claro que en ese caso ya no tendrá importancia. Sí —repitió, en un tono más firme—. Pregunte a lord Davin en qué puede ayudar.

Camino de la universidad, Dannyl había visto a lord Balkan salir del despacho del administrador. El guerrero parecía preocupado. Era de esperar, pero de su expresión se deducía que tenía algo nuevo de que preocuparse.

«Ojalá supiera qué está pasando —pensó Dannyl. Miró en torno a sí y se fijó en la tensión reflejada en el rostro de un grupo de aprendices que estaban cerca—. Por lo que parece, no soy el único».

Al doblar una esquina, vio a un aprendiz solitario sentado en un banco del jardín. El muchacho era mayor que los demás, probablemente de quinto curso, y tenía un aspecto delgado y enfermizo. Le resultaba curiosamente familiar.

Dannyl se detuvo, pues de pronto se dio cuenta de que no se trataba de un muchacho cualquiera, sino de Farand. Se desvió del sendero y se acercó al banco.

—Farand.

El joven alzó la vista y sonrió con timidez.

—Embajador.

Dannyl se sentó.

—Por lo que veo, te han dado una túnica. ¿Has comenzado ya tu instrucción?

Farand asintió.

—Clases privadas, por el momento. Espero que me ahorren la humillación de tener a los aprendices más jóvenes por compañeros.

Dannyl soltó una risita.

—¿Quieres perderte toda esa diversión?

—Por lo que me han contado, usted no lo pasó tan bien cuando era aprendiz.

—No —Dannyl se puso serio—. Durante los primeros años, no. Pero no dejes que mi experiencia te desanime. He oído a algunos magos comentar que sus años en la universidad fueron los más agradables de su vida.

El joven frunció el ceño.

—Esperaba que todo resultara más fácil a partir de ahora, pero empiezo a dudar. Me han dicho que el Gremio podría entrar en guerra y que tendremos que luchar contra Akkarin o contra magos sachakanos. Ya sea contra el uno o contra los otros, nadie está muy convencido de que vayamos a ganar.

Dannyl hizo un gesto afirmativo.

—Es posible que te hayas incorporado al Gremio en el peor momento posible, Farand. Pero si no lo hubieras hecho, no te habrías librado del problema durante mucho tiempo. Si Kyrulia cayese en manos de uno u otro enemigo, Elyne no tardaría en caer también.

—Entonces es mejor que esté aquí. Prefiero echar una mano que ganar unos pocos meses de seguridad en casa —Farand guardó silencio y suspiró—. Pero hay una sola cosa de la que me arrepiento.

—Dem Marane.

—Sí.

—También es lo único de lo que me arrepiento yo —reconoció Dannyl—. Esperaba que el Gremio fuera más indulgente.

—Creo que tal vez el conflicto con el Gran Lord haya influido en la decisión. El Gremio debería haber descubierto que su líder había aprendido magia negra. Como no fue capaz, no quería cometer dos veces el mismo error. Debería haber sentenciado a muerte a Akkarin, pero no podía, así que impuso esa pena al otro hombre que había infringido esa ley, para demostrarse a sí mismo y al mundo que no tolera ese delito —al cabo de unos instantes, Farand añadió—: No estoy diciendo que todos y cada uno de los magos fueran conscientes de esto; solo que la situación influyó en su decisión.

Dannyl miró fijamente a Farand, sorprendido ante la perspicacia del joven.

—Así que la culpa corresponde a Akkarin.

Farand negó con la cabeza.

—Ya no echo la culpa a nadie de nada. Estoy aquí, que es donde debía estar desde el principio. Se espera de mí que me olvide de todas las cuestiones políticas, y eso es lo que voy a hacer —titubeó antes de volver a hablar—. Aunque no sé si podría olvidarlas si no hubiesen absuelto a mi hermana.

Dannyl asintió.

—¿La viste antes de que se marchara?

—Sí.

—¿Cómo está?

—Muy afligida, pero sus hijos le darán una razón para vivir. Los echaré de menos a todos —levantó la mirada cuando sonó el gong que marcaba el final del descanso de enmedio—. Tengo que irme. Gracias por detenerse a conversar conmigo, embajador. ¿Volverá pronto a Elyne?

—No, me quedaré aquí durante un tiempo. El administrador Lorlen quiere que el mayor número posible de magos permanezca aquí hasta que obtenga más información sobre Sachaka.

—Entonces espero que volvamos a tener la oportunidad de charlar un poco, embajador —tras dedicarle una reverencia, Farand echó a andar.

Dannyl miró al joven alejarse. Farand había pasado por muchas cosas y había visto la muerte de cerca tres veces: por la pérdida de Control, por el envenenamiento y ante una posible pena capital. A pesar de todo, no se dejaba llevar por el resentimiento.

Era un ejemplo de humildad. Además, sus reflexiones sobre los motivos para la ejecución de Dem Marane eran interesantes.

«Tal vez llegue a ser un buen embajador —pensó Dannyl—. Si las circunstancias se lo permiten».

Por el momento, el Gremio debía desarrollar sus actividades habituales con toda normalidad. Dannyl suspiró, se levantó y fue en busca de lord Davin.

Algo rozó los labios a Sonea. Abrió los ojos, parpadeó y contempló el rostro situado encima del suyo. Akkarin.

Él sonrió y la besó de nuevo.

—Despierta —murmuró, antes de enderezarse, tomarla de la mano y ayudarla a levantarse.

Sonea echó un vistazo alrededor. Una penumbra inquietante lo teñía todo de gris. El cielo estaba nublado, pero supuso que era demasiado temprano para que el sol se hubiera puesto ya.

—Tenemos que encontrar el camino, antes de que anochezca —dijo Akkarin—. Estará muy oscuro hasta que salga la luna, y no podemos permitirnos hacer un alto.

Sonea bostezó y alzó la vista hacia el espacio entre ambas cumbres. Aquella mañana habían dejado atrás la cascada tras la visita del ichani y habían avanzado cañón arriba hasta llegar lo más lejos que se atrevían. Se habían resguardado en un hueco estrecho entre unas peñas y la pared rocosa para dormir. Aunque no era un sitio tan recóndito como la cornisa tras la cortina de agua, no había ninguna razón para que el ichani o sus esclavos se acercaran.

Conforme el barranco se estrechaba y la luz se hacía más tenue, les costaba cada vez más caminar. El angosto río ocupaba casi todo el ancho del cañón, y había rocas enormes diseminadas por las orillas. Cerca de una hora después, Akkarin se detuvo y señaló a lo alto de la pared del barranco. Bajo la luz del crepúsculo, Sonea solo alcanzó a ver que la pared se prolongaba en una cuesta rocosa y empinada. Pestañeó, sorprendida, al distinguir unos peldaños excavados en la roca.

—El camino discurre a un lado del cañón a partir de aquí —murmuró Akkarin.

Echó a andar hacia los escalones, y cuando llegaron a la base, empezaron a subir. En la cumbre, la oscuridad los envolvió como una humareda densa. Akkarin parecía una sombra cálida.

—Haz el menor ruido posible —susurró al oído a Sonea—. Apoya la mano en la pared de roca. Si quieres decirme algo, tócame los dedos para que nos comuniquemos mentalmente sin que los ichanis nos oigan.

Un viento los azotaba de manera incesante puesto que ya no estaban guarecidos en el interior del cañón. Akkarin avanzaba en cabeza, a un paso constante. Ella iba deslizándose la mano por la pared, intentando caminar de la forma más silenciosa posible. De vez en cuando una piedra se bamboleaba en

el suelo cuando ella o Akkarin la empujaban sin querer, pero el viento ahogaba el sonido.

Después de recorrer un largo trecho, Sonea vislumbró otra pared situada unos cientos de metros a su izquierda. Se preguntó cómo era posible que la viera, y entonces alzó la mirada. Las cumbres, bañadas en la luz de la luna filtrada por las nubes, emitían un brillo mortecino.

El cañón había quedado atrás y el camino avanzaba por un valle estrecho. Sonea se situó junto a Akkarin, y los dos continuaron caminando a toda prisa, el uno al lado del otro. Conforme transcurrían las horas, la pared de la izquierda se cerraba sobre el camino y luego se apartaba de nuevo hasta perderse de vista. Al poco rato volvía a aparecer, y la pared de la derecha retrocedía. La luna siguió subiendo, cada vez más despacio, hasta que inició su descenso hacia las cimas.

Mucho más tarde, el camino empezó a serpentear, siguiendo las curvas de una pendiente rocosa. Cuanto más subían, más inclinada era la cuesta, de manera que poco después se hallaron caminando entre la pared de un barranco y un precipicio. Aun así, seguían su avance.

De pronto, un sonido leve procedente de delante llegó hasta los oídos de Sonea, y Akkarin se detuvo. El sonido se oyó de nuevo.

Un estornudo.

Avanzaron sigilosamente hasta el siguiente recodo del camino. Akkarin extendió el brazo hacia ella y le apretó la mano.

Debe de ser Riko, envió Akkarin.

Bajo la tenue claridad de la luna, Sonea alcanzó a distinguir la silueta oscura de un hombre sentado en una roca, junto al camino. Sonea lo oyó tiritar. Mientras él se frotaba los brazos, algo destelló en su dedo. La joven supuso que se trataba de un anillo de sangre.

Parika seguramente le quitó su ropa de abrigo para asegurarse de que permaneciera despierto, añadió Akkarin.

Esto complica las cosas —respondió Sonea—. *¿Cómo vamos a adelantar al amo y también al esclavo? ¿Los engañaremos a los dos?*

Sí y no. El esclavo será nuestro cebo. ¿Estás lista?

Sí.

A Sonea no le fue fácil tomar la curva del camino sabiendo que el hombre

los vería. Al principio, Riko estaba demasiado enfrascado en su sufrimiento para reparar en su presencia. Pero cuando levantó la mirada y los descubrió, se levantó de un salto y huyó.

Akkarin se detuvo, profirió una palabrota sonora e hizo retroceder a Sonea a empujoncitos.

—¡Un esclavo! —dijo en voz bastante alta para que Riko lo oyese—. Debe de haber alguien en el Paso. Vamos.

Arrancaron a correr por el camino por donde habían llegado. Akkarin aminoró el paso y miró las paredes que se alzaban a ambos lados. Tiró de Sonea para que se detuviera. Ella sintió que el suelo se movía, y al cabo de unos instantes los dos se elevaban en el aire.

Pasaron volando rápidamente frente a la cara del precipicio, luego redujeron la velocidad y se resguardaron en las sombras. Sonea notó que sus pies tocaban roca viva. La cornisa sobre la que Akkarin la había posado apenas era lo bastante ancha para sus botas. Apoyó la espalda en la pared, con el corazón latiéndole a toda prisa.

Se impuso un prolongado silencio interrumpido únicamente por su respiración. Poco después apareció una figura más abajo, en la curva del camino, andando con cautela. Se detuvo. La mano de Akkarin apretó la suya con más fuerza.

Necesita un empujoncito, observó Akkarin.

Desde la distancia les llegó el sonido de una piedra que rebotaba y se deslizaba a través del camino. La figura dio un paso al frente y de pronto una luz brillante se encendió e inundó la zona con su resplandor. Sonea contuvo la respiración. El hombre llevaba un abrigo fino, y en sus manos centelleaban varias gemas y metales preciosos.

Estupendo —replicó Sonea—. *Ahora basta con que mire hacia arriba para vernos.*

No lo hará.

Un hombre flaco y encorvado se acercó al ichani por detrás, arrastrando los pies.

—He visto...

—Ya sé lo que has visto. Vuelve y quédate con...

De repente, el ichani comenzó a trotar. Sonea dirigió la vista hacia el

camino y divisó una luz en el recodo siguiente, unos cientos de metros más allá. Estaba perdiendo intensidad, pues se alejaba. Sonea se volvió hacia Akkarin; había adivinado que él era la fuente de luz. El mago tenía la frente arrugada en un gesto de concentración.

El ichani apretó el paso, tomó la curva y desapareció. Cuando Sonea bajó la vista de nuevo, el esclavo ya no estaba allí. Akkarin respiró hondo.

No tenemos mucho tiempo. Esperemos que Riko obedezca a su amo con diligencia.

Descendieron hasta el camino y avanzaron a toda prisa hacia el Paso. Sonea estaba convencida de que alcanzarían al esclavo enseguida, pero no lo avistaron sino varios cientos de metros más adelante.

Poco después, vislumbraron una luz titilante a lo lejos. Sonea vio aliviada que se trataba de una hoguera. Había temido que hubiesen descubierto a otro ichani. Riko se aproximó al fuego y se sentó junto a una mujer más joven.

Akkarin y Sonea se acercaron sin apartarse de las sombras. El fuego iluminaba las escarpadas paredes a ambos lados del camino.

No podemos pasar por su lado sin que nos vean —envió Akkarin—. ¿Estás preparada para correr?

Sonea asintió.

Tan preparada como puedo estar.

Sin embargo, Akkarin no se movió. La chica se volvió hacia él y vio que tenía el entrecejo fruncido.

¿Qué sucede?

Debería aprovechar la oportunidad para dejar a Parika sin sus esclavos. Si no, acabará utilizándolos en contra nuestra.

Sonea sintió que se le helaba la sangre cuando se dio cuenta de lo que Akkarin pretendía hacer.

Pero si no hay tiempo...

Entonces más vale que no pierda un instante.

Akkarin soltó la mano a Sonea y se abalanzó hacia delante.

Ella se mordió la lengua para no protestar. Matar a los esclavos tenía sentido. De lo contrario, su energía sería utilizada para matar kyralianos. Por otro lado, a Sonea le parecía una crueldad asesinar a personas que habían sido víctimas durante toda su vida. Ellos no habían elegido ser instrumentos de los

ichanis.

La mujer fue la primera en ver a Akkarin. Se puso en pie de un salto y salió despedida hacia atrás cuando algo la golpeó con fuerza. Cayó al suelo, inerte.

Riko se había alejado precipitadamente por el camino. Akkarin echó a correr, y Sonea lo siguió a toda velocidad. Desde algún lugar situado a su espalda, Parika sin duda había visto el ataque a través del anillo de sangre del esclavo. Sonea se detuvo durante unos instantes para mirar a la mujer. Sus ojos sin vida estaban vueltos hacia el cielo.

«Al menos ha sido rápido», pensó Sonea.

Una luz brilló por encima de la cabeza de Akkarin, que avivó el paso. El camino continuaba serpenteando, aunque había comenzado a descender. Sonea no alcanzaba a vislumbrar al esclavo que corría delante de ellos. Muy a su pesar, deseaba que permaneciese apartado de la vista. Mientras Akkarin no lo viese, no podía matarlo.

Se oyó un grito unos pasos más adelante. Akkarin miró hacia allí y aceleró. Se distanció de Sonea enseguida y dobló la siguiente curva varias zancadas antes que ella. Al llegar allí, la joven vio que el camino torcía bruscamente hacia un lado, se alejaba de las paredes cada vez más estrechas del Paso y avanzaba a lo largo de la empinada ladera de una montaña. Akkarin se había detenido en el recodo y contemplaba el precipicio. Sonea se detuvo a su lado y se asomó por encima del borde, pero abajo no vio más que oscuridad.

—¿Se ha despeñado?

—Eso creo —respondió él, jadeando. Miró el camino que tenían delante. Se curvaba resiguiendo la falda de la montaña y, tras unos cientos de metros, desaparecía de la vista—. No hay ningún sitio... donde esconderse. No me... llevaba tanta distancia —echó una ojeada hacia atrás, y su rostro se tensó—. Debemos... continuar adelante. Si Parika nos sigue... tampoco tendremos donde escondernos.

Reanudó la marcha, y enfilaron el camino a la carrera. Después de la primera curva, el alivio de Sonea cedió el paso al abatimiento cuando vio ante sí otro trecho largo de camino recto y desprotegido. Siguieron corriendo. Ella notaba un hormigueo en la espalda, y tenía que contener el impulso de mirar

hacia atrás.

El tiempo parecía dilatarse mientras avanzaban a toda prisa. El camino descendía con una pendiente uniforme. La sensación de urgencia y temor remitió, pero el cansancio aumentó hasta dominar todos sus pensamientos. Sonea recurrió a la sanación para librarse de él.

«Seguro que podríamos descansar un momento —repetía para sí una y otra vez—. Parika no nos seguiría hasta Kyralia, ¿o sí?».

No obstante, Akkarin no hacía el menor ademán de detenerse.

«¿Cuántas veces podré sanarme a mí misma así? ¿No será nocivo para mi cuerpo hacerlo demasiadas veces seguidas?».

Cuando Akkarin por fin aminoró el paso, Sonea exhaló un profundo suspiro de alivio. Él soltó una risita y la abrazó por los hombros. Al volver la mirada atrás, la joven se percató de que estaban caminando entre árboles. La luna había desaparecido. Akkarin redujo su globo de luz a un tenue resplandor. Avanzaron durante otra interminable hora, y entonces Akkarin guio a Sonea a un lado del camino.

—Creo que ya hemos llegado lo bastante lejos —murmuró.

—¿Y si nos sigue?

—No lo hará. No cruzará la frontera de Kyralia antes que Kariko.

Sonea notó que el suelo bajo sus pies era blando e irregular. Continuaron caminando durante unos minutos, hasta que Akkarin se detuvo y se sentó, apoyando la espalda en un árbol. Sonea se dejó caer a su lado.

—¿Y ahora qué? —preguntó mientras paseaba la vista por el bosque que los rodeaba.

Akkarin la atrajo hacia su pecho y la rodeó con los brazos.

—Duérmete, Sonea —susurró—. Yo montaré guardia. Mañana decidiremos qué hay que hacer.

27. Un reencuentro imprevisto

«No, es demasiado pronto para despertarme —pensó Sonea—. Sigo estando muy cansada».

Sin embargo, una inquietud creciente no la dejaba conciliar de nuevo el sueño. Tenía la espalda recostada contra algo tibio, en posición casi vertical. Respiró hondo y notó el peso de unos brazos en torno a ella. Eran los de Akkarin. Sonea sonrió y abrió los ojos.

Había cuatro patas delgadas y peludas delante de ella. Las patas de un caballo. Con el pulso acelerado, levantó la vista.

Unos ojos azules conocidos le devolvieron la mirada. Una túnica verde, cubierta en parte por una pesada capa negra, relucía bajo el sol de la mañana. Ella sintió una mezcla de alegría y alivio.

—¡Dorrien! —exclamó—. No te imaginas cuánto me alegro de verte.

Sin embargo, él mantuvo una expresión fría. El caballo piafó y sacudió la cabeza. Sonea oyó resoplar a otro cerca. Al volverse hacia un lado, vio a otros cuatro jinetes que aguardaban a unos pasos de distancia, vestidos con ropas sencillas.

Akkarin se rebulló e inspiró profundamente.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Dorrien.

—Pues... estamos... —Sonea sacudió la cabeza—. No sé por dónde empezar, Dorrien.

—Hemos venido a advertiros —respondió Akkarin. Sonea notó la vibración de la voz de él en su espalda—. Los ichanis planean invadir Kyralia dentro de pocos días.

Sus manos sujetaron a Sonea por los hombros y la empujaron con

delicadeza hacia delante. Ella se levantó y se hizo a un lado mientras él se ponía de pie.

—Os han desterrado —dijo Dorrien en voz baja—. No podéis volver a este territorio.

Akkarin arqueó las cejas.

—¿No podemos? —preguntó, enderezándose y cruzando los brazos.

—¿Pretendes enfrentarte a mí? —inquirió Dorrien, con un centelleo amenazador en la mirada.

—No —repuso Akkarin—. Pretendo ayudarte.

Dorrien entrecerró los ojos.

—No te pedimos ayuda —le espetó—. Te pedimos que te marches.

Sonea fijó la vista en Dorrien. Nunca lo había visto así, tan distante y lleno de odio. Hablaba como un extraño. Como un extraño estúpido y airado.

Entonces se acordó de la pasión con que defendía a la gente de su aldea. Estaba dispuesto a arriesgarlo todo por protegerlos. Y si todavía sentía por ella lo mismo que hacía tiempo, descubrirla durmiendo en brazos de Akkarin seguramente no había contribuido a mejorar su humor.

—Dorrien —dijo Sonea—, no habríamos regresado si no nos hubiera parecido importante.

Dorrien se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

—Que debáis volver o no es algo que corresponde decidir al Gremio. Se me ha ordenado que vigile el camino para impedir el paso si intentáis regresar —dijo—. Si os empeñáis en quedaros, primero tendréis que matarme.

A Sonea el corazón le dio un vuelco. La imagen de la esclava muerta le vino de pronto a la memoria. Akkarin no podía ser capaz de...

—No necesito matarte —replicó Akkarin.

Los ojos de Dorrien parecían dos témpanos de hielo. Abrió la boca para decir algo.

—Nos iremos —se apresuró a afirmar Sonea—, pero al menos deja que os comuniquemos la noticia que traemos —posó una mano sobre el brazo de Akkarin.

Está pensando con el corazón. Si le damos tiempo para recapacitar, quizá sea más razonable.

Akkarin la miró con mala cara, pero no protestó. Cuando ella se volvió, descubrió a Dorrien mirándola de hito en hito.

—Muy bien —dijo este con una renuencia evidente—. Contadme vuestras noticias.

—Como estás vigilando el Paso, sin duda Lorlen te habrá informado sobre la amenaza de Sachaka. Ayer por la mañana, Sonea y yo conseguimos evitar a duras penas que nos capturase un ichani llamado Parika —explicó Akkarin—. Por su conversación con su esclava nos enteramos de que Kariko y sus aliados planean entrar en Kyralia en los próximos días. Sonea y yo teníamos la intención de quedarnos en Sachaka hasta que el Gremio se convenciera de que los ichanis existen y representan una amenaza, pero se acaba el tiempo. Si el Gremio quiere que regresemos y le prestemos ayuda en la batalla que se avecina, tenemos que estar lo bastante cerca de Imardin para llegar allí antes que los ichanis.

Dorrien contempló a Akkarin con el rostro impasible.

—¿Eso es todo?

Sonea se disponía a hablarle de los ichanis apostados en el Paso del Sur, pero se imaginó a Dorrien cabalgando hacia las montañas para investigar por sí mismo. Los ichanis lo matarían. Así pues, se mordió la lengua.

—Por lo menos deja que nos quedemos hoy a descansar —suplicó—. Estamos agotados.

Los ojos de Dorrien se clavaron en los de Akkarin y se entrecerraron. A continuación, se volvió hacia los otros jinetes, que estaban detrás de él.

—Gaden, Forren. ¿Puede el Gremio tomar prestados vuestros caballos por un día?

Sonea observó a los hombres por encima del costado de la montura de Dorrien. Intercambiaron una mirada y descabalaron.

—No poseo autoridad para concederos un día, o una hora siquiera, en Kyralia —dijo Dorrien, muy rígido, mientras los hombres guiaban a los caballos hacia delante—. Os escoltaré hasta el Paso.

Los ojos de Akkarin llamearon, desafiantes. Sonea notó que estaba tenso. Le sujetó el brazo con más fuerza.

¡No! Deja que hable con él por el camino. A mí me escuchará.

Él la miró con expresión de escepticismo. Sonea sintió que se sonrojaba.

Durante una época fuimos casi íntimos. Creo que está enfadado porque me apartaste de él.

Akkarin enarcó las cejas y clavó los ojos en Dorrien con afán escrutador.

¿De verdad? A ver qué puedes hacer, entonces. Pero no tardes demasiado.

Cuando uno de los hombres se acercó, Akkarin dio un paso hacia él y cogió las riendas que le ofrecía. El hombre retrocedió con timidez y lanzó a Dorrien una mirada nerviosa. El joven mago permaneció callado mientras Akkarin subía de un salto a la silla de su caballo. Sonea se acercó a la otra montura y consiguió auparse sobre su lomo. Akkarin se volvió hacia Dorrien, que estaba detrás.

—Después de ti —dijo el sanador.

El caballo de Sonea los siguió mientras Akkarin hacía girar a su caballo y lo arreaba hacia el camino. Avanzaban en fila de a uno, por lo que entablar conversación resultaba imposible. Mientras atravesaban el bosque, Sonea notaba los ojos de Dorrien fijos en su espalda.

Cuando llegaron al camino, Sonea tiró de las riendas para que su cabalgadura aminorase la marcha. Una vez que se emparejó con la de Dorrien, echó una mirada al sanador, pero de pronto no se le ocurría qué decirle. Temía hacerlo enfadar aún más.

Pensó en los días que había compartido con él en el Gremio. Tenía la impresión de que había transcurrido mucho tiempo desde entonces. ¿Abrigaba él la esperanza de recuperar su interés algún día? Aunque Sonea no le había prometido nada, sintió una punzada de culpabilidad. Su corazón pertenecía a Akkarin. Dorrien nunca le había inspirado sentimientos tan intensos.

—Cuando Rothen me lo dijo, al principio no le creí —murmuró Dorrien.

Sonea se volvió hacia él, sorprendida de que hubiese roto el silencio.

Dorrien estaba observando a Akkarin.

—Sigo sin creerlo —sus cejas se juntaron—. Después de que me explicara los motivos de Akkarin para arrebatarme tu tutela, entendí por qué te habías distanciado de mí. Temías que, al ver lo desdichada que eras, me pusiera a hacerte preguntas —la miró—. Esa fue la razón, ¿verdad?

Sonea asintió.

—¿Qué ocurrió? ¿Cuándo consiguió que te volvieras contra nosotros?
Ella se sintió culpable de nuevo.

—Hace unos... dos meses me pidió que lo acompañara a la ciudad. Yo no quería, pero pensé que podría enterarme de algo que el Gremio pudiese utilizar en su contra. Me llevó a ver a un hombre, un sachakano, y me enseñó a leerle la mente. Lo que vi en ella no podía ser otra cosa que la verdad.

—¿Estás segura? Si el hombre estaba convencido de cosas que no eran verdad, tú...

—No soy tonta, Dorrien —le sostuvo la mirada—. Los recuerdos de ese hombre no podían ser falsos.

Él frunció el entrecejo.

—Continúa.

—Después de enterarme de la existencia de los ichanis, y de que su líder podría conseguir apoyo suficiente para invadirnos si demostraba la debilidad del Gremio, no podía quedarme cruzada de brazos mientras Akkarin se encargaba de todo. Le pedí... no, le exigí que me dejara ayudarlo.

—Pero... la magia negra, Sonea. ¿Cómo pudiste aprender algo así?

—No fue una decisión fácil. Sabía que era una responsabilidad tremenda y que entrañaba un grave riesgo. Pero si los ichanis atacaban, el Gremio sería destruido. Seguramente yo acabaría muerta de todos modos.

Dorrien arrugó la nariz como si le molestara algún olor.

—Pero es maligna.

Sonea movió la cabeza en señal de negación.

—El Gremio de los primeros tiempos no opinaba lo mismo. Y creo que yo tampoco. Aun así, no me gustaría que el Gremio empezara a utilizarla de nuevo. Solo de imaginar un poder semejante en manos de alguien como Fergun o como Regin... —Se estremeció—. No es una buena idea.

—Pero ¿tú sí eres digna de poseerlo?

Se puso muy seria. Esa pregunta seguía corroyéndola.

—No lo sé. Eso espero.

—Confesaste haberlo usado para matar.

—Sí... —suspiró—. ¿Piensas que haría algo así solo para hacerme más fuerte? ¿No crees que podía tener una buena razón?

Él desvió la vista hacia Akkarin.

—No lo sé.

Sonea siguió la dirección de su mirada. El caballo de Akkarin avanzaba unos veinte pasos más adelante.

—Pero sí que consideras a Akkarin capaz de matar por conseguir más poder, ¿verdad?

—Sí —admitió Dorrien—. Reconoció que había matado ya muchas veces.

—De no haberlo hecho, seguiría siendo un esclavo en Sachaka, o estaría muerto, y el Gremio habría sido atacado y destruido hace años.

—Sí, si lo que él dice es cierto.

—Lo es.

Dorrien meneó la cabeza y miró hacia el bosque.

—Dorrien, debes advertir al Gremio que los ichanis se aproximan —rogó—. Y... deja que nos quedemos a este lado de las montañas. Los ichanis saben que cruzamos la frontera anoche. Si regresamos, nos matarán.

Él clavó los ojos en ella, con una expresión a medio camino entre la alarma y la incredulidad.

Entonces una figura les salió al paso.

Sonea reaccionó instintivamente, pero el escudo con que se envolvió a sí misma y a Dorrien cedió ante un azote de fuerza. La joven se vio lanzada hacia atrás, y el golpe que se dio contra el suelo expulsó todo el aire de sus pulmones. Oyó a Dorrien maldecir, y se apresuró a crear otro escudo cuando los cascos de caballos retumbaron en torno a ella. Sonó un relincho agudo, seguido del estruendo de las bestias que huían a galope.

«Levántate —se dijo Sonea—. ¡Levántate y encuentra a Akkarin!».

Se dio la vuelta y se puso de pie apresuradamente. Miró con el rabillo del ojo y vio a Dorrien cerca, en cuclillas. Akkarin se encontraba a varios pasos.

Entre ella y Akkarin estaba Parika.

Sonea sintió que se le encogía el estómago de miedo. Akkarin estaba demasiado débil para luchar contra un ichani. Su ayuda no le serviría de mucho, y la de Dorrien menos aún.

Algo destelló en el aire cuando Akkarin atacó al ichani. Parika contraatacó con azotes potentes.

—Sonea.

Ella se volvió hacia Dorrien cuando este se situó a su lado.

—¿Es un ichani?

—Sí. Se llama Parika. ¿Me crees ahora?

Dorrien no contestó. Sonea lo agarró de la muñeca.

Akkarin no tiene energía suficiente para combatirlo. Tenemos que ayudarlo.

De acuerdo. Pero no lo mataré hasta estar seguro de que es lo que tú dices.

Acometieron al ichani a la vez y golpearon su escudo con fuerza. El ichani se detuvo unos instantes y miró por encima del hombro. Sus labios se torcieron en una mueca de desprecio cuando posó la vista en Dorrien. Entonces sus ojos se fijaron en Sonea. La mueca se transformó en una sonrisa perversa. Dio la espalda a Akkarin y echó a andar hacia ella.

Sonea retrocedió. Le lanzaba un ataque tras otro, pero no conseguía frenar su avance. Dorrien también emitía fogonazos contra él, pero sus esfuerzos tampoco parecían surtir efecto. Akkarin castigaba sin cesar el escudo de Parika, sin embargo el ichani hacía caso omiso de él.

Dorrien empezó a apartarse de Sonea, y ella comprendió que pretendía desviar la atención de Parika hacia un lado. El ichani no le prestó la menor atención. Sus azotes eran cada vez más fuertes, y la chica se dejó empujar a lo largo del camino.

«Piensa —se dijo—. Tiene que haber una salida. Recuerda las lecciones de lord Yikmo».

Atacaba el escudo de Parika desde todas direcciones, pero descubrió que era uniforme e impenetrable. Repasó mentalmente todos los ataques falsos y las trampas que había empleado en clase, pero casi todos se basaban en que el adversario debilitase su escudo para ahorrar fuerza. No podía hacer otra cosa que engañarlo de alguna manera para que agotase su energía.

De pronto, Dorrien se interpuso entre ella y el ichani. El rostro de Parika se ensombreció. Se detuvo y arrojó varias descargas de energía contra el sanador. Dorrien se tambaleó hacia atrás, con el escudo dañado. Sonea se abalanzó hacia delante y extendió su escudo sobre el de él. Al hacerlo, sintió que su propia fuerza empezaba a flaquear. Dorrien la asió del brazo.

¡Es muy poderoso!

Sí, y yo no podré aguantar así durante mucho tiempo.

Tenemos que huir. La agarró de un brazo y tiró de ella hacia el camino.

Pero Akkarin...

Se las está arreglando bastante bien. No podemos hacer nada más por él.

No le quedan fuerzas suficientes.

Entonces todos estamos perdidos.

Otra descarga sacudió a Sonea. Se dejó llevar por Dorrien, que había arrancado a correr. El siguiente golpe los impulsó hacia delante. Ella invocó su reserva de energía, consciente de que era toda la que le quedaba.

Cuando el azote siguiente hizo añicos su escudo, soltó un grito ahogado. Volvió la vista atrás y vio a Parika dirigirse hacia ella a grandes zancadas. Akkarin lo seguía a toda prisa. Sonea se lanzó a la carrera.

Entonces una fuerza le impactó en el costado. Sintió que se quedaba sin aire y que su hombro chocaba contra el suelo. Por un momento, solo pudo quedarse tendida boca arriba, aturdida por ambos golpes. Luego se incorporó apoyándose en los codos.

Dorrien se hallaba a unos pasos de ella, pálido e inmóvil. Alarmada, Sonea intentó ponerse de pie, pero otro ataque la dejó tumbada de nuevo. Cuando notó el hormigueo de un escudo que se deslizaba sobre ella, se le heló la sangre. Una mano la cogió del brazo y tiró de él para ponerla de rodillas. Parika la contemplaba desde arriba, con la boca torcida en una sonrisa cruel. Ella le devolvió la mirada, presa del terror y la incredulidad.

«Todo no puede acabar así».

El escudo del ichani vibraba con los golpes que recibía una y otra vez. Vio a Akkarin a solo unos pasos, con una expresión aterradora. El ichani deslizó la mano por el brazo de Sonea hasta asirla por la muñeca, y se llevó la otra al interior del abrigo.

Al ver la daga curva que desenfundó, la mente de Sonea se quedó en blanco a causa del miedo. Intentó forcejear, pero fue inútil. Entonces el dolor que sintió cuando la hoja le abrió la piel le trajo a la memoria el recuerdo de un tajo que ella había hecho.

«Sánate —había indicado Akkarin—. Siempre debes sanarte cuanto antes. Incluso los cortes a medio sanar son brechas en tu barrera».

Prácticamente había agotado sus fuerzas, pero mientras viviese, siempre

le quedaría un poco de energía. Además, sanar un corte tan pequeño solo requería... «¡Ya está!».

Parika se quedó inmóvil, mirándole el brazo. La daga descendió despacio y volvió a tocarle la piel. Sonea centró su voluntad y notó que el dolor remitía. El ichani, con la mirada desorbitada, le practicó otro corte, esta vez más profundo, y soltó una exclamación de incredulidad cuando la herida se cerró ante sus ojos.

«No saben sanar». La invadió una sensación de triunfo, pero le duró muy poco. No podía seguir sanándose indefinidamente. Al final el cansancio se lo impediría.

Pero ¿había otra manera de utilizar esa habilidad a su favor?

«Por supuesto que la hay».

El ichani le estaba aferrando la muñeca. Piel contra piel. Esto lo hacía casi tan vulnerable a los poderes de sanación de Sonea como ella lo era a la magia negra. Cerró los ojos y proyectó la mente hacia el brazo de Parika. Estuvo a punto de perder la concentración al sentir la punzada de otro tajo. Tras una breve pausa para sanarse, se adentró en el cuerpo del ichani. Hasta el hombro. Hasta el pecho. Notó el dolor de otro corte...

«Ya lo tengo —pensó eufórica—. Su corazón». Con las escasas fuerzas que le quedaban, lo sujetó y lo retorció.

El ichani profirió algo a medio camino entre un alarido y un jadeo, y la soltó. Sonea cayó hacia atrás y se alejó dando traspiés, mientras él caía de rodillas y se llevaba las manos al pecho.

Se quedó paralizado, al borde de la muerte. Fascinada, Sonea contempló cómo su rostro se volvía azul.

—¡Apártate de él!

Sonea se sobresaltó al oír el grito de Akkarin. Se abalanzó hacia delante y recogió la daga que el ichani había dejado caer. Con un amplio movimiento de brazo, le asestó una cuchillada en la nuca, y acto seguido apretó la herida con la mano.

Cuando comprendió lo que estaba haciendo, Sonea se tranquilizó. No había motivo para que Akkarin no absorbiese la energía restante de Parika. El ichani iba a morir de todos modos, e incluso era posible que aún tuviese una reserva considerable de fuerza.

De pronto comprendió el porqué de la advertencia de Akkarin. Si Parika moría con magia acumulada en su interior, esa energía consumiría su cuerpo y seguramente haría saltar en pedazos todo lo que había alrededor. Se apresuró a ponerse de pie y a alejarse de él.

Akkarin se irguió. Tiró la daga y dejó que Parika se desplomase en el suelo. Dio unos pasos más y abrazó a Sonea, con tanta fuerza que casi la asfixiaba.

—Creía que te había perdido —susurró con voz ronca. Respiró hondo, de forma entrecortada—. Deberías haber puesto tierra por medio en cuanto ha aparecido él.

Aunque ella se sentía magullada y agotada, cuando la magia sanadora comenzó a fluir desde Akkarin, notó que le volvían las fuerzas.

—Ya te lo he dicho. No voy a dejarte. Si morimos, moriremos juntos.

Akkarin se apartó un poco y la miró con aire divertido.

—Eso es muy halagador, pero ¿qué hay de Dorrien?

—¡Dorrien!

Él masculló una palabrota y se volvió hacia Dorrien, que yacía a unos pasos de allí. Sonea y Akkarin corrieron a su lado. Dorrien tenía los ojos abiertos y vidriosos a causa del dolor.

Akkarin posó una mano sobre la cabeza del sanador.

—Estás malherido —dijo—. Procura no moverte.

Dorrien dirigió la vista a Akkarin.

—Ahorra tus energías —musitó.

—No seas idiota —replicó Akkarin.

—Pero...

—Cierra los ojos y ayúdame —atajó Akkarin con severidad—. Tú conoces esta disciplina mejor que yo.

—Pero...

—Me serás mucho más útil vivo que muerto, Dorrien —repuso Akkarin con sequedad y con cierta autoridad—. Podrás restituirme la fuerza que utilice para sanarte luego, si te empeñas.

Dorrien expresó su conformidad con los ojos.

—Ah... —hizo una pausa y miró a Sonea—. ¿Qué ha sido del sachakano?

Sonea sintió que le ardían las mejillas. Utilizar la energía sanadora para matar le parecía el peor abuso posible de la disciplina.

—Está muerto. Te lo contaré más tarde.

Dorrien cerró los ojos un instante. Sonea miró a su amigo con atención y advirtió que el color le volvía poco a poco a la cara.

—Deja que adivine —dijo Akkarin en voz baja—. Has hecho que su corazón deje de latir.

Cuando alzó la vista, Sonea advirtió que la estaba observando. Akkarin señaló a Dorrien con la cabeza.

—Se ha hecho cargo de la sanación —dijo—. Yo solo le proporciono la fuerza para ello —se volvió hacia el sachakano—. ¿Estoy en lo cierto?

Sonea echó un vistazo a Dorrien y asintió.

—Has dicho que Parika no entraría en Kyralia.

Akkarin frunció el entrecejo.

—Tal vez quería vengarse de la muerte de sus esclavos. Los esclavos fuertes son difíciles de encontrar, y los ichanis se enfadan cuando les matan o les arrebatan a uno. Es como perder un caballo premiado. Aunque no entiendo por qué se ha tomado la molestia de venir. Hemos llegado hace varias horas, y él debía de saber que le resultaría difícil encontrarnos después de que abandonáramos el camino.

Dorrien se removió y abrió los ojos.

—Ya es suficiente —dijo—. Me siento como si me hubieran hecho pedazos y luego alguien los hubiese vuelto a juntar, pero sobreviviré.

Con cuidado, se apoyó en los codos y se mantuvo incorporado. Dirigió la mirada hacia el ichani muerto. Sintió un escalofrío y se volvió hacia Akkarin.

—Os creo. ¿Qué queréis que haga?

—Que te alejes del Paso —Akkarin ayudó a Dorrien a ponerse de pie—. Y que comuniqués una advertencia al Gremio. ¿Tienes un...?

¡Lorlen!

¿Makin?

¡Unos desconocidos están atacando el Fuerte!

Sonea clavó la vista en Akkarin, quien le devolvió la mirada. A la joven le vino a la mente la imagen de un camino avistado desde arriba. Lo reconoció como el que conducía al Fuerte desde el lado sachakano. Varios

hombres y mujeres, con atuendos parecidos a los de Parika, estaban formados en fila. El aire vibraba con sus azotes.

—Es demasiado tarde para las advertencias —murmuró Dorrien—. Ya están aquí.

28. Comienza la invasión

Cery sintió una punzada de envidia cuando contempló la multitud. Los dos ladrones en cuyo territorio se encontraba el mercado, Sevli y Limek, eran muy ricos, y aquel día no resultaba difícil comprender por qué. La luz del sol resplandecía en el torrente de monedas que pasaban de manos de los clientes a las de los encargados de los puestos, e incluso una pequeña parte de esos ingresos a cambio de servicios prestados sumaría una fortuna al cabo de poco tiempo.

Un sirviente se acercó y depositó dos tazas sobre la mesa. Savara tomó un sorbo de la suya, cerró los ojos y suspiró.

—Tenéis buena raka —comentó—. Es casi tan buena como la nuestra.

Cery sonrió.

—Entonces tal vez debería intentar importar raka sachakana.

Savara arqueó una ceja en señal de advertencia.

—Eso sería muy caro. No hay muchos mercaderes que se atrevan a atravesar los páramos.

—¿No? ¿Y por qué?

Ella hizo un gesto señalando el entorno.

—No tenemos nada parecido a esto. No hay mercados. Cada ashaki posee muchos cientos de esclavos...

—¿Ashaki?

—Son hombres libres muy poderosos. Los esclavos les proporcionan casi todo lo que necesitan: trabajan sus campos, les confeccionan ropa, cocinan y limpian para ellos, los entretienen; en fin, satisfacen prácticamente todas sus necesidades. Si un esclavo demuestra tener un talento especial, como

alfarero, por ejemplo, o el ashaki posee una mina o le sobra una parte de sus cosechas, comercia con otros ashakis.

—Entonces ¿para qué se toman la molestia de viajar hasta allí los mercaderes?

—Cuando consiguen atraer a un comprador, obtienen ganancias considerables. Les venden artículos de lujo, sobre todo.

Cery se fijó en la ropa del puesto contiguo. Había aparecido en los mercados el año anterior, cuando uno de los artesanos había inventado una manera de hacer que la superficie de la tela fuera brillante.

—Por lo que cuentas, parece que los sachakanos no tienen ninguna motivación para idear formas mejores de hacer las cosas.

—No, pero los esclavos sí, si son ambiciosos o buscan una recompensa. Pueden intentar captar la atención creando algo bonito o fuera de lo común.

—O sea, que solo las cosas bonitas mejoran.

Savara sacudió la cabeza.

—Los sistemas para procesar o fabricar productos corrientes también mejoran, si el cambio que se introduce es sencillo. Un esclavo podría concebir una manera de cosechar plantas de raka más rápidamente si su amo se lo exigiera y lo castigara en caso de no cumplir.

Cery frunció el entrecejo.

—Me gusta más nuestro sistema. ¿Por qué castigar a un hombre, cuando la codicia o la necesidad de alimentar a su familia lo impulsa a trabajar de forma más inteligente y rápida?

Savara soltó una risa suave.

—Es un punto de vista interesante, viniendo de un hombre de tu posición —de pronto se puso serio—. A mí también me gusta más vuestro sistema. ¿No vas a tomarte tu raka?

Cery negó con la cabeza.

—¿Tienes miedo de que alguien te reconozca y eche veneno en tu taza?

El muchacho se encogió de hombros.

—De todos modos, ya está frío —Savara se puso de pie—. Vamos.

Caminaron hasta el final de la hilera de puestos, y la sachakana se detuvo frente a una mesa repleta de frascos y botellas.

—¿Esto qué es?

El recipiente que sostenía contenía dos sevli en conserva que flotaban en un líquido verde.

—La llave de las puertas del deleite —respondió el encargado del puesto—. Con un sorbo, tendrá usted la fuerza de un guerrero —bajó la voz—. Con dos, experimentará un placer que se prolongará un día y una noche. Con tres, sus sueños se...

—Se convertirán en pesadillas que le durarán varios días —lo interrumpió Cery. Quitó el frasco de las manos a Savara y lo colocó de nuevo sobre el mostrador—. Ni aunque me pagaras me... ¿Savara?

Ella tenía la mirada fija en un punto distante y estaba muy pálida.

—Ha empezado —dijo en voz tan baja que él apenas la oyó—. Los ichanis están atacando el Fuerte.

Cery sintió que un escalofrío le bajaba por la espalda. La tomó del brazo y se la llevó lejos del puesto y de cualquiera que pudiera oírle.

—¿Puedes verlo?

—Sí —respondió ella—. Los magos del Gremio que se encuentran allí están transmitiendo imágenes mentales —se quedó callada, y sus ojos enfocaron algo situado más allá del mercado— acaban de echar abajo la primera puerta. ¿Podemos ir a algún sitio tranquilo para que pueda seguir lo que está pasando sin interrupciones? ¿Algún lugar cercano?

Cery buscó a Gol con la mirada y lo encontró cerca de allí, de pie, comiéndose un pachi. Le hizo gestos rápidamente en el lenguaje de signos de los ladrones. Gol asintió y echó a andar en dirección al Puerto.

—Conozco un sitio perfecto —dijo Cery a Savara—. Creo que te gustará. ¿Alguna vez has estado en un barco?

—¿Tienes un barco? —la sachakana sonrió—. En realidad, no sé de qué me extraño.

Una imagen de un grupo de ocho hombres y mujeres vestidos con ricos ropajes, vistos desde arriba, asaltó la mente de Danyl. Todos estaban lanzando azotes contra un punto situado debajo de lord Makin, el mago que enviaba la imagen.

A continuación vio a una muchedumbre de hombres y mujeres que se

encontraban varios pasos por detrás de los atacantes. Llevaban ropa sencilla y raída, y algunos sujetaban cuerdas atadas a los collares de unos animales pequeños semejantes a limeks.

Dannyl se preguntó si se trataba de los esclavos de los que había hablado Akkarin.

La escena se tornó borrosa, y entonces los atacantes aparecieron de nuevo. Habían dejado de lanzar descargas contra el Fuerte y se acercaban a él con cautela.

El capitán dice que la primera puerta ha sido destruida. Los sachakanos están avanzando hacia el interior del Fuerte. Vamos a salirles al paso.

Durante la pausa que siguió a la llamada de Makin, las imágenes cesaron y Dannyl volvió a ser consciente de lo que lo rodeaba. Echó un vistazo en torno a la habitación. Durante la última hora había estado entretenido presenciando una discusión entre lord Peakin, director de estudios alquímicos, y lord Davin, el mago que había propuesto la reconstrucción de la atalaya. Ahora los dos se miraban, consternados, y no se acordaban siquiera de su disputa.

Estamos en posición —informó Makin—. Están atacando la puerta interior.

La imagen siguiente fue la de un pasillo oscuro que terminaba en un muro de piedra. Todo tembló y sonaron dos impactos. Makin y los guerreros que tenía a su lado sujetaban un escudo; estaban preparados.

De pronto, el muro estalló hacia dentro. Llovieron escombros sobre el escudo, que quedó cubierto por una nube de polvo. Varios azotes atravesaron la polvareda, y una explosión sacudió el pasillo.

Hemos atacado a los sachakanos desde debajo de un suelo falso, explicó Makin.

Se sucedieron unas imágenes confusas. Destellos de luz iluminaban el polvo al otro lado del escudo, sin revelar nada. Entonces apareció una sombra en la nube, y el ataque contra el escudo de los guerreros se reanudó. Dos magos recularon dando traspiés, claramente agotados.

Retiraos hasta la puerta.

Los guerreros atravesaron a toda prisa unas puertas metálicas. Makin las impulsó para cerrarlas y, por medio de la magia, corrió unos cerrojos

enormes que salieron de las paredes para reforzarlas.

Informad, ordenó Makin.

Siguió un torbellino de imágenes.

Quedamos muy pocos con vida... Veo cinco... no, seis cuerpos y...

¡Están dentro del Fuerte! A Dannyl le vino a la mente la imagen fugaz de una puerta colgando de una bisagra, y acto seguido vio a un sachakano avanzar rápidamente por un pasillo hacia él.

¡Corred!

¡Volved! ¡Me he quedado atrapado!

Unas manos surgieron del polvo. Una de ellas empuñaba un arma curva. Reinó una sensación de pánico incontrolado... y luego, nada.

Amigos y familiares de los guerreros intentaban llamarlos desde el Gremio, a pesar de la prohibición de comunicarse mentalmente. Se produjo un barullo de voces mentales.

¡Por favor, guarden silencio! —exigió Balkan por encima de la algarabía—. *Si no puedo oírlos, me será imposible ayudarlos. ¿Makin?*

Una imagen de las puertas metálicas se impuso sobre las comunicaciones de los otros magos. Estaban al rojo vivo, irradiando calor al pasillo. El centro se fundía poco a poco.

Retroceded —indicó Makin—. *Resguardaos detrás de la pared. Dejad que agoten su energía.*

Los guerreros corrieron hacia un muro que atravesaba parte del corredor y se apiñaron tras él. Una losa de piedra empezó a moverse despacio, deslizándose hasta tapar un hueco en el muro. Se oyó un fuerte chasquido cuando el mecanismo de las paredes laterales encajó en su sitio.

Los magos esperaron.

Si consiguen pasar —envió Makin—, *los golpearemos con todas las fuerzas que nos quedan.*

Alguna que otra llamada mental de otros magos interrumpía el silencio tenso que reinaba en el pasillo. Dannyl se estremeció cuando, uno tras otro, los tres magos que quedaban en el Fuerte parecían a manos del enemigo.

Sin previo aviso, el muro de piedra saltó en pedazos. Los guerreros habían desactivado el escudo para ahorrar energías. La comunicación de Makin se debilitó cuando algo lo golpeó en la sien, pero en cuanto usó un

poco de magia para sanarse, volvió a la normalidad. Se unió a quienes habían levantado un escudo y, tras echar una ojeada alrededor, vio que dos guerreros yacían en el suelo.

El ataque contra su escudo no había perdido fuerza. Los guerreros se tambalearon hacia atrás, exhaustos. Makin, con una incredulidad que le heló la sangre, sintió que sus propias fuerzas empezaban a flaquear. El escudo se hizo añicos, y dos magos más cayeron, alcanzados por los azotes.

Aléjate de allí —dijo Balkan—. *Has hecho todo lo que podías.*

Unas figuras emergieron de la nube de polvo. Makin se apartó cuando la primera de ellas llegó ante él. El hombre le dirigió una mirada desdeñosa y pasó de largo.

Si la Guardia ha obedecido las órdenes, han asegurado la última puerta mientras el enemigo derribaba la primera, envió Makin.

El jefe de los sachakanos se detuvo frente a la puerta. Seis de sus hombres pasaron a toda prisa junto a Makin para unirse al primero. Bastó una descarga para arrancar las puertas de sus goznes. Los sachakanos salieron a la luz del sol.

—Bienvenidos a Kyralia —dijo el jefe, mirando a sus compañeros. Después, se volvió hacia el pasillo. Sus ojos se clavaron en los de Makin—. Tú. Tú eres el que está enviando esto.

Una fuerza invisible empujó a Makin hacia delante. Dannyl percibió su miedo antes de que la comunicación del mago se cortara bruscamente.

Dannyl parpadeó y se percató de que volvía a ver la realidad que lo rodeaba. Peakin se acercó con paso vacilante a una silla y se desplomó en ella.

—Es verdad —dijo con voz entrecortada—. Akkarin tenía razón.

Se oyó el crujido de un papel. Dannyl miró a Davin. El mago estaba contemplando un plano enrollado. Lo sujetaba por el medio, con tanta fuerza que lo había aplastado. Lo desplegó y lo alisó, antes de soltarlo y dejar que recuperara la forma de un rollo arrugado.

Al ver el brillo de unas lágrimas en los ojos del alquimista, Dannyl apartó la mirada. El hombre había trabajado durante años para que aceptaran sus métodos de predicción del tiempo. ¿Qué sentido tenía ahora construir la atalaya?

Dannyl miró por la ventana. Aprendices y magos estaban en el jardín, solos o en grupo, paralizados como estatuas. Los únicos que se movían de un lado a otro eran algunos sirvientes, visiblemente desconcertados y nerviosos por el extraño comportamiento de los magos.

Entonces una nueva imagen del Fuerte apareció en la mente de quienes estaban dotados con la capacidad de verla.

Cuando la comunicación de Makin finalizó, Lorlen se aferró a la baranda del balcón. El corazón le latía a toda velocidad tras haber presenciado el último momento de terror del guerrero.

—¿Administrador?

Al volverse, Lorlen vio ante sí al rey. El hombre estaba pálido, pero tenía el semblante rígido de rabia y determinación.

—¿Sí, majestad?

—Haga venir a lord Balkan.

—Sí, majestad.

Balkan respondió en el acto a la llamada mental de Lorlen.

El rey quiere que vengas a Palacio.

Lo imaginaba. Ya voy en camino.

—Ya viene hacia aquí —dijo Lorlen.

El rey asintió. Dio media vuelta y echó a andar hacia la torre del Palacio. Lorlen comenzó a seguirlo, pero se quedó inmóvil cuando una nueva imagen del Fuerte le vino a la mente. Sintió la presión de un objeto afilado contra el cuello. Se obligó a fijar su atención de nuevo en su entorno real, y vio que los dos consejeros reales se habían llevado las manos al cuello.

El rey los miraba a los tres.

—¿Qué ha ocurrido?

—Lord Makin sigue vivo —respondió lord Rolden.

El rey tomó la mano del mago y la apretó contra su frente.

—Muéstremelo —ordenó.

La imagen que Makin estaba enviando volvía a ser del Fuerte, pero visto desde fuera. Una aglomeración no muy grande de sachakanos vestidos con ropas sencillas salía a toda prisa del edificio, algunos de ellos iban guiando a

unos animales que parecían pequeños limeks.

Una voz habló a Makin al oído.

—Eso es. Diles eso. Voy a...

—¡Kariko! Mira lo que hemos encontrado —gritó una mujer.

Su voz procedía del interior del Fuerte. Un mago del Gremio emergió tambaleándose del pasillo y cayó de rodillas. Lorlen se sobresaltó al reconocer en él a lord Fergun. «Claro —pensó—. Fergun había sido desterrado...».

Makin reaccionó con sorpresa, y luego con rabia. El ataque había sido tan fulminante que no había reparado en la ausencia del guerrero deshonrado.

Una sachakana con un abrigo brillante salió del edificio a paso ligero. Se detuvo al lado de Fergun y volvió la mirada hacia Makin.

—Es guapo, ¿verdad?

—No puedes quedarte con él, Avala —dijo la voz junto al oído de Makin.

—Pero es un debilucho. No entiendo por qué se molestaron en adiestrarlo. Seguramente ni siquiera es capaz de hervir agua.

—No, Avala. Tal vez sea débil, pero puede transmitirles información.

La mujer se agachó y pasó los dedos por el pelo de Fergun, antes de tirarle violentamente de la cabeza hacia atrás.

—Podría romperle las orejas. Entonces ya no nos oiría.

—¿Y le quemarás sus bonitos ojos también?

—No —dijo ella, haciendo una mueca—. Eso lo echaría a perder.

—Mátalo, Avala. Ya encontrarás a otros hombres guapos en Imardin.

Avala puso mala cara y luego se encogió de hombros. Desenvainó un puñal y rajó la garganta a Fergun. Este, con los ojos desorbitados, intentó liberarse, pero estaba demasiado débil. Ella le puso bruscamente la mano en la herida, y Fergun dejó de resistirse. Momentos después, la mujer lo soltó, y el mago cayó al suelo, sin vida.

Ella pasó por encima de su cuerpo para acercarse a Makin, aunque tenía la mirada fija en el sachakano situado detrás de él.

—Bueno, y ahora ¿adónde vamos?

—A Imardin —respondió Kariko, aumentando la presión sobre el cuchillo que sostenía contra el cuello de Makin—. Y ahora escúchame, mago. Di a tu Gremio que pronto nos veremos las caras. Si abren las puertas para

permitirme entrar, tal vez los deje con vida. Al menos a algunos. Cuento con una bienvenida por todo lo alto. Regalos, esclavos, oro...

El puñal se movió. Una punzada de dolor...

A Lorlen se le escapó un grito ahogado mientras su conciencia volvía de golpe al lugar donde se encontraba. «¡Hemos perdido a veinte magos en menos de una hora! Veinte de nuestros mejores guerreros...».

—Siéntese, administrador.

Lorlen alzó la vista hacia el rey. Le sorprendió el deje de amabilidad en su voz. Se dejó conducir hasta una silla. El rey y sus consejeros se sentaron junto a él.

El soberano se frotó la frente y suspiró.

—Habría preferido ver confirmadas las afirmaciones de Akkarin de otra manera.

—Sí —convino Lorlen, con el pensamiento turbado por los recuerdos de la batalla.

—Debo tomar una decisión —prosiguió el rey—. O permito que uno o más magos aprendan magia negra, o pido a Akkarin que regrese y nos ayude. ¿Qué haría usted en mi lugar, administrador?

—Pediría a Akkarin que volviese —respondió Lorlen.

—¿Por qué?

—Sabemos que dijo la verdad.

—¿Ah, sí? —preguntó el rey en voz baja—. Tal vez nos haya contado solo la verdad a medias. Quizá estableció una alianza con esos magos.

—Entonces ¿por qué nos envió un mensaje para prevenirnos del ataque?

—Para engañarnos. Dijo que atacarían dentro de unos días, no hoy.

Lorlen asintió.

—Tal vez simplemente se equivocó —se inclinó hacia delante y sostuvo la mirada al monarca—. Creo que Akkarin es un hombre de honor. Supongo que volvería a marcharse después de ayudarnos si se lo pidiéramos. ¿Para qué permitir que aprenda magia negra uno de los nuestros, cuyo destierro sería difícil de justificar después, si podemos hacer venir a alguien que ya la domina?

—Porque no me fío de él.

Lorlen encorvó los hombros. Contra eso no había argumento posible.

—He planteado este dilema a los líderes de las disciplinas —prosiguió el rey—. Están de acuerdo conmigo. Yo elegiría a lord Sarrin, pero la decisión corresponde al Gremio, no a mí. Sométalo a votación —se levantó y caminó hasta la puerta abierta del balcón—. Hay otra razón, de índole práctica, para mi elección —añadió—. Akkarin está en Sachaka. Tal vez no podría llegar aquí a tiempo. Lord Sarrin cree que Sonea aprendió magia negra en una semana, a pesar de que las clases y otras actividades ocupaban parte de su tiempo. Si un mago se aplica a la tarea todo el día, sin duda aprenderá más deprisa. Me... —unos golpes en la puerta lo interrumpieron—. Adelante.

Un muchacho entró rápidamente e hincó una rodilla en el suelo.

—Lord Balkan ha venido a veros, majestad.

El rey asintió y el chico salió a toda prisa. Entonces llegó Balkan y se arrodilló ante el monarca.

—Descanse —le dijo el rey con una sonrisa lúgubre—. Es una visita muy oportuna, lord Balkan.

—He supuesto que querríais hablar conmigo, majestad —respondió Balkan, poniéndose de pie. Miró a Lorlen y lo saludó cortésmente con un movimiento de cabeza—. ¿Os habéis enterado de la toma del Fuerte?

—Sí —contestó el rey—. He decidido permitir que un mago aprenda magia negra. El Gremio nombrará a los candidatos y elegirá a ese mago por votación. Si los sachakanos se acercan a Imardin antes de que el mago escogido por ustedes haya aprendido magia negra, los refuerzos que envió al Fuerte deberán enfrentarse a ellos.

Lorlen miró fijamente al monarca. Eso significaría enviar a esos magos a una muerte segura.

—Los necesitamos aquí, majestad, para que el mago elegido pueda incrementar su fuerza lo más rápidamente posible.

—No les ordene que ataquen a los sachakanos hasta que tengamos claro que necesitamos frenar su avance —el rey se volvió hacia Balkan—. ¿Nos sugiere alguna otra estrategia que sirva para contener o debilitar al enemigo?

El guerrero asintió.

—Podemos aprovechar las fortificaciones de la ciudad. Cada vez que los sachakanos tengan que superar un obstáculo consumirán parte de su energía.

—¿Y qué hay de la Guardia? ¿Conviene recurrir a ella?

Balkan negó con la cabeza.

—Me temo que la volverían contra nosotros muy fácilmente.

El rey frunció el entrecejo.

—¿En qué forma?

—Toda persona que posea un poder mágico latente aunque no sea mago es una fuente de energía en potencia. También recomiendo mantener a todos los no-magos fuera del alcance de los sachakanos.

—Tal vez debería ordenarles que salgan de Imardin.

Balkan reflexionó durante unos instantes y asintió.

—Siempre que sea posible.

El rey soltó una risita.

—En cuanto se corra la voz de que varios magos negros de Sachaka se disponen a atacar Imardin, la ciudad quedará vacía sin necesidad de que yo así lo ordene. Encargaré a la Guardia que mantenga el orden y que se asegure de que todo barco que zarpe del puerto se lleve a un número razonable de evacuados, y después le pediré que se marche. ¿Alguna otra recomendación?

Balkan indicó que no con la cabeza.

—Quédese conmigo. Quiero que discuta el tema de la fortificación con la Guardia. —El rey se dirigió a Lorlen—. Administrador, regrese al Gremio y organice la elección de un mago negro. Cuanto antes empiece su adiestramiento, mejor preparado estará.

—Sí, majestad.

Lorlen se levantó, hizo una reverencia y salió a paso veloz de la sala.

—Y ahora, ¿qué va a hacer?

Rothen se volvió hacia Raven. El espía tenía una expresión taciturna.

—No lo sé —confesó Rothen—. Obviamente, ya no es necesario que vaya a Sachaka.

—Pero averiguar si los ichanis existían no era el único objetivo de su viaje. Todavía podría ir en busca de Sonea.

—Sí —Rothen desvió la vista hacia el nordeste—. Pero el Gremio... Kyralia... necesitará contar con todos sus magos para combatir a los sachakanos. Sonea... Tal vez requiera mi ayuda, pero socorrerla no salvará

Kyralia.

Raven contempló a Rothen en silencio y con expectación. Este sintió un dolor en el pecho, como si alguien estuviera tirándole del corazón en direcciones opuestas.

«Los ichanis existen —pensó—. Akkarin no mentía, ni engañó a Sonea». Experimentó un gran alivio, pues comprendió que las decisiones que ella había tomado obedecían a razones nobles, aunque fueran erróneas.

«Sonea está en Sachaka. Los ichanis están aquí. Tal vez ella esté a salvo por el momento. Si ayudo al Gremio, tal vez ella tendrá un hogar al que regresar».

—Me quedo —dijo en voz alta—. Volveré a Imardin.

Raven asintió.

—En Calia podemos cambiar la carreta y la mercancía por dos caballos frescos... si los refuerzos no se los han llevado todos.

Los refuerzos. Seguramente lord Yikmo y los demás no habrían llegado todavía al Fuerte. Sin duda regresarían a Imardin para unirse al resto del Gremio.

—Lo mejor será que espere en Calia a los refuerzos y vuelva a Imardin con ellos —dijo Rothen.

El espía hizo un gesto afirmativo.

—Entonces allí nos separaremos. Ha sido un honor colaborar con usted, lord Rothen.

Rothen consiguió esbozar una sonrisa lánguida.

—He disfrutado con su compañía y sus enseñanzas, Raven.

El espía resopló al oír el comentario de Rothen.

—Miente usted bien, lord Rothen —se encogió de hombros—. Claro que yo lo adiestré. Es una pena que no haya podido poner en práctica lo que aprendió, pero ahora su deber es hacer aquello para lo que le entrenaron como mago —fijó la mirada en Rothen y añadió—: Defender Kyralia.

Una casa diminuta apareció entre los árboles, y Sonea supuso que era otra cabaña de campesinos. Sin embargo, tras abandonar el camino, Dorrien señaló la construcción con un gesto orgulloso.

—Mi hogar.

Refrenó su caballo delante de la casa. Los otros jinetes observaron nerviosos a Akkarin y a Sonea mientras descabalgaban. La joven condujo su montura hasta uno de los hombres.

—Gracias por prestármelo —dijo.

Él la miró con desconfianza antes de aceptar las riendas. Sonea volvió al lado de Akkarin al tiempo que Dorrien daba las gracias a los hombres y los despedía.

—Están preocupados —explicó Dorrien cuando regresó junto a ellos—. Primero os estaba escoltando hacia la frontera, y al instante siguiente había un sachakano muerto en el camino y yo había cambiado de idea respecto a vosotros.

—¿Qué les has dicho? —preguntó Akkarin.

—Que nos han atacado y vosotros nos habéis salvado. Que he decidido recompensaros con una noche de descanso y una comida, y que les agradeceré que no hablen de esto a nadie.

—¿Te harán caso?

—No son tontos. Saben que está ocurriendo algo importante, aunque no conocen los detalles. Pero harán lo que les he pedido.

Akkarin asintió.

—Estamos en deuda con ellos. Si no hubiesen alcanzado a los caballos y vuelto a buscarnos, todavía estaríamos caminando. Han demostrado tener valor.

Dorrien movió la cabeza afirmativamente.

—Pasad. La puerta no está cerrada con llave. Si tenéis hambre, encontraréis pan del día y una olla con restos de sopa. Estaré con vosotros en cuanto me haya ocupado de mi caballo.

Sonea siguió a Akkarin al interior de la casita. Entraron en una habitación que abarcaba todo el ancho de la construcción. A lo largo de una pared había un banco y unas baldas. Al ver las cestas con frutas y verduras, y los cazos y los utensilios desperdigados por doquier, Sonea supuso que era allí donde Dorrien preparaba su comida. Varias sillas de madera y una mesa grande y baja ocupaban el resto del espacio. Los estantes recubrían las paredes, y no había un solo hueco sin tarros, botellas y libros.

Dos puertas daban a sendas habitaciones. A través de una de ellas, que estaba abierta, se alcanzaba a ver una cama sin hacer.

Mientras Akkarin se dirigía a la cocina, Sonea se sentó en una de las sillas y paseó la vista alrededor. «Qué desorden —pensó—. No se parece en nada a los aposentos de Rothen».

La invadió una extraña sensación de paz. Las imágenes que Makin había enviado desde el Fuerte la habían llenado de espanto, pero horas después solo se sentía atontada y con los huesos cansados. Por otro lado, también sentía un alivio curioso.

«Lo saben —pensó—. El Gremio, Rothen... Todos saben que dijimos la verdad.

»Aunque eso ya no sirve de mucho».

—¿Tienes hambre?

Miró a Akkarin.

—Qué pregunta tan tonta.

Él cogió dos cuencos, sirvió en ellos sopa que había en una olla y arrancó dos trozos de una hogaza que estaba en el banco. Mientras llevaba los cuencos a la mesa, estos comenzaron a humear.

—Comida de verdad —murmuró Sonea al tiempo que Akkarin le depositaba un cuenco en las manos—. No es que no me gustara lo que preparabas —se apresuró a añadir—, pero tenías los ingredientes un poco limitados.

—Sí. Además, no poseo el don de Takan.

—Ni siquiera Takan se las habría sabido arreglar mejor.

—Te sorprendería. ¿Por qué crees que Dakova lo retuvo durante tanto tiempo?

Comieron en silencio, saboreando aquel plato tan sencillo. Dorrien entró en la habitación justo cuando Sonea dejaba en la mesa su cuenco vacío. Al verlo, él sonrió.

—¿Estaba buena?

La joven asintió.

Dorrien se desplomó en una silla.

—Deberías dormir un poco —dijo Akkarin.

—Lo sé —respondió Dorrien—, pero no creo que pueda. Tengo

demasiadas preguntas que haceros —sacudió la cabeza—. Ese mago... ¿Cómo conseguisteis atravesar el Paso si él lo estaba vigilando?

—Con un pequeño engaño —contestó Akkarin. Mientras comenzaba a explicárselo, Sonea lo observó con atención. Tenía un aspecto distinto, menos hosco y distante—. Creía que Parika había entrado en Kyralia con la intención de encontrarnos, pero al enterarme del ataque al Fuerte supe que formaba parte de la invasión.

—Era muy poderoso —Dorrien miró a Sonea—. ¿Cómo has conseguido pararle los pies?

Ella notó que se sonrojaba.

—He hecho que su corazón dejara de latir, con magia sanadora.

Dorrien pareció sorprendido.

—¿Y no ha opuesto resistencia?

—Los ichanis no saben usar la magia para sanar, así que no se esperaba que yo le hiciera algo así —se estremeció—. Ni yo misma sabía que era capaz de hacerle algo así a alguien.

—Yo habría hecho lo mismo en tu lugar. Al fin y al cabo, estaba intentando matarte —se volvió hacia Akkarin—. ¿Parika era el único sachakano en el Paso?

—Sí, pero eso no quiere decir que no vayan a venir más.

—Entonces avisaré a la gente del lugar.

Akkarin hizo un gesto afirmativo.

—Los ichanis roban energía a los no-magos, sobre todo a los que tienen un potencial mágico latente —el sanador abrió mucho los ojos, atónito ante las palabras de Akkarin—. Por eso cazarán a campesinos y aldeanos a lo largo de la ruta desde el Fuerte hasta Imardin.

»Si el Gremio reacciona de manera sensata, evacuará todos los pueblos y las granjas que estén en esa ruta. Sin embargo, Kariko no permitirá que los otros ichanis pierdan mucho tiempo durante el viaje. Sin duda le preocupa que el Gremio cambie de idea y nos deje regresar, a Sonea y a mí, con el fin de que me fortalezca a tiempo para enfrentarme a él.

Dorrien contempló a Akkarin en silencio. Parecía estar debatiéndose en la duda. Entonces dirigió la vista a Sonea.

—¿Qué ocurrirá si el Gremio no os pide que volváis? ¿Qué pueden hacer,

si no?

Akkarin sacudió la cabeza.

—Nada. Aunque me llamen para que regrese y me permitan usar la magia negra, no dispondré de tiempo suficiente para igualar mis fuerzas a las de ocho ichanis. Y si todavía fuera Gran Lord, ordenaría que el Gremio abandonara Imardin. Enseñaría magia negra a un grupo selecto y regresaría para reconquistar Kyralia.

Dorrien lo miró horrorizado.

—¿Abandonar Kyralia?

—Sí.

—Debe de haber otra salida.

Akkarin hizo un gesto de negación.

—Pero has vuelto. ¿Por qué lo has hecho, si no tienes la intención de luchar?

Akkarin sonrió con tristeza.

—No confío en ganar.

Los ojos de Dorrien se posaron en Sonea. Ella casi podía escuchar sus pensamientos: «¿También estás metida en esto?».

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él en voz baja.

Akkarin frunció el ceño.

—Aún no lo he decidido. Mi plan era regresar a Imardin en secreto y esperar a que el Gremio me llamara.

—Eso todavía podemos hacerlo —intervino Sonea.

—No tenemos caballos ni dinero. Sin lo uno ni lo otro no podremos llegar a Imardin antes que los ichanis.

Dorrien sonrió con frialdad.

—Puedo ayudaros con eso.

—¿Estás dispuesto a desobedecer las órdenes del Gremio?

El sanador asintió.

—Sí. ¿Qué harás cuando lleguéis a la ciudad?

—Aguardar a que el Gremio me llame para pedirme que vuelva.

—¿Y si no lo hace?

Akkarin suspiró.

—Entonces no podré hacer nada. Hoy he absorbido energía de Parika,

pero no la suficiente para enfrentarme a un ichani.

Sonea no estaba de acuerdo.

—Esta mañana tampoco teníamos fuerza suficiente para enfrentarnos a un ichani, y aun así hemos conseguido matar a uno. ¿Por qué no hacemos lo mismo con los demás? Podemos fingir estar agotados, dejar que nos capturen y matarlos después con nuestros poderes de sanación.

Akkarin arrugó el entrecejo.

—Eso sería muy peligroso. Nunca has absorbido energía de otro. Mientras lo haces, acceder a tu propia magia es imposible. No puedes utilizar el poder de sanación.

—En tal caso tendremos que actuar con rapidez.

La expresión de Akkarin se ensombreció aún más.

—Los otros ichanis verán el resultado de lo que has hecho. Aunque no lo entiendan, serán más cautelosos. Basta con crear una barrera en la piel para impedirte que utilices el poder de sanación contra ellos.

—Pues tendremos que asegurarnos de que no nos vean —Sonea se inclinó hacia delante—. Los atacaremos cuando estén solos.

—Tal vez estén juntos en todo momento.

—Ya buscaremos alguna estratagema para separarlos.

Akkarin se quedó pensativo.

—No están acostumbrados al entorno urbano, y las barriadas son todo un laberinto.

—Podríamos reclutar a los ladrones.

Dorrien la miró y entornó los ojos.

—Rothen dijo que habías cortado todo vínculo con ellos.

Algo se removió en el interior de Sonea cuando oyó el nombre de Rothen.

—¿Cómo está él?

—No he tenido noticias de mi padre desde que Lorlen ordenó el cese de toda comunicación mental —respondió Dorrien. Se dirigió a Akkarin—. Sería un alivio para él saber que Sonea está viva. Si comunico al Gremio que os he visto, puedo decirle que estás dispuesto a colaborar.

—No —Akkarin estaba distante y meditabundo—. Para que Sonea y yo podamos tender una emboscada a los ichanis en la ciudad, ellos no deben saber que estamos allí. De lo contrario, se juntarán todos para darnos caza.

Dorrien se enderezó.

—El Gremio guardaría vuestra presencia en...

—Los ichanis se enterarían al leer la mente del primer mago al que mataran —Akkarin fijó en Dorrien sus ojos oscuros—. ¿Dónde crees que aprendí ese truco?

Dorrien palideció.

—Ah.

—El Gremio no debe saber que estamos en la ciudad —sentenció Akkarin, con un deje de determinación en la voz—, así que no les digas que nos has visto, ni les hables de tu encuentro con Parika. Cuantas menos personas estén al tanto de nuestro regreso, menos peligro habrá de que los ichanis descubran nuestros planes.

—¿O sea, que tenemos un plan? —preguntó Sonea.

Akkarin le sonrió.

—El principio de un plan, quizá. Tu sugerencia podría dar resultado, aunque tal vez no con Kariko. Si bien Dakova aprendió de mí la técnica de la sanación, nunca compartió el secreto con nadie. Creo que ni siquiera lo enseñó a su hermano, pero aun así, Kariko seguramente sabe que la sanación es posible y ha pensado cómo puede utilizarse contra alguien.

—Entonces debemos evitar a Kariko —dijo ella—. Lo que nos deja con siete ichanis que matar. Creo que eso nos mantendrá ocupados durante un tiempo.

Dorrien soltó una risita.

—Por lo visto, sí que tenéis un plan. Tal vez yo pueda dejar caer alguna que otra insinuación cuando el Gremio esté debatiendo la estrategia. ¿Queréis que diga algo en concreto...?

—Me temo que nada de lo que digas los convencerá de que se escondan —repuso Akkarin.

—Pero quizá lo hagan cuando se agoten en combate —señaló Sonea.

Akkarin asintió.

—Proponles que centren toda su energía en un solo ichani. Los sachakanos no están acostumbrados a ayudarse o a apoyarse entre sí. No saben cómo se forma un escudo conjunto.

Dorrien asintió.

—¿Algo más?

—Lo pensaré durante el camino. Cuanto antes nos vayamos, mejor.

El sanador se levantó.

—Ensillaré mi caballo de nuevo y buscaré monturas para vosotros.

—¿Podrías conseguirnos ropa limpia también? —preguntó Sonea.

—Debemos viajar disfrazados —añadió Akkarin—. Lo ideal sería un uniforme de sirviente, pero cualquier atuendo sencillo nos servirá.

Dorrien enarcó las cejas.

—¿Vais a haceros pasar por sirvientes míos?

Sonea agitó un dedo en señal de advertencia.

—Sí, pero no te acostumbres.

29. Un legado del pasado

El Salón Gremial guardó un silencio absoluto cuando Lorlen se levantó de su asiento.

—He convocado esta Reunión a petición del rey. Como sin duda ya saben todos ustedes, el Fuerte fue atacado y tomado ayer por ocho magos sachakanos. Solo dos de los veintiún guerreros que se encontraban allí sobrevivieron.

Un murmullo recorrió la sala. La información de que dos de los guerreros habían salido con vida del Fuerte era la única buena noticia que Lorlen había recibido en todo el día.

—Al parecer, algunas de las afirmaciones y predicciones que hizo el depuesto Gran Lord eran acertadas. Nos han invadido unos magos sachakanos que poseen un poder extraordinario y practican la magia negra.

Lorlen guardó silencio unos segundos y paseó la vista por el público.

—No podemos negar la posibilidad de que estemos en inferioridad de número y seamos demasiado débiles para defender las Tierras Aliadas. Dadas las circunstancias excepcionales, el rey ha pedido que dejemos a un lado nuestras leyes y que elijamos a uno de nosotros cuya lealtad consideremos a toda prueba para que aprenda magia negra.

Se levantaron voces en todo el salón. Lorlen percibió reacciones encontradas. Algunos magos protestaban, mientras que otros parecían resignados.

—Les pido que propongan a continuación candidatos para esta misión —dijo en voz muy alta por encima de la algarabía—. Piénsenlo con detenimiento. El mago elegido habrá de ceñirse a unas normas muy estrictas.

Deberá permanecer dentro de los confines del Gremio para el resto de su vida. No se le permitirá ejercer cargos de autoridad, ni impartir clases. Estas normas podrán hacerse más restrictivas a medida que estudiemos las posibles consecuencias de conferir este poder a alguien —a Lorlen le complació ver que ningún mago parecía ansioso por ofrecerse voluntario—. ¿Alguna pregunta?

—¿Puede negarse el Gremio a hacer esto? —inquirió alguien.

Lorlen negó con la cabeza.

—Son órdenes del rey.

—¡El Consejo de Ancianos jamás lo aceptará! —objetó un mago lonmariano.

—Según lo acordado al forjar la Alianza, el rey de Kyralia está obligado a tomar todas las medidas necesarias para proteger las Tierras Aliadas en caso de amenaza mágica —replicó Lorlen—. Los magos superiores y yo hemos discutido este asunto con el rey muchas veces. Créanme, él no habría tomado esta decisión si hubiera creído que había una alternativa mejor.

—¿Y qué hay de Akkarin? —preguntó otro mago—. ¿Por qué no se le pide que vuelva?

—El rey considera que se está siguiendo el camino más adecuado —respondió Lorlen escuetamente.

No había más preguntas. Lorlen asintió.

—Tienen media hora para deliberar. Si desean nombrar a un candidato, por favor, hablen con lord Osen.

El administrador observó a los magos abandonar sus asientos y reunirse en grupos pequeños para debatir la orden del rey. Algunos acudieron directamente a lord Osen. Los magos superiores estaban más callados que de costumbre. El tiempo pareció ralentizarse. Cuando la media hora llegó a su fin, Lorlen se puso de pie e hizo sonar el gong situado junto a su asiento.

—Por favor, siéntense.

Mientras los magos regresaban a sus butacas, Osen subió la escalera hacia Lorlen.

—Esto se pone interesante —murmuró el rector Jerrik—. ¿A quién consideran merecedor de tan dudoso honor?

Osen se encogió de hombros.

—No hay sorpresas. Han propuesto a lord Sarrin, a lord Balkan, a lady Vinara y... —miró a Lorlen—. Y al administrador Lorlen.

—¿A mí? —exclamó Lorlen, sin poder contenerse.

—Sí —Osen parecía divertido—. Eres muy popular, ¿sabes? Un mago ha sugerido que un consejero real asuma la carga.

—Interesante idea —Balkan soltó una risita y luego dirigió una mirada bastante significativa a la fila de asientos superior. Lord Mirken se quedó mirándolo, y de pronto su semblante pasó de la expectación a la ansiedad—. Que sea el rey quien se atenga a las posibles consecuencias de esto.

—Tardaría menos de un día en encontrar un nuevo consejero —comentó Vinara. Alzó la vista hacia Lorlen—. Bien, acabemos con esto de una vez.

Lorlen asintió y se dirigió al público de la sala.

—Los candidatos para convertirse en... mago negro son los siguientes: lord Sarrin, lord Balkan, lady Vinara y yo mismo —«Dudo que me elijan a mí. Pero ¿y si lo hacían?», pensó—. Los candidatos deberán abstenerse de votar. Por favor, creen sus luces.

Cientos de globos de luz ascendieron lentamente hacia el techo. Lorlen tenía el corazón desbocado. El comentario de Osen aún le resonaba en los oídos: «Eres muy popular, ¿sabes?». La perspectiva de perder su puesto de administrador y de verse obligado a aprender lo que Akkarin había reconocido que era magia maligna le helaba la sangre.

—Partidarios de lord Sarrin, cambien el color de sus luces a morado —ordenó—. Partidarios de lord Balkan, usen el rojo. Quienes prefieran a lady Vinara, elijan el verde —se detuvo para tragar saliva—. Quienes quieran votar por mí, usen el azul.

Varios de los globos de luces ya habían empezado a teñirse de algún tono incluso antes de que él terminara de hablar, pues los magos adivinaron que Lorlen asociaría a cada candidato el color de su túnica. Poco a poco, los globos de luz blancos que quedaban cambiaron de color.

«Está muy igualado», pensó Lorlen, y comenzó a contar.

—Sarrin —dijo Balkan.

—Sí, yo también obtengo ese resultado —confirmó Vinara—, aunque usted ha quedado en segundo lugar.

Lorlen exhaló un suspiro de alivio al comprobar que tenían razón. Bajó la

mirada hacia Sarrin y sintió una punzada de compasión. El viejo mago estaba pálido y parecía no encontrarse bien.

—Lord Sarrin será nuestro defensor —anunció Lorlen. Al escrutar con atención al público, vio en la mayoría de los rostros una conformidad con reservas—. Renunciará a su cargo de líder de alquimistas y empezará a aprender magia negra de inmediato. Declaro clausurada esta Reunión.

—Despierta, Sonea, pequeña.

Sobresaltada, Sonea cobró conciencia de lo que la rodeaba. Para su sorpresa, vio que su caballo se había detenido. Al mirar alrededor, descubrió que Dorrien la observaba con una expresión extraña. Habían hecho un alto junto a un camino que conducía a una casa, y no había el menor rastro de Akkarin.

—Ha ido a conseguir comida —explicó Dorrien.

Ella asintió y, acto seguido, bostezó y se frotó la cara. Cuando se volvió de nuevo hacia Dorrien, este seguía contemplándola con aire reflexivo.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

Él apartó la mirada y esbozó una sonrisa torcida.

—Estaba pensando que debería haberte secuestrado y llevado lejos del Gremio cuando tuve la oportunidad.

La asaltó un sentimiento de culpa que le era muy familiar.

—El Gremio no te lo habría permitido. Yo misma no te lo habría permitido.

Dorrien arqueó una ceja.

—¿No?

—No —Sonea rehuyó su mirada—. Me llevó mucho tiempo decidir que quería quedarme y aprender magia. Me llevaría mucho más cambiar de idea.

El sanador se quedó callado un momento.

—¿Crees... crees que al menos habría podido tentarte?

La joven recordó el día en que habían ido juntos al manantial y él la había besado; se le escapó una sonrisa.

—Un poco. Pero apenas te conocía, Dorrien. Unas cuantas semanas no bastan para estar segura respecto a alguien.

Dorrien dirigió los ojos a un punto situado detrás de ella. Sonea se volvió y vio que Akkarin cabalgaba hacia ellos. Con su barba de pocos días y su ropa discreta, dudaba que nadie lo reconociera. Sin embargo, alguien que se fijara bien se daría cuenta de que era demasiado buen jinete. Ella tomó nota mental de comentárselo más tarde.

—¿Y ahora, estás segura?

Sonea devolvió su atención a Dorrien.

—Sí.

Dorrien espiró largamente y asintió con la cabeza. Ella miró de nuevo a Akkarin. Tenía el semblante adusto.

—Aunque me costó mucho convencerlo —añadió Sonea.

Dorrien casi se atragantó. Ella se dio la vuelta, maldiciéndose a sí misma por haber hecho un comentario tan desconsiderado, pero él rompió a reír.

—¡Pobre Akkarin! —exclamó, sacudiendo la cabeza. La miró de reojo y la sacudió de nuevo—. Algún día serás una mujer extraordinaria.

Sonea lo miró con fijeza y notó que se ruborizaba. Intentó pensar en una respuesta, pero no le salían las palabras. Entonces Akkarin llegó a su lado, y se dio por vencida.

Mientras le alargaba un panecillo, Akkarin la observó con detenimiento. Sonea volvió a sentir ardor en las mejillas. Akkarin elevó las cejas y dirigió a Dorrien una mirada inquisitiva. El sanador sonrió, e hincó los talones en los costados de su caballo, que echó a andar.

Prosiguieron el viaje, comiendo mientras cabalgaban. Una hora después llegaron a una pequeña aldea. Akkarin y Sonea descabalaron y entregaron las riendas de sus monturas a Dorrien, quien se alejó para cambiarlas por caballos frescos.

—Bueno, ¿de qué hablabas antes con Dorrien? —preguntó Akkarin.

Sonea volvió la mirada hacia él.

—¿Con Dorrien?

—Delante de la aldea, mientras yo estaba comprando la comida.

—Ah, te refieres a eso. De nada.

Él sonrió y asintió.

—La nada. Un tema apasionante donde los haya. Produce reacciones fascinantes en la gente.

La joven lo miró con frialdad.

—Tal vez era una forma cortés de decirte que no es asunto tuyo.

—Si tú lo dices...

Su expresión socarrona causó cierta irritación a Sonea. ¿Tan transparente era? «Claro que, si yo puedo adivinar su estado de ánimo, seguramente él sabe interpretar el mío con la misma facilidad».

Akkarin bostezó y cerró los ojos. Una vez que volvió a abrirlos, parecía más alerta. «¿Cuándo durmió por última vez? —se preguntó ella—. La mañana después de que atravesáramos el Paso. ¿Y antes? Unas pocas horas cada día. Y durante la primera mitad de nuestro viaje no pegó ojo...».

—No has tenido más pesadillas —dijo de repente.

Akkarin frunció el entrecejo.

—No.

—¿Qué soñabas?

La severidad con que la miró hizo que Sonea se arrepintiese al instante de haber abierto la boca.

—Lo siento —dijo—. No debería habértelo preguntado.

Akkarin respiró hondo.

—No, debería contártelo. Sueño con cosas que ocurrieron cuando era esclavo, sobre todo con episodios relacionados con una persona —al cabo de unos instantes, agregó—: Una esclava joven de Dakova.

—¿La que te ayudó al principio?

—Sí —respondió él en voz baja. Hizo una pausa y apartó la vista—. La amaba.

Sonea lo miró atónita. ¿Akkarin y la esclava...? ¿Él la había querido? ¿Había querido a otra? Sintió una incertidumbre creciente, seguida de rabia y luego de culpabilidad. ¿Estaba celosa de una chica que había muerto hacía años? Eso era absurdo.

—Dakova lo sabía —continuó Akkarin—. No nos atrevíamos a tocarnos, pues él nos habría matado. Ya de por sí le divertía torturarnos de todas las maneras posibles. Ella era su... esclava del placer.

Sonea se estremeció cuando empezó a entender lo que debía de ser aquello; verse a menudo, pero sin poder tocarse; contemplar los tormentos del otro. No quería ni imaginarse lo que habría sentido Akkarin al saber lo

que tenía que soportar la joven.

Akkarin suspiró.

—Antes soñaba con ella todas las noches. En mis sueños, yo le decía que distraería a Dakova para que ella pudiera escapar. Le prometía no dejar que él la encontrara. Pero ella nunca me hacía caso. Siempre volvía con él.

Sonea alargó el brazo y le acarició el dorso de la mano. Los dedos de Akkarin se curvaron en torno a los de ella.

—Me explicaba que los esclavos consideraban un honor estar al servicio de un mago. Decía que el sentido del honor de los esclavos les hacía la vida más llevadera. Yo entendía que optaran por pensar así cuando no les quedaba otro remedio, pero no cuando tenían una escapatoria, o cuando sabían que su amo tenía la intención de matarlos.

Sonea se acordó de que Takan llamaba «amo» a Akkarin, y de la forma extraña en que le había entregado la daga de la ichani, colocándose el filo contra la muñeca, como si estuviera ofreciéndole algo más que el arma. Tal vez así era.

—Takan nunca ha dejado de pensar de ese modo, ¿verdad? —preguntó Sonea en voz baja.

Akkarin la miró.

—No —dijo—. No podía abandonar los hábitos de toda una vida —se rio brevemente—. Sospecho que en los últimos años mantenía vivo el ritual solo para hacerme enfadar. Sé que no volvería a su vida anterior por voluntad propia.

—Y sin embargo permaneció a tu lado y no dejó que le enseñaras magia.

—No, pero eso era por razones prácticas. Takan no podía ingresar en el Gremio. Habría tenido que responder a demasiadas preguntas. Aunque le inventáramos un pasado, le habría resultado difícil evitar las clases en las que se lee la mente. Por otro lado, enseñarle magia en secreto habría entrañado demasiados riesgos. Si hubiera regresado a Sachaka, no habría sobrevivido a menos que estuviera entrenado en magia negra. Creo que temía lo que él mismo era capaz de hacer con esos conocimientos, en ese lugar. En Sachaka solo hay amos y esclavos. Para sobrevivir como amo, habría necesitado tener esclavos.

Sonea sintió un escalofrío.

—Parece un lugar terrible.

Akkarin se encogió de hombros.

—No todos los amos son crueles. Los ichanis son marginados, magos desterrados de la ciudad por el rey, y no únicamente a causa de su ambición excesiva.

—¿Cómo consiguió el rey obligarlos a marcharse?

—Él mismo posee unos poderes considerables y cuenta con partidarios.

—¡El rey de Sachaka es un mago!

—Así es —Akkarin sonrió—. Solo en las Tierras Aliadas hay leyes que prohíben a los magos gobernar o influir demasiado en política.

—¿Lo sabe nuestro rey?

—Sí, aunque no tiene idea de lo poderosos que son los magos sachakanos. Bueno, ahora sí que la tiene.

—¿Qué le parece al rey de Sachaka que los ichanis hayan invadido Kyralia?

Akkarin frunció el entrecejo.

—No lo sé. Si conocía el plan de Kariko, seguramente no le gustaba, pero creía que estaba condenado al fracaso. Los ichanis siempre se hallaban demasiado ocupados luchando entre sí para establecer una alianza. Sería interesante ver qué hará el rey sachakano cuando los ichanis dominen un territorio vecino.

—¿Nos ayudará?

—Oh, no —Akkarin rio con tristeza—. Te olvidas de lo mucho que los sachakanos detestan al Gremio.

—¿Por la guerra? Pero eso sucedió hace mucho tiempo.

—Desde el punto de vista del Gremio, sí. Pero los sachakanos no olvidan, pues la mitad de su territorio se convirtió en un páramo —Akkarin sacudió la cabeza—. El Gremio cometió un grave error al desentenderse de Sachaka después de ganar la guerra.

—¿Qué debería haber hecho?

Akkarin se volvió para contemplar las montañas. Sonea siguió la dirección de su mirada. Hacía solo unos días, se encontraban al otro lado de aquellas siluetas irregulares.

—Fue una guerra entre magos —murmuró Akkarin—. Es inútil enviar a

un ejército de no-magos a luchar contra magos, sobre todo si estos utilizan la magia negra. Sachaka fue conquistada por magos kyralianos, que regresaron enseguida a sus suntuosos hogares. Sabían que el Imperio sachakano acabaría por recuperarse y por volver a representar un peligro; por eso crearon el páramo, para que el país siguiera siendo pobre. Si algunos de los magos del Gremio se hubieran establecido en Sachaka, liberado a los esclavos y demostrado que los magos pueden emplear sus poderes para ayudar a la gente, habrían propiciado que los sachakanos se convirtieran en una sociedad más pacífica y libre, y hoy no nos encontraríamos en esta situación.

—Entiendo —dijo Sonea despacio—, pero también entiendo que no haya ocurrido así. ¿Por qué iba el Gremio a ayudar a los sachakanos si ni siquiera ayuda a los kyralianos de a pie?

Akkarin la miró pensativo.

—Algunos de sus miembros sí. Dorrien, por ejemplo.

Sonea le sostuvo la mirada.

—Dorrien es una excepción. El Gremio podría hacer mucho más.

—No podemos hacer nada si nadie se ofrece voluntario para hacerlo.

—Desde luego que podéis.

—¿Obligarías a los magos a trabajar contra su voluntad?

—Sí.

Akkarin arqueó las cejas.

—Dudo que se prestaran a colaborar.

—Se les podrían reducir sus ingresos si se negaran.

Él sonrió.

—Tendrían la sensación de que los tratan como a sirvientes. Nadie querría que sus hijos se uniesen al Gremio para que los hicieran trabajar como gente común y corriente.

—Nadie de las Casas —lo corrigió Sonea.

Akkarin parpadeó y luego soltó una risita.

—Supe que serías un elemento agitador desde el momento en que el Gremio propuso que se te diera instrucción. Deberían agradecerme que los haya librado de ti.

Sonea abrió la boca para protestar, pero se interrumpió al ver que Dorrien se acercaba. Iba montado sobre un caballo nuevo y conducía tras sí a otros

dos.

—No son muy buenos —dijo, y les entregó las riendas—, pero no he encontrado nada mejor. Como los magos de todo el país están acudiendo a Imardin a toda prisa, cada vez hay menos caballos frescos disponibles en las posadas.

Akkarin asintió, muy serio.

—Entonces debemos apresurarnos o se acabarán.

Se acercó al costado de uno de los caballos y subió a la silla de un salto. Sonea se encaramó a la otra montura. Mientras colocaba la otra bota en el estribo, observó a Akkarin atentamente. Él la había llamado «elemento agitador», pero eso no significaba necesariamente algo malo. Tal vez incluso estaba de acuerdo con ella.

¿Qué importancia tenía? Dentro de pocos días ya no existiría el Gremio, y los pobres de su ciudad descubrirían que había cosas peores que las Purgas.

Sonea se estremeció y ahuyentó ese pensamiento de su mente.

En el pasillo del alojamiento de los magos reinaba casi tanto bullicio como en la universidad durante el descanso de enmedio, observó Dannyl. Se abría paso junto con Yaldin a través de una muchedumbre de magos, esposas e hijos de magos. Todos estaban comentando la Reunión.

Cuando Yaldin llegó ante la puerta de sus aposentos, el viejo mago alzó la vista hacia él y suspiró.

—¿Te apetece entrar a tomar una taza de sumi? —preguntó.

Dannyl asintió.

—Si a Ezrille no le importa...

Yaldin rio por lo bajo.

—Le gusta decir a la gente que mando yo, pero tú y yo... y Rothen... sabemos la verdad.

Abrió la puerta e hizo pasar a Dannyl a su sala de invitados. Ezrille estaba sentada en uno de los sillones, con un vestido de tela azul brillante.

—Qué Reunión tan corta —dijo, ceñuda.

—Sí —respondió Dannyl—. Hoy estás preciosa, Ezrille.

Ella sonrió, y se le formaron unas arrugas en las comisuras de los ojos.

—Deberías visitarnos más a menudo, Dannyl —meneó la cabeza—. Me asombra que un hombre tan educado como tú aún no haya encontrado esposa. ¿Un poco de sumi?

—Sí, por favor.

Ezrille se levantó y se puso a trajinar con las tazas y el agua. Dannyl y Yaldin se sentaron. El viejo mago tenía la frente arrugada.

—No puedo creer que hayan decidido legalizar la magia negra.

Dannyl asintió.

—Lorlen dice que algunas de las afirmaciones de Akkarin han resultado ser ciertas.

—Las peores.

—Sí, pero me pregunto si eso significa que otras de sus afirmaciones han resultado ser falsas.

—¿Cuáles?

—Obviamente, la de que los magos negros sachakanos invadirían Kyralia —dijo Ezrille, depositando una bandeja en la mesa, delante de los sillones—. ¿Qué va a hacer Rothen? Ya no es necesario que vaya a Sachaka.

—Seguramente regresará —Dannyl cogió la taza que ella le ofrecía y tomó un sorbo de la bebida humeante.

—A menos que decida seguir adelante, con la esperanza de encontrar a Sonea.

Dannyl adoptó una expresión grave. «Rothen podría hacer precisamente eso...».

Levantaron la mirada al oír unos golpes en la puerta. Yaldin agitó la mano y la puerta se abrió. Un mensajero hizo una reverencia, paseó la vista por la habitación y entró al ver a Dannyl.

—Embajador, un hombre ha venido a verle. Todas las salas para recibir visitas están ocupadas, así que lo he llevado a sus aposentos. Su sirviente, que estaba allí, lo ha dejado entrar.

¿Una visita? Dannyl dejó su taza y se puso de pie.

—Gracias —dijo al mensajero. El hombre se inclinó ante él y se retiró de la habitación. Dannyl dedicó una sonrisa de disculpa a Yaldin y a Ezrille—. Gracias por el sumi. Más vale que averigüe quién es mi visita.

—Por supuesto —respondió Ezrille—. No dejes de venir después a

contárnoslo.

El pasillo estaba un poco más tranquilo, pues la mayoría de los magos había vuelto a sus habitaciones u ocupaciones después de la Reunión. Dannyl caminó rápidamente hasta su puerta y la abrió. Un joven rubio se levantó de uno de los sillones de su sala de invitados e hizo una reverencia. Dannyl tardó unos instantes en reconocerlo, pues llevaba la ropa austera que se estilaba en Kyralia.

Entonces entró a toda prisa y dejó que la puerta se cerrara.

—¿Qué tal, embajador Dannyl? —dijo Tayend con una amplia sonrisa—. ¿Me has echado de menos?

30. Contener al enemigo

Al principio, Imardin apareció como una sombra recortada contra el verde amarillento de los campos. Luego, conforme se acercaban, la ciudad se extendió a ambos lados del camino como unos brazos que les daban la bienvenida de vuelta. Unas horas después, mil farolas ardían ante ellos, e iluminaban a través de la lluvia y la oscuridad el camino hacia las Puertas Septentrionales.

Cuando estaban lo bastante cerca para oír el repiqueteo de la lluvia contra el cristal de la primera farola, Dorrien detuvo su caballo y se volvió hacia Akkarin y Sonea. Dejó vagar la mirada por los viajeros que los rodeaban. Debían despedirse de prisa y medir sus palabras; a la gente le parecería extraño que hablara con sus compañeros plebeyos en términos demasiado familiares.

—Buena suerte —les dijo—. Tened cuidado.

—Tendrá usted más rascada que nosotros, milord —repuso Sonea con el deje típico de las barriadas—. Gracias por su ayuda. No permita que esos magos extranjeros lo pillen.

—Vosotros tampoco —respondió Dorrien, sonriendo al oír su acento. Se despidió de Akkarin con un gesto de cabeza, se dio la vuelta y espoleó a su caballo.

A Sonea se le hizo un nudo en el estómago al verlo alejarse hacia las puertas. Cuando lo perdió de vista, se volvió hacia Akkarin, una figura alta y oscura, con el rostro oculto por la capucha.

—Ve tú delante —indicó él.

Ella hizo salir a su caballo del camino principal y enfiló una calle

estrecha. Los losdes se fijaban en ellos y en sus caballos descuidados. «Ni se os ocurra intentar nada raro —pensó Sonea—. Aunque parezcamos campesinos sencillos que ignoran los peligros de la ciudad, no lo somos. Y no podemos permitirnos llamar la atención».

Después de recorrer las callejuelas intrincadas de las barriadas durante media hora, llegaron a los puestos de los vendedores de caballos situados a las afueras del mercado. Se detuvieron frente a un letrero que tenía una herradura pintada. Un hombre de aspecto delgado pero fuerte se les acercó bajo la lluvia, cojeando.

—Buenas —dijo con voz áspera—. ¿Queréis venderos los caballos?

—Tal vez —respondió Sonea—. Depende del precio.

—Pues déjame que eche un vistazo —les hizo señas para que se acercaran—. Pasad, que os estáis mojando.

Siguieron al hombre al interior de una gran caballeriza. Había compartimientos a ambos lados, y algunos de ellos estaban ocupados. Sonea y Akkarin descabalgaron y miraron al hombre mientras examinaba sus monturas.

—¿Cómo se llama este?

Sonea se quedó pensando. Habían cambiado de caballo tres veces, y ella había renunciado a aprenderse sus nombres.

—Ceryni —respondió al fin—. Es el nombre de un amigo mío.

El hombre se puso rígido y clavó la vista en ella.

—¿Ceryni?

—Sí. ¿Lo conoces?

Se oyó una risotada procedente de uno de los compartimientos.

—¿Le has puesto mi nombre a tu caballo?

Se abrió la puerta de una cuadra, y de ella salió un hombre de baja estatura con un abrigo gris, seguido por Takan y un tipo corpulento y musculoso. Sonea se fijó en el rostro del que había hablado y soltó un grito ahogado cuando lo reconoció.

—¡Cery!

—¡Yep! Bienvenida a casa —exclamó él, sonriente. Se volvió hacia el vendedor de caballos y se le borró la sonrisa—. No has visto nada.

—N... no —convino el hombre, con la cara pálida.

—Coge a los caballos y lárgate —ordenó Cery.

El hombre agarró las riendas de los caballos, y Sonea, desconcertada, lo miró mientras se marchaba a toda prisa. Akkarin le había dicho que Takan se ocultaba en la guarida de un ladrón. Si Cery trabajaba para ese ladrón, ¿se trataba de Farén, o es que Cery había cambiado de jefe? En cualquier caso, a juzgar por la reacción del vendedor de caballos, su viejo amigo se había vuelto más influyente en los últimos años. Al volverse, Sonea vio a Takan arrodillarse ante Akkarin.

—Amo —su voz estaba cargada de emoción.

Akkarin se quitó la capucha y suspiró.

—Levántate, Takan —dijo con suavidad. Aunque su tono denotaba autoridad y a la vez tolerancia, Sonea advirtió en su rostro signos de vergüenza. Reprimió una sonrisa.

El sirviente se puso de pie.

—Me alegro de volver a veros, amo, aunque mucho me temo que la situación aquí es peligrosa e irreparable.

—Aun así, debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano —repuso Akkarin. Se dirigió a Cery—. ¿Te ha explicado Takan nuestros planes?

Cery asintió.

—Mañana se celebrará una reunión de ladrones. Al parecer, la mayoría de ellos ha oído que se cuece algo, y saben al menos que los miembros de las Casas están haciendo el equipaje y saliendo de la ciudad. Ha de decirme cuánta información quiere que tengan al respecto.

—Toda —respondió Akkarin—, mientras eso no perjudique tu posición entre ellos.

Cery se encogió de hombros.

—No la perjudicará a la larga. Además, tengo la sensación de que nos quedaremos sin ciudad en la que hacer negocios si esos magos sachakanos ganan. Bueno, antes de ir al grano, me gustaría llevaros a algún sitio más cómodo que una caballeriza. Estoy seguro de que algo de comer también os vendría bien.

Sonea lo observó con detenimiento mientras regresaba al compartimiento del que había salido. Cery se movía con una seguridad que ella no había visto en él antes. No había mostrado ante Akkarin el temor reverencial que cabía

esperar. Le hablaba como si ya hubiera tenido tratos con él anteriormente.

«Sin duda era uno de los hombres que ayudaban a Akkarin a encontrar a los espías. Pero ¿por qué no me dijo Akkarin que Cery estaba implicado?».

En la parte posterior de la cuadra, Cery abrió una trampilla que estaba cerrada con llave y la levantó.

—Ve tú delante, Gol.

El hombre robusto y callado se agachó y empezó a descender por una escalera de mano. Takan lo siguió, y después Akkarin. Sonea se detuvo durante un momento a mirar a Cery, quien le dedicó una gran sonrisa.

—Anda, ve. Ya charlaremos cuando lleguemos a mi refugio.

Ella bajó por la escalera hasta un túnel amplio. Gol sostenía en alto un farol. Sonea percibió unos olores que le trajeron a la mente recuerdos del viejo Camino de los Ladrones. Cuando Cery los alcanzó, hizo un gesto a Gol con la cabeza, y echaron a andar por el túnel.

Caminaron durante varios minutos y luego pasaron por una gran puerta metálica al interior de una sala de invitados lujosamente amueblada. Había una mesa baja en el centro, cubierta de bandejas con comida, copas y botellas de vino.

Sonea se dejó caer en una silla y se sirvió un poco de comida. Akkarin se sentó junto a ella y cogió una de las botellas. Archeó las cejas.

—Vives mejor que los magos, Ceryni.

—Oh, no vivo aquí —replicó Cery, ocupando otro de los asientos—. Esta es una de mis habitaciones para invitados. Takan se ha estado alojando aquí.

—El ladrón ha sido generoso —dijo Takan en voz baja, señalando con la cabeza a Cery.

¿El ladrón? Sonea se atragantó, tragó lo que tenía en la boca y clavó los ojos en Cery. Él se dio cuenta y sonrió.

—Se te acaba de clicar, ¿verdad?

—Pero... —ella sacudió la cabeza—. ¿Cómo es posible?

Cery extendió las manos a los lados.

—Trabajo duro, decisiones astutas, buenos contactos... y un poco de ayuda de tu Gran Lord.

—¿O sea, que tú eres el ladrón que ayudaba a Akkarin a localizar a los espías?

—Así es. Empecé a dedicarme a eso después de que él nos ayudara a ti y a mí con Fergun —explicó Cery—. Quería encargarle a alguien que encontrara a los asesinos, alguien con los contactos y la influencia adecuados.

—Entiendo. —«Así que Akkarin lo sabe desde la Vista para mi tutela». Lo fulminó con la mirada—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

Los labios de Akkarin esbozaron una sonrisa.

—Al principio no podía. Habrías creído que había engañado a Cery para que me ayudara, o que lo había obligado.

—Podrías habérmelo contado cuando me enteré de la verdad sobre los ichanis.

Él negó con la cabeza.

—Siempre procuro no revelar más información de la necesaria. Si los ichanis te hubiesen capturado, habrían podido relacionar a Cery conmigo al leerte la mente. Y resulta que necesito mantener esa relación en secreto —se dirigió a Cery—. Es importante que nuestra presencia en Imardin no sea del dominio público. Si los ichanis lo averiguaran a través de la mente de alguien, perderíamos nuestra única oportunidad de ganar la batalla. Cuanta menos gente sepa que estamos aquí, mejor.

Cery asintió.

—Solo Gol y yo sabemos que están aquí. Los otros ladrones creen que vamos a hablar únicamente de lo que se está fraguando en la ciudad —sonrió—. Se quedarán sorprendidos al verle.

—¿Crees que accederán a mantener en secreto nuestra presencia?

Cery se encogió de hombros.

—En cuanto se enteren de lo que está pasando y comprendan que lo perderán todo si los sachakanos ganan, les cuidarán como a sus propios hijos.

—Dijiste a Takan que habías estado pensando en maneras de matar magos —dijo Akkarin—. ¿A qué te...?

¿Balkan?

Sonea irguió la espalda en su asiento. Era la voz mental de...

¿Yikmo?, respondió Balkan.

Los sachakanos se aproximan a Calia.

Te daré instrucciones en breve.

—¿Qué ocurre, amo? —preguntó Takan.

—Una llamada —contestó Akkarin—. Lord Yikmo informa de que los ichanis se acercan a Calia. Debe de estar allí.

Un escalofrío recorrió la espalda a Sonea.

—El Gremio no habrá salido a su encuentro, ¿verdad? —Se volvió hacia Cery—. Si se hubieran marchado de la ciudad, tú lo sabrías.

Cery sacudió la cabeza.

—No he recibido informes sobre nada parecido.

Akkarin arrugó el entrecejo.

—Ojalá Lorlen usara el anillo.

—Unos veinte magos salieron de la ciudad hace cuatro días —intervino Gol—. Por la mañana.

¿Yikmo?

Balkan.

Tomaos vuestro tiempo.

Así lo haremos.

Sonea miró a Akkarin, ceñuda.

—¿Qué significa eso?

Su expresión se ensombreció.

—Debe de tratarse de una instrucción en clave. No pueden decir explícitamente a Yikmo y a sus hombres lo que deben hacer sin revelar sus intenciones a los ichanis.

—Pero ¿qué significa?

Akkarin tamborileó con los dedos sobre su mano.

—Veinte magos. Hace cuatro días. Se marcharon antes de que los ichanis atacaran el Fuerte. ¿Cuál debía de ser su propósito?

—¿Custodiar el Paso del Sur? —aventuró Sonea—. Balkan dejó a nuestra escolta en el Fuerte. Tal vez pensaba que el Paso del Sur necesitaba vigilancia también.

Akkarin negó con la cabeza.

—Nos habríamos cruzado con ellos. Debían de estar al norte de Calia, donde se bifurca el camino. Fuera cual fuese el motivo, si no han regresado a Imardin después del ataque no es porque hubiesen llegado demasiado lejos. Se han quedado en Calia por alguna razón.

—¿Para informar de la posición de los ichanis? —sugirió Cery.

—¿Los veinte? —La arruga entre las cejas de Akkarin se hizo más profunda—. Espero que el Gremio no haya planeado hacer alguna estupidez.

—Eso sí que sería una novedad —comentó Takan con sequedad.

Cery bajó la mirada.

—Será mejor que nos comamos esto antes de que se enfríe. ¿Alguien quiere vino?

Sonea abrió la boca para contestar, pero se quedó paralizada cuando una imagen apareció en su mente. Tres carros avanzaban despacio por el camino principal de una aldea. En cada uno de ellos viajaban varios hombres y mujeres, algunos vestidos con ropa de calidad.

Los caballos que tiraban del primer carro se detuvieron, y quien lo conducía se volvió lentamente hacia el observador. Con un estremecimiento, Sonea reconoció a Kariko. Este pasó las riendas a un hombre que estaba sentado junto a él y se apeó de un salto.

—Baja, baja, mago del Gremio —gritó.

Un destello salió de la ventana de una casa situada enfrente, seguido por varios azotes más, procedentes de los dos lados de la calle. Impactaron contra el escudo invisible que rodeaba cada carro.

—Una emboscada —oyó Sonea que murmuraba Akkarin.

Kariko giró en círculo e inspeccionó las casas y la calle; luego miró a sus aliados.

—¿Quién quiere ir de caza?

Cuatro de los ichanis bajaron de los carros. Se separaron y se encaminaron hacia las casas de ambos lados. Dos de ellos llevaban yiles, que ladraban alterados.

Entonces el punto de vista cambió. Sonea alcanzó a vislumbrar el marco de una ventana, una habitación y a un mago del Gremio.

—¡Rothen! —jadeó Sonea. Las imágenes se desvanecieron, y miró a Akkarin horrorizada—. ¡Rothen está con ellos!

«Hace demasiados años que asistí a una clase de habilidades de guerrero o que luché en la Arena por última vez», pensó Rothen mientras cruzaba el patio en dirección a la puerta trasera de la casa.

La estrategia de Yikmo era sencilla. Si los sachakanos no podían ver a sus agresores, tampoco podrían contraatacar. Los magos del Gremio lanzarían sus azotes desde lugares ocultos, cambiarían de posición y atacarían de nuevo. Cuando ya no les quedara energía, debían esconderse y descansar.

Rothen recorrió la casa a toda velocidad hacia la habitación frontal. Habían evacuado a los aldeanos horas antes, y habían abierto todas las puertas y ventanas para preparar la emboscada. Al asomarse, vio a un sachakano extender la mano hacia la puerta de la casa contigua. Le lanzó un azote potente y observó, complacido, que el hombre se detenía.

Entonces se le cayó el alma a los pies, pues el hombre se dio la vuelta y echó a andar hacia él. Rothen tropezó con una silla y salió rápidamente de la habitación.

Era un pueblo grande, y casi todas las casas estaban construidas muy cerca unas de otras. Rothen avanzaba sigilosamente, espiando a los sachakanos y atacándolos cuando estaban lo bastante lejos para que tuviera tiempo de escapar de ellos. En dos ocasiones contuvo el aliento, cuando uno de ellos pasaba a solo unos pasos de su escondite. Otros magos del Gremio tuvieron menos suerte. Uno de los animales condujo a un sachakano hasta un joven guerrero que se ocultaba en un establo. Aunque Rothen y otro alquimista salieron para arremeter contra el sachakano, este hizo caso omiso de ellos. El guerrero luchó hasta que estuvo demasiado débil para tenerse en pie. Entonces, mientras el sachakano desenvainaba su cuchillo, Rothen oyó unos pasos que se acercaban desde otra dirección y se vio obligado a huir.

Desde ese momento, Rothen fue atterradoramente consciente de que sus intentos de salvar al joven guerrero habían consumido casi toda su energía. Pero no toda. Tras topar con dos cadáveres, media hora después, decidió atacar a un sachakano una vez más antes de intentar ponerse a salvo.

Hacía más de una hora de la llegada de los carros, y Rothen estaba lejos de la calle principal. Balkan había ordenado que contuvieran a los sachakanos durante el mayor tiempo posible. No sabía con seguridad hasta cuándo seguiría el enemigo persiguiendo a los magos del Gremio.

«Durante toda la noche, no —pensó—. Al final tendrán que regresar, y no contarán con que haya alguien allí esperándolos para atacarlos».

Rothen sonrió. Despacio y con cautela, se dirigió de vuelta al camino

principal. Cuando entró en una de las casas, aguzó el oído para captar si algo se movía dentro. Todo estaba en silencio.

Al acercarse a una ventana de la parte delantera de la casa, vio que los carros seguían en el mismo sitio que antes. Varios de los sachakanos caminaban por los alrededores, estirando las piernas.

Un esclavo estaba examinando una de las ruedas.

«Una rueda rota frenaría su avance —pensó Rothen. Entonces sonrió—. Unos cuantos carros rotos sería aún mejor».

Respiró hondo e invocó su reserva de poder.

De pronto, oyó crujir una tabla del suelo a su espalda, y se le heló la sangre.

—Rothen —susurró una voz.

Se volvió y soltó todo el aire, aliviado.

—Yikmo.

El guerrero caminó hacia la ventana.

—He oído a uno jactarse de haber matado a cinco de nosotros —dijo Yikmo con gravedad—. El otro asegura haber liquidado a tres.

—Estaba a punto de azotar los carros —murmuró Rothen—. De ese modo, tendrían que buscar unos nuevos, y creo que los aldeanos se han llevado casi todos los vehículos.

Yikmo asintió.

—Antes los estaban protegiendo, pero tal vez no es...

Se interrumpió de pronto cuando dos sachakanos salieron con paso tranquilo de las casas del otro lado de la calle. Una mujer les gritó.

—¿A cuántos, Kariko?

—A siete —respondió el hombre.

—Yo a cinco —añadió su compañero.

Yikmo soltó un grito ahogado.

—No puede ser. Si los dos a los que he oído hablar decían la verdad, solo quedamos dos.

Rothen se estremeció.

—Tal vez estén exagerando.

—¿Habéis acabado con todos? —preguntó la mujer.

—Con casi todos —respondió Kariko—. Había veintidós.

—Podría enviar a mi rastreador tras ellos.

—No, ya hemos perdido demasiado tiempo —se enderezó, y Rothen se puso rígido al oír la voz mental del hombre.

Podéis volver ya.

Yikmo se volvió hacia Rothen.

—Es nuestra última oportunidad para inutilizar los carros.

—Sí.

—Yo lanzaré el primer azote. Tú encárgate del segundo. ¿Listo?

Rothen asintió e invocó el poder que le quedaba.

—Adelante.

Sus azotes destellaron hacia los carros. La madera saltó en pedazos, y se oyeron alaridos de humanos y de caballos. Varios de los sachakanos que no llevaban uniforme cayeron al suelo, sangrando a causa de las astillas que se les habían clavado. Un caballo se liberó a coces y se alejó a galope.

Los magos sachakanos se dieron la vuelta rápidamente y dirigieron la mirada hacia donde estaba Rothen.

—¡Corre! —gritó Yikmo.

Rothen estaba a medio camino de la puerta de la habitación cuando la pared que tenía detrás estalló. La fuerza de la explosión le golpeó la espalda y lo arrojó hacia delante. Chocó contra una pared, y sintió un dolor intenso en el pecho y el brazo.

Cayó al suelo y se quedó tumbado, demasiado aturdido para moverse.

«¡Levántate! —se dijo—. ¡Tienes que alejarte de aquí!».

Pero cuando intentó ponerse de pie, una punzada le atravesó el hombro y el brazo. «Me he roto algo —pensó—, y no me queda energía para sanarme». Tomó aire y, haciendo un gran esfuerzo, logró apoyarse en un codo y luego en las rodillas. Tenía los ojos llenos de polvo e intentó quitárselo parpadeando. Notó que una mano lo asía del otro brazo. «Yikmo —pensó, lleno de gratitud—. Se ha quedado para ayudarme».

La mano lo levantó, provocándole un dolor insoportable en la parte superior del cuerpo. Cuando alzó la vista hacia su salvador, la gratitud cedió el paso al espanto.

Kariko lo miraba, con el rostro crispado de ira.

—Te arrepentirás de haber hecho eso, mago.

Una fuerza empujó a Rothen contra la pared y lo retuvo allí. La presión hacía que le doliera aún más el hombro. Kariko le sujetó la cabeza con las dos manos.

«¡Va a leerme la mente!», pensó Rothen con un pánico creciente. Luchó instintivamente por bloquear la intrusión, pero no sintió nada. Por un momento se preguntó si leerle el pensamiento era en realidad la intención de Kariko, hasta que una voz atronó dentro de su cabeza.

¿Cuál es tu peor temor?

El rostro de Sonea apareció de forma fugaz en la mente de Rothen. Trató de ahuyentarla, pero Kariko atrapó la imagen y la hizo volver.

Vaya, ¿quién es esta? Ah, alguien a quien le enseñaste magia. Alguien a quien quieres. Pero se ha ido. El Gremio la ha desterrado. ¿Adónde? ¡A Sachaka! ¡Ah! De modo que es ella. La compañera de Akkarin. Qué chica tan traviesa. Mira que romper las reglas del Gremio...

Rothen intentó poner la mente en blanco, no pensar en nada, pero Kariko empezó a enviarle imágenes perturbadoras. El mago vio a un Akkarin más joven, vestido como los esclavos de los carros, encogido de miedo ante otro sachakano.

Era un esclavo —le dijo Kariko—. Tu noble Gran Lord fue una vez un esclavo pusilánime y sumiso al servicio de mi hermano.

Rothen sintió una oleada de compasión y arrepentimiento al comprender que Akkarin había dicho la verdad. La poca rabia que aún albergaba hacia el «corruptor» de Sonea se evaporó, y se apoderó de él un orgullo cargado de nostalgia. Ella había tomado la decisión correcta; una decisión dura, pero acertada. Rothen deseó poder decírselo, pero sabía que nunca tendría la oportunidad. «Al menos he hecho todo lo que estaba en mi mano —pensó—, y ella está a salvo de todos estos peligros, pues los ichanis han salido de Sachaka».

¿A salvo del peligro? Sigo teniendo aliados allí —le envió Kariko—. La encontrarán y la traerán ante mí. Cuando la tenga en mi poder, la haré sufrir. Y tú... tú vivirás para verlo, mataesclavos. Sí, no hay motivo para no dejarte con vida. Estás débil y tienes el cuerpo quebrantado, así que no llegarás a tu ciudad a tiempo para ayudar al Gremio.

Rothen notó que las manos se apartaban de su cabeza. Kariko estaba

mirando al suelo. Se alejó unos pasos y se agachó para recoger un trozo de vidrio.

Volvió junto a él y deslizó el filo del cristal por su mejilla. Rothen sintió un dolor agudo, y acto seguido, un líquido que le resbalaba por la cara. Kariko colocó la mano ahuecada bajo el mentón de Rothen y al cabo de unos instantes la retiró. Tenía la palma llena de sangre.

Kariko hizo flotar en el aire el trozo de cristal. La punta se puso al rojo y empezó a fundirse poco a poco hasta que se formó un glóbulo que se desprendió y cayó en la mano de Kariko.

Este curvó los dedos sobre el vidrio fundido y cerró los párpados. Algo se agitó en los límites de los pensamientos de Rothen. Al percibir la presencia de otra mente captó el significado de aquel extraño rito. A partir de ese instante su mente estaría conectada con el cristal y con cualquiera que lo tocara. Kariko pretendía hacer un anillo con él y...

De pronto, el vínculo se rompió. Kariko sonrió y desvió la mirada. Rothen notó que la fuerza que lo sujetaba contra la pared se disipaba. Soltó un quejido cuando sintió un dolor lacerante en el hombro. Alzó la mirada y vio con incredulidad que el sachakano se alejaba y atravesaba la fachada en ruinas de la casa en dirección a los carros destrozados.

«Me ha dejado con vida».

Rothen pensó en la pequeña esfera de vidrio. Se acordó de la explicación de lord Sarrin sobre los usos de la magia negra, y comprendió que Kariko acababa de fabricar una gema de sangre.

El sonido de unas voces en el exterior le heló las venas. «Tengo que largarme de aquí —pensó—, mientras todavía pueda». Se dio la vuelta, atravesó a toda prisa la casa hacia la puerta trasera y salió tambaleándose al aire libre de la noche.

Al contemplar a Sonea, una calma inesperada se adueñó de Cery.

Creía que en cuanto volviese a verla lo asaltarían sentimientos encontrados. No lo habían invadido la emoción ni la admiración de los viejos tiempos, ni tampoco la añoranza que lo había atenazado después de que Sonea ingresara en el Gremio. Sintió, sobre todo, afecto y preocupación.

«Me temo que me preocuparé por ella siempre, por una u otra razón». Cada vez que la miraba, notaba que su amiga desviaba la atención constantemente hacia Akkarin. Sonrió. En un principio había supuesto que eso se debía a que Akkarin había sido su tutor y ella estaba acostumbrada a obedecer todas sus órdenes, pero ya no estaba tan seguro. Sonea no había vacilado en recriminarle que le hubiera ocultado la nueva posición de Cery. Y a Akkarin no había parecido molestarle su actitud desafiante.

«Ya no son magos del Gremio —se recordó Cery a sí mismo—. Seguramente tuvieron que dejar de lado ese rollo de tutor y aprendiz».

Pero empezaba a sospechar que había algo más que eso.

—¿Tienes mi daga? —preguntó Akkarin a su sirviente.

Takan asintió, se levantó y se marchó hacia uno de los dormitorios. Regresó con una daga enfundada en una vaina que colgaba de un cinturón y se la ofreció a Akkarin con la cabeza gacha.

Akkarin la aceptó con solemnidad. Se colocó el cinturón extendido sobre las rodillas y, de pronto, dirigió la vista hacia la pared del fondo. Al mismo tiempo, Sonea soltó un grito.

La habitación quedó en silencio. Cery observó a la pareja, que se había quedado con la mirada perdida. Akkarin frunció el entrecejo y sacudió la cabeza. Sonea abrió los ojos como platos.

—¡No! —exclamó—. ¡Rothen! —Se puso muy blanca, se llevó las manos a la cara y rompió a sollozar.

A Cery se le encogió el corazón y vio la misma angustia reflejada en el rostro de Akkarin. El mago puso el cinturón a un lado y se levantó de su silla para arrodillarse junto a ella. La atrajo hacia sí y la estrechó con fuerza.

—Sonea —murmuró—. Lo siento.

Era evidente que había ocurrido algo terrible.

—¿Qué pasa? —preguntó Cery.

—Lord Yikmo acaba de comunicar que todos sus hombres han muerto —respondió Akkarin—. Rothen, que fue tutor de Sonea antes que yo, se encontraba entre ellos —guardó silencio, y a continuación añadió—: Yikmo está malherido. Ha dicho que han conseguido entretener a los ichanis, o algo parecido. Creo que tal vez fue por eso por lo que les tendieron una emboscada, pero ignoro para qué necesitaba el Gremio esa maniobra de

distracción.

El sonido del llanto de Sonea cambió. Era obvio que intentaba dejar de llorar. Akkarin la miró y luego se volvió hacia Cery.

—¿Dónde podemos dormir?

Takan señaló una habitación.

—Por aquí, amo —Cery advirtió que el sirviente le había indicado el dormitorio con la cama más grande.

Akkarin se levantó y ayudó a Sonea a ponerse de pie.

—Vamos, Sonea. Hace semanas que no dormimos una noche entera.

—No puedo dormir —repuso ella.

—Entonces acuéstate y ve calentando la cama para cuando yo vaya.

«Bueno, eso no deja mucho lugar a dudas», pensó Cery.

Se dirigieron a la habitación. Al cabo de un momento, Akkarin volvió. Cery se puso de pie.

—Es tarde —comentó—. Vendré mañana temprano, para que hablemos de la reunión.

Akkarin hizo un gesto afirmativo.

—Gracias, Ceryni —regresó al dormitorio y cerró la puerta tras sí.

Cery se quedó mirándola. «Así que Akkarin, ¿no? Interesante elección».

—Espero que esto no le afecte mucho.

Cery se volvió hacia Takan. El sirviente señaló la habitación con la cabeza.

—¿A mí? ¿Lo de esos dos? —Cery se encogió de hombros—. Qué va.

Takan asintió.

—Ya me lo imaginaba, dado que está usted ocupado con otra mujer.

A Cery se le heló la sangre. Miró a Gol, que tenía el ceño fruncido.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Se lo oí comentar a uno de mis vigilantes —Takan pasó la vista de Cery a Gol—. ¿Se suponía que era un secreto?

—Sí. No siempre es seguro tener a un ladrón como amigo.

Takan parecía preocupado de verdad.

—No sabían cómo se llamaba ella. No tiene nada de raro que un joven como usted mantenga una relación con una mujer, o con varias.

Cery sonrió con tristeza.

—Tal vez tengas razón. Ya investigaré esos rumores. Buenas noches, pues.

Takan asintió.

—Buenas noches, ladrón.

31. Preparativos para la guerra

El guía condujo a Lorlen a una habitación espaciosa. El sol del amanecer entraba a raudales por los enormes ventanales laterales. Varios hombres rodeaban una mesa grande situada en el centro. El rey estaba en el medio, con lord Balkan a su izquierda y el capitán Arin, su consejero militar, a su derecha. El resto del grupo estaba integrado por capitanes y cortesanos, algunos de ellos conocidos, otros no.

El rey saludó a Lorlen con un movimiento de cabeza y devolvió su atención a un mapa de la ciudad trazado a mano que tenía desplegado ante sí.

—¿Y cuándo terminarán las labores de fortificación de las puertas de la Muralla Exterior, capitán Vettan? —preguntó a un hombre de pelo cano.

—Las Puertas Septentrionales y las de Poniente están listas. Las Meridionales quedarán completadas esta tarde —respondió el capitán.

—¿Puedo hacer una pregunta, majestad? —terció un joven vestido con finos ropajes que estaba al otro extremo de la mesa.

El rey alzó la vista.

—¿Sí, Ilorin?

Lorlen contempló sorprendido al joven. Era el primo del rey. El muchacho no superaba en edad a los aprendices de primer curso, y figuraba entre los posibles candidatos al trono.

—¿Por qué estamos fortificando las puertas, si la parte de la Muralla Exterior que protege el Gremio está en mal estado? —inquirió el joven—. Bastará con que los sachakanos envíen a una patrulla de reconocimiento a circundar la ciudad para que lo descubran.

El rey le dedicó una sonrisa sombría.

—Esperamos que los sachakanos no intenten hacer eso.

—Suponemos que nos atacarán directamente —dijo Balkan a Ilorin—, y puesto que esos esclavos son una fuente de energía para ellos, dudo que se arriesguen a perderlos enviándolos en misión de reconocimiento.

A Lorlen le llamó la atención que Balkan no mencionara la posibilidad de que los sachakanos conociesen ese punto débil tras leer la mente a los guerreros que estaban en el Fuerte, o en Calia. Tal vez el rey le había pedido que no revelase a su primo lo desesperado de la situación.

—¿Cree que las fortificaciones nos permitirán rechazar los ataques de los sachakanos? —preguntó Ilorin.

—No —contestó Balkan—. Frenarlos, tal vez, pero no rechazarlos. Su finalidad es obligar a los sachakanos a consumir parte de su energía.

—¿Qué ocurrirá cuando consigan entrar en la ciudad?

Balkan miró al monarca.

—Seguiremos combatiéndolos mientras podamos.

El rey se volvió hacia otro de los capitanes.

—¿Han sido evacuados ya los miembros de las Casas?

—La mayoría de ellos se ha marchado —respondió el hombre.

—¿Y el resto de la gente?

—Según la Guardia de Puertas, el número de personas que abandonan la ciudad se ha cuadruplicado.

El rey bajó de nuevo la vista hacia el plano y suspiró.

—Ojalá este mapa incluyera las barriadas —miró a lord Balkan—. ¿Nos causarán problemas durante la batalla?

El guerrero arrugó el entrecejo.

—Solo si los sachakanos deciden esconderse allí.

—Si lo hacen, podríamos prender fuego a los edificios —sugirió Ilorin.

—O prendámosles fuego ahora mismo para asegurarnos de que no los usen contra nosotros —añadió un cortesano.

—Arderían durante días —advirtió el capitán Arin—. El enemigo quizá aprovechara el humo para ocultarse, y las cenizas al rojo podrían incendiar el resto de la ciudad. Recomiendo no quemar las barriadas salvo como último recurso.

El rey asintió. Irguió la espalda y miró a Lorlen.

—Retírense —ordenó—. El administrador Lorlen y lord Balkan pueden quedarse.

La Guardia salió de inmediato. Lorlen se percató de que los dos consejeros reales se quedaban en la sala.

—¿Me trae usted buenas noticias? —preguntó el soberano.

—No, majestad —respondió Lorlen—. Lord Sarrin aún no ha desentrañado el secreto de la magia negra. Os envía sus disculpas y asegura que seguirá intentándolo.

—¿Cree al menos que le falta poco para desentrañarlo?

Lorlen suspiró y movió la cabeza.

—No.

El rey contempló el mapa con expresión grave.

—Los sachakanos llegarán dentro de un día, o dos si tenemos suerte —miró a Balkan—. ¿Lo ha traído?

El guerrero asintió. Sacó una bolsa pequeña de su túnica, la abrió y dejó caer su contenido sobre la mesa. A Lorlen se le cortó el aliento cuando reconoció el anillo de Akkarin.

—¿Tenéis la intención de llamar a Akkarin para que vuelva?

El rey hizo un gesto afirmativo.

—Sí. Es arriesgado, pero ¿qué más da si nos traiciona? Sin él perderíamos esta batalla de todos modos —cogió el anillo sin tocar la piedra y lo tendió a Lorlen.

—Pídale que regrese.

El anillo estaba frío. Lorlen se lo puso en el dedo y cerró los ojos.

¡Akkarin!

Esperó, pero no obtuvo respuesta. Después de contar hasta cien, llamó de nuevo, pero fue en vano. Negó con la cabeza.

—No responde.

—Tal vez el anillo no esté funcionando —aventuró el rey.

—Volveré a intentarlo.

¡Akkarin!

Seguía sin obtener respuesta. Lorlen hizo unos intentos más, pero al final suspiró y se quitó el anillo.

—Quizá esté dormido —dijo—. Puedo intentarlo de nuevo dentro de una

hora.

El rey frunció el ceño y dirigió la vista a los ventanales.

—Llámenlo sin el anillo. Tal vez entonces responda.

Balkan y Lorlen intercambiaron una mirada de preocupación.

—El enemigo nos oirá —señaló el guerrero.

—Lo sé. Llámenlo.

Balkan asintió y cerró los párpados.

¡Akkarin!

Siguió el silencio. Lorlen también envió una llamada.

¡Akkarin! El Rey quiere que vuelvas.

Ak...

¡AKKARIN! ¡AKKARIN! ¡AKKARIN! ¡AKKARIN!

Lorlen soltó un jadeo cuando otra mente irrumpió en la suya con la fuerza de un mazazo. Oyó otras voces mentales gritar el nombre de Akkarin en tono burlón antes de desconectar con un escalofrío.

—Vaya, eso ha sido desagradable —murmuró Balkan mientras se frotaba las sienes.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el rey.

—Los sachakanos han contestado.

—Con un azote mental —agregó Lorlen.

El monarca, con el rostro crispado y los puños apretados, se apartó de la mesa. Caminó de un lado a otro durante unos minutos y después se volvió hacia Lorlen.

—Inténtelo de nuevo dentro de una hora.

Lorlen movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, majestad.

La casa a la que llegó Dannyl siguiendo las indicaciones de Tayend era una típica mansión diseñada por un mago. Unos balcones de un aspecto tan delicado que parecía imposible daban a la calle. Hasta la puerta estaba hecha por magos; era una placa de vidrio cuidadosamente esculpida.

Dannyl tuvo que esperar un buen rato después de llamar. Por fin se oyeron pasos que se acercaban, y una figura borrosa apareció al otro lado del

crystal. La puerta se abrió, y Dannyl se encontró, no frente a un portero, sino ante Tayend, quien le dedicó una sonrisa y una reverencia.

—Tendrás que disculpar que tardara tanto —dijo este—. Toda la servidumbre de Zerrend ha partido hacia Elyne, así que no queda nadie, pero... —Frunció el entrecejo—. Tienes muy mala cara.

Dannyl asintió.

—Me he pasado la noche en vela. He... —se le hizo un nudo en la garganta de la emoción y no pudo continuar.

El académico hizo pasar a Dannyl al interior y cerró la puerta.

—¿Qué ha ocurrido?

Dannyl tragó saliva y parpadeó, porque empezaban a escocerle los ojos. Había mantenido la entereza durante toda la noche, mientras consolaba a Yaldin y a Ezrille, y luego a Dorrien, pero en ese momento...

—Rothen ha muerto —consiguió decir. Notó que se le saltaban las lágrimas.

Tayend, con los ojos desorbitados, se le acercó y lo abrazó.

Dannyl se puso tenso, y luego se odió a sí mismo por ello.

—Tranquilo —dijo Tayend—. Como ya te he comentado, estoy solo aquí. Ni siquiera hay sirvientes.

—Perdona —dijo Dannyl—. Es que...

—Te preocupa que nos vean, lo sé. Pero soy cuidadoso.

Dannyl tragó en seco.

—Detesto que tengamos que serlo.

—Yo también —dijo Tayend. Se inclinó hacia atrás y miró a Dannyl—. Pero así son las cosas. Seríamos unos ilusos si creyéramos que podemos cambiarlas.

Dannyl suspiró y se enjugó las lágrimas.

—Mírame. No soy más que un tonto.

Tayend le tomó de la mano y lo guio a través de la sala de invitados.

—No, no lo eres. Acabas de perder a un viejo y buen amigo. Zerrend tiene medicinas para eso, aunque es probable que mi querido primo segundo... ¿o era tercero?, se haya llevado las de las mejores cosechas consigo.

—Tayend —dijo Dannyl—, Zerrend se ha ido por una buena razón. Los

sachakanos están a solo un día o dos de aquí. Tienes que marcharte.

—No voy a regresar a casa. He venido para ayudarte a sobrellevar todo esto, y eso es lo que haré.

Dannyl obligó a Tayend a detenerse.

—Hablo en serio, Tayend. Esos magos matan para hacerse más fuertes. Primero lucharán contra el Gremio, porque es su adversario más poderoso. Después querrán recuperar la energía que hayan perdido arrebatándola a otros. Los magos no les seremos de ninguna utilidad, pues habremos agotado nuestras fuerzas en el combate. Sus víctimas serán personas normales y corrientes, sobre todo las que poseen un potencial mágico sin desarrollar, como tú.

El académico lo miró desconcertado.

—Pero no llegarán tan lejos. Dices que lucharán primero contra el Gremio. Y el Gremio ganará, ¿verdad?

Dannyl clavó la vista en Tayend.

—A juzgar por las instrucciones que hemos recibido, no creo que nadie lo considere posible. Tal vez logremos matar a un par de ellos, pero no a todos. Tenemos órdenes de abandonar Imardin en cuanto hayamos agotado nuestras energías.

—Ah. Necesitarás ayuda para marcharte si estás agotado. Yo te...

—No —Dannyl sujetó a Tayend por los hombros—. Debes irte cuanto antes.

El académico negó con la cabeza.

—No me iré sin ti.

—Tayend...

—Además —añadió—, seguramente los sachakanos invadirán Elyne después. Prefiero pasar unos días aquí contigo y correr el riesgo de que me maten antes de tiempo, a volver a casa y arrepentirme de haberte abandonado por unos pocos meses más de seguridad. Me quedo, quieras o no, así que más vale que lo aproveches.

Tras la oscuridad de las alcantarillas, la luz del sol resultaba cegadora. Cuando Sonea salió por la trampilla, notó algo bajo la bota y tropezó.

Después oyó a alguien mascullar una palabrota.

—Eso era mi pie —refunfuñó Cery.

A ella se le escapó una sonrisa.

—Perdona, Cery. ¿O debería llamarte Ceryni?

Cery soltó un gruñido de repugnancia.

—Llevaba toda la vida intentando librarme de ese nombre, y ahora tengo que usarlo. Estoy seguro de que no soy el único al que le gustaría decir un par de palabras al ladrón que decidió que todos debíamos tener nombres de animales.

—Tu madre debió de adivinar el futuro cuando te puso tu nombre —dijo Sonea. Se hizo a un lado para dejar a Akkarin emerger del túnel.

—Con solo un vistazo sabía qué gorreros intentarían irse corriendo sin pagar —rememoró Cery—. Y siempre decía que mi padre se metería en alguna rascada.

—Mi tía también debía de tener ese don. Siempre decía que tú acabarías por meterte en líos —hizo una pausa—. ¿Has visto a Jonna y a Ranel últimamente?

—No —respondió Cery, al tiempo que se agachaba para volver a poner la tapa de la alcantarilla en su sitio—. Hace meses que no los veo.

Sonea suspiró y sintió que la noticia de la muerte de Rothen lastraba su cuerpo como un peso muy grande.

—Me gustaría verlos, antes de que todo esto...

Cery alzó una mano para hacerla callar, y los tomó del brazo, a ella y a Akkarin, para llevarlos hasta un portal que estaba medio oculto. Gol regresó a toda prisa de la entrada del callejón y se escondió con ellos. Dos hombres doblaron la esquina y avanzaron en silencio hacia ellos. Cuando se acercaron, Sonea reconoció al que tenía el rostro más moreno. Notó que una mano la empujaba con suavidad por la parte baja de la espalda.

—Vamos —le susurró Cery al oído—. Pégale el susto de su vida.

Al volverse, Sonea vio un brillo malicioso en sus ojos. Esperó a que los dos hombres estuvieran cerca, y entonces les salió al paso, quitándose la capucha.

—Farén.

Los dos hombres se encogieron y la miraron de hito en hito. Uno de ellos

ahogó un grito.

—¿Sonea?

—Me has reconocido, después de tanto tiempo.

Él arrugó el entrecejo.

—Pero creía que te habías...

—¿Marchado de Kyralia? —Cruzó los brazos—. He decidido volver y ajustar algunas cuentas.

—¿Cuentas? —Miró a su acompañante con aire nervioso—. Entonces no es a mí a quien buscas.

—¿Ah, no? —Se le acercó y, para su satisfacción, vio que él reculaba—. Creo recordar un pequeño trato que teníamos. No me digas que lo has olvidado, Farén.

—¿Cómo iba a olvidarlo? —farfulló él—. Recuerdo que tú no cumpliste con tu parte. De hecho, redujiste a cenizas más de una de mis casas cuando yo te estaba protegiendo.

Sonea se encogió de hombros.

—Supongo que no te fui demasiado útil. Pero no creo que unas cuantas casas achicharradas justifiquen el haberme vendido al Gremio.

Farén dio otro paso hacia atrás.

—No fue idea mía. No tenía elección.

—¿Que no tenías elección? —exclamó Sonea—. Por lo que he oído, sacaste una buena tajada. Dime, ¿cobraron los otros ladrones su parte de la recompensa? Tengo entendido que tú te quedaste con todo.

Farén tragó saliva de forma audible y retrocedió aún más.

—Como compensación —dijo con la voz ahogada.

Sonea avanzó de nuevo hacia él, pero se oyó un resoplido procedente del portal, que pronto dio paso a una risotada.

—Sonea —dijo Cery—. Debería contratarte como mensajera. Das bastante miedo cuando quieres.

Ella esbozó una sonrisa lúgubre.

—No eres el único que me ha dicho eso últimamente —pensar en Dorrien la llevó a acordarse de Rothen otra vez. Volvió a sentir el peso del dolor, y luchó por ahuyentarlo. «No puedo pensar en eso ahora. Tengo demasiado que hacer», se dijo.

Farén miró a Cery, entornando sus ojos amarillos.

—Debería haberme imaginado que tú estabas detrás de esta pequeña encerrona.

Cery sonrió.

—Oh, solo he sugerido que nos divirtiésemos un poco a tu costa. Ella tiene todo el derecho. Al fin y al cabo, es verdad que la entregaste al Gremio.

—La estás llevando a la reunión, ¿verdad?

—Así es. Ella y Akkarin tienen muchas cosas que decir.

—¿Akkarin...? —repitió Farén con un hilillo de voz.

Sonea oyó unos pasos a su espalda y se volvió para ver a Akkarin y a Gol salir del portal. Akkarin, que se había afeitado la barba incipiente y se había recogido el pelo en una cola, volvía a tener una presencia imponente.

Farén dio otro paso hacia atrás.

—De modo que te llamas Farén, ¿no? —dijo Akkarin amablemente—. ¿Eres negro, con ocho patas y venenoso?

Farén asintió.

—Sí —contestó—. Bueno, salvo por lo de las patas.

—Es un honor conocerte.

El ladrón asintió de nuevo.

—Igualmente —se volvió hacia Cery—. Vaya, parece que la reunión va a ser entretenida. Seguidme.

Farén se encaminó hacia el final del callejón, y su acompañante miró a Sonea y a Akkarin con curiosidad antes de echar a andar tras él a toda prisa. Cery dirigió la vista hacia Sonea, Akkarin y Gol, y les hizo señas. Lo siguieron hasta un pasadizo estrecho entre dos edificios, al fondo del callejón. A medio camino, un hombre corpulento cerró el paso a Farén.

—¿Quiénes son? —preguntó, señalando a Sonea y a Akkarin.

—Invitados —contestó Cery.

Tras dudar unos instantes, el hombre atravesó de mala gana una puerta. Farén entró tras él en el edificio. Al final de un pasillo corto había una escalera. Después de subirla, Farén se detuvo frente a una puerta y se volvió para mirar a Cery.

—Deberías haber pedido permiso antes de traerlos.

—¿Y dejar que se pasen horas discutiendo? —Cery sacudió la cabeza—.

No tenemos tiempo.

—Bueno, luego no digas que no te lo advertí.

Farén abrió la puerta. Sonea los siguió y contempló aquella lujosa sala. Unas sillas acolchadas formaban algo parecido a un círculo. Siete de ellas estaban ocupadas. Supuso que los siete hombres apostados de pie tras ellas eran los protectores de los ladrones.

No le costó adivinar quién era cada uno de los ladrones. El calvo delgado obviamente era Sevli. La pelirroja de nariz aguileña seguramente era Zill, y el hombre de barba y cejas pobladas debía de ser Limek. Mirando en torno a sí, Sonea se preguntó si los nombres de los ladrones se debían a su parecido físico con esos animales, o si, por el contrario, se arreglaban para asemejarse a la criatura que habían elegido. Seguramente ambas cosas, pensó ella.

Algunos ocupantes de las sillas los miraban a ella y a Akkarin con expresión de ira e indignación, y otros, con perplejidad. Un rostro le resultaba familiar. Sonea sonrió cuando su mirada se encontró con la de Ravi.

—¿Quiénes son estas personas? —preguntó Sevli con aire autoritario.

—Unos amigos de Cery —dijo Farén. Se acercó a una de las sillas vacías y se sentó—. Ha insistido en traerlos.

—Ella es Sonea —respondió Ravi para que los otros ladrones lo supieran. Sus ojos se posaron en Akkarin—. Eso significa que tú debes de ser el depuesto Gran Lord.

La indignación y la perplejidad cedieron el paso al asombro y la estupefacción.

—Es un honor conoceros a todos por fin —dijo Akkarin—. Sobre todo a ti, lord Senfel.

Sonea alzó la vista hacia el hombre que estaba de pie tras la silla de Ravi. El viejo mago se había afeitado, y seguramente por eso ella no lo había reconocido de inmediato. La última vez que lo había visto, cuando Farén había intentado chantajearlo para que enseñara magia a Sonea, llevaba una larga barba blanca. A ella la habían drogado, en un intento vano de controlar su magia, por lo que creyó que había soñado ese encuentro hasta que, más tarde, Cery tomó la palabra en la reunión. El hombre miró a Akkarin y palideció.

—Vaya —dijo—. Al final me has encontrado.

—¿Al final? —Akkarin se encogió de hombros—. Conozco tu secreto desde hace mucho tiempo, Senfel.

El anciano parpadeó, sorprendido.

—¿Lo sabías?

—Por supuesto —declaró Akkarin—. Tu muerte fingida no fue muy convincente. Sigo sin entender del todo por qué nos dejaste.

—Vuestras reglas me parecían... asfixiantes. ¿Por qué no hiciste nada al respecto?

Akkarin sonrió.

—¿Sabes lo mal que habría hecho quedar a mi antecesor? Ni siquiera se percató de que habías desaparecido. Aquí no hacías ningún daño, así que decidí dejar que te quedaras.

El viejo mago soltó una carcajada breve y desagradable que más bien sonó como un ladrido.

—Veo que tienes cierta costumbre de romper las reglas, Akkarin de Delvon.

—Y estaba esperando a que me hicieras falta —añadió Akkarin.

Senfel se puso serio.

—El Gremio te ha estado llamando —dijo—. Al parecer les hacías falta tú a ellos. ¿Por qué no has respondido?

Akkarin paseó la vista por el círculo de ladrones.

—Porque el Gremio no debe saber que estamos aquí.

Los ojos de los ladrones brillaron con interés.

—¿Y por qué no? —preguntó Sevli.

Cery dio un paso al frente.

—La historia de Akkarin no se cuenta en un momento. ¿Podemos traer más sillas?

El hombre que los había recibido en la puerta salió de la sala y regresó con dos austeras sillas de madera. Cuando todos se hubieron sentado, Akkarin recorrió con la mirada el círculo de rostros y respiró hondo.

—Primero os contaré cómo mi camino se cruzó con el de los sachakanos —comenzó.

Mientras refería brevemente su encuentro con Dakova, Sonea observó la cara de los ladrones. Al principio escuchaban con serenidad, pero cuando

Akkarin describió a los ichanis sus semblantes pasaron a reflejar alarma y preocupación. Les habló de los espías y de cómo había reclutado a Cery para que los localizase; en ese momento miraron al viejo amigo de Sonea con asombro y fascinación. Entonces, cuando Akkarin tocó el tema de su exilio en Sachaka, Sevli profirió una exclamación de disgusto.

—Los miembros del Gremio son unos idiotas —dijo—. Deberían haberte retenido allí hasta averiguar si los ichanis existían o no.

—Tal vez sea una suerte que no lo hicieran —repuso Akkarin—. Los ichanis no saben que estoy aquí, y eso nos da una ventaja. Aunque soy más fuerte que cualquier mago del Gremio, no puedo vencer a ocho ichanis. Entre Sonea y yo podríamos derrotar a uno, siempre que esté aislado de los demás. Sin embargo, si los ichanis supieran que estamos aquí, formarían una piña para darnos caza —miró a los ladrones de uno en uno—. Por eso no he respondido a las llamadas del Gremio. Si ellos se enteran de que estoy aquí, los ichanis lo averiguarán en cuanto lean la mente al primer mago que capturen.

—Pero en cambio has dejado que nosotros lo sepamos —observó Sevli.

—Sí. Es un riesgo, pero no muy grande. Confío en que todos los presentes en esta sala se mantengan fuera del alcance de los sachakanos. Cualquier otro rumor sobre nuestra presencia se considerará fruto de los deseos generalizados de la población y se le restará credibilidad.

—Bueno, ¿y qué queréis de nosotros? —preguntó Ravi.

—Quieren que les ayudemos a separar a un sachakano de los demás —respondió Zill.

—Sí —confirmó Akkarin—, y también que nos deis acceso al Camino de los Ladrones por toda la ciudad y nos facilitéis guías.

—Hay partes del Círculo Interno a las que no se puede llegar por allí —advirtió Sevli.

—Por otro lado, casi todos los edificios están vacíos —dijo Zill—. Están cerrados con llave, pero podemos ocuparnos de eso.

Sonea frunció el ceño.

—¿Por qué están vacíos?

La mujer miró a Sonea.

—El rey ha ordenado a las Casas que abandonen Imardin. No sabíamos

por qué, hasta hace un momento, cuando Senfel nos ha contado lo de la derrota en el Fuerte y en Calia.

Akkarin asintió.

—El Gremio debe de haber comprendido que todos los habitantes de Imardin son una fuente potencial de energía para los ichanis. Habrán aconsejado al rey que evacue la ciudad.

—Pero solo ha pedido a los de las Casas que se vayan, ¿no? —dijo Sonea. Al ver el gesto afirmativo de los ladrones, la rabia se apoderó de ella—. ¿Y el resto de la gente?

—Como los de las Casas se han ido, los demás se huelen que algo está pasando —contestó Cery—. Por lo que he oído, miles de personas están liando los bártulos y marchándose al campo.

—¿Qué hay de los losdes? —preguntó ella.

—Se atrincherarán —aseguró Cery.

—En las barriadas, fuera de las murallas de la ciudad, el primer sitio al que llegarán los ichanis —Sonea sacudió la cabeza—. Si los ichanis deciden hacer una parada para fortalecerse, los losdes no tendrán la menor oportunidad de sobrevivir —notó que la ira crecía en su interior—. Del rey me esperaba una estupidez así, pero del Gremio no. Debe de haber cientos de magos potenciales en las barriadas. Habría que evacuarlos a ellos primero.

—¿Magos potenciales? —Sevli adoptó una expresión ceñuda—. ¿A qué te refieres?

—El Gremio solo busca potencial mágico entre los niños de las Casas —explicó Akkarin—, pero eso no significa que el resto de la gente no tenga potencial mágico. Sonea es una prueba de ello. Solo se le permitió ingresar en el Gremio porque sus poderes eran tan grandes que se desarrollaban sin ayuda. Seguramente hay cientos de magos potenciales entre las clases bajas.

—Y son víctimas más atractivas para los ichanis que los magos —añadió Sonea—. Los magos agotan sus fuerzas al contraatacar, por lo que cuando son derrotados no queda mucha energía que arrebatarse.

Los ladrones intercambiaron miradas.

—Creíamos que los invasores no nos prestarían atención —murmuró Ravi—. Pero por lo visto van a recolectarnos como si fuéramos una especie de cosecha mágica.

—A menos que —Sonea contuvo la respiración y miró a Akkarin—. A menos que alguien absorba su energía antes que los ichanis.

Akkarin puso cara de sorpresa al comprender lo que ella estaba insinuando, pero entonces frunció el entrecejo.

—¿Se prestarían a ello? Me niego a absorber la energía de un kyraliano por la fuerza.

—Creo que la mayoría lo haría voluntariamente, si comprendiera el motivo.

Akkarin no estaba tan convencido de ello.

—Pero sería imposible organizar algo así. Tendríamos que hacer pruebas a miles de personas y explicar a cada una lo que estamos haciendo. Solo nos queda un día para prepararnos.

—¿Estás pensando lo que yo creo? —inquirió Senfel.

—¿Qué? —Sevli parecía confundido—. Senfel, si tú lo entiendes, explícamelo.

—Si logramos encontrar a los habitantes de las barriadas con potencial mágico, Akkarin y Sonea podrán absorber su energía —dijo Senfel.

—De ese modo, no solo dejaremos a los ichanis sin su cosecha, sino que nuestros magos se harán más fuertes —dijo Zill, y enderezó la espalda en su asiento.

«¿“Nuestros magos”? —Sonea reprimió una sonrisa—. Por lo visto, los ladrones nos han aceptado».

—Pero ¿accederán a ello los losdes? —preguntó Akkarin—. No tienen demasiada simpatía a los magos.

—Accederán si se lo pedimos nosotros —aseveró Ravi—. Piensen lo que piensen de nosotros, reconocen que luchamos por ellos durante la primera Purga, y también después. Si pedimos ayuda para combatir a los invasores, contaremos con miles de voluntarios al final del día. Podemos decirles que tenemos algunos magos propios. Si creen que no sois del Gremio, es más probable que se animen a echaros una mano.

—Veo un problema a este plan —dijo Sevli—. Si lo ponemos en práctica, miles de losdes os verán. Aunque no sepan quiénes sois, verán vuestra cara, y si los ichanis les leen la mente...

—Puedo ayudar a reducir ese riesgo —terció Senfel—. Realizaré pruebas

a todos los voluntarios. Solo aquellos que tengan potencial verán a Sonea y a Akkarin. Eso significa que solo unos cien sabrán que ellos dos están aquí.

Cery sonrió.

—¿Lo ves, Senfel? Al final nos resultarás útil.

El viejo mago lo fulminó con la mirada antes de volverse de nuevo hacia Akkarin.

—Si convencemos a los voluntarios de que se alojen juntos en algún lugar, un refugio con camas confortables y provisiones abundantes, recuperarán sus fuerzas y vosotros podréis volver a incrementar vuestra energía mañana.

Akkarin miró fijamente al mago y asintió con la cabeza.

—Gracias, Senfel.

—No me des las gracias todavía —replicó Senfel—. Quizá salgan corriendo en cuanto me vean.

Sevli soltó una risita.

—Por una vez podrías intentar ser encantador, Senfel —sin hacer caso de la mirada hostil del anciano, contempló a quienes formaban el círculo—. Ahora que conocemos la naturaleza de esos ichanis, me parece que las sugerencias que iba a proponer para combatirlos no serían viables. Lo mejor que podemos hacer es no cruzarnos en su camino.

—Sí —convino Farén—, y advertir a los losdes que se escondan.

—O, mejor todavía —dijo Ravi—, alojarlos en los túneles. Estaremos algo apretados, y tal vez el aire se enrarezca un poco, pero... —alzó la vista hacia Senfel—. Por lo que me han contado, las batallas entre magos no duran mucho.

—Bueno, ¿cómo nos las ingeniaremos para separar a un ichani del grupo principal? —preguntó Zill.

—He oído que Limek tiene un buen sastre —dijo Cery, y dirigió una mirada cómplice al ladrón velludo.

—¿Tienes ganas de ponerte una túnica? —preguntó el hombre con voz grave.

—Oh, nadie se creería que alguien tan bajito sea un mago —se mofó Farén.

—¡Yep! —protestó Cery, y señaló a Sonea—. Hay magos bajitos.

Farén asintió.

—Supongo que si te pones una túnica de aprendiz, colará.

Sonea notó que algo le rozaba el brazo, y al volverse vio que los dedos de Akkarin le tocaban ligeramente la piel.

Esta gente es más valiente de lo que pensaba —envió—. Al parecer, tienen plena conciencia de lo peligrosos y fuertes que son los ichanis, y aun así están dispuestos a plantarles cara.

Sonea sonrió y le envió una imagen fugaz de unos losdes que arrojaban piedras a los magos durante la Purga, y luego otra del sistema de alcantarillado por el que Cery los había conducido al interior de la ciudad.

¿Por qué no iban a estarlo? Llevan años combatiendo y burlando a los magos.

32. Un obsequio

Algo hacía cosquillas en la nariz a Rothen; resopló y abrió los ojos.

Yacía boca abajo sobre hierba seca. Cuando se dio la vuelta, sintió una punzada de dolor en el hombro. Los recuerdos de la noche anterior se agolparon en su mente: la llegada de los carros, el joven guerrero acorralado por un ichani, la destrucción de los carros por parte de lord Yikmo, Kariko, la gema de sangre, el intento de huir...

Miró a su alrededor y vio que estaba en un granero. A juzgar por el ángulo de los rayos de luz que se colaban entre los listones de madera, era mediodía.

Cuando, con un gran esfuerzo, consiguió incorporarse, el dolor se agudizó. Deslizó una mano bajo la túnica y se tocó el hombro. Estaba más arriba de lo normal. Cerró los párpados, proyectó su mente hacia el interior y contempló su hombro, consternado. Mientras dormía, su cuerpo había encauzado las energías que empezaba a recuperar hacia la sanación de los huesos fracturados del brazo y el hombro. Sin embargo, algo no estaba del todo bien.

Suspiró. La autosanación subconsciente constituía una de las ventajas de ser un mago, pero no era un reflejo fiable. Los huesos se habían soldado en ángulos torcidos. Un sanador experto habría sabido romperlos de nuevo y recolocarlos, pero Rothen tendría que resignarse por el momento a la incomodidad y a la limitación de movimientos.

Al ponerse de pie, lo asaltó una breve sensación de mareo y también de hambre. Se acercó a la puerta del granero y se asomó. Había varias casas alrededor, pero todas ellas en silencio. El edificio más próximo le resultaba

familiar. Lo recorrió un escalofrío cuando se percató de que era la casa en la que se había encontrado frente a frente con Kariko.

No tenía ningunas ganas de abandonar la seguridad del granero. Los sachakanos podían estar todavía en el pueblo, buscando vehículos de repuesto. Tendría que esperar al anochecer y escabullirse al amparo de la oscuridad.

Entonces vio al mago tumbado frente a la puerta trasera de la casa. Allí no había nadie la noche anterior. Solo podía tratarse de un mago: lord Yikmo.

Rothen salió al sol y se dirigió a paso veloz a la figura de túnica roja. Sujetó a Yikmo por los hombros y le dio la vuelta. Sus ojos inmóviles estaban vueltos hacia el cielo.

Tenía manchas de sangre seca en la barbilla, y la túnica desgarrada y cubierta de polvo. Hizo memoria y recordó el momento en que la fachada de la casa había estallado hacia dentro. Había dado por sentado que Yikmo había conseguido escapar. En cambio, parecía que la explosión lo había herido de muerte.

Sacudió la cabeza. Yikmo había sido una figura respetada y admirada en el Gremio. Aunque no poseía un gran potencial mágico, su mente aguda y su buena mano para instruir a los alumnos con dificultades para aprender le habían valido la consideración tanto de Balkan como de Akkarin.

«Y por eso Akkarin lo eligió como maestro para Sonea —pensó Rothen—. Creo que ella apreciaba a Yikmo. Se pondrá triste cuando se entere de su muerte».

Al igual que el resto del Gremio. Se planteó la posibilidad de comunicar la noticia, pero algo lo hizo dudar. El Gremio debía de haber deducido, por el silencio posterior a la batalla, que todos habían muerto. Los sachakanos no podían saberlo con certeza. «Más vale no facilitarles más información de la que tienen», pensó.

Rothen se puso de pie y se encaminó hacia la casa. Entró con cautela y se dirigió hacia la habitación delantera. Un boquete considerable daba a la calle. Los restos de dos carros destrozados formaban dos montones en el centro. Se habían ido.

Tres cuerpos yacían entre los pedazos. Después de escrutar las casas de ambos lados, Rothen salió con cuidado.

—¡Mago!

Rothen se dio la vuelta rápidamente, y se tranquilizó al ver a un adolescente que corría hacia él. Reconoció en él al chico que, durante la evacuación del pueblo, se empeñaba en quedarse para presenciar la pelea. Yikmo había tenido que hablarle con firmeza para convencerlo de que se fuera con los demás.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Rothen.

El muchacho se detuvo y le dedicó una reverencia tan torpe que casi resultó cómica.

—He regresado para ver qué había pasado, milord —respondió. Sus ojos se desviaron hacia los carros—. ¿Esos eran los enemigos?

Rothen se acercó a los cadáveres y los examinó. Todos eran de sachakanos. Se fijó en las numerosas cicatrices que tenían en los brazos.

—Esclavos —dijo. Los inspeccionó con más atención—. Por lo visto resultaron heridos cuando lanzamos azotes contra los carros. Son heridas graves, pero nada que no pudiera curarse por medio de la sanación, ni que los matara en el acto.

—¿Cree que los sachakanos mataron a su propia gente?

—Tal vez —Rothen se enderezó y pasó la vista de un sachakano muerto a otro—. Sí. Esos cortes en sus muñecas no son debidos a astillas que se les hayan clavado.

—Supongo que no querían que sus esclavos fueran un lastre para ellos —aventuró el chico.

—¿Has echado una ojeada por todo el pueblo? —preguntó Rothen.

El adolescente asintió.

—¿Has visto a otros magos del Gremio?

El muchacho asintió de nuevo y luego bajó la mirada.

—Pero todos estaban muertos.

Rothen suspiró.

—¿Queda algún caballo?

El chico desplegó una gran sonrisa.

—Aquí no, pero puedo conseguirle uno. Mi padre entrena caballos de carreras para la Casa de Arran. La finca no está muy lejos. Puedo ir y volver corriendo en media hora.

—Entonces, ve a buscar un caballo —Rothen miró las casas que los rodeaban—. Y también a algunos hombres que se encarguen de los cadáveres.

—¿Adónde quiere llevarlos? ¿Al cementerio de Calia?

Un cementerio. Rothen pensó en el misterioso cementerio situado en el bosque, detrás del Gremio, y después en la afirmación de Akkarin de que la magia negra era de uso común antes de que la proscribieran. De pronto, entendió la razón de la existencia de las tumbas.

—Por el momento —contestó Rothen—, me quedaré a identificarlos, y después cabalgaré a la ciudad.

Como muchos de aquellos que la habían precedido, la mujer que entró en la habitación vaciló al ver a Sonea.

—Lo sé, el velo es una exageración —dijo esta, hablando con acento de las barriadas—. Dicen que tengo que llevarlo para que nadie sepa quiénes son los magos de los ladrones.

Lo del velo había sido idea de Takan. Gracias a él, podría absorber la energía de los cerca de cien magos en potencia sin que ellos le vieran la cara. Akkarin, que recibía a la gente en otra habitación, llevaba un antifaz.

—¿Sonea? —susurró la mujer.

Sonea, ligeramente alarmada, observó con atención a la mujer y, al reconocerla, se quitó el velo.

—¡Jonna!

Sonea rodeó rápidamente la mesa y abrazó con fuerza a su tía.

—Eres tú de verdad —dijo Jonna, tras inclinarse hacia atrás para contemplar a la joven—. Creía que el Gremio te había enviado lejos.

—Y así fue —dijo Sonea, sonriendo—. He vuelto. No podemos permitir que esos sachakanos nos dejen la ciudad hecha un asco, ¿verdad?

Varias emociones distintas asomaron al rostro de la mujer. La preocupación y el temor dieron paso a una sonrisa torcida.

—Desde luego, te pintas sola para meterte en toda clase de rascadas —paseó la mirada por la habitación—. Me han tenido horas esperando. Creía que me iban a pedir que cocinara o algo así, pero me han dicho que tenía

algún tipo de poder mágico y que debía ayudar a su mago.

—¿En serio? —Sonea acompañó a su tía a la silla y regresó a su asiento, al otro lado de la mesa—. Entonces supongo que los poderes me vienen de la familia por parte de madre. Dame la mano.

Jonna se la tendió. Sonea la tomó y proyectó sus sentidos. Detectó una pequeña fuente de energía.

—No es mucho. Por eso te han hecho esperar. ¿Cómo están Ranel y mis primitos?

—Kerrel está creciendo muy deprisa. Hania está hecha una llorona, pero no dejo de repetirme que es cosa de la edad y que pronto se le pasará. Si Ranel hubiera sabido que estabas aquí, habría venido, pero creía que no podría hacer nada, por su cojera.

—Me encantaría verle. Tal vez después de todo esto... Voy a hacerte un corte pequeño en el dorso de la mano, si no te importa.

Jonna se encogió de hombros. Sonea abrió una caja que estaba encima de la mesa y sacó el pequeño cuchillo que Cery le había dado porque había supuesto que asustaría menos a los losdes que un cuchillo grande. Pero era tan diminuto que más de uno se había reído de él.

Sonea deslizó la hoja sobre el dorso de la mano de Jonna y posó un dedo sobre el corte. Al igual que los losdes anteriores, Jonna se relajó mientras Sonea absorbía su energía. Cuando esta terminó y le sanó el corte, la mujer irguió la espalda.

—Ha sido una sensación... muy rara —comentó Jonna—. No podía moverme, pero tenía tanto sueño que me daba igual.

Sonea asintió.

—Es lo que pasa a la mayoría de la gente. No sé si podría hacer esto si supiera que es desagradable. Bueno, cuéntame qué habéis estado haciendo Ranel y tú últimamente.

Los problemas que Jonna le refirió le parecieron maravillosamente simples y corrientes. Después de escuchar a su tía, Sonea le relató todo lo que había ocurrido desde la última vez que se habían visto, e incluso le expuso algunos de sus temores y dudas. Cuando acabó, Jonna le dirigió una mirada escrutadora.

—Cuesta creer que la niña que tuve que criar se haya convertido en una

persona tan importante —dijo—, y que te hayas juntado con ese Akkarin, el mismísimo Gran Lord del Gremio y todas esas cosas.

—Ya no lo es —le recordó Sonea.

Jonna agitó la mano.

—Da igual. ¿Realmente puedes fiarte de él? ¿Crees que te pedirá que os caséis?

Sonea notó un ardor en las mejillas.

—No... no lo sé. Yo...

—¿Le dirías que sí?

¿Estaba dispuesta a casarse? Tras una breve vacilación, Sonea asintió despacio.

—Pero no habéis hablado de ello, ¿verdad? —Jonna se inclinó hacia delante, ceñuda—. ¿Tomáis precauciones? —murmuró.

—Hay maneras... —Sonea tragó en seco—. Sé que hay maneras, mediante magia, de evitar que una mujer se quede... Es una de las ventajas de ser una maga. Akkarin no querría que pasara eso —sintió que las mejillas le ardían aún más—. Al menos, por ahora. No sería prudente, con todos estos conflictos.

Jonna asintió y le dio unas palmaditas en la mano.

—Claro. Tal vez dentro de un tiempo, entonces. Cuando todo esto haya terminado.

Sonea sonrió.

—Sí. Y cuando yo esté preparada, cosa que no sucederá de inmediato.

La mujer suspiró.

—Me alegro de verte, Sonea. Es un alivio saber que has vuelto —se puso seria—. Aunque, por otro lado, no lo es. Preferiría que estuvieras lejos de aquí, en un lugar seguro. Ojalá no tuvieras que luchar con esos sachakanos. ¿Tendrás... tendrás cuidado?

—Por supuesto.

—No hagas ninguna tontería.

—No lo haré. No me entusiasma la idea de morir, Jonna. Eso es un buen antídoto contra las tonterías.

Unos golpes en la puerta las interrumpieron.

—¿Sí? —contestó Sonea.

La puerta se abrió, y Cery entró cargado con un pesado saco. Sonreía de oreja a oreja.

—¿Qué, poniéndoos al día de vuestras cosas? —preguntó.

—¿Esto es obra tuya? —inquirió Sonea.

—Es posible —respondió Cery con picardía.

—Gracias.

Cery se encogió de hombros. Jonna se puso de pie.

—Es tarde. Tengo que volver con mi familia —dijo—. Ya llevo mucho rato fuera.

Sonea se levantó y rodeó de nuevo la mesa para abrazar a su tía.

—Cuídate —dijo—. Da a Ranel un beso de mi parte. Y dile que no comente a nadie que estamos aquí. A nadie.

Jonna asintió, dio media vuelta y salió de la habitación.

—Ya no quedan más —informó Cery a Sonea—. Te llevaré de vuelta a vuestros aposentos.

—¿Y Akkarin?

—Te espera allí. Vamos.

Se acercó a una puerta que estaba al fondo de la habitación y guio a Sonea por un pasillo. Cuando llegaron al final, entraron en un armario estrecho. Cery desató una cuerda que colgaba de un agujero en el techo; comenzó a soltarla poco a poco y el suelo del armario descendió lentamente.

—Hacéis buena pareja —dijo Cery.

Sonea se volvió hacia él con cara de extrañeza.

—¿Jonna y yo?

Él negó con la cabeza, sonriendo.

—Akkarin y tú.

—¿Tú crees?

—Eso espero. No me hace demasiada gracia que te haya metido en esta rascada, pero parece tan preocupado por tu supervivencia como yo.

El suelo del armario se detuvo frente a otra puerta. Cery la abrió y los dos salieron a un túnel que a Sonea le resultaba familiar. Unos pasos más adelante, atravesaron la gran puerta metálica de la sala de invitados de Cery. Akkarin estaba sentado a una mesa repleta de bandejas con comida recién preparada y sostenía una copa de vino en la mano. Takan estaba sentado a su

lado.

Akkarin alzó la vista hacia Sonea y sonrió. Ella se percató de que Takan la miraba fijamente, y empezó a preguntarse de qué estarían hablando antes de que llegara.

—Ceryni —dijo Akkarin—. Una vez más, nos has atendido muy generosamente —levantó su copa—. Anuren oscuro, nada menos.

Cery hizo un gesto para restar importancia al asunto.

—No escatimamos gastos cuando se trata de agasajar a los defensores de la ciudad.

Sonea se sentó y se puso a comer. Aunque tenía hambre, la comida le sentó como piedras en el estómago, y no tardó en perder el apetito cuando ellos comenzaron a intercambiar impresiones sobre sus planes para el día siguiente. No llevaban mucho rato hablando cuando Akkarin se interrumpió y la miró con atención.

—Tu poder resulta detectable —dijo—. Tengo que enseñarte a disimularlo.

Akkarin le ofreció la mano. Cuando ella se la tomó, notó que la presencia de él se hacía más intensa en el borde de su mente. Cerró los ojos.

Esto es lo que yo percibo.

Ella captó de inmediato la energía que lo envolvía como una neblina brillante.

Entiendo.

Estás dejando que la energía se filtre a través de la barrera que rodea tu zona natural de influencia mágica. Tienes que fortalecer esa barrera. Así.

El brillo se desvaneció. Sonea se concentró en su propio cuerpo y percibió la reserva de energía de su interior. No había tenido ocasión de preguntarse cuánta fuerza de los losdes había acumulado. Había intentado contar a los voluntarios, pero tras llegar a los treinta había perdido la cuenta.

Se maravilló ante la inmensa cantidad de energía que tenía dentro, contenida por la barrera de su piel. Sin embargo, esa barrera solo era lo bastante resistente para contener su nivel habitual de fuerza. Tendría que utilizar parte de la magia obtenida para reforzarla. Se concentró y empezó a dirigir un flujo pequeño pero constante de energía hacia la barrera.

Eso es.

En vez de retirarse, la mente de Akkarin permaneció en contacto con la suya.

Mírame.

Ella abrió los ojos. Un escalofrío le bajó por la espalda al darse cuenta de que podía verlo y percibir su presencia al mismo tiempo. Tenía la expresión pensativa que era tan habitual en él cuando Sonea lo sorprendía mirándola... y en ese instante ella supo lo que él pensaba en esas ocasiones. Notó que se ruborizaba, y la comisura de los labios de Akkarin se curvó hacia arriba.

Entonces su mente se desvaneció, y él le soltó la mano. Cuando apartó la vista, ella sintió una vaga desilusión.

—Deberíamos hacernos gemas de sangre el uno para el otro. Habrá veces en que será conveniente que nos comuniquemos en privado durante los próximos días.

Gemas de sangre. La desilusión de Sonea cedió el paso al interés.

—Necesitaremos un trozo de vidrio —Akkarin miró a Takan.

El sirviente se levantó y se dirigió a la cocina. Al poco rato regresó y sacudió la cabeza.

—Allí no hay nada...

Akkarin cogió una copa de vino y se volvió hacia Cery.

—¿Te importa si rompo esto?

Cery se encogió de hombros.

—Qué va. Adelante.

El vidrio se hizo añicos cuando Akkarin lo golpeó contra la mesa. Recogió una esquirla y se la entregó a Sonea, y acto seguido cogió otra para sí. Cery lo observaba, con una curiosidad manifiesta.

Juntos, Sonea y Akkarin, fundieron los fragmentos de vidrio hasta formar unas esferas minúsculas. Akkarin cogió otro trozo de vidrio y se hizo un corte con él en la palma de la mano. Sonea lo imitó. Él le tomó de nuevo la mano y ella sintió que sus mentes se tocaban. Siguió sus instrucciones para aplicar la sangre y la magia al vidrio caliente.

Cuando las gemas se enfriaron, Takan depositó un pequeño cuadrado de oro sobre la mesa. Se elevó y flotó ante el rostro de Akkarin, antes de curvarse y torcerse, dando forma a dos anillos. Mientras Akkarin dejaba caer su gema de sangre en una de las sortijas, Sonea hacía lo propio con la suya.

Advirtió que la piedra sobresalía de la cara interna de la montura, de modo que tocaba la piel del portador.

Las pinzas doradas de los anillos se cerraron sobre las gemas. Akkarin cogió las dos sortijas en el aire, sujetándolas por la parte metálica, y se volvió hacia Sonea con solemnidad.

—Con estos anillos podremos penetrar el uno en la mente del otro. Eso tiene algunos... inconvenientes. A veces, oír y saber lo que otra persona piensa de ti es una experiencia desagradable. Puede acabar con amistades, convertir el amor en resentimiento y destruir la autoestima —hizo una pausa—. Por otro lado, también puede favorecer la comprensión mutua. No debemos llevarlos durante más tiempo del necesario.

Sonea cogió el anillo de él y reflexionó sobre sus palabras. ¿Podía convertir el amor en resentimiento? Él nunca le había dicho que la amara. Pensó en las palabras de Jonna. «Pero no habéis hablado de ello, ¿verdad?».

«No había hecho falta —se dijo—. Bastaba con entrever sus pensamientos de vez en cuando.

»¿O no?».

Contempló el anillo y se encontró atrapada entre dos posibilidades: o él la amaba y temía que los anillos lo estropeasen todo, o no la amaba y temía que los anillos revelasen la verdad.

No obstante, estaba segura de que, hacía un momento, cuando la mente de Akkarin había permanecido en contacto con la suya, ella había percibido algo más que deseo.

Dejó la sortija sobre la mesa. Las necesitarían al día siguiente, y entonces descubrirían el precio que tendrían que pagar por llevarlas. Por el momento, ella no tenía necesidad de ver más de lo que había vislumbrado en la mente de Akkarin.

Cery se puso de pie con brusquedad.

—Me gustaría quedarme, pero tengo que ocuparme de otros asuntos —guardó silencio durante unos instantes y señaló el saco que había dejado en una silla—. Allí tenéis más ropa. He pensado que os vendría mejor que lo que lleváis puesto.

Akkarin asintió.

—Gracias.

—Buenas noches.

Cuando Cery se marchó, Takan se levantó también.

—Es tarde —dijo—. Si no me necesitan...

Akkarin negó con la cabeza.

—No. Duerme un poco, Takan —miró a Sonea—. Nosotros también deberíamos descansar.

Se puso de pie y se encaminó hacia el dormitorio. Sonea se dispuso a seguirlo, pero se detuvo al ver el saco en la silla. Lo asió y se lo llevó a la habitación.

Akkarin le echó un vistazo cuando ella lo dejó caer sobre la cama.

—¿Qué disfraz nos ha traído Cery esta vez?

Sonea abrió el saco, lo volcó, y un montón de ropa negra salió de él. Sonea echó una mirada a Akkarin y esparció las prendas sobre el colchón.

Eran túnicas. Túnicas de magos.

Akkarin los observó con expresión adusta.

—No podemos ponernos eso —dijo en voz baja—. No somos magos del Gremio. Sería un delito.

—Entonces mañana el Gremio estará demasiado ocupado deteniendo gente para combatir a los ichanis —replicó ella—. Habrá cientos de no-magos en la calle vestidos con túnicas, haciendo de cebo para intentar separar a los sachakanos.

—Esto es... distinto. A nosotros nos desterraron. Y estas túnicas son negras. No nos tomarán por simples magos.

Sonea contempló el saco, que seguía medio lleno. Metió la mano y extrajo dos pantalones y dos camisas, todo ello bastante holgado.

—Qué raro. ¿Por qué nos ha dado dos conjuntos a cada uno?

—Como alternativa.

—Tal vez se supone que debemos ponernos la túnica debajo de esta ropa.

Akkarin entrecerró los ojos.

—¿Para quitarnos la capa exterior en un momento determinado?

—Quizá. Tienes que reconocer que produciría un efecto intimidador. Dos magos negros...

Sonea inspiró, bajó la vista a la cama y sintió un extraño escalofrío al percatarse de que estaba mirando dos túnicas de cuerpo entero, las que

correspondían a magos titulados.

—¡No puedo ponerme esto! —protestó.

Akkarin soltó una risita.

—Ahora que estás de acuerdo conmigo, empiezo a cambiar de opinión. Creo que a lo mejor tu amigo está obrando con la sutileza y la astucia que he llegado a esperar de él —se agachó para deslizar la mano sobre la tela—. No debemos mostrar las túnicas a menos que descubran nuestra identidad. Pero si eso ocurre, tal vez los sachakanos crean que el Gremio nos ha admitido. Las implicaciones de eso darían que pensar a Kariko.

—¿Y el Gremio?

Akkarin frunció el entrecejo.

—Si de verdad quieren que regresemos, tendrán que aceptar lo que somos —murmuró—. Después de todo, no podemos olvidar lo que hemos aprendido.

Sonea bajó la mirada.

—O sea, que son túnicas negras para magos negros.

—En efecto.

Ella arrugó el ceño. La idea de pavonearse delante de Rothen con una túnica negra... La congoja la acometió de nuevo. «Pero Rothen está muerto». Suspiró.

—Preferiría que la llamasen magia superior en vez de magia negra, pero si el Gremio volviera a admitirnos dudo que nos llamase «magos superiores». Ese título ya está cogido.

Akkarin sacudió la cabeza.

—No. Además, no hay que alentar a los magos negros a considerarse superiores a los demás.

Sonea lo miró con fijeza.

—¿Crees que nos aceptarán?

Las cejas de Akkarin se juntaron.

—Aunque el Gremio sobreviva, nunca volverá a ser el mismo —recogió las túnicas y las colocó plegadas sobre el respaldo de una silla—. Ahora deberíamos dormir. Puede que no volvamos a tener la oportunidad en unos cuantos días.

Mientras Akkarin comenzaba a desvestirse, Sonea se sentó en el borde de

la cama y meditó sobre sus palabras. El Gremio ya había cambiado. Habían muerto tantos de sus miembros... Notó de nuevo que se le hacía un nudo en la garganta al pensar en Rothen.

—Nunca he visto a nadie dormir de pie —comentó Akkarin.

Sonea se volvió y lo vio tenderse bajo las mantas. Sintió una extraña mezcla de excitación y timidez. Despertar en una cama con él esa mañana había cambiado algo. «Desde luego, era más cómoda que la piedra —se dijo—, pero estar aquí acostados, juntos, era algo mucho más... deliberado».

Puso a un lado el saco y el resto de la ropa, se desnudó y se metió lentamente en la cama. Akkarin tenía los párpados cerrados y respiraba con el ritmo pausado del sueño. Ella sonrió y extendió el brazo hacia la lámpara para apagarla.

Pese a que estaba oscuro y a que había sido un día agotador, no lograba conciliar el sueño. Creó un globo de luz diminuto y tenue, y se volvió para contemplar a Akkarin, conformándose con examinar los detalles y el contorno de su rostro.

De pronto, sus ojos se abrieron y se clavaron en ella. Unas leves arrugas de desaprobarción aparecieron en su frente.

—Tendrías que estar durmiendo —murmuró.

—No puedo dormir —repuso ella.

Los labios de Akkarin se curvaron en una sonrisa.

—¿Cuándo he oído eso antes?

Cery entró en sus aposentos e inspiró profundamente. Un olor cálido y especiado flotaba en el aire. El ladrón sonrió y siguió el rastro hasta el cuarto de baño, donde encontró a Savara relajándose en una bañera.

—¿Otra vez bañándote? —preguntó.

Ella le dedicó una sonrisa traviesa.

—¿Te apetece bañarte conmigo?

—Creo que guardaré una distancia prudencial por el momento.

La sonrisa de Savara se ensanchó.

—Entonces cuéntame qué me he perdido.

—Iré a buscar una silla.

Cery salió a la sala de visitas, se detuvo en el centro y respiró hondo varias veces.

Una vez más, había tenido que reprimir el impulso de revelárselo todo. Había cerrado un trato con ella: debía mantenerla informada a cambio de consejos para matar a los ichanis. Una parte de él estaba convencida de que podía confiar en Savara, pero otra parte lo mantenía en guardia.

¿Hasta qué punto la conocía en realidad? Era una sachakana. Había buscado e identificado a sus compatriotas porque él se lo había pedido, aun sabiendo que con ello los condenaba a morir. Sin embargo, eso no quería decir que velase por los intereses de Kyralia. Le había dicho que trabajaba para otra «facción» de la sociedad sachakana, y era evidente que era leal a su gente.

Habían cerrado un trato, y por el momento ella había cumplido su parte...

Pero Cery no podía decirle que Akkarin y Sonea habían vuelto. Si la noticia de su llegada y sus preparativos se difundía, los ichanis ganarían. Si él se fiaba de Savara, y ella los traicionaba, la responsabilidad de la caída de Kyralia pesaría sobre sus hombros.

Además, Sonea podía resultar muerta. Cery se sintió vagamente culpable por ocultar información a la nueva mujer de su vida por el bien de su viejo amor. «Pero si pusiera en peligro la vida de mi viejo amor por fiarme del nuevo equivocadamente —razonó—, me sentiría mucho peor».

No obstante, Savara acabaría por enterarse. A Cery lo asaltó un temor extraño que nunca antes había sentido y que le aceleró el pulso al preguntarse cómo reaccionaría ella.

«Lo entendería —se dijo—. ¿Qué clase de ladrón sería yo si divulgara tan fácilmente los secretos que se me confían? Además, no se quedará aquí por mucho tiempo. Cuando todo esto acabe, me dejará de todos modos».

Respiró hondo, cogió una silla y la llevó al cuarto de baño. Savara cruzó los brazos sobre el borde de la bañera y apoyó el mentón en ellos.

—Bueno, ¿qué han decidido los ladrones?

—Les han gustado nuestras ideas —dijo Cery—. Limek ha puesto a su gente a confeccionar túnicas.

Ella sonrió.

—Espero que esa gente sepa correr deprisa.

—Escaparán de nuevo por el Camino de los Ladrones. Además, tenemos a algunos de los nuestros buscando los sitios más adecuados para tender trampas.

Savara asintió.

—El Gremio ha enviado hoy una llamada mental a Akkarin.

Cery fingió sorpresa.

—¿Y qué ha dicho él?

—No ha contestado.

Cery frunció el ceño.

—¿No creerás que está...?

—¿Muerto? —La chica se encogió de hombros ligeramente—. No lo sé. Tal vez. O tal vez le resulte demasiado peligroso contestar. Podría atraer la atención de quien no debe.

Él hizo un gesto afirmativo y no le costó en absoluto aparentar preocupación. Ella le hizo señas de que se acercara.

—Ven aquí, Cery —murmuró—. Me dejas sola todo el día... Eso puede ser bastante aburrido para una chica.

Él se puso de pie y cruzó los brazos.

—¿Todo el día? Por lo que he oído, has hecho una escapadita al mercado.

Savara rio entre dientes.

—Ya me imaginaba que te enterarías. He ido a buscar algo que había encargado a un joyero. Mira...

Una caja pequeña descansaba sobre el canto de la bañera. La cogió y se la tendió.

—Un regalo para ti —dijo—. Hecho con algunas piedras preciosas de mis cuchillos.

Cery levantó la tapa y se quedó sin aliento al ver el extraño colgante de plata que había dentro. Unas alas intrincadas y nervadas brotaban de un cuerpo alargado. Dos destellos amarillos formaban los ojos del insecto, que tenía su curva cola tachonada de piedras verdes. El abdomen era un rubí grande y liso.

—En mi país creen que da buena suerte que una inava se pose sobre ti justo antes de una batalla —explicó Savara—. También es la mensajera de los amantes separados. Me he dado cuenta de que en Kyrulia los hombres no

llevan joyas, pero podrías ponértela debajo de la ropa, pegada a la piel.

Cery sintió una punzada de culpabilidad. Sacó el colgante de la caja y se pasó la cadena por el cuello.

—Es precioso —dijo—. Gracias.

Savara apartó la vista por un momento, como si de pronto le avergonzara el sentimentalismo del obsequio. Luego sonrió con picardía.

—¿Por qué no vienes aquí y me das las gracias como es debido?

Cery se rio.

—De acuerdo. ¿Cómo rechazar esa oferta?

33. Llegan los ichanis

El sol de la mañana asomó despacio por encima del horizonte como si se resistiera a afrontar el nuevo día. Los primeros rayos tiñeron las torres del Palacio de un amarillo anaranjado intenso. Poco a poco, aquella luz dorada se extendió por los tejados, empezando por las afueras de la ciudad y acercándose lentamente a la Muralla Exterior hasta bañar los rostros de los magos que se encontraban en lo alto.

Habían salido del Gremio en cuanto la patrulla de reconocimiento les comunicó que los sachakanos se habían puesto en marcha. Tras encaramarse a la Muralla Exterior, se habían dispersado formando una larga fila. Aquellos cientos de magos ofrecían un espectáculo imponente, muy distinto del de los dos carros sobrecargados que avanzaban lentamente, dando tumbos hacia la ciudad. Lorlen tuvo que recordarse que quienes viajaban en esos carros habían matado ya a más de cuarenta de los mejores guerreros del Gremio y que su fuerza era muy superior a la de los magos que estaban sobre la muralla.

Los ichanis habían encontrado carros para reemplazar los que los hombres de Yikmo habían destruido, pero hacerlo les había llevado medio día. Sin embargo, el Gremio no había podido aprovechar el sacrificio de los guerreros. Todos los intentos de Sarrin de aprender magia negra habían fracasado. El viejo mago había alegado que no conseguía descifrar del todo las descripciones e instrucciones sobre magia negra que contenían los libros. Su angustia aumentaba con cada día que pasaba. Lorlen sabía que la posibilidad de que Yikmo y sus hombres hubieran muerto en vano pesaba tanto sobre la conciencia de Sarrin como su incapacidad para convertirse en

el salvador de Kyralia.

Lorlen miró al alquimista, que estaba a varios pasos de distancia. Sarrin, aunque ojeroso y cansado, observaba al enemigo que se acercaba con grave determinación. Lorlen se volvió entonces hacia Balkan, quien, de pie y con los brazos cruzados, se las arreglaba para parecer seguro y relajado. Lady Vinara presentaba un aspecto igual de sereno y resuelto.

Lorlen dirigió la vista de nuevo hacia los carros que se aproximaban. La patrulla de reconocimiento había informado sobre la posición del enemigo la noche anterior. Los sachakanos se habían alojado en un granero abandonado junto al camino, a solo una hora de viaje de la ciudad. Al parecer tenían la intención de aplazar su ataque hasta el día siguiente, lo que había complacido al rey. Aún tenía la esperanza de que Sarrin lograra su propósito.

Uno de los consejeros del monarca había señalado que los ichanis no descansarían salvo en caso de necesidad. Lorlen había reconocido a ese hombre: era Raven, el espía profesional que había acompañado a Rothen durante los primeros días de la misión que después se había suspendido.

—Si quieren dormir, deberíamos impedirselo —había dicho Raven—. No hace falta enviar magos. Los hombres comunes tal vez no seamos muy útiles en una batalla mágica, pero no subestiméis nuestra capacidad para incordiar.

Así pues, un puñado de guardias se había acercado sigilosamente por la noche para soltar enjambres de moscas de la savia en el granero, despertar a los sachakanos con ruidos estridentes y, por último, prender fuego al edificio. Esto último lo habían hecho con más entusiasmo del habitual, pues los ichanis habían capturado a uno de los guardias. Lo que habían hecho al hombre no presagiaba nada bueno para los ciudadanos que aún no se habían marchado de Imardin.

Lorlen se volvió para contemplar la ciudad. Las calles estaban desiertas y en silencio. La mayoría de los miembros de las Casas habían zarpado con rumbo a Elyne, llevándose consigo a su familia y a sus sirvientes. Una hilera interminable de carros había atravesado la Puerta Meridional durante los dos últimos días, llevando al resto de la población hacia las aldeas de los alrededores. Los guardias habían hecho lo posible por mantener el orden, pero eran demasiado pocos para poner fin a los saqueos que se estaban produciendo. El día anterior, en cuanto el sol se había puesto, las puertas se

habían cerrado y se había procedido a instalar las fortificaciones.

Evidentemente, era posible que los ichanis pasaran de largo las puertas y fueran directos a la brecha abierta en la Muralla Exterior por la parte que cercaba los terrenos del Gremio.

El Gremio no podría hacer nada para evitarlo. Ya sabían que perderían esa batalla. Sus esperanzas se reducían a matar a uno o dos ichanis.

Aun así, Lorlen detestaba imaginarse los destrozos que podían causar en los edificios antiguos y monumentales. Lord Jullen había embalado y enviado lejos los libros y los documentos más valiosos, y guardado el resto en una habitación subterránea de la universidad. Los pacientes ingresados en el alojamiento de los sanadores, así como los sirvientes y los familiares, habían sido evacuados.

Se habían tomado precauciones parecidas en el Palacio. Lorlen dirigió la mirada hacia las torres, que apenas descollaban por encima de la Muralla Interior y se habían construido para proteger ese edificio central. A lo largo de los siglos, se habían realizado varias reformas en el Palacio acordes con los gustos y caprichos de la realeza kyraliana, pero la muralla que lo rodeaba había permanecido intacta. La flor y nata de la Guardia esperaba en el interior, lista para entrar en combate si el Gremio era derrotado.

—Han llegado a las barriadas —murmuró Osen.

Lorlen se volvió de nuevo hacia el norte y bajó la vista hacia las barriadas. Aquel laberinto de calles trazadas sin orden ni concierto se extendía a sus pies. Se preguntó adónde se habían ido los losdes. Esperaba que muy lejos de allí.

Los carros avanzaban entre los edificios de las afueras, y sus ocupantes se divisaban ya como siluetas diminutas. Lorlen vio que se detenían de repente. Seis hombres y una mujer se apearon de los vehículos y echaron a andar hacia las Puertas Septentrionales. Los esclavos se internaron en las barriadas con los carros.

Lorlen advirtió que un ichani se iba con ellos. «Un adversario menos. Aunque eso no cambia demasiado las cosas».

—El rey ha llegado —murmuró Osen.

Al volverse, Lorlen vio que el monarca se acercaba. Los magos hacían una genuflexión y se enderezaban rápidamente a su paso. Lorlen los imitó.

—Administrador.

—Majestad —respondió Lorlen.

El rey bajó la mirada hacia los sachakanos que se aproximaban.

—¿Ha intentado de nuevo contactar con Akkarin?

Lorlen hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Cada hora, desde que me lo pedisteis.

—¿No responde?

—No.

El rey asintió.

—Entonces tendremos que hacerles frente solos. Esperemos que Akkarin estuviera equivocado respecto a la fuerza de los ichanis.

Sonea nunca había visto cerradas las Puertas Septentrionales. Aquellas enormes placas de metal siempre habían estado manchadas de herrumbre, y sus adornos, medio ocultos por la tierra y la mugre acumuladas durante siglos. Ahora eran de un negro reluciente. Sin duda las habían restaurado como gesto de orgullo y resistencia.

Una hilera de magos se había apostado sobre la muralla. Había túnicas marrones intercaladas entre las verdes y las moradas. Sonea sintió una súbita compasión por sus compañeros de clase. Debían de estar aterrorizados.

Los ichanis aparecieron en el camino, a sus pies. Sonea sintió que el corazón le daba un vuelco y notó que Akkarin contenía la respiración. Estaban a solo unos cuantos pasos de distancia, y esta vez ella no los estaba viendo a través de los ojos de otro mago.

Sonea, Akkarin, Cery y Takan estaban observando desde una casa situada junto al Camino del Norte. Cery los había llevado allí porque el edificio contaba con una habitación en una torre pequeña que se alzaba por encima del primer piso y ofrecía la mejor vista de la zona anterior a las puertas.

—El que va en cabeza es Kariko —murmuró Akkarin.

Sonea asintió.

—Y la mujer debe de ser Avala. ¿Qué hay de los demás?

—¿Te acuerdas del espía al que leíste la mente? Ese de allí, el alto, es Harikava, su amo. Los dos que van detrás son Inijaka y Sarika. Los he visto

en las mentes de los espías capturados. Los otros dos, Rikacha y Rashi, son viejos aliados de Kariko.

—Son siete —observó la chica—. Falta uno.

Akkarin arrugó el ceño.

—Cierto.

Los ichani pasaron junto a la casa, y varios pasos más adelante se detuvieron. Alzaron la mirada hacia las figuras con túnica alineadas en lo alto de la Muralla Exterior.

Se oyó una voz procedente de arriba que no resultó conocida a Sonea.

—Deteneos, sachakanos. No sois bienvenidos en mis dominios.

Al mirar a los magos que estaban de pie en la parte de la muralla situada encima de las puertas, Sonea vio a un hombre vestido con ropajes elegantes junto al administrador Lorlen.

—¿Es ese... el rey?

—Sí.

A su pesar, sintió cierta admiración por el monarca. Se había quedado en la ciudad, cuando podría haber huido con los miembros de las Casas.

Kariko extendió las manos a los costados.

—¿Es así como los kyalianos tratan a sus invitados, o a un viajero cansado?

—Un invitado no mata a la familia o a los sirvientes de su anfitrión.

Kariko rio.

—No. Bienvenido o no, estoy en tus dominios. Y quiero tu ciudad. Abre las puertas, y dejaré que sigas vivo para servirme.

—Preferimos morir a servir a seres de tu ralea.

A Sonea se le desbocó el corazón al reconocer la voz de Lorlen.

—¿Eso lo ha dicho uno de los que se hacen llamar «magos»? —Kariko soltó una risotada—. Lo siento, la invitación no te incluye a ti, ni a tu Gremio. No mantengo magos. Tu lastimoso Gremio solo puede servirme de una manera: muriéndose —cruzó los brazos—. Abre las puertas, rey Merin.

—Ábrelas tú mismo —repuso el monarca—, y veremos si mi Gremio es tan lastimoso como dices.

Kariko se volvió hacia sus aliados.

—Bien, no van a dispensarnos una bienvenida mejor que esa. Rompamos

el cascarón y démonos un festín con el huevo.

Moviéndose con toda naturalidad, se distribuyeron en una hilera. Unos chorros de luz blanca salieron proyectados hacia las puertas y las golpearon por el centro y los lados. Sonea notó que a Cery se le cortaba la respiración al ver que el metal se ponía al rojo vivo. Cientos de azotes llovieron sobre las figuras situadas abajo. Todos rebotaron en los escudos de los ichanis.

—¡Descubre su punto débil, Lorlen! —exclamó Akkarin—. ¡Centraos en uno solo!

Sonea se sobresaltó cuando oyó el sonido de algo que se desgarraba. Akkarin había tenido la mano apoyada en la fina mampara que estaba junto a la ventana. Sacó los dedos a través del papel rasgado y se aferró al alféizar.

—¡Eso es! —exclamó.

Al mirar de nuevo hacia fuera, Sonea vio que los azotes del Gremio caían sobre un solo ichani. Contuvo el aliento, temerosa de que los otros sachakanos fusionaran sus escudos, pero no lo hicieron.

—Ese hombre... —Akkarin señaló con un gesto brusco al ichani sobre el que se concentraban los ataques—. Iremos a por él primero.

—Si se separa del grupo —añadió Cery.

Kariko echó una ojeada a su aliado en apuros y luego alzó la vista hacia la muralla. Disparó un rayo luminoso a las figuras apostadas sobre la puerta, pero el escudo conjunto del Gremio lo rechazó.

De pronto, una nube blanca salió despedida de las puertas. Un agujero candente se había abierto en el metal, y por detrás se estaba formando otra nube.

—Las casas del otro lado deben de haberse incendiado —dijo Cery con aire sombrío.

—Aún no —le corrigió Akkarin—. Eso es vapor, no humo. La Guardia está arrojando agua sobre las fortificaciones de madera para que no ardan.

Parecía un intento ridículo de frenar a los ichanis, pero todo obstáculo que los sachakanos tenían que superar consumía un poco de su energía. Sonea dirigió de nuevo la mirada hacia la muralla. El rey y los magos que estaban sobre las puertas corrieron hacia los lados para alejarse de las columnas de vapor.

Entonces una de las puertas se movió. Cery masculó una maldición al

verla combarse hacia delante. Se oyeron varios chasquidos fuertes antes de que la hoja se soltara de las bisagras y cayese al suelo con gran estrépito. Al otro lado, un andamio de madera y hierro cubría la brecha. Mientras los guardias se apresuraban a bajar de la estructura, la segunda puerta cayó.

Kariko se volvió hacia sus compañeros.

—¿Creen que podrán detenernos con esto? —Se echó a reír y dirigió la vista de nuevo a las fortificaciones.

El aire vibró, y el andamio se curvó hacia dentro como si una fuerza enorme e invisible hubiera impactado contra él. El estallido de la madera y el chirrido del metal resonaron desde el hueco que se había producido en el muro, y las fortificaciones se vinieron abajo.

Sonea alzó la vista y vio que prácticamente todos los magos habían desaparecido de la muralla. Observó a los ichanis entrar en la ciudad con paso decidido. Les lanzaban azotes desde las casas colindantes, pero los sachakanos seguían caminando hacia la Muralla Interior sin inmutarse.

Akkarin se apartó de la ventana y se volvió hacia Cery.

—Tenemos que ir a la ciudad enseguida —dijo.

Cery sonrió.

—Ningún problema. Seguidme.

Al poco rato Farand estaba jadeando. Dannyl lo cogió del brazo y aminoró la marcha a un paso rápido. El joven miró hacia atrás con expresión de temor.

—No nos seguirán —aseguró Dannyl—. Parecían muy decididos a llegar hasta el Círculo Interno.

Farand asintió. El joven mago había subido a la muralla y se había acercado a Dannyl, tal vez buscando consuelo en un rostro conocido. Los magos que iban delante se distanciaron aún más, y al final acabaron por perderlos de vista.

—¿Llegaremos... a tiempo? —resolló Farand cuando llegaron a la Cuaderna Occidental.

—Eso espero —respondió Dannyl. Al levantar la mirada hacia la Muralla Interior, vio que ya había algunos magos avanzando a toda prisa por la parte de arriba. Echó un vistazo a Farand; el joven todavía estaba pálido pero le

seguía el ritmo esforzadamente—. Tal vez no.

Dobló la esquina siguiente. La muralla se alzaba justo delante de ellos. Cuando llegaron, Dannyl sujetó a Farand por los hombros. Creó un disco de energía bajo sus pies, y ambos se elevaron lo más rápidamente que les permitió la prudencia de Dannyl. El ascenso vertiginoso hizo que se le encogiera el estómago de forma desconcertante.

—Creía que no debíamos usar la magia salvo en el combate —exclamó Farand.

Alcanzaron la parte superior de la muralla, y Dannyl hizo que se posaran en la explanada.

—Es evidente que aún estás demasiado débil para correr —explicó—. Era mejor que llegáramos con tiempo suficiente para que yo pudiera canalizar tu energía que llegar demasiado tarde.

Un mago se les acercó a paso veloz, con la cara roja del esfuerzo, y lo siguieron por la muralla. Al contemplar el Círculo Interno, a Dannyl lo asaltó la ansiedad. Tayend estaba allí abajo. Aunque la mansión en la que se ocultaba el académico se encontraba al otro lado del Palacio, eso no lo protegería cuando los ichanis comenzaran a explorar.

En cuanto se unieron a la fila de magos formados a lo largo de la muralla, Dannyl aportó su energía al escudo del Gremio. Bajó la vista hacia los ichanis. Estaban juntos frente a las puertas, hablando.

—¿Por qué no han atacado? —preguntó Farand.

Dannyl los miró con más atención.

—No lo sé. Aquí solo hay seis. Falta uno.

La sachakana salió de una calle lateral y se encaminó tranquilamente hacia los ichanis. El jefe cruzó los brazos y se dirigió a su encuentro. Dannyl vio que movía los labios. La mujer sonrió, pero cuando el jefe le dio la espalda, su sonrisa se transformó en una mueca de desprecio.

—Tiene un carácter rebelde —observó Farand—. Eso podría resultarnos útil más tarde.

Dannyl asintió y devolvió su atención a los ichanis, que atacaron justo entonces. Los azotes centellearon en el aire, y él sintió una vibración bajo los pies.

—Están golpeando la muralla —exclamó un sanador que se encontraba

cerca.

La vibración aumentó rápidamente hasta convertirse en un estremecimiento. Dannyl miró al frente. Los magos más próximos a las puertas intentaban no perder el equilibrio. Algunos se habían agazapado. El escudo del Gremio saltó en pedazos, derribando a varios magos de la muralla.

¡Atacad!

En respuesta a la orden mental de Balkan, Dannyl irguió la espalda. Su azote se unió a los cientos que se lanzaron sobre los sachakanos. Una mano le tocó el hombro, y Dannyl sintió que la energía de Farand se sumaba a la suya.

El temblor y el ruido cesaron de pronto. Los ichanis retrocedieron de las puertas. Dannyl concibió una ligera esperanza, aunque no tenía la menor idea de qué los estaba haciendo retroceder.

Entonces las puertas se desplomaron hacia fuera y cayeron estruendosamente a los pies de los ichanis. A esto siguió una lluvia de cascotes de la muralla derrumbada. Kariko alzó la mirada hacia los magos situados a ambos lados y sonrió satisfecho.

Apartaos de la muralla, ordenó Balkan.

Los magos corrieron hacia unas escaleras de madera construidas en el interior de la muralla. Dannyl y Farand bajaron a toda prisa a la calle.

—¿Y ahora qué? —dijo Farand jadeando cuando llegaron al suelo.

—Nos reuniremos con lord Vorel.

—¿Y después?

—No lo sé. Vorel tendrá instrucciones, supongo.

Unas calles más adelante, Dannyl encontró al guerrero esperando en el punto de reunión acordado junto con varios otros magos. Todos estaban callados y taciturnos.

Reagrupaos.

Vorel asintió al oír la orden de Balkan. Miró a los demás de uno en uno con expresión severa.

—Eso significa que debemos acercarnos a ellos sin que nos vean. Cuando recibamos la siguiente orden, debemos atacar a la vez, centrando nuestros azotes en un solo sachakano. Seguidme.

Vorel se alejó rápidamente, y Dannyl, Farand y los demás magos de su grupo lo siguieron. Nadie dijo una palabra. «Todos saben que será el último

enfrentamiento —pensó Danyl—. Después de esto, si seguimos vivos, abandonaremos la ciudad».

Cery vio a Sonea y a Akkarin desaparecer por el oscuro túnel, detrás de su guía. Tras respirar hondo, echó a andar en la dirección contraria, seguido de cerca por Takan.

Tenía mucho que hacer. Había que informar a los otros ladrones de que Akkarin y Sonea habían conseguido llegar al Círculo Interno. Los magos falsos debían desperdigarse por las calles. Había que encontrar a los esclavos y ocuparse de ellos. Y él... necesitaba un trago de algo fuerte.

El trayecto hasta el Círculo Interno había sido aterrador, incluso para alguien acostumbrado a los pasadizos del Camino de los Ladrones. El techo se había derrumbado bajo la muralla, dejando apenas espacio suficiente para pasar al otro lado. Sonea le había asegurado que ella y Akkarin podrían sostener el techo con magia si empezaba a hundirse de nuevo, pero con cada bocanada de polvo que respiraba, Cery se imaginaba aplastado y enterrado.

Llegó a un tramo del túnel que discurría paralelo a un callejón. Unas rejillas en lo alto de la pared dejaban entrever la calle. Al oír unos pasos acelerados, Cery se detuvo y vio a un mago pasar corriendo. De pronto, el hombre se paró y dio un patinazo.

—Oh, no —gimoteó.

Cery se acercó a una rejilla y vio que el callejón no tenía salida. El mago era un aprendiz muy joven. Llevaba la túnica cubierta de polvo.

Entonces, desde algún lugar situado más allá de la entrada del callejón, llegó hasta sus oídos una voz de mujer.

—¿Dónde estás? ¿Dónde estás, maguito?

La mujer tenía un acento tan parecido al de Savara que por unos instantes Cery creyó que se trataba de ella. Sin embargo, la voz era más aguda, y la carcajada que se oyó después destilaba crueldad.

El muchacho miró en torno a sí, pero aquello era el Círculo Interno, y no había basura ni cajas tiradas tras las que esconderse. Cery avanzó a toda prisa por el túnel hasta la rejilla más cercana al chico y la abrió.

—¡Yep, mago! —susurró.

El chico dio un respingo y luego se volvió hacia Cery.

—Ven, entra —indicó Cery, y le hizo señas—. Vamos.

El joven dirigió una última mirada hacia la entrada del callejón y se tiró de cabeza por la abertura. Cayó de mala manera al suelo del túnel y rodó, pero se puso de pie rápidamente. Cuando la voz de la mujer sonó de nuevo, él pegó la espalda a la pared más alejada, jadeando de miedo.

—¿Dónde te has metido? —gritó la mujer al tiempo que recorría el callejón a grandes zancadas—. Esto no lleva a ninguna parte. Debes de estar dentro de una de las casas. Echaré un vistazo.

Intentó abrir algunas puertas y derribó una con un rayo. Cuando desapareció dentro de la casa, Cery se volvió hacia el aprendiz, sonriendo.

—Ahora estás a salvo —dijo—. Le llevará horas registrar todas las casas. Lo más seguro es que se aburra y se vaya en busca de una presa más fácil.

La respiración agitada del muchacho se volvió más lenta y acompasada. El chico se enderezó y se apartó de la pared.

—Gracias —dijo—. Me has salvado la vida.

Cery se encogió de hombros.

—No hay rascada.

—¿Quién eres... y qué haces aquí? Creía que habían evacuado a todo el mundo.

—Me llamo Ceryni —dijo Cery—. Ceryni de los Ladrones.

El muchacho lo miró, sorprendido, y luego sonrió.

—Es un honor conocerte, ladrón. Yo soy Regin de Winar.

El ritmo al que avanzaba el caballo lo determinaba todo. Los bufidos de su respiración estaban en sincronía con el golpeteo de sus cascos. El dolor que Rothen sentía en el hombro se intensificaba con cada sacudida. Podía mitigarlo con un poco de energía sanadora, pero no quería consumir más fuerzas de las imprescindibles. El Gremio necesitaba hasta la última gota de magia para luchar contra los ichanis. Ni siquiera había invocado su reserva de poder para combatir el agotamiento que se había apoderado de él tras cabalgar durante toda la noche.

Ante él, la ciudad brillaba como un tesoro rutilante extendido sobre una

mesa. Cada edificio relucía como el oro a la luz de la mañana. Llegaría al cabo de una hora, tal vez antes.

Una casa quemada humeaba en medio de un campo calcinado. Grupos pequeños de personas, familias sobre todo, avanzaban a toda prisa por el camino cargados con sacos, cajas y cestas. Al ver pasar al mago, lo miraban con una mezcla de esperanza y miedo en el semblante. Cuanto más se acercaba a la ciudad, más numerosas eran esas personas, hasta que dieron paso a una riada continua de gente que huía de Imardin.

No eran buenos augurios para el futuro del Gremio. Rothen soltó una maldición entre dientes. No había recibido más llamadas mentales que las órdenes de Balkan. No se atrevía a intentar contactar con Dorrien o con Dannyl.

Unas imágenes fugaces aparecieron ante sus ojos. Una calle de la ciudad, y después un rostro sachakano. Kariko. Parpadeó varias veces, pero la imagen no se desvaneció.

«Estoy tan ansioso por saber qué está pasando que empiezo a tener alucinaciones —pensó Rothen—. ¿O son consecuencia de la falta de sueño?».

Se dio por vencido y envió un poco de energía sanadora a su cuerpo, pero la visión permanecía allí. Una sensación de terror invadió a Rothen, pero era una sensación ajena. Vislumbró una túnica verde e intuyó una identidad. Lord Sarle.

¿Estaba enviándole el sanador esas imágenes? No parecía tratarse de algo deliberado.

Kariko empuñaba un cuchillo. Sonrió y se inclinó hacia el observador.

—Fíjate en esto, mataesclavos.

Rothen notó un dolor momentáneo y luego una sensación lejana pero terrible de parálisis y miedo. Poco a poco la presencia de la mente de lord Sarle se disipó hasta que desapareció, y Rothen se vio liberado bruscamente.

Resollando, miró en torno a sí. El caballo estaba inmóvil. Hombres y mujeres lo adelantaban por el margen del camino, lanzándole miradas nerviosas.

«¡La gema de sangre! —pensó Rothen—. Kariko debió de ponérsela a lord Sarle —se estremeció al comprender que había experimentado la muerte

de Sarle—. Va a mostrarme el final de todos los magos que mate».

Y la próxima vez podrían ser Dorrien o Dannyl.

Rothen espoléó a su caballo y se dirigió a galope hacia la ciudad.

34. Empieza la caza

Una nube de polvo causada por la destrucción de la muralla flotaba sobre las calles de la ciudad. Todo estaba desierto, pero de vez en cuando Lorlen entreveía algún movimiento tras la esquina de un edificio o al otro lado de una ventana. Unos minutos antes, Osen y él habían forzado la puerta de una de las casas cuyas ventanas daban al Palacio, y estaban esperando a que llegaran los ichanis y a que Balkan diese la orden de ataque.

No sabía cuántos magos habían sobrevivido ni cuánta energía les quedaba, pero pronto lo averiguaría.

—Ven, siéntate —murmuró Osen.

Lorlen apartó la vista de la ventana y vio a su ayudante con una silla antigua entre las manos. Cuando Osen la dejó en el suelo, Lorlen esbozó una sonrisa irónica.

—Gracias. Dudo que vaya a usarla durante mucho tiempo.

El joven mago devolvió la mirada a la calle.

—No. Ya están aquí.

Lorlen miró de nuevo por la ventana y divisó a seis figuras que emergían de la nube de polvo. Los sachakanos pasaron lentamente por delante de la casa, en dirección al Palacio. Kariko alzó la mirada hacia la muralla.

«No, no os daremos otra oportunidad de hacer saltar en pedazos las piedras de debajo de nuestros pies», pensó Lorlen mientras se acercaba a la puerta.

¡Atacad!

Al recibir la orden de Balkan, Lorlen abrió la puerta de un empujón y salió a la calle, seguido por Osen. Varios magos aparecieron y formaron un

semicírculo alrededor de los sachakanos. Lorlen añadió su fuerza al escudo conjunto, y a continuación descargó un azote contra los ichanis.

Los sachakanos se volvieron rápidamente hacia ellos. La imagen de uno de los ichanis acudió a la mente de Lorlen. De inmediato, el Gremio entero atacó a aquel hombre. La fuerza de sus azotes hizo recular a los ichanis hacia la pared del Palacio, hasta que el fuego de réplica de los sachakanos obligó al Gremio a centrarse en reforzar el escudo.

Los impactos que recibía el escudo del Gremio eran brutales. El miedo y la ansiedad se adueñaron de Lorlen cuando el semicírculo de magos empezó a retroceder. El Gremio no tardaría en debilitarse si seguía soportando semejante castigo.

Retirada.

En respuesta a la orden de Balkan, los magos del Gremio se retiraron hacia las casas y los callejones de los que habían salido. Los ichanis empezaron a avanzar.

—Tenemos que quitar de en medio al menos a uno de ellos —dijo con voz entrecortada Osen.

—Tú cubres, yo ataco —dijo Lorlen—. Pero antes acerquémonos un poco más a la casa.

Caminaron cautelosamente hacia la puerta. Cuando llegaron frente a ella, Lorlen se detuvo.

—¡Ya!

Lorlen abandonó su escudo y concentró toda la energía que le quedaba en un azote que lanzó contra el ichani debilitado. El sachakano se tambaleó, y los azotes llovieron sobre él cuando los magos del Gremio se percataron de su vulnerabilidad. El hombre profirió un grito inarticulado de rabia y miedo al constatar que su escudo cedía. La siguiente descarga lo arrojó contra la pared del Palacio, que se combó tras su espalda. Su cuerpo se dobló, inerte, y cayó al suelo.

Los magos prorrumpieron en gritos de júbilo, pero callaron de golpe cuando los ichanis contraatacaron con potentes ráfagas. Osen soltó un quejido ahogado.

—Regresa... adentro —dijo, apretando los dientes.

Lorlen siguió la mirada de Osen y sintió un nudo en el estómago al ver

que Kariko, el jefe de los ichanis, caminaba hacia ellos, lanzando un azote tras otro contra el escudo de Osen. Lorlen sujetó a este del brazo para ayudarlo a volver a la casa. Saltaron astillas y trozos de ladrillo cuando los azotes de Kariko atravesaron el portal. Entonces el escudo de Osen comenzó a debilitarse.

—No —gimió Osen—. No tan pronto.

Lorlen lo aferró por los hombros y lo empujó a un lado. Se oyó un estampido, y la fachada de la casa se derrumbó hacia dentro. Unas grietas se extendieron por el techo. Algo golpeó a Lorlen en los hombros con fuerza y lo hizo caer de rodillas.

Acto seguido se encontró en el suelo, derribado por otro golpe. Supuso que el techo se había venido abajo. Un peso enorme lo oprimió y aplastó el aire de sus pulmones. Cuando todo quedó inmóvil por fin, Lorlen tomó conciencia del dolor. Proyectó la mente hacia su interior, y se le heló la sangre al ver los huesos rotos y los órganos reventados. Comprendió lo que eso significaba.

Solo quedaba una cosa por hacer.

La tierra y el polvo caían sobre él mientras se llevaba la mano hacia el bolsillo en que guardaba el anillo.

En los túneles que discurrían bajo el Círculo Interno reinaba el silencio. Algún que otro voluntario esperaba junto a una salida. El guía de Akkarin y de Sonea se detuvo al ver que un mensajero se dirigía a toda prisa hacia ellos.

—Un mago sachakano... se ha quedado... con los esclavos... —logró decir entre jadeos el hombre—. Están en... las barriadas... en Ladonorte.

—Así que ya hay uno separado de los demás —observó Sonea—. ¿Deberíamos encontrarlo a él primero?

—Tardaremos un buen rato en llegar hasta allí —dijo Akkarin. Miró en dirección al Palacio—. Me gustaría ver cómo se defiende el Gremio, pero... ese ichani solitario podría intentar reunirse con Kariko cuando se entere de la derrota del Gremio —asintió despacio y se volvió hacia el guía—. Sí, llévanos a las barriadas.

—Yo les comunicaré que están ustedes en camino —dijo el mensajero

antes de alejarse corriendo.

El guía echó a andar de nuevo por el pasillo, y ellos lo siguieron. Varios minutos después, los abordó una mujer de mediana edad.

—El túnel se ha hundido —informó—. No podéis ir por allí.

—¿Cuál es la ruta alternativa más rápida?

—Hay otro túnel cerca de la muralla del Gremio —dijo el guía.

Akkarin alzó la vista.

—La brecha de la muralla está casi encima de nosotros.

—Salir por allí sería más rápido —observó el guía—, pero podrían verles.

—El Gremio y los ichanis están fuera del Palacio. Cualquiera otra persona nos tomaría por dos imardianos normales y corrientes que huyen de la ciudad. Llévanos a una salida que esté lo más cerca posible de la muralla.

El guía hizo un gesto afirmativo y los condujo por el túnel. Tras girar varias veces a derecha e izquierda, se detuvo frente a una escalera de mano atornillada a una pared y señaló la trampilla que había en lo alto.

—Por allí llegarán a un almacén. Hay una puerta que da a un callejón —les indicó cómo llegar a una entrada de los túneles situada al otro lado de la muralla—. Allí encontrarán a otros guías que conocen la Cuaderna Septentrional mejor que yo.

Akkarin empezó a subir. Sonea lo siguió y se encontró en medio de una amplia habitación llena de víveres. Atravesaron una puerta y salieron a un estrecho callejón sin salida. Akkarin avanzó con sigilo y se detuvo frente a la entrada. Cuando Sonea se colocó a su lado, advirtió que estaban al otro lado de la calzada que rodeaba la Muralla Interior. Se le cayó el alma a los pies al ver las ruinas.

Una ráfaga de viento se llevó consigo el polvo, y Sonea distinguió entre los escombros unos colores que le eran conocidos. Al mirar con más atención, se dio cuenta de que eran túnicas de magos.

—El camino está despejado —murmuró Akkarin.

Cuando salieron del callejón, Sonea dio unos pasos hacia los magos, pero notó que Akkarin la sujetaba del brazo.

—Están muertos, Sonea —murmuró con delicadeza—. De lo contrario, el Gremio no los habría dejado aquí.

—Lo sé —respondió ella—. Solo quiero saber quiénes son.

—No es el momento. Ya habrá tiempo para eso más tarde.

Akkarin tiró de Sonea hacia la brecha de la muralla. Los cascos que cubrían el suelo entorpecían su avance. Acababan de llegar a la base de las puertas derribadas cuando él se detuvo. La chica lo miró y la asaltó una gran inquietud. Akkarin, con el rostro extraordinariamente blanco, contemplaba un punto situado muy por debajo del suelo.

—¿Qué ocurre?

—Lorlen —se volvió bruscamente hacia el Círculo Interno—. Tengo que encontrarlo. Tú sigue adelante. Encuentra al ichani, pero no hagas nada hasta que yo llegue.

—Pero...

—Vete —la interrumpió, y clavó en ella una mirada fría—. Tengo que hacer esto yo solo.

—¿Hacer qué?

—Haz lo que te pido, Sonea.

Ella no pudo evitar sentirse dolida y algo enfadada al notar su tono de impaciencia. No era un buen momento para que Akkarin se mostrara misterioso y reservado con ella. Si se separaban, ¿cómo volverían a encontrarse? Entonces Sonea se acordó del anillo.

—¿Me pongo tu anillo de sangre ahora mismo? Dijiste que debemos llevarlos cuando no estemos juntos.

Un brillo de alarma asomó a los ojos de Akkarin, pero suavizó su expresión enseguida.

—Sí —respondió—, pero no te pongas el tuyo todavía. No quiero mostrarte lo que me temo que voy a ver dentro de la hora siguiente.

La joven lo miró a los ojos. ¿Qué iba a ocurrir que él no quería que viera? ¿Tendría algo que ver con Lorlen?

—Debo irme —dijo Akkarin.

Ella asintió y lo observó alejarse a paso ligero.

Cuando Akkarin desapareció, Sonea se internó rápidamente en la Cuaderna Septentrional. Tras resguardarse en la sombra de un callejón, se sacó el anillo del bolsillo y se quedó contemplándolo. La advertencia que Akkarin le había hecho la víspera resonaba en sus oídos: «A veces, oír y saber lo que otra persona piensa de ti es una experiencia desagradable. Puede

acabar con amistades, convertir el amor en resentimiento...».

Sin embargo, tenían que poder comunicarse mientras estuvieran separados. Dejó a un lado sus dudas y deslizó el dedo dentro del anillo. No apareció la menor sensación de la presencia de Akkarin en el borde de su mente. Lo buscó, pero no percibió nada. Tal vez el anillo no funcionaba.

«No —pensó—, el creador controla cuánta información recibe el portador». Pero el creador, por su parte, no podía dejar de percibir los pensamientos y experiencias del portador. Eso significaba que su mente estaba totalmente al alcance de Akkarin en aquel momento.

¿Hola?, pensó.

No obtuvo respuesta. Sonrió y se encogió de hombros. Fuera lo que fuese lo que él estuviese haciendo, no querría que lo distrajera, y lo último que ella deseaba era desviar su atención cuando necesitaba concentrarse más que nunca.

Siguiendo las indicaciones del guía, la chica encontró fácilmente la entrada al túnel. Para su sorpresa, Farén estaba esperando dentro. Su segundo, el hombre callado que lo acompañaba cuando ella lo había abordado solo un día antes, estaba a su lado.

—El Gremio ha matado a un ichani —dijo Farén con entusiasmo—. Estaba deseando contártelo.

Sonea sonrió y le vinieron ganas de relajarse un poco.

—Vaya, eso sí que es una buena noticia. ¿Qué hay del resto de los ichanis?

—La mujer está vagando por ahí, sola. El que está con los esclavos sigue en Ladonorte, según el último informe. Supongo que los demás se dirigen hacia el Palacio. ¿Dónde está tu compañero inseparable?

Ella arrugó el entrecejo.

—Tenía que encargarse de algo por su cuenta. Tengo que encontrar al ichani que está con los esclavos y sentarme a esperar.

Farén sonrió.

—Pues vayamos a buscarlo.

Tras caminar durante algunos minutos, salieron a una callejuela. Farén guio a Sonea hasta una pila alta de cajas y pasó por un agujero estrecho. En el centro había un espacio abarrotado. Se agachó y dio unos golpecitos en un

objeto metálico.

Sonea reprimió un gruñido cuando se abrió una trampilla y un olor desagradable azotó su olfato.

—Otra vez las alcantarillas.

—Eso me temo —contestó Farén—. Son el camino más directo para salir de la ciudad.

Descendieron hacia las tinieblas. Un hombre de rostro ancho estaba de pie junto a la escalera, con un farol en una mano y otro a sus pies, proyectando un círculo de luz alrededor de él. El ladrón cogió la lámpara del suelo y echó a andar a lo largo del saliente que discurría por un lado del túnel. Había varios guardias vigilando las tapas de alcantarilla. En cierto momento, Farén dijo a Sonea que acababan de pasar por debajo de la Muralla Exterior. Cuando salieron de las alcantarillas, ella vio que estaban en una zona de las barriadas que conocía. Farén la condujo rápidamente a través de una abertura en una pared y llegaron al Camino de los Ladrones.

Un muchacho que aguardaba dentro les comunicó que el ichani solitario y los esclavos se hallaban a solo unas calles de allí.

—Se dirigen hacia la calle principal —dijo el chico.

—Avisa a todos que se preparen, y vuelve para informarnos.

El muchacho asintió con la cabeza y se alejó apresuradamente.

Avanzaron unos pasos más, ascendieron hasta una casa y después, por una escalera desvencijada, a la primera planta. Farén guio a Sonea hasta una ventana, desde donde ella echó un vistazo al exterior y vio a los esclavos sachakanos abajo, en la calle. El ichani observaba a dos esclavos que salían de una panadería con bandejas llenas de bollos. Varios de los animales parecidos a limeks se peleaban por los restos de un reber. No había carros a la vista.

El muchacho del Camino de los Ladrones entró en la habitación. Los ojos le brillaban de emoción.

—Todo está a punto —anunció.

Sonea dirigió a Farén una mirada inquisitiva.

—¿Para qué?

—Hemos tendido algunas trampas a los sachakanos —explicó Farén—. Ha sido idea de Cery.

Ella sonrió.

—Como no podía ser de otra manera. ¿En qué consiste el plan?

Farén se acercó a una ventana lateral. Debajo había un pequeño patio cercado cuya parte trasera daba a un angosto callejón. Dos hombres de constitución robusta sujetaban contra la pared una larga vara de metal con la punta afilada. Dirigían miradas nerviosas a la ventana. Farén les hizo señas de que esperaran.

—Hay dos más al otro lado del callejón —dijo a Sonea—. En cada pared hay un agujero tapado con argamasa falsa. Uno de nuestros magos impostores atraerá al ichani a la callejuela. Cuando llegue al sitio adecuado, los hombres lo ensartarán.

Sonea lo contempló con incredulidad.

—¿Ese es vuestro plan? Es imposible que dé resultado. El escudo del ichani lo protegerá.

—Tal vez le dé pereza crear uno y suponga que las paredes son protección suficiente.

—Tal vez —dijo ella—, pero es muy poco probable. Estaréis corriendo un riesgo muy grande.

—¿Crees que quienes nos ayudan no lo saben? —preguntó Farén en voz baja—. Saben que lo más seguro es que no dé resultado, pero están tan decididos como tú a combatir a los sachakanos.

Sonea suspiró. No era de extrañar que los losdes quisieran luchar, aunque eso entrañara un peligro enorme.

—Bueno, por si no funciona, yo debería estar allí abajo para...

—Demasiado tarde —dijo el segundo de Farén—. Mirad.

Sonea se dirigió de nuevo hacia la ventana que daba a la calle y se percató de que el ichani y sus esclavos se acercaban. Un grupo de jóvenes pasó corriendo al otro lado de la calle y comenzó a tirarles piedras. Mientras el ichani hacía ademán de seguirlos, Sonea oyó un grito ahogado y vio a un hombre con una túnica salir a la calle desde algún lugar situado justo debajo de donde ella estaba. Avanzó hacia el ichani con paso resuelto y se detuvo en la entrada del callejón. Al ver al falso mago, el ichani sonrió.

Un azote destelló en el aire. El mago falso lo esquivó por muy poco y se lanzó a la carrera por el callejón.

Sonea corrió hacia la ventana lateral. Los dos hombres que empuñaban la lanza se pusieron en posición. Aquello no podía funcionar. Pero ¿y si...? Se le puso el vello de punta al darse cuenta de lo que sucedería si conseguían lo que se proponían.

—Farén, tengo que bajar.

—No queda tiempo —repuso él—. Mira.

El ichani enfiló el callejón con grandes zancadas. El hombre de la túnica se había detenido. Sonea alcanzó a ver el tenue brillo de una barrera que le impedía el avance. Cuando el ichani se encontraba a un paso de los hombres escondidos, el mago falso gritó algo. Las lanzas salieron disparadas de la pared...

... y se hundieron en el cuerpo del ichani. El sachakano profirió un alarido de sorpresa y dolor.

—¡Ha funcionado! —exclamó Farén.

Sonea oyó gritos de triunfo similares procedentes de fuera, aunque amortiguados por la ventana. Se estremeció de compasión al ver la agonía en el rostro del ichani. Empezaron a flaquearle las piernas, y supo que no podría llegar hasta él antes de que muriese.

Aun así, rompió el cristal de la ventana y advirtió a los hombres de abajo:

—¡Apartaos de él!

Ellos la miraron, desconcertados.

De pronto, todo se tornó blanco.

Sonea creó un escudo alrededor de sí, de Farén y de su segundo. Instantes después, la pared de la habitación explotó hacia dentro. Un calor abrasador se coló a través del escudo, lo que la obligó a reforzarlo. Notó que el suelo se inclinaba y se desplomaba, y después la sensación de precipitarse al vacío. Cuando sus pies tocaron el suelo, cayó de rodillas.

Entonces, la magia que había liberado el cuerpo del ichani muerto cesó de repente. Ella descubrió que estaba en cuclillas sobre una pila de ladrillos y restos de madera humeante. Se puso de pie y vio que la rodeaba un círculo de cascotes.

Todo en cien pasos a la redonda había quedado reducido a montones de escombros calcinados. Sonea dirigió la mirada hacia el callejón, pero no quedaba rastro de los hombres de las lanzas. La invadió una tristeza

profunda. «Podría haberlos salvado si hubiera sabido lo que pretendían».

Farén y su segundo se levantaron con dificultad y contemplaron aquel panorama desolador.

—Cery dijo que podría pasar algo así —comentó Farén—. Dijo que todos debían alejarse lo más rápidamente posible, pero no nos advirtió que la explosión podía llegar tan lejos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su segundo con un hilillo de voz.

Sonea trató de hablar, pero tenía un nudo en la garganta. Tragó saliva y lo intentó de nuevo.

—Lo que pasa siempre que muere un mago —consiguió decir—. La magia que tiene acumulada en su interior se libera.

Él la miró con los ojos como platos.

—¿A ti... a ti te pasará lo mismo?

—Me temo que sí, a menos que agote mi energía, o que los ichanis me la arrebatan toda.

—Ah —el hombre se estremeció y desvió la vista.

—Hemos tenido suerte de que estuvieras aquí —dijo Farén en voz baja—. De lo contrario, habríamos acabado como esos esclavos de ahí abajo.

Sonea siguió la dirección de su mirada hacia la calle. Varias figuras yacían en el suelo. La chica sintió un escalofrío. Al menos su muerte había sido rápida.

Farén soltó una risita.

—Bueno, no hace falta pensar qué vamos a hacer con ellos, ¿verdad?

—¡Ayudadme!

Dannyl alzó la vista, arrancado de su estupor por la súplica. Lord Osen se encontraba de pie ante un gran boquete abierto en el costado de una casa. Estaba cubierto de polvo, y tenía la cara surcada de lágrimas.

—Lorlen está sepultado —dijo entre jadeos Osen—. ¿A alguno de vosotros os quedan fuerzas?

Dannyl miró a Farand y sacudió la cabeza.

—Entonces... ayudadme a desenterrarlo al menos.

Siguieron a Osen al interior de la casa, donde descubrieron un enorme

montón de escombros. El sol entraba filtrado por el polvo. Al levantar la mirada, Dannyl vio que la planta de arriba y el tejado habían desaparecido.

—Está aquí, creo —dijo Osen al tiempo que se detenía ante la puerta principal, que estaba medio enterrada. Se puso de rodillas y comenzó a excavar con las manos desnudas.

Dannyl y Farand se unieron a él. No podían hacer otra cosa. Echaban los cascotes a un lado, pero avanzaban muy despacio. Dannyl se cortó con unos trozos de vidrio que había entre el polvo. Empezaba a preguntarse cómo podía haber sobrevivido alguien bajo todas aquellas ruinas, cuando de pronto el montón entero se movió. Ladrillos, vigas de madera y vidrios rotos empezaron a deslizarse hacia la pared del fondo de la casa.

Osen sacudió la cabeza para despejarse la mente y recorrió la habitación con la vista. Sus ojos se fijaron en un punto situado detrás de Dannyl y se abrieron desorbitadamente.

Dannyl se dio la vuelta al instante y vio una silueta de pie frente al agujero de la pared lateral, recortada contra la luz intensa del exterior. Logró distinguir que el desconocido llevaba ropa normal, pero la sombra ocultaba su rostro.

El ruido de los escombros se redujo hasta dejar paso al silencio.

—Has vuelto —dijo una voz familiar pero débil.

Dannyl se volvió, con el corazón lleno de esperanza, y vio a Lorlen, desenterrado. El administrador tenía la túnica recubierta de polvo y el rostro magullado, pero le brillaban los ojos.

—Sí. He vuelto.

Dannyl soltó un grito ahogado cuando reconoció la voz. Akkarin. El mago desterrado se adentró en la habitación mientras Dannyl lo miraba fijamente.

—¡No! —dijo Lorlen—. No te... no te me acerques.

Akkarin se detuvo.

—Te estás muriendo, Lorlen.

—Lo sé —Lorlen respiraba trabajosamente—. No... no permitiré que desperdices tu energía conmigo.

Akkarin dio otro paso.

—Pero...

—Detente, o estaré muerto antes de que llegues —gimió Lorlen—. Me queda muy poca energía, y la estoy usando para permanecer consciente. Lo único que tendría que hacer es gastarla más deprisa.

—Lorlen —dijo Akkarin—. Bastará un poco de magia, apenas la suficiente para mantenerte con vida hasta que...

—Hasta que vengan los ichanis a rematarme —Lorlen cerró los ojos—. Te recuerdo que yo era sanador. Sé lo que haría falta para curarme. Demasiada magia. Y la necesitaréis toda para detenerlos —abrió los párpados y contempló a Akkarin—. Entiendo por qué lo hiciste, por qué me mentiste. La seguridad de Kyralia era más importante que nuestra amistad. Lo sigue siendo. Solo quiero saber una cosa. ¿Por qué no respondiste cuando te llamé?

—No podía —dijo Akkarin—. Si el Gremio hubiera sabido que yo estaba aquí, los ichanis se habrían enterado al leer la mente a su primera víctima y permanecerían juntos. Son vulnerables cuando están solos.

—Ah —dijo Lorlen con una leve sonrisa—. Ya veo.

Los ojos se le cerraron de nuevo. Akkarin dio otro paso hacia su amigo. Los párpados de Lorlen se abrieron de golpe.

—No, ni se te ocurra —susurró—. Quédate donde estás. Cuéntame... ¿qué ha sido de Sonea?

—Vive —contestó Akkarin—. Está...

Aunque Akkarin no terminó la frase, los labios de Lorlen se torcieron en una sonrisa.

—Me alegro —dijo.

Entonces sus facciones se relajaron y exhaló un largo suspiro. Akkarin se abalanzó hacia delante y se agachó. Tocó la frente a Lorlen, y una expresión de dolor asomó a su rostro. Luego le tomó la mano, con la cabeza gacha, y le quitó un anillo.

—Lord Osen —dijo.

—¿Sí?

—Ni usted, ni el embajador Dannyl ni... —miró a Farand— ni su acompañante... ninguno de ustedes debe contar a nadie que me han visto. Si los ichanis descubren que Sonea y yo estamos aquí, toda posibilidad de derrotarlos se irá al traste. ¿Me han entendido?

—Sí —se apresuró a decir Osen en voz baja.

—Todos los ichanis están en el Palacio. Abandonen la ciudad mientras puedan.

Akkarin se irguió y les dio la espalda con un movimiento brusco.

Se acercó al agujero que había en la pared. Durante un momento, antes de que saliera, Dannyl pudo verle la cara. Aunque tenía el semblante firme y decidido, sus ojos brillaban intensamente al sol.

A varios cientos de pasos de las afueras de las barriadas, Rothen salió del camino. Alcanzaba a divisar el gran hueco que se había abierto allí donde antes se alzaban las Puertas Septentrionales. A través de él, había visto el boquete aún más grande en la Muralla Interior.

Sin embargo, no tenía por qué entrar en la ciudad por allí. Siempre estaba la brecha de la Muralla Exterior que daba a los terrenos del Gremio.

Se preguntó por qué los ichanis habían optado por desperdiciar su energía destruyendo las puertas de la ciudad. Sin duda habían averiguado que existía la brecha en la Muralla Exterior al leer la mente a los magos que habían capturado y matado en el Fuerte y en Calia. Tal vez habían querido demostrar al Gremio la superioridad de sus fuerzas. O quizá pretendían recuperar la magia que habían perdido arrebatándosela a imardianos corrientes.

Fuera como fuese, debían de sentirse seguros de que su fuerza, o su capacidad para recobrarla, les permitiría conquistar Kyralia. Mientras Rothen espoleaba a su caballo en dirección a la colina boscosa que se alzaba detrás del Gremio, lo embargó un temor creciente. ¿Llegaría demasiado tarde? ¿Encontraría el Gremio destruido y a los ichanis esperando? Debía acercarse con cautela.

Dejó que la yegua aflojara el paso cuando llegó a los primeros árboles. El bosque no tardó en espesarse, hasta que él se vio obligado a descabalgarse y a conducirla a pie. Una imagen apareció ante sus ojos. «No, otra vez no...».

Siguió andando mientras la experiencia de la muerte se superponía a su entorno real. Esta vez se trataba de un guardia de Palacio. La visión se disipó y Rothen suspiró, aliviado.

«¿Cuántos llevan ya? —se preguntó—. ¿Veinte? ¿Treinta?».

La pendiente se hizo más pronunciada. Siguió adelante, dando traspiés

sobre hierbas, troncos, piedras y hoyos. Cuando llegó a un calvero, alzó la mirada y vislumbró algo blanco entre los árboles que tenía enfrente.

Al ver los edificios, el alivio y la alegría se apoderaron de él. Apuró el paso hasta llegar a la orilla del bosque. Docenas de casas pequeñas ocupaban todo un claro, más abajo. «Es como una aldea diminuta», pensó.

«Una aldea desierta», se corrigió. Aunque había vivido a pocos cientos de pasos de aquel lugar, solo lo había visto una vez antes, cuando era aprendiz. Aquel caserío era conocido como el alojamiento de los sirvientes.

Empezó a descender hacia los edificios. En ese momento se abrió una puerta. Un hombre con uniforme de sirviente salió apresuradamente a su encuentro.

—Milord —dijo el hombre, y le dedicó una breve reverencia—. ¿Cómo marcha la batalla?

—No lo sé —respondió Rothen—. Acabo de llegar. ¿Por qué sigues aquí? El hombre se encogió de hombros.

—Me ofrecí voluntario para vigilar las casas hasta que regrese todo el mundo.

Rothen levantó la mirada hacia su yegua.

—¿Queda alguien de las caballerizas?

—No, pero si lo desea puedo ocuparme de su caballo.

—Gracias —Rothen entregó las riendas al sirviente—. Si al anochecer no ha vuelto nadie, márchate. Llévate la yegua, si quieres.

El hombre parecía sorprendido. Se inclinó ante él, dio unas palmaditas a la yegua en el hocico y se alejó con ella. Rothen dio media vuelta y echó a andar por el camino que conducía al Gremio.

Habían transcurrido tres horas desde que Cery se había despedido de Sonea y de Akkarin. Según los informes que había recibido, ella se había ido a las barriadas a encargarse del ichani solitario. Akkarin había desaparecido en el Círculo Interno, y Takan no sabía lo que estaba haciendo su amo.

Se había escogido la guarida subterránea de un contrabandista en el Círculo Interno como lugar de reunión. Era un espacio grande, repleto hasta el techo de mercancías. Cuando tres figuras bajaron por el pasillo entre los

estantes, Cery se dirigió hacia ellos con una sonrisa.

—Vuestro Gremio ha matado a un ichani —dijo—. Uno menos y quedan siete.

—No —Sonea sonrió—. Dos menos y quedan seis.

El ladrón se volvió hacia Farén.

—¿El de las barriadas?

—Sí, aunque yo no he tenido nada que ver.

Cery sonrió de oreja a oreja, complacido.

—¿O sea, que una de mis trampas ha funcionado?

—Creo que deberías echar un vistazo al estado en que han quedado las barriadas antes de presumir tanto —repuso Farén con sequedad. Su segundo asintió, como dándole la razón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Cery a Sonea.

—Farén te lo explicará después —la chica miró por encima del hombro del ladrón, quien se volvió para ver a Takan acercarse—. ¿Alguno de vosotros sabe dónde está Akkarin?

El sirviente negó con un gesto de cabeza.

—Hace dos horas que no tengo noticia de él.

Sonea frunció el ceño. Al ver la misma expresión en la cara de Takan, Cery supuso que, fuera lo que fuese lo que estaba haciendo Akkarin, quería guardarlo en secreto. ¿Qué era tan importante para que se lo ocultara a sus dos seres más próximos?

—¿Dónde están los otros ichanis? —quiso saber Farén.

—Cinco están en el Palacio, y uno deambula por ahí —dijo Cery.

—Déjame que adivine —dijo Sonea—. El que deambula es la mujer.

—En efecto.

Sonea suspiró.

—Supongo que debería quedarme aquí a esperar que Akkarin regrese.

Cery sonrió.

—Tengo aquí escondido a alguien que quiero que conozcas.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es?

—Un mago. Lo he salvado de la mujer ichani y está muy agradecido. De hecho, está tan agradecido que se ha ofrecido voluntario a hacer de señuelo para la pequeña trampa que acabamos de tender.

Siguiendo a Cery, Sonea rodeó una pila de cajas y llegó a un pequeño compartimiento lleno de sillas. El aprendiz estaba sentado en una de ellas. Alzó la vista cuando llegaron, y a continuación se puso de pie y sonrió.

—Hola, Sonea.

La joven se quedó mirándolo, desalentada. Tal como el aprendiz esperaba, ella reaccionó haciendo rechinar los dientes.

—Regin.

35. Atrapado

—Siéntate, Sonea —la apremió Cery—. Quedaos aquí los dos, mientras yo voy a buscar algo de comer.

Sonea escrutó el rostro de Cery. Por lo visto no recordaba nada de la historia entre ella y Regin. Entonces Cery le guiñó el ojo, y Sonea comprendió que sí se acordaba de Regin.

—Bueno, os dejo —dijo—. Seguro que tenéis muchas cosas que contaros.

Sonea se sentó de mala gana. Miró a Farén, pero el ladrón se había ido al otro extremo de la habitación y estaba cuchicheando con su segundo. Takan caminaba de un lado a otro, en un rincón. Regin la miró, apartó la mirada, se frotó las manos y carraspeó.

—Bueno —dijo—, ¿has matado ya a algunos sachakanos de esos?

Sonea reprimió una carcajada. Era una manera extraña, pero a la vez bastante apropiada, de entablar una conversación con su viejo enemigo.

—A un par —respondió Sonea.

Regin asintió.

—¿Al de las barriadas?

—No. A uno en el Paso del Sur, y antes de eso a otra, en la ciudad.

Él bajó la vista al suelo.

—¿Fue difícil?

—¿Matar a alguien? —Sonea hizo una mueca—. Sí y no. Supongo que no le das muchas vueltas cuando lo que intentas es evitar que la otra persona te mate a ti. Solo piensas en ello después.

Regin esbozó una sonrisa.

—Me refería a si son difíciles de matar.

—Ah —Sonea desvió la mirada—. Seguramente. Si lo conseguí con esos dos fue porque los engañé.

—¿Seguramente? ¿No sabes la fuerza que tienen?

—No. Ni siquiera estoy segura de la fuerza que tengo yo. Supongo que lo averiguaré cuando tenga que luchar contra uno.

—En ese caso, ¿cómo sabes si puedes vencerlos en batalla?

—Es que no lo sé.

Regin la contempló con incredulidad. Entonces, sonrojado, miró hacia otro lado.

—Todos te lo hemos hecho pasar mal —murmuró—. Lord Fergun, los aprendices, yo... y el Gremio entero cuando se enteró de que habías aprendido magia negra. Pero aun así, has vuelto. Sigues dispuesta a arriesgar la vida para salvarnos —sacudió la cabeza—. Si hubiera sabido lo que estaba pasando, no habría sido tan duro contigo durante ese primer año.

Sonea lo miró fijamente, debatiéndose entre el escepticismo y la sorpresa. ¿Acaso Regin se estaba disculpando?

Él la miró también.

—Solo quiero... Si salgo vivo de todo esto, intentaré compensarte —se encogió de hombros—. Es lo menos que puedo hacer si salgo vivo.

Ella asintió. Ahora le resultaba más difícil todavía pensar en algo que decirle. La sacó del apuro una figura alta que apareció entre las columnas de cajas.

—¡Akkarin! —Se levantó de un salto y corrió hacia él.

Akkarin le dedicó una sonrisa sombría.

—Sonea.

—¿Has visto lo que han hecho los losdes?

—Sí, estaba observando a través del anillo, y he visto las consecuencias.

Sonea arrugó el entrecejo. Él tenía el rostro tenso, como si intentara disimular el dolor de una herida.

—¿Qué ocurre? —susurró ella—. ¿Qué ha pasado?

Los ojos de Akkarin se posaron en Regin, que estaba detrás de Sonea. La tomó del brazo, se alejó unos pasos por el pasillo con ella, bajó la mirada y exhaló un profundo suspiro.

—Lorlen ha muerto.

¿Lorlen? ¿Muerto? Clavó la vista en él, horrorizada, y al percibir el dolor en su semblante la invadió una oleada de compasión. Lorlen había sido el mejor amigo de Akkarin, y sin embargo este se había visto obligado a mentirle, a hacerle chantaje y a controlarlo por medio del anillo. Los últimos años habían sido terribles para ambos. La pena que ella arrastraba desde que se había enterado de la muerte de Rothen de pronto se había vuelto insoportable.

Sonea abrazó a Akkarin por la cintura y apoyó la frente en su pecho. Él la atrajo hacia sí y la estrechó con fuerza. Al cabo de un momento respiró hondo y la soltó poco a poco.

—He visto a Dannyl y a Osen —dijo Akkarin en voz baja—. Estaban con Lorlen, así que ya saben de nuestra presencia. Les he advertido que no se lo digan a los demás y... he cogido el anillo de Lorlen.

—¿Y el resto de los miembros del Gremio?

—Dudo que quede alguno que no esté agotado o al borde del agotamiento —respondió—. Los ladrones se han llevado a unos cuantos a los túneles. Otros se han retirado al recinto del Gremio.

—¿Cuántos han muerto?

—No lo sé. Veinte. Cincuenta. Tal vez más.

Eran muchos.

—Y ahora ¿qué hacemos?

Akkarin la retuvo entre sus brazos unos instantes y luego la apartó extendiendo los brazos, para mirarla.

—Kariko está en el Palacio con los otros cuatro. Avala sigue vagando sola por las calles. Debemos encontrarla antes de que se reúna con ellos.

Sonea asintió.

—Ojalá hubiera sabido lo que los ladrones habían planeado hacer al ichani en las barriadas. Si tú o yo hubiéramos estado cerca, habríamos podido absorber toda su energía.

—Sí, pero ahora hay un ichani menos de quien ocuparnos —la soltó, y emprendieron el regreso por el pasillo—. Hay que reconocer que tu amigo Cery tiene ideas interesantes. Creo que si Kyralia sobrevive, el Gremio se dará cuenta de que la Purga se ha convertido en una práctica peligrosa.

Sonea sonrió.

—Creía que yo ya los había convencido de ello.

—No de la forma en que lo habrían hecho los amigos de Cery.

Cuando llegaron al fondo del almacén, Sonea vio que Cery había vuelto con la comida que había prometido. Takan devoraba la suya, y mostraba un aspecto bastante menos preocupado que antes. Regin paseaba la vista de ella a Akkarin, con un brillo de curiosidad en los ojos.

—Regin de Winar —dijo Akkarin. Sonea reconoció el deje de desagrado en su voz—. Me dicen que te han rescatado los ladrones.

Regin se levantó e hizo una reverencia.

—Me han salvado la vida, milord, y espero poder devolverles el favor.

Akkarin asintió y miró a Takan.

—Creo que la oportunidad se te presentará muy pronto.

—¿Adónde vamos?

Dannyl se volvió hacia Farand. El joven mago no había abierto la boca durante la última media hora. Había seguido a Dannyl confiadamente y sin rechistar, hasta ese momento.

—Tengo que encontrarme con un amigo —dijo Dannyl.

—Pero tu antiguo Gran Lord ha dicho que deberíamos irnos de la ciudad.

—Así es —Dannyl asintió—. Ha dicho que los ichanis están en el Palacio. Tengo que reunirme con Tayend mientras esté a tiempo. Supongo que podrá darnos ropa corriente también.

—¿Tayend? ¿Está en Imardin?

—Sí.

Dannyl echó una ojeada a la calle siguiente y vio que estaba desierta. Farand dobló la esquina tras él. La mansión en la que Tayend se alojaba se hallaba solo una docena de casas más adelante. A Dannyl se le aceleró el pulso de la emoción.

—Pero si no acudió a la Vista —señaló Farand.

—No, llegó hace solo unos días.

—No escogió el momento más oportuno.

Dannyl soltó una risita.

—No, desde luego que no.

—¿Por qué no volvió a marcharse?

Se encontraban a medio camino de la casa. Dannyl intentó dar con una respuesta. «Porque Tayend tiene la idea demencial de que puede ayudarme a salir vivo de la batalla. Porque no quiere que me enfrente solo a la destrucción del Gremio. Porque yo le importo más que su propia seguridad». Dannyl suspiró.

—Porque no era consciente de lo peligrosos que son los ichanis —dijo a Farand—, y yo no pude convencerlo de que los no-magos correrían tanto peligro como los magos. ¿Son tan testarudos todos los elyneos?

Farand rio por lo bajo.

—Tengo entendido que es un rasgo nacional.

Llegaron frente a la puerta de la casa. Dannyl sacó una llave, la acercó a la cerradura... y se le heló la sangre.

La puerta estaba abierta.

Se quedó mirando el resquicio entre la puerta y el marco, con el corazón golpeándole el pecho. Farand le tocó el hombro.

—¿Embajador?

—Está abierta. Tayend no la dejaría abierta. Alguien ha estado aquí.

—Entonces deberíamos irnos.

—¡No! —Dannyl respiró honda y pausadamente varias veces antes de volverse hacia Farand—. Tengo que saber si está bien. Puedes venir conmigo, esperarme en algún lugar cercano o marcharte y salir como puedas de la ciudad.

Farand levantó la mirada hacia la mansión. Inspiró profundamente y enderezó los hombros.

—Le acompaño.

Dannyl abrió la puerta. El recibidor estaba vacío. Recorrió la casa despacio y con cautela, una habitación tras otra, pero no encontró rastro alguno del académico salvo un baúl de viaje en una habitación y varias copas de vino usadas.

—Tal vez ha salido a conseguir comida —aventuró Farand—. Podríamos esperarlo, por si vuelve.

Dannyl sacudió la cabeza.

—No saldría a menos que alguien lo obligara. Al menos hoy —entró en

la cocina, donde había una mesa grande con una copa de vino medio vacía y una botella encima—. ¿Queda algún rincón donde no haya buscado?

Farand apuntó con el dedo a una puerta.

—¿La bodega?

La puerta daba a una escalera que descendía a un gran sótano repleto de botellas y algunos alimentos. No había nadie. Dannyl regresó a la cocina. Farand señaló la copa medio llena de vino.

—Ha salido corriendo —murmuró— de esta habitación. Si yo estuviera aquí y algo me obligara a abandonar esta casa a toda prisa, ¿adónde iría? —Miró a Dannyl—. La puerta de servicio es la que está más cerca.

Dannyl asintió.

—Pues nosotros saldremos por allí también.

El recinto del Gremio estaba tan desierto y tranquilo como durante las vacaciones de mitad de curso. Sin embargo, el silencio era absoluto. Ni siquiera durante aquellas pocas semanas del año, en las que no había clases y la mayoría de los magos aprovechaba para visitar a la familia, reinaba tanta calma.

Nada más entrar en la universidad, Rothen empezó a preguntarse si el Gremio era el mejor sitio donde podía estar. Durante todo el trayecto a Imardin, no había pensado en otra cosa que en llegar a un lugar que le fuera familiar. Pero cuando se halló en el Gremio, no encontró en él la sensación de seguridad que tanto había anhelado y que lo había llevado hasta allí.

Sabía, por la mente de las víctimas de Kariko, que el Gremio se había enfrentado a los ichanis una última vez fuera del Palacio. Habían matado a un sachakano, pero para ello habían tenido que consumir todas sus fuerzas. Después de eso, las víctimas de Kariko habían sido guardias del Palacio, por lo que Rothen suponía que los ichanis seguían en el centro de la ciudad. ¿Adónde irían cuando hubiesen tomado todo el Palacio? Ante la puerta del Gran Salón, se quedó paralizado.

Irían al recinto del Gremio.

«Balkan lo sabe —pensó Rothen—. Habrá indicado a todos que abandonen la ciudad. Querrá que nos reunamos en otro sitio para recuperar

las fuerzas y planear la reconquista de Imardin. Debería irme de aquí e intentar encontrarlos».

Levantó la vista hacia el imponente techo del Salón y exhaló un sonoro suspiro. No le cabía la menor duda de que, uno o dos días después, todo aquello quedaría destruido. Sacudió la cabeza, apesadumbrado, y dio media vuelta para marcharse.

Se paró en seco al oír voces a su espalda.

Lo primero que pensó fue que los ichanis habían llegado, pero al reconocer las voces se quedó de una pieza. Giró sobre sus talones y echó a andar a toda prisa por el pasillo.

Balkan y Dorrien se encontraban ante la puerta del Salón Gremial. Discutían, pero Rothen no se detuvo a escuchar. Ambos volvieron la vista hacia él cuando se les acercó.

—¡Padre! —gritó Dorrien.

Una oleada de alivio y afecto recorrió a Rothen. «Está vivo». Dorrien corrió a abrazarlo. Rothen se puso rígido al notar la punzada de dolor en el hombro.

—Dorrien —dijo—. ¿Qué hacéis aquí?

—Lorlen nos ha convocado a todos en Imardin —respondió Dorrien. Sus ojos se posaron en la cicatriz del corte que Kariko había hecho a Rothen en la mejilla—. Padre, creíamos que habías muerto. ¿Por qué no te pusiste en contacto con nosotros? —Miró el hombro de Rothen y frunció el ceño—. Te hirieron. ¿Qué pasó?

—Recurrir a la comunicación mental me parecía demasiado arriesgado. Lo habían prohibido, y... —Rothen titubeó; dudaba si contar a Dorrien lo del anillo—. Me rompí el hombro y el brazo durante la lucha, y se soldaron mal mientras dormía. Pero no me has contestado... o tal vez no te he hecho la pregunta adecuada. ¿Qué hacéis aquí, en los terrenos del Gremio? Con toda seguridad los ichanis no tardarán en venir.

Dorrien se volvió hacia Balkan.

—Yo... no he combatido junto a los demás magos. Me he escabullido a la primera oportunidad.

Rothen contempló a su hijo, sorprendido. No era capaz de imaginarse a Dorrien rehusando un combate. Su hijo no era un cobarde.

Una mirada de intensa frustración asomó al rostro de Dorrien.

—Tengo mis razones —afirmó—, pero no puedo revelártelas. He hecho un juramento de silencio. Confía en mí si te digo que no debo arriesgarme a que me capturen los ichanis. Si me leen la mente, nuestra última oportunidad de acabar con ellos se malogrará.

—Ya hemos perdido nuestra última oportunidad —dijo Balkan, y entornó los ojos—. A menos que...

Dorrien negó con la cabeza.

—No hagas cábalas. Ya he dicho más de lo que debería.

—Si te preocupa tanto que los ichanis te lean la mente, ¿por qué estás aquí, en el recinto del Gremio, cuando lo más seguro es que no tarden en llegar? —pregunto Rothen.

—Desde el vestíbulo se tiene una buena vista de las puertas —contestó Dorrien—. Cuando se acerquen, los veré y podré marcharme a través del bosque. Si me adentro en la ciudad, las probabilidades de que me capturen aumentarán.

—¿Por qué no te marchas ahora? —inquirió Balkan.

Dorrien fijó en él la mirada.

—No me iré hasta que sea necesario. Si el secreto que guardo sale a la luz por otras causas, tendré las manos libres para ayudar.

Balkan frunció el ceño.

—Sin duda, si nos vamos contigo, podrás revelarnos el secreto.

La obstinación en el semblante de Dorrien resultó muy conocida a Rothen. El mago cabeceó.

—Me temo que tus intentos de tirarle de la lengua no servirán de mucho, Balkan. No obstante, creo que deberíamos irnos en cuanto detectemos el menor indicio de que los ichanis se dirigen hacia aquí. Lo que me lleva a preguntarme qué estáis haciendo aquí.

El ceño fruncido del guerrero dio paso a una expresión grave.

—Alguien debe ser testigo del destino de nuestro hogar.

Rothen asintió.

—Entonces los tres nos quedaremos hasta el final.

—Ambrosía dulce —susurró Farén, sosteniendo en alto una botellita—. Es prácticamente indetectable en el vino o en postres. Hace efecto muy rápidamente; o sea, que estad preparados.

Sonea miró al ladrón y puso los ojos en blanco.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Por alguna razón no me sorprende que sepas tanto de venenos, Farén.

Él sonrió.

—Debo reconocer que empecé a investigar sobre ellos por un capricho de imitar al animal al que debo mi nombre. Es un conocimiento que me ha resultado útil en ocasiones, pero en menos de las que crees. Tu amigo aprendiz parece especialmente interesado en el tema.

—No es mi amigo.

Sonea acercó de nuevo el ojo a la mirilla. Una gran mesa ocupaba casi toda la habitación que estaba al otro lado de la puerta. La cubertería de plata reflejaba un tenue brillo bajo la luz que se filtraba por dos ventanas pequeñas. Quedaba algo de comida, fría y reseca, en las fuentes de porcelana fina.

Estaban dentro de una de las grandes mansiones del Círculo Interno. Lo que veían era un comedor pequeño y privado con dos puertas de servicio, además de la entrada principal. Sonea y Farén se encontraban tras una puerta, y Akkarin tras la otra.

—Al parecer Cery creía que vosotros dos teníais una amistad especial —añadió Farén.

Sonea soltó un leve resoplido.

—Una vez se ofreció a matar a Regin. Fue una propuesta tentadora.

—Ah —respondió el ladrón.

Sonea se fijó en las copas que había sobre la mesa. Estaban llenas hasta diferentes alturas de vino. Varias botellas, algunas abiertas y otras no, se hallaban dispuestas en el centro. Todas estaban envenenadas.

—Entonces ¿qué es lo que ha hecho nuestro voluntario para merecer una oferta tan generosa de Cery?

—No es asunto tuyo.

—¿Ah, no? Qué interesante.

Sonea se sobresaltó cuando la puerta principal del comedor se abrió de golpe. Regin se plantó dentro de un salto y volvió a cerrarla. Rodeó la mesa a toda velocidad y corrió hacia la puerta de servicio tras la que aguardaba Akkarin. Llevó la mano al pomo y se detuvo.

La puerta principal se abrió de nuevo. Regin fingió forcejear con el pomo. Sonea notó que se le aceleraba el corazón cuando uno de los ichanis entró en la habitación. Miró a Regin y luego bajó la vista a la mesa.

—Supongo que no estarás muy ansiosa por salvarle el pellejo si el ichani no se traga el anzuelo —musitó Farén.

—Por supuesto que lo salvaré —murmuró Sonea—. Puede que Regin sea un... un... lo que sea, pero no merece morir.

Cuando el ichani devolvió la mirada a Regin, este se colocó con la espalda contra la puerta; estaba blanco como la cera. El ichani caminó en torno a la mesa. Regin se deslizó, pegado a la pared, manteniendo la mesa entre él y el sachakano.

El ichani rio entre dientes. Alargó el brazo, cogió una de las copas y se la llevó a los labios. Tomó un sorbo e hizo una mueca. Tras encogerse de hombros, tiró la copa, que se estrelló contra la pared y la dejó manchada de vino.

—¿Bastará con eso? —susurró Sonea.

—Lo dudo —contestó Farén—. Pero ha mordido el anzuelo y tal vez quiera tomarse algo más fresco.

El ichani empezó a caminar alrededor de la mesa. Regin dio unos pasos para alejarse de él. De pronto, dio un salto al frente y agarró una botella de vino por el cuello. El ichani soltó una carcajada mientras Regin la blandía con un gesto amenazador. El sachakano hizo un ademán brusco. Regin se tambaleó hacia delante como si hubiera recibido un golpe fuerte por detrás, y cayó despatarrado y boca abajo sobre la mesa.

El ichani lo asió de la parte de atrás del cuello para impedir que se levantara. Sonea aferró el pomo de la puerta, pero Farén la sujetó por la muñeca.

—Espera —dijo en voz baja.

El sachakano quitó a Regin la botella de la mano y la miró fijamente. El corcho salió despacio, agitándose de un lado a otro, y cayó al suelo. El ichani

se acercó la botella a los labios y tomó varios tragos. Sonea oyó que Farén suspiraba, aliviado.

—¿Bastará con eso? —susurró Sonea.

—Oh, sí, sin duda.

Regin se retorció sobre la mesa, y lanzaba platos y cubiertos en todas direcciones mientras luchaba por liberarse del control del ichani. El sachakano bebió un poco más de la botella y luego la estampó contra la mesa. Extendió el brazo hacia Regin, con el extremo roto de la botella en la mano.

—Esto no me gusta —comentó Farén—. Si hace un corte a Regin, el veneno...

La puerta situada tras el ichani se abrió. A Sonea el corazón le dio un vuelco, pero Akkarin no apareció. El pasillo que había al otro lado estaba vacío. Al oír el ruido, el ichani se volvió rápidamente y se quedó mirando la puerta abierta.

—Bien. Eso lo entretendrá un rato más —murmuró Farén.

Sonea contuvo la respiración. El pomo de la puerta estaba cubierto de sudor de su mano. Si ella y Akkarin se mostraban ante el ichani, él llamaría a Kariko. Sería mucho mejor que el hombre cayese fulminado por la droga.

—Ya empieza —dijo Farén por lo bajo.

El ichani soltó de pronto a Regin y retrocedió de la mesa trastabillando. Mientras se apretaba el vientre con las manos, Regin se levantó y salió a la carrera por la puerta principal.

¡Kariko!

¿Rikacha?

Me han... ¡Me han envenenado!

Kariko no respondió. El ichani cayó de rodillas y se dobló en dos. Dejó escapar un quejido prolongado y grave, antes de vomitar un líquido rojo. Sonea se estremeció al advertir que era sangre.

—¿Cuánto tardará en morir? —preguntó.

—Entre cinco y diez minutos.

—¿Y para ti eso es una muerte rápida?

—Podría haber utilizado roin. Es más rápido, pero amargo.

Akkarin apareció en la puerta abierta. Examinó al ichani y se quitó la camisa.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Farén.

—Creo que... —Sonea asintió mientras Akkarin entraba en el comedor y envolvía la cabeza del hombre en su camisa. El ichani profirió un grito de sorpresa e intentó quitársela.

Sonea.

La voz mental de Akkarin sonaba distinta, más clara, a través del anillo. Ella abrió la puerta y corrió a su lado.

Sujeta esto un momento.

Sonea aferró con fuerza la camisa. El ichani seguía resistiéndose, pero sus movimientos eran cada vez menos enérgicos. Akkarin desenvainó su daga, practicó un corte en el brazo del hombre y apretó una mano contra la herida.

Sonea notó que el cuerpo del ichani se quedaba laxo. Poco después, Akkarin lo soltó. Cuando la joven dejó de sujetar la camisa, el hombre se desplomó en el suelo, sin vida. Ella sintió arcadas.

Eso ha sido horrible.

Akkarin la miró.

Sí, pero al menos ha sido rápido.

—Ha funcionado. Qué bien.

Ambos alzaron la vista hacia Regin, que acababa de entrar en la habitación y observaba al ichani muerto con satisfacción.

—Sí —convino Sonea—, pero no podremos volver a hacerlo. El otro ichani le ha oído decir que lo habían envenenado. No caerán en la misma trampa.

—Pero se agradece tu ayuda —agregó Akkarin.

Regin se encogió de hombros.

—Ha valido la pena ver a uno de esos malnacidos recibir su merecido —se llevó una mano al cuello e hizo una mueca—. Pero no me apena saber que no tendré que volver a hacer eso. Ese por poco me rompe el gaznate.

«Todo hombre debe tener una ambición —se dijo Cery mientras pasaba por entre las puertas reventadas—. La mía es de lo más sencilla: solo quiero visitar todos los sitios importantes de Imardin». Se enorgullecía del hecho de que, aunque todavía no había cumplido los veinte, había conseguido entrar en

casi todos los edificios destacados de la ciudad. Le había resultado bastante fácil colarse en las zonas exclusivas del hipódromo disfrazado de sirviente, y su habilidad para forzar cerraduras le había permitido allanar algunas de las mansiones del Círculo Interno. Gracias a Sonea, había estado dentro del Gremio, aunque habría preferido conseguirlo por sus propios méritos que por haber caído prisionero de un mago entrometido y fanático.

No pudo evitar sonreír cuando cruzó el patio. El Palacio era el único lugar importante de Imardin en el que nunca había logrado colarse. Ahora que la Guardia había sido derrotada y las pesadas puertas del Palacio colgaban de sus bisagras, nadie iba a impedir que explorase un poco.

Ni siquiera los ichanis. Según los vigías apostados por los ladrones, los sachakanos se habían marchado del Palacio hacía una hora. Solo habían estado un par de horas dentro, y era imposible que lo hubiesen destruido todo en ese tiempo.

Pasó por encima de los cuerpos calcinados de unos guardias y echó un vistazo a través de las puertas destrozadas del edificio. Al otro lado se extendía un gran vestíbulo. Unas escalinatas de aspecto delicado ascendían a las plantas superiores. Cery suspiró, maravillado. Mientras pasaba al interior, se preguntó por qué los ichanis las habían respetado. Tal vez no querían malgastar sus poderes. O tal vez habían tenido la sensatez de dejarlas en pie para poder acceder a los pisos superiores.

Cery bajó la vista al símbolo del muluk que había en el suelo. Dudaba que el rey estuviera aún en el Palacio. Seguramente el soberano había abandonado Imardin en cuanto la Muralla Interior había caído.

—Avala va a ser un problema.

—Seguramente. Le gusta vagabundear por ahí. Supongo que sus vagabundeos no tardarán en alejarla de Kyralia.

—Me parece que tiene la vista puesta en Elyne.

Cery se volvió con rapidez. Las voces, inconfundiblemente sachakanas, procedían del exterior de la entrada del Palacio. Miró en torno a sí y echó a correr hacia un pasadizo abovedado que estaba al fondo del vestíbulo. Justo después de entrar en él a toda velocidad, oyó resonar las pisadas de los sachakanos sobre el suelo de la entrada.

—Todos hemos oído la llamada de Rikacha, Kariko —intervino una

tercera voz—. Sabemos cómo ha muerto. Ha sido una estupidez que probara la comida de ellos. No entiendo por qué tenemos que volver aquí para hablar sobre su error, y creo que Avala e Inijaka estarán de acuerdo conmigo.

Cery sonrió. De modo que la sucia treta de Farén había dado resultado.

—Porque ya hemos perdido a tres —respondió Kariko—. Si perdiéramos a alguien más, ya no sería solo cuestión de mala suerte.

—¿Mala suerte? —se mofó el primer ichani—. El Gremio ha podido con Rashi porque era débil. Y es posible que Vikara siga vivo. Solo sabemos con certeza que nuestros esclavos están muertos.

—Tal vez —asintió Kariko, con aire distraído—, pero quiero enseñaros otra cosa. ¿Veis esas escaleras? Parecen frágiles, ¿verdad? Como si no pudieran soportar su propio peso. ¿Sabéis cómo impiden que se vengán abajo?

No obtuvo respuesta.

—Las refuerzan con magia. Fijaos en esto.

Siguió un silencio, y después un tintineo. El sonido se hizo más fuerte, hasta que un gran estrépito retumbó en el vestíbulo. Cery soltó un grito ahogado y se asomó a la entrada del pasadizo.

Las escalinatas se estaban derrumbando. A medida que Kariko tocaba un pasamanos tras otro, las preciosas estructuras se torcían y caían al suelo, lanzando escombros en todas direcciones. Un trozo salió volando hacia Cery. Un ichani se volvió hacia el pasadizo, y Cery se agachó rápidamente para esconderse.

Apoyado en la pared, Cery cerró los ojos. Le dolía en lo más hondo ver algo tan hermoso destruido con tal indiferencia. Oyó las carcajadas de Kariko en el vestíbulo.

—«Hecho por magos», como dicen ellos —comentó el ichani—. Apuntalan sus edificios con magia. La mitad de las casas del centro de la ciudad están construidas así. ¿Qué más da que la ciudad esté desierta? Podemos extraer toda la magia que necesitamos de los edificios —bajó la voz—. Dejad que los otros deambulen por ahí un rato. Si hubieran vuelto aquí, como os he indicado, también ellos lo sabrían. Venid conmigo y veremos cuánta energía nos ha dejado el Gremio —se oyeron unos pasos que cesaron poco después—. ¿Harikava?

—Voy a echar una ojeada por aquí. Seguro que este lugar está lleno de estructuras reforzadas con magia.

—Bueno, pero no comas nada —dijo el tercer ichani.

Harikava soltó una risita.

—Claro que no.

Cery oyó que las pisadas se alejaban hasta hacerse inaudibles. Pero no todas. Se le encogió el corazón al percatarse de que uno de los ichanis se estaba acercando.

«Viene hacia aquí».

Miró a su alrededor y vio que estaba en una sala amplia. Había varias puertas arqueadas en las paredes, a izquierda y derecha. Se dirigió a toda prisa a la más cercana. Un pasillo discurría paralelo a la sala, y cada puerta conducía a un pasadizo perpendicular que lo cortaba. Cery se asomó con cautela.

El ichani se había detenido dentro de la sala. Echó un vistazo alrededor y dirigió la mirada hacia Cery. Mientras caminaba hacia el pasadizo, Cery sintió que se le secaba la boca.

«¿Cómo sabe que estoy aquí?».

No le apetecía quedarse para averiguarlo. Salió del pasadizo y arrancó a correr hacia el interior del Palacio.

36. Un salvador inesperado

Un estampido lejano retumbó en el túnel. Akkarin intercambió una mirada con Sonea y se acercó a una rejilla de ventilación en la pared. Ella contempló el callejón del exterior y aguzó el oído. En vez del bullicio habitual, reinaba un silencio inquietante.

Akkarin arrugó el entrecejo e hizo señas a su guía de que siguiese adelante. Durante unos minutos, no se oyeron más sonidos que su suave respiración y los golpecitos de unas botas contra el suelo. De pronto, Akkarin se detuvo y dirigió la vista a un punto distante.

—Takan dice que, según los mensajeros, Kariko ha vuelto al Palacio. Los ichanis están derribando edificios.

Sonea pensó en el estruendo sordo que había oído y asintió con la cabeza.

—Están desperdiciando su energía.

—Sí —Akkarin sonrió, y, como en otros tiempos, sus ojos brillaron como los de un depredador.

Unas pisadas llamaron su atención sobre una figura oscura que se acercaba por el túnel.

—¿Buscáis al extranjero? —Era la voz de una anciana—. Acaba de colarse en una casa que está por aquí.

Akkarin se encaminó hacia la mujer.

—¿Qué puedes decirme de ese lugar?

—Pertenece a la Casa de Arran —dijo ella—. Tiene una caballeriza grande, y un patio delante y una casa al otro lado. Hay una cerca alrededor. Sin túneles que pasen por debajo. Se tiene que entrar desde la calle.

—¿Cuántas entradas?

—Dos. La principal, delante, y una verja que da al patio. El extranjero se ha colado por la principal.

—¿Cuál está más cerca?

—La verja.

Akkarin miró a Sonea.

—Entonces entraremos por allí.

La anciana hizo un gesto afirmativo.

—Seguidme, pues.

Cuando echaron a andar por los túneles, Sonea tocó el anillo que llevaba en el dedo.

¿Qué planeas?

Todavía no estoy seguro, pero tal vez sea el momento de recurrir a tu método.

¿Mi método? ¿Te refieres a la sanación?

Sí.

En ese caso deja que me encargue yo. Él seguramente te reconocería; a mí no creo que me reconozca.

Akkarin frunció el ceño pero no replicó. La mujer los condujo a una puerta estrecha, que atravesaron uno por uno. Se encontraban en una bodega llena de barriles.

—Estamos en una casa situada al otro lado de la calle —explicó la mujer—. Solo tenéis que subir por esa escalera y salir por la puerta que está al fondo del pasillo —les dedicó una sonrisa sombría—. Buena suerte.

Siguiendo las indicaciones de la anciana, Sonea y Akkarin llegaron frente a una robusta puerta de servicio. La cerradura estaba reventada. Akkarin se asomó al exterior y cruzó el umbral. Salieron a una calle típica del Círculo Interno. Al otro lado se alzaba un muro liso interrumpido solo por un par de verjas de madera. Akkarin se dirigió velozmente hacia ellas y echó un vistazo por el estrecho resquicio que había entre ambas.

—Hay dos entradas a la casa desde el patio —dijo—. Entraremos por la más cercana.

Clavó la vista en la cerradura, que se abrió con un chasquido. Sonea lo siguió a través de la verja y la cerró tras sí. Un patio amplio y rectangular se extendía ante ellos. A su izquierda había un edificio bajo con varias puertas

anchas: las caballerizas. A su derecha se elevaba una casa de dos plantas. Akkarin se encaminó a toda prisa hacia la casa, manipuló la cerradura de una puerta, y ambos entraron sigilosamente.

Se hallaban en un pasillo angosto. Akkarin indicó a Sonea con un gesto que guardara silencio. Unos pasos lejanos y el crujido de la madera llegaron hasta sus oídos desde la planta de arriba.

Sonea vio de reojo que algo se movía y echó un vistazo por una ventana pequeña que estaba junto a la puerta. Contuvo el aliento al vislumbrar a dos magos y a un hombre lujosamente vestido dirigirse a paso rápido hacia las caballerizas.

Akkarin se colocó junto a ella. Los tres hombres llegaron a una de las puertas grandes de las cuadras. El acompañante de los magos la abrió de un fuerte empujón; al parecer, esperaba que fuera más pesada de lo que era. A Sonea se le cortó la respiración cuando la puerta golpeó la pared.

Oyó unos pasos apresurados por encima de su cabeza. Los tres hombres desaparecieron en el interior de las caballerizas, dejando la puerta abierta. Siguió el silencio. Sonea notó que se le secaba la boca cuando sonaron más pisadas arriba. Después de una pausa, una puerta se cerró y un ichani salió al patio caminando tranquilamente. Se detuvo en el centro del patio y miró en torno a sí con atención. Al reparar en la puerta abierta de la cuadra, echó a andar hacia ella.

—No me gusta reconocerlo, pero tienes razón. Inijaka me reconocerá —murmuró Akkarin. Se volvió hacia Sonea—. No tenemos tiempo para idear un plan mejor.

Un escalofrío recorrió la espalda a Sonea. O sea, que todo estaba en sus manos. Le pasaron por la mente todas las posibles maneras en que podía salir mal el truco de la sanación. Si el ichani creaba un escudo que le impidiese tocarlo, ella no podría usar sus poderes de sanación, y entonces...

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Sí —respondió la joven. Miró al exterior y vio que el ichani entraba en la cuadra.

Akkarin respiró hondo y abrió la puerta a Sonea.

—Estaré atento. Si no da resultado, crea un escudo y lucharemos contra él cara a cara.

Sonea asintió antes de salir al patio y apretar el paso hacia la entrada de las caballerizas. Echó un vistazo al interior, intentando distinguir detalles en aquella penumbra. Una figura caminaba por un pasillo amplio entre los compartimientos. Sonea supuso que se trataba del ichani. Este atravesó una puerta de la pared del fondo y ella lo perdió de vista.

Entró en la cuadra. Cuando enfiló el pasillo, tres personas salieron rápidamente de un compartimiento y se quedaron paralizadas al verla. Al mismo tiempo, Sonea reconoció el rostro del hombre lujosamente vestido, y la sorpresa y el horror se apoderaron de ella.

¡No me habías dicho que era el rey!

El soberano de Kyrulia la miró de hito en hito, y abrió mucho los ojos al identificarla. Mientras lo observaba, Sonea notó que la indignación y la rabia crecían dentro de ella. La asaltó un recuerdo del Salón Gremial; el rey estaba dando su aprobación a la pena de destierro del Gremio. Luego, Sonea pensó en la Purga, y en la manera en que habían expulsado a sus tíos a las barriadas. Pensó en los losdes, ocultos en los túneles, sin que nadie los hubiera avisado de la invasión inminente.

«¿Por qué he de jugarle la vida por ese hombre?».

En el momento en que esa pregunta le vino a la mente, se odió a sí misma por habérsela hecho. No podía abandonar a una persona a merced de los ichanis, por mucho que la aborreciese. Se enderezó y se hizo a un lado.

—Marchaos —dijo.

Los tres hombres pasaron junto a ella a toda prisa. Cuando se habían ido, Sonea oyó un ruido procedente de la habitación tras la pared del fondo. Se volvió y descubrió al ichani, que regresaba. Este la miró a los ojos y sonrió.

A Sonea no le costó fingir terror cuando el ichani se dirigió hacia ella. Retrocedió hacia la puerta y notó el aguijón de una barrera. El ichani hizo un ademán con la mano y una fuerza la empujó hacia delante. Sonea reprimió el impulso de liberarse y se dejó arrastrar hacia él. Cuando estaba a solo un paso, el ichani la miró de arriba abajo.

—Veo que sí que quedan mujeres kyrulianas por aquí —comentó.

Sonea se resistió mientras la fuerza la envolvía y le inmovilizaba los brazos contra el cuerpo. Su corazón empezó a latir con fuerza cuando el ichani se le acercó tanto que notó su aliento en la cara. Él deslizó las manos

bajo su camisa. Sonea se puso rígida de espanto al ver su expresión desdeñosa y lasciva.

Una oleada de pánico la invadió. No podía moverse, por lo que le resultaba imposible tocarlo. Y si no podía tocarlo, tampoco podría utilizar sus poderes de sanación contra él. Por otro lado, si él seguía adelante con su exploración, descubriría la túnica negra bajo su ropa sencilla.

Plántale cara, la apremió Akkarin.

Sonea lanzó una onda de fuerza. El ichani se quedó boquiabierto al verse impulsado hacia atrás. Sonea se abalanzó hacia él y lo atacó repetidamente y con rapidez. Él afianzó los pies en el suelo, alzó las manos y contraatacó con un azote. La joven reculó, tambaleándose, cuando la descarga impactó contra su escudo.

El ichani soltó una risotada.

—Así que lo que he palpado debajo de la camisa era una túnica. Me preguntaba adónde habían ido todos los magos.

Sonea concibió un rayo de esperanza. El ichani la había tomado por una maga corriente del Gremio. Todavía podía intentar engañarlo si fingía debilitarse cada vez más.

Estoy al otro lado de la puerta —envió Akkarin—. *¿Qué quieres que haga?*

Espera, respondió ella.

Cuando el ichani le lanzó otro azote, Sonea se dejó empujar hacia atrás hasta que su espalda topó con la pared. Él avanzó, y ella se encogió al recibir otro impacto. Al cuarto azote, dejó que su escudo empezara a fallar. El ichani sonrió maliciosamente al verlo extinguirse, sacó su cuchillo y lo sujetó entre los dientes.

La joven hizo amago de huir cuando él intentó atraparla. La asió del brazo, tiró de ella y la empujó contra la pared con una mano. Sonea lo agarró de la muñeca, cerró los ojos y proyectó su mente al interior del cuerpo del ichani.

Encontró su corazón en el instante en que notó un dolor en el brazo. Consciente de que no podía sanarse y dañarlo simultáneamente, se concentró en el corazón del ichani. ¿Qué haría él cuando dejara de latir?

El sachakano la sujetó con más fuerza mientras ella esforzaba su

voluntad. Lo oyó soltar un quejido y, cuando abrió los ojos, vio que palidecía. El ichani clavó en ella una mirada acusadora y cerró una mano en torno a su brazo.

Un letargo paralizante se extendió desde el brazo de Sonea hasta todo su cuerpo. Aunque intentaba liberarse, los músculos no la obedecían. Al mismo tiempo, notaba que su energía mágica la abandonaba a una velocidad aterradora. Vio de reojo algo que se movía, pero no fue capaz siquiera de reunir la fuerza suficiente para volverse hacia allí. Entonces la sangría de energía cesó. La expresión del ichani había pasado de la rabia al desconcierto y el horror. Sonea vio que el cuchillo le resbalaba al suelo. El ichani la soltó para llevarse las manos al pecho.

La joven recuperó el control al cabo de un instante. Recogió el cuchillo y degolló al hombre. Mientras la sangre manaba a borbotones, ella lo agarró del cuello y absorbió su fuerza.

Sintió que la inundaba una gran cantidad de energía, aunque no tanta como la que había arrebatado a Parika. La lucha contra el Gremio había debilitado al ichani. Despojado de todas sus fuerzas, el sachakano cayó de espaldas al suelo, exánime.

Detrás de él estaba Akkarin. Sonea vio que le dirigía una mirada extraña; bajó la vista hacia su ropa ensangrentada y se estremeció, asqueada.

«Cuando todo esto haya acabado —se dijo—, no volveré a utilizar este poder. Nunca».

—Yo pensaba lo mismo cuando regresé de Sachaka.

Ella lo miró, y Akkarin le tendió una mano.

—Seguro que en la casa encontraremos algo de ropa para que puedas cambiarte —dijo—. Ven, vamos a adecentarte un poco.

A Sonea le costó ponerse de pie, incluso con la ayuda de Akkarin. Aunque no estaba cansada, le temblaban las piernas. El mareo hizo que se quedara quieta por un momento. Contempló al ichani muerto, y entonces la impresión dio paso al alivio. «Ha dado resultado. Y ni siquiera ha tenido tiempo de llamar a Kariko». Ella no solo había sobrevivido, sino que incluso había salvado a...

—¿Dónde está el rey? —preguntó.

—Lo he enviado a la casa que está al otro lado de la calle, y Takan ha

advertido a Ravi que se prepare para recibirlo.

Imaginarse cómo sería ese encuentro levantó un poco el ánimo a Sonea.

—El rey, rescatado por ladrones. Eso me gustaría verlo.

Akkarin esbozó una sonrisa.

—Estoy seguro de que tendrá repercusiones interesantes.

Cery enfiló corriendo otro pasillo y se detuvo, derrapando, junto a una puerta. Llevó una mano al pomo. Estaba cerrada con llave. Se acercó a la siguiente. También. Los pasos lejanos se acercaban. Se abalanzó hacia la puerta del final del pasillo y soltó un resoplido de alivio cuando consiguió que el pomo girase.

Al otro lado había una larga sala con ventanas que daban a los jardines del centro del Palacio. Cery pasó a toda prisa entre sillas decoradas con oro y tapizadas con telas finas hasta una puerta situada al fondo. El colgante de Savara le golpeteaba el pecho, bajo la ropa.

«Por favor, que no esté cerrada con llave. Que no me quede atrapado sin salida».

Agarró el pomo e hizo girar la muñeca, pero nada ocurrió. Tras mascullar un reniego, se puso a rebuscar ganzúas en su chaqueta. Las sacó y se alegró de no haber perdido nunca la costumbre de llevarlas consigo. Eligió dos, las introdujo en la cerradura y comenzó a manipular el mecanismo a tientas.

Tras él, las tenues pisadas sonaron más fuertes.

El aire entraba y salía agitadamente por su garganta. Tenía la boca reseca y las manos sudorosas. Tras respirar hondo y exhalar despacio, hizo girar las ganzúas rápidamente y empujó.

La cerradura cedió con un sonido metálico. Cery extrajo las ganzúas, abrió la puerta y la atravesó a toda prisa. Tiró de la puerta tras sí, la detuvo justo antes de que diera un portazo y la cerró cuidadosamente para no hacer ruido.

Una mirada rápida le bastó para percatarse de que se encontraba en una habitacioncita llena de espejos, mesas y sillas pequeñas. Un camerino para los artistas, supuso Cery. No había otra puerta ni salida. Devolvió su atención a la cerradura y se concentró en cerrarla.

Ahora que sabía de qué clase de mecanismo se trataba, le resultó más fácil accionarlo e hizo que se cerrase con un chasquido satisfactorio. Cery suspiró, más relajado, se acercó a una silla y se sentó.

Pero la tranquilidad le duró poco, pues oyó unos pasos fuera. Si Harikava lo había estado siguiendo, se daría cuenta de que no podía haber salido más que por esa puerta, aunque estuviera cerrada con llave. Cery se levantó y dio un paso hacia las ventanas pequeñas que había a un lado de la habitación. Tenía que encontrar la manera de salir.

De pronto, la cerradura emitió un chasquido, y a Cery se le heló la sangre.

La puerta se abrió con un ligero chirrido. El ichani echó un vistazo al interior. Al ver a Cery, sonrió.

—Aquí estás.

Cery se apartó de la puerta. Se llevó las manos a los bolsillos de la chaqueta y notó el tacto del mango de sus cuchillos en la palma. Los aferró con fuerza.

«Esto no va bien —pensó. Echó una ojeada a las ventanas—. No podré llegar hasta allí. Él me lo impedirá».

El ichani dio otro paso hacia Cery.

«Si me captura, me leerá la mente, y sabrá que Sonea y Akkarin están aquí».

Cery tragó saliva y empezó a sacar despacio los cuchillos de sus fundas. «Pero no podrá leerme la mente si estoy muerto».

Cuando el ichani se le acercó un poco más, la determinación de Cery flaqueó. «No puedo hacerlo. No puedo suicidarme». Fijó la vista en el ichani. El hombre tenía la mirada fría de un depredador.

«¿Qué más da? De todos modos voy a morir».

Tomó dos bocanadas rápidas de aire y desenvainó los cuchillos.

¡No, Cery! ¡No lo hagas!

Cery se quedó paralizado al oír la voz en su mente. ¿Era la voz de su miedo? En ese caso, su miedo tenía una voz femenina, una voz muy parecida a la de...

Harikava se volvió hacia la puerta y abrió los ojos de par en par. Cery oyó unas pisadas rápidas. Cuando una mujer apareció en el vano, la sorpresa le hizo contener el aliento.

—Déjalo, Harikava —advirtió Savara en un tono autoritario—. Este es mío.

El ichani retrocedió ante ella.

—¿Qué hace alguien de tu ralea por aquí? —gruñó.

Ella sonrió.

—No temas, no hemos venido a reclamar Kyralia como nuestro. No, solo estamos observando.

—Eso dices tú.

—Y tú no estás en posición de decir lo contrario —repuso Savara al tiempo que se adentraba en la habitación—. Yo que tú me marcharía.

Harikava no le quitaba ojo mientras avanzaba hacia Cery. Cuando Savara estaba a varios pasos de la puerta, el ichani salió rápidamente. Cery oyó que sus pisadas se detenían fuera.

—Kariko no querrá que estéis por aquí. Os dará caza.

—Yo me habré largado mucho antes de que él tenga tiempo para buscarme.

Las pisadas se alejaron, y se oyó que la puerta de la habitación contigua se cerraba. Savara miró a Cery.

—Se ha ido. Por poco no lo cuentas.

Él le devolvió la mirada. Lo había salvado. De alguna manera se había enterado de que estaba en aprietos y se había presentado justo a tiempo. Pero ¿cómo era posible? ¿Lo había seguido, o había estado espiando a los ichanis? El alivio cedió el paso a la duda cuando reflexionó sobre sus palabras. El ichani le había tenido miedo. De pronto, lo invadió la certeza de que él también debía temerla.

—¿Quién eres? —susurró.

Savara se encogió de hombros.

—Una servidora de mi gente.

—Ha... ha huido. De ti. ¿Por qué?

—Por inseguridad. Hoy ha consumido una gran cantidad de energía y no estaba seguro de poder derrotarme —sonriendo, se le acercó—. Marcarse un farol suele ser la forma más satisfactoria de ganar una pelea.

Cery retrocedió. Ella acababa de salvarle la vida; tendría que estarle agradecido. Sin embargo, había algo muy raro en todo aquello.

—Te ha reconocido. Y sabes cómo se llama.

—Ha reconocido lo que soy, no quién soy —lo corrigió ella.

—¿Qué eres, pues?

—Tu aliada.

—No, no es verdad. Dices que quieres ayudarnos, pero no mueves un dedo para detener a los ichanis, aunque eres lo bastante poderosa para ello.

La sonrisa se borró del rostro de Savara. Lo miró con aire solemne, y su expresión se endureció.

—Hago todo lo que puedo, Cery. ¿Qué he de hacer para que me creas? ¿Te fiarías de mí si te dijera que sé desde hace un tiempo que Akkarin y Sonea han vuelto? Obviamente, no se lo he dicho a los ichanis.

A Cery el corazón le dio un vuelco y acto seguido comenzó a latirle aceleradamente.

—¿Cómo lo sabes?

Savara sonrió y sus ojos se posaron en su pecho por un instante.

—Tengo mis métodos.

¿Por qué razón le había mirado el pecho? Cery frunció el ceño al acordarse del colgante. Deslizó lentamente la mano bajo su camisa y lo sacó. A Savara le centellearon los ojos, y su sonrisa se desvaneció.

¿Qué propiedades mágicas tenía aquello? Se fijó en el pulido rubí del centro, y un escalofrío le recorrió la espalda cuando recordó cómo Sonea y Akkarin habían fabricado sus anillos. Unos anillos que llevaban una gema de vidrio roja...

«Con estos anillos podremos penetrar el uno en la mente del otro...».

Contempló el rubí. Si era una gema de sangre, entonces Savara había estado leyéndole la mente... y él se la había puesto justo después de que llegaran Akkarin y Sonea.

¿Cómo si no se había enterado ella de que estaban en la ciudad?

Se pasó la cadena por encima de la cabeza y tiró el colgante a un lado.

—He sido un idiota por confiar en ti —dijo con amargura.

Savara lo miró con tristeza.

—Sé lo de Sonea y Akkarin desde que te regalé ese colgante. ¿Se lo he revelado a los ichanis? No. ¿He utilizado esa información para hacerte chantaje? No. No he abusado de tu confianza, Ceryni; eres tú quien ha

abusado de la mía —cruzó los brazos—. Me dijiste que me mantendrías al corriente si yo te asesoraba sobre cómo matar magos, pero me has ocultado muchas cosas que necesitaba saber. Mi gente ha estado buscando a Akkarin y a Sonea en Sachaka. Tenían la intención de ayudar al depuesto Gran Lord a recuperar Kyralia de manos de los ichanis. Que Kariko y sus aliados dominen Kyralia nos interesa tan poco como a vosotros.

Cery clavó los ojos en ella.

—¿Por qué habría de creerte?

Savara suspiró y sacudió la cabeza.

—Solo puedo pedirte que confíes en mí. Demostrártelo sería demasiado complicado... Pero creo que has llegado al límite de tu confianza —sonrió con melancolía—. ¿Qué hacemos con lo nuestro?

Cery no sabía qué contestar. Cuando miraba el colgante, se sentía enfadado, torpe y traicionado. Sin embargo, cuando la miraba a ella, veía una pena y un arrepentimiento en sus ojos que le parecían auténticos. No quería que se separasen con resentimiento.

Pero tal vez no había alternativa posible.

—Tú y yo tenemos acuerdos y secretos que no podemos divulgar, y seres queridos a quienes proteger —dijo Cery pausadamente—. Yo he respetado eso en ti, pero tú no lo has respetado en mí —contempló de nuevo el colgante—. No deberías haberme hecho eso. Sé por qué lo hiciste, pero eso no lo justifica. Cuando me diste el colgante, hiciste que fuera imposible para mí cumplir mis promesas.

—Quería que protegieras a tu pueblo.

—Lo sé —Cery esbozó una sonrisa irónica—. Y eso lo respeto también. Mientras nuestros países estén en guerra, no podemos anteponer nuestros sentimientos a la seguridad de nuestra gente. Así que veamos cómo se desarrollan los acontecimientos. Cuando todo haya terminado, tal vez te perdone lo que me has hecho. Hasta entonces, permaneceré leal a mi bando. No esperes otra cosa de mí.

Savara bajó la vista y asintió.

—Entiendo.

La puerta de servicio de la mansión de Zerrend daba a un callejón en el que apenas había espacio para que pasara una carreta de reparto. Alguien había forzado la cerradura, pero la puerta estaba cerrada. Ambos extremos de la callejuela desembocaban en calles vacías y silenciosas.

No había rastro de Tayend, ni de ninguna otra persona.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntó Farand.

—No lo sé —admitió Dannyl—. No quiero marcharme, pues él podría volver, pero tal vez se haya visto obligado a abandonar la ciudad.

«O tal vez yace sin vida en algún sitio». Cada vez que Dannyl se planteaba esa posibilidad, se le helaba la sangre y el horror le hacía sentir náuseas. Primero Rothen, después Tayend...

«No —se dijo—. Ni siquiera pienses en ello, hasta que lo veas por ti mismo».

La idea de encontrarse con el cadáver de Tayend no hacía más que nublarle la mente. Debía concentrarse y decidir adónde debían ir. Tenían tres posibilidades: quedarse en la mansión con la esperanza de que Tayend volviese, recorrer la ciudad en su busca o darse por vencidos y marcharse de la ciudad.

«No me marcharé de Imardin hasta estar seguro».

De modo que debía elegir entre quedarse en la mansión y salir a buscarlo. Ambas alternativas eran injustas para Farand.

—Me voy a buscar a Tayend —dijo Dannyl—. Echaré un vistazo en las calles de los alrededores, y me pasaré por la casa de cuando en cuando para comprobar si ha vuelto. Tú deberías abandonar la ciudad. No tiene sentido que los dos arriesguemos la vida.

—No —replicó Farand—. Me quedaré por si regresa.

Dannyl miró a Farand, sorprendido.

—¿Estás seguro?

El joven mago asintió.

—No conozco Imardin, Dannyl. No sé si sería capaz de encontrar la manera de salir. Y tú necesitas que alguien permanezca aquí, en caso de que Tayend vuelva —se encogió de hombros y retrocedió unos pasos—. Nos

veremos cuando vuelvas.

Dannyl siguió a Farand con la mirada hasta que este entró en la casa, y después se dirigió al final del callejón y escrutó la calle perpendicular. Todo estaba tranquilo. Salió del callejón y se encaminó a toda prisa hacia el siguiente.

Al principio, Dannyl solo veía algunas cajas de madera en las calles y callejuelas. Después empezó a toparse con cadáveres de magos. Cada vez temía más por la seguridad de Tayend.

Realizó un recorrido circular, y cuando estaba a punto de volver a la mansión, un hombre le salió al paso. El corazón le dio un vuelco y comenzó a latirle con fuerza, pero el hombre no era más que un sirviente o un artesano de aspecto tosco.

—Aquí —dijo este, señalando una trampilla para basura en la pared—. Tus magos más seguros allí dentro.

Dannyl sacudió la cabeza.

—No, gracias —cuando se disponía a pasar de largo, el hombre lo asió del brazo.

—Sachakana ha estado por aquí hace poco. Estarás más seguro si escondes.

Dannyl se soltó con brusquedad.

—Estoy buscando a alguien.

El hombre se encogió de hombros y se apartó.

Dannyl siguió adelante y llegó al final del callejón. La calle a la que salía estaba desierta. El embajador dobló la esquina y cruzó apresuradamente la calzada hacia el callejón del otro lado.

Casi había llegado cuando oyó que una puerta se cerraba detrás de él. Se volvió y se quedó paralizado.

—Ah, eso está mejor —la mujer se dirigió hacia él con paso decidido y una sonrisa perversa—. Empezaba a pensar que ya no quedaban magos guapos en Kyralia.

Dannyl arrancó a correr hacia el callejón, pero chocó contra una barrera invisible. Aturdido, se tambaleó hacia atrás, con el pulso acelerado.

—No, por ahí no —dijo la mujer—. Ven aquí. No te mataré.

Dannyl respiró hondo varias veces y se volvió hacia ella. Mientras la

mujer se le acercaba, él retrocedía por la calle. Había un brillo malicioso en sus ojos, y él se percató de que ya lo había visto antes. Ella era la ichani que había querido «quedarse» con lord Fergun.

—Kariko no te permitirá mantenerme con vida —repuso Dannyl.

Ella se echó el cabello hacia atrás con un movimiento de cabeza.

—Tal vez sí, teniendo en cuenta que estamos aquí y que casi todos los miembros de tu Gremio han muerto.

—Pero ¿para qué me quieres, a todo esto? —preguntó él, sin dejar de recular.

Ella se encogió de hombros.

—Me han matado a mis esclavos. Necesito unos nuevos.

Dannyl calculó que no estaba lejos de la callejuela siguiente. Tal vez si seguía hablando, ella no se acordaría de bloquearla.

—Podría ser muy placentero para ti —la mujer sonrió con picardía y lo recorrió con la mirada de la cabeza a los pies—. Me gusta recompensar a mis esclavos favoritos.

A Dannyl le entraron unas ganas locas de romper a reír. «¿Quién se cree que es? —pensó—. ¿Una especie de seductora irresistible? Habla de una manera ridícula».

—No eres mi tipo —dijo a la ichani.

Ella arqueó las cejas.

—¿Ah, no? Bueno, no importa. Tendrás que hacer lo que te diga, o... —se interrumpió y recorrió la calle con la mirada, sorprendida.

De las puertas y los callejones de ambos lados habían empezado a salir magos del Gremio. Dannyl se quedó mirándolos. No reconocía ninguna de las caras. De repente, una mano lo agarró del brazo y tiró de él hacia un lado.

Atravesó una puerta dando traspiés. Cuando se cerró tras él, Dannyl se volvió hacia su salvador, y la impresión le desbocó el corazón.

—¡Tayend!

El académico le dedicó una amplia sonrisa. Dannyl recobró el aliento, aliviado, atrajo a Tayend hacia sí y lo estrechó con fuerza.

—Te has ido de la casa. ¿Por qué te has ido de la casa?

—Porque ha entrado esa mujer. Yo quería esperar en el callejón a que se marchara, pero ella ha salido en esa dirección. Los ladrones me han salvado.

Les he avisado que irías a buscarme, pero no han llegado a tiempo a la casa.

Dannyl oyó una tos apagada y se quedó helado al caer en la cuenta de que no estaban solos. Se dio la vuelta y se encontró frente a un lonmariano que lo observaba con curiosidad. Notó que el rostro se le enfriaba y, al cabo de unos instantes, que le ardía.

—Veo que sois buenos amigos —comentó el hombre—. Ahora que os habéis puesto al tanto de vuestras cosas, deberíamos...

La puerta se estremeció con un golpe muy fuerte. El hombre les hizo señas desesperadamente.

—¡Deprisa! ¡Seguidme!

Tayend asió a Dannyl de la muñeca y siguió al desconocido. Tras ellos se oyó un gran estrépito. El lonmariano se había lanzado a la carrera. Bajó una escalera, los guio hasta una bodega y echó el cerrojo tras ellos.

—Eso no la detendrá —señaló Dannyl.

—No —repuso el desconocido—, pero la entretendrá un poco.

Avanzó rápidamente entre pilas de cajas con botellas de vino hasta un armario situado en la pared del fondo. Abrió la puerta y tiró de unos estantes sobre los que había tarros de conservas. Las baldas se deslizaron hacia delante, dejando al descubierto otra puerta. El desconocido la abrió y se apartó. Tayend y Dannyl cruzaron la estrecha abertura y entraron en un túnel. Un muchacho los esperaba cerca, con un farol pequeño en las manos.

El lonmariano entró tras ellos y comenzó a tirar de los estantes para colocarlos en su sitio. Se oyó un sonido amortiguado al otro lado de la puerta de la bodega, y, momentos después, una explosión.

—No hay tiempo —murmuró el lonmariano.

Dejó el armario a medio colocar y cerró la puerta interior. Tras coger el farol que llevaba el chico, enfiló el túnel a paso veloz. Dannyl y Tayend se apresuraron a seguirlo.

—Es inútil —dijo el desconocido para sí—. Esperemos que ella...

Sonó otra detonación a sus espaldas, y cuando se volvieron, Dannyl vio un globo de luz surgir allí donde antes estaba la puerta secreta. El lonmariano inspiró bruscamente.

—¡Corred!

37. Visión fugaz del enemigo

El vestido de sirvienta que Sonea había encontrado y se había puesto en lugar de su camisa y sus pantalones manchados de sangre debía de pertenecer a una mujer más alta. Le cubría la túnica por completo, pero las mangas eran tan largas que había tenido que recogerlas, y no dejaba de pisarse el dobladillo. Estaba recuperando el equilibrio después de un tropiezo cuando un mensajero apareció en el túnel, ante ellos. Al verlos, apretó el paso.

—Traigo... malas noticias —dijo entre jadeos—. Uno de los sachakanos... ha encontrado... los túneles.

—¿Dónde? —preguntó Akkarin.

—No muy lejos.

—Llévanos allí.

El mensajero dudó un instante antes de asentir. Echó a andar de vuelta por el túnel, proyectando con su lámpara sombras deformadas sobre las paredes.

Recurriremos a la misma trampa —dijo Akkarin a Sonea—. Esta vez, sánate cuando el ichani te haga el corte. En cuanto empiece a absorber tu energía, no podrás usar tus poderes.

Oh, no volveré a cometer ese error —repuso ella—. Ahora sé lo que se siente.

El guía siguió recorriendo los túneles, deteniéndose de vez en cuando para hacer preguntas a los voluntarios apostados junto a las salidas. Se cruzaron con personas que huían, y después vieron una figura de piel oscura. Farén.

—Estás aquí —exclamó—. Bien. Ella se acerca.

«De modo que se trata de la mujer —pensó Sonea—. Avala».

—¿A qué distancia está?

Farén señaló con la cabeza hacia el túnel por donde habían llegado.

—A unos cincuenta pasos, tal vez. Torced a la izquierda en el cruce.

Se hizo a un lado mientras Akkarin echaba a andar por el túnel. Sonea tomó el farol de manos del guía y lo siguió, con el corazón más acelerado a cada paso que daba. Cuando llegaron al cruce se detuvieron, y Akkarin echó un vistazo al túnel de la izquierda. Él se alejó en esa dirección, y Sonea se apresuró a ir tras sus pasos. En la siguiente curva se detuvieron de nuevo.

Ya viene. Espera aquí. Hazle creer que es ella quien te ha encontrado a ti. No estaré lejos.

Sonea asintió. Lo vio alejarse a grandes zancadas hasta el cruce y desaparecer por un túnel lateral. Desde detrás le llegó el leve sonido de unos pasos.

Poco a poco las pisadas sonaron más fuertes. Una luz tenue empezó a reflejarse en la pared de la curva. Se hacía más intensa por momentos, por lo que Sonea retrocedió. Apareció un globo de luz. Ella tapó el resplandor con una mano y soltó un grito ahogado de terror fingido.

La ichani se quedó mirándola y luego sonrió.

—Vaya, eres tú. Kariko se pondrá contento.

Sonea dio media vuelta para huir, pero entonces se pisó el dobladillo del vestido y cayó a cuatro patas. Avala se echó a reír.

«Eso habría sido una interpretación magistral, si lo hubiera hecho a propósito», pensó Sonea con ironía mientras pugnaba por levantarse. Oyó unas pisadas que se acercaban, y acto seguido una mano la agarró del brazo. Tuvo que hacer acopio de autocontrol para no mandar volando a la mujer de una descarga.

La ichani propinó un tirón a Sonea para volverla de cara a ella y le acercó una mano a la cabeza. Sonea la asió por las muñecas e intentó proyectar la mente al interior de su cuerpo, pero topó con una resistencia.

Avala estaba creando un escudo.

La barrera recubría la piel de la mujer. Sonea sintió admiración por la habilidad de Avala, pero esa sensación enseguida se vio remplazada por el pánico.

Sonea no podría emplear sus poderes de sanación contra la mujer.

Lucha contra ella —indicó Akkarin—. Atráela hasta el cruce. Tenemos que acorralarla entre los dos para que no pueda escapar.

Sonea lanzó un azote de fuerza. Avala, con los ojos muy abiertos, se tambaleó hacia atrás. Sonea se recogió la falda, giró sobre sus talones y echó a correr por el túnel.

Una barrera se materializó con un destello ante ella, pero la echó abajo con otro azote de fuerza. Siguió adelante hasta pasar el cruce, y apareció otra barrera. Sonea se detuvo y se volvió hacia la ichani.

La mujer le dirigió una sonrisa triunfal.

Kariko, mira lo que he encontrado.

Sonea vio una imagen de sí misma, delgada y menuda con aquel vestido tan largo.

¡Qué criatura tan lastimosa está hecha!

¡Ah, la aprendiz de Akkarin! —respondió Kariko—. Léele la mente. Si ella está aquí, el otro no andará lejos. Pero no la mates. Tráemela.

Sonea negó con la cabeza.

Yo decidiré dónde nos veremos las caras, Kariko, envió.

Lo estoy deseando —contestó Kariko—, al igual que tu viejo mentor. Se llama Rothen, ¿verdad? Tengo una piedra de sangre suya. Él presenciara tu muerte.

A Sonea se le escapó un grito. ¿Rothen? Pero si Rothen estaba muerto. ¿Por qué iba Kariko a molestarse en fabricar una gema a partir de la sangre de Rothen?

¿Significa eso que Rothen está vivo?

Seguramente, si es verdad que Kariko tiene una gema de sangre —susurró la voz mental de Akkarin a través de su anillo—. Pero tal vez Kariko te esté mintiendo para alterarte y distraerte.

Avala se acercaba cada vez más. Cuando llegó al cruce de túneles, una mezcla de alivio y ansiedad se apoderó de Sonea. Ahora la mujer estaba entre ella y Akkarin. En cuanto Akkarin se mostrase, sin embargo, Avala lo reconocería.

Kariko no sabrá con certeza que estás aquí hasta que otro ichani o él mismo te vean —dijo a Akkarin—. Podríamos engañarlo para que crea que

no has venido conmigo. Si me enfrento a Avala sola...

Sí —convino Akkarin—. Si te debilitas, tomaré las riendas. Procura mantenerte fuera de su alcance.

Cuando la ichani la acometió, Sonea creó un escudo fuerte y contraatacó con potentes azotes. Avala luchaba sin plantearse estrategias ni trampas, y, tal como le había ocurrido en su combate con Parika, Sonea se dio cuenta de que lo que había aprendido en su entrenamiento no le servía para sacarle ventaja. Comprendió que aquello era una lucha brutal que perdería quien agotara su energía primero.

El aire del túnel se calentó, y las paredes empezaron a despedir un brillo tenue. La mujer se apartó un paso, y de pronto todo se volvió de un blanco resplandeciente. Sonea parpadeó, pero estaba demasiado deslumbrada para ver qué ocurría.

«¡Me ha cegado!».

A Sonea casi se le escapó una carcajada al percatarse de que Avala había utilizado el mismo truco que ella misma había empleado años antes para escapar de la pandilla de Regin, con la diferencia de que los aprendices todavía no sabían lo suficiente acerca de la sanación para...

Recuperó la visión a un ritmo lento pero constante. Distinguió a dos figuras en el túnel, ante sí. Avala era la más cercana. Detrás de ella se hallaba Akkarin. Estaba atacando a la ichani con una ferocidad implacable. Avala volvió la vista atrás hacia Sonea, con expresión de terror. Su escudo desapareció de golpe, pues había consumido sus fuerzas, y el último azote de Akkarin la lanzó contra el escudo de Sonea. Se oyó un chasquido espeluznante, y la mujer se desplomó en el suelo.

Con el corazón latiéndole aún a toda prisa, Sonea observó a Akkarin acercarse despacio a la ichani. Avala abrió los ojos. Su semblante de dolor y rabia dio paso a una sonrisa de satisfacción, y dirigió la vista hacia algún lugar situado más allá de las paredes antes de exhalar un último y largo suspiro.

—¿Es cosa mía —preguntó Sonea—, o parecía alegrarse de morir?

Akkarin se puso en cuclillas y deslizó un dedo por debajo de la chaqueta de la mujer. Mientras él continuaba examinando su ropa, Sonea notó que las manos de Avala se relajaban lentamente. Cuando abrió las palmas, cayó al

suelo una pequeña esfera roja.

—Una gema de sangre —susurró Sonea.

Akkarin suspiró y alzó la vista hacia la joven.

—Sí. No podemos saber de quién es, pero creo que debemos suponer lo peor: Kariko sabe que estoy aquí.

Rothen se sorprendió cuando la imagen de una mujer apareció en su mente. En cuanto la reconoció, el júbilo se adueñó de él. «¡Está viva!».

—¡Sonea! —exclamó Balkan—. ¡Está aquí!

¡Ah, la aprendiz de Akkarin! Léele la mente. Si ella está aquí, el otro no andará lejos. Pero no la mates. Tráemela.

Yo decidiré dónde nos veremos las caras, Kariko.

La respuesta de Sonea había sido desafiante y valerosa. Una oleada de miedo y a la vez de orgullo invadió a Rothen.

Lo estoy deseando —contestó Kariko—, al igual que tu viejo mentor. Se llama Rothen, ¿verdad? Tengo una piedra de sangre suya. Él presenciara tu muerte.

De pronto, Rothen sintió que se ahogaba. La imagen la había enviado la mujer ichani, que debía de estar intentando capturar a Sonea justo en ese momento. Y si lo conseguía...

—¿Rothen?

Se volvió hacia Balkan y Dorrien; ambos lo estaban mirando fijamente.

—¿Fabricaste una piedra de sangre? —preguntó Balkan en voz baja.

—La fabricó Kariko, en Calia... —Rothen se obligó a respirar hondo—. Me leyó la mente, vio a Sonea en ella y después hizo la gema —se estremeció—. Desde entonces, he visto y... experimentado la muerte de todas sus víctimas.

Una leve sorpresa asomó al rostro de Balkan, quien hizo una mueca al imaginarse lo que debía de ser aquello.

—¿Qué es una piedra de sangre? —preguntó Dorrien.

—Permite a su creador leer la mente de otro —explicó Balkan—. Aunque fue Kariko quien la fabricó, está en contacto con Rothen porque el ichani utilizó su sangre.

Dorrien clavó los ojos en Rothen.

—Te capturó. ¿Por qué no lo habías dicho?

—Porque... —Rothen suspiró—. No lo sé.

—Pero lo que te hizo... Si quisieras, ¿podrías dejar de ver esas muertes?

—No, no tengo el menor control sobre ello.

Dorrien estaba pálido.

—Y si capturan a Sonea...

—Sí —Rothen se volvió hacia su hijo—. Así que ese era el secreto que no podías contarnos, ¿verdad? Ella está aquí, y Akkarin también.

Dorrien abrió la boca, pero no salió ni una palabra de ella. Miró a Rothen y a Balkan con aire indeciso.

—No cambiará nada si nos lo cuentas ahora —dijo Balkan—. Ellos saben lo de Sonea. Seguramente, al igual que nosotros, han adivinado que Akkarin está con ella.

Dorrien dejó caer los hombros.

—Sí, están aquí. Hace cinco días, Sonea y Akkarin cruzaron el Paso del Sur. Yo los traje a la ciudad.

A Balkan lo asaltó una duda.

—¿Por qué no los enviaste de vuelta a Sachaka?

—Lo intenté. De hecho, íbamos todos hacia allí cuando un ichani nos atacó. A duras penas logramos sobrevivir. Luego atacaron el Fuerte. Después de eso, supe que todo lo que Akkarin había dicho era cierto.

—Dorrien, ¿por qué no hablaste a nadie de esto? —preguntó Rothen.

—Porque si llegaba a conocimiento del Gremio que Akkarin estaba aquí, los ichanis lo leerían en la mente de sus víctimas. Akkarin sabía que Sonea y él tenían más posibilidades de matarlos si los atacaban de uno en uno, pero si los ichanis se enteraban de que él estaba aquí, permanecerían juntos.

Balkan asintió.

—Sabía que ellos lo derrotarían. De modo que...

Se oyó un estruendo procedente de la ciudad. Rothen se volvió y caminó hacia el vestíbulo, antes de dirigir la vista hacia Balkan.

—Otro. Y este ha sonado más cerca. ¿Qué supones que está pasando?

El guerrero se encogió de hombros.

—No lo sé.

Una nube de humo se elevó desde algún lugar situado en el Círculo Interno.

—Tal vez lo veamos con mayor claridad si subimos a la azotea —sugirió Dorrien.

Balkan miró a Dorrien y echó a andar hacia la escalera.

—Subamos, pues.

El guerrero los guio hasta la segunda planta, y luego, a través de los pasadizos, hasta otra escalera. Tras un breve ascenso, llegaron a la puerta de la azotea. Balkan salió el primero y se dirigió hacia la parte delantera de la universidad. Una estrecha pasarela elevada les permitió asomarse por encima del borde del tejado y divisar las casas del Círculo Interno.

Observaron en silencio. Tras una larga pausa, otro estruendo resonó en el centro de la ciudad, y se levantó una polvareda.

—La fachada entera de esa casa se ha venido abajo —señaló Dorrien.

—Así que ahora están derrumbando casas —dijo Rothen—. ¿Por qué malgastan su energía?

—Para hacer salir a Akkarin —respondió Balkan.

—Y si destruir el Círculo Interno no da resultado, vendrán aquí —añadió Dorrien.

Balkan asintió.

—Entonces más vale que estemos listos para marcharnos en cuanto lleguen.

El recorrido por los túneles parecía interminable. Cuanto más avanzaban, mayor era el asombro de Danyl. Había caminado por los túneles que había bajo las barriadas, años atrás, cuando negociaba con los ladrones la liberación de Sonea, y había supuesto que no llegaban más allá de la Muralla Exterior. Sin embargo, acababa de descubrir que los ladrones no solo habían excavado galerías bajo las barriadas sino también bajo el Círculo Interno.

Volvió la vista hacia sus compañeros. Tayend parecía más jovial que nunca. Farand, en cambio, tenía una expresión de estupefacción. Un rato antes, cuando Danyl había regresado a la casa para decirle que los bajos fondos de Imardin iban a organizarse para ayudarles a salir de la ciudad, el

joven mago no se lo había creído.

Su guía se detuvo ante unas puertas grandes custodiadas por dos hombres descomunales. A una indicación del guía, uno de los guardias llamó a la puerta, y acto seguido se oyó el chirrido de unos cerrojos enormes al descorrerse. Las puertas se abrieron silenciosamente.

Entraron en un pasillo corto, vigilado por más guardias. Al final había un segundo par de puertas. Descorrieron el cerrojo y las abrieron para descubrir una sala grande y abarrotada.

Dannyl paseó la vista por el lugar y soltó una risita. Había recibido tantas sorpresas durante las últimas horas que lo que vio no le provocó más que un ligero desconcierto.

La sala estaba repleta de magos. Algunos yacían sobre camas improvisadas, mientras los sanadores pululaban entre ellos. Otros magos se servían comida de unas bandejas dispuestas sobre mesas grandes en el centro de la habitación. También los había que descansaban en sillas de aspecto confortable.

«Bueno, ¿quién ha sobrevivido?», se preguntó Dannyl. Miró en torno a sí y se percató de que los únicos magos superiores que estaban presentes eran el rector Jerrik, lord Peakin, lady Vinara y lord Telano. Siguió buscando, pero no veía a Rothen por ninguna parte.

«Tal vez no consiguió regresar a la ciudad», pensó. La breve conversación mental entre el ichani y Sonea había llenado de esperanza a Dannyl. Había dado con Tayend, y aún cabía la posibilidad de encontrar también con vida a su mentor.

A menos que Kariko estuviese mintiendo.

Después, cuando algunos de los magos se apartaron de las mesas con comida, Dannyl vio a un hombre lujosamente vestido sentado al fondo de la sala, y descubrió que todavía era capaz de sorprenderse.

«De modo que es aquí donde ha venido a parar el rey», se dijo. Antes de que pudiera decidir qué protocolo era el adecuado para aquella situación, el monarca lo miró, lo saludó con un leve gesto de cabeza y se volvió de nuevo hacia su acompañante. Su semblante dejaba muy claro que no quería que lo interrumpiesen.

El hombre alto y corpulento con el que hablaba resultó familiar a Dannyl.

El embajador sonrió al recordar dónde lo había visto antes. Era Gorín, el ladrón con el que había tratado el tema de la puesta en libertad de Sonea.

«El rey, hablando con un ladrón —Dannyl sonrió—. Ahora sí que lo he visto todo».

—Bueno —dijo Tayend—. ¿No vas a presentarme?

Dannyl miró al académico.

—Supongo que sí. Debería empezar por los magos superiores.

Se dirigió hacia lord Peakin. El alquimista estaba hablando con Davin y Larkin.

—Embajador —dijo Peakin al ver a Dannyl acercarse—. ¿Trae usted noticias?

—Según mi guía, todos los ichanis menos tres están muertos —respondió Dannyl, y se volvió hacia el académico—. Le presento a Tayend de Tremmelin, que estaba de visita en Imar...

—¿Ha visto a Sonea? ¿Está Akkarin con ella? —preguntó Davin con una emoción apenas disimulada.

—No, no la he visto —comentó Dannyl con cautela—; o sea, que no puedo saber si Akkarin está con ella —dirigió una mirada a Farand, y el muchacho asintió de un modo casi imperceptible. Akkarin les había pedido que mantuvieran en secreto su presencia, y Dannyl no pensaba revelar nada hasta que fuera necesario.

Davin pareció decepcionado.

—Entonces ¿cómo es posible que hayan muerto tantos ichanis?

—Tal vez sea obra de Sonea en solitario —aventuró Larkin.

Los otros magos lo miraron con escepticismo.

—Sé que los ladrones han matado a uno por su cuenta —dijo Tayend—. El que se llama Farén me lo ha contado.

Peakin meneó la cabeza.

—Un ichani, derrotado por ladrones. ¿Eso no nos hace quedar como unos incompetentes?

—¿Alguna noticia más? —preguntó Larkin.

Dannyl recorrió la sala con la vista.

—¿Está aquí lord Osen?

Los alquimistas hicieron un gesto de negación.

—Ah —Dannyl miró a los magos, uno tras otro, y suspiró. Así que no estaban enterados de lo de Lorlen—. Entonces sí debo darles una noticia más, pero no es buena.

Un murmullo de voces inundaba el almacén. Durante la última media hora se había congregado allí una pequeña multitud. Los dos ladrones, Ravi y Sevli, habían llegado después de que se diese la alarma de que la ichani había entrado en los túneles. Al poco, Senfel había referido una breve conversación mental entre la mujer, Kariko y Sonea. Estaban esperando más noticias en un silencio tenso cuando Takan anunció que Akkarin y Sonea habían matado a la mujer.

Todos se habían olvidado de la presencia del sirviente, pero en cuanto les recordó su vínculo con Akkarin, lo sometieron a una batería de preguntas que era evidente que Takan no podía responder.

Gol hizo una seña a Cery. Parecía resentido y molesto. Cery sabía que era porque se había escabullido para visitar el Palacio sin avisarle. Se sintió un poco culpable por ello. Se suponía que Gol era su protector.

Al reconstruir mentalmente su encuentro con el ichani, Cery se preguntó qué habría ocurrido si Gol hubiera estado con él. Podría haber ordenado a su segundo que atrajese la atención del ichani hacia otro lado. ¿Habría sido capaz de hacerlo, sabiendo que eso conduciría a la muerte a Gol? ¿Le habría obedecido él, o incluso lo habría propuesto? Cery no había recibido más que lealtad por parte de Gol, pero ¿era tan leal como para hacer algo así?

«Son preguntas interesantes —pensó Cery—, pero me alegro de no conocer las respuestas».

Arrugó el entrecejo. «¿Qué pensaría Gol de Savara si supiera lo que ha hecho?». Se habían separado frente a las puertas del Palacio, y Cery no había vuelto a verla desde entonces.

De pronto, se impuso el silencio en la sala. Al levantar la mirada, Cery vio que Sonea y Akkarin cruzaban la habitación hacia ellos. Dio un paso al frente, con una sonrisa.

—Takan acaba de decirnos que os habéis cargado a la mujer.

—Sí —respondió Akkarin—. Llevaba una gema de sangre, así que

Kariko seguramente sabe que estamos aquí.

—Y también que existen los túneles bajo la ciudad —añadió Farén—. Ya no estamos a salvo aquí abajo.

—¿Entrarán en los túneles los otros ichanis? —preguntó Ravi.

—Seguramente —contestó Akkarin—. Intentarán encontrarnos y matarnos del modo más rápido posible.

Sevli cruzó los brazos.

—No os encontrarán. No saben moverse por estos caminos, y nadie los ayudará.

—Les bastará con capturar a un guía y leerle la mente para saber orientarse —recordó Akkarin.

Los ladrones intercambiaron miradas.

—Entonces tenemos que indicar a los voluntarios que se vayan —dijo Cery. Miró a Akkarin—. Yo os guiaré a partir de ahora.

Akkarin asintió en señal de gratitud.

—Gracias.

Sonea se volvió hacia Akkarin.

—Si bajan aquí, tal vez se separen para acorralarnos. Podríamos aprovechar esa circunstancia para volver dando un rodeo y atacarlos de uno en uno.

—No —Akkarin sacudió la cabeza—. Kariko no se arriesgará a apartarse de sus aliados —se dirigió a Farén—. ¿Qué están haciendo los ichanis en este momento?

—Hablan —respondió Farén.

—Apuesto a que sí —refunfuñó Senfel.

—Ya no —terció una voz nueva.

Todos se volvieron hacia un mensajero que se acercaba a paso veloz.

—Están derribando edificios de nuevo.

Akkarin frunció el ceño.

—¿Estás seguro?

El hombre asintió.

—¿Crees que pretenden hacernos salir para intentar detenernos? —preguntó Sonea.

—Tal vez —respondió Akkarin.

«Akkarin no sabe qué están haciendo los ichanis —pensó Cery—, y en cambio yo sí». Reprimió una sonrisa.

—Están absorbiendo la magia de los edificios, la que se usó para reforzarlos.

Akkarin clavó los ojos en Cery, sorprendido.

—Y eso ¿cómo lo sabes?

—He escuchado a escondidas una conversación de Kariko con los otros dos, cuando estaba en el Palacio.

Farén se atragantó.

—¿En el Palacio? ¿Y qué hacías allí?

—Solo había ido a echar un vistazo.

—¡A echar un vistazo! —Farén parecía escandalizado.

Akkarin suspiró.

—Esto no me gusta —murmuró.

—¿Cuánta energía pueden conseguir así? —preguntó Sonea.

—No... no estoy seguro. Unos edificios contienen más magia que otros.

—Podrías absorber esa magia tú también —sugirió Senfel.

A Akkarin no pareció hacerle mucha gracia la idea.

—Estoy seguro de que a los propietarios no les importará que se utilicen sus casas para defender la ciudad —añadió Cery.

—Ellos ya han echado abajo unas cuantas —dijo Ravi—. No todos los edificios del Círculo Interno están fortalecidos con magia. No deben de quedar muchos.

—Pero aún no han ido al Gremio —señaló Senfel.

Akkarin tenía una expresión de dolor en el rostro.

—La universidad. No es la única estructura del Gremio que está reforzada con magia, pero contiene más energía que ninguna otra en la ciudad.

A Sonea se le cortó la respiración.

—No, no es verdad. Seguro que la Arena contiene más.

Senfel y Akkarin se miraron con gravedad. El viejo mago profirió una maldición.

—Exacto —convino Akkarin.

Cery contempló a los tres magos.

—Eso no es bueno, ¿verdad?

—Por el contrario —repuso Sonea—. Una vez al mes, varios magos fortalecen la barrera que rodea la Arena. Tiene que ser lo bastante fuerte para resistir los azotes que se les escapan sin querer a los aprendices durante los entrenamientos de habilidades de guerrero, que pueden ser bastante potentes.

—Tenemos que impedir que los ichanis se hagan con esa energía —dijo Akkarin—. Si la consiguen, la ciudad será suya, hagamos lo que hagamos.

—¿Absorberemos esa energía nosotros mismos? —preguntó Sonea.

—Sí, si es necesario.

Sonea titubeó.

—Y después... ¿nos enfrentaremos a ellos?

Akkarin posó los ojos en los de la joven.

—Sí.

—¿Somos lo bastante fuertes?

—Hemos acumulado la energía de cuatro ichanis, si contamos a Parika. Apenas hemos consumido la nuestra, y también hemos absorbido la de los voluntarios.

—Y podríais volver a hacerlo —recordó Senfel—. Ha pasado casi un día desde que utilizasteis sus reservas. Ya habrán recuperado casi toda su energía.

—Y solo quedan tres ichanis —señaló Farén.

Akkarin recobró la confianza.

—Sí, creo que es hora de plantarles cara.

Sonea palideció un poco, pero hizo un gesto de conformidad.

—Eso parece.

El grupo se quedó callado, hasta que Ravi se aclaró la garganta.

—Muy bien, pues —dijo—. Será mejor que os lleve con nuestros voluntarios lo antes posible.

Akkarin asintió. Cuando el ladrón se volvió hacia la puerta, Cery observó a Sonea con atención. La cogió del brazo.

—Bueno, ha llegado el momento. ¿Estás asustada?

Ella se encogió de hombros.

—Un poco, pero, sobre todo, me siento aliviada.

—¿Aliviada?

—Sí. Por fin los combatiremos como es debido, sin veneno, trampas o

incluso magia negra.

—Está bien que quieras pelear limpio, siempre y cuando ellos lo hagan también —dijo Cery—. Pero ten cuidado. No estaré tranquilo hasta que todo esto haya terminado y sepa que estás bien.

Sonea sonrió, apretó la mano a su amigo y dio media vuelta para salir de la sala detrás de Akkarin.

38. Los magos negros

Durante la última hora, los mensajeros habían informado de que los ichanis avanzaban poco a poco hacia el Gremio, destruyendo edificios a su paso. Sonea y Akkarin habían acudido apresuradamente a los voluntarios, quienes habían respondido a su visita rápida con una tolerancia y un valor admirables, y después habían regresado corriendo al Círculo Interno. Durante el trayecto, a Sonea la corroía la impaciencia, pero en cuanto atravesó la puerta secreta del despacho de Lorlen, empezó a desear que el recorrido hubiera sido más largo. De pronto le flaqueaban las rodillas, le temblaban las manos y no podía sacudirse la sensación de que habían olvidado hacer algo.

Akkarin se detuvo un momento para pasear la mirada por el despacho. Suspiró y se despojó de la camisa con un movimiento de hombros. Sonea se quitó el vestido por encima de la cabeza y lo tiró al suelo. Al mirarse, se estremeció. Una túnica completa de mago... de mago negro.

Entonces dirigió la vista a Akkarin. Con la espalda erguida, parecía más alto. Un ligero escalofrío recorrió a Sonea, pues recordó el miedo que antes sentía ante él.

Akkarin se volvió hacia la joven y sonrió.

—Deja de devorarme con los ojos.

—¿Devorarte, yo? —Sonea parpadeó con aire inocente.

La sonrisa de Akkarin se ensanchó y acto seguido se desvaneció. El mago se acercó a Sonea y le sujetó el rostro delicadamente con ambas manos.

—Sonea —empezó a decir—, si no salgo...

Ella le posó un dedo sobre los labios y atrajo su cabeza hacia sí para besarlo. Sus bocas se juntaron con furia, y Akkarin la estrechó entre los

brazos.

—Si pudiera enviarte muy lejos, lo haría —aseguró—. Pero sé que te negarías a marcharte. Por favor, no seas impulsiva... Vi morir a la primera mujer que amé, y dudo que pudiera superar una segunda pérdida.

Sonea se quedó sin aliento, sorprendida, pero al instante sonrió.

—Yo también te quiero.

Tras soltar una risita, él la besó de nuevo, pero ambos se quedaron helados ante la súbita irrupción de una voz mental.

¡Vaya, Akkarin! Qué lugar tan bonito tenéis aquí.

Una imagen de las puertas del Gremio, con la universidad al fondo, apareció en la mente de Sonea.

—Están aquí —farfulló Akkarin, y la soltó despacio.

—¿La Arena?

Él negó con la cabeza.

—Solo como último recurso —con expresión firme y paso decidido, Akkarin atravesó la habitación hacia la puerta.

Sonea echó hacia atrás los hombros, respiró hondo y lo siguió.

—Así que por fin han llegado —murmuró Balkan.

Rothen contempló la ciudad. El sol del atardecer proyectaba largas sombras sobre las calles. De pronto, tres hombres doblaron una esquina y se encaminaron hacia las puertas del Gremio.

—¿Qué planeaban hacer Akkarin y Sonea cuando los ichanis se enterasen de que estaban aquí, Dorrien? —preguntó Balkan.

—No lo sé. No hablaron de ello delante de mí.

Balkan asintió.

—Entonces ha llegado el momento de que nos vayamos.

Sin embargo, no se movió, y tampoco Rothen ni Dorrien. Se quedaron de pie, observando a los tres ichanis atravesar las puertas y dirigirse a grandes zancadas a la universidad.

Entonces, de más abajo, llegó un ruido metálico sordo.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Dorrien.

Se inclinaron sobre la fachada para mirar abajo. Rothen contuvo la

respiración al ver a ambos en la escalera.

—¡Sonea y Akkarin!

—Han cerrado las puertas de la universidad —dijo Balkan.

Rothen se estremeció. Hacía siglos que no se cerraban las puertas de la universidad.

—¿Los llamamos para avisarles que estamos aquí? —preguntó Dorrien en voz baja.

—Saber que los dos estáis aquí mirando podría distraer a Sonea — advirtió Balkan.

—Pero ahora puedo utilizar mis poderes para ayudarles.

—Yo también —añadió Rothen.

Dorrien se volvió hacia él, sorprendido, y sonrió. Balkan, en cambio, frunció el entrecejo.

—Me gustaría transmitir el combate al resto del Gremio.

—Dorrien y yo permaneceremos ocultos hasta que se nos presente la oportunidad de ayudar —propuso Rothen.

Balkan se mostró conforme.

—Muy bien. Pero procurad elegir el momento oportuno.

Unas franjas de luz dorada surcaban el bosque que rodeaba el Gremio. Se oían crujir ramitas bajo los pies de Gol con tanta frecuencia que Cery empezó a preguntarse si las pisaba a propósito para intentar llamar la atención. Se volvió hacia atrás y no pudo evitar sonreír al ver la cara al hombretón.

—Tranquilo —dijo Cery—. Ya he estado aquí antes. Seguro que podremos observar sin ser vistos.

Gol asintió y siguieron adelante. En cuanto avistaron los edificios a través de los árboles, Cery apretó el paso. Gol se quedó un poco rezagado.

De pronto, Cery vio una figura agazapada junto a un tronco a la orilla del bosque. Se detuvo e hizo señas a Gol de que se quedara donde estaba y no hiciera ruido.

Por el modo en que Savara se asomaba con cautela por detrás del árbol, Cery supo que le preocupaba mucho que la descubrieran. «Demasiado tarde», pensó. Se le acercó sigilosamente. Cuando se hallaba a pocos pasos de ella,

se enderezó y cruzó los brazos.

—Por lo visto no dejamos de encontrarnos por todas partes, ¿verdad? —comentó.

Fue gratificante verla dar un respingo. Cuando se percató de que era él, Savara suspiró aliviada.

—Cery —movió la cabeza en señal de desaprobación—. No es buena idea pegar un susto a un mago.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Has venido a ver el espectáculo?

Savara esbozó apenas una sonrisa.

—Así es. ¿Me acompañas?

Cery asintió. Acto seguido, con un ademán indicó a Gol que se acercara y se puso en cuclillas frente a otro árbol. Al ver qué había al otro lado, se le partió el alma.

Las puertas de la universidad estaban cerradas, y Sonea y Akkarin se encontraban de pie en los escalones. Los tres ichanis, a menos de cien pasos de ellos, avanzaban con aire resuelto.

—Tus amigos y tú habéis hecho bien las cosas —musitó Savara—, si esos son los únicos aliados de Kariko que quedan... Tal vez tengáis una posibilidad de ganar, después de todo.

Cery le dedicó una sonrisa sombría.

—Tal vez. Habrá que esperar a ver qué pasa.

Sonea parpadeó cuando una imagen de ella y de Akkarin, vistos desde arriba, irrumpió en su mente. A juzgar por el ángulo de la visión, el observador debía de estar detrás de ellos, en lo alto de la universidad. Percibió la presencia de Balkan, pero sin pensamientos ni emociones.

Si podemos percibir esto, los ichanis también.

Sí —respondió Akkarin—. Bloquea las imágenes, o te distraerán.

Pero nos pondrán sobre aviso de cualquier mala jugada que intenten gastarnos los ichanis.

También delatarán las que intentemos gastarles nosotros.

Ah. ¿Pedirás a Balkan que deje de enviar las imágenes?

No. El Gremio debe ver esto. Así podría enterarse de...

—Akkarin —la voz de Kariko resonó a través de los jardines.

—Kariko —respondió Akkarin.

—Veo que has traído contigo a tu aprendiz. ¿Tienes la intención de entregárnosla a cambio de que respetemos tu vida?

A Sonea se le erizó el vello de la piel cuando el ichani la miró. Le devolvió la mirada, y él sonrió con malicia.

—Podría plantearme la posibilidad de llevármela —prosiguió Kariko—. Nunca compartí el gusto de mi hermano por los esclavos, pero al menos aprendí de él que los magos del Gremio pueden resultar sorprendentemente divertidos.

Akkarin empezó a bajar los escalones, despacio. Sonea lo siguió, procurando permanecer dentro del escudo mágico conjunto.

—Dakova se equivocó al quedarse conmigo —dijo Akkarin—. Bueno, lo cierto es que siempre cometía errores estúpidos. Me cuesta entender que un hombre tan poderoso fuese tan negado para la política o la estrategia, pero, claro, era ichani... y por eso hubo de quedarse conmigo.

Kariko entornó los ojos.

—¿Y quién eres tú para dar lecciones? Si eres un estratega tan consumado, ¿qué haces aquí? Sin duda sabes que no podéis ganar.

—¿Ah, no? Mira alrededor, Kariko. ¿Dónde están tus aliados?

Cuando Akkarin y Sonea llegaron al pie de la escalinata, Kariko se detuvo. Estaba a unos veinte pasos.

—Muertos, supongo. Y los habéis matado vosotros.

—A algunos.

—Entonces debéis de estar agotados —Kariko se volvió hacia los otros ichanis antes de fijar la mirada de nuevo en Akkarin—. Qué remate tan apropiado para nuestra conquista. Vengaré la muerte de mi hermano, y al mismo tiempo Sachaka por fin se tomará la revancha por lo que tu Gremio hizo a nuestro país.

Levantó una mano y los otros ichanis lo imitaron. Los azotes salieron despedidos hacia Sonea y Akkarin. Ella notó que la magia golpeaba su escudo con más fuerza que cualquiera de los azotes que había recibido con

anterioridad. Akkarin contraatacó con un trío de azotes, pero los tres se curvaron para unirse y embestir a Kariko.

Siguió más fuego cruzado, y el aire vibró, cargado de energía. Como Akkarin continuaba acometiendo a Kariko y haciendo caso omiso de los otros ichanis, el jefe arrugó el ceño. Dijo algo a sus lacayos, y estos se acercaron entre sí y solo dejaron un pequeño espacio entre sus escudos.

Ataca a Kariko por debajo, indicó Akkarin.

Mientras Sonea lanzaba un azote de calor a través del suelo, Akkarin enviaba otros que se abatían sobre Kariko desde arriba. Los demás ichanis movieron sus escudos para parar los azotes de Akkarin justo cuando empezaba a salir humo de debajo de los pies de Kariko.

Este bajó la vista y murmuró algo. Sus compañeros redoblaron la intensidad de su ataque.

No dejes de azotar a Kariko desde todas direcciones.

Kariko pareció resignarse a ser el blanco principal. Concentró sus fuerzas en su escudo, mientras los demás atacaban. Sonea contuvo una sonrisa cuando se percató de que aquello suponía una ventaja para Akkarin y para ella. Se gastaba más energía al mantener un escudo, por lo que Kariko se cansaría antes.

Daba la impresión de que continuarían lanzándose azotes unos a otros hasta que uno de los bandos se debilitase al fin. De pronto, el suelo se estremeció violentamente. Sonea se tambaleó y sintió que una mano la agarraba del brazo. Vio que un agujero oscuro se abría bajo sus pies cuando bajó la mirada, y notó que se formaba un disco de energía.

Mantén el escudo.

Ella hizo un esfuerzo por devolver su atención a la barrera para encajar todos los impactos de los ichanis, de manera que Akkarin pudiera concentrarse en la levitación. El aire se llenó de hierba, tierra y azotes. Los dos se desplazaron hacia atrás, por obra de Akkarin, pero la parte del suelo que se movía los siguió. Por entre la nube de polvo, Sonea vio que los ichanis avanzaban hacia ellos a través del suelo agitado.

Akkarin arrojó una docena de azotes a los ichanis. Al mismo tiempo, otra docena más débil surcó el aire en dirección a ellos desde las puertas. Los sachakanos se volvieron hacia allí.

Sonea soltó un grito ahogado al ver la figura que se había detenido delante de las puertas. La túnica azul ondeó en torno al hombre cuando echó a andar hacia ellos.

—¡Lorlen! —exclamó Sonea. Pero ¿cómo era posible? Lorlen había muerto. ¿O no...?

Kariko lanzó una descarga de energía hacia el administrador. El destello lo atravesó e impactó en las puertas. Los barrotes de metal saltaron en pedazos candentes que cayeron a la calle, al otro lado.

Lorlen había desaparecido. Sonea pestañeó. Había sido una ilusión. Al oír una risita, alzó la vista hacia Akkarin, que sonreía con tristeza. Ni Kariko ni sus lacayos parecían muy impresionados, y reanudaron su ataque con mayor ferocidad.

Akkarin hizo caer una lluvia de azotes sobre Kariko, poniendo a prueba su escudo. El ichani respondió con descargas potentes. Akkarin lanzó una red de azotes de calor que se curvó para golpear a Kariko por todos los flancos, como había hecho Sonea en el último asalto de su desafío contra Regin. La chica frunció el ceño al acordarse de aquel combate. En el segundo, Regin había ahorrado energía al crear un escudo solo cuando recibía un impacto. ¿Podría hacer ella lo mismo? Requería concentración...

Esforzó su voluntad y perfeccionó su escudo, debilitándolo por detrás y por arriba, aunque lo mínimo para poder reforzarlo rápidamente si hacía falta.

Ten cuidado, Sonea.

Observó con atención a los ichanis, lista para reaccionar si alguno de sus azotes se desviaba.

—¡MIRA HACIA LAS PUERTAS!

La voz procedía de lo alto de la universidad. Cuando Sonea alzó la mirada, divisó a Balkan en la azotea del edificio; apuntaba a las puertas con el dedo. Ella se volvió de inmediato y dio un paso hacia atrás por instinto al ver unos objetos puntiagudos y torcidos que volaban hacia ella; eran los restos de las puertas. Chocaron contra su escudo con gran estrépito y cayeron al suelo.

A mi señal, dirígete a la Arena. Yo los entretendré mientras tú absorbes la energía... Espera... Sonea se volvió hacia Akkarin y vio que entrecerraba los ojos en un gesto de concentración.

Los ichanis se están debilitando, envió Akkarin.

Sonea miró a los ichanis. Kariko estaba erguido, sonriente. Los otros dos no parecían menos seguros de sí mismos, pero ella notó que los impactos contra su escudo eran menos potentes.

Akkarin dio un paso al frente, y luego otro. El rostro de Kariko se ensombreció. Sonea siguió a Akkarin en su avance hacia ellos. Comenzó a lanzar azotes a los ichani, y sintió una oleada de satisfacción al ver que reculaban.

De pronto, cuando notó que pisaba tierra blanda, la asaltó un pensamiento. Intentó desterrarlo de su mente, pero volvió a acosarla.

Azote mental. Bloquéalo.

¿Cómo?

Como...

Sonea sintió una punzada en un lado de la pantorrilla. Trastabilló y oyó que a Akkarin se le cortaba el aliento. Al bajar la mirada, vio que la pernera de su túnica se abría para revelar un tajo largo. Akkarin la asió del brazo.

Sin embargo, en vez de ayudarla a tenerse en pie, la arrastró hacia el suelo con todo su peso. Sonea cayó de rodillas, se volvió hacia Akkarin y se le heló el corazón.

Estaba agachado junto a ella, con el rostro blanco y crispado de dolor. Algo de color rojo intenso atrajo su mirada hacia una mano de Akkarin, que aferraba el mango brillante de un cuchillo sachakano.

Tenía el puñal clavado en el pecho.

—¡Akkarin!

Él se desplomó a su lado y quedó tendido boca arriba. Sonea se inclinó sobre él, con sus manos revoloteando en torno al cuchillo, intentando decidir qué hacer. «Tengo que sanarlo —pensó—. Pero ¿por dónde empiezo?».

Trató de desasirle los dedos del mango. Él lo soltó y la agarró por las muñecas.

—Aún no —gimió.

Sus ojos reflejaban un gran sufrimiento. Sonea intentó liberarse, pero la sujetaba con fuerza.

Entonces una risotada cruel y desprovista de humor rompió el silencio.

—Vaya, así que es ahí donde me había dejado el cuchillo —se mofó

Kariko—. Qué detalle que lo hayas encontrado.

De pronto Sonea entendió lo que había ocurrido. Kariko había dejado caer el cuchillo dentro de la tierra agitada. Cuando el escudo de Sonea y Akkarin había pasado por encima del arma, el ichani lo había impulsado hacia arriba. Era una trampa. Una estratagema. Algo no muy distinto de lo que ella había hecho para colarse en el escudo de la asesina.

Había dado resultado.

—Sonea —musitó Akkarin. Fijó la vista en un punto situado detrás de ella, y la joven vio la universidad reflejada en sus ojos.

De arriba le llegaron unos gritos. Destellos de magia iluminaban el rostro a Akkarin, pero Sonea no conseguía reunir el valor suficiente para apartar la mirada.

—Te sanaré —forcejeó para soltarse las muñecas.

—No —Akkarin la apretó aún con más fuerza—. Si lo haces, podríamos perder. Combátelos primero. Ya me sanarás después. De momento, puedo aguantar.

A Sonea se le hizo un nudo en la garganta.

—Pero ¿y si...?

—Moriremos de todos modos —la interrumpió Akkarin con voz firme—. Te enviaré mi energía. Debes luchar. Levanta la mirada, Sonea.

Ella obedeció y le pareció que el corazón dejaba de latirle. Kariko se encontraba a menos de diez pasos. Estaba contemplando la universidad, de la que le llovían azotes. Al mirar hacia arriba, la joven vio dos rostros conocidos junto al de Balkan.

—Ni siquiera te estás protegiendo con un escudo, Sonea —susurró Akkarin.

Un escalofrío recorrió la espalda de Sonea. De no ser por los ataques de Rothen y Dorrien, tanto ella como Akkarin estarían...

—Absorbe mi energía. Lánzale azotes mientras esté distraído. No permitas que todo aquello que hemos hecho y por lo que hemos sufrido sea en vano.

Ella asintió. Cuando los azotes procedentes de la universidad amainaron, respiró hondo. No había tiempo para planear tácticas complicadas. Así pues, debía ejecutar una acción directa. Cerró los ojos, e hizo acopio de toda su

energía y de toda su rabia hacia Kariko por lo que les había hecho a Akkarin y a Imardin. Sintió que la energía que Akkarin le había cedido se aunaba con la suya.

Entonces, abrió los ojos y lo lanzó todo contra Kariko y sus aliados.

El jefe de los ichanis se tambaleó hacia atrás. Su escudo resistió durante un momento, y después su boca se abrió en un alarido silencioso cuando el azote de calor le abrasó todo el cuerpo. El lacayo que tenía a su lado retrocedió, pero solo consiguió dar unos pasos antes de que la magia de Sonea destrozara su escudo y lo quemara de arriba abajo. La invadió un sentimiento de triunfo. El último ichani resistía sus embates, y Sonea notó que las fuerzas la abandonaban. Empezó a avanzar, pero la asaltó el miedo. Recibió un último soplo de energía, y la expulsó hacia delante. El ichani abrió los ojos desorbitadamente al ver que su escudo comenzaba a fallarle. Luego, cuando Sonea arrojó la poca magia que le quedaba, el escudo desapareció. El azote de calor arrasó el cuerpo del ichani, que se dobló en dos y cayó al suelo.

Todo quedó en silencio. Sonea contempló los tres cadáveres que yacían frente a la universidad. El cansancio se apoderó de ella. No experimentó una sensación de victoria ni de satisfacción. Simplemente se sentía vacía. Se volvió hacia Akkarin.

Una sonrisa le curvó las comisuras de los labios. Tenía los ojos abiertos, pero fijos en algún lugar que estaba detrás de ella. Cuando Sonea se movió, las manos que le sujetaban las muñecas la soltaron y cayeron.

—No —susurró—. Akkarin —lo tomó de las manos y proyectó su mente hacia su interior. Nada. Ni siquiera el menor atisbo de vida.

Akkarin le había dado demasiada energía.

Se lo había dado todo.

Con manos temblorosas, Sonea le deslizó los dedos sobre el rostro. Se agachó y besó su boca sin vida.

Entonces se acurrucó a su lado y lloró.

39. Nuevas reponsabilidades

Rothen llegó al final del pasillo y alzó la vista. Después de ver tanta devastación en la ciudad, la majestuosidad intacta del Gran Salón le pareció alentadora y, en cierto modo, vergonzosa. La Invasión ichani, que era el nombre con que se conocía a aquellos cinco días de muerte y destrucción, había sido una batalla entre magos. Que nada en el recinto del Gremio hubiese resultado dañado mientras que gran parte del Círculo Interno estaba en ruinas no le parecía justo.

Pero Rothen se recordó que los imardianos de a pie podrían haber salido mucho peor parados. Habían muerto pocos no-magos. En cambio, el número de magos del Gremio había quedado reducido casi a la mitad. Corría el rumor de que los magos superiores estaban planteándose si reclutar a nuevos miembros entre las familias de mercaderes ricos que no pertenecían a las Casas.

Cruzó hacia el Salón Gremial y se coló entre las puertas. Durante la semana siguiente a la Invasión, las reuniones de los magos superiores se habían celebrado en las pequeñas salas de preliminares situadas en la parte delantera del salón. Mientras no se eligiese a un nuevo administrador, se consideraba inapropiado utilizar el despacho de Lorlen.

Rothen se detuvo ante la sala de preliminares y llamó a la puerta, que se abrió sola al cabo de unos instantes. Cuando entró, se fijó en los magos que se hallaban presentes, consciente de que estaba contemplando los rostros de aquellos que en el futuro dirigirían el Gremio.

Lord Balkan caminaba de un lado a otro de la habitación. A juzgar por el modo en que los demás habían acudido a él en busca de liderazgo, saltaba a

la vista que era un candidato con muchas posibilidades de ocupar el cargo de Gran Lord. Lord Osen observaba a Balkan con serenidad. Aunque se notaba que todavía estaba afectado por la muerte de Lorlen, había adoptado una actitud de silenciosa determinación cuando se le había asignado la tarea de organizar la reconstrucción de la ciudad. Lorlen había preparado a Osen durante los últimos años para que se convirtiera en su sucesor, por lo que no sorprendería a nadie que el joven fuera elegido administrador.

Habían muerto tantos guerreros que había muy pocos candidatos para convertirse en líder de guerreros. Lord Garrel había asistido a las últimas reuniones, que en opinión de Rothen no auguraban nada bueno. Balkan se había estado ocupando también de las funciones del director de estudios de guerra, pero Rothen le había oído insinuar que alguien más debía asumir ese puesto, por lo que tal vez el carácter taimado y estrecho de miras de Garrel quedaría compensado por un guerrero de naturaleza más sensata.

Lady Vinara seguiría siendo líder de sanadores. El rector Jerrick no había dado muestras de querer cambiar de cargo, y nadie había sugerido que lo hiciera. Lord Telano seguramente se mantendría como director de estudios de sanación. Por el momento, no se había propuesto a nadie para desempeñar el papel de administrador expatriado.

Parecía claro que lord Peakin sustituiría a lord Sarrin. Rothen supuso que el puesto de director de estudios alquímicos se concedería a uno de los profesores más veteranos. No podía evitar preguntarse de vez en cuando quién sería su superior inmediato, pero casi siempre estaba ocupado en asuntos más importantes. Como Sonea.

Y ella era evidentemente el motivo por el que los magos superiores lo habían convocado ese día. Cuando Balkan reparó en su presencia, se detuvo.

—¿Cómo se encuentra?

Rothen suspiró y sacudió la cabeza.

—No mucho mejor. Le llevará un tiempo.

—No tenemos tiempo —farfulló Balkan.

—Lo sé —Rothen apartó la mirada—. Pero tengo miedo de lo que podría pasar si la presionáramos.

Vinara frunció el entrecejo.

—¿A qué te refieres?

—No estoy seguro de que quiera recuperarse.

Los presentes intercambiaron miradas de preocupación. Vinara no parecía muy sorprendida.

—Entonces debe convencerla por otros medios —dijo Balkan—. La necesitamos. Si ocho desterrados pueden causar tantos destrozos, ¿qué no haría un ejército? Aunque el rey de Sachaka no se aproveche de nuestra debilidad, un solo ichani más sería nuestro fin. Necesitamos a un mago negro. Necesitamos que ella asuma esa responsabilidad, o que nos enseñe magia negra a los demás.

Balkan tenía razón, pero eso no era justo para Sonea. Akkarin había muerto hacía solo una semana. Su dolor era algo natural, comprensible. Había pasado muchas penalidades. ¿Por qué no podían dejarla en paz durante un tiempo?

—¿Y los libros de Akkarin? —preguntó Rothen.

Balkan sacudió la cabeza.

—Sarrin no fue capaz de aprender nada de ellos. Y yo no he tenido más éxito...

—Entonces hable con ella —dijo Vinara al guerrero—, y cuando lo haga, debe estar en condiciones de explicarle exactamente cuál será su posición entre nosotros. No podemos pedirle que consagre su vida a nuestra protección mientras su futuro sea incierto.

Balkan asintió y exhaló un profundo suspiro.

—Tiene razón, por supuesto —dirigió la vista a los otros magos—. Bien, debemos celebrar una reunión para discutir su cargo y sus limitaciones.

—Ya las discutimos, cuando elegimos a Sarrin —señaló Peakin.

—Las limitaciones deben definirse mejor —dijo Garrel—. Por el momento, los únicos requisitos son que no salga de los terrenos del Gremio, que no ocupe un puesto de responsabilidad y que no imparta clases. Hay que especificar que no debe utilizar sus poderes a menos que todos los demás se lo pidamos.

Rothen reprimió una sonrisa. ¿«Todos los demás»? No había duda de que Garrel estaba seguro de que sucedería a Balkan.

—Bueno, para empezar, tendríamos que modificar esa prohibición de dar clases —agregó Jerrik.

Vinara se volvió hacia Rothen.

—¿Qué sugieres, Rothen?

Él titubeó, pues sabía que no les gustaría lo que iba a decir.

—Dudo que Sonea acepte ninguna norma que la obligue a permanecer dentro del recinto del Gremio.

Balkan arrugó el ceño.

—¿Por qué?

—Ella siempre ha querido usar sus poderes para ayudar a los pobres. Ese fue uno de sus motivos para unirse a nosotros, y es algo a lo que puede aferrarse en tiempos difíciles —miró de reojo a Garrel—. Si quieren que siga con vida, no le arrebaten eso.

Vinara esbozó una sonrisa.

—Y supongo que si le propusiéramos que realizase alguna labor benéfica en la ciudad, eso le daría una razón para quedarse con nosotros.

Rothen asintió.

Balkan cruzó los brazos. Tamborileó con los dedos sobre su manga.

—Eso también nos ayudaría a ganarnos de nuevo a la gente. No demostramos ser unos protectores demasiado eficaces. Incluso he oído que algunos nos culpan de la invasión.

—¡Imposible! —exclamó Garrel.

—Es cierto —dijo Osen en voz baja.

Garrel puso cara de indignación.

—Esos losdes son unos ingratos.

—En realidad, fueron ciertos miembros de las Casas quienes expresaron esa opinión tras volver a la ciudad —añadió Osen—, entre ellos algunos de la Casa de Paren, si mal no recuerdo.

Garrel se quedó perplejo y luego se sonrojó.

—¿Extendemos la zona de confinamiento a la ciudad, entonces? —sugirió Telano.

—El propósito del confinamiento era asegurarnos de que nuestro mago negro no tuviese acceso a un gran número de víctimas si se volvía ambicioso —dijo Peakin—. ¿De qué sirve establecer una zona de confinamiento que resulta ser la más densamente poblada del país?

Rothen rio entre dientes.

—Además, habría que convencer al rey de que redefiniera los límites de la ciudad. No creo que Sonea quiera privar de su ayuda a quienes estén fuera de la Muralla Exterior.

—Queda claro que el confinamiento no es viable —dijo Vinara—. Propongo que se le asigne una escolta.

Todas las miradas se centraron en ella. Balkan hizo un gesto de aprobación.

—Y si lo que quiere es prestar ayuda como sanadora, aún le faltan muchos años de formación —Vinara se volvió hacia Rothen.

Él asintió.

—Estoy seguro de que es consciente de ello. Mi hijo ha expresado su deseo de instruirla. Su intención era animarla un poco, pero si ha de ayudarla en esa tarea, puede llegarse a un arreglo más formal.

Vinara frunció los labios.

—No sería apropiado que volviera a clase. Por otro lado, no conviene que un sanador tenga un solo profesor. Yo también colaboraré.

Rothen movió la cabeza afirmativamente, pues se había quedado sin habla, abrumado de pronto ante tanta generosidad. Se limitó a escuchar mientras los demás proseguían el debate.

—Entonces ¿seguiremos llamándola Maga Negra? —preguntó Peakin.

—Sí —respondió Balkan.

—¿Y de qué color será su túnica?

Hubo un breve silencio.

—Negro —respondió Osen en voz baja.

—Pero la del Gran Lord es negra —objetó Telano.

Osen asintió.

—Tal vez ha llegado el momento de que el Gran Lord lleve una túnica distinta. El negro siempre hará que la gente piense en la magia negra, una práctica que, a pesar de todo, no queremos que se considere por completo positiva y atractiva. Necesitamos algo... novedoso: un toque de frescura.

—Blanco —dijo Vinara.

—Sí —convino Osen.

Mientras los demás se mostraban de acuerdo, a Balkan le dio algo parecido a un sofoco.

—¡Blanco! —exclamó—. No puede estar hablando en serio. Es muy poco práctico, e imposible de mantener limpio.

Vinara sonrió.

—¿Y qué actividad de un Gran Lord podría llevarlo a manchar su túnica blanca?

—¿Un ligero exceso en el consumo de vino, tal vez? —murmuró Jerrick.

Los demás soltaron una risita.

—Entonces, decidido: la túnica será blanca —dijo Osen.

—Un momento —Balkan paseó la vista de un mago a otro y sacudió la cabeza—. ¿Por qué tengo la impresión de que todos ya lo han decidido y de que discutir no me va a servir de nada?

—Es una buena señal —dijo Vinara—. Indica que hemos seleccionado a personas de carácter firme para que sean nuestros magos superiores —recorrió al grupo con la mirada y sonrió cuando sus ojos se posaron en los de Rothen—. Aún no lo has adivinado, ¿verdad, lord Rothen?

Él la miró fijamente, desconcertado por su repentina pregunta.

—¿Qué es lo que no he adivinado?

—Naturalmente, falta someterlo a votación, pero dudo que nadie se oponga.

—¿A qué?

La sonrisa de Vinara se hizo más amplia.

—Enhorabuena, Rothen. Serás nuestro próximo director de estudios alquímicos.

Desde lo alto de la casa de dos plantas se alcanzaba a entrever que los escombros formaban un círculo perfecto. Era una visión que daba que pensar.

«Otra más para añadir a mi lista —pensó Cery—, junto con las ruinas de las murallas, las largas hileras de cadáveres dispuestos por el Gremio sobre el césped, delante de la universidad, y la mirada de Sonea cuando Rothen por fin la había convencido de que se apartara del cuerpo de Akkarin».

Se estremeció e hizo un esfuerzo por mirar de nuevo hacia abajo. Cientos de trabajadores escarbaban entre los escombros. Habían encontrado a algunas personas con vida, sepultadas en las afueras de las zonas arrasadas. Era

imposible saber cuántas estaban escondidas en las casas cuando las habían destruido. La mayoría seguramente había muerto.

Y todo por culpa suya. Debía haber prestado más atención a las advertencias de Savara sobre lo que ocurriría cuando muriese un mago. Pero había estado demasiado obsesionado con encontrar la manera de matar a un mago para pensar en cómo iba a sobrevivir su gente a las consecuencias.

—¿Otra vez aquí?

Unos brazos le rodearon la cintura. Un aroma especiado que le era familiar inundó sus sentidos. Por un momento, alivió el dolor en su corazón, aunque por muy poco tiempo.

—¿De verdad tienes que irte? —susurró.

—Sí —respondió Savara.

—Nos vendría bien tu ayuda.

—No. No me necesitáis. Al menos, como maga sachakana, desde luego que no. Y tenéis a un montón de voluntarios que se encargan de las tareas que no requieren magia.

—Yo te necesito.

—No, Cery... —Savara suspiró—. Necesitas a alguien en quien puedas confiar de forma absoluta e incondicional. Yo jamás seré esa persona.

Cery asintió. Ella tenía razón.

Pero eso no hacía más fácil la despedida.

Savara lo estrechó con más fuerza.

—Te echaré de menos —agregó con suavidad—. Si... si soy bienvenida, te haré una visita cada vez que mis obligaciones me traigan por aquí.

Cery se volvió hacia ella y arqueó una ceja, como si se lo pensara.

—A lo mejor me queda alguna que otra botella de Anuren oscuro.

Savara sonrió de oreja a oreja, y Cery no pudo evitar sentirse mejor, aunque solo por un momento. Desde la batalla final, lo embargaba un miedo terrible a la pérdida, y había intentado disuadirla de que se marchara. Pero el lugar de Savara no estaba en Kyrulia, al menos por el momento. Y él estaba dejando que las exigencias de su corazón se impusiesen al sentido común. Eso era algo que un ladrón no debía hacer jamás.

Le colocó un dedo debajo de la barbilla para alzarle la cabeza y la besó, despacio y con firmeza. Después, se apartó un poco.

—Adelante, pues. Vete a casa. No me gustan las despedidas largas.

Savara sonrió y dio media vuelta. Cery la observó alejarse con paso tranquilo hacia la trampilla del tejado y descender por ella. Cuando se hubo marchado, se puso a contemplar de nuevo a los trabajadores.

Muchas cosas habían cambiado. Debía estar preparado para lo que pudiera suceder. Habían llegado hasta él retazos de información, y seguramente no era el único que comprendía las posibles repercusiones de aquello. Si el rey planeaba derogar de verdad la Purga anual, los ladrones tendrían un motivo menos para trabajar juntos. Y luego estaban los rumores sobre ciertos pactos entre los otros jefes de los bajos fondos.

Sonrió y enderezó los hombros. Se había preparado para el día en que Akkarin dejara de darle apoyo. Había hecho contactos útiles y poderosos. Había acumulado riqueza y recabado información. Tenía una posición consolidada.

No tardaría en comprobar si estaba lo bastante consolidada.

El carruaje cabeceaba suavemente sobre sus muelles. Fuera, campos extensos y alguna que otra casa de labranza desfilaban sin prisas. Dentro, Dannyl y Tayend hacían entrecuchar sus copas de vino.

—Brindo por lord Osen, quien decidió que le serías más útil al Gremio como embajador en Elyne —dijo Tayend—, y por dejarnos viajar por tierra.

—Por Osen —respondió Dannyl, y tomó un sorbo de vino—. Sabes que si me lo hubiera pedido, me habría quedado.

Tayend sonrió.

—Sí, y yo me habría quedado contigo, aunque me alegro de que no sea necesario. Los kyalianos son asfixiantemente conservadores —se llevó la copa a los labios, y después apartó la mirada y adoptó una expresión seria—. Pero es astuto de su parte enviarte de vuelta. Ahora mucha gente pondrá en tela de juicio la autoridad del Gremio. Ha demostrado no estar demasiado bien preparado para la guerra.

Dannyl soltó una risita.

—No, demasiado seguro que no.

—Más personas tenderán a pensar como Dem Marane —prosiguió

Tayend—. Tendrás que convencerlas de que el Gremio sigue controlando todo lo que tiene que ver con la magia.

—Lo sé.

—Y luego está ese asunto de la magia negra. Tendrás que asegurar a la gente que al Gremio no le queda otro remedio que volver a aprenderla de nuevo. Ah, te esperan unos meses moviditos.

—Lo sé.

—Quizá incluso te lleve años —Tayend sonrió—. Y, por supuesto, no hay ningún motivo para que no te quedes en Elyne cuando concluya tu etapa como embajador, ¿verdad?

—No —Dannyl le devolvió la sonrisa—. Osen me otorgó el cargo con carácter indefinido.

Tayend abrió los ojos al máximo y luego desplegó una gran sonrisa.

—¿En serio? ¡Eso es estupendo!

—Dijo algo así como que Elyne era un lugar más adecuado para mí que Kyralia. Y que no debía permitir que el miedo a los rumores me impidiera cultivar y disfrutar nuestra amistad.

El académico enarcó las cejas.

—¿De verdad? ¿Crees que sabe lo nuestro?

—No estoy seguro. No noté el menor tono de reproche en su voz. Pero tal vez esté dando a sus comentarios una interpretación que no tienen. Acaba de perder a un buen amigo y mentor —Dannyl titubeó—. Aunque todo esto me lleva a preguntarme hasta qué punto cambiarían las cosas si la gente lo supiera.

Tayend frunció el entrecejo.

—Pobre de ti como se te ocurra hacer alguna tontería. Si lo revelaras al Gremio, y ellos se escandalizaran y te desterraran, yo iría a buscarte. Y cuando te encontrara, te daría una buena patada por ser tan idiota —hizo una pausa y sonrió—. Te adoro, pero también adoro de ti que seas un mago importante del Gremio.

Dannyl se rio entre dientes.

—Menos mal. Puedo dejar de ser importante, o incluso dejar de pertenecer al Gremio, pero lo de ser mago no es optativo.

Tayend sonrió.

—Oh, dudo que cambie de idea sobre ti. Me temo que tendrás que aguantarme durante mucho tiempo.

Epílogo

La maga de túnica negra salió por las recién restauradas Puertas Septentrionales. Como de costumbre, la gente se paraba a mirarla, y los niños la seguían, gritando su nombre.

Rothen no quitaba ojo a Sonea. Aunque ese día le había tocado ser su escolta, no era ese el motivo de su preocupación. No la había visto tan pálida desde que se había encerrado en los aposentos de él. Al sentirse observada, ella se volvió hacia él y sonrió. Rothen se tranquilizó un poco. Tal como había predicho, Sonea había mejorado mucho gracias a la labor que había empezado a desempeñar en las barriadas. Sus ojos habían recuperado un poco de su brillo, y su andar, un poco de su aplomo.

El hospital contiguo a las puertas se había construido en solo unos meses. Rothen creía que los losdes tardarían un tiempo en superar su odio y desconfianza hacia los magos, pero el día en que había abierto sus puertas, había una muchedumbre esperando delante, y la escena se había repetido a diario desde entonces.

Sonea era el motivo. La adoraban. Se había criado entre ellos, había salvado la ciudad y había vuelto a las barriadas a ayudarles.

Dorrien había estado a su lado desde el primer momento. Su dominio superior de las técnicas de sanación había resultado esencial, y su experiencia en el trato con granjeros y leñadores le había servido para ganarse la confianza de los losdes. Otros sanadores se habían unido a ellos. Por lo visto, Sonea no era el único mago que creía que la sanación no debía ser un servicio exclusivo para los adinerados miembros de las Casas.

Cuando llegó al hospital y entró, lord Darlen acudió a recibirla.

—¿Qué tal el turno de noche? —preguntó Sonea.

—Ajeteado —esbozó una sonrisa irónica—. ¿Y cuándo no lo es? Ah, he conocido a otra posible colaboradora. Tiene unos quince años y se llama Kalia. Volverá más tarde con su padre, si él le da permiso para trabajar con nosotros.

Sonea asintió.

—¿Cómo vamos de suministros?

—Escasos, como siempre —respondió Darlen—. Hablaré con lady Vinara cuando regrese.

—Gracias, lord Darlen —dijo Sonea.

Darlen asintió y se encaminó hacia la puerta. Sonea se detuvo a contemplar la sala. Rothen siguió la dirección de su mirada y se fijó en la multitud de pacientes que esperaban, el puñado de guardias contratados para tratar con ellos y los curis reclutados por sus conocimientos de medicina para que ayudaran en casos de menor gravedad. Sonea de pronto se quedó boquiabierta y se dirigió a un guardia que estaba cerca.

—¿Ve a esa mujer que está ahí de pie con el niño arropado en una manta verde? Hágala pasar a mi habitación.

—Sí, milady.

Rothen intentó localizar a la mujer entre el gentío, pero Sonea ya se estaba alejando. La siguió a una pequeña habitación amueblada con una mesa, una cama y varias sillas. Ella se sentó y tamborileó con los dedos sobre la mesa. Rothen colocó una silla a su lado.

—¿Conoces a esa mujer?

Sonea se volvió hacia él.

—Sí. Es... —se interrumpió al oír unos golpes en la puerta—. Adelante.

Rothen reconoció a la mujer al instante. La tía de Sonea sonrió y se sentó al otro lado de la mesa.

—Sonea. Esperaba que fueras tú.

—Jonna... —Sonea le dedicó una sonrisa afectuosa pero cansina, según advirtió Rothen—. Quería ir a verte, pero he estado muy ocupada. ¿Cómo está Ranel? ¿Y mis primos?

Jonna bajó la vista hacia el bebé.

—Hania tiene mucha fiebre. Lo he intentado todo para bajársela...

Sonea posó una mano con delicadeza sobre la frente de la niña y arrugó el ceño.

—Sí. Está incubando la varicela azul. Puedo acelerar un poquito el proceso —permaneció callada un momento—. Ya está, pero me temo que tendrás que esperar a que se le pase. Dale mucho líquido. Un poco de zumo de marín le sentará bien, también —Sonea miró a su tía—. Jonna, ¿te gustaría... te gustaría venir a vivir conmigo?

La mujer abrió mucho los ojos.

—Lo siento, Sonea. No podría...

Sonea bajó la vista.

—Sé que no te sientes a gusto en compañía de magos, pero... por favor, piénsalo. Me... —echó una mirada a Rothen—. Supongo que ya es hora de que tú también lo sepas, Rothen —se volvió de nuevo hacia Jonna—. Me gustará tener cerca a alguien de la familia, a alguien normal —señaló al bebé con un gesto de cabeza—. Cambiaría toda la experiencia de los sanadores del Gremio por tus consejos prácticos.

Jonna clavó la vista en Sonea, con una expresión que reflejaba el desconcierto que Rothen sentía. Sonea hizo una mueca y se llevó la mano al vientre. Jonna tenía los ojos desorbitados.

—Ah.

—Sí —Sonea asintió—. Estoy asustada, Jonna. No fue algo planificado. Los sanadores cuidarán de mí, pero no pueden curarme el miedo. Creo que quizá tú podrías.

Jonna frunció el entrecejo.

—Me dijiste que los magos se ocupan de las cosas a su manera.

Para asombro de Rothen, el rostro de Sonea se puso de color rojo escarlata.

—Por lo visto, es mejor que las mujeres se encarguen de... esa clase de cuidados. Al parecer a los hombres no les enseñan a hacerlo a menos que ellos lo pidan —dijo—. A las aprendices jóvenes las apartan del grupo en cuanto los sanadores detectan en ellas un interés por los chicos, pero yo era tan impopular que a nadie se le ocurrió enseñarme esas cosas. Akkarin... —Sonea hizo una pausa y tragó saliva—. Él debió de dar por sentado que sí me las habían enseñado. Y yo di por sentado que él se ocuparía de todo.

Cuando Rothen comprendió lo que Sonea estaba diciendo, la miró con más atención. Se puso a contar mentalmente los meses que habían transcurrido desde su destierro. Tres y medio, tal vez cuatro. La túnica lo disimulaba bien...

Sonea volvió la vista hacia él e hizo un gesto de disculpa.

—Lo siento, Rothen. Pensaba decírtelo en un momento más oportuno, pero al ver a Jonna he pensado que tenía que aprovechar la ocasión para...

Los dos dieron un respingo cuando Jonna prorrumpió en carcajadas. Apuntó a Rothen con el dedo.

—¡No había visto esa expresión desde la primera vez que dije a Ranel que estaba esperando! Veo que a lo mejor los magos no son tan listos como ellos se creen —sonrió a Sonea—. Bueno. Así que vas a tener un hijo... Dudo que el niño crezca con la cabeza en su sitio si está siempre rodeado de magos.

Una débil sonrisa se dibujó en los labios de Sonea.

—Yo también. Entonces ¿te lo pensarás?

Jonna lo meditó unos instantes, y luego asintió.

—Sí. Nos quedaremos un tiempo contigo.

Guía de lord Dannyl para el argot de las barriadas

Abuela: chulo, proxeneta.

Apagar: convencer a alguien para que guarde silencio.

Batea: contrabandista.

Blinga: alguien que traiciona a los ladrones (el acto se llama «hacer la de blinga»).

Botar: rechazo / rechazar («no nos botes»).

Brillo: atracción («ella le tiene un brillo» significa «ella le atrae»).

Buen lado: digno de confianza / con el corazón en su sitio.

Buen toque: intento razonable.

Caraboñiga: tonto.

Clicar: tener una idea, ocurrírsele algo.

Cliente: persona que tiene una deuda o un acuerdo con un ladrón.

Contra: fulana.

Cuchillo: asesino de alquiler.

Cuerda: libertad.

Desagüe: vendedor de artículos robados.

Desbandado: difícil.

Dinero de sangre: pago por un asesinato.

Enfuegado: furioso («se puso todo enfuegado por aquello»).

Enseñar: presentar.

Espacio: concesión / permiso.

Estilo: forma de llevar a cabo los negocios.

Gorrero: hombre que frecuenta los burdeles.

Hecho: asesinado.

Ir por: estar buscando.

Jarra: boca (de un recipiente de bol, por ejemplo).

Ladrón: líder de un grupo criminal.

Losdes: habitantes de las barriadas.

Manopla: guardia sobornable o bajo el control de un ladrón.

Mensajero: matón que avisa o cumple una amenaza.

Mina de oro: hombre que prefiere a los chicos jóvenes.

Ojar: montar guardia.

Parientes: personas de confianza de un ladrón.

Pesados: gente importante.

Pescar: proponer / pedir / buscar (además, un pesca es alguien que huye de la Guardia).

Pillado: capturado.

Pinchar: reconocer / comprender.

Preocupar: esconder («él preocupa su negocio» / «ya te preocupó yo eso»).

Rascada: problema («tuve alguna rascada por aquello»).

Sifón: espía, normalmente encubierto (sifonar también es reconocer a alguien).

Vigía: persona que no quita ojo a algo o a alguien.

Visitante: persona que roba.

Yep: llamada de atención o bien expresión de sorpresa o duda.

Glosario

Animales

- **Anyi:** mamífero marino con púas cortas.
- **Blinga:** criatura parecida a la ardilla que roba comida.
- **Ceryni:** pequeño roedor.
- **Enka:** animal domesticado con cuernos; se cría por su carne.
- **Eyoma:** sanguijuela marina.
- **Farén:** término general para designar a los arácnidos.
- **Gorín:** animal domesticado de gran tamaño, criado por su carne y para tirar de barcas y carromatos.
- **Harrel:** animal domesticado pequeño; se cría por su carne.
- **Inava:** insecto de cuerpo alargado, con alas intrincadas y cola curva.
- **Limek:** perro salvaje depredador.
- **Mosca de la savia:** insecto arbóreo.
- **Muluk:** ave nocturna salvaje.
- **Pollillas aga:** insectos que se alimentan de ropa.
- **Rasuk:** ave domesticada apreciada por su plumaje y su carne.
- **Ravi:** roedor, más grande que el ceryni.
- **Reber:** animal domesticado; se cría por su lana y su carne.
- **Sevli:** reptil que contiene en su piel una sustancia que causa euforia y alucinaciones; por esta razón, algunas personas los chupan, a pesar de que su mordedura es venenosa.
- **Yil:** variedad de limek, pero domesticado y más pequeño que este; los

ichanis los usan como animales rastreadores.

- **Zill:** mamífero pequeño e inteligente que a veces se utiliza como animal de compañía.
-

Plantas / Comida

- **Bol:** licor fuerte hecho de tugores (también significa «escoria de río»).
- **Brasi:** vegetal verde, de grandes hojas y capullos pequeños.
- **Cepa anívopa:** planta sensible a la proyección mental.
- **Crot:** alubia grande y violeta.
- **Curem:** salsa suave de frutos secos.
- **Curren:** cereal comestible de sabor fuerte.
- **Dall:** fruto alargado de carne anaranjada, ácida y con semillas.
- **Gan-gan:** arbusto floral procedente de Lan.
- **Iker:** droga estimulante, con fama de poseer efectos afrodisíacos.
- **Jerra:** judía larga y amarilla.
- **Kreppa:** hierba medicinal de olor nauseabundo.
- **Marín:** fruto cítrico rojo.
- **Monyo:** bulbo.
- **Myk:** droga que nubla la mente.
- **Nalar:** raíz de sabor picante.
- **Nemmin:** polvo con el que se prepara una poción-droga para dormir.
- **Pachi:** fruto dulce y crujiente con el que se elabora un vino.
- **Pemeino:** especia parecida a la pimienta.
- **Piorre:** fruta pequeña y de forma acampanada.
- **Raka / suka:** bebida estimulante hecha de grano tostado, originaria de Sachaka.
- **Roin:** cierto veneno, de sabor amargo y efecto rápido, que suele emplearse mezclado con vino.
- **Rumia:** cierto vino de excelente calidad.
- **Salsa chebol:** salsa densa para la carne hecha de bol.
- **Shem:** tallo silvestre comestible; una vez pelado, es muy jugoso, aunque

insípido.

- **Simba:** mantel de juncos entretejidos.
 - **Siyo:** potente licor vindeano con sabor a nueces.
 - **Sumi:** bebida amarga.
 - **Telk:** semilla de la que se extrae aceite.
 - **Tenn:** cereal que puede cocinarse recién recolectado, partirse en trozos pequeños o molerse para hacer una harina.
 - **Tugor:** raíz parecida a la chirivía.
 - **Vare:** bayas con las que se elabora la mayor parte de los vinos.
 - **Yomi:** restos de la elaboración del siyo que se emplean para quemar eyomas.
-

Vestuario y armamento

- **Abrigolargo:** abrigo que llega a los tobillos.
 - **Incal:** símbolo cuadrado, parecido a un escudo familiar, que se cose en la manga o el puño.
 - **Kebín:** barra de hierro con gancho para atrapar el cuchillo del atacante; lo llevan los guardias.
-

Edificios públicos

- **Casa de baños:** establecimiento que se lucra con el uso de sus instalaciones para el baño y otros servicios de acicalamiento.
 - **Casa de bol:** establecimiento que vende bol y alquila alojamientos para breves estancias.
 - **Casa de fermentado:** lugar donde se elabora bol.
 - **Casa de queda:** edificio de alquiler; una habitación por familia.
-

Pueblos de las Tierras Aliadas

- **Elyne:** el más cercano a Kyralia, tanto en proximidad como culturalmente, si bien disfruta de un clima más suave; el gentilicio es elyneo.
 - **Kyralia:** hogar del Gremio.
 - **Lan:** tierra montañosa poblada de tribus guerreras; el gentilicio es laniano.
 - **Lonmar:** tierra desértica donde se practica la estricta religión Mahga; el gentilicio es lonmariano.
 - **Vin:** nación isleña famosa por sus hábiles marineros; el gentilicio es vindeano.
-

Otros términos

- **Ashakis:** hombres libres de Sachaka muy poderosos y ricos; cuentan con esclavos a su servicio que cubren todas sus necesidades.
- **Descanso de enmedio:** almuerzo.
- **Festín del alba:** desayuno.
- **Gorro:** monedas ensartadas en un palo por valor de la siguiente moneda más valiosa.
- **Ichanis:** poderosos magos de Sachaka que practican la magia negra, desterrados a los páramos por su rey.
- **Sachakano:** gentilicio de Sachaka, pueblo no aliado.
- **¿Yai?:** exclamación empleada por los marineros vindeanos del *Finda*.
- **Yerim:** utensilio delgado de metal acabado en punta que se usa para escribir o como buril para grabar.

Agradecimientos

Muchas, muchas personas me han alentado y ayudado a escribir esta trilogía. Además de aquellos a quienes expresé mi gratitud en *El Gremio de los Magos* y en *La aprendiz*, querría mostrar mi reconocimiento a las personas que me echaron una mano mientras escribía este volumen.

Doy las gracias, de nuevo, a los correctores de pruebas que tan buenos consejos me dieron: mamá y papá, Paul Marshall, Paul Ewins, Jenny Powell, Sara Creasy y Anthony Mauricks.

A Fran Bryson, mi agente. Gracias por facilitarme un entorno ideal para mi «trabajo en vacaciones».

A Les Petersen, quien escuchó con suma paciencia mis aportaciones y sugerencias para las maravillosas ilustraciones de cubierta de esta serie. A Stephanie Smith y los laboriosos miembros del equipo de HarperCollins por convertir mis historias en unos libros tan bien acabados y atrayentes. A Justin de Slow Glass Books, a Sandy de Wormhole Books y a los libreros que con tanto entusiasmo han acogido esta trilogía.

Y gracias a todas las personas que me han enviado correos electrónicos para felicitarme por *El Gremio de los Magos* y por *La aprendiz*. Saber que os han gustado mis historias mantiene muy vivas las llamas de la inspiración.